

Prismas

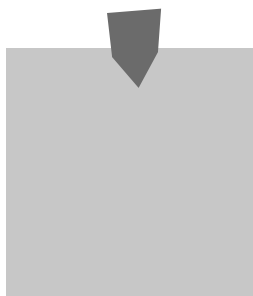
Revista de historia intelectual

15

2011



Anuario del grupo Prismas
Centro de Historia Intelectual
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Quilmes



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 15 / 2011

Universidad Nacional de Quilmes

Rector: Gustavo Lugones

Vicerrector: Mario Lozano

Departamento de Ciencias Sociales

Director: Jorge Flores

Vicedirector: Claudio Amor

Centro de Historia Intelectual

Director: Adrián Gorelik

Prismas

Revista de historia intelectual

Buenos Aires, año 15, número 15, 2011

Consejo de dirección

Carlos Altamirano, UNQ / CONICET

Anahi Ballent, UNQ / CONICET

Alejandro Blanco, UNQ / CONICET

Adrián Gorelik, UNQ / CONICET

Jorge Myers, UNQ / CONICET

Elías Palti, UNQ / UBA / CONICET

Oscar Terán (1938-2008)

Editor: Jorge Myers

Secretaría de redacción: Flavia Fiorucci y Laura Ehrlich

Editores de Reseñas y Fichas: Martín Bergel y Ricardo Martínez Mazzola

Comité Asesor

Peter Burke, Cambridge University

José Emilio Burucúa, Universidad Nacional de San Martín

Roger Chartier, École de Hautes Études en Sciences Sociales

Stefan Collini, Cambridge University

François-Xavier Guerra (1942-2002)

Charles Hale (1930-2008)

Tulio Halperin Donghi, University of California at Berkeley

Martin Jay, University of California at Berkeley

Sergio Miceli, Universidade de São Paulo

José Murilo de Carvalho, Universidade Federal do Rio de Janeiro

Adolfo Prieto, Universidad Nacional de Rosario/University of Florida

José Sazbón (1937-2008)

Gregorio Weinberg (1919-2006)

Incorporada al Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas por el período agosto 2010-julio 2013.

Desde 2010, *Prismas* está siendo publicada en versión electrónica en el portal Scielo: www.scielo.org

En 2004 *Prismas* ha obtenido una Mención en el Concurso "Revistas de investigación en Historia y Ciencias Sociales", Ford Foundation y Fundación Compromiso.

Diseño original: Pablo Barragán

Realización de interiores y tapa: Silvana Ferraro

La revista *Prismas* recibe la correspondencia,

las propuestas de artículos y los pedidos de suscripción en:

Roque Sáenz Peña 352 (B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires.

Tel.: (01) 4365 7100 int. 5807. Fax: (01) 4365 7101

Correo electrónico: revistaprismas@gmail.com

Sobre las características que deben reunir los artículos, véase la última página.

Índice

Artículos

- 11 *Ni nación ni parte integral. “Colonia” de vocablo a concepto en el siglo XVIII iberoamericano*, Francisco Ortega
- 31 *Intersecciones: crítica literaria y sociología en la Argentina y el Brasil*, Alejandro Blanco y Luiz Carlos Jackson
- 53 *Los sesenta y los setenta. La historia, la conciencia histórica y lo impensable*, Hugo Vezzetti
- 63 *La recepción de la Idéologie en la Universidad de Buenos Aires. El caso de Juan Manuel Fernández de Agüero (1821-1827)*, Mariano Di Pasquale
- 87 *Tradición y reacción en el Sesquicentenario. La escuela sevillana mendocina*, María Celina Fares
- 105 *Nacionalismo, peronismo, comunismo. Los usos del totalitarismo en el discurso del Partido Socialista argentino (1946-1953)*, Ricardo Martínez Mazzola

Argumentos

- 129 *Modelos de intervención política de los intelectuales. El caso francés*, Gisèle Sapiro

Dossier

El siglo XIX de Tulio Halperin Donghi

- 157 *Presentación*, Jorge Myers
- 161 *Halperin Donghi y la paradoja de la revolución*, Elías J. Palti
- 165 *“Buenamente, una revolución”*, Noemí Goldman
- 169 *En torno de Revolución y guerra*, Fernando J. Devoto
- 175 *La otra revolución*, José Rilla
- 181 *Legados*, Marcela Ternavasio
- 185 *Tulio Halperin Donghi y la revolución como exploración*, Gabriel Entin
- 189 *Bases y puntos de partida para comprender el siglo XIX argentino*, Gabriel Di Meglio

- 193 *Contrastes de una experiencia política común: vigencia de un relato sobre el pasado nacional*, Beatriz Bragoni
- 197 *La ilusión de transparencia*, Hilda Sabato
- 201 *El valor de los textos, una incitación lograda*, Horacio Crespo
- 205 *Los intelectuales, las ideas y la realidad*, Martín Bergel
- 213 *Revelaciones esquivas: Halperin Donghi escribe sobre José Hernández*, Alejandra Laera
- 219 *La renovadora lectura de un clásico*, Alejandro Eujanian
- 223 *El momento José Hernández*, Roy Hora
- 229 *Una América Latina por sus espacios y tiempos*, João Paulo Pimenta
- 233 *El peso de otras noches*, Iván Jaksic
- 237 *Un recuerdo*, Mauricio Tenorio

Reseñas

- 241 Marc Angenot, *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, por Martín Ribadero
- 244 Gisèle Sapiro (dir.), *L'espace intellectuel en Europe. De la formation des États-nations à la mondialisation XIX^e-XXI^e siècle*, por Alejandro Dujovne
- 248 Esteban Buch, *El Caso Schönberg: nacimiento de la vanguardia musical*, por Martín Liut
- 252 Philipp Blom, *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, por Emiliano Gastón Sánchez
- 256 Éric Michaud, *La estética nazi. Un arte de la eternidad. La imagen y el tiempo en el nacional-socialismo*, por José Fernández Vega
- 259 Marcel Gauchet, *L'avènement de la démocratie III. A l'épreuve des totalitarismes 1914-1974*, por María Virginia Mellado
- 263 Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, por Pedro Meira Monteiro
- 267 Alejandra Mailhe (comp.), *Pensar al otro/pensar la nación. Intelectuales y cultura popular en Argentina y América Latina*, por Alexandra Pita González
- 270 Víctor Peralta Ruiz, *La independencia y la cultura política peruana (1808-1821)*, por Pablo Ortemberg
- 274 María Inés de Torres, *¿La nación tiene cara de mujer? Mujeres y nación en el imaginario letrado del siglo XIX*; y *La guerra de las palabras: escritura y política en el Río de la Plata*, por Nathalie Goldwaser
- 280 Gustavo Sorá, *Brasilianas. José Olympio e a gênese do mercado editorial brasileiro*, por Fábio Franzini
- 284 Alejandro Crispiani, *Objetos para transformar el mundo. Trayectorias del arte concreto-invencción, Argentina y Chile, 1940-1970*, por Gonzalo Aguilar
- 287 Graciela Silvestri, *El lugar común. Una historia de las figuras de paisaje en el Río de la Plata*, por Claudia Torre
- 289 Marina Rieznik, *Los cielos del sur. Los observatorios astronómicos de Córdoba y de La Plata, 1870-1920*, por José D. Buschini
- 293 Alejandra Laera (dir.), *El brote de los géneros*, vol. 3 de la *Historia crítica de la Literatura Argentina* dirigida por Noé Jitrik, por Loreley El Jaber

- 296 Fabiola Orquera (ed. y coord.), *Ese ardiente Jardín de la República. Formación y desarticulación de un “campo” cultural: Tucumán, 1880-1975*, por Ana Clarisa Agüero
- 300 Susana V. García, *Enseñanza científica y cultura académica. La universidad de La Plata y las Ciencias naturales (1900-1930)*, por Pablo Andrés Souza
- 303 Olga Echeverría, *Las voces del miedo: los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo xx*, por Ezequiel Grisendi
- 306 Patricio Fontana, *Arlt va al cine*, y Gonzalo Aguilar y Emiliano Jelicié, *Borges va al cine*, por Pablo Ansolabehere
- 309 Omar Acha, *Historia crítica de la historiografía argentina*, vol. 1: *Las izquierdas en el siglo xx*, por Laura Prado Acosta
- 312 Sabina Frederic, Osvaldo Graciano y Germán Soprano (coords.), *El Estado argentino y las profesiones liberales, académicas y armadas*, por Mariano Plotkin
- 315 Diego Hurtado de Mendoza, *La ciencia argentina. Un proyecto inconcluso: 1930-2000*, por Sandra Sauro

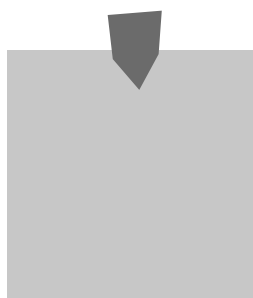
Fichas

- 321 Libros fichados: Quentin Skinner, *Hobbes y la libertad republicana* / Carl E. Schorske, *La Viena de fin de siglo. Política y cultura* / Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo, Marx y el marxismo 1840-2011* / Michel Winock, *El siglo de los intelectuales* / Fermín Rodríguez, *Un desierto para la nación. La escritura del vacío* / Paula Alonso, *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo xix* / Ana Clarisa Agüero y Diego García (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura* / Pablo Vallejo, *Bernardo Canal Feijóo en la historia del psicoanálisis en Argentina* / Flavia Fiorucci, *Intelectuales y peronismo. 1945-1955* / Vera Carnovale, *Los combatientes. Historia del PRT-ERP* / Humberto Cucchetti, *Combatientes de Perón, herederos de Cristo. Peronismo, religión secular y organizaciones de cuadros*

Obituario

- 331 David Viñas (1927-2011), Claudia Torre

Artículos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 15 / 2011

Ni nación ni parte integral

“Colonia”, de vocablo a concepto en el siglo XVIII iberoamericano

Francisco Ortega

Universidad Nacional de Colombia/University of Helsinki

Ya no somos colonos; pero no podemos pronunciar la palabra libertad, sin ser insurgentes.

Antonio Nariño, 1811

I. Colonia: de palabra a concepto

En 1844, un diccionario español sobre legislación ultramarina proveía la siguiente definición del término colonia:

Aunque á este nombre [...] en su sentido natural de nuevas poblaciones, se haya unido en lo pasado un concepto depresivo de los derechos de sus habitantes [...]; lo cierto es, que tal acepción absolutamente conviene á las ultramarinas de nuestra España, compuestas [...] desde los primeros descubrimientos, de pobladores españoles, muchas personas ilustres por su valor y nacimiento, que con el gobierno y leyes de su país natal, llevaban á las Indias su actividad, y anhelo de trabajar y enriquecerse, dando origen a las fundadas ciudades, villas y pueblos, que muy luego se declararon parte integrante de la Corona de Castilla, con igualdad de derechos y representación. [...] Eran y son verdaderas emanaciones de las diversas clases y gerarquías, que figuraban en los reinos de Castilla, con el goce de unas mismas leyes, derechos y prerogativas, y con las propias diferencias de grandes, y titulados, nobles y plebeyos, que regían en las provincias de la Península.¹

La forma enfática de esta definición sugiere que aquello que se da por definido –el contenido no colonial de las colonias hispanoamericanas– es en realidad objeto de intensa polémica. Y no es para menos. Habían pasado escasos ocho años desde que las Cortes habían decidido renunciar a todo derecho de soberanía en la América continental y arreciaba en las nuevas repúblicas una literatura que buscaba demostrar los nefastos legados del colonialismo español.²

¹ José María Zamora y Coronado, *Biblioteca de Legislación Ultramarina en forma de diccionario alfabético*, Madrid, Imprenta de Alegría y Charlain, 1844, vol. 2, p. 234.

² El mismo año de 1844 vio aparecer en Santiago las polémicas *Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile*, de José Victorino Lastarria.

La cuestión colonial puede ser examinada a través de, por lo menos, dos vías claramente diferenciadas. Por una parte, caracterizando lo que Enrique Tandeter definió como el “hecho colonial” americano, es decir, “el carácter colonial de la formación social” durante los trescientos años de dominación española, ejercicio que la historia social ha llevado a cabo de manera decisiva.³ Por otra parte, explorando qué es lo que entendían los americanos de principios del siglo XIX por el término colonia y qué incidencia tuvo, si alguna, en los procesos que llevaron a la fragmentación de la monarquía a partir de 1810. La cita inicial evidencia muy a su pesar que en 1844 “colonia” es un concepto altamente polémico. ¿Acaso lo era igualmente en 1810? Una aproximación conceptual al problema nos ofrece la posibilidad –para decirlo con palabras del historiador alemán Reinhart Koselleck– de “investigar los conflictos políticos y sociales del pasado en el medio de la limitación conceptual de su época y en la autocomprensión del uso del lenguaje que hicieron las partes interesadas en el pasado”.⁴

Existe sin duda una conexión entre ambos planteamientos, pero no es sencillo determinar cuál es su naturaleza. Para algunos, la vida cultural y política es expresión o reflejo de las determinaciones socioeconómicas; otros, sin embargo, argumentan la relativa autonomía del campo cultural. Si en el primer caso el lenguaje es mero índice de la experiencia social, el segundo argumenta que además de índice es igualmente factor decisivo en la reproducción social. La nueva historia política apuesta decididamente a esta fórmula y con ello ha transformado significativamente nuestra comprensión del período de la independencia. Certezas previas son revisadas y, en multitud de casos, replanteadas. Una de esas antiguas certezas es, precisamente, la que tiene que ver con la pertinencia del término “colonial” para el período en cuestión. Para Annick Lempérière, por ejemplo, la categoría colonial es anacrónica y responde más a un uso ideológico que a una descripción científica del período. Lempérière, por lo tanto, cuestiona la eficacia de esa condición relativamente “objetiva” que la historia social había identificado como colonial con relación a los hechos que marcaron el comienzo de la independencia.⁵ Miremos entonces la historia de la locución colonia y procuremos aclarar qué entendían los actores del período al enunciarla.

La definición del diccionario de legislación ultramarina continúa una larga cadena de definiciones similares en previos diccionarios. Según el *Diccionario de Autoridades* de 1729,

³ Enrique Tandeter, “Sobre el análisis de la dominación colonial”, *Desarrollo Económico*, vol. XVI, 1976, p. 155. Desde la década del '70, buena parte de los estudios de historia económica y social sobre el período han explorado y teorizado esa dimensión colonial, que comprende facetas tan diversas como la inserción, a través de la conquista y sujeción, de los territorios americanos en un emergente sistema económico global; la extracción de bienes primarios –esencialmente oro y plata– como fundamentos mercantilistas de la relación con España y Europa; la reorganización de las sociedades indígenas y la creación de un mercado interno americano inicialmente supeditado a la economía de extracción de bienes primarios; el repartimiento, la mita, la esclavitud y otras modalidades de trabajo forzado, como los modos establecidos de participación en dicha economía global de los indígenas americanos, los esclavos africanos y otros grupos subordinados en América; el monopolio comercial y las estructuras tributarias como modalidades de presión fiscal que producían un flujo de valores constante de las colonias a las metrópolis; el aparato evangélico como modalidad de control social; las reformas administrativas, fiscales y militares del siglo XVIII, que buscaban optimizar la rentabilidad de las colonias de acuerdo a las nuevas condiciones geopolíticas.

⁴ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 111.

⁵ “La ‘cuestión colonial’”. Incluido en el dossier “Debate en torno al colonialismo”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, N° 4, 2004, disponible en <<http://nuevomundo.revues.org/index437.html>>, consultado el 15 de octubre de 2009. Publicado posteriormente, con ligeras modificaciones, como Annick Lempérière, “El paradigma colonial en la historiografía latinoamericana”, *Istor. Revista de Historia Internacional*, vol. 5, N° 19, 2004, pp. 107-128. Y, más recientemente, en Magali Carrillo e Isidro Vanegas (eds.), *La sociedad monárquica en la América Hispánica*, Bogotá, Ediciones Plural, 2009. A continuación, la paginación provendrá de la primera publicación (2004) impresa e irá en el cuerpo principal del texto.

Colonia significa “población o termino de tierra que se ha poblado de gente extranjera, trahida de la Ciudad Capital, u de otra parte”, prácticamente una repetición de la que aparece en el diccionario de Covarrubias (1611) e incluso en *Las Etimologías romanceadas de San Isidoro* (c. 630). Corroborando esa larga duración, el *Diccionario de Autoridades* añade: “Los Romanos llamaban tambien assi a las que se poblaban de nuevo de sus antiguos moradores. Es voz puramente latina. *Colonia* [...] En toda España fueron en aquel tiempo veinte y cinco las *colonias*, que se deben entender de Ciudadanos Romanos [...]”. Notemos que en esta definición, asignarle el término colonia a un territorio tiene connotaciones positivas al ser un reconocimiento que el senado romano le otorgaba a las poblaciones reconocidas como notables en el dominio imperial. Los habitantes de las colonias formaban parte de la república y eran reconocidos como ciudadanos, partícipes de la comunidad política, inclusión que ya aparecía explícita en el *Vocabulario español-latino* de Nebrija en 1495. El colono, decía el *Vocabulario* de Nebrija, es “el *ciudadano* de la colonia”.⁶

Ciertamente, la noción de colonia como asentamiento tiene una preeminencia en la literatura neoclásica del siglo XVIII. Un ejemplo distinguido, pero de ninguna manera único, es *Medallas de la colonias, municipios y pueblos antiguos de España* (1758), del agustino Fray Henrique Florez, tratado de numismática que examina los antiguos sellos y blasones de los pueblos de España, con particular atención a los otorgados por Roma. Aun más dicente, en plena crisis que terminará con el colapso de la monarquía, Camilo Torres, el llamado ideólogo de la revolución neogranadina,⁷ aceptará el término de colonia en la “Representación del Cabildo de Santafé a la Junta Central” (noviembre de 1809) para referirse a las provincias americanas como parte integral e inalienable de la nación española. Su uso es ciertamente polémico y ya tendremos oportunidad de regresar a la “Representación”.

Esa definición correspondía, no sin tensiones y ambigüedades, con el estatuto jurídico de los dominios americanos. Los territorios adquiridos por la conquista en el siglo XVI ingresan –por Real Cédula de Carlos I– en condición de reinos de Castilla y su enajenación queda expresamente vetada. El término colonia, cuando está presente en las codificaciones legales –por ejemplo, la *Política Indiana* (1647), de Juan de Solórzano, o las *Leyes de Indias* (1680)– designa y reglamenta las varias formas de poblar, es decir de hacer nuevos asentamientos en los territorios ya integrados.⁸ Es, por lo tanto, cierto que desde el punto de vista jurídico América no tenía una condición legal inferior, como aquella que caracteriza las posesiones coloniales durante los siglos XIX y XX. Sin embargo, es igualmente cierto que la existencia de las dos re-

⁶ Antonio de Nebrija, *Vocabulario español-latino*, Madrid, Real Academia Española, 1951. Mis cursivas. Por su parte, el *Diccionario de autoridades* (1729) define *Colono* como “el labrador que cultiva y labra alguna tierra por arrendamiento”. Esta misma definición será recogida por el *Diccionario universal latino-español dispuesto*, de Manuel de Valbuena (1793). Este diccionario es particularmente útil para registrar el rango de sentidos asociados a la tradición clásica durante el siglo XVIII. Véanse particularmente las entradas “Colona”, “Colonarius”, “Colonatus”, “Colonia”, “Colonus”; también la entrada para “Municipium”.

⁷ Rafael Gómez Hoyos, *La revolución granadina de 1810: Ideario de una generación y de una época, 1781-1821*, Bogotá, Temis, 1962, vol. II, p. 44.

⁸ Así, pues, las *Leyes de Indias* ordena que “cuando se sacare colonia de alguna ciudad tenga obligación la justicia y regimiento de hacer describir ante el escribano del consejo las personas que quisieran ir a hacer nueva población, admitiendo a todos los casados hijos y descendientes de pobladores, de donde hubiere de salir, que no tengan solares, ni tierras de pasto y labor, y excluyendo a los que las tuvieran, porque no se despueble lo que ya está poblado” (Ley XVIII del título 7 del Libro IV “De los descubrimientos”). Véase Rafael Altamira y Crevea, *Diccionario castellano de palabras jurídicas y técnicas*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951, p. 66.

públicas –de indígenas y españoles– introducía una subordinación efectiva de la población indígena que se expresaba en obligaciones impuestas, entre las que se contaban las ya mencionadas formas de trabajo forzado y la tributación.⁹ Por otra parte, su aparato administrativo –por ejemplo, la Casa de Contratación, el Consejo de Indias– la dotaba de un estatuto administrativo particular en relación con otros reinos de la Corona y de una función económica muy precisa. Digamos, por lo tanto, que los reinos americanos –aun si incorporados en el sentido romano– eran una colonia particular cuya participación en el conjunto de la monarquía ocurría precisamente gracias a esa calidad diferenciada.¹⁰

Con estas consideraciones iniciales permítaseme enunciar mi tesis tan claramente como sea posible. Contra la evidencia de una estabilidad semántica desde el siglo xv hasta mediados del siglo xix,¹¹ sostengo que durante el siglo xviii la locución colonia hace el tránsito de vocablo unívoco y relativamente poco polémico a concepto sociopolítico fundamental de la modernidad occidental e ibérica. Esto quiere decir que para principios del siglo xix proliferan los sentidos de “colonia” y se cristaliza conceptualmente una comprensión de la experiencia colonial, marcadamente diferente de la de principios del siglo xviii. Esa conceptualización –no necesariamente recogida por los diccionarios de la época– será usada como prisma de manera varia y polémica por actores del mundo ibérico para designar, evaluar o criticar la relación de América con España.

La tesis así formulada no intenta restituir visiones decimonónicas de la independencia como cruzada anticolonialista de liberación nacional. Tampoco desconoce los aportes significativos de la nueva historia que identifican una cultura política compartida por los habitantes de la monarquía a principios del siglo xix. Pretende, eso sí, restituir una dimensión conflictiva en el interior de esa gran comunidad que a mi juicio ha permanecido impensada. Concebida de ese modo, la pregunta a desarrollar en el curso de este trabajo será, entonces, ¿cuáles son los significados de los cuales se llenó el concepto “colonial” durante el siglo xviii y de qué tipo de luchas políticas es índice y factor a la vez?

⁹ Estas obligaciones no se corresponden con las asumidas por otros reinos y poblaciones europeas –como Nápoles, Aragón o Sicilia– cuya incorporación a la Corona descansaba en una legitimidad de origen dinástico y no como producto de conquistas violentas. Juan Carlos Garavaglia, en su respuesta a Lempérière, escribe que “De los derechos que otorga la conquista militar, a aquellos resultantes de la legitimidad dinástica, hay un campo jurídicamente inmenso. Por lo tanto, llamar a esto *subordinación colonial*, no parece fuera de lugar”. Véase Juan Carlos Garavaglia, “La cuestión colonial”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, N° 4, 2005, disponible en <<http://nuevomundo.revues.org/index437.html>>, consultado el 15 de octubre de 2009.

¹⁰ El argentino Ricardo Zorraquín Becú señala que “las Indias, no obstante la personalidad o autonomía que el Derecho les había acordado, se encontraban en un estado de acentuada dependencia respecto de Castilla. No de la Corona, de la cual formaban parte integrante, sino del reino y de la comunidad castellanos. Las diversas disposiciones que limitaron la supremacía que teóricamente debió tener el Consejo de Indias, y la influencia que los peninsulares ejercieron sobre el gobierno de estas provincias, crearon una situación evidentemente subordinada respecto del reino principal. Esta situación podría compararse con la que contemporáneamente tuvieron otros reinos unidos accesorariamente a Castilla, como León, Toledo o Galicia, con la diferencia notable de que estos últimos participaban –en las Cortes o en el Consejo de Castilla– en la dirección del conjunto, mientras las Indias no tuvieron nunca esa posibilidad”. Ricardo Zorraquín Becú, “Condición política de las Indias”, en *Memoria del Segundo Congreso Venezolano de Historia*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1975.

¹¹ Si bien la continuidad de las acepciones admitidas en los diccionarios de la época constituye una evidencia importante, ésta no es concluyente. Los diccionarios son fuentes poco indicadas para explorar alteraciones y transformaciones semánticas, en especial aquellas que tienen que ver con temas vedados.

II. El lugar de las Indias en la nación y el concepto de colonia durante la segunda mitad del siglo XVIII

La proliferación de significados del concepto colonia en el siglo XVIII ocurre en el contexto de los varios proyectos de reformas del reino, diseñadas para rescatar la monarquía de “la grandeza de los males, que padece [...], lo desierto de sus Provincias, lo inculto de sus Campañas, lo arruinado de sus Poblaciones, la decadencia de sus Fabricas, y los imponderables perjuicios que recibe del Comercio pasivo”, para su pronta restauración.¹² Como parte de ese rediseño general de la comunidad política se llevan a cabo extensos debates sobre el papel y la naturaleza de América en el conjunto de la monarquía.

Los reformistas españoles buscaron transformar la estructura agregativa de la monarquía en una unidad política más uniforme cuyo rendimiento económico fuera más eficiente. Independientemente de si lo lograron o no, lo cierto es que esa voluntad de transformación es compartida por buena parte de los funcionarios de la Corona desde mediados del siglo XVIII y se traduce en iniciativas administrativas. Además de las reformas económicas y administrativas, los procesos de centralización e integración buscaron modificaciones socioculturales, la promoción de valores utilitarios y fabriles y una nueva cultura política caracterizada por el regalismo. Aunque los programas de reformas buscaron transformar por igual la península y los territorios de ultramar, las Indias figuraban en los programas, las políticas y las acciones de cambio en virtud de dos principios dispares. En el influyente *Proyecto económico* (1762), Bernardo Ward los enuncia claramente: “Debemos mirar la América baxo de dos conceptos. 1. en quanto puede dar consumo á nuestros frutos y mercancias: 2. en quanto es una porción considerable de la Monarquía, en que cabe hacer las mismas mejoras que en España”.¹³ Estos dos principios –fuente de recursos y parte integral de la monarquía– entrarán en intensa contradicción a lo largo del siglo XVIII.

Si bien es cierto que el reformismo del siglo XVIII no modificó la norma jurídica vigente, también lo es que parte de un pensamiento político y económico muy diferente al establecido, que redefinió de manera efectiva el lazo entre Europa y América. La urgencia reformista en relación con América se hacía sentir en los escritos de los economistas ilustrados desde Gerónimo de Uztáriz. En el *Proyecto económico* Ward escribe:

Los asuntos de América están en mucho peor estado, siendo tan importantes que jamás ha tenido Monarquía alguna posesión igual; arreglar aquel comercio de modo que sirva de fomento a Nuestra industria, extenderlo mucho más y quitar el contrabando. Establecer nuevos ramos que hasta ahora no se han emprendido, de muchos millones de indios incultos hacer vasallos útiles, aumentar el beneficio de las minas introduciendo las economías, ingenios e inventos que hemos visto en las de Hungría, Sajonia y Suecia, donde florecen mucho estas maniobras; extender más la producción de aquellos preciosos frutos y su consumo en Europa [...].¹⁴

¹² En la “Aprobación del Padre Joachin de Villareal” a la obra de Jerónimo de Uztáriz, *Theorica y practica de comercio y de marina*, Madrid, en la Imprenta de Antonio Sanz, 1742, s/p.

¹³ *Proyecto económico en que se proponen varias providencias dirigidas á promover los intereses de España*, Madrid, Joachim Ibarra, 1779, p. 228.

¹⁴ *Ibid.*, p. xv. Véase la discusión en Marcelo Bitar Letayf, *Economistas españoles del siglo XVIII*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1968, pp. 128 y ss.

Muchas de las tesis reformistas son comunes a las provincias españolas y americanas, pero los presupuestos mercantilistas que suponían que las colonias debían estar subordinadas a los intereses metropolitanos en tanto surtidores de materias primas, el monopolio y los mercados cautivos para la producción manufacturera, fuente de recursos impositivos y sustentadoras de la riqueza y el poderío metropolitano, definen una mirada sobre América.

Buena parte del impulso y de la legitimidad de esa mirada deriva del surgimiento de un nuevo régimen colonial en el Caribe británico, francés y, en menor medida, holandés, altamente rentable para las metrópolis.¹⁵ Para los funcionarios españoles esas experiencias se convirtieron simultáneamente en paradigmas de la buena administración económica y en la llave para resolver buena parte de los males que aquejaban a la Península. Como escribe Ward: “Para ver lo atrasado [que se halla España...] basta considerar, que la Francia saca anualmente de sus colonias cerca de quarenta millones de pesos, que quiere decir quatro veces de lo que saca España de todo el Nuevo Mundo”.¹⁶ En efecto, la cuenca caribeña no hispánica es objeto de especial atención por parte de las autoridades españolas desde mediados del siglo xviii.

Un tercer elemento –adicional a las reformas borbónicas y al surgimiento de un nuevo régimen colonial en el Caribe– acompaña y hace posible el surgimiento del concepto colonia a lo largo del siglo xviii y por lo tanto a la reelaboración del lazo que une a América con la Corona. Me refiero al surgimiento del concepto moderno de nación, paralelo y contrario asimétrico al de colonia.¹⁷ Recientes investigaciones han manifestado la complejidad del concepto de nación durante el siglo xviii, lo que hace que sea simplemente imposible abordarlo en el contexto de este ensayo.¹⁸ Valga simplemente señalar que en el amplio espacio euroamericano el concepto de nación pasa de designar de manera amplia e incluyente el diverso “conjunto de reinos, provincias y pueblos que le debían obediencia” al rey, para encarnar cada vez más, a fines del siglo xviii, un impulso homogeneizador que encuentra su horizonte en la figura del ciudadano y en la igualdad política.¹⁹ Ese impulso no significó un deslinde de la figura del rey, el que seguía siendo su encarnación total, pero preparaba el terreno para su futura disociación al historizar unas costumbres que le otorgaban su propia constitución.

Así pues, el campo semántico de “colonia” se enriquece con su vinculación con el concepto emergente de nación. Aunada a una creciente dependencia peninsular de la renta americana, esa relación va a producir diferentes visiones en torno al lazo que vinculaba América con la Corona y la península. Tres son las variantes en torno a ese lazo: en primer lugar, que la

¹⁵ El surgimiento de ese nuevo régimen explica por qué las posesiones del Caribe se convierten a mediados del siglo xviii en objetivo geopolítico de otras naciones y se vuelven escenario de las guerras europeas, como ocurre en la Guerra de los Siete Años (1756-1763).

¹⁶ Bernardo Ward, *Proyecto económico...*, op. cit., p. xiv. Más adelante, Ward escribe: “[...] cotejamos nuestras Indias con las colonias extranjeras, y hallaremos que las dis Islas de la Martinica y la Barbados, dan mas beneficios a sus dueños, que todas las Islas, Provincias, Reynos, é Imperios de la América à España” (p. 225). El libro entero, como el de Campillo, sigue ese esquema argumentativo.

¹⁷ Para un desarrollo de los conceptos contrarios asimétricos, véase Reinhart Koselleck, *Futuro pasado...*, op. cit., pp. 205-250.

¹⁸ Véase Fabio Wasserman, “El concepto de nación y las transformaciones del orden político en Iberoamérica, 1750-1850”, en Javier Fernández Sebastián (ed.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano, Iberconceptos*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, pp. 851-869. Igualmente pertinente resultan las entradas, en el mismo volumen, correspondientes a los diversos países.

¹⁹ *Ibid.*, p. 855; Mónica Quijada, Carmen Bernand y Arnd Schneider, *Homogeneidad y nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos xix y xx*, Madrid, csic, 2000, pp. 16-56.

Corona está constituida por diversos reinos, algunos de ellos americanos, que participan agregativamente en el cuerpo político de la monarquía; en segundo lugar, la idea de que América es parte integral de la nación hispánica, y en tercer lugar, que América es parte útil de la monarquía pero no hace parte de la nación ni constituye una nación propia. Al discutir cada variante por separado, no es mi intención generar la impresión de que cada una constituye una tradición autónoma e independiente, con posiciones ideológicas claramente delimitadas. Aun más, a pesar de ser diferenciadas no son necesariamente contradictorias entre sí y sólo adquieren un carácter nítido y polémico en retrospectiva. Esto lo vemos más claramente cuando descubrimos a un autor participando de varias posiciones a lo largo de los debates.

La primera visión del lazo entre América y España nos remite al arreglo bajo los Habsburgo de una monarquía compuesta, polisindial, con reinos e instituciones diferenciados, que sirve de sustento a buena parte de la institucionalidad y la legislación americana durante el período español. Esa visión había arraigado con fuerza entre los americanos, para quienes la “constitución del reino” remitía al ordenamiento que los pueblos o provincias habían adquirido históricamente y cada uno de los componentes del cuerpo político, es decir, los tres estados y, dentro de éstos, las innumerables corporaciones que lo conformaban y que se había legitimado tras años de existencia.²⁰ A lo largo del siglo XVIII esta visión corporativa será objeto de intervención por parte de los reformistas, quienes *percibieron en los arreglos institucionales americanos* “haber un vicio radical en la constitución gubernativa [...]”.²¹ Ese arreglo es precisamente el que debe intervenir para crear en cambio una institucionalidad menos susceptible de ser cooptada por intereses locales, y más eficiente a la hora de cumplir con las intenciones reformistas.

Por otra parte, a mediados del siglo XVIII aparece la convicción de que las provincias americanas son, por lo menos en potencia, naciones con su propia constitución. Quienes primero desarrollan las implicaciones de esta posibilidad son los publicistas franceses e ingleses. En 1750 Jacques Turgot escribió en “Discursos sobre el progreso humano” (1750) que “Las colonias son como los frutos que no dejan el árbol hasta su madurez. Una vez suficientes a sí mismas, hicieron lo que hizo Cartago, lo que hará un día América”.²² Esta posición –retomada y elaborada por Adam Smith en *La riqueza de las naciones* (1776)– insistía en la inevitabilidad de la separación de las colonias y proponía la creación de varias monarquías americanas independientes aunque unidas por lazos dinásticos. Los controvertidos proyectos del conde de Aranda y del Intendente General de Caracas (1777-1783), José de Ábalos, y el posterior intento de Manuel Godoy, ministro de Carlos IV, de promover la constitución de las colonias en reinos autónomos con monarcas de la misma casa española representan una respuesta cuidadosa a esa posibilidad y un intento por preservar la unidad de la Corona ante el reconocimiento de que la distancia de las provincias americanas, sus enormes riquezas y la diversidad de su carácter las empujan a buscar su independencia.²³ Ante esa realidad –que las colonias forman su propia nación– es mejor propender, como

²⁰ Beatriz Rojas, “Constitución y ley: viejas palabras, nuevos conceptos”, en Erika Pani y Alicia Salmerón (eds.), *Conceptualizar lo que se ve*, México, Instituto Mora, 2004, p. 294.

²¹ José Donato de Austria, “Memoria sobre el comercio exterior americano” (1803), en Javier Ortiz de la Tabla Ducasse (ed.), *Memorias políticas y económicas del Consulado de Veracruz, 1796-1822*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1985, p. 90.

²² Jacques Turgot, *Cuadro filosófico de los progresos sucesivos del espíritu humano*, Madrid, Tecnos, 1991, p. 46.

²³ Véase “Dictamen reservado que el excelentísimo Señor Conde de Aranda dió al Rey sobre la independencia de las colonias inglesas después de haber hecho el tratado de paz ajustado en París el año de 1783” y la “Representación del intendente Abalos dirigida a Carlos III, en la que pronostica la independencia de América y sugiere la creación

señala el conde de Aranda, por “cuatro *naciones* [una por cada virreinato] [...] unidas por la más estrecha alianza ofensiva y defensiva para su conservación y prosperidad”.²⁴

En segundo lugar, surge a principios del siglo XVIII una nueva valoración del concepto de nación que absorbía la diversidad de reinos bajo un mismo cuerpo político, encarnado en el Rey. Ya desde 1736, Benito Feijoo impugna el amor a la patria local y promueve el amor a la nación, que incluye ambas riveras del Atlántico.²⁵ Un reducido e influyente grupo de reformistas ilustrados defendía la participación de las provincias americanas en el conjunto de la monarquía en calidad de parte integral de la nación. En el Consejo Real extraordinario del 5 de marzo de 1768, presidido por el conde de Aranda, los fiscales Campomanes y Floridablanca dictaminaron que:

Los Vasallos de S.M. en Indias para amar a la matriz que es España necesitan unir sus intereses, porque no pudiendo haber cariño a tanta distancia, solo se puede promover este bien haciéndolos percibir la dulzura y participación de las utilidades, honores y gracias. ¿Cómo pueden amar un gobierno a quien increpan imputándole que principalmente trata de sacar de allí ganancias y utilidades y ninguno les promueve para que les haga desear o amar a la nación y que todos los que van de aquí no llevan otro fin que el de hacerse ricos a costa suya?

La dramática conciencia de un cierto estado de cosas que atenta contra la unidad de la monarquía da contundencia a la última frase del dictamen: “No pudiendo mirarse ya aquellos países como una pura colonia, sino como unas provincias poderosas y considerables del Imperio Español”. Nótese que la defensa de América ya no se hace desde la particularidad de los reinos, sino desde la comunalidad de la nación española. Esa participación de América en la nación se hace posible en la medida en que ya no se es pura colonia. En este caso colonia ya no designa el sentido clásico de asentamiento sino una relación que niega o disminuye su naturaleza política.²⁶

Como previsión contra los efectos disgregativos de la distancia y las identidades arraigadas, los funcionarios españoles en América insistirán en la urgencia de “estrechar y hacer más íntima la relación de los habitantes de la América española con los de la Península, [...] si se quiere conservar su unión, nacionalidad y propios sentimientos perpetuamente en orden a religión y gobierno”.²⁷ Entre las recomendaciones formuladas por Campomanes y Floridablanca

de varias monarquías en el Nuevo Mundo” (1781). Reproducidos en Carlos Muñoz Oráa, *Dos temas de historia americana: La independencia de América*, Mérida, Venezuela, Universidad de los Andes, 1967, pp. 45-49; 34-44. Para una visión general, Manuel Teruel Gregorio de Tejada, “Monarquías en América”, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie IV: *Historia Moderna*, vol. 18-19, 2005-2006, pp. 247-270.

²⁴ Manuel Lucena Giraldo, *Premoniciones de la Independencia de Iberoamérica*, Madrid, Doce Calles, 2004, p. 77. No parece desatinado suponer que esa tradición de naciones federadas bajo una gran monarquía constituye una vía de acceso privilegiado para la recepción de los debates en torno al federalismo norteamericano.

²⁵ Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal: ó discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes*, Madrid, Imprenta de Don Antonio de Sancha, 1773, vol. III, p. 263.

²⁶ Se trata de un tema ampliamente explotado más adelante por los liberales españoles en sus polémicas con los reclamos americanos durante las Cortes de Cádiz. El notable Álvaro Flórez Estrada escribe “Por más que otras Naciones del Continente se jacten de su ilustración, y de su libertad, fue el Gobierno Español el primero á romper la valla que separaba á las Colonias de sus metrópolis manteniéndolas sin ninguna consideración política”. *Exámen imparcial de las disensiones de la América con la España*, Cádiz, Impr. de D. M. Ximenez Careño, 1812, p. 54.

²⁷ Francisco Silvestre, “Apuntes reservados particulares y generales del estado actual del Virreinato de Santafé de Bogotá” [1789], en Germán Colmenares (ed.), *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*, 3 vols., Bogotá, Banco Popular, 1989, vol. II, apartado 203, p. 149.

para cultivar los lazos entre América y la Península figura el nombramiento de un diputado en la Corte como representante de cada uno de los virreinos,²⁸ recomendación que es acogida por Victorián de Villava cuando señala en su proyecto de reforma que las provincias americanas deberían participar por medio de representantes en el Consejo Supremo comprendiendo a “América como provincia” de la nación.²⁹ Se hace evidente, por lo tanto, que el problema americano de la representación de la nación, álgido durante los años de la *vacatio regis* (1808-1814), no surge de la nada sino que tiene antecedentes muy precisos en la segunda mitad del siglo XVIII. Es el caso del concepto transatlántico de nación que se va a imponer en buena parte de la monarquía a partir de 1810 y hallaba expresión en la Constitución de 1812.

Finalmente, mencionemos el proyecto político de mayor fuerza y envergadura durante el siglo XVIII. El ministro José Gálvez es la punta de lanza de este ambicioso proyecto reorganizador del espacio americano. Su visita a México en 1765 le sirve de impulso para la empresa que llevará a cabo desde 1776, cuando es nombrado secretario del Estado del Despacho de Indias. Su proyecto de intendencias acentuaba la presión fiscal, fortalecía la capacidad del sistema de recaudación tributaria, introducía el estanco en varios ramos, establecía nuevos impuestos, reformaba el sistema de aduanas y generaba una administración más eficaz en el traslado de recursos a la metrópolis.

En la medida en que crecían las expectativas en torno al potencial económico de las provincias americanas y se intensificaban las reformas administrativas, empieza a formalizarse entre los oficiales de la administración una nueva concepción de lo que debe ser una colonia, distante ya de la noción de poblaciones de ultramar incorporadas a la Corona. La propia fórmula de Gálvez de implementar las reformas “bajo las mismas reglas con que se erigieron en la Península de España [...] sin que se necesite variarlas en más puntos esenciales que en los del fomento de fábricas, prohibidas en las Colonias [...]”³⁰ evidencia un entramado conceptual muy complejo en el que se mezclan la tradición jurídica de la monarquía de cuerpos, la teología política del absolutismo de Carlos III, los presupuestos mercantilistas de la economía colonial y una clara conciencia de un régimen administrativo diferenciado y subordinado para las posesiones de ultramar. Lo cierto es que, como ya lo anotó José María Portillo, a partir de esa misma época nación y monarquía empiezan a divergir. En palabras cercanas al siglo XVIII, podríamos decir que la comprensión generalizada de tratadistas y funcionarios es que la colonia forma parte de la monarquía, pero no hace parte de la nación.³¹ El conde Revillagigedo,

²⁸ Esta diversidad de posibilidades de vincular a América con la península se hace evidente en “Las modificaciones que experimentó el gobierno de Indias en la estructuración de las Secretarías de Despacho –unas veces constituyendo una secretaría propia, otras repartido según materias entre el resto de ministerios– son [...] un reflejo de la alternancia en el poder de los defensores de una u otra línea”. Óscar Álvarez Gila, “Ultramar”, en Juan Francisco Fuentes y Javier Fernández Sebastian (eds.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, p. 681.

²⁹ “Apuntes para una reforma de España” [1797], en José María Portillo Valdés (ed.), *La vida atlántica de Victorián de Villava*, Madrid, Fundación MAPFRE, 2009, pp. 155 y 157.

³⁰ “Informe y Plan de Intendencias para el reino de Nueva España presentado por el Visitador D. José de Gálvez...”, 16 de enero de 1768, 20 de enero de 1768 y 21 de enero de 1768, en Luis Navarro García (ed.), *Intendencias en Indias*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1959, pp. 164-181.

³¹ La impresión compartida por una amplia mayoría de los oficiales peninsulares es que América no formaba parte de la nación, por lo menos no en el mismo sentido que Cataluña, Aragón o Toledo. En el mismo sentido José María Portillo señala que para los pensadores españoles del siglo XVIII la monarquía y la nación no coincidían: “Con muy contadas excepciones, cualquier pensador español del momento tenía por evidente que las posesiones extraeuropeas del *Rex Catholicus* –con la excepción de Canarias– contaban como monarquía, pero no como nación. Esta última, aún sin una definición política sustantiva, era cosa sólo de europeos [...]”. En “Crisis de la Monarquía y necesidad

Virrey de México (1789-1794), señalaba en la relación a su sucesor en 1794 que México era “una colonia” y por lo tanto:

debe corresponder a [España] con algunas utilidades, por los beneficios que recibe de su protección, y así se necesita gran tino para convinar esta dependencia, y que se haga mutuo y reciproco el interés, lo cual cesaría en el momento en que no se necesitase aquí de manufacturas europeas y sus frutos.³²

En el interior de la Corona se consolida durante el siglo XVIII una visión de los dominios americanos como territorios para ser administrados, no gobernados.

Permítaseme señalar en este momento una de las transformaciones más notables: el término colonia deja de designar simplemente un asentamiento (que bien puede estar situado en Europa o en América) y pasa a competir con denominaciones administrativas establecidas en el ámbito americano, tales como virreinato, capitanía, o simplemente provincias. La asimilación del término a las grandes unidades administrativas de la Corona –durante el mismo período de reforma que buscaba optimizar el flujo de recursos a la Península– identificaba el aparato administrativo como la unidad encargada de asumir los controles necesarios para asegurar la implementación y el buen funcionamiento de las políticas metropolitanas.³³

Síntoma de ese nuevo y complejo sentido de “colonia” será el uso discriminado que un creciente número de cronistas, ensayistas y funcionarios españoles de la segunda mitad del XVIII harán del término para designar las posesiones de otras naciones, en particular las británicas y francesas. Por ejemplo, de los cuatro tomos de la *Relación histórica del viaje a la América meridional* (1748), de Antonio de Ulloa y Jorge Juan, sólo en el último, cuando se describen las posesiones inglesas y francesas, los autores apelan al término colonia para describir estas posesiones. El capitán de Reales Guardias Españolas, el quiteño Antonio de Alcedo, procede de igual manera en los cuatro volúmenes de su monumental *Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales o América* (1786-1788), al describir los asentamientos franceses e ingleses mediante la palabra colonia, mientras que reserva para los hispánicos la nomenclatura oficial o su condición administrativa.

En sus *Reflexiones sobre el comercio español en Indias* (1762) y su *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento* (1775), ambos documentos intensamente preocupados por la integración de América con España, el influyente Pedro Rodríguez de Campomanes sigue una práctica similar.³⁴ Incluso en el capuchino Joaquín de Finestrad, autor de *El*

de una constitución”, tomado de: <http://www.fd.unl.pt/docentes_docs/ma/amh_MA_6595.pdf>. Para un desarrollo más sostenido, véase José María Portillo Valdés, *Crisis Atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 32-53.

³² *Instrucción reservada que el Conde de Revillagigedo dio a su sucesor*, México, Agustín Guiol, 1831, apartado 364, pp. 90-91.

³³ Valga la aclaración de que ese control no se ejerce de manera homogénea ni generalizada sobre toda la población americana. Aunque las elites criollas resultan en su momento víctimas de sospechas y son sometidas a estrecha vigilancia por las autoridades, frecuentemente son ellas –en su calidad de intermediarios y beneficiarios– las encargadas de implementar las políticas de control.

³⁴ Los ejemplos son innumerables. Añado uno más, de gran envergadura, simplemente para ilustrar hasta qué punto era una práctica generalizada, aunque sea difícil determinar hasta qué punto fue deliberada. El conde de Florida-Blanca, encargado de redactar la “Instrucción reservada de Carlos III para dirección de la Junta de Estado” (c. 1788), sigue la misma práctica en este precioso documento sobre el estado de los reinos.

Vasallo instruido (c. 1789), esa irascible colección de sermones en respuesta al levantamiento comunero en Nueva Granada, notamos una reticencia completa a usar el término colonia para las provincias americanas. Cuando se la utiliza, tiene siempre el sentido de asentamiento poblacional, excepto en el último capítulo, titulado “Demuestra el Dominio y Señorío natural de los Reyes de España en la América”. En este capítulo Finestrada usa reiteradamente “colonia” para designar la posesión que ha sido adquirida en condición tiránica e ilegítima y es sometida a un régimen de explotación marcado por la avaricia, la ambición, la rapiña y la usurpación:

Díganme estos académicos: ¿en qué título fundaron sus naciones el dominio y señorío en el Canadá, en la nueva Inglaterra y en la nueva Escocia? ¿Con qué derecho legitimaron su posesión los holandeses y dinamarqueses en la nueva Holanda y en la nueva Dinamarca? ¿Qué causas tuvieron para dominar las islas Lucayas, las Bermudas y los establecimientos en tantas ciudades, puertos y playas en el África y en el Asia? ¿Cuál es el origen de estas Colonias? ¿No fue ciertamente la avaricia, la ambición, la rapiña, la usurpación de unos nacionales violentos, aventureros, sanguinarios y piratas invasores?

Contra esa tiranía colonial, Finestrada destaca los justos títulos de España sobre América: “¿Pero qué me canso yo en increpar a las naciones extranjeras el origen de sus nuevas colonias? [...] Jamás las naciones extranjeras podrán presentar en tribunal alguno los títulos tan nerviosos del señorío en América como mi Nación”.³⁵

Más importante que la cesión papal, la condición de dominio justo exhibida por España se ratifica con “el consentimiento del mismo pueblo Americano que aseguran a España en sus derechos y posesión pacífica de mucho tiempo que es un título evidente y nada equívoco de su dominio y señorío natural” (p. 403, 268r).

Esta nueva significación del concepto “colonial” está marcada por tres núcleos de sentido. En primer lugar, es evidente que el concepto de colonia indica en este caso que la relación de la posesión con la Nación (es decir, con lo que a fines del siglo XVIII se considera la comunidad política por excelencia) es de absoluta exterioridad. Contrario al modelo romano, en esta acepción el colono no es ciudadano, ni forma parte de la nación. En segundo lugar, el nuevo significado de “colonia” suscita o retrotrae el problema de legitimidad del dominio. Aun cuando se siguen invocando las donaciones papales como principio legitimador del imperio, su eficacia es limitada, e incluso Finestrada –dado en múltiples otras ocasiones a fundamentar el orden sobre la voluntad del Rey– apela al consentimiento. Por su parte, lo esencial de las colonias es que son territorios donde ese consentimiento no ha sido otorgado; su dependencia de las metrópolis es resultado de la fuerza ejercida sobre sujetos considerados incapaces de detentar su propia soberanía. No sorprende, señala Beatriz Rojas, que para muchos americanos del momento “la diferencia entre [...] un reino o una colonia era abismal: al primero se le reconocía una constitución y unas leyes propias; a la segunda no le quedaba sino callar y obedecer”.³⁶ Esta distinción entre reino y colonia, provincia constituida para su propia felici-

³⁵ Joaquín de Finestrada, *Vasallo instruido en el estado del Nuevo Reino de Granada y en sus respectivas obligaciones*, ed. de Margarita González, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2000, p. 398. A partir de aquí las páginas de las citas figurarán entre paréntesis en el texto principal, incluyéndose también la paginación por folios, preservada en la edición citada.

³⁶ Beatriz Rojas, “Constitución y ley...”, *op. cit.*, p. 293.

dad y dependencia administrativa sin constitución propia, será fundamental en los debates en torno a la representación americana en la Junta Suprema en 1809 y durante las Cortes de Cádiz. En tercer lugar, en el nuevo nudo de significados del concepto colonia esa relación está marcada por un craso régimen de explotación económica —una despiadada fuente de enriquecimiento— que suprime el lazo político. El régimen de explotación convierte a los hombres en esclavos y no admite preocupación alguna por el colonizado. “La opresión y violencia, escribe Finestrada, que observamos en sus Colonias [francesas] son el pronóstico seguro de sus producciones” (p. 404, 269r).

Si bien es cierto que ni los más fanáticos seguidores de Gálvez se expresaron abiertamente de ese modo, ni los americanos se representaron como colonizados, a los ojos de observadores europeos —desde Montesquieu, Smith y Filangieri, hasta Raynal, Robertson y Pradt— las Indias españolas eran sin lugar a duda colonias a fines del siglo XVIII, en el mismo sentido que las otras posesiones europeas. Pero más importante aun, algunos pocos pero influyentes lectores americanos se acercaban a estos textos y sacaban sus propias conclusiones.³⁷

La defensa que hace Antonio Nariño de la traducción e impresión clandestina de los “Derechos del hombre y del Ciudadano” en diciembre de 1793 es de gran interés pues nos permite ver la recepción de muchas de estas ideas en una ciudad intermedia de las provincias americanas. Nariño se defiende citando diversos textos publicados en la monarquía para probar que esas ideas no eran desconocidas en España y por lo tanto no podían ser subversivas. Lo que más interesa en nuestro caso es que, en vez de detenerse en aquellos pasajes que se referían a la declaración de los derechos, Nariño dirige su atención a los momentos en que los autores discutían abiertamente sobre la política española en América, en particular a la restricción a la industria y la agricultura, así como el monopolio comercial impuesto sobre América y cita con aprobación aquellos argumentos que proponían que “permitida y fomentada la industria y la agricultura en nuestras colonias, la monarquía española será la más poderosa y el más opulento imperio que han conocido los siglos”.³⁸ Aun más, Nariño destaca aquellos escasos pero significativos pasajes publicados en España que discutían la injusticia de un tratamiento diferencial entre españoles y americanos:

ó las colonias han de estar gobernadas según las reglas de la equidad, de justicia y de razón, según aquellas reglas que han unido á los hombres en sociedad para su propia conservación, seguridad y bienestar; ó al contrario se quieren gobernar por principios y reglamentos opuestos á sus intereses...³⁹

³⁷ Federica Morelli desarrolla las diversas recepciones que tuvo Filangieri en la monarquía y, en especial, en la América hispánica en “Tras las huellas perdidas de Filangieri: Nuevas perspectivas sobre la cultura política constitucional en el Atlántico hispánico”, *Historia Contemporánea*, vol. 33, 2006, pp. 431-461.

³⁸ “Defensa” (1795), en Eduardo Posada y Pedro María Ibáñez (eds.), *El Precursor. Documentos sobre la vida pública y privada del General Antonio Nariño*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1903, apartado 76, p. 81. Jaime Urueña identificó al autor de esta cita como François-Jean de Chastellux, autor del *Discours sur les avantages ou les désavantages qui résultent pour l’Europe de la découverte de l’Amérique, objet du prix proposé par M. L’abbé Raynal* (1787). Véase Jaime Urueña Cervera, *Nariño, Torres y la Revolución francesa*, Bogotá, Ediciones Aurora, 2007, pp. 42-46. Nariño cita de la traducción que apareció en el *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* (Madrid, en la Imprenta de González, N° 172, 16 marzo de 1789, p. 987).

³⁹ “Defensa” (1795), en Eduardo Posada y Pedro María Ibáñez (eds.), *El Precursor... op. cit.*, apartado 77, p. 82. En *Espíritu... op. cit.*, p. 996.

En este último caso, continúa la cita, “el ejemplo y la proximidad de los nuevos republicanos [en los nacientes Estados Unidos] las estimularán á desear y abrazarán otro gobierno que más les convenga”.

Finalmente, mencionemos un texto del importante ilustrado liberal Valentín de Foronda, *Carta sobre lo que debe hacer un príncipe que tenga colonias a gran distancia* (Filadelfia, 1803; Cádiz, 1812). En realidad, son dos textos, pues además de reproducir el texto de 1803 la edición de 1812 le agrega un aparte sustancial en la que reitera la propuesta, adecuada esta vez a las nuevas realidades jurídicas posteriores a la Real Orden del 15 de abril de 1810 donde el Consejo de Regencia señalaba la absoluta igualdad entre las partes americanas y europeas de la Corona. A Foronda no lo agobia la conciencia de saber que América pertenece a la nación o la premonición angustiosa de que las provincias americanas buscaban la independencia. Al contrario, siguiendo a Adam Smith, lo que le preocupa a Foronda es el lastre económico que éstas le representan y los efectos perniciosos que supuestamente han tenido sobre las industrias peninsulares.⁴⁰ Es por eso que en 1803 propone que para España resulta más conveniente vender las colonias americanas e invertir el dinero resultante en la construcción de infraestructura, escuelas y servicios hospitalarios y, sobre todo, en estimular la agricultura.

El argumento de Foronda comprende tanto una cuestión de principios (la relación colonial arruina la industria de la metrópolis) como de contabilidad fiscal (las economías coloniales no generan lo suficiente para costear sus gastos). Mientras que el primero es un argumento especulativo, sobre el segundo, en cambio, existe una abundante literatura que demuestra la importancia de las colonias para el fisco español del período.⁴¹ Así pues, el texto de Foronda no pasaría de ser una anotación heterodoxa si no fuera porque su texto de 1812 evidencia una clara conciencia de lo que hasta entonces había permanecido soterrado. Para Foronda, la idea de la venta de América no se puede realizar porque los americanos “son iguales á nosotros por la ley, y por la razón [...]; luego deben gozar de las mismas ventajas”.⁴² Su razonamiento es impecable:

Digo que [las colonias] solo nos servirán de un intolerante peso, porque en virtud de la igualdad de derechos de ciudadanía podrán plantar viñas, olivares &c. y entonces á Dios la exportacion de nuestros frutos: podrán Igualmente establecer todo género de manufacturas, y si no la establecieren los efectos serán igualmente funestos á la España, mientras no pueda competir con la industria extrangera, porque los barcos suecos, rusos, ingleses podrán ir á sus puertos en derecho sin pagar más derechos, de los que pagarían en España, ó que paguen los españoles. No solo podrán ir los barcos de todas las naciones, sino que podrán establecerse todos los extrangeros lo mismo que en España, Sí Señores, no hay duda en esto. Son iguales á nosotros por la ley, y por la razon los americanos; luego deben gozar de las mismas ventajas.

⁴⁰ Para los argumentos de Smith contra los beneficios económicos de las colonias, véase la *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776; en español 1794), Libro IV, cap. 7, parte III y el capítulo subsiguiente (varias ediciones).

⁴¹ Joseph Fontana señala que “conviene recordar que, a comienzos del siglo XIX, América proporcionaba cerca de una cuarta parte de los ingresos ordinarios de la Corona y que el comercio colonial era la columna vertebral del sistema entero de intercambios exteriores de España”. *La crisis del Antiguo Régimen: 1808-1833*, Barcelona, Crítica, 1992, p. 197. Más recientemente, véase Carlos Marichal, *La bancarrota del virreinato 1780-1810. La Nueva España y las finanzas del imperio español*, México, El Colegio de México/FCE, 1999.

⁴² Valentín de Foronda, *Carta sobre lo que debe hacer un príncipe que tenga colonias a gran distancia*, Coruña, España, Oficina de D. Antonio Rodríguez, 1812, p. III.

En otras palabras, si las provincias americanas son integrantes de la nación no son colonias y entonces el arreglo político de tres siglos deja de tener sentido: “¿Si gozan de las mismas ventajas –se pregunta Foronda– dónde está la utilidad de su conservación?” De ese modo, Foronda propone cesar toda discusión en las Cortes sobre la representación americana y otorgarles a las provincias americanas inmediatamente su independencia.

III. Conclusión: Los usos políticos del concepto “colonia”, 1808-1814

Hemos visto cómo durante el siglo XVIII el vocablo “colonia” se llenó de significados diversos que constituyeron índices de las luchas sociopolíticas del momento y factores en los procesos de definición de la naturaleza del lazo entre América y la Corona, al configurar horizontes de acción y “límites para la experiencia posible y para la teorización concebible”.⁴³ Aun más, la crisis de legitimidad de 1808 produce una “articulación profunda de nuevos significados” que tenía, sin embargo, raíces locales muy profundas.⁴⁴ El concepto adquiere mayor consistencia y se convierte en uno de los prismas privilegiados por medio del cual los criollos entienden su relación con la nación y la representación. Si hasta 1808 eran los funcionarios y los reformistas españoles quienes exhibían una aguda conciencia de los múltiples sentidos de “colonia”, a partir de ese momento serán los americanos quienes asumirán la interlocución y explorarán las consecuencias políticas de ser colonias.

En mayo de 1808, congregada la Asamblea constituyente de Bayona, se invita a seis delegados americanos a participar en las deliberaciones para aprobar la versión final de la Constitución española de filiación bonapartista. Pronto el principio de igualdad entre la península y las provincias americanas se convierte en un fuerte tópico de discusión y los diputados americanos toman un papel activo en el desarrollo del articulado que dará contenido a tal proposición. Para el objetivo de este ensayo –y como evidencia incisiva de la animosidad visceral producida por nuestro concepto– vale la pena notar que la redacción inicial del título del artículo 82 rezaba: “Las colonias españolas de América y Asia gozarán de los mismos derechos que la Metrópoli”. El título –no ya el contenido– fue objetado por los diputados del Río de la Plata –José Ramón Milá de la Roca y Nicolás Herrera–, quienes propusieron cambiar el término colonias –en ese pasaje y en todo el texto constitucional– por el de provincias hispanoamericanas o provincias de España en América.⁴⁵ Después de una extendida discusión, la enmienda fue aceptada e incorporada al texto final de la Constitución.

Resulta útil analizar “colonia” como instrumento “evaluativo-descriptivo”, es decir, como aquellos términos que, según Quentin Skinner, se usan para describir acciones, y al

⁴³ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado...*, op. cit., p. 108.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 114-116.

⁴⁵ *Actas de la Diputación general de españoles*, Madrid, Imprenta de J. A. García, 1874, p. 114. Como señala Antonio-Filiu Franco Pérez, fue sólo en el tercer proyecto de la constitución que se “admite de manera definitiva la representación en Cortes de los territorios de Ultramar, a la vez que se introduce un Título especialmente dedicado a dichos territorios”. Véase su “La ‘Cuestión Americana’ y la Constitución de Bayona (1808)”, *Revista Electrónica de Historia Constitucional*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008. Para discusiones muy similares en los debates de las Cortes de Cádiz, véase María Teresa García Godoy, *Las cortes de Cádiz y América. El primer vocabulario liberal español y mejicano (1810-1814)*, Edición ed. Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 1998, pp. 156-158.

mismo tiempo tienen el efecto de evaluarlas.⁴⁶ Sólo de ese modo –es decir, suponiendo que tanto “colonia” como “colonial” formaron parte del arsenal conceptual de los diversos actores de la época– se puede entender la vehemencia de los representantes americanos en Bayona. Para tener una idea más clara de los contenidos evaluados veamos con detalle qué es lo que se rechaza vía el concepto.

A mediados de julio de ese año, cuando llega a Ciudad de México la *Gaceta de Madrid* con noticias sobre las abdicaciones de Bayona y la ocupación francesa, el Ayuntamiento de la ciudad reacciona y le dirige al Virrey Iturrigaray un manifiesto declarando su lealtad a Fernando VII y requiriendo la creación de un gobierno provisional, con el Virrey a la cabeza, que rompa lazos con todas las autoridades francesas y españolas, sospechosas éstas de colaborar con los invasores. El Ayuntamiento fundamentaba tal solicitud indicando que ante la

ausencia e impedimento [de los legítimos herederos del trono] reside la soberanía representada en todo el reino, y las clases que lo forman, y con más particularidad en los tribunales superiores que lo gobiernan, administran justicia, y en los cuerpos que llevan la voz pública, que la conservarán intacta, la defenderán y sostendrán con energía como un depósito sagrado, para devolverla, o al mismo señor Carlos IV, o a su hijo el señor príncipe de Asturias [...].⁴⁷

La Real Audiencia pronto se declara en contra de la declaración de soberanía y los fiscales dictaminarán que “Si un pueblo así subordinado o colonial como éste de Nueva España se entrometiese a nombrar tales guardadores, usurparía un derecho de soberanía que jamás ha usado ni le compete, y si lo hace por sí solo y para sí, ya era este un acto de división e independencia prohibido por esta propia ley”.⁴⁸ Por su parte, el fiscal de lo civil señalaba que “Yo no puedo persuadirme que reconociesen por legítima en las presentes circunstancias la soberanía de este pueblo colonial, y que estando incorporado el patronato de Indias en la corona de Castilla y León, lo ejerciese otra autoridad que la misma corona, o quien representase y ejerciese legítimamente sus derechos en la península de España” (pp. 13-14). El fiscal remataba señalando que “esta América adquirida por los reyes católicos entre otros por el derecho privilegiadísimo de conquista, es una verdadera colonia de nuestra antigua España [...]” (p. 15). Así pues, en el preciso momento en que la retroversión de la soberanía se convierte en la fórmula por medio de la cual los pueblos recobran su libertad, “colonia” designa con contundencia aquellos territorios que aparecen marcados por una negación de sus facultades políticas.

⁴⁶ Quentin Skinner, *Visions of politics*, vol. I, Cambridge, UK, Cambridge University Press, 2002, p. 254.

⁴⁷ “Acta del Ayuntamiento de México, en la que se declaró se tuviera por insubsistente la abdicación de Carlos IV y Fernando VII...”. En Juan E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la Historia de la Guerra de Independencia de México*, vol. 1, documento 199, pp. 14-15. En la misma Acta el Ayuntamiento le solicita al Virrey que “otorgue juramento y pleito homenaje en las manos del real acuerdo en presencia de la nobilísima ciudad como su metrópoli, y todos los demás tribunales de la capital los que sean citados solemnemente; que igual juramento, y solemne pleito homenaje preste en manos del excelentísimo señor virrey la Real Audiencia, la Real Sala del Crimen, esta nobilísima ciudad como metrópoli del reino sin reservar alguno; lo mismo ejecuten el muy reverendo arzobispo, reverendos obispos, cabildos eclesiásticos, jefes militares y políticos, y empleados de toda clase en el modo y forma que su excelencia con el real acuerdo disponga” (p. 8).

⁴⁸ “Exposiciones de los fiscales contra las opiniones de los novadores”, 14 de diciembre de 1808. En *ibid.*, vol. 1, documento 260, p. 11. La exposición comienza señalando que el verdadero fin del Ayuntamiento “es avanzar la soberanía popular, peligroso extremo de que debemos huir”.

Éste es el contexto en el que el conde de Floridablanca, el mismo que en 1768 había dictaminado que los reinos indios “no son propiamente colonias”, en 1809 y ya en calidad de miembro de la Junta Central invitó a los virreinos y a las capitanías generales americanas a enviar diputados para que se incorporaran a la Junta Central.⁴⁹ La Real Orden del 22 de enero de 1809 señalaba que “los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son propiamente Colonias o Factorías como las de otras naciones, sino una parte esencial de la Monarquía española”. Seguida ésta por la declaración del 15 de abril de 1810, que sentencia que “los dominios españoles de ambos hemisferios forman una sola y misma monarquía, una misma y sola nación, y una sola familia y que, por lo mismo, los naturales que sean originarios de dichos dominios europeos o ultramarinos son iguales en derechos a los de esta península”.⁵⁰

La cadena de respuestas americanas a la declaratoria de la Junta Suprema no se hizo esperar y constituyen hoy en día una de las fuentes de cultura política más ricas para comprender la desintegración de la monarquía.

Una rápida mirada a uno de los textos más importantes del período, la “Representación del Cabildo de Santafé de Bogotá”, de noviembre de 1809, nos permitirá entender los alcances y los límites políticos del término.⁵¹ Como señalé al principio, la “Representación...” rescata el sentido clásico de “colonia”, asentamiento nuevo de ciudadanos que aun cuando físicamente separado del imperio forman parte integral de éste: “Las Américas [...] no están compuestas de extranjeros a la nación española. Somos hijos, somos descendientes de los que han derramado su sangre por adquirir estos nuevos dominios a la Corona de España [...]” (p. 8). Este lazo transforma los territorios conquistados en “provincias dependientes” cuyos habitantes pueden, dependiendo de su linaje, formar parte de la nación.⁵² Aun más, en virtud de ese lazo las colo-

⁴⁹ Luis Navarro García, “Fluctuaciones de la política española de Carlos III a Isabel II”, en *De súbditos del rey a ciudadanos de la nación*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 2000, p. 80.

⁵⁰ Señalemos provisionalmente que no son actos sin precedentes. La constitución francesa de 1795 declara igualmente las colonias francesas “partes integrantes de la República”, sujetas a la misma ley constitucional. Como es bien sabido, ese artículo jamás fue llevado a la práctica mientras que la Constitución bonapartista de 1800 restauró el antiguo régimen y declaró que las colonias debían ser gobernadas por leyes extraordinarias, de acuerdo a sus costumbres y circunstancias. Véase Jacques Godechot (ed.), *Les Constitutions de la France depuis 1789*, París, Flammarion, 1983, pp. 104 y 161.

⁵¹ Redactado principalmente por el abogado neogranadino Camilo Torres en su calidad de asesor del Cabildo, el documento, sin embargo, posiblemente contó con la participación de otros abogados y cabildantes. La “Representación...” fue presentada al Cabildo en noviembre de 1809 y rechazada por el Virrey, quien no autorizó su entrega al mariscal de campo Antonio de Narváez, diputado por Nueva Granada ante la Junta Suprema. A partir de este momento las citas aparecen en el texto principal.

⁵² Un punto aparte, fundamental éste, consiste en entender la disparidad evidente en la adopción del concepto colonial para describir la exclusión de los criollos americanos y, por otra parte, la evidente falta de habilidad para reconocer los procesos de exclusión puestos en marcha para con diversos grupos sociales (negros, indios, castas, etc.). La “Representación...” sustentaba el derecho de igualdad en que los españoles americanos son “Tan españoles [...] como los descendientes de Don Pelayo, y tan acreedores, por esta razón, a las distinciones, privilegios y prerrogativas del resto de la nación, como los que, salidos de las montañas, expelieron a los moros, y poblaron sucesivamente la Península; con esta diferencia, si hay alguna, que nuestros padres, como se ha dicho, por medio de indecibles trabajos y fatigas, descubrieron, conquistaron y poblaron para España este Nuevo Mundo”(p. 9). La argumentación remataba señalando que “Los naturales, conquistados y sujetos al poder español, son muy pocos, o son nada, en comparación de los hijos europeos que hoy pueblan estas ricas posesiones” (p. 9). En pasajes como éste se nos revela una fase profundamente conservadora de las revoluciones americanas y una voluntad explícita por reproducir la misma condición de exclusión –o de colonialidad, para usar un término acuñado recientemente– de otros miembros de la comunidad. Y a menos que se diga que la contradicción no formaba parte de la sensibilidad o de la capacidad conceptual de la época, citemos al español Joseph Blanco White, quien desde Londres había señalado: “Los revolucionistas justifican su resistencia a la Madre Patria a título del derecho que como hombres libres tienen de elegir su

nias americanas adquieren “una representación que por sí sola no podría[n] tener” (p. 9), derecho al cual los colonos no están dispuestos a renunciar. Sin embargo, según Torres, la representación nacional está viciada en su origen, pues en vez de la estricta igualdad debida a los americanos se instala un “principio de degradación”, por medio del cual si bien los americanos están representados en la nación, lo están de manera pasiva, desigual y disminuida (p. 8). Para restaurar la legitimidad, dice la “Representación...”, los americanos precisan “manifestar nuestras necesidades, exponer los abusos que las causan, pedir su reforma, y hacerla juntamente con el resto de la nación, para conciliarla con sus intereses”. De otro modo, concluye en velada amenaza, “ella no podrá contar con nuestros recursos, sin captar nuestra voluntad” (p. 32).

Que la representación del cabildo opte por apelar al antiguo concepto de colonia como asentamiento republicano es en sí mismo expresivo de la polivalencia del concepto y de las múltiples posibilidades políticas del momento. Una ambivalencia que se deja sentir en el supuesto beneplácito con que es acogida la declaración de la Junta Central del 26 de octubre de 1808 por la que ésta declara que “nuestras relaciones con nuestras colonias, serán estrechadas más fraternalmente, y por consiguiente, más útiles”. De hecho, en ese contexto inestable la noción clásica de colonia –asentamiento que forma parte de la nación, pero que mantiene una relación de dependencia con la metrópolis– resulta sorprendentemente afín con las aspiraciones autonomistas expresadas –casi furtivamente– al final de la “Representación...” y que constituyen su verdadera ambición política. En efecto, la “Representación...” señala que en la medida en que una convocatoria general de la nación sea muy difícil de llevar a cabo, además de costoso de mantener, se debe convocar y formar “en estos dominios Cortes generales, en donde los pueblos expresen su voluntad que hace la ley, y en donde se sometan al régimen de un nuevo gobierno o a las reformas que se mediten en él” (p. 30). Esta manera hábil de expresarse evidencia ciertas continuidades interesantes con las ideas confederalistas expresadas previamente por Aranda, Ábalos y otros.

Sin embargo, la disolución de la Junta Suprema en enero de 1810 y la creciente polarización que se vivía entre las autoridades neogranadinas y los americanos juntistas hacen que Torres cambie de estrategia en mayo de ese año y, en un tono completamente diferente exprese, sin mayores reservas, sus aspiraciones de un nuevo régimen constitucional autónomo. Si en la “Representación” Torres hablaba de “la restitución de la monarquía a sus bases primitivas y constitucionales” y apelaba a la idea de nación española, en la carta a Ignacio Tenorio aparece la nación americana como una unidad política diferente, la verdadera dueña de la soberanía, la cual “puede depositarla en quien quiera, y administrarla como mejor acomode a sus grandes intereses”.⁵³ Dado el estado de anarquía en que se hallaba España, señala Torres, los lazos que la unían con América se habían disuelto y “todo poder, toda autoridad ha vuelto a su primitivo origen, que es el pueblo”. El antiguo arreglo resultaba intolerable, pues más que haber sido reino y provincia, Torres invoca la imagen de Haití, colonia por excelencia en el imaginario occidental, y se pregunta si los americanos tendrán que esperar mucho más para conseguir la misma libertad que los ex esclavos habían logrado en 1804.

gobierno. [...] Les preguntaremos si insistiendo sobre tal argumento, piensan acomodar la práctica a la teoría. Si recurriendo a artificios y quisquillas piensan excluir a sus hermanos negros o pardos, de una completa participación del poder político ¿juzgan que con estas lecciones de derecho natural frescas en la memoria, se someterán pacíficamente las castas degradadas a estas restricciones y privilegios?”, *El Español*, N° xxii, 30 de enero de 1812, p. 253.

⁵³ Cito de Ignacio Copete Lizarralde (ed.), *Proceso histórico del 20 de julio. Documentos*, Bogotá, Banco de la República, 1960. Disponible en la segunda sección de: <<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/julio20/indice.htm>>.

En suma, para mediados de 1810 el concepto colonia recogía una situación de negatividad política en la que se destacaba la experiencia arbitraria de la desigualdad política, una representación disminuida y la denegación de la soberanía local. Las colonias estaban regidas por mandones y tenían un régimen despótico. ¿Significaba esto que los americanos inequívocamente aspiraban a la independencia nacional y que las guerras subsiguientes deben ser entendidas como guerras anticoloniales, en el mismo sentido de las que ocurren a mediados del siglo xx? Ciertamente no.

Esto se entiende mejor si identificamos quiénes eran considerados los responsables de esa relación colonial. Poco después de los sucesos de mediados de 1810 en Nueva Granada –durante los cuales se formaron juntas locales que organizaron sus propios gobiernos independientes de las autoridades españolas–, los editores de *El Argos Americano* de Cartagena recomiendan abolir las leyes que fueron dictadas “bajo el sistema más riguroso de ser estos países unas factorías coloniales”. Los editores denuncian la decadencia en la que estábamos “bajo el antiguo sistema colonial” debido al total desconocimiento de los derechos locales. El antiguo era “un sistema rigurosamente colonial, que es lo mismo que decir despótico, opresivo y enemigo de las luces, trescientos años de abatimiento y abyección, han puesto a la América en un estado lastimoso”.⁵⁴

Nótese que a pesar de la vehemencia anticolonial el autor jamás impugna a Fernando VII, de cuyos derechos soberanos el gobierno de Cartagena se había declarado custodio. A pesar de la pronta declaración de independencia absoluta, en noviembre de ese año, un grupo importante de americanos contemplaban aún, entre otras opciones, la posibilidad de reconstituir un orden monárquico pero basado en los renegados principios de igualdad.

Que una crítica al sistema colonial no evidencia ruptura con la monarquía española queda claro en el oficio que Jorge Tadeo Lozano y José de Acevedo Gómez enviaron a la Junta Suprema de Gobierno de Venezuela en nombre del Estado de Cundinamarca el 10 de mayo de 1811. Allí señalaban que

Disuelto el lazo que ligaba á estos Pueblos con el *Gobierno de España*, quedaron restituidos al uso de sus naturales é imprescriptibles derechos. Desde que los Franceses ocuparon el trono de la monarquía, y se apoderaron de la persona del Rey, los de este reino sacudieron sucesivamente el *yugo de las autoridades* coloniales que pretendían retenerlos en la dependencia, y proveyendo á su propia seguridad han dictado la *Constitución* ó *Leyes Fundamentales* de su Asociacion civil que se contienen en el código que adjunto paso á manos de V. E. El Estado de Cundinamarca se lisongea de que las Naciones y los Gobiernos dependientes de ellas, reconoceran, y respetarán la santidad de los principios en que funda su existencia política, y de que en consecuencia se prestarán a estrechar y establecer directamente las relaciones de que con tanta dureza como injusticia nos había privado el *Gobierno colonial despótico*, cuyo sistema hemos abolido para siempre. Dios guarde a V. E. muchos años.⁵⁵

Recordemos que la Constitución de 1811 reconoce a Fernando VII y lo nombra cabeza del Ejecutivo y que Lozano ejerce de presidente encargado. Así pues, más que al Rey, “colonial” designa en primera instancia las autoridades, instituciones y regulaciones que componen la

⁵⁴ En “Reflexiones sobre nuestro estado”, *El Argos Americano*, N° 4, 8 de octubre de 1810, pp. 17-18.

⁵⁵ Incluido en Joseph Blanco White, *El Español*, vol. 7, Londres, Imprenta de Juigné, 1811, p. 32. Mis cursivas.

administración española en América y, por extensión, aquellas instituciones peninsulares (el *Gobierno de España*) que las apoyan y promueven en España.

A lo largo del ensayo he tratado de reconstruir, muy esquemáticamente, el proceso por medio del cual el vocablo *colonia* adquirió calidad de concepto sociopolítico a lo largo del siglo XVIII en relación con las reformas borbónicas, el ascenso del absolutismo, las revoluciones atlánticas (incluyendo, de manera particular, sus dos variantes americanas: la norteamericana y la haitiana), la emergencia de un imaginario republicano y el fortalecimiento de las elites criollas. Al contrario de lo que podría pensarse, la noción evaluativa descriptiva de “colonia” no es conceptualmente ajena a los agentes contemporáneos del antiguo régimen y del nuevo orden sociopolítico. Aun más, claramente el problema colonial era central para la cultura política del período en tanto designaba una experiencia de negatividad política que hacían suya en ese momento. Pero sus usos políticos más relevantes para sus interlocutores no son impugnar de manera espectacular una exclusión y explotación. Por el contrario, el concepto permite iniciar el proceso de identificar la negatividad desde la cual es necesario pensar la fundación de una nueva soberanía. Problema ese, espinoso, que tendremos que dejar para otra oportunidad.⁵⁶ □

Resumen / Abstract

Ni nación ni parte integral: “Colonia” de vocablo a concepto en el siglo XVIII iberoamericano

En este artículo reconstruyo el proceso por medio del cual el vocablo “colonia” adquirió calidad de concepto sociopolítico a lo largo del siglo XVIII en relación con las reformas borbónicas, el ascenso del absolutismo, las revoluciones atlánticas (incluyendo, de manera particular, sus dos variantes americanas: la norteamericana y la haitiana), la emergencia de un imaginario republicano y el fortalecimiento de las elites criollas. Al contrario de lo que podría pensarse, la noción evaluativa descriptiva de “colonia” no era conceptualmente ajena a los agentes del antiguo régimen y del nuevo orden sociopolítico. Aun más, el problema colonial era central para la cultura política del período en tanto designaba una experiencia de negatividad política que hacían suya en ese momento y desde la cual se hacía necesario y urgente pensar la fundación de una nueva soberanía.

Palabras clave: colonia, colonial, soberanía, nación.

Neither a nation nor an integral portion. “Colony” from noun to concept in the Eighteenth Century in Iberoamerica

In this article I reconstruct the process by which the term “colony” became a socio-political concept towards the end of the eighteenth century, a process which took place in connection with the Bourbon reforms, the rise of absolutism, the Atlantic revolutions (including the North American and the Haitian), the emergence of a Republican imaginary and the strengthening of local elites. Contrary to widespread belief, the descriptive evaluative notion of “colony” was not alien to late 18th century American intellectual elites. Furthermore, such definitions of the colonial experience became central to the political culture of the period by designating an experience of political negativity from which it became necessary and urgent to think and reflect upon the foundation of a new sovereignty.

Keywords: colony, colonial, sovereignty, nation.

Fecha de recepción del original: 22/6/2010

Fecha de aceptación del original: 12/10/2010

⁵⁶ En un iluminador estudio sobre el concepto de tiranía, María Victoria Crespo llega a conclusiones muy similares. Véase María Victoria Crespo, “The concept and politics of tyranny and dictatorship in the Spanish American Revolutions of 1810”, *Redescriptions*, vol. 10, 2006, p. 96.

*Intersecciones: crítica literaria y sociología en la Argentina y el Brasil**

Alejandro Blanco y Luiz Carlos Jackson

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Universidad de São Paulo

IAun cuando los procesos de modernización de la crítica literaria en el Brasil y en la Argentina se inscriban en tradiciones intelectuales y organizaciones académicas distintas, algunas circunstancias comunes permiten aproximarlos. Entre éstas, enfatizaremos en este texto el hecho de que en los dos casos, y casi al mismo tiempo, la crítica literaria se acercó a la sociología, esforzándose por obtener un estatuto más científico del que había detentado hasta aproximadamente la primera mitad del siglo xx.

De hecho, entre las décadas de 1950 y 1960 los polos más dinámicos de la crítica literaria en los dos países se renovaron mediante la incorporación de instrumentos teóricos provenientes de la sociología, pese a la tensión existente entre tales orientaciones y las que defendían un análisis estético del texto literario. Además, en ese período las dos disciplinas enfrentaron temáticas convergentes, relativas, sobre todo, a los problemas de la formación y la modernización de la sociedad y de la cultura en los dos países. En tal dirección, a ambos lados de esas fronteras disciplinarias se desarrollaron programas de investigación y estilos de trabajo innovadores (y ambiciosos). Si en la sociología Florestan Fernandes y Gino Germani fueron las figuras prominentes de ese proceso, sus principales líderes intelectuales e institucionales, papel análogo en la crítica literaria sería cumplido por Antonio Candido y Adolfo Prieto en el Brasil y la Argentina, respectivamente.

Esta afirmación no despertará dudas en lo que respecta al papel desempeñado por Antonio Candido en el Brasil, pero tal vez sí respecto del que logró concretizar Adolfo Prieto en la Argentina. De hecho, la obra y la actividad intelectual de Antonio Candido fueron crecientemente valorizadas en las últimas décadas del siglo xx, y aun más a medida que el autor se distanció de las disputas y de las polémicas en las que se envolvió, así como de las críticas que recibió hasta mediados de la década de 1980. Tal itinerario es revelador del éxito del emprendimiento académico que llevó a cabo, que tuvo como soporte su prolongada actuación en la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de San Pablo (FFCL-USP), especialmente al frente de la cátedra de Teoría Literaria y Literatura Comparada, desde 1961 en adelante, en la que

* Este trabajo forma parte de una investigación en curso que tiene como eje una comparación de los procesos de fundación de la sociología en el Brasil y la Argentina. Agradecemos a Heloisa Pontes, Sérgio Miceli y Jorge Myers los comentarios a una versión preliminar del texto y el estímulo a su publicación.

reunió a un grupo destacado de profesores e investigadores, algunos muy reconocidos posteriormente, como Roberto Schwarz, Davi Arrigucci Jr. y Walnice Nogueira Galvão. En el caso de Adolfo Prieto, a pesar del alto nivel y del alcance de su producción académica, la evaluación de su obra y del liderazgo intelectual que ejerció, aun cuando fue siempre favorable, nunca resultó en una consagración equivalente.

Quien más se aproximó a ese nivel fue David Viñas, considerado hasta hoy por la mayoría de los investigadores como el principal artífice del proceso de renovación de la crítica literaria argentina entre las décadas de 1960 y 1980. Con todo, una comprensión más detenida de la carrera de Prieto (y de las circunstancias en las que se desenvolvió), comparada con la de David Viñas y otros críticos destacados de la misma generación —como Jaime Rest, Rodolfo Borello, Enrique Pezzoni y Noé Jitrik, entre otros— revela que fue él quien más se empeñó (y logró concretizar) en una reconstrucción sistemática y ampliada de la literatura argentina, no sólo por medio de su obra individual, sino también por los diversos proyectos colectivos que dirigió, entre los que se destaca su participación decisiva (concepción, redacción de algunos textos y supervisión de casi todos los artículos redactados para la obra) en el proyecto que originó una de las más exitosas historias de la literatura argentina, *Capítulo. La historia de la literatura argentina* (1967/1968). Pero a su vez, y a diferencia de David Viñas, que se dedicó tanto a la crítica literaria y a la literatura propiamente dicha como a otras formas de creación artística, Adolfo Prieto construyó toda su carrera en el interior de la universidad, dedicándose integralmente a la realización de un programa de investigación (extremadamente renovador en el contexto en que surgió) sólidamente apoyado en instrumentos analíticos oriundos de la sociología y del psicoanálisis, y menos interesado en la evaluación estética de los textos. Tales aspectos justifican el énfasis conferido a ese autor en el argumento desarrollado en este artículo.¹

Un primer elemento para entender el éxito más bien relativo del programa de investigaciones liderado por Adolfo Prieto se relaciona con la centralidad más prolongada, en relación con el caso brasileño, detentada por la literatura en el campo intelectual argentino durante el siglo xx. En esa configuración, por lo menos hasta el final de los años setenta, las posiciones dominantes del mundo literario estuvieron ocupadas por los propios escritores y apenas secundariamente por los críticos. Como contrapunto, típicamente, en Brasil la crítica como actividad desarrollada profesionalmente en el interior de la universidad y, fuera de ella, en los principales suplementos literarios del país, se impone progresivamente, sobre todo a partir de 1950, como instancia reconocida de arbitraje de la producción cultural y literaria, lo que ocurrirá en la Argentina más o menos treinta años más tarde. Más allá de eso, no sólo Adolfo Prieto sino todo el grupo de *Contorno* debió enfrentar una tradición académica muy prestigiosa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (FFyL-UBA, donde Prieto se formó, pero jamás enseñó), establecida durante la permanencia (1927-1946) del crítico español Amado Alonso al frente del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas, autor que enfatizaba un análisis interno de los textos literarios. Eso tal vez explique, por lo demás, el hecho de que ninguno de los críticos de *Contorno* haya enseñado en la UBA. En efecto, la inserción profesional de todos ellos en las décadas de 1950 y 1960 se dio en las universidades menos

¹ Ciertamente, Borello, Jitrik, Rest y Pezzoni también desarrollaron una carrera académica y escribieron sobre literatura argentina; sin embargo, en su producción crítica no incorporaron de la manera en que lo hizo Prieto los instrumentos de la sociología al análisis literario y al proyecto de una historia social de la literatura. Esto último explica la selección de Prieto como parámetro para examinar la relación entre crítica literaria y sociología, objeto de este trabajo.

prestigiosas del interior del país, lo que ciertamente limitó el alcance de los proyectos que intentaron desarrollar. En la Universidad de San Pablo (USP), en cambio, y hasta inicios de los años sesenta, no se consolidó ninguna corriente de análisis predominante. Igualmente, ningún liderazgo académico se impuso claramente hasta ese momento en la carrera de letras. Tales circunstancias favorecieron, a partir de entonces, un movimiento de renovación encabezado por Antonio Candido en la cátedra de Teoría literaria y literatura comparada de la USP.

II

Según una imagen más o menos generalizada, en la Argentina la crítica literaria habría precedido a la literatura,² pues sus primeras expresiones, surgidas en el último cuarto del siglo XIX, se dieron en un momento en que la literatura todavía no había madurado como un sistema. De todos modos, algunas décadas antes que en el Brasil, la enseñanza de las letras fue institucionalizada académicamente con la creación de la FFyL (1896). Es necesario mencionar otros dos hechos por su importancia en la constitución ulterior de la crítica en este país. El primero se refiere a la creación de la revista *Nosotros* (1907-1934, 1936-1943); el segundo se liga a la institución de la cátedra de Literatura argentina (1912) en la FFyL, que sería dirigida por Ricardo Rojas. Además de la universidad, de *Nosotros* y de otras revistas, la prensa diaria, principalmente el diario *La Nación*, fue decisiva, no tanto para la gestación de una crítica más vigorosa, sino, y sobre todo, para el desarrollo de la crítica de circunstancia, así como para una profesionalización de la actividad.

Tal vez sea posible caracterizar a *Nosotros* como una revista de “críticos literarios” si contraponemos a ella la publicación que la sucedió como eje del campo intelectual argentino a partir de la década de 1930, *Sur*, entendida ésta, en contrapunto, como una revista de “escritores”.³ Pese a su carácter algo caricaturesco, tal vez ésa sea una buena pista para entender una de las líneas de fuerza que estructuraron la vida literaria en este país durante el siglo XX. Los fundadores de *Nosotros*, e hijos de la inmigración masiva, Alfredo Bianchi y Roberto Giusti eran jóvenes egresados de la FFyL, con 25 y 20 años, respectivamente. La revista, que tenía periodicidad mensual (se publicaron 390 números), reunía a numerosos colaboradores provenientes de distintos círculos sociales e intelectuales.

Casi al mismo tiempo, o sea, a lo largo de las tres primeras décadas del siglo XX, y en el interior de la FFyL-UBA, prevalecía el intento de historiar la literatura argentina, por iniciativa directa de Ricardo Rojas, al frente de la cátedra de Literatura argentina (1912). De ese programa nació la obra *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, cuyos volúmenes fueron publicados entre 1917 y 1922, en sintonía con el clima del nacionalismo cultural que marcó el Centenario. Esa dirección inaugurada por Rojas tendría

² Graciela Perosio y Nannina Rivarola, “Ricardo Rojas. Primer profesor de literatura argentina”, en *Historia de la literatura argentina*, vol. 3: *Las primeras décadas del siglo*, Buenos Aires, CEAL, 1981, pp. 217-240.

³ Ciertamente, *Sur* reclutó entre sus colaboradores a profesores e investigadores como Francisco Romero, Amado Alonso, Raimundo Lida y Ángel Battistessa y, más tarde, a Ana María Barrenechea, Enrique Pezzoni y Jaime Rest, pero la revista actuó más como una plataforma de promoción del escritor que de difusión de trabajos especializados. Véase John King, *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura 1931-1970*, México, FCE, 1989, pp. 114-115.

continuidad inmediata en el Instituto de Literatura Argentina que dirigió, y posteriormente en las distintas reconstrucciones realizadas, especialmente las que dirigieron Rafael Arrieta, titulada *Historia de la Literatura Argentina* (seis volúmenes, publicados entre 1958 e 1960), y Adolfo Prieto, *Capítulo. La historia de la literatura argentina* (1967/1968). También es posible inscribir en esa tradición (a pesar de su carácter ensayístico y polémico) *Literatura nacional y realidad política* (1964), de David Viñas.

El efecto acaso más agudo de la organización académica de la enseñanza y de la investigación en Letras derivó también de una acción directa del propio Ricardo Rojas, que concibió y creó el Instituto de Filología en 1923, cuando era decano de la FFyL. A partir de contactos establecidos con el español Ramón Menéndez Pidal, entonces director del Centro de Estudios Históricos de Madrid, organizó una misión extranjera, cuyo principal representante sería Amado Alonso. Su actuación prolongada al frente de ese instituto implicó una transformación profunda de los estudios literarios en la Argentina, en adelante apoyados en métodos sofisticados de análisis interno de los textos.⁴ Con la colaboración estrecha del dominicano Pedro Henríquez Ureña, formó un grupo de investigadores destacados, como Ángel Battistessa, Raimundo Lida, Enrique Anderson Imbert, María Rosa Lida de Malkiel, Raúl Héctor Castagnino y Emilio Carilla, entre otros.

A partir de lo dicho, es posible vislumbrar el cuadro que resume el universo de la crítica argentina en la primera mitad del siglo XX, apoyada en la prensa diaria, en las revistas culturales y en la universidad –aun cuando esas tres instancias se relacionen íntimamente, cada una de ellas promueve un tipo diferenciado de trabajo intelectual, definido por los condicionamientos impuestos por el sistema académico, en un caso, y por los que regulan la vida cultural y literaria propiamente dicha, en los otros dos–. En el interior de la universidad, como ya fue indicado, se establecieron dos tradiciones claramente diferenciadas: una, volcada hacia la historia literaria, la otra, apoyada en la filología y en la estilística. Fuera de la universidad, además de la crítica regular en los diarios, las revistas divulgaban novedades y eran centro del debate más encendido sobre la vida literaria en curso. Mencionamos *Nosotros*, desafiada en la década de 1920 por las revistas de vanguardia y desplazada posteriormente por *Sur*. En esta última, dominada por una aristocracia social y literaria capitaneada por Victoria Ocampo y Jorge Luis Borges, la crítica sería practicada, principalmente, por los propios escritores (como lo hiciera Lugones anteriormente) o por críticos afinados con la percepción de aquéllos, que reivindicaban para sí mismos (y no para los críticos propiamente dichos) el papel de árbitros del mundo cultural.⁵

La hegemonía cultural ejercida por la revista *Sur* durante más de veinte años comenzó a declinar en la década de 1950, entre otros factores debido al clima político que envolvió la caída del peronismo (1955), deshaciendo la relativa unidad de la comunidad intelectual y artística que había prevalecido desde 1946. En ese contexto, surgieron las revistas *Centro* (1951-1959) y *Contorno* (1953-1959). Aun cuando la segunda haya merecido mayor atención por parte de los investigadores y haya quedado marcada en el imaginario intelectual como el nú-

⁴ Ana María Barrenechea y Élica Lois, “El exilio y la investigación lingüística en la Argentina”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 473-474, 1989, pp. 81-91, y Ana María Barrenechea, “Amado Alonso en el Instituto de Filología de la Argentina”, *CAUCE, Revista de Filología y Didáctica*, N° 18-19, 1995/1996, pp. 95-106.

⁵ A este respecto, los conocidos desafíos –y las burlas– de Borges hacia Ricardo Rojas, Américo Castro (y el mismo Amado Alonso, a quien consideraba un pedante) son expresivos de una disputa entre literatos y críticos acerca de la autoridad legítima para pronunciarse sobre cuestiones literarias. Véase John King, *Sur...*, *op. cit.*

cleo de una generación innovadora, la primera fue igualmente importante en aquel momento, pues como órgano oficial del Centro de Estudiantes de la FFyL-UBA, reunió un contingente más amplio de participantes y de orientaciones intelectuales. En esa dirección, incorporó estudiantes que no participaron de *Contorno*, pero que se proyectarían más tarde, como Jaime Rest (que sería profesor de la UBA) y Rodolfo Borello (que entre 1956 y 1976 enseñó en la Universidad Nacional de Cuyo, en Mendoza). Además, *Centro* contó con la participación (como organizadores o colaboradores) de jóvenes estudiantes que en la década siguiente migrarían a la carrera de sociología, entonces liderada por Gino Germani. Ése fue el caso de Eliseo Verón, Miguel Murmis, Celia Durruty, Gerardo Andújar, Darío Cantón y Regina Gibaja, entre otros. Vale la pena destacar el hecho de que Adolfo Prieto participó más activamente de *Centro* que de *Contorno*. En la primera, integró el consejo de redacción desde 1953 y publicó tres artículos, además de una pieza de teatro.⁶ En la segunda, figura en el comité de dirección sólo en los años 1957 y 1958, cuando fueron editados los dos *Cuadernos de Contorno*, y en el último número 9/10 de la revista, en 1959, y publicó una reseña y un artículo político.⁷

Concebida por los hermanos Ismael y David Viñas, *Contorno* fue una derivación de *Centro* (casi todos sus integrantes participaron de esta última). Integrada por un grupo más restringido de colaboradores,⁸ acentuó algunas tendencias ya presentes en *Centro*, interrogando el significado de la literatura en el país, proponiendo un nuevo canon y cuestionando los criterios movilizadores por la crítica literaria hasta entonces.

Durante la segunda mitad de la década de 1940, casi todo el grupo de *Contorno* estudió en la FFyL, entonces bajo intervención peronista, cuando muchos profesores renunciaron o fueron cesanteados. Tal hecho implicó un desplazamiento de la vida intelectual de la universidad hacia instituciones privadas, como el Colegio Libre de Estudios Superiores y, en consecuencia, un declive de la calidad de la enseñanza universitaria. En la carrera de Letras, específicamente, ese momento marcó la marginalización de la estilística, perspectiva predominante desde fines de los años de 1920, cuando el español Amado Alonso asumió la dirección del Instituto de Filología en la UBA. Según el testimonio de varios de los miembros de *Contorno*, lo más estimulante de su experiencia universitaria de esos años no habrían de encontrarlo en el recinto de las aulas, sino en la sociabilidad efervescente de los cafés y de las librerías situados en el entorno de la facultad, en la *calle* Viamonte y sus alrededores.⁹

Adolfo Prieto llegó a Buenos Aires en el momento preciso de ese viraje, el año de 1946. Tenía entonces 18 años y casi ningún capital cultural. Su padre, inmigrante español, había llegado a la Argentina en 1913 y después de trabajar algunos años en la cosecha de trigo en Córdoba, consiguió montar una pequeña industria de dulces en la ciudad de San Juan, donde se casó con una hija de inmigrantes, también españoles. La decisión de estudiar letras no fue bien recibida por el padre, que, convencido por su esposa, decidió finalmente sustentar finan-

⁶ Sus colaboraciones fueron: “Nota sobre Sábato”, *Centro*, Año 2, N° 4, diciembre de 1952, pp. 10-13; “En la cima del Monte Ararat: bosquejo dramático”, *Centro*, Año 3, N° 5, mayo de 1953, pp. 37-45; “Hacia una biografía de Sarmiento”, *Centro*, Año 3, N° 6, septiembre de 1953, pp. 3-5; “Borges, el ensayo crítico”, *Centro*, Año 3, N° 7, diciembre de 1953, pp. 9-19.

⁷ Sus colaboraciones fueron: “A propósito de *Los Ídolos*”, *Contorno*, N° 1, noviembre de 1953, p. 5, y “Peronismo y neutralidad”, *Contorno*, N° 7/8, julio de 1956, pp. 28-31.

⁸ Ramón Alcalde, León Rozitchner, Juan José Sebreli, Adelaida Gigli, Adolfo Prieto, Noé Jitrik, Regina Gibaja, Oscar Masotta, Francisco J. Solero y Rodolfo Kusch.

⁹ Juan José Sebreli, *Las señales de la memoria*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

cieramente la formación universitaria de Adolfo. Su origen provincial condicionó, probablemente, su inserción marginal en el grupo de *Contorno* y la opción posterior por la carrera académica, a la cual consagraría toda su vida.

La relativa unidad programática de la revista tenía como referencia, en primer lugar, el hecho de que todos tenían más o menos la misma edad (nacieron hacia el final de la década de 1920). En segundo lugar, se conocieron y convivieron en la facultad, sobre todo por medio de la militancia académica y política en el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras (CEFYL), que entonces asumía una posición claramente antiperonista. La mayoría de ellos comenzó a escribir y ganó alguna experiencia editorial en la revista *Centro*, revista oficial del CEFYL. Tales trazos y experiencias comunes, entretanto, recubrían diferencias sociales importantes entre los miembros de *Contorno*, ciertamente relacionadas con las subdivisiones del grupo, que reflejaban la expansión del ingreso universitario durante los años del gobierno peronista (1946-1955) y un cambio significativo en el reclutamiento social de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, y en particular de la FFyL. Entre 1947 y 1955, el ingreso universitario casi se triplicó, pasando de 51.272 a 143.542 matriculados.¹⁰ En relación con el reclutamiento social, Gino Germani registró para 1956 una apertura significativa en el sistema de enseñanza superior para los sectores “medios inferiores” y “populares”. En la FFyL, un tercio de los estudiantes provenía de estos últimos.¹¹

Los hermanos Viñas eran los más dotados socialmente. Esa condición inscribió en ellos disposiciones más osadas, relacionadas con la militancia política y las aspiraciones intelectuales del padre, abogado oriundo de una familia tradicional y estrechamente ligado al gobierno de Hipólito Yrigoyen en los años de 1920.¹² La muerte precoz de la madre y otras circunstancias adversas posiblemente los predispuso a seguir caminos menos convencionales. Ese cuadro vale, sobre todo, para David, que se arriesgó de manera exitosa en los dominios del ensayo crítico, la ficción y el cine entre las décadas de 1950 y 1960. De tal modo, *Literatura argentina y realidad política* fue, a pesar del éxito que alcanzó en el ámbito de la crítica literaria, sólo una de las direcciones que siguió como artista e intelectual. De hecho, antes de la edición de ese libro, ya había publicado nada menos que seis novelas: *Cayó sobre su rostro* (1955), *Los años despiadados* (1956), *Un dios cotidiano* (1957), *Los dueños de la tierra* (1958), *Dar la cara* (1962) y *Las malas costumbres* (1963). Cabe destacar el éxito de su carrera como novelista, certificado en 1957 con el Premio Gerchunoff por *Un dios cotidiano* y, en 1962 con el Premio Nacional de Literatura por *Dar la cara*.¹³ A la luz de esto último, se comprenden mejor el tono ensayístico de *Literatura argentina y realidad política*, así como la sensación que se tiene al leerlo de los esfuerzos que realiza su autor por inscribirse, él mismo, en la tradición que examina.

¹⁰ Carlos Mangone y Jorge Warley, *Universidad y peronismo (1946-1955)*, Buenos Aires, CEAL, 1984, p. 28.

¹¹ Gino Germani, “Informe preliminar del Instituto de Sociología sobre las encuestas entre estudiantes universitarios”, *Centro*, N° 12, octubre de 1956, pp. 34-46.

¹² El abuelo paterno de los Viñas, Antonio Viñas Veneroso, había llegado a la Argentina en 1830 y había logrado cierta posición económica. El padre había sido designado en 1919 como Juez Letrado para mediar en el conflicto entre estancieros y trabajadores de la Patagonia, una experiencia que años más tarde David relataría en *Los dueños de la tierra*. Poco tiempo después, el padre de los Viñas se desempeñó como concejal por la Unión Cívica Radical en la ciudad Río Gallegos, y a comienzos de los años treinta, fue encarcelado en el contexto de la represión política desatada por las autoridades militares que en 1930 derrocaron el gobierno de Hipólito Yrigoyen.

¹³ *Dar la cara* fue adaptada para el cine el mismo año de la publicación del libro (dirección de José Martínez Suárez), en 1962. Para entonces David Viñas ya había escrito varios guiones: en 1958 *El jefe*, en 1959, *El candidato*, y en 1960, *Sábado a la noche, cine* (los tres con dirección de Fernando Ayala).

Este contrapunto indica una característica del grupo de *Contorno*, su heterogeneidad social y el hecho de haber propiciado destinos muy distintos a sus creadores después del fin de la apuesta colectiva. Juan José Sebreli y Oscar Masotta, por ejemplo, pertenecían a familias de inmigrantes de clase media baja, radicadas en Buenos Aires, que nunca lograron alcanzar alguna prosperidad económica.¹⁴ Ambos dejaron inconclusa la carrera de Letras y orientaron su actividad intelectual posterior como autodidactas y ensayistas, en direcciones alternativas, abandonando la crítica literaria, que habían cultivado hasta entonces, y que resultó, respectivamente, en los libros *Martínez Estrada: una rebelión inútil* (1960) y *Sexo y traición en Roberto Arlt* (1965). De algún modo, en esos dos casos, las privaciones económicas y sociales enfrentadas en la infancia estuvieron relacionadas no solamente con las iniciativas intelectuales innovadoras que emprendieron en la década de 1960,¹⁵ sino también con la actitud transgresora que asumieron como estilo de vida. Junto a Carlos Correas, otro miembro del grupo, Sebreli y Masotta formaban un subgrupo dentro de *Contorno*, conocido por su adhesión al existencialismo sartreano, por su temprana aproximación política al peronismo¹⁶ y por su bohemia.

Como ya fue dicho, la opción por la carrera académica propiamente dicha fue abrazada en el grupo, sobre todo, por Adolfo Prieto. Ése fue el caso, también, de Noé Jitrik (1928), que asumió la cátedra de Literatura argentina en la Universidad Nacional de Córdoba en 1960, donde permaneció hasta 1966. Prieto se graduó en Letras en 1951, e inmediatamente comenzó su tesis de doctorado, bajo la dirección de Raúl Cortina, en un momento en que realizar una carrera de posgrado era infrecuente. Obtuvo el título de doctor en 1953 con el trabajo “El sentimiento de la muerte a través de la literatura española (siglos XIV y XV)”. Las razones posibles de esa elección temática, más allá del origen español de su familia, remiten a la escasa importancia académica que se atribuía por entonces a la literatura argentina y a la familiaridad del autor con la literatura española, debida al prestigio de esta última en el ámbito de la facultad. Aunque su obra posterior estuvo enteramente dedicada a la literatura argentina, en su tesis Prieto asumió una misma actitud, diríamos sociológica, frente a los textos literarios, que profundizaría posteriormente.¹⁷

En 1954 publicó su primer libro, el polémico *Borges y la nueva generación*, que trazaba un análisis extremadamente duro (y negativo) sobre el escritor que ya en ese momento era la

¹⁴ Juan José Sebreli, *Las señales...*, op. cit., y Carlos Correas, *La operación Masotta. Cuando la muerte también fracasa*, Buenos Aires, Interzona, 2007.

¹⁵ Juan José Sebreli cultivó el ensayo sociológico con enorme éxito de público. *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* (1964) vendió 30.000 ejemplares en un año y en 1965 la obra había agotado su octava edición. Publicó más tarde *Mar del Plata, el ocio represivo* (1970) y *Fútbol y masas* (1981), entre otros. Oscar Masotta, que se convertiría en uno de los intelectuales más influyentes en la década de 1960, siguió una trayectoria muy diversificada. Comenzó por la literatura, pasó por la filosofía, el análisis del *pop art*, la semiología, la estética y finalmente el psicoanálisis. Publicó *Técnicas de la historieta* (1966), *El pop-art* (comp.) (1967), *Happenings* (1967), *Conciencia y estructura* (1969), *La historieta en el mundo moderno* (1970) e *Introducción a la lectura de Jacques Lacan* (1974).

¹⁶ La adhesión de los tres al peronismo implicó un conflicto con los hermanos Viñas y su separación temporaria de la revista hacia fines de 1954, cuando fue publicado el número 4 de *Contorno*, diciembre de 1954, pp. 41-60, dedicado a Ezequiel Martínez Estrada.

¹⁷ Esa continuidad fue advertida por Rodolfo Borello: “más que la pura comprensión estética y literaria, afincada en las formas, el estilo o la lengua, el crítico estaba interesado en descubrir qué tipo de hombre había escrito esas páginas, qué motivaciones socio-históricas y psicológicas lo explicaban. Por detrás de versos a primera vista circunstanciales, de crónicas olvidadas, de relatos llenos de recursos retóricos, Prieto perseguía las ideas, los sentimientos nacionales, el horizonte de valores que les daban sentido”. En Rodolfo Borello, “Adolfo Prieto: literatura y sociedad en la Argentina”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 214, 1967, pp. 133-146, cita en p. 133.

figura central y más consagrada de la literatura argentina. Esa actitud osada y temeraria lo colocó de manera abrupta en la escena literaria argentina, y probablemente lo perjudicó antes que favorecerlo.¹⁸ De todos modos, el libro se posicionó como una de las “marcas” de su generación, al romper el aura sagrada que revestía fuertemente al mundo literario en aquel momento, reivindicando para la crítica (y para sí mismo) una posición más autónoma y determinante en relación con la que detentaba hasta entonces. Eso se desprende de aquella parte del libro, anteriormente publicada en la revista *Centro* (1953) titulada “Borges: el ensayo crítico”, en la que el autor acusa a Borges de practicar una “crítica impresionista”, arbitraria y “hedonista”, centrada en los aspectos laterales de las obras y no en su totalidad, como debería hacer una “crítica objetiva”. El texto analizado sería para aquella sólo un pretexto, un medio, y no un fin, como para la última. De esa manera, Prieto defendía el papel de árbitros del campo literario para los críticos y no para los propios literatos.

Su siguiente libro, *Sociología del público argentino* (1956), revela de manera inequívoca la afinidad del crítico con la sociología, disciplina que venía ganando legitimidad en el campo académico, sobre todo en función de las iniciativas capitaneadas por Gino Germani. La obra presentó un abordaje innovador sobre el público lector, documentada con una investigación empírica (casi desconocida) realizada por el sociólogo ítalo-argentino en el Instituto de Sociología hacia mediados de los años de 1940, referida al consumo cultural de la clase media porteña. El libro definió el encuadramiento básico de su proyecto intelectual, que encaró siempre el fenómeno literario como un sistema relacional, excluyendo de su esquema interpretativo cualquier idea de trascendencia del hecho literario.¹⁹

Después de la publicación de esos libros y de enseñar literatura por algunos años en el sistema de enseñanza media (lo que consiguió por intermediación de Raúl Castagnino, que había sido su profesor en la facultad), en 1956 Prieto fue invitado a enseñar literatura española en la Universidad Nacional del Litoral, en Rosario. Derrotado en el concurso realizado al final de ese mismo año, regresó a Buenos Aires y al año siguiente (1957), cuando se casó, atendiendo a una nueva invitación asumió por primera vez una cátedra de Literatura argentina, esta vez en la Universidad Nacional de Córdoba. En 1958 se estableció en Mendoza, donde estaba su antiguo colega de graduación e íntimo amigo, Rodolfo Borello, y durante ese año enseñó en la Universidad Nacional de Cuyo. Su periplo en las universidades del interior del país culminó con su establecimiento prolongado, nuevamente en Rosario, de 1959 a 1966. Ya en el primer año de su actuación en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, se advierte la intención de formar un grupo de investigadores, a partir de la realización de un seminario consagrado al análisis del impacto del rosismo en la literatura argentina. De esa experiencia resultó un libro colectivo, *Proyección del rosismo en la literatura argentina* (1959), cuyos capítulos fueron redactados por los estudiantes²⁰ bajo la orientación cuidadosa

¹⁸ El libro de Prieto sobre Borges provocó una encendida polémica que fue recogida por las revistas *Liberalis* y *Ciudad*. Véase Emir Rodríguez Monegal, *El juicio de los parricidas*, Buenos Aires, Deucalión, 1956, y Nora Avaro y Analía Capdevila, *Denuncialistas. Literatura y polémica en los '50*, Buenos Aires, Santiago Arcos editor, 2004.

¹⁹ Esas mismas preocupaciones sobre el público lector reaparecen en *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, formuladas con instrumentos analíticos más sofisticados y fundamentada en una investigación rigurosa, lo que representa la concretización de un largo itinerario que indica la persistencia de ciertas líneas de investigación en el conjunto de su obra.

²⁰ Oscar V. Grandov, Hebe Monges, Gladys Marcón, Noemí Ulla, Laura V. Milano, Gladys L. Ramat, Ada M.

de Prieto, quien escribió la introducción a la obra. Los autores escrutaron en el interior de los diversos registros literarios de la época –novela, cuento, poesía, periodismo, teatro y literatura autobiográfica– las formas de inscripción social de los conflictos derivados de la experiencia del gobierno de Rosas y de su disolución.²¹ De otro seminario (1962), que buscaba trazar un cuadro de la crítica literaria nacional y del cual participaron alumnos y ex alumnos de la facultad, se originó el libro *Encuesta: la crítica literaria en la Argentina* (1963). La obra reunió las respuestas de diecinueve críticos literarios del país, que respondieron a un conjunto de cuestiones que buscaban esclarecer las condiciones concretas que orientaban esa actividad como profesión principal o secundaria, las relaciones establecidas con los escritores y el público, los lenguajes teóricos predominantes y los medios de difusión existentes.

Las dos iniciativas pueden ser evaluadas como etapas de un proyecto académico de larga duración que Prieto pretendía concretizar, inspirado por una visión sintonizada con el proceso de modernización universitaria que también afectaba otras disciplinas. El itinerario descrito es revelador, también, de un aspecto (ecológico) curioso del proceso de innovación de las disciplinas humanísticas (y sociales) en el contexto de la reforma universitaria del posperonismo. En tanto el polo moderno de la sociología, liderado por Germani, se asentó en Buenos Aires, centro del sistema académico, en la crítica literaria ocurrió lo contrario: su modernización tuvo lugar en la periferia del sistema. Como se sabe, entretanto, tales emprendimientos serían abortados por el golpe militar de 1966.²²

Fue durante esos años *rosarinos* que el autor redactó y publicó la obra más importante de este período, *La literatura autobiográfica argentina*, editada en 1962 por la Universidad Nacional del Litoral (Rosario), y que, por su carácter inaugural y su alcance interpretativo, sería considerada como una referencia obligatoria para el estudio del memorialismo en la Argentina. El libro destaca la importancia, hasta entonces no reconocida, del género autobiográfico en el conjunto de esa literatura nacional durante el siglo XIX, y ofrece al lector una perspectiva inusitada para comprender las lógicas sociales que estructuraron la vida intelectual en el país después de la independencia. En tal sentido, es, a la vez, una historia de un género aparentemente secundario de la literatura argentina y una genealogía de sus elites políticas e intelectuales.

Cresta, Ana M. Deforel, Nélica M. Lanteri, Elena C. Carrero, Lucrecia Castagnino, Gladys S. Onega, Clotilde Gaña y Ada R. M. Donato.

²¹ Rodolfo Borello reseñó el libro destacando su orientación científica: “A veces resulta imposible reseñar con justicia ciertas obras de investigación; este es uno de ellos. Su aporte a la historia de nuestra crítica es ya valorable, pero en unos años se podrá notar sus influencias, tanto en el uso de ciertos métodos, como en su claridad, su objetividad y su seriedad. A ello debemos agregar un detalle infrecuente: el ser un trabajo en equipo, que testimonia una labor universitaria responsable. Por si esto fuera poco, el volumen es la primera obra que enfoca con voluntad comprensiva el tema Rosas, rigurosamente desligada de preconceptos políticos, ideológicos e históricos”, en Rodolfo Borello, reseña sobre *Proyección del rosismo en la literatura Argentina*, seminario del Instituto de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Litoral, Rosario, 1959, *Revista de Literatura Argentina e Iberoamericana*, N° 2, agosto de 1960, pp. 116-123, cita en p. 123.

²² En entrevista concedida a la revista *Punto de Vista*, Adolfo Prieto evaluó esa experiencia en los siguientes términos: “Al cabo de cinco años era posible ya visualizar un grupo de estudiosos verdaderamente interesantes; acaso un decena de jóvenes profesionales que podían integrarse a los niveles docentes y de investigación de la universidad con pleno derecho. La mayoría de aquellos jóvenes profesionales de entonces, sin embargo, está hoy dispersa en los cuatro puntos cardinales del país y del mundo. El golpe militar y los sucesivos desencuentros y calamidades sufridos por la universidad argentina ofrecen la descarnada moraleja del relato. Ninguna política cultural dictada e implementada por la universidad desde su propio ámbito, o aún más lejos, ninguna universidad puede sobrevivir a las ansiedades y a la inseguridad radical de la sociedad a la que la misma pertenece”. En “Literatura/crítica/enseñanza de la literatura. Reportaje a Adolfo Prieto”, *Punto de Vista*, N° 16, pp. 7-9, cita en p. 8.

La recepción inmediata del libro, es importante destacar, fue muy favorable. El crítico argentino Alfredo Roggiano, que por entonces enseñaba en la Universidad de Pittsburgh (USA), escribió una reseña muy elogiosa en la *Hispanic American Historical Review*, calificando al libro como “el primer estudio orgánico de la literatura autobiográfica argentina”.²³ Jaime Rest, entonces profesor adjunto de Jorge Luis Borges en la cátedra de Literatura inglesa y norteamericana en la FFYL-UBA, también reseñó el libro positivamente, en un texto largo y detallado, destacando el notable hallazgo de Prieto al percibir la importancia de esa especie narrativa en el interior de la literatura argentina. Más aun, el reseñador subrayó el cambio de actitud que el libro revelaba, desplazando el impresionismo que prevalecía en la crítica argentina de entonces.²⁴ En ocasión de la segunda edición del libro, publicada en 1966 por la editora Jorge Álvarez (que también publicó libros de Viñas, Masotta y Jitrik), Rodolfo Borello escribió un extenso artículo que revisaba sistemáticamente toda la obra de Prieto y lo definía como el principal crítico de su generación.²⁵ Respecto de este último texto, no se puede pasar por alto la amistad y el proyecto común que vinculaba a los dos críticos desde que se conocieron como estudiantes en la UBA, lo que confería al mismo cierto tono programático y dejaba entrever la conciencia que tenían respecto del emprendimiento que estaban realizando, sobre todo Prieto en Rosario, pero también, secundariamente, Borello en la Universidad de Cuyo, en Mendoza.²⁶ Finalmente, el importante crítico y ensayista uruguayo Carlos Real de Azúa elogió enfáticamente el libro de Prieto, en un artículo sobre la literatura autobiográfica uruguaya, publicado en la versión uruguaya de *Capítulo*, lamentando que “faltaba en Uruguay un estudio similar al espléndido de Adolfo Prieto sobre *La literatura autobiográfica argentina*”.²⁷

²³ El autor concluyó la reseña con un elogio explícito del trabajo, destacando su carácter comprehensivo: “Libro de extraordinaria lucidez, verdadera radiografía del hombre argentino, de las clases dirigentes del país y de los repliegues más profundos de la historia política, económica, social y cultural de la Argentina”, en Alfredo Roggiano, reseña “*La literatura autobiográfica argentina*, by Adolfo Prieto, Rosario, Argentina, N.D. Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, p. 214. Paper”, en *Hispanic American Historical Review*, N° 4, octubre de 1964, p. 662.

²⁴ Cabe citar: “el trabajo de Prieto merece la más cálida aprobación como una de las principales contribuciones recientes a la comprensión de la literatura argentina. Y ello acaso puede explicarse destacando que es un intento de análisis serio, en el que se advierte un esfuerzo por superar nuestras habituales improvisaciones de crítica impresionista, a fin de reemplazarlas mediante criterios más objetivos y disciplinados”, en Jaime Rest, reseña sobre “Adolfo Prieto: *La literatura autobiográfica argentina*. Rosario, Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Letras, 1962, 214 págs.”, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, vol. VIII, N° 2, agosto de 1963, pp. 332-336, cita en p. 336.

²⁵ Cabe citar: “Esta relación entre literatura y realidad, entre literatura y sociedad, entre literatura y personalidad, entre literatura e historia, tipificará para siempre sus obras y lo convertirá en el más brillante crítico de su generación”, en Rodolfo Borello, “Adolfo Prieto: literatura y sociedad...”, *op. cit.*, p. 134.

²⁶ Como Prieto, Borello era de origen provinciano. Nació en Catamarca en 1930, e ingresó en la carrera de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras en la segunda mitad de la década de 1940. En 1963 se doctoró en la Universidad Complutense de Madrid. Conoció a Prieto en la Facultad de Filosofía y Letras. Pronto iniciaron una relación de amistad, y en varios momentos fueron compañeros de distintas empresas intelectuales, comenzando por la participación de ambos en *Centro*. Entre 1956 y 1976 Borello fue profesor de literatura española y argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Dirigió la *Revista Argentina e Iberoamericana*, en la que publicó una versión reducida de la tesis de doctorado de Adolfo Prieto. Hacia fines de los años cincuenta, Prieto enseñó en Mendoza, invitado por Borello. Como “supervisor” de *Capítulo*, Prieto encomendó a Borello la redacción de tres fascículos de la colección, uno de ellos dedicado al ensayo y otro a la crítica moderna. Información provechosa sobre la trayectoria de Borello se encuentra en José Ruano de La Haza (ed.), *Estudios sobre literatura argentina, in memoriam Rodolfo A. Borello*, Serie Ottawa Hispanic Studies N° 25, Ottawa, Dovehouse Editions Canada, 2000.

²⁷ Carlos Real de Azúa, “Prosa del mirar y del vivir”, *Capítulo Oriental. La historia de la literatura uruguaya*, N° 9, mayo de 1968, pp. 3-4.

El origen de *La literatura autobiográfica argentina* se relaciona con la investigación anterior sobre el impacto del rosismo en la literatura argentina, durante el cual, probablemente, Prieto tomó cuenta tanto de la relevancia de ese material como del rendimiento analítico que podía propiciar, una vez que su interés teórico residía, sobre todo, en el estudio de la literatura como fenómeno social. Esa intención es explicitada en el epígrafe del trabajo, un pasaje de *Libertad y planificación*, de Karl Mannheim, que enfatiza la importancia de los registros autobiográficos como medio de acceso a las lógicas sociales estructurantes de las personalidades y de las funciones desempeñadas por ese tipo de literatura en las coyunturas históricas más generales.

La mención a Mannheim, como otras tantas referencias –Erich Fromm, Ralph Linton, Abraham Kardiner, Karen Horney, Mikel Dufreene, Wright Mills, Gilberto Freyre– que figuran especialmente en la introducción teórica del libro, revelan la importancia que en el campo intelectual argentino tuvo el movimiento editorial promovido, desde mediados de la década de 1940, por nuevas editoriales especializadas en ciencias sociales, como la mexicana *Fondo de Cultura Económica* y la argentina *Paidós*. El español José Medina Echavarría, en México, y Gino Germani, en la Argentina, estuvieron al frente de esas iniciativas, que tuvieron enorme impacto en el proceso de institucionalización de la sociología, especialmente en el caso que estamos examinando. De hecho, la relativa marginalidad de esa disciplina en el interior del sistema académico hasta la segunda mitad de los años cincuenta fue compensada por tales emprendimientos, lo que permite comprender la incorporación por parte de Prieto de un punto de vista sociológico en ese trabajo específico, pero también en el resto de su obra. Esa toma de posición por parte del autor venía así a cumplir una doble función: contra la crítica estilística, conectaba la literatura con el mundo social y político; contra el ensayismo y la crítica impresionista, reivindicaba la científicidad del estudio de la literatura.

En cualquier caso, *La literatura autobiográfica argentina* representó una importante inflexión en el interior de la tradición de la crítica literaria de la Argentina, articulando el análisis textual con el examen de los condicionamientos sociales y políticos de la vida literaria. Específicamente, vinculó las diversas variantes de autobiografía a las transformaciones sociales y políticas que siguieron a la revolución de Mayo. Por medio de esa forma argumentativa, el trabajo sintetizó un programa de investigación en sociología de la literatura que recubre toda su producción intelectual y que tendría importante continuidad en la principal vertiente de la crítica literaria argentina de las últimas décadas, sobre todo, en las obras de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano.

El itinerario descripto es demostrativo de la inversión realizada por Adolfo Prieto entre las décadas de 1950 y 1960,²⁸ que encontraría condiciones favorables en el contexto de la mo-

²⁸ En los dieciséis años comprendidos entre 1953 y 1969, el autor publicó una tesis de doctorado, formó y lideró un grupo destacado de investigadores y dirigió en la Universidad Nacional del Litoral (Rosario) la Facultad de Filosofía y Letras, el Instituto de Letras y el *Boletín de Literaturas Hispánicas* y publicó diez libros: *Borges y la nueva generación*, Buenos Aires, Letras Universitarias, 1954; *Sociología del público argentino*, Buenos Aires, Leviatán, 1956; *Proyección del rosismo en la literatura argentina*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Letras, 1959; *La literatura autobiográfica argentina*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Letras, 1962; *Encuesta: la crítica literaria en la Argentina*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Letras, 1963; *Antología de Boedo y Florida*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1964; *El periódico Martín Fierro*, Buenos Aires, Galerna, 1968; *Literatura y subdesarrollo*, Rosario, Editorial Biblioteca, 1968; *Diccionario básico de literatura argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1968, y *Estudios de literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1969.

dernización universitaria abierta con posterioridad al derrocamiento del peronismo, y que tuvo como expresiones más visibles en las ciencias humanas los proyectos académicos de Gino Germani en sociología y de José Luis Romero en historia, asociados en algunos emprendimientos decisivos para la renovación de ambas disciplinas. Como ya fue indicado, tales procesos serían abortados por el golpe militar de 1966, que condujo al general Onganía al poder. La sociología y la historia se refugiaron en instituciones privadas, principalmente en el Instituto Di Tella, que acogió a investigadores que renunciaron a la universidad. En el caso de la crítica literaria, también fueron iniciativas privadas las que permitieron cierto grado de continuidad a los distintos proyectos intelectuales que habían sido gestados en el interior de las universidades del país. La principal de esas iniciativas tuvo lugar en el Centro Editor de América Latina —editorial fundada por Boris Spivacow después del golpe de Estado—, que promovió la realización de una obra colectiva que tendría enorme impacto en el desenvolvimiento de la crítica literaria argentina posterior: *Capítulo. La historia de la literatura argentina* (1967/1968).²⁹ Propuesta por el editor, la dirección intelectual de la obra estuvo a cargo de Adolfo Prieto, oficialmente el “supervisor” de los números encomendados a los colaboradores invitados (algunos ya experimentados, otros, jóvenes egresados de las universidades, más tarde devenidos críticos e historiadores destacados). Pensada para un público amplio de lectores no especializados, esa tercera de las principales historias de la literatura argentina acabó convirtiéndose en punto de referencia obligatorio y fuente de muchas hipótesis que orientaron la crítica y la historia de la literatura subsiguientes. No obstante estar conformada por textos redactados por un numeroso grupo de autores, esa historia social de la literatura argentina, revela una unidad significativa que parece resultar de una concepción muy bien informada y planeada, de la selección cuidadosa de los colaboradores, de la orientación dada a los mismos y de la revisión de los textos.

Después de *Capítulo*, sobre todo con posterioridad al inicio de la dictadura militar de 1976, la trayectoria de Prieto sufrió una fuerte inflexión relacionada con su emigración a los Estados Unidos, donde enseñó alrededor de quince años. La publicación, en 1988, de *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* interrumpiría ese prolongado período de aislamiento intelectual, ya que la obra fue muy bien recibida en la Argentina. No obstante, su trayectoria anterior todavía no ha sido debidamente evaluada.

A este respecto, y aun cuando las circunstancias políticas de la década de 1970 estén directamente relacionadas con su alejamiento de la escena intelectual y literaria argentina hasta el final de la década siguiente, el desenlace desfavorable de la primera parte de su itinerario intelectual se explica, también, por la dinámica prevaleciente en el mundo intelectual y artístico en el país hasta mediados de la década de 1980. Como ya hemos indicado, desde el comienzo del siglo xx, sobre todo en función de la presencia de los inmigrantes, de la creación de las universidades modernas, de la profesionalización de las actividades intelectuales, el mundo cultural argentino se vio polarizado entre los literatos propiamente dichos, hijos de familias tradicionales, y los intelectuales egresados de las universidades, frecuentemente hijos de la inmigración. Esa polarización se expresó en la disputas entre los escritores y los críticos

²⁹ Comercializada en puestos de venta de diarios, la obra constaba de 59 fascículos semanales, cada uno de ellos acompañado por un libro de bolsillo (casi siempre una selección de textos), el último de los cuales fue el *Diccionario básico de la literatura argentina* (Buenos Aires, CEAL, 1968), redactado por el propio Prieto. Una segunda edición, ampliada y con algunas modificaciones, fue publicada por la misma editorial, en cinco volúmenes, a comienzos de la década de 1980, bajo la dirección de Susana Zanetti.

literarios, como lo revela tanto el desplazamiento de *Nosotros* (críticos) por *Sur* (literatos) en la década de 1930, como el desafío lanzado por los jóvenes críticos de *Contorno* a los escritores establecidos en *Sur* y en el diario *La Nación* en los años de 1950. El intento de Prieto por establecer una nueva forma de interrogación del fenómeno literario, a través de un programa de investigación en sociología de la literatura, no podía legitimarse plenamente en ese contexto, en el que la literatura aún se erigía como el árbitro del juego.

III

Muy diferente era la disposición de las piezas del juego cultural y académico en el Brasil cuando hacia mediados de la década de 1940 Antonio Candido reivindicó indirectamente para sí el papel de crítico literario “científico”, más precisamente en ocasión de la tesis sobre Silvio Romero que presentó en 1945 para competir por la cátedra de Literatura brasileña en la Universidad de San Pablo.³⁰ Precisamente en ese año, antes de la realización del concurso, moría Mário de Andrade, y su muerte marcaba el final de una era en la que la literatura había ocupado el centro de la vida intelectual y artística brasileña. Después de él, que desempeñó papeles variados,³¹ todos ellos derivados de su actuación como escritor, la diferenciación progresiva de ese universo privaría a los literatos de la posibilidad de erigirse en árbitros de la producción simbólica erudita. Dicho de otro modo, las funciones de escritor y de crítico se tornaban cada vez más inconciliables, a pesar de las figuras que todavía transitarían por las dos esferas. Es por eso que el significado que tuvo en San Pablo la creación de la revista *Clima*, por un grupo de estudiantes oriundos de las primeras cohortes de los cursos de filosofía y de ciencias sociales de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de San Pablo (FFCL-USP),³² fue muy diferente del que tuvieron las revistas *Centro* y *Contorno* en Buenos Aires. En éstas, los jóvenes críticos desafiaron a los escritores de *Sur*, sin obtener de ellos ninguna señal de reconocimiento, siquiera jocoso, como el que se percibe en el apodo de “chato-boys” atribuido por Oswald de Andrade al grupo liderado por Antonio Candido en la revista *Clima*. Más todavía. La legitimación de esta última no vino solamente de fuera, sino que estaba inscrita en la propia revista. Cabe mencionar, en esa dirección, el padrinazgo intelectual de Mário de Andrade, que escribió, por encargo expreso de los jóvenes, el artículo de apertura de la revista, “Elegía de

³⁰ El crítico e historiador de la literatura Afrânio Coutinho halló una feliz expresión al caracterizar los años cincuenta como los de la crítica literaria: “La década de 1950, en la literatura brasileña, puede ser considerada como la de la crítica literaria. Es el momento en que se adquiere la conciencia exacta del papel relevante de la crítica en el medio de la creación literaria y de los géneros de la literatura imaginativa, con su función de disciplina del espíritu literario. Sin ser un género literario, sino una actividad reflexiva de análisis y de enjuiciamiento de la literatura, la crítica se asemeja a la filosofía y a la ciencia, aun cuando no sea ninguna de ellas”, en Afrânio Coutinho (org.), *A literatura no Brasil*, vol. 6, Río de Janeiro, José Olympio Editora/Universidade Federal Fluminense, 1986, p. 2032. La traducción del pasaje es de los autores.

³¹ Sérgio Miceli, “Mário de Andrade: a invenção do moderno intelectual brasileiro”, en André Bothelo y Lília Moritz Schwarcz (orgs.), *Um enigma chamado Brasil*, San Pablo, Companhia Das Letras, 2009.

³² La FFCL-USP fue creada en 1934. Un excelente y pionero estudio sobre los orígenes de dicha institución en Irene R. Cardoso, *A Universidade da Comunhão Paulista. O projeto de criação da Universidade de São Paulo*, San Pablo, Cortez Editora, 1982. Véase también la obra organizada por Sérgio Miceli, *História das Ciências Sociais no Brasil*, 2 vols. San Pablo, Vértice/Idesp/Finep, y Editora Sumaré, 1989 y 1995.

abril”.³³ En oposición, la revista *Contorno* se abriría con un texto redactado por uno de los miembros del grupo, Juan José Sebreli, cuyo título mismo explicitaba la separación radical en relación con la generación anterior: “Los ‘martinfieristas’: su tiempo y el nuestro”.

Para explicar tales diferencias, debemos investigar inicialmente los patrones de relación entre críticos y escritores en las dos tradiciones intelectuales. Pese a su complejidad y variedad, según los momentos y los casos, se debe notar que, en la Argentina, desde fines del siglo XIX, una buena parte de los que se dedicaron a la crítica literaria provenía de la FFYL de la UBA,³⁴ que desde su surgimiento proporcionaba un importante canal de ascenso social y de ingreso en las actividades intelectuales a los inmigrantes e hijos de inmigrantes. Con este hecho se relaciona la fuerte tensión que polarizaba a los escritores oriundos de las clases altas y los críticos reclutados en los grupos emergentes. En el Brasil, en cambio, el enraizamiento académico de la crítica literaria fue posterior y no había diferencias sociales y culturales significativas entre críticos y escritores, ambos reclutados, prácticamente, en los mismos medios sociales y formados, la mayoría, en las escuelas de Derecho. En tal dirección, *Clima* fue la cuna de la primera generación de críticos académicos –irónicamente no oriundos de la carrera de Letras–, que, no obstante, compartían con sus antecesores literatos y críticos el mismo *habitus* social y cultural. Además, ingresaban como críticos (de literatura, cine, teatro y arte) en un medio cultural que ya valorizaba en buena medida la crítica como un género literario destacado. Por eso mismo, la ruptura que realizaron al proponer una dicción más especializada y bien informada de los estudios literarios no implicaría un distanciamiento tan profundo en relación con la tradición anterior, pero sí una renovación de los instrumentos analíticos y de los métodos que los aproximaban a una actitud científica.³⁵

Pasemos, ahora, a una comparación más detallada entre las experiencias de *Clima* y *Contorno*, afines por el hecho de reunir a grupos de estudiantes después destacados como críticos extremadamente innovadores en las escenas culturales en las que estaban inmersos, vinculados por lazos de amistad constituidos en el medio universitario y por el hecho de afirmarse intelectualmente a través de las revistas. Igualmente, lo que aproxima a ambas publicaciones es el hecho de haber sido editadas hacia el final de regímenes autoritarios y populistas, lo que indica que en los dos casos hubo en juego, también, condicionantes políticos.

Los dos grupos se formaron en el interior de la universidad, pero *Clima* lo hizo en una universidad recién creada y en carreras nuevas, en tanto que *Contorno*, en una universidad ya consolidada y en una carrera que, como la de Letras, contaba ya con tradiciones disciplinarias

³³ Esta parte del trabajo se apoya directamente en Heloisa Pontes, *Destinos Mistos*, San Pablo, Companhia das Letras, 1998; véase también Heloisa Pontes, “Ciudades e intelectuales: los ‘neoyorquinos’ de *Partisan Review* y los ‘paulistas’ de *Clima* entre 1930 y 1950”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Programa de Historia Intelectual, Universidad Nacional de Quilmes, N° 8, 2004, pp. 183-204..

³⁴ Aunque más no sea que a título indicativo, vale la pena recordar que de los diecinueve críticos encuestados por Prieto, catorce de ellos se formaron en la FFYL-UBA (aunque cuatro de ellos no completaron la carrera). Asimismo, seis de dichos críticos siguieron carreras de posgrado, de los cuales cinco se doctoraron en la FFYL-UBA y el otro en el exterior, en Adolfo Prieto, *Encuesta: la crítica literaria en la Argentina*, Rosario, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Letras, Universidad Nacional del Litoral, 1963.

³⁵ A este respecto, la dedicatoria “A memória de Mário de Andrade”, que Antonio Candido inscribió en la segunda edición (1963) de su primer trabajo de especialización, *Introdução ao método crítico de Silvio Romero* (1945), presentado para aspirar al cargo de catedrático de Literatura Brasileira en la Universidad de San Pablo, es más que elocuente. En Antonio Candido, *O método crítico de Silvio Romero*, *Boletim*, N° 226, Teoria Literária e Literatura Comparada, N° 1, 154 pp., San Pablo, FFCL da USP, 1963.

y estilos de trabajo bien establecidos, aun cuando atravesase un período de crisis derivado de las transformaciones impuestas por el peronismo en la enseñanza superior del país. En razón de esto último, la relación de ambos con la universidad sería completamente diferente –ambivalente y conflictiva en el caso de *Contorno*, satisfactoria para los miembros de *Clima*–. Por eso mismo, si es posible reconocer un programa de actuación en las declaraciones o en las entrelíneas de los textos de esta última el mismo era derivado, en grande parte, del impacto directo ejercido por los docentes extranjeros, que impusieron modalidades de trabajo más sistemáticas y exigentes. Tales experiencias moldearían, también, nuevas formas de identidad intelectual, reivindicadas en oposición a las anteriores, menos profesionalizadas y más dispersas. No propusieron, entretanto, un cuestionamiento radical de los parámetros más sustantivos que habían guiado la labor de críticos e historiadores de la literatura brasileña hasta entonces. En ese punto, debemos señalar una diferencia entre las dos revistas: *Contorno* propuso una desacralización de la literatura argentina; cuestionó el canon establecido, desplazando el eje de reconocimiento para escritores hasta entonces desprestigiados, como el caso de Roberto Arlt. En el interior de la crítica misma, se volvieron contra las tradiciones teóricas en las que se había fundado la escuela de Amado Alonso, cuestionando el presupuesto de la autonomía del hecho literario a partir de la adopción de una perspectiva sociológica y política en el análisis literario. En tales frentes, los “contornistas” debatieron con las generaciones anteriores, especialmente con la que había emergido en los años veinte con las vanguardias y posteriormente reunida en la revista *Sur*. Ésa sería la marca de los trabajos más importantes que los miembros del grupo de *Contorno* publicaron en la década de 1960, en los cuales la historia de la literatura argentina es reconstruida a partir de las dinámicas propias de las esferas social y política. Ciertamente, tales operaciones fueron condicionadas por la fuerte politización de la vida intelectual argentina durante el peronismo e inmediatamente después y también por la polarización del mundo literario a la que ya nos hemos referido –*criollos/inmigrantes*, escritores/críticos–.

Esas diferencias deben ser comprendidas, también, a la luz de una distinta composición social de ambos grupos. El de *Clima* era más homogéneo, y casi todos sus integrantes tenían un origen elevado. Cierta declive social, y el reordenamiento político derivado de la Revolución de 1930, condicionaron las elecciones no usuales que realizaron, canalizadas hacia las carreras de filosofía o ciencias sociales. La orientación izquierdista de la mayoría de sus miembros también habría determinado tales opciones, así como la formación del grupo en la universidad, vinculado por relaciones afectivas e intelectuales de larga duración. En lo concerniente a las relaciones de género, los hombres, que eran mayoría, ocupaban las posiciones principales, en tanto que las mujeres tenían a su cargo, sobre todo, las tareas de edición de la revista. Asimismo, la revista orientaría directa o indirectamente la carrera profesional ulterior de los miembros más destacados del grupo, tanto en la universidad como en el escenario cultural más amplio, dinamizado por el crecimiento de la ciudad de San Pablo y por los efectos indirectos de la Segunda Guerra Mundial (inmigración de intelectuales y artistas europeos). Como ya se ha sugerido, la afinidad social y política con la generación de escritores provenientes del modernismo paulista habría favorecido una relación de mayor continuidad con ese movimiento, a pesar del distanciamiento propiciado por la formación científica recibida en la universidad. El grupo de *Contorno* era, en cambio, socialmente heterogéneo y sus miembros tenían origen menos favorable –lo que, como ya fue señalado, reflejaba la apertura de la universidad argentina durante el peronismo–. Es posible que eso explique el hecho de que las relaciones de amistad entabladas en la universidad, y fortalecidas durante el tempo de existencia de la re-

vista, no sobrevivieran por mucho tiempo. Además, hubo desde el inicio divisiones internas, condicionadas por el origen social. La asimetría de género era, tal vez, más pronunciada todavía que en el caso de *Clima*, teniendo en cuenta que el porcentaje de mujeres en la población estudiantil de la FFYL era de aproximadamente 75 %.³⁶ Sólo una mujer, Adelaida Gigli, que se casaría con David Viñas, participó de la dirección de la revista. De los aproximadamente treinta colaboradores de *Contorno*, apenas tres eran mujeres (además de la citada, Regina Gibaja y Ana Goutman), y su participación estuvo limitada a unos pocos artículos y reseñas de libros. La heterogeneidad del grupo, y el origen inmigrante de muchos de ellos, estuvo en la base de la actitud contestataria que encarnaron.

Reflejada en la biografía de Adolfo Prieto, la de Antonio Candido se revela mucho menos accidentada y tortuosa, a pesar de las contingencias de su carrera profesional, que por mucho tiempo se mantuvo indefinida entre la sociología y la crítica literaria. Nació en 1918 y su origen social era muy elevado. Su padre, médico de profesión, y su madre descendían de familias tradicionales de Río de Janeiro y tuvieron acceso privilegiado a la cultura propia de los círculos intelectualizados de las elites cariocas. En función de tales circunstancias, Antonio Candido obtuvo una educación elevada desde niño. A pesar de una precoz iniciación literaria, fue principalmente en la carrera de ciencias sociales de la FFCL-USP donde adquirió una formación intelectual sistemática (1939-1941), en especial bajo la batuta de los profesores de la misión francesa,³⁷ como el filósofo Jean Maugué y el sociólogo Roger Bastide. El clima de radicalización política posterior a 1930 (según testimonios concedidos en varias oportunidades) lo llevó a optar por esa carrera y a asociar toda su vida ulterior a la militancia de izquierda. Del grupo *Clima* formaba parte Gilda de Moraes Rocha (posteriormente Gilda Rocha de Mello e Souza), con quien se casó. Esa alianza matrimonial fue decisiva, porque marcó la carrera de ambos, a pesar de que lo promocionó mucho más a él. En 1942 asumió el cargo de primer asistente de Fernando de Azevedo, en la cátedra de Sociología II. En el mismo año, proyectado por la recepción favorable de los textos que publicó en *Clima*, comenzó a escribir semanalmente en *Folha da Manhã*, ingresando en el círculo prestigioso de los críticos que escribían para los grandes diarios de San Pablo y de Río de Janeiro.

Desde el comienzo del siglo XX, reducido el ciclo de las grandes historias de la literatura brasileña (Silvio Romero, Araripe Jr., José Veríssimo), la esfera propia del ejercicio de la crítica literaria fueron los diarios, y asumir una columna fija en uno de ellos era una modalidad de profesionalización del trabajo intelectual y una señal de distinción inequívoca. En torno de los años treinta, las figuras más destacadas fueron Agripino Grieco, Sérgio Milliet, Álvaro Lins, Mario de Andrade, Octávio de Faria y Alceu Amoroso Lima. Al ingresar en esa arena, Antonio Candido se legitimó rápidamente por medio de una dicción más rigurosa que le permitió distanciarse del “impresionismo” predominante, sin, entretanto, asumir una actitud explícitamente científica.³⁸ Los años en que escribió semanalmente para los diarios *Folha da Manhã* (entre

³⁶ Gino Germani, “Informe preliminar del Instituto de Sociología sobre las encuestas entre estudiantes universitarios”, *Centro*, N° 12, octubre de 1956, pp. 34-46.

³⁷ Sobre el papel de la misión francesa en la USP, Fernanda Peixoto, “Franceses e Norte-americanos nas Ciências Sociais Brasileiras (1930-1960)” en Sérgio Miceli (org.) *História das Ciências Sociais...*, op. cit., v.1.

³⁸ En el artículo de apertura de su columna semanal, “Notas de crítica literária”, en *Folha da Manhã*, Antonio Candido defiende una actitud literaria en el ejercicio de la crítica: “Hay, evidentemente, una cosa básica en el trabajo crítico, que no pertenece a la metafísica ni a la moral de nuestro oficio, sino que es una cualidad personal. Me refiero a la penetración. Sin ella, sin esa capacidad, elemental para el crítico, de sumergirse en la obra y de intuir sus valores

enero de 1943 y enero de 1945) y *Diário de São Paulo* (entre setiembre de 1945 y febrero de 1947) fueron decisivos para afirmar su reputación como crítico,³⁹ al mismo tiempo que enseñaba sociología en la Universidad de San Pablo, caminos paralelos que lo llevaron al concurso de 1945 para la cátedra de Literatura brasileña en la USP, ya mencionado y que ahora retomamos.

La derrota de Antonio Candido en dicho concurso (el jurado fallaría en favor de quien era entonces profesor interino de la cátedra, Souza Lima) ocurrió a pesar de su excelente desempeño, que puede ser dimensionado, todavía hoy, por la lectura de la tesis *Introdução ao método crítico de Silvio Romero* (1945). Esa tesis (y su tema), por lo demás, le permitiría definir el contorno de la perspectiva metodológica que iba a convertirse en el norte de sus estudios posteriores, pero también del de su grupo a partir de la década de 1960. En esa dirección, adhiere a la posición de T. S. Eliot y afirma la autonomía de la obra literaria,⁴⁰ para, enseguida, tomando como contrapunto el “cientificismo” de Silvio Romero, aproximarse a una perspectiva “científica”.⁴¹

Dos años después del concurso, Antonio Candido se alejó de los diarios e inició una fase más concentrada, dedicada a la enseñanza en la universidad –lo que se explica tanto por el cambio del régimen de trabajo de los “profesores asistentes” en la universidad, que pasó de tiempo parcial a tiempo completo, como por la preparación de sus dos principales trabajos: *Os parceiros do Rio Bonito* (1954/tesis, 1964/libro) y *A formação da literatura brasileira* (1959)–.

Con relación a *Formação*, no había duda respecto de la intención del autor de inscribirse en el linaje de los grandes ensayos de interpretación del Brasil, pero la tesis sobre el mundo “caipira”⁴² no fue interpretada en esa clave. Su objeto aparentemente acotado y el hecho de ser un trabajo académico, lo alejarían de esa tradición. Algo desentonaba en los *Parceiros*, entre tanto, en relación con la gran mayoría de las tesis defendidas en la Universidad de San Pablo en la misma época.

El texto casi literario y la utilización discreta de las herramientas teóricas tomadas de la sociología y de la antropología en la construcción de su argumento lo distanciaban del cientificismo vigente. La interpretación no era neutra, sino directamente interesada en las soluciones políticas de los problemas sociales diagnosticados. Además, la reconstrucción histórica reali-

propios, no hay explicación posible –es decir, no hay crítica–. En el comienzo, por lo tanto, se coloca un hecho psicológico, lo que muestra que la crítica parte y se alimenta de condiciones personalísimas, de las cuales no podrá escapar. No hay, por lo tanto, cosa alguna que se pueda llamar de ‘crítica científica’ –a menos que no se entienda por tal cosa la crítica de los trabajos de la ciencia–. Entendida como transformación de la crítica en ciencia, no pasa de uno de los muchos pedantismos creados por la pretensión de los hombres de letras”, en Antonio Candido [1943], “Notas de crítica literaria. *Overture*”, en *Textos de intervenção*, selección, presentación y notas de Vinicius Dantas, San Pablo, Editora 34, 2002, p. 24.

³⁹ Prueba de eso es la invitación de Álvaro Lins –el crítico más consagrado del momento– a Antonio Candido en 1947 para que escribiese la presentación de la quinta serie de su *Jornal de Crítica*. Heloisa Pontes, *Destinos Mistos...*, op. cit.

⁴⁰ Cabe citar: “En efecto, uno de los mayores peligros para los estudios literarios es olvidar esta verdad fundamental: haya lo que haya o sea como fuera, en literatura la importancia mayor debe residir en la obra. La literatura es un conjunto de obras, no de factores, ni de autores”, en Antonio Candido. *Introdução ao método...*, op. cit., p. 103.

⁴¹ Cabe citar: “Hoy solamente podemos concebir como científica la crítica que se esfuerza por adoptar un método literario científico, un método específico, basado en sus recursos internos. Establecimiento de fuentes, de textos, de influencias; investigación de obras auxiliares, análisis interno y externo, estudio de la repercusión; análisis de constantes formales, de las analogías, del ritmo de la creación: ésta sería la crítica científica, la ciencia de la literatura”, en *ibid.*, p. 110.

⁴² El término designa al pequeño propietario rural, sobre todo de la región paulista, reconocido también por una serie de características culturales, que lo constituye como representante típico del *ethos* rural paulista de los estratos bajos de la población.

zada en la primera parte de la tesis, apuntando a recuperar el proceso de formación de la sociedad caipira paulista, también la aproximaba al ensayismo brasileño. Pero, a diferencia de este último, Antonio Candido abordó el proceso amplio de la formación histórica y social brasileña desde abajo, privilegiando en su análisis al agricultor pobre y la pequeña propiedad rural. Desde ese punto de vista, recuperó el papel desempeñado por ese sujeto – nombrado en las diversas regiones del país como “matuto”, “tabaréu”, “caboclo”, “sertanejo” –, menospreciado por la mayoría de los autores que habían estudiado el proceso de formación de la sociedad brasileña.

Como hermanos “mellizos”, lo que está explícito en la *Formação* se esconde en los *Parceiros*, y viceversa. La intención de dialogar con la tradición del ensayismo brasileño sólo se manifiesta, y de manera implícita, en este último. En el primero, es la relación más directa con el contexto académico en el cual el autor estaba inserto la que está encubierta. El libro parece desligado de las disputas académicas y de los dilemas personales enfrentados por su autor, pero el diálogo con la sociología paulista, que en ese momento privilegiaba objetos como el desarrollo económico y desvalorizaba la cultura como materia de reflexión, está presente en las entrelíneas. La obra resultó de un encargo del editor José de Barros Martins en 1945, que se propuso la realización de una historia de la literatura brasileña en dos volúmenes. Se trataba, entre otras cosas, de engrosar el coro de los que se indignaron con el resultado del concurso antes mencionado.

El plano de fondo histórico más general de la apuesta, que acabaría desviándose de su objetivo inicial, sería el de la posguerra y la democratización brasileña (interrumpida en 1964), cuyo clima general pudo haber influido sobre la tesis relativamente optimista defendida en la obra. Ésta afirma la concreción de un movimiento histórico iniciado en el siglo XVIII, durante el Arcadismo, y concluido hacia finales del siglo XIX, por medio del Romanticismo. En esos dos siglos, la literatura brasileña se habría autonomizado progresivamente de la portuguesa, hecho comprobado, según el autor, por el surgimiento de un escritor tan sofisticado como Machado de Assis, equiparable a los maestros del romanticismo y del realismo europeos. Antonio Candido argumenta que las soluciones alcanzadas por ese autor deberían ser comprendidas a partir de sus predecesores brasileños, integrantes del “sistema literario” lentamente constituido. Sugiere, además, implícitamente, la precedencia y la centralidad de la literatura en el desarrollo y diferenciación de nuestra vida intelectual y artística, examinando la emergencia del ensayismo político en torno del proceso de independencia, y de la crítica literaria durante el romanticismo.

La noción de “sistema” es central en la argumentación desarrollada en la *Formação* y remite a la dimensión social e histórica de la literatura. Una pista que puede ser explorada concierne a la definición de religión construida por Émile Durkheim en *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912). El sociólogo francés consideraba las religiones como hechos sociales y las definía como “sistemas”, o sea, como totalidades formadas por partes interdependientes: las creencias y los ritos, compartidos por grupos sociales determinados, por iglesias. Al estudiar la literatura brasileña como sistema, el crítico la encaraba como hecho social, al menos cuando, vista a la distancia, se objetivaba en el conjunto de las obras producidas en un período de tiempo relativamente largo.

Pero lo que también interesaba a Antonio Candido era la posibilidad del juicio estético y la defensa de la “autonomía relativa” del texto literario. La literatura es definida en ese momento como un “sistema de obras ligadas por denominadores comunes”. La configuración progresiva del sistema dependería todavía de la existencia de una tradición intelectual lentamente constituida y continuamente alterada. En su esquema, las obras figuran en primer plano,

completando los vértices del triángulo, los llamados “denominadores comunes”, autores y público. No obstante, en la *Formação* el encuadramiento sociológico e histórico define el punto de vista general por medio del cual las obras son seleccionadas e interpretadas.

El formato del libro es notable porque favorece una lectura integral, a la vez que permite, también, concentrarse en los ensayos relativamente autónomos que lo componen. Se trata de una solución que encuadra a los escritores en la perspectiva histórica y sociológica, sin descuidar la intención propiamente crítica de juzgar las obras y a los autores de manera individualizada. En ese caso, los instrumentos movilizados en la interpretación varían en función de la obra en foco, método –entendido como una actitud adecuada a la comprensión del objeto literario– designado posteriormente por Antonio Candido como “crítica de vertientes”. En ciertos casos, la investigación debería apoyarse en el estudio de los condicionantes sociales o psíquicos envueltos en la “estructuración” del texto literario. En otros, el análisis podría prescindir de esas dimensiones y moverse solamente en el interior del texto, apuntando a esclarecer las lógicas envueltas en su organización formal.

Ésa sería la orientación general de los análisis realizados en la *Formação* y, sobre todo, en los escritos posteriores del autor. Más aun, se trata de un aspecto central del programa de investigaciones que Antonio Candido lideraría en las décadas siguientes, a partir del momento en que asume la cátedra de Teoría literaria y literatura comparada en la FFCL-USP, en 1961. Asumir la cátedra, después del pasaje por la Facultad de Filosofía de Assis entre 1958 y 1961, significó la conclusión de un itinerario personal que tenía como objetivo la transferencia hacia la carrera de Letras. No obstante, la posibilidad de continuar en la de sociología estaba de alguna manera prevista y esto puede deducirse no sólo de la tesis defendida, que comprobaba su enorme competencia como sociólogo, sino también del armazón sociológico de la *Formação*. En ese libro, por lo demás, se percibe la influencia indirecta de Roger Bastide, quien dictó un curso sobre sociología del arte a comienzos de la década de 1940, que en 1945 resultaría en la publicación de *Arte y Sociedad*.

Otro aspecto que merece ser considerado respecto de esa “migración institucional” se relaciona con el hecho de que, a partir de ese momento, Antonio Candido decidió asumir explícitamente el liderazgo de un programa colectivo de investigaciones, que le permitió ampliar el impacto de su obra. Como realizara Florestan Fernandes en la sociología, pero de manera más flexible, y con la ayuda de sus discípulos, entre los cuales se contaban Roberto Schwarz, Walnice Nogueira Galvão y Davi Arrigucci Jr., fijaría un nuevo y más exigente patrón de trabajo intelectual en la crítica literaria brasileña. En esa dirección, la *Formação* se constituyó como el núcleo de las formulaciones teóricas e interpretativas que orientarían los trabajos posteriores del autor y de su grupo, haciendo de la crítica literaria una especialidad en el interior de las ciencias humanas.

Pieza central en el conjunto de la obra de Antonio Candido, la *Formação* se relaciona con la mayoría de sus escritos anteriores y posteriores, que deben ser mencionados para tener una idea más completa de su trayectoria, de los temas que recorrió y de los desarrollos teóricos que proporcionó, no restringidos a la literatura brasileña. *Brigada ligeira* (1945) y *O observador literário* (1959) reúnen textos publicados por el crítico en diarios en las décadas de 1940 y 1950. *Tese e Antítese* (1964), *Literatura e Sociedade* (1965), *Vários Escritos* (1970), *A Educação pela Noite* (1987) y *O discurso e a cidade* (1993) recorren un itinerario cada vez más sofisticado, desde el punto de vista de las soluciones interpretativas sugeridas, orientadas por la ambición de realizar estudios “propiamente dialécticos” sobre los textos literarios.

Como vimos, por tanto, dos vertientes analíticas interactúan en la construcción de la *Formação*: una focaliza en la estructuración del texto literario (presuponiendo su autonomía relativa), la otra en la configuración de la literatura como sistema (movilizando directamente la perspectiva sociológica). Esa doble orientación, estética y sociológica, articuladas las dimensiones, constituiría a juicio del autor un análisis propiamente dialéctico, destinado a esclarecer en el mismo movimiento la realidad interna del texto y su relación de interdependencia con el medio social circundante. Tal perspectiva constituyó también el programa teórico de su grupo, permitiendo, por medio del énfasis en uno de los polos (los ejemplos de Roberto Schwarz y Davi Arrigucci son típicos), asimilar cierta “heterodoxia” en el conjunto de los trabajos realizados por el equipo.

IV

La comparación de las trayectorias de Adolfo Prieto y de Antonio Candido revela aspectos curiosos. El crítico brasileño comenzó su carrera académica en las ciencias sociales —enseñó Sociología en la USP hasta 1958—. La incorporación de los instrumentos analíticos de esa disciplina en su obra crítica se dio, por tanto, de manera convencional, al contrario de Adolfo Prieto, que se formó y enseñó en letras, y adquirió familiaridad con la sociología apenas como autodidacta. De cierta manera, recorrieron caminos invertidos: Antonio Candido transitando de la sociología hacia la crítica, Adolfo Prieto de la crítica a la sociología. Además, a diferencia del brasileño, en ningún momento de su carrera Prieto escribió para los diarios, afirmándose exclusivamente como crítico académico.

Esta última diferencia es reveladora de las modalidades de estructuración del espacio de la crítica literaria en cada caso. La crítica argentina tuvo, desde fines del siglo XIX, un punto de referencia decisivo en la universidad, especialmente en la carrera de letras de la FFyL de la UBA, sobre todo después de la misión extranjera centrada en la figura de Amado Alonso en los años treinta. En el caso brasileño, los diarios ocuparon, comparativamente, ese lugar hasta mediados de la década de 1950. Ciertamente, la prensa diaria también tenía importancia en la Argentina; pero el caso de *La Nación* sugiere su especificidad. Su suplemento cultural fue dirigido durante mucho tiempo por el escritor Eduardo Mallea y expresaba la perspectiva de los propios literatos.

De todos modos, Antonio Candido transitó (y realizó el pasaje) por los dos principales medios expresivos de la crítica brasileña del siglo XX, el diario, hasta mediados de los años sesenta, y la universidad, a partir de esa última fecha, y por medio de ellos construyó una identidad bifronte. Si la primera de esas fases fue condicionada sobre todo por la herencia social y cultural familiar, la segunda se explica por su experiencia universitaria, que inscribió en él disposiciones típicas del trabajo académico. Se debe notar que las incorporó en las ciencias sociales y no en las letras. El montaje de su grupo en los años sesenta se reflejó en los proyectos anteriores de Donald Pierson y Florestan Fernandes en sociología.

A diferencia de Candido, Adolfo Prieto no disponía de casi ningún recurso heredado de su familia y eso condicionó sus elecciones. La opción decidida por la carrera académica, desde que concluyó la graduación, fue una forma de superar esa desventaja. Con todo, el proyecto académico que pudo realizar hasta fines de los años sesenta enfrentó a dos fuertes oponentes: a los propios literatos (su libro sobre Borges es emblemático de esa disputa) y a la tradición ya establecida de la crítica académica. Por el contrario, Antonio Candido lidió con una situación

bien diferente, porque si hasta la década de 1960 no hubo una tradición académica fuerte en la crítica literaria brasileña, tuvo que imponer su proyecto académico en relación con la crítica tradicional de los diarios.

Finalmente, si la comparación de esos itinerarios revela la existencia de un desigual grado de reconocimiento intelectual obtenido por cada uno de ellos, tal diferencia debe ser comprendida, también, en función de la estructura de los campos intelectuales en los que estaban insertos (más específicamente, de la fuerza detenida por la crítica literaria en relación con la literatura), y de las posiciones que los autores ocuparon en el interior de cada sistema académico: Adolfo Prieto en la periferia, Antonio Candido en el centro. □

Resumen / Abstract

Intersecciones: crítica literaria y sociología en la Argentina y el Brasil

Aun cuando los procesos de modernización de la crítica literaria en la Argentina y el Brasil se inscribieron en tradiciones intelectuales y en organizaciones académicas distintas, en los dos casos, y casi al mismo tiempo, la crítica literaria se renovó a través de su relación con la sociología. En este sentido, dos trayectorias intelectuales, las de Adolfo Prieto y Antonio Candido, y dos emprendimientos culturales –las revistas *Contorno* (1953-1959) y *Clima* (1941-1944)– son examinados para aclarar la relación entre ambas disciplinas. Entretanto, si en las dos experiencias la renovación de la crítica siguió un camino análogo, sólo en el Brasil se impuso, en tanto actividad desarrollada en el interior de la universidad, como instancia reconocida de arbitraje de la producción literaria entre las décadas de 1950 y 1960. En otros términos, la consagración de Antonio Candido en la escena cultural brasileña no es equivalente a la que alcanzó Adolfo Prieto (o cualquier otro crítico durante el período) en la Argentina. ¿Por qué? La respuesta a este interrogante será explorada a partir de una hipótesis general que establece una correlación entre ascenso de la crítica literaria y pérdida de la centralidad de la literatura.

Palabras clave: campo intelectual, tradiciones intelectuales, organizaciones académicas, sociología, crítica literaria.

Intersections. Literary criticism and sociology in Argentina and Brazil

In Argentina and Brazil, the modernization of literary criticism in the 1950s and 1960s developed in the context of different intellectual traditions and institutional organizations. However, in both countries, and almost at the same time, literary criticism was renewed through its contact with sociology. This article examines two intellectual trajectories – those of Adolfo Prieto and Antonio Candido – and two cultural magazines – *Contorno* (1953-1959) and *Clima* (1941-1944) – in order to analyze the relationship between these two academic disciplines. The renewal of literary criticism followed similar paths in both countries, but only in Brazil was it university-based, and fully recognized as the foremost intellectual authority concerning the literary production of the 1950s and 1960s. The consolidation of the figure of Antonio Candido in the Brazilian cultural scenario had no equivalent in Argentina, since neither Adolfo Prieto nor any other critic acquired a similar standing. Why? This article explores a possible answer to this question, focusing on the correlation between the process of consolidation of literary criticism and the loss of the centrality of literature.

Keywords: field of knowledge, intellectual traditions, academic organizations, sociology, literary criticism.

Fecha de recepción del original: 1/2/2011

Fecha de aceptación del original: 2/3/2011

Los sesenta y los setenta

La historia, la conciencia histórica y lo impensable

Hugo Vezzetti

Universidad de Buenos Aires / CONICET

¿Cuál es la actualidad de los años sesenta y setenta?¹ No se trata sólo de interrogar una época pasada para señalar lo que se prolonga y lo que pervive en el presente. Es en el diagnóstico del presente, en su capacidad de revelar algo nuevo sobre nuestro tiempo, donde radica el interés de una exploración de un tiempo diferente, intenso en acontecimientos y promesas. El símil de la memoria, tal como se expone en muchas producciones recientes, ha contribuido a replantear los problemas de la duración en la historia. Por ejemplo, en lo que se ha dado en llamar “pasado reciente” o en una fórmula conocida: un “pasado que no pasa”. Otro enunciado frecuente habla de una “historia del presente”. En verdad, con un matiz diferente, esas denominaciones dan cuenta de una tensión entre un pasado que adviene al presente o un presente que va hacia el pasado, es decir, de una temporalidad compleja, un tiempo que es a la vez pasado y presente. Para abordar la temporalidad en el sujeto psíquico Freud acuñó un concepto, *Nachträglichkeit*, que es central en su idea del tiempo. Ha sido traducido como “acción diferida”, es decir, una acción del pasado sobre el presente, y también como “retroacción”, es decir una acción del presente sobre el pasado.² Encuentro la misma vacilación entre “pasado que no pasa” e “historia del presente”. En todo caso, allí se revela el límite de una concepción de la temporalidad que parte de una separación nítida entre el pasado y el presente, y que parece haber formado parte de las condiciones del nacimiento de la disciplina historiográfica. El psicoanálisis, en cambio, está más dispuesto, obligado podría decirse, a las mezclas y las interferencias de los tiempos en la medida en que, a diferencia de la historiografía, no puede dejar de intervenir sobre sus objetos al modo de un renovado “arte de la memoria”.³

Los sesenta y los setenta, en principio, enuncian una periodización que merece ser interrogada. ¿Qué une y qué distingue los sesenta y los setenta? Claudia Gilman destaca la continuidad: se refiere a “catorce años prodigiosos”, desde la entrada de la guerrilla castrista a La

¹ Este artículo es una versión reelaborada de un trabajo leído en el panel “La historiografía de los años sesenta y setenta: rupturas y paradigmas vigentes”, *Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia*, San Carlos de Bariloche, 28 al 31 de octubre de 2009.

² James Strachey acuña la expresión *deferred action*; Jacques Lacan lo vuelca al francés como *après-coup*.

³ Sobre las diferencias y los desencuentros entre psicoanálisis e historiografía, véase Omar Acha, *Freud y el problema de la historia*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 144-146. Sobre el psicoanálisis como nuevo “arte de la memoria”, Kurt Danziger, *Marking the mind. A history of memory*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008, pp. 202-205.

Habana hasta el derrocamiento de Salvador Allende; un “período en el que todo pareció cambiar”. En fin, “una época con un espesor histórico propio y límites más o menos precisos”, dominada por una sensibilidad de cambio que se extiende hasta la radicalización revolucionaria y encuentra su escena dominante en el 68 como acontecimiento global.⁴ Otros análisis hacen prevalecer una distinción, que se puede encontrar también en la memoria de los actores: los sesenta (que en la Argentina empiezan a mediados de los cincuenta) habrían estado dominados por un humor reformista, mientras que los setenta (después del Cordobazo) imponen una nueva configuración revolucionaria.⁵ Los sesenta y los setenta parecen ser, en ese caso, recuperados como etapas en una secuencia, a veces como un ciclo evolutivo, a veces como una radicalización que implica una negación (en sentido dialéctico) de esa primera fase reformista.

Los acontecimientos que poblaron esos años, en la Argentina, imponen su singularidad como escenas potentes en la conciencia colectiva, desde la caída de Frondizi, a la dictadura de Onganía, el Cordobazo, el secuestro y muerte de Aramburu, Cámpora en la Plaza, la muerte de Perón..., hasta la irrupción de la dictadura y el terrorismo de Estado. No es fácil armar una serie única y lo que viene de ese pasado alude a eventos, acciones y sentidos que rompen cualquier supuesto de uniformidad. Es preferible, entonces, tomar distancia de una idea de época concebida, al modo hegeliano, como una figura homogénea de la autoconciencia. Si se trata de un tiempo que sigue existiendo en las herencias y en las apropiaciones, se trata de un pasado que se hace presente de un modo conflictivo y fracturado en la experiencia y en sus efectos. Esa complejidad del pasado y el presente se hace patente en los problemas de la memoria, una formación que resulta de ciertas prácticas y requiere actores.

En relación con la historiografía, inmediatamente aparece el problema de lo que le falta a la memoria para constituirse en conocimiento histórico, dado que en sus usos no se guía por el objetivo de un conocimiento, por lo menos, de un conocimiento fundado y justificado según las reglas de una ciencia del pasado. Esos problemas han sido bastante discutidos. Querría destacar otra cosa. La memoria es una noción equívoca. A veces queda demasiado apegada a una suerte de vivencia personal, inmediata, intransferible: en ese punto las diferentes memorias son indiscernibles porque encuentran su fundamento en una relación directa con lo vivido. A veces, bajo la forma del testimonio, organizan relatos o pruebas en el sentido jurídico; establecen una relación con una verdad que se busca, que es algo muy característico en la experiencia argentina. Otras veces se acentúa la relación con identidades de grupo, con memorias familiares o con filiaciones políticas y memorias ideológicas. Por fin, la memoria puede aparecer como un deber allí donde enfrenta acontecimientos que un grupo o una comunidad debe tener presentes para asumir sus responsabilidades por el pasado.

El énfasis en las prácticas de la memoria y sus contenidos puede oscurecer una relación menos vivida con el pasado, una memoria que no se transmite como un legado sino que se ejerce, en acto si se quiere. Creo que puedo acercarme a estos problemas recuperando una noción que tomo de José Luis Romero, la *conciencia histórica*. Por supuesto, hay más de un modo de aprehender esa noción. Se puede partir de una distinción entre conciencia y conoci-

⁴ Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 35-38.

⁵ Beatriz Sarlo, que sitúa esos años dentro de una periodización más prolongada (1943-1973), propone una narración que, dice, “podría sintetizarse en el pasaje de las soluciones reformistas a las propuestas revolucionarias”; véase *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel/Planeta, 2001, p. 14.

miento: el conocimiento histórico es lo que produce el historiador y la conciencia histórica es lo que produce la sociedad. Y dado que el historiador es también inevitablemente un sujeto inmerso en una sociedad y una cultura, entre el conocimiento y la conciencia histórica se produce una dialéctica productiva.⁶ En esa relación entre el conocimiento y la conciencia hay varios problemas. Hay uno que suele plantearse a partir de la pregunta por el conocimiento: qué es lo que el conocimiento puede brindar a la conciencia. Allí aparece el papel de los historiadores, o de los intelectuales (periodistas, docentes) como mediadores, difusores, en el “uso público” o la función pedagógica de la historia.

Pero también cabe otra pregunta, que destaque la conciencia: ¿qué es lo que la conciencia histórica puede proporcionar a la disciplina historiográfica?⁷ Y desde luego, esa conciencia no es soberana: arrastra sus latencias, oscuridades, relatos y sentidos que no están a disposición del yo historiador. Quiero traerles la inspiración de un texto breve y notable de José Luis Romero, “El despertar de la conciencia histórica”, publicado en 1945; y la fecha es bien significativa. Allí plantea esa relación entre el conocimiento y la conciencia en el historiador, en su quehacer y en su existencia; y dice que la conciencia no le viene desde fuera de su condición de historiador. “Sólo es lícito llamar historiador, auténtico y verdadero historiador”, dice, a quien está movido por

un afán de comprensión profunda de una realidad que le atañe como individuo y en cuanto miembro de una comunidad, y exige la vigorosa y ágil captación de sus líneas directoras, de las que debe tratar de aprehender los rasgos que la vinculan a su propia inquietud como ser histórico. En virtud de esa vocación, el historiador moviliza una conciencia histórica y la nutre con los elementos de conocimiento, que, de otro modo, no son sino meros datos carentes de sentido.⁸

Es un modo de problematizar la relación del historiador con su actualidad. En la obra de Romero esa idea de la conciencia histórica se mantiene apegada a una hermenéutica de la comprensión; subyace la visión totalizadora de un sentido afincado en lo que llama la “vida histórica”. Entre la “vida histórica” de la sociedad y el “ser histórico” que caracteriza a la existencia del sujeto historiador hay una suerte de acuerdo básico, una armonía que constituye el suelo profundo de la comprensión. Pero hay algo en el propio enunciado que excede o incluso rompe con la representación de un suelo unificado y abierto a la comprensión: el “despertar”.⁹ Romero señala un rasgo fundamental: es una “conciencia militante”; es la política, puede decirse, la que despierta a la historia. Esa conciencia se moviliza “ante las dudas que oscurecen la visión del propio destino”, cuando las “circunstancias inmediatas” promueven “interrogantes acerca del futuro”.¹⁰

⁶ Luis Alberto Romero lo dice en el “Prefacio” a José Luis Romero, *La vida histórica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, p. 9.

⁷ Esto ha sido planteado por Paul Ricoeur en términos de la relación entre “verdad” y “fidelidad”. Véase “Lo que la memoria enseña a la historia”, en Paul Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Madrid, Arrecife, 1999, pp. 48-52.

⁸ José Luis Romero, “El despertar de la conciencia histórica”, en *La vida histórica*, *op. cit.*, p. 64.

⁹ Es Benjamin quien destaca el despertar (*Erwachen*), que no ha sido un problema para la teoría psicoanalítica del sueño, como una categoría de análisis histórico y político. Véase Francisco Naishtat, “El psicoanálisis a prueba de fragmentos. La recepción de Freud en la historiografía del *Libro de los Pasajes*”, en Omar Acha y Mauro Vallejo (comps.), *Inconsciente e historia después de Freud*, Buenos Aires, Prometeo, 2010, pp. 47-49.

¹⁰ José Luis Romero, “El despertar...”, *op. cit.*, pp. 66 y 67.

En esa orientación temporal hacia el futuro (y el “destino”) hay algo distinto de la idea de la “memoria histórica” que predomina actualmente, basada en lugares y emblemas, es decir, en ficciones que fijan el pasado en el espacio. La conciencia histórica, para Romero, no habla de lugares sino de sujetos y de destinos. Finalmente hay una pregunta subyacente: “¿quienes somos?”. Es lo que decía en las *Conversaciones* con Félix Luna.¹¹ Es claro que no esperaba una respuesta. Por el contrario, puede pensarse que para él la condición de una conciencia histórica radicaba en que esa pregunta se mantuviera abierta y sin respuesta. Las preguntas de José Luis Romero no necesariamente son las nuestras. Y sin embargo hay algo perdurable, una latencia que se desplaza, en la acción lanzada al autoesclarecimiento y las promesas del despertar.

Nuestros años sesentas es un título que Oscar Terán plasmó para un libro indispensable sobre el problema que nos ocupa.¹² Planteaba un enigma en esa apelación a un “nosotros” que de algún modo revertía, como en la indagación de Romero, hacia los sujetos involucrados. Y destacaba también la dimensión política de una pregunta que, en 1945 como en 1991, quedaba sin respuesta. ¿Quiénes son o somos “nosotros” en esa apropiación de los sesenta? Si la pregunta tenía un sentido cuando el libro salió, hace veinte años, es claro que se reactualiza hoy y seguramente se integra a otras preguntas, en esa apelación que queda necesariamente indeterminada.¹³ En principio, la pregunta quedaría en parte aclarada en la propia materia del libro que se ocupa de la cultura de izquierda, a partir, decía Terán, de una “quizás exagerada sensibilidad” hacia “la violencia de las pasiones ideológicas”.¹⁴ El libro buscaba exponer y sobre todo interrogar la experiencia histórica de una generación, no como un reaseguro de identidad sino como la exploración de las incertidumbres y las fracturas, de lo que permanecía oculto de ese pasado. Volveré sobre ese libro, pero esta mención, en el preámbulo de los interrogantes sobre los sesenta y los setenta, sitúa mi propia posición. Y me distancia del paradigma de la comprensión: en esa conciencia en acto se revelan también los límites, lo impensado y lo impensable, lo que resiste la inclusión en el sentido común entendido como una particular configuración de las representaciones, las prácticas, las instituciones y la sensibilidad.

L¿Qué podemos saber y pensar de los sesenta y los setenta?, pero también, ¿qué podemos recuperar e interrogar en ese pasado reciente en orden a las visiones sobre el porvenir? Querría traer una aproximación a esa época que se haga cargo de la propia historicidad de las ideas y las visiones que sobre ella podemos arrojar; y que las interroge en sus puntos ciegos y sus zonas de desconocimiento. Tomo una expresión, una pequeña ficción si se quiere, que ha sido aplicada a esos años: “primavera de los pueblos”. No voy a explorarla en una serie más extensa, sólo señalo ciertos usos retrospectivos. Por ejemplo, “primavera de los pueblos” es el título de un apartado en el libro de Luis A. Romero sobre la Argentina contemporánea, escrito en 1994. Con esa metáfora se refiere al período que va de 1969 a 1973 en la Argentina, una etapa de movilización social y política que incluye el Cordobazo, la experiencia clasista, la teología de la liberación,

¹¹ Félix Luna, *Conversaciones con José Luis Romero*, Buenos Aires, Timerman Editores, 1976, p. 131-132.

¹² Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

¹³ Para ser más preciso, es un *deíctico* personal, una expresión indicativa que sólo puede interpretarse en la pragmática del discurso y se abre una designación indeterminada.

¹⁴ Oscar Terán, *Nuestros años..., op. cit.*, p. 14.

Montoneros y el ERP, etc., hasta la retirada del poder militar.¹⁵ La misma expresión aparece en el encabezado de un material audiovisual de uso pedagógico, producido por historiadores, editado más recientemente por Memoria Abierta y la Secretaría de Educación del Gobierno de Buenos Aires. *La primavera de los pueblos* es el primer CD de una serie que presenta testimonios, textos y diversas fuentes sobre el terrorismo de Estado en la Argentina.¹⁶

No me propongo impugnar esa expresión ni tampoco una crítica historiográfica de sus usos, que, por otra parte, son diferentes en uno y otro texto. Quiero detenerme en los sentidos que arrastra. Por ejemplo, en el documento de Memoria Abierta, la “primavera de los pueblos” se refiere a un período amplio, desde mediados de los cincuenta a mediados de los setenta y destaca sobre todo el marco global. Ofrece una visión bastante armónica de los “cambios y movimientos revolucionarios en distintas dimensiones de la experiencia social: en la política, en el arte, en la cultura, en las relaciones internacionales, etcétera”. Se pregunta qué tenían en común y propone una serie de rasgos: la “rebeldía frente al autoritarismo y al poder”, el “cuestionamiento ante lo establecido”. Y aquí viene lo que quiero destacar: “La palabra ‘liberación’, dice, parece ser una clave, un común denominador de lo que estaba pasando en distintas partes del planeta”. Sigue una serie: “liberación nacional”, “liberación femenina”, “liberación sexual”, “liberación social”. La serie se complementa con los acontecimientos que marcaron esas décadas: Vietnam, la Revolución Cubana, la Revolución Cultural China, el Mayo francés y la Primavera de Praga, que parecer haber proporcionado el molde para esa metáfora que somete la historia al ciclo de las estaciones.

Ahora bien, en la “primavera” hay dos sentidos, por lo menos. Está la escena de gestación y nacimiento: todo florece.¹⁷ Está también la representación de un ciclo cerrado de cambios, que no va a durar y que anticipa su final: después de la primavera, en algún momento, viene el invierno; y en la Argentina (o en Praga) ya se sabe lo que eso significa. ¿Cuáles son los problemas en esa pequeña ficción? En principio, están en la significación global que sostiene los términos de la serie. No es que esté mal armada o que no corresponda a acontecimientos y consignas de la época (aunque la metáfora estacional no era enunciada por los actores sino que se construye a posteriori), sino que no es tan fácil armonizarlos. En efecto, se hablaba de liberación en todas esas fórmulas, pero no hay que hacer mucho trabajo de semiología para saber que no querían decir lo mismo. La diferencia, la oposición incluso, estaba ya en la conciencia de los sujetos. Liberación femenina podía tener un sentido bien diferente para una adolescente parisina y para una guerrillera latinoamericana; y ciertas manifestaciones de la liberación sexual solían ser impugnadas como un vicio “liberal” por parte de la configuración política revolucionaria. Aquí aparece un término omitido, que sin embargo no es ajeno a la serie: liberal o liberalismo. Allí están los testimonios y los documentos para mostrar las fracturas y los conflictos que conciernen a la raíz misma de la *libertad* a la que se alude con el término “liberación” y sus diferencias con “liberal” (que puede querer decir muchas cosas) o incluso con “liberalización”, que tenía y tiene otros sentidos.

¹⁵ Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, FCE, 1994, pp. 240-253.

¹⁶ Memoria Abierta, *La primavera de los pueblos. De memoria: testimonios, textos y otras fuentes sobre el terrorismo de estado en Argentina*, vol. 1, 2005. Textos: Vera Carnovale. Testimonios, fuentes, referencias: Vera Carnovale, Federico Lorenz y Pablo Palomino. La serie ha sido difundida por el periódico *Página/12*.

¹⁷ Si puede postularse algo del orden de un inconsciente del discurso histórico, en esas significaciones parece expresarse un imaginario político dominado por los poderes maternos primordiales.

La serie globalizada tiene a Cuba como antecedente y ha merecido su prolongación latinoamericana: Carlos Fuentes propone continuarla con la rebelión de los estudiantes mexicanos en Tlatelolco. Recientemente, en el cuadragésimo aniversario del 68, se advierte hasta qué punto la fecha ha dejado de ser un acontecimiento francés, o europeo, para convertirse en un soporte extendido de una epifanía de la liberación en la que cada cual puede agregar su pequeño relato.¹⁸ Pero hay que recordar que en América Latina el régimen cubano y muchas de las organizaciones revolucionarias no sólo no simpatizaban con la rebelión social de los checos, sino que justificaron la entrada de los tanques soviéticos que vinieron a aplastarla. Si para algo sirvió el acontecimiento de Praga, en Cuba y en el discurso sobre la revolución social latinoamericana, fue para acentuar la vigilancia y el control de las rebeldías internas en la sociedad; o bien para reforzar el recelo frente a los intelectuales y justificar medidas coercitivas o punitivas contra la disidencia.¹⁹ Tomo esa serie sólo como un ejemplo de lo que puede quedar eludido en la metáfora primaveral: la dimensión de los conflictos y las fracturas en el interior mismo de esa configuración que apelaba a la utopía o a las promesas de diversas liberaciones.

Otro cuadro, menos conciliador, es el que ofrece César Tchach cuando se refiere a un “caleidoscopio de los 70”. La expresión me parece feliz porque expone un conjunto de visiones cambiantes sobre esa época, en las que incluye la música de Viglietti, un “cronopio imaginario”, los libros del Che, *La hora de los hornos*, un dispositivo explosivo lanzapanfletos y un revólver escondido detrás de un taparrollo.²⁰

II El libro de Oscar Terán es notable por la investigación erudita y el rigor, incluso por la “distancia pudorosa” respecto de los acontecimientos y las pasiones que lo habían formado como intelectual. Más allá del resguardo historiográfico, me interesa destacar la escritura y el género de la narración. Terán decía que en ella sobreolaba la “figura de la tragedia”: lo planteaba primero como interrogación y hacia el final como un señalamiento que recibía de sus primeros lectores.²¹ La tragedia es un género que remarca los límites y las condiciones de lo que es posible esperar y pretender en la historia. Tomo esa idea simple, insatisfactoria sin duda, de los análisis de Hayden White sobre la poética de la historia.²² Es

¹⁸ Carlos Fuentes, *Los 68. París, Praga, México*, Barcelona, Debate, 2005. Sobre la serie global, véase, por ejemplo, el site “1968, the Gobar Revolt”, en el que se puede recorrer en un planetario lo sucedido en esos años no sólo en Alemania, Italia, los Estados Unidos o la Argentina, sino también en lugares menos esperables como Hong Kong, India, Turquía, Japón o Sudáfrica. En: <<http://www.goethe.de/ges/pok/prj/akt/wlt/enindex.htm>>.

¹⁹ Véase Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil...*, op. cit. El caso de Heberto Padilla, que estalla en 1971 pero nace antes, es mostrado en el libro como una consecuencia del endurecimiento de los controles sobre la sociedad y los intelectuales posteriores a las enseñanzas de Praga. Como es sabido, produce una gran crisis en el campo intelectual de la izquierda europea y latinoamericana.

²⁰ César Tchach (comp.), *La política en consignas. Memorias de los setenta*, Rosario, Homo Sapiens, 2003, p. 11.

²¹ La mención de la distancia, en p. 190; la “figura de la tragedia”, en p. 13 y pp. 189-190.

²² White indaga el género de la tragedia en la trama narrativa de la historia en relación con la “ganancia” para los “espectadores de la contienda”. Si hay una reconciliación posible al final de la tragedia es de “la índole de resignaciones de los hombres a las condiciones en que deben trabajar en el mundo”; establecen “los límites de lo que se puede pretender y lo que se puede legítimamente proponer en la búsqueda de seguridad y salud en el mundo”. Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* [1973], México, FCE, 1992, p. 20. También en el ensayo de Tulio Halperin, publicado en 1994, se plasmaba una figura trágica: la “larga agonía”; pero abarcaba una periodización más extensa, desde 1955, y una interpenetración de los tiempos que volvía a los treinta

sabido que la recuperación, en la posdictadura, de ese ciclo se ha focalizado en el terrorismo de Estado; y es comprensible que todo el período haya quedado marcado por la escena de los crímenes masivos, de la muerte y la violencia extrema de la desaparición de los cuerpos. En ese sentido, en la obra de Terán, las preguntas acerca de las consecuencias del golpe militar de 1966 (sobre el campo intelectual, más que sobre el campo político) se recortaban sobre las escenas de la catástrofe sobrevenida en la década siguiente. Dejó allí una investigación lograda, y un programa para los años venideros, que permanece incumplido: sobre ideas, discursos, intervenciones y pasiones ideológicas; pero también sobre responsabilidades, en particular de los intelectuales. Volvió sobre esa época en trabajos posteriores, en “Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1998” y en el curso de historia de las ideas publicado póstumamente en 2008.²³ Queda pendiente una lectura más atenta de los cambios, deslizamientos y revisiones que allí pueden encontrarse.

Lo que quiero señalar en el libro de 1991 es que en esa mirada poco complaciente sobre los sesenta intervenía una penetración de diversos tiempos; no sólo estaba la sombra de la tragedia posterior sino también un tópico que venía de un tiempo anterior, un motivo recurrente desde los treinta, la “fractura” y las “dos Argentinas” irreconciliables. Y ese tópico puede ser tomado para juzgar los problemas y las preguntas en la producción historiográfica: interrogar las fracturas no es lo mismo que componer (y añorar) las armonías. No es lo mismo apegarse a esa imagen nostálgica de la primavera (desde un invierno frío), que encarar los sesenta como un período de reactivación y profundización, de dramatización si se quiere, de esa escena trágica en las representaciones de una comunidad. En ese caso, quiero insistir, la “figura de la tragedia” no es sólo lo que viene después, el terrorismo de Estado, sino lo que estaba *antes* en esa temporalidad más larga y enredada.

El consenso de 1983, plasmado en la experiencia alfonsinista, prometía un futuro que suturaba esas heridas. Llamaba a marchar juntos a los socialistas de Palacios, los radicales de Alem, los peronistas de Perón y Evita y hasta incluía una vertiente liberal conservadora, Pellegrini, en esa procesión. Es evidente que para armar esa escena de armonía y entendimiento no podía referirse al ciclo de las violencias recíprocas que había estallado a fines de los sesenta. El foco dirigido hacia la dictadura y la guerrilla dejaba en la penumbra las fracturas y el imaginario de la guerra civil que había hecho eclosión en aquellos años. Terán se separaba del consenso blando y autocomplaciente de una conciencia “progresista”. Planteaba su crítica al mesianismo revolucionario, pero también se preguntaba por el “legado intelectual” de los sesenta. Es más, de aquel tiempo, decía, venía “nuestro mejor legado intelectual”. Proporcionaba el repertorio de los valores que merecían pervivir: “la crítica hacia el poder”, la “apuesta por un mundo más justo” y la solidaridad. Y terminaba con una invocación de la esperanza: “en definitiva –decía– quien en aquellos años conoció la esperanza ya no la olvida”.²⁴ ¿Salía así del sino trágico, en ese movimiento de la esperanza? En todo caso, si se admite, en esa escritura,

y los cuarenta y volvía al presente, hacia el terrorismo de Estado y la hiperinflación que derrumbó a Alfonsín. En verdad eran dos agonías: una desemboca en la violencia y otra en la hiperinflación. Tulio Halperín Donghi, *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, pp. 55 y 140.

²³ Oscar Terán, “Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1998”, en *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo xx latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004. O. Terán, *Historia de las ideas en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

²⁴ Oscar Terán, *Nuestros años sesentas...*, op. cit., p. 191.

lo que va hacia los lectores, incluidos o invitados a incluirse en el posesivo “nuestros”, puede pensarse que hay algo lanzado al porvenir. La tragedia clásica, en su función de enseñanza, no clausuraba el horizonte de la esperanza; su función no era tanto señalar un destino ineluctable sino las relaciones siempre difíciles entre la esperanza y los límites o las condiciones, incluso los obstáculos, que se oponen a su realización.

Es claro que el molde narrativo de ese libro no forja una oposición simple entre reforma y revolución; tampoco propone la idea de un desbarranco inevitable hacia la violencia, un desemboque que supondría un curso más o menos determinado. Se enfrenta así a un relato algo lineal, repetido en las memorias de la izquierda y el peronismo, que hilvana una serie de escenas, desde los bombardeos a la Plaza de Mayo a la dictadura de Onganía y la de 1976. Terán no recurre a ese motivo evolutivo, sino a una particular elucidación en la cual el final, la catástrofe y la derrota, estaban allí, como un horizonte posible del pensamiento y la acción y al mismo tiempo no eran un desemboque necesario. Eligió trabajar sobre un archivo que terminaba en 1966. Como es sabido, fue objeto de alguna polémica, a partir de la cronología diferente del libro de Silvia Sigal: se le señalaba que ese corpus debía ser extendido hasta 1969.²⁵ Él mismo reconoció que había situado el corte en 1966 a partir de “un abuso de autobiografía”; y propuso, en 1994, que la división que cortaba esa época debía desplazarse hasta el Mayo francés y el Cordobazo.²⁶ Prefiero dejar de lado esa discusión. Desde luego, los períodos históricos no se recortan en los acontecimientos sino en el proyecto del historiador. Me interesa más entender por qué Terán eligió poner ese término, 1966, en una obra que de hecho abarcaba esa década y arrastraba algo de la siguiente. Y creo encontrar una razón: hacia 1966 podía descubrir a la vez ese horizonte orientado a la tragedia y una escena todavía abierta. Hay que recordar que había elegido entrar en esa época por la filosofía, por las aventuras del pensamiento, puede decirse; lo que veía allí mostraba que el final, que él y los lectores obviamente ya conocían, no estaba escrito en esas ideas.

Lo cierto, para retomar ese doble núcleo del sintagma, sesenta y setenta, es que, en la posdictadura, el peso mayor de la producción (memorias, investigaciones periodísticas, historiografía) operó un desplazamiento del eje hacia los setenta. Cambiaron los consensos en la conciencia histórica, cambiaron los objetos (primero el foco era el terrorismo de Estado y las víctimas, luego la militancia, últimamente la violencia), pero lo cierto es que después de esos grandes libros, el de Sigal y el de Terán, creo no equivocarme si digo que no ha habido trabajos importantes sobre los sesenta argentinos.²⁷

Ese desplazamiento a los setenta acuñó un término: “setentista” (en cambio, no cuajó un término como “sesentista” o “sesentismo”). No puedo precisar cuándo se empezó a usar, pero es claro que se ha implantado como un emblema.²⁸ Como marca de identificación es un poco incierta, básicamente pragmática y jugada en el presente: hoy se puede ver qué alineamientos y qué operaciones impulsa en la escena inmediata. En su vaguedad, y en la distancia que establece con la posición de los protagonistas de aquellos años, puede ser rellenada con diversos

²⁵ Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

²⁶ Véase Oscar Terán, entrevista incluida en Roy Hora y Javier Trímboli, *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, p. 59.

²⁷ En cambio sí los ha habido sobre el período en escala latinoamericana: el libro mencionado de Claudia Gilman.

²⁸ Como referencia, la revista *Los 70. Política, sociedad y cultura*, que en verdad se ocupa de los sesenta y los setenta, comenzó a publicarse en junio de 1997 y sacó una docena de números en dos años.

contenidos. Entonces nadie se llamaba “setentista”; en todo caso había otras referencias identitarias: peronista, marxista, maoísta, guevarista, incluso combatiente, que aun cuando eran disputadas y no unívocas, se sostenían en ciertos núcleos menos vaporosos. Ha habido sobre todo un uso nostálgico o una recuperación narrativa en clave de novela de aventuras; o bien una operación política de la memoria en la que el término opera como un disfraz y que evoca esa fórmula marxiana de la repetición: la tragedia vuelve como farsa. Pero así sea como un vacío o como una impostura, esa marca no deja de señalar algo, una configuración en la sociedad que se refiere al período previo a la dictadura y se confronta con la experiencia del período ominoso iniciado en 1976. Se confirma así que las visiones de los sesenta y los setenta se ordenan hacia atrás, a partir de dos fechas emblemáticas: 1983 y 1976, la democracia y la dictadura, que imponen cortes históricos nítidos sobre la conciencia histórica.

El terrorismo de Estado y la reparación democrática implantan una clave retrospectiva del ciclo histórico anterior, a partir sobre todo de los sentidos forjados en la escena judicial: los crímenes de Estado. Pero la unificación normativa de la justicia no resuelve los problemas del saber histórico, que siempre es conjetural: la verdad de la justicia no es la verdad histórica, ni puede ser un modelo para el régimen de verdad que intenta la historia. No ha faltado una producción historiográfica sobre los sesenta y los setenta en estos años. Y sin embargo, no dejamos de sentir cierta insatisfacción: tenemos la idea de que la historiografía no está en línea con esos interrogantes a que aludía José L. Romero cuando proponía una ética del historiador. No digo que no hay saber: sabemos más sobre los partidos, las fuerzas armadas, la iglesia, las dirigencias, el periodismo, la izquierda y la militancia. No se puede decir que haya una historiografía “normalizada”, en el sentido que Michel de Certeau daba a la escritura de la historia y a su necesidad de separar y el gesto de dividir: “cada tiempo ‘nuevo’ –decía– ha dado lugar a un discurso que trata como ‘muerto’ al que lo precede, a la que vez que recibe un ‘pasado’ ya marcado por rupturas anteriores”. Dice algo más: lo que esta escritura deja como un resto o un desecho, lo que considera no pertinente, “retorna a pesar de todo en los bordes del discurso o en sus fallas”.²⁹

Frente al lugar común expuesto en las imágenes de un juvenilismo siempre solidario o en el vocabulario equívoco de la “liberación”, en esa insatisfacción retorna lo impensado de las fracturas y de esa temporalidad quebrada que emergían en el relato de Terán. El “nuestros” aplicado a los sesenta queda como una indicación abierta y como un interrogante, veinte años después; ya no sólo del lado del objeto (una época) sino sobre todo de los sujetos, los relatos y los proyectos. Finalmente, se trata de una pregunta y de una discusión sobre la actualidad, “nuestra” actualidad problemática, que arrastra viejas y nuevas fracturas, en tiempos en que se hace difícil renovar las esperanzas. □

²⁹ Es el “retorno de lo reprimido”, es decir, “de eso que en un momento dado se había vuelto impensable para que una identidad nueva se tornara pensable”, Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1975, p. 10.

Resumen / Abstract

Los sesenta y los setenta: la historia, la conciencia histórica y lo impensable

El artículo trata sobre la actualidad de los años sesenta y setenta, en la Argentina. No hay una serie única en ese pasado sino eventos, acciones y significaciones que rompen cualquier supuesto de uniformidad. También analiza un vocabulario (“primavera de los pueblos”, “liberación”) para señalar la pluralidad, incluso la discordancia de sentidos. Una relectura de *Nuestros años sesentas*, de Oscar Terán, permite explorar en esa época la penetración de diversos tiempos y una dimensión de conflictos y fracturas, alejada de los lugares comunes de la aventura juvenil y los equívocos de la “liberación”.

Palabras clave: Argentina - historia - 1960-1970

Fecha de recepción del original: 16/10/2010

Fecha de aceptación del original: 15/2/2011

The sixties and seventies: history, historical consciousness and the unthinkable

The present article discusses the actuality of the sixties and seventies in Argentina. There is not a single series in this past but events, actions and meanings that break up any presupposed uniformity. It also analyzes a vocabulary (“springtime of peoples”, “liberation”) to mark plurality, and even the mismatching of meanings. A rereading of Oscar Terán’s *Nuestros años sesenta*, allows an exploration of this epoch which highlights the penetration of different times and a dimension of conflicts and fractures, avoiding such clichés as “the juvenile adventure” and the equivocal understandings of “liberation.”

Keywords: Argentina - history - 1960-1970

La recepción de la Idéologie en la Universidad de Buenos Aires

*El caso de Juan Manuel Fernández de Agüero (1821-1827)*¹

Mariano Di Pasquale²

Universidad Nacional de Tres de Febrero/CONICET

Estudiar el itinerario que recorre una forma de pensamiento es una tarea compleja. Requiere ajustar metodologías para aproximarnos a recuperar el contexto de producción, el espesor social de los discursos. Entender, en este caso, el desplazamiento que se produce de un escenario emergente a un campo receptor. Identificar los significados posibles en un texto y tratar de reconstruir a través del vocabulario puesto en juego las intencionalidades de los actores. Observar —como señala Quentin Skinner— qué es lo que un actor hace al decir lo que dice en el contexto en que lo dice.³

Siguiendo de cerca estos planteos, este artículo examina el proceso de recepción, apropiación y difusión de la *Idéologie*, particularmente la presencia de Destutt de Tracy, en el espacio público bonaerense durante la época rivadaviana. El análisis se centra en el estudio de los textos empleados por Juan Manuel Fernández de Agüero para la cátedra de Filosofía dictada en la Universidad de Buenos Aires entre 1822 y 1827. El alcance temporal está acotado a su labor académica, la que a su vez coincide con el inicio de la gestión de Rivadavia como ministro de Gobierno del gobernador Martín Rodríguez, y su posterior desvinculación pública producida tras su fugaz presidencia.

La literatura tradicional desdibujó la presencia de la *Idéologie*, pues diferentes autores se posicionaron a priori según su afinidad o antipatía respecto del proyecto rivadaviano.⁴ Es a

¹ Este trabajo constituye una parte de mi tesis de maestría presentada en la Universidad Nacional de Tres de Febrero en octubre de 2008. Agradezco con especial mención a mi director de tesis, Jaime Peire, quien me ha brindado una gran generosidad en sus devoluciones y correcciones. También deseo retribuir a los integrantes de aquel tribunal, Beatriz Dávila, Gustavo Paz y Jorge Gilbert, por los comentarios propuestos, que he tenido en cuenta para el presente artículo. Además, reconozco con suma gratitud a Marcela Ternavasio, Fabián Herrero, Mariano Plotkin y Klaus Gallo por los consejos y los constantes intercambios. Finalmente, quisiera destacar el apoyo de la beca otorgada por el CONICET y el de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

² Actualmente doctorando en Historia en cotutela por la Université Denis Diderot, París, 7 y la Universidad Nacional de Tres de Febrero. E-mail: mariano.dipasquale@gmail.com

³ Quentin Skinner, "Significado y comprensión en la historia de las ideas", en Q. Skinner, *Lenguaje, política e historia*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2007, pp. 109-164.

⁴ Véase Juan María Gutiérrez, *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza superior en Buenos Aires*, 1868, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998, pp. 101-104; José Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, vol. 14, Buenos Aires, Ediciones L. J. Rosso, 1937, pp. 170-230; Paul Groussac, *Estudios de historia argentina*, Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1918; Rómulo Carbia, "Los clérigos Agüero en la historia argen-

partir de estudios recientes, como los trabajos de Klaus Gallo y Jorge Myers, que se plantearon nuevos enfoques explicativos. El primero matiza el rótulo “liberal”, usado generalmente para designar a las corrientes intelectuales presentes en esta época. Al mismo tiempo, demuestra que la *Idéologie* se encuentra articulada a la búsqueda de legitimidad política del modelo republicano de gobierno.⁵ El segundo aborda la conexión entre el discurso de Fernández de Agüero y la reforma eclesiástica de 1822.⁶ Retomando dichos aportes, deseo profundizar un aspecto poco explorado: el enfoque ideologicista de Fernández de Agüero con especial atención en el contraste que tuvo su reformulación de contenidos en el área filosófica respecto al tipo de educación anterior.

La cuestión es mostrar cómo Fernández de Agüero, al apropiarse de un discurso ideologicista en la tendencia representada por Destutt de Tracy, buscó reemplazar la filosofía escolástica asociada a las viejas enseñanzas coloniales. En tal sentido, analizamos aquellos conceptos elaborados por Destutt de Tracy en su teoría política-filosófica que se reflejaron en las ideas que Fernández de Agüero introdujera en sus discursos educativos en pos de emplazar una matriz filosófica moderna anclada en el lenguaje ideologicista.

A su vez, la utilización del discurso traciiano se articuló fuertemente con el contexto político de las reformas rivadavianas. De esta manera, las medidas reformistas y los contenidos educativos propuestos por Fernández de Agüero se entrecruzan con las concepciones filosóficas de Destutt de Tracy. Desde tal perspectiva, la difusión de la *Idéologie* en el espacio porteño no sólo persiguió una función legitimadora del régimen político republicano y/o de la reforma eclesiástica, sino que además proyectó un propósito innovador: imponer una educación filosófica ideologizada acorde con los lineamientos republicanos del nuevo gobierno.

I. Destutt de Tracy en Buenos Aires. La recepción de la *Idéologie* durante la época rivadaviana

La *Idéologie* como movimiento intelectual ha tenido escaso tratamiento en los manuales de historia del pensamiento político y en las historias de las filosofías. Tampoco existen demasiados libros o artículos específicos que se refieran exclusivamente al estudio de esta escuela francesa. Sin embargo, no buscamos responder a las causas de las limitadas referencias o pro-

tina”, *Humanidades*, Universidad de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1936, vol. xxv, pp. 361-368; Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1983, pp. 151-198; Jorge R. Zamudio Silva, “Prólogo”, en J. M. Fernández de Agüero, *Principios de Ideología Elemental, Abstractiva y Oratoria*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1940, vol. I, pp. 9-124; Delfina Varela Domínguez de Ghioldi, *Filosofía argentina. Los ideólogos*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1938, pp. 47-121; Ricardo Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo*, 2 vols., Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1943, y Ricardo Levene, *Historia de las ideas sociales argentinas*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947, pp. 66-87.

⁵ Klaus Gallo, “¿Reformismo radical o liberal?: La política rivadaviana en una era de conservadurismo europeo. 1815-1830”, *Investigaciones y Ensayos*, Academia Nacional de la Historia, N° 49, 1999, pp. 287-313; del mismo autor, “En búsqueda de la ‘República ilustrada’. La introducción del utilitarismo y la *Idéologie* en el Río de la Plata a fines de la primera década revolucionaria”, en F. Herrero (comp.), *Revolución, política e ideas en el Río de la Plata durante la década de 1810*, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2004, pp. 85-100.

⁶ Jorge Myers, “Las paradojas de la opinión. El discurso político rivadaviano y sus dos polos: el “gobierno de las Luces” y “la opinión pública, reina del mundo”, en H. Sabato y A. Lettieri (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, FCE, 2003, pp. 75-95.

ducciones sobre el tema, sino más bien esbozar algunos de sus rasgos y su proyección en el espacio público bonaerense en el contexto rivadaviano.⁷

Si la categoría “Ilustración” aparece actualmente reinterpretada a modo de “ilustracione[s]”, dando a entender la heterogeneidad y la amplitud conceptual de los autores que la conformaron, la *Idéologie* puede pensarse en la misma clave,⁸ más cuando ésta emerge como una filosofía ligada a esos tipos de “iluminismos”. Además de las deudas teóricas que pueden detectarse entre ambas, la conexión se asienta en la continuidad del espíritu crítico que interpelaba constantemente al mundo político y cultural heredado.

Por otro lado, esta corriente representaría la culminación de algunas de las ramas de esas “ilustraciones”. En este sentido, algunos autores consideran que su enfoque biologicista de las capacidades humanas proyecta una conexión posterior con el positivismo de Auguste Comte.⁹ Otros, en cambio, señalan que en sus principios políticos más moderados yacen los fundamentos del liberalismo político francés.¹⁰

La Ideología, pues, es una corriente de filosofía francesa de fines del siglo XVIII, de unos hombres que se llamaban a sí mismos *idéologues*. El término deriva de la voz *idéologie* –la ciencia de las ideas– atribuido a Destutt de Tracy.¹¹ Durante la época napoleónica, aquél será suplantado por el de *idéologues*, que reflejaba una connotación despectiva.¹² Este movimiento abarca a un conjunto de pensadores muy diversos tales como Condorcet, Condillac, Siéyes, Daunou, Volney, De Tracy, Cabanis, La Romiguière, entre otros. Si bien existen distintos matices entre los integrantes, es cierto que todos ellos parten de un mismo fondo teórico: la idea de Condillac de reducir todo el conocimiento humano a las impresiones sensitivas.¹³ Así, se nuclearon en torno a una teoría sensualista del conocimiento en la que la premisa básica es

⁷ Sobre la *Idéologie*, véase François Picavet, *Les Idéologues, essai sur l'histoire des idées et des théories scientifiques, philosophiques, religieuses, etc. France depuis 1789*, París, Félix Alcan, 1891; Georges Gusdorf, *La conscience révolutionnaire, les Idéologues*, París, Payot, 1978; Cheryl B. Welch, *Liberty and utility. The French Idéologues and the transformation of liberalism*, Nueva York, Columbia University Press, 1984. Más recientemente, Brain William Head, “Destutt de Tracy: Ideology, language, and the critique of metaphysics”, en H. Bloom (ed.), *French prose and criticism, 1790 to World War II*, Nueva York, Chelsea House Publishers, 1985, pp. 7-34; Joseph Byrnes, “Chateaubriand and Destutt de Tracy: Defining religious and secular polarities in France at the beginning of the nineteenth century”, *Church History*, vol. 60, N° 3, 1991, pp. 316-330; María Luisa Sánchez-Mejía, “La teoría política de los ideólogos. Estudio preliminar”, *Textos políticos de los ideólogos*, Madrid, Centro de estudios políticos y constitucionales, 2004, pp. XI-XXXVIII.

⁸ Roger Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, 1991, p. 224; Robert Darnton, *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*, México, FCE, 2008, pp. 49-50.

⁹ François Picavet, *Les idéologues...*, op. cit., pp. 368-369.

¹⁰ Cheryl B. Welch, *Liberty and utility...*, op. cit., p. 98; María Luisa Sánchez-Mejía, “La teoría política...”, op. cit., pp. XX-XXI.

¹¹ Para Destutt de Tracy, la *Idéologie* se definía *stricto sensu* por ser la *science des idées*. Véase Destutt de Tracy, *Éléments d'Idéologie. Idéologie proprement dite. Première partie*, París, Librairie Philosophique J. Vrin, 1970, Introducción, pp. 4-5. Para el análisis de nuestro trabajo usaremos esta edición más reciente que reproduce textualmente la primera de 1801 al igual que las sucesivas partes de los *Éléments*.

¹² Napoleón dio este nombre peyorativo para designar a estos hombres que se dedicaban a la filosofía, a las ideas –no a la realidad, a las cosas– y que atacaban a su gobierno. De aquí es que emerge cierto sentido negativo del vocablo “ideología” que podría conectarse con el idealismo alemán y con la interpretación marxiana, aunque no podemos establecer una transición directa. Véase Paul Ricoeur, *Ideología y utopía*, Barcelona, Gedisa, 2001, p. 47.

¹³ La obra de Condillac, el *Tratado de las sensaciones*, publicada en 1754, impulsó los principios más generales de los Ideólogos. En ella se sostiene que el conjunto de las facultades del hombre derivan de los sentidos, o, mejor dicho, de las sensaciones. A partir de esta visión, Condillac y los ideólogos se distanciaban de la vertiente cartesiana.

que las ideas, los conocimientos y todas las facultades del entendimiento humano se basan en datos sensoriales.¹⁴

Una vez desatada la Revolución, participaron activamente en la reconstrucción de la nueva vida política. Adhirieron al sistema republicano de gobierno, si bien se distanciaron de los jacobinos durante la época de la Convención por sus excesos políticos y se inclinaron a favor del grupo girondino. La época de mayor protagonismo del grupo se produjo con el advenimiento del Directorio (1795-1799). En las cuestiones políticas apoyaron la separación de la Iglesia y el Estado que se había decretado en febrero de 1795. Los ideólogos defendieron las iniciativas de reducir la influencia de la iglesia tanto en la política como en la educación.¹⁵ Sin embargo, el panorama a su favor se perdió tras el golpe del 18 Brumario y la instalación del Consulado.

La presencia de Napoleón y su posterior proyección como emperador de los franceses, en 1804, abrió una fractura en el grupo. Ante la reconciliación del catolicismo como religión oficial del Estado francés con la firma del Concordato de 1802, los ideólogos comenzaron a ser tratados como furiosos anticatólicos y fueron acusados de destruir la moral del hombre.¹⁶ En 1812 Napoleón decidió prohibir la enseñanza de la *Ideología* en el Instituto de Francia por las críticas a su gobierno, centradas sobre todo en el alejamiento de los ideales republicanos y de los principios fundantes de la revolución.¹⁷ Finalmente, con una Europa asentada en los lineamientos del Congreso de Viena, la *Idéologie* perderá los espacios de influencia.

En el grupo ideologicista se destacó la figura de Destutt de Tracy, quien adquirió gran protagonismo a partir de la época consular e imperial.¹⁸ Tracy logró sistematizar y difundir las concepciones del movimiento a partir de la publicación de su *Éléments d'Idéologie*, de la que aparecieron sucesivamente cuatro partes: *Ideología* (1801), *Gramática general* (1803), *Lógica* (1805) y *Tratado sobre la voluntad* (1815), seguramente su obra más difundida en Francia y en América.¹⁹ Su concepción estuvo centrada en desarrollar una ciencia moderna basada en una lógica racional y separada de la metafísica escolástica, a la que asociaba con el poder absolutista.

¹⁴ Mostafa Rejai, "Ideology", en P. P. Wiener (ed.), *Dictionary of the History of ideas: Studies of selected pivotal ideas*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1973-1974, vol. II, p. 554.

¹⁵ Brain William Head, "Destutt de Tracy: Ideology...", *op. cit.*, p. 27.

¹⁶ *Ibid.*, p. 28.

¹⁷ Joseph Byrnes, "Chateaubriand and Destutt de Tracy...", *op. cit.*, pp. 324-325; Brain William Head, "Destutt de Tracy: Ideology...", *op. cit.*, p. 29.

¹⁸ Antoine Louis Claude Destutt, conde de Tracy, nació en París en 1754 y murió en 1836. Recibió una educación universitaria en Estrasburgo acorde a su rango aristocrático. Luego, ingresó al ejército realizando una carrera militar que lo llevó a obtener el grado de jefe de caballería del ejército del general Lafayette. En 1789 desempeñó el cargo de diputado en los Estados Generales en representación de la nobleza, y fue un activo entusiasta de la Revolución hasta su paso a la época del Terror en 1792. A pesar de su defensa del republicanismo, fue un crítico del gobierno de Robespierre. Se salvó de la guillotina tras el golpe de Termidor en 1795, que originó la caída de la Convención. Durante el Directorio, participó de la vida política como miembro activo del Senado. Véase François Picavet, *Les idéologues...*, *op. cit.*, pp. 293-351; Cheryl B. Welch, *Liberty and utility...*, *op. cit.*, pp. 1-43.

¹⁹ Manual obligatorio en las escuelas de instrucción pública. Este texto se difundió ampliamente por Francia. A partir de 1820 se divulgó especialmente en Italia, Rusia e Inglaterra. También llegó a España, por primera vez en 1803, a través de la traducción de la revista *Variedades de Ciencia, Literatura y Artes*, aunque es a partir del *Trienio liberal* en 1821 cuando aparecen varias traducciones de los *Elementos de Ideología*. Véase María Luisa Sánchez-Mejía, "La teoría política...", *op. cit.*, pp. xxxi-xxxii. En América, Welch indica "[...] Tracy became extremely popular in Brazil and Argentina, while 'ideology' became the official philosophy of the state schools in Bolivia in the 1820s and '30s", Cheryl B. Welch, *Liberty and utility...*, *op. cit.*, p. 156. Agreguemos que escribió otras obras de gran trascendencia como el *Comentario al Espíritu de las leyes de Montesquieu*, publicado por primera vez en los

Mientras que la Europa de la Restauración daba la espalda a los ideólogos, la región del Río de la Plata se ofrecía como un lugar abierto y fértil para experimentar sus concepciones. Un espacio que tras la declaración de la independencia y las guerras libradas a tal efecto se encontraba en proceso de reorganización de la vida política y, en consecuencia, con una dirigencia que se interesó en sus principios y objetivos, para sustentar un nuevo proyecto de organización.

La caída del sistema político directorial como consecuencia de la batalla de Cepeda, en febrero de 1820, causó la pérdida del control de Buenos Aires sobre el resto de las provincias interiores. En los años siguientes, las Provincias Unidas del Río de la Plata carecieron de un poder político centralizado. El ascenso de los poderes provinciales se concretó con la consolidación de autonomías políticas, asentadas en el dictado de constituciones en varias de ellas, y con la aparición de caudillos que manifestaban las aspiraciones de los poderes regionales. Buenos Aires, derrotada y humillada, resignó las ansias de un control social y político más englobador que había caracterizado la llamada “carrera de la revolución” de la época directorial,²⁰ y marchó hacia una organización de sus propios andamiajes institucionales, en un contexto en que las condiciones de gobernabilidad eran por cierto críticas.²¹

Con la gestión de Martín Rodríguez se plasmó un diseño del espacio político basado en el modelo republicano y representativo de gobierno, para lo cual fue necesario introducir nuevos mecanismos institucionales.²² Asimismo, se ampliaba la frontera política al incluir el territorio provincial. Paralelamente a la conformación de este nuevo orden político, Bernardino Rivadavia, ministro de gobierno de Martín Rodríguez, implementó un abanico de reformas institucionales –en lo económico, lo religioso, lo educativo, lo cultural y lo militar–. El objetivo era establecer las bases para la organización de un Estado moderno afín a las concepciones ilustradas y republicanas de la época, para lo cual se debía consolidar una nueva cultura política.

Según Marcela Ternavasio, en la provincia de Buenos Aires el proceso histórico comprendido entre 1820 y 1824 constituyó un espacio de experimentación de ensayos políticos con el objetivo de superar el fantasma de la “anarquía” del año 20, y terminar con las recurrentes crisis de gobernabilidad.²³ Esta noción de “laboratorio político” nos resulta sugerente para delinear algunos rasgos del marco histórico en que se recibió la *Idéologie*.

La constitución de un poder provincial basado en la forma republicana de gobierno llevó a la elite gobernante a procurarse sustentos ideológicos para adquirir legitimidad política. Si

Estados Unidos en 1811, por su amigo Thomas Jefferson, que aparecerá en Francia hacia 1819. También escribió, en 1822, un *Tratado de economía política*, entre otras obras destacadas.

²⁰ Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1979, p. 353.

²¹ Hacia 1820 se producen una serie de movilizaciones de sectores sociales para la obtención del poder provincial que promovió la denominada “anarquía de los años 20”, indicando la inestabilidad en la conducción política de la provincia. Véase Gabriel Di Meglio, *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la revolución de mayo y el rosismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2006, pp. 181-219.

²² En 1821 se dictó la ley electoral y el derecho al voto “universal”, que incorporaba a la campaña bonaerense. El derecho al sufragio junto a un régimen de elección directa de diputados a la Sala de Representantes –Poder Legislativo provincial creado en 1820 y encargado de designar al gobernador– originó una nueva concepción de la relación entre gobernantes y gobernados.

²³ Marcela Ternavasio, *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, pp. 54-73.

bien la crisis del orden colonial español despertó en la elite rioplatense un mayor interés por las obras de los ilustrados, el mismo habría de incrementarse con la crisis del poder central, en 1820. Al respecto, Klaus Gallo indica que “fue especialmente a partir de su encuentro con Bentham y Tracy, que Rivadavia comenzaría a trazar los principales lineamientos del modelo de gobierno y sociedad republicana que intentaría poner en marcha al regresar a la política porteña”.²⁴ También Jorge Myers ve traslucirse esta intención de la elite rivadaviana, pero la lleva más lejos. Su expresión “movimiento renovador cultural rivadaviano”, derivado del concepto de “formación cultural” de Raymond Williams refleja que el grupo rivadaviano no sólo diseñaba estrategias discursivas para aplicar a su accionar político, sino que concebía la necesidad de transformar y elaborar una nueva cultura política.²⁵

Esta apertura cultural también estuvo vinculada con los cambios en la producción y el consumo porteño. A partir de 1820, la provincia experimentó una expansión económica producto de haberse convertido en proveedora de cueros para el mercado ultramarino. Esta situación generó la necesidad de ampliar la frontera ganadera de la provincia. La estancia como unidad productiva se ligó a la aparición de un sector social relativamente nuevo, los hacendados.

El despegue económico de los primeros años de la década de 1820 contribuyó a generar un espacio más intenso para el intercambio de bienes materiales y culturales que la revolución y la guerra habían afectado. Al respecto, señala Alejandro Parada que dentro del comercio ultramarino, la importación de libros europeos contó con un incremento notable, aunque luego quedará restringida por los efectos de la guerra contra el Brasil.²⁶ Este aumento del comercio de libros fue un proceso paralelo a la necesidad de la elite de consumir productos culturales – especialmente libros – para conocer nuevas concepciones a fin de aplicarlas a la reconstrucción de la cultura política preexistente.

Hacia la recepción de Destutt de Tracy

Dentro de las obras que se conocieron en el ámbito bonaerense interesa observar la penetración de aquellas que reflejaron el eco del discurso traciiano. No desconocemos la presencia del utilitarismo inglés ni la del pensamiento doctrinario francés, pero no nos ocupamos de ellos en este artículo.²⁷ En principio, resulta conveniente indicar que en la atmósfera intelectual rioplatense

²⁴ Klaus Gallo, “En búsqueda...”, *op. cit.*, p. 90.

²⁵ Jorge Myers, “Las paradojas de la opinión...”, *op. cit.*, p. 77. También del mismo autor “La cultura literaria del período rivadaviano: saber ilustrado y discurso republicano”, en F. Aliata y M. L. Munilla Lacasa (comps.), *Carlo Zucchi y el neoclasicismo en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Instituto de Cultura Italiana de Buenos Aires/Eudeba, 1998, p. 32.

²⁶ Alejandro Parada, “El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia. Una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828)”, *Cuadernos de Bibliotecología*, N° 17, Universidad de Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, 1998, p. 12.

²⁷ Para el primero, véase Jonathan Harris, “Bernardino Rivadavia and Benthamite Discipleship”, *Latin American Research Review*, vol. 33, n° 1, 1997, pp. 137-158; Klaus Gallo, “Jeremy Bentham y la ‘Feliz Experiencia’. Presencia del utilitarismo en Buenos Aires (1821-1824)”, *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, N° 6, 2002, pp. 79-96; Beatriz Dávila, “De los derechos a la utilidad: el discurso político en el Río de la Plata durante la década revolucionaria”, *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, N° 7, 2003, pp. 73-98. Para el segundo, véase José Mariluz Urquijo, “Manuel José García: un eco de Benjamín Constant en el Plata”, *Journal of Inter-American Studies*, vol. 9, N° 3, 1967, pp. 429-440; Mario Belgrano, *Benjamín Constant: y el constitucionalismo argentino*, Buenos Aires, Instituto de Historia Argentina Doctor Emilio Ravignani, 1961; María Luisa Sánchez-Mejía, *Benjamín Constant y la cons-*

muchos de estos autores franceses seguramente fueron incluidos dentro de la corriente ilustrada: a la confusión generada por el problema de la transferencia de un contexto original de producción a otro receptor, habría que agregar la difícil diferenciación teórica entre ambas corrientes.

Advertir la distancia temporal y conceptual entre un Montesquieu y un Tracy en el Río de la Plata era una operación delicada.²⁸ Aunque es muy probable que una porción de la elite rivadaviana haya captado sus diferencias.²⁹ Por el contrario, más dificultoso era percibir los distintos matices dentro del mismo movimiento ideologicista.

De la corriente ideologicista, las obras de Condillac, Condorcet, Daunnou, Destutt de Tracy y Cabanis fueron las más divulgadas en la escena local.³⁰ No obstante, la vertiente de Destutt de Tracy encontró una identificación más perceptible hacia la década de 1820 y, por lo tanto, cobró mayor interés y familiaridad entre los hombres del círculo rivadaviano y en la cultura política en general.

Un antecedente, no muy apuntado por la historiografía, es la obra de Felipe Senillosa publicada en 1817, en cuyo prólogo el autor menciona a Destutt de Tracy.³¹ Otra referencia relevante la constituye el libro *Curso Filosófico*, de Juan Crisóstomo Lafinur, difundido en sus clases de filosofía en el Colegio de la Unión del Sud hacia 1819.³² Se trata del primer texto que difunde con mayor presencia los principios de Condillac, Destutt de Tracy y Cabanis. Sin entrar en sus detalles, pero es significativo apuntarlo, aparece la polémica que produjo la introducción de este nuevo tipo de enseñanza impulsada por Lafinur.³³ La difusión de los saberes ideologicistas a través de Lafinur indica que la circulación de estas nociones en el ámbito educativo es anterior al momento rivadaviano.³⁴

trucción del liberalismo posrevolucionario, Madrid, Alianza, 1992; Darío Roldán, “La inflexión inglesa del pensamiento francés (1814-1848)”, *Estudios Sociales*, Año xiv, N° 26, primer semestre de 2004, pp. 119-142.

²⁸ La noción del *Copyright* todavía es prematura en Europa. Aparece definida a mediados de 1820 y, por lo tanto, existe cierta vaguedad de la función de autor en autores anteriores. Véase Roger Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 58-98.

²⁹ La crisis de la monarquía española en América y el proceso de desintegración de la estructura colonial que tiene como fin el ciclo revolucionario y las guerras de independencia producen un sentido de toma de conciencia en la cual las obras de los autores ilustrados dejan de ser objetos exóticos para convertirse en asuntos de interés general. Hasta ese momento, el proceso de incorporación del discurso ilustrado se producía a través de un reformismo de pasos graduales dentro de la propia cultura eclesiástica. Pero a partir de 1820, la elite rivadaviana busca crear un espacio crítico fuera del alcance religioso. Esto supone un plan reformista más radical, para lo que se hace necesario el conocimiento y la distinción más exacta de los autores extranjeros. Véase José Carlos Chiaramonte, *La ilustración en el Río de la Plata. Cultura eclesiástica y cultura laica durante el virreinato*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007; Jaime Peire, *El taller de los espejos. Iglesia e imaginario. 1767-1815*, Buenos Aires, Claridad, 2000, y Roberto Di Stefano, *El púlpito y la plaza. Clero, sociedad y política de la monarquía católica a la república rosista*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2004.

³⁰ Delfina Varela Dominga de Ghioldi, *Filosofía argentina...*, op. cit., p. 62; Alejandro Korn, *Influencias filosóficas...*, op. cit., pp. 151-166.

³¹ Felipe Senillosa, *Gramática española o principios de la gramática general, aplicada a la lengua castellana*, Buenos Aires, Imprenta de los niños Expósitos, 1817. En Biblioteca Nacional, Sala Tesoro, N° de referencia: 3A 054412.

³² El *Curso Filosófico* de Lafinur se ha recuperado gracias a la labor que realizó Juan María Gutiérrez en 1868. Luego fue ampliado por Delfina Varela Domínguez de Ghioldi en 1938.

³³ Las polémicas entre Lafinur y Achega –rector del colegio– se reproducen en *El Americano*, N° 27 y 28, 1819. Las polémicas entre Lafinur y el padre Castañeda están en Juan María Gutiérrez, *Noticias históricas...*, op. cit., pp. 122-123.

³⁴ Para profundizar este asunto, véase Klaus Gallo, “A la altura de las luces del siglo: el surgimiento de un clima intelectual en la Buenos Aires posrevolucionaria”, en C. Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, vol. 1, J. Myers (ed.), Madrid, Katz, 2008, pp. 184-204.

Por otro lado, es difícil precisar cuáles fueron los textos de Tracy que tuvieron presencia en el espacio bonaerense. Los testimonios que se han relevado no son suficientes para realizar una reconstrucción más detallada. Se conoce que tanto los *Elementos de Ideología* como el *Tratado de Economía política* adjudicados a Tracy en las versiones originales se encontraban alojados en la biblioteca particular de Rivadavia.³⁵

Se vislumbra el acceso de los libros de Tracy a través de la publicidad que realizaban las librerías de Buenos Aires en la prensa. Especialmente, Alejandro Parada ha profundizado en el estudio de la venta de libros en esta época a través de los anuncios aparecidos en *La Gaceta*. A partir de los datos que éste suministra, se ha detectado que hacia 1825, en la librería *Dana y Carman*, se vendían ejemplares de Destutt de Tracy al público interesado en estas lecturas.³⁶

Durante la gobernación de Martín Rodríguez (1821-1824), seguida por la de Las Heras (1824-1825), la presidencia de Rivadavia (1826-1827) y la gobernación de Dorrego (1827-1828), circularon los manuales de filosofía que confeccionó Juan Manuel Fernández de Agüero para su materia en la Universidad de Buenos Aires. La aparición de estos escritos pedagógicos es un indicio para sostener que la presencia y la circulación del discurso traciano iban recogiendo mayor presencia en aquellos momentos. En ellos existen reiteradas menciones a este autor en particular y hasta citas textuales de sus libros. Las continuas referencias explícitas permiten inferir que el profesor examinó directamente las obras de Tracy, en particular los *Éléments d'idéologie*.³⁷

Este tipo de recepción hace pensar que Destutt de Tracy fue conocido especialmente a través de este tipo de relecturas y de su inmediata repercusión en la prensa escrita, más que por el acceso directo a sus obras. Se registran diversas referencias en periódicos de la época tales como *El Centinela*, *El Argos de Buenos Aires* y *Avisador Mercantil*, *La Abeja Argentina*, *El Observador Eclesiástico* y *el Correo Político y Mercantil*.

A estas evidencias de la recepción del discurso traciano debe sumarse la producida mediante los vínculos interpersonales, los viajes y las comunicaciones informales que también reflejan el intercambio y la circulación de saberes. Incluir estos dispositivos ayuda a establecer los motivos que intensificaron este proceso de recepción. Al respecto, resulta de relevancia considerar la correspondencia entre De Tracy y Rivadavia.³⁸

Del intercambio epistolar se desprende un lenguaje de naturaleza coloquial que remite a un conocimiento previo y personal producto de la estadía de Rivadavia en Francia en años anteriores.³⁹ En esa oportunidad, se conformaron una serie de contactos y redes sociales que

³⁵ En la obra de Ricardo Piccirilli se registra el listado de libros de la biblioteca de Bernardino Rivadavia. Véase Ricardo Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo...*, op. cit., vol. II, pp. 606-621. Los títulos de estos textos de Tracy aparecen en su original por lo que se deduce que la posibilidad al acceso de la lectura fue a través de las primeras ediciones y no por las traducciones españolas aparecidas más tarde. No obstante, las bibliotecas como objeto de estudio son señales que nos sirven para ubicar un texto específico en un momento dado, pero sólo hasta aquí se puede avanzar.

³⁶ Estos textos son *El Comentario sobre el Espíritu de las leyes de Montesquieu* y el *Tratado de Economía política*. Véase Alejandro Parada, "El mundo del libro...", op. cit., p. 24.

³⁷ Fernández de Agüero sostiene con respecto a los *Éléments d'idéologie*: "Ya en la primera lectura rápida que habíamos hecho de esta obra le habíamos notado [...]". Véase Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principio de Ideología...*, op. cit., I, p. 137.

³⁸ La mayoría de las cartas se encuentran editadas en Ricardo Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo...*, op. cit., vols I y II, Apéndices Documentales. Otras, sin editar ni traducir aún, fueron localizadas en el Museo Mitre.

³⁹ Sobre la gestión de Rivadavia y Belgrano en Europa entre 1814 y 1820, véase Klaus Gallo, "En búsqueda...", op. cit., p. 89.

explican la existencia de una comunicación fluida de ideas, noticias y saberes, que se reforzará hacia 1824 cuando Rivadavia regrese a Europa.⁴⁰

Del análisis de la correspondencia se advierte que el discurso traciano estaba ligado a un tema esencial: modernizar la educación porteña. En una de sus cartas, Destutt de Tracy escribe a Rivadavia en los siguientes términos: “A la verdad, es una bella institución la de una cátedra de Economía política y otra de Ideología. En cuanto a esta última yo me considero feliz, si mi obra puede ser de alguna utilidad, entre tanto no aparezca otra mejor”.⁴¹

Estas palabras de Destutt de Tracy indican su satisfacción por la aplicación de su Ideología en la universidad porteña.⁴² El 19 de junio de 1821 Rivadavia fue nombrado prefecto del departamento de estudios preparatorios y desde ese lugar preparó el camino para la institucionalización de la cátedra. Sin embargo, sólo cuando dejó ese cargo para ocupar el ministerio de gobierno, durante la gestión de Martín Rodríguez, el 19 de julio de ese mismo año, pudo concretar su intención. El 9 de agosto firmó junto al gobernador el Edicto de creación de la Universidad de Buenos Aires.

La estructura departamental del nuevo organismo se realizó agrupando distintas instituciones heredadas de la época colonial aunque con modificaciones, entre ellas, la inclusión de la cátedra de Ideología,⁴³ que se incorporó como materia obligatoria del plan de estudios preparatorios y se dictó en el Colegio de Ciencias Morales, que dependía de la universidad porteña.⁴⁴ Asimismo, dentro de la reforma educativa emprendida, la universidad buscó controlar todos los niveles de la educación de la provincia de Buenos Aires, desde los estudios iniciales hasta los niveles superiores de enseñanza.

Para Rivadavia, la enseñanza de la Ideología representaba el intento –al menos– de desarrollar una educación republicana e ilustrada, vestida con el nuevo ropaje del discurso *ideológico* traciano, más profunda que en otros momentos reformadores, con vistas a la transformación y a la formación de una ciudadanía acorde con estas nuevas ideas y prácticas.⁴⁵ Por contraste, las reformas de Gregorio Funes para la Universidad de Córdoba introducidas en abril de 1815, aunque ideadas con un ánimo renovador, no contemplaron un cambio tan profundo en la enseñanza de la filosofía, en la que prevaleció una metafísica tradicional en su forma escolástica.⁴⁶

Pasada la reforma eclesiástica en 1822, Tracy le expresa a Rivadavia que

⁴⁰ Rivadavia articuló una serie compleja de contactos personales y redes sociales que vinculaban la comunicación entre De Tracy y su persona –por ejemplo, José Garmendia, el Duque Varaigne, Valentín Gómez, etc.–, pero reconstruir estas redes excedería el objeto del presente artículo.

⁴¹ Destutt de Tracy a Bernardino Rivadavia, París, 18 de noviembre de 1822, en Museo Mitre, Colección Correspondencia Hombres Públicos Argentinos, A1C22C16 N1, F15925.

⁴² Las primeras iniciativas de fundar una Universidad en Buenos Aires datan de 1771. Pero nunca se plasmaron. Sin embargo, fueron creándose una serie de escuelas y academias dedicadas a distintas disciplinas. Véase Tulio Halperin Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962, pp. 15-34.

⁴³ La Universidad de Buenos Aires quedó organizada en seis departamentos: el de primeras letras, el de estudios preparatorios, el de ciencias exactas, el de medicina, el de jurisprudencia y el de ciencias sagradas.

⁴⁴ Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Sala X, Gobierno, 44-7-21. El Colegio de la Unión del Sur se transformó en el Colegio de Ciencias Morales hacia 1823, anexándose a la Universidad.

⁴⁵ Gregorio Funes, “Plan de Estudios para la Universidad Mayor de Córdoba”, en *Biblioteca de Mayo, Colección de obras y documentos para la historia argentina*, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960, vol II: Autobiografías, pp. 1554-1587.

⁴⁶ Pablo Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 33.

teneis realmente, Señor, un gran interés personal en que vuestros conciudadanos sean bien informados para que puedan apreciar todo lo que os deben. Sin embargo, es sin duda más su interés que el vuestro lo que os hace continuamente acrecentar y esparcir entre ellos las luces. Hallais el medio de haceros ayudar aún por el clero que en todas las otras partes trabajo tan fuertemente en sentido contrario, y al mismo tiempo habeis logrado rendirlo sumiso a la autoridad civil que muy a menudo contraría y pretende dominar.⁴⁷

La intención de Rivadavia –según Tracy– residió en *acrecentar y esparcir las luces entre los ciudadanos*. Una vez dominado el clero, la Universidad de Buenos Aires se convirtió en un agente libre para difundir los nuevos saberes. En el caso de los estudios preparatorios, los conocimientos tricianos debían fijar un nuevo rumbo, desplazando la enseñanza de la filosofía tradicional. En ese sentido, la tarea pedagógica que emprendió el clérigo Juan Manuel Fernández de Agüero podría considerarse como uno de los principales canales de difusión.

II. Destutt de Tracy en la Universidad de Buenos Aires. La apropiación de la *Idéologie* a través de Juan Manuel Fernández de Agüero

El 8 de febrero de 1822 el profesor designado por decreto ministerial de Rivadavia para el dictado de la materia Ideología fue Juan Manuel Fernández de Agüero.⁴⁸ La aprobación de su candidatura comprueba el aval de Rivadavia a la persona del profesor.⁴⁹ Fernández de Agüero asomó en la escena bonaerense hacia 1820, una vez que se le otorgara la ciudadanía. A partir de entonces, desarrolló una gran actividad pública que lo ubicaba próximo al círculo rivadaviano, ejerciendo varios cargos, tales como profesor universitario entre 1822 y 1829, miembro de la Sociedad Literaria y diputado de la Sala de Representantes entre 1823 y 1824.

Su formación inicial escolástica entró en tensión con su apoyo al proceso revolucionario, aunque también ésta habrá sido revisada al contactarse con las concepciones ideologicistas. Fernández de Agüero afirma: “Ya no es dado acudir por luces a esta multitud de filósofos dogmatizantes que por tanto tiempo habían imperado en nuestros liceos”,⁵⁰ lo cual comprueba cierto desplazamiento. La transformación resultó algo traumática: “La jerga escolástica que había corrompido el gusto, y que ya en aquella época, mirándola con ceño había hecho yo el objeto de algunas invectivas, ha llegado después hasta atormentar mi memoria”.⁵¹ Sin embargo, el profesor comenta que “nuestra razón ha recobrado sus derechos: rotas las coyundas del despotismo inquisitorial, puede marchar ufana por las sendas de la verdad en busca de la

⁴⁷ Destutt de Tracy a Bernardino Rivadavia, París, 20 de septiembre de 1823. Reproducida en Ricardo Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo...*, op. cit., Apéndice Documental, I, p. 488.

⁴⁸ AGN, Sala X, Gobierno, 44-7-21

⁴⁹ Juan Manuel Fernández de Agüero nació en Santander, España, hacia 1772, llegó a Buenos Aires con sus padres en 1790. Fue educado en el Colegio de San Carlos y luego se ordenó sacerdote en Chile. Posteriormente, dictó clases de filosofía en esa institución entre 1805 y 1807. A pesar de apoyar el proceso revolucionario, la Asamblea del Año XIII no le concedió la ciudadanía. Para profundizar acerca de la biografía de Fernández de Agüero véase Jorge Zamudio Silva, “Prólogo”, en J. M. Fernández de Agüero, *Principios de Ideología...*, op. cit., I, pp. 11-36; Vicente Osvaldo Cutolo, *Nuevo Diccionario biográfico argentino: 1750-1930*, Buenos Aires, Elche, 1958-1985, III, pp. 54-55.

⁵⁰ Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principios de Ideología...*, op. cit., I, p. 133.

⁵¹ *Ibid.*, p. 134.

verdad misma [...]”.⁵² A partir de su incursión en la universidad porteña en 1822, la vinculación con el proyecto reformista de Rivadavia se estrechó notablemente. Como muestra de ello, basta una lectura atenta de sus manuales de enseñanza.

Principios de Ideología, obra utilizada como manual de la cátedra, fue el resultado de un proceso de circulación de textos fragmentarios manuscritos que el catedrático Fernández de Agüero había confeccionado para que los estudiantes tuvieran una guía o esquema de estudio de sus exposiciones orales.⁵³ Posteriormente, mediante un decreto el gobierno financió la publicación y la primera edición.⁵⁴ La primera parte –*Ideología elemental o Lógica*– apareció en 1824, la segunda –*Ideología abstractiva o Metafísica*– en 1826, mientras que la tercera –*Ideología Oratoria o Retórica*– nunca llegó a publicarse. La edición de estos escritos revela la importancia para la política rivadaviana de difundir a mayor escala una filosofía de tipo ideológico en el ámbito universitario.

Asimismo, conviene subrayar que mientras Fernández de Agüero difundía los saberes tricianos a través de sus *Principios de Ideología* en las aulas universitarias, Pedro Somellera realizaba una operación similar mediante los *Principios de derecho civil*, libro que introducía las premisas utilitaristas de Jeremy Bentham en materia de legislación y que comenzó a circular a partir de 1823.⁵⁵

El primer paso: una lógica sin jerga escolástica

Un primer relevamiento del manual muestra grandes similitudes con la obra de Tracy. Desde el título del texto, la palabra “ideología” aparece como punto de conexión. El cambio semántico no es casual; por el contrario, encierra toda una nueva dimensión de significados. Destutt de Tracy utiliza el término *Ideología* para fundar una nueva ciencia que estudie las ideas dándole un nombre y un método de análisis diferente al de la metafísica habitual.⁵⁶

Al igual que la química se había separado de la alquimia, De Tracy pretende alejarse del concepto tradicional de “metafísica”, considerada, en su visión, el arte de la imaginación. Por esto, presenta una filosofía moderna y científica para diferenciarse de los estudios metafísicos ligados a la antigüedad y al medioevo: “Para hacer realizar grandes progresos a la filosofía racional, y para llevar a su perfección el conocimiento del hombre, era necesario pues adjuntar más ciencia y más reserva a la independencia de los antiguos, y siguiendo a los modernos, poder examinarlo todo y decirlo todo”.⁵⁷

⁵² *Ibid.*, p. 135.

⁵³ Las lecciones comenzaron con la *Ideología elemental o Lógica*, del 14 de marzo de 1822 al 24 de mayo del mismo año; luego, la *Ideología abstractiva o Metafísica*, del 15 de julio de 1822 al 16 de mayo de 1823, y, finalmente, la *Ideología oratoria o Retórica*, desde el 30 de junio de 1823 hasta finalizar el ciclo lectivo.

⁵⁴ AGN, Sala X, Gobierno, 44-7-21

⁵⁵ Esta conexión no es casual. Sobre la conexión teórica entre la *Idéologie* y el utilitarismo inglés véase, sobre todo, Cheryl B. Welch, *Liberty and utility...*, *op. cit.*, pp. 135-153; Beatriz Dávila, “De los derechos...”, *op. cit.*, pp. 73-98, y Klaus Gallo, “A la altura...”, *op. cit.*, pp. 193-198.

⁵⁶ Brian William Head, “Destutt de Tracy...”, *op. cit.*, p. 7.

⁵⁷ “Pour faire faire de grands progrès à la philosophie rationnelle, et pour porter à sa perfection la connaissance de l’homme, il fallait donc à l’indépendance des anciens joindre plus de science et plus de réserve, et en observant comme les modernes, pouvoir tout examiner et tout dire”, en Destutt de Tracy, *Éléments d’Idéologie. Grammaire. Deuxième partie...*, *op. cit.*, p. 10.

Siguiendo estas conjeturas, entonces, el reemplazo de la denominación de “filosofía” por “Ideología” en el texto que será empleado en el marco de la universidad porteña implica no menos que pensar a esta materia como un *corpus* científico moderno, propulsor de una filosofía que aparece diferenciada de los métodos escolásticos de enseñanza, considerados productos educacionales del poder absolutista. Puede advertirse que en ambos casos se expone un *extrait raisonné* al final de cada una de las partes de la obra. Evidentemente, dicho “extracto analítico” asume un carácter mnemotécnico y pedagógico. La sinopsis y la repetición de argumentos tienen por objeto perpetuar los nuevos principios simplificando los enunciados más prolongados del cuerpo principal del texto. En este caso, Fernández de Agüero continúa la línea de Tracy: los *Elementos* se destinan especialmente al uso de los colegios centrales.⁵⁸ La educación es el vehículo adecuado para promover la implantación de la *Ideología* como ciencia del conocimiento y la manera por la cual se dejarían atrás los pensamientos imprecisos y abstractos de la enseñanza religiosa: “Solamente es necesario partir de lo que conocen, tomarlos en el punto donde se encuentran, y sobre todo no comenzar por querer definir los términos más generales y los más abstractos”.⁵⁹

El profesor subraya la necesidad de establecer una nueva forma de pensar. Los juicios que elaboran los hombres deben separar aquellos presupuestos anclados en fuentes no verificables de los que se inclinan a establecerse bajo los parámetros de las luces. Es por esto que recomienda abandonar las ideas teológicas cuyas fuentes son abstractas y puramente metafísicas en el modo de argumentar:

Y a la verdad, si nos avanzamos a juzgar de las *cosas abstractas* sin tener ideas claras y distintas de ellas, como sucedía en otros tiempos respecto a opiniones teológicas y a discusiones demasiado metafísicas; y de las *cosas de hechos* sin pruebas algunas convincentes y sólidas, como acontecía respecto a causas y efectos, a hipótesis y sistemas, y a hechos históricos ¿qué fruto cogeremos sino errores, montón de errores?⁶⁰

Nótese que tanto las *cosas abstractas* como las *cosas de hechos* deben estar sujetas a la transparencia que otorga el uso de la razón a través de los argumentos o de la validación a través de pruebas empíricas. Sin embargo, es importante comprender que la apropiación que realiza Fernández de Agüero no resulta en todos los casos una continua adaptación o imitación.

Fernández de Agüero expresa que “Destutt añadirá algún caudal a nuestras propias observaciones para llenarle; y tendrá la bondad de sufrir nuestra crítica cuando lo creamos justa y conveniente a nuestro objeto”.⁶¹ Estas críticas apuntan sobre todo a dos cuestiones fundamentales: por un lado, la iniciación demasiado temprana de los jóvenes en estudios más avanzados, por otro, el uso de los denominados *sortes*, que Destutt de Tracy proponía como la forma válida de las demostraciones. En el primer caso, Fernández de Agüero altera el orden de las partes de los *Éléments d'idéologie* de Tracy. Mientras que para este último la Ideología debe ser lo

⁵⁸ *Ibid.*, Avertissement, p. vi.

⁵⁹ “Seulement il faut partir de ce qu'ils connaissent, les prendre au point où ils sont, et sur-tout ne pas commencer par vouloir leur définir les termes les plus généraux et les plus abstraits”, en Destutt de Tracy, *Éléments d'Idéologie. Idéologie proprement dite...*, *op. cit.*, p. 10.

⁶⁰ Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principios de Ideología. Ideología elemental...*, *op. cit.*, I, p. 174.

⁶¹ *Ibid.*, p. 138.

primero en explicarse, para el profesor constituye un grado de dificultad superior y decide trastocar el orden. En este sentido, su *Principios de Ideología* difiere de los *Éléments d'idéologie*, ya que se inicia con la Lógica, luego la Metafísica –ideología–, y, finalmente, la Retórica.

En el segundo asunto, Fernández de Agüero rescata el silogismo ya que “El mérito que adquirió este por la exactitud y precisión con que hace sentir la conexión de las ideas, dio sin duda motivo a que se aplicase en las materias evidentes, y se entendiese por dialéctica toda la lógica”.⁶² En cambio, Destutt de Tracy considera que la forma silogística era precaria y arcaica.⁶³

Estas críticas podrían interpretarse en tres direcciones. La primera, considerar que su formación religiosa y teológica aún tenía cierto peso y, efectivamente, creía que esas consideraciones tracias eran equivocadas. La segunda, que se sintiera ligado a un pensamiento ilustrado-ideologicista, pero por temor a sanciones o represalias de las jerarquías eclesiásticas sometió a crítica algunas de las partes de Tracy, lo cual lo habría llevado a ejercer la autocensura para protegerse. Se podría decir que midió sus palabras.⁶⁴ La tercera posibilidad se asienta en la no consideración de una contradicción en las ideas de Tracy y su formación tradicional, lo que reflejaría una compleja superposición del ideario cristiano con el ilustrado-ideologicista.⁶⁵ Sea cual fuere, Fernández de Agüero reelaboró un lenguaje ideologicista, cargado de nuevos significados que circularon por el espacio universitario y que provocaron una mutación de conceptos en la enseñanza filosófica.⁶⁶

En las cuestiones de lógica, la apropiación que realiza Fernández de Agüero de las nociones de Destutt de Tracy no es tan directa. Pero mientras que en la *Lógica* manifiesta una actitud precavida o reservada con respecto a De Tracy, no lo hace así en su segundo tomo, denominado *Ideología Abstractiva o Metafísica*, en el que continúa casi todos los lineamientos de este último.

El segundo intento desescolastizador: una metafísica ideologizada

Las cuestiones metafísicas que presenta Fernández de Agüero se configuran a partir de una aplicación más ligada a la Ideología tracia. Estos nuevos saberes rompen con la visión estática que tiene por fundamento la educación escolástica-tomista, donde nada debe cambiar y menos las cuestiones religiosas. Siguiendo las afirmaciones de su Lógica, establece un perfil más radical de lo que se debe estudiar en la nueva metafísica.

⁶² *Ibid.*, p. 193.

⁶³ Destutt de Tracy, *Éléments d'idéologie. Logique...*, *op. cit.*, p. 219.

⁶⁴ Sobre el tema de la autocensura en el contexto rioplatense véase José Carlos Chiaramonte, *La ilustración...*, *op. cit.*, pp. 33-38.

⁶⁵ Si bien excede el objeto del artículo, es apropiado mencionar que algunos autores han sugerido que la ilustración en el Río de la Plata hasta el período revolucionario era una especie de ilustración *sui generis*, existía una conveniencia de ideas o una refracción de ideas superpuestas. Véase José Carlos Chiaramonte, *La ilustración...*, *op. cit.*, pp. 17-92; Jaime Peire, “Leer la revolución de mayo. Bibliotecas tardocoloniales en el Río de la Plata”, *Eadem Utraque Europa. Revista de Historia Cultural e Intelectual*, Año 4, N° 6, junio de 2008, pp. 107-153. Interesa diferenciar esa ilustración anterior del discurso ideologicista, que evidencia más bien contradicciones y tensiones que confluencias o armonías.

⁶⁶ Al final de su *Lógica*, Fernández de Agüero recomienda *Le ciel ouvert à tous les hommes* de Cuppe, e indica que “Su lectura es propia para despreocupar teológicamente a los imbuídos en el rancio infernal escolasticismo y ascetismo y para prepararlos a un examen filosófico de la religión que profesamos”. Véase Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principios de Ideología...*, *op. cit.*, I, p. 188.

El profesor introduce el mismo supuesto de Destutt de Tracy, para quien las facultades humanas dependen de la diversidad de las impresiones sensibles.⁶⁷ Lo central del pensamiento traciiano radica en que las impresiones se generan en los órganos de los sentidos. Pero, a su vez, estos últimos derivan de las condiciones de nuestro sistema nervioso: “[...] los nervios son en nosotros los órganos de la sensibilidad. Sus principales troncos se reúnen en distintos puntos, y sobre todo en el cerebro, en el cual se pierden y se confunden [...]”.⁶⁸ Fernández de Agüero continúa la misma dirección cuando se pregunta: “¿Y que resta sino concluir con la misma certidumbre que el cerebro digiere en alguna manera las impresiones que practica orgánicamente la secreción del pensamiento? Esto es tan obvio que hasta vulgarmente se dice que quien bien raciocina digiere bien sus ideas”.⁶⁹

Tracy explica el origen de las ideas en relación con el sentido de la percepción. Es más, pensar y sentir son la misma cosa.⁷⁰ De esta manera, se diferencia de la escolástica tradicional, que separaba el mundo material y mental. Para él, existen cuatro clases de impresiones: la percepción, la memoria, el juicio y la voluntad. Todas estas primeras consideraciones se reproducen y se explican detalladamente en el texto de Fernández de Agüero.⁷¹

El estudio de las impresiones sensibles pasa a primer plano porque la fisonomía del mundo “es ya variada: las luces han penetrado hasta estos países lejanos al grito de libertad: y un feliz sacudimiento ha sometido al imperio de la razón las testas mismas coronadas que se habían creído con derecho a sojuzgarla”.⁷² Ese imperio de la razón ha eclipsado el saber monolítico y dogmático impartido por la enseñanza de tipo escolástica. A partir de ese momento, se ha fragmentado el cosmos y la diversidad del mundo asoma. Las miradas para acercarse al verdadero conocimiento se expanden, se pluralizan a través de la razón. Por eso, el uso del raciocinio determinará una guía, un modelo de lo científico, la regla del comprender humano: “La filosofía racional analítica debe partir de los hechos, a ejemplo de todas las partes de la ciencia humana que han adquirido el grado de una verdadera certidumbre”.⁷³

La razón es el punto inicial de ese “nuevo mundo”, de los nuevos tiempos. Aquí existe un punto de conexión con Tracy, para quien el conocimiento del hombre alcanzó a un estadio de inflexión en que la razón “es pues el principio de una era absolutamente nueva en su historia. Esta era es de verdad la era francesa; y ella debe hacernos prever un desarrollo de razón, y un aumento de felicidad”.⁷⁴

⁶⁷ Destutt de Tracy, *Éléments d'Idéologie. Idéologie proprement dite...*, op. cit., p. 390 ; cf. Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principios de Ideología. Ideología Abstractiva...*, op. cit., II, pp. 33-34.

⁶⁸ “[...] les nerfs sont en nous les organes de la sensibilité. Leurs principaux troncs se réunissent en différents points, et sur tout dans le cerveau, dans lequel ils se perdent et se confondent”, en Destutt de Tracy, *Éléments d'Idéologie. Idéologie proprement dite...*, op. cit., p. 30.

⁶⁹ Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principios de Ideología. Ideología Abstractiva...*, op. cit., II, p. 71.

⁷⁰ Destutt de Tracy, *Éléments d'Idéologie. Idéologie proprement dite...*, op. cit., pp. 21-57; véase Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principios de Ideología. Ideología Abstractiva...*, op. cit., II, p. 24.

⁷¹ Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principios de Ideología. Ideología Abstractiva...* op. cit., II, pp. 27-32, 55-64 y 89-104.

⁷² *Ibid.*, p. 106.

⁷³ *Ibid.*, pp. 62-63.

⁷⁴ “[...] est donc le commencement d'une ère absolument nouvelle dans leur histoire. Cette ère est vraiment l'ère française; et elle doit nous faire prévoir un développement de raison, et un accroissement de bonheur”, en Destutt de Tracy, *Éléments d'Idéologie. Grammaire. Deuxième partie...*, op. cit., p. 10.

El desarrollo de la razón no sólo ha descubierto el velo de las nuevas épocas y la multiplicidad del *orbe*, sino que ha generado la posibilidad de separar aquellas cuestiones religiosas de las científicas, el mundo metafísico del mundo real. Aquí comienza a intensificarse el discurso *desescolastizador* de su obra: “La razón es, no hay que dudarlo, el juez supremo en cuyo tribunal se da el fallo inapelable sobre todo género de causas, de cosas, de instancias y procedimientos; como que a ella toca exclusivamente conocer todo género de verdad y de realidad que constituye el universo: a ella toca discernir entre el mundo físico y el imaginario”.⁷⁵

Esta prioridad de la razón, pues, implica una pugna de visiones. Una lucha de las luces contra las sombras: “Dejando que abunden en su sentido los que carecen del bueno, interpelemos a los que a la sombra de la ignorancia y del fanatismo intentan sofocar el brillo de las luces”.⁷⁶ Una vez más, Fernández de Agüero retoma a Tracy, para quien “Los teólogos son filósofos que, como los filósofos antiguos, son muy audaces en suposiciones, y que además pretenden que sus aserciones sean las decisiones del mismo Dios, lo que los antiguos no hacían, y lo que cierra la puerta a todas las investigaciones”.⁷⁷

Teniendo en cuenta que la razón pasa a ser el centro fundamental, ésta también es puesta a examinar los aspectos religiosos. Al respecto, Fernández de Agüero sostiene la necesidad de poner “la filosofía al frente de la religión, sin intervención alguna de poder extraño”.⁷⁸ En su análisis, afirma que “Jesucristo, estableció una religión espiritual, o más bien declaró lo que existía y debe existir en el corazón del hombre. Ella consiste en un amor racional, fuerte y cordial al autor de nuestra existencia, y en un amor a nuestros semejantes como el de nosotros mismos”.⁷⁹ Para el catedrático, este sentimiento racionalizado se fue disipando y desviando hacia el siglo IV, cuando la Iglesia se institucionalizó.

El profesor expone que existe una fuerza que tiende a equilibrar los conflictos internos del hombre. Se trata de la necesidad de *simpatizar*, por la cual entiende cierta inclinación del hombre a tomar parte en los sentimientos de nuestros pares.⁸⁰ Ahora bien, Fernández de Agüero conecta este principio de la simpatía con las enseñanzas de Jesucristo, pero este último ha perdido, en su interpretación, la persona divina: no es más que “el filósofo de Nazaret”.⁸¹

En este tema, el profesor continúa el esquema diseñado por De Tracy, que apuntaba una fuerte crítica a la iglesia católica como institución: ella había obstaculizado y distorsionado el avance del conocimiento racional con la imposición de dogmas y su visión moral del orden humano.⁸² Hasta entonces, según Fernández de Agüero, los errores científicos surgen del beneficio de los sacerdotes y del culto para gobernar sobre una mayoría de hombres. Toda la in-

⁷⁵ Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principios de Ideología. Ideología Abstractiva...* op. cit., II, p. 138.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 134.

⁷⁷ “Les théologiens sont des philosophes qui, comme les philosophes anciens, sont très-hardis en suppositions, et qui de plus prétendent que leurs assertions sont les décisions de Dieu même, ce que les anciens ne faisaient pas, et ce qui ferme la porte à toutes recherches”, en Destutt de Tracy, *Éléments d’Idéologie. Grammaire...*, op. cit., p. 6.

⁷⁸ Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principios de Ideología. Ideología Abstractiva...* op. cit., II, p. 18.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 15.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 144.

⁸¹ *Ibid.*, p. 148; véase Destutt de Tracy, *Éléments d’Idéologie. Traité de la volonté...*, op. cit., pp. 121-130.

⁸² Destutt de Tracy, *Éléments d’Idéologie. Logique...*, op. cit., p. 160. Sin embargo, estos aspectos se encuentran tratados con más profundidad en su *Abrégé de L’Origine de tous les cultes par le citoyen Dupuis et de l’Abrégé qu’il a donné de cet ouvrage*, París, Agasse, 1799. Aquí, Tracy enfatiza una moral privada contraria a la moral barroca que buscaba teatralizarse en el incipiente espacio público.

interpretación que realiza conduce a rescatar el cristianismo de los primeros tiempos. El resto es pura falsedad para controlar las mentes humanas.⁸³

El tercer ensayo ideologicista: una moral fisiológica

La moral que reconstruye el catedrático se origina a partir de una teoría racional apoyada en una base fisiológica, por esto indica que se debe “escuchar a los fisiologistas y abandonar a los teólogos”.⁸⁴ Esta moral racionalizada lo lleva a considerar –al igual que Tracy– que los principios morales deben estar sujetos a la faz privada del hombre. Por eso, el culto, las ceremonias o las fiestas religiosas son inútiles desde el punto de vista moral y religioso, porque la inmateralidad de Dios no precisa demostraciones concretas. Sin embargo, sí constituyen una utilidad para las cuestiones políticas y sociales: “[...] deducimos que en último resultado que el ejercicio del culto externo no es un deber religioso, sino civil y político hacia cierto punto. Toca por lo tanto a la autoridad pública, al gobierno de cada país, modificarle, arreglarle, dirigirle al bien de los súbditos”.⁸⁵

Este intento de desescolastización de la filosofía sale del espacio áulico y lo trasciende hasta alcanzar el terreno de las prácticas políticas. En este aspecto, la conexión con la Reforma eclesiástica de 1822 emprendida por Rivadavia es notable.⁸⁶ Asimismo, estos principios morales adquieren una tendencia ideologicista muy cercana a De Tracy cuando Fernández de Agüero sostiene que

Así pues lo físico y lo moral se confunden en su origen, o por mejor decir lo moral no es otra cosa que lo físico considerado bajo ciertos puntos de vista más particulares. Para la completa inteligencia de esto bastará observar que la vida es un tejido de movimientos ejecutados a virtud de las impresiones recibidas por los diferentes órganos; y que las operaciones del alma o del espíritu resultan igualmente de los movimientos ejecutados por el órgano cerebral; y sus alteraciones de impresiones recibidas y comunicadas por las extremidades sencientes de los nervios en las diferentes partes, o excitadas en este órgano por medios que parecen obrar inmediatamente sobre él.⁸⁷

El giro renovador presente en el pensamiento traciano estriba en que éste presenta la *science des idées* íntimamente ligada a parámetros biologicistas, yendo mucho más lejos que sus pares. En el esquema de las ciencias modernas que diseña Tracy, la Ideología ocupa un nivel intermedio por debajo de la Zoología.⁸⁸ La subordinación de la Ideología como rama de la Zoología

⁸³ Fernández de Agüero indica “Ved ahí en el bosquejo la degradación de un pueblo sometido ciegamente a las ideas teológicas, a las ideas más groseras y más falsas que inventara la astucia de unos pocos sobre la libertad de muchos”, en Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principios de Ideología. Ideología Abstractiva... op. cit.*, II, p. 151.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 139.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 158.

⁸⁶ Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina*, Buenos Aires, Grijalbo, 2000, pp. 204-217; Roberto Di Stefano, *El púlpito y la plaza...*, *op. cit.*, pp. 191-237.

⁸⁷ Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principios de Ideología. Ideología Abstractiva... op. cit.*, II, pp. 29-30.

⁸⁸ Tracy indica que “On n’a qu’une connaissance incomplète d’un animal, si l’on ne connaît pas ses facultés intellectuelles. L’Idéologie est une partie de la Zoologie, et c’est sur-tout dans l’homme que cette partie est importante et

le permite generar el marco teórico necesario para argumentar uno de los puntos álgidos de su teoría: la no existencia de una distinción cualitativa entre el hombre y el mundo animal. Para Tracy, ambos parten del mismo nivel “No hay duda de que nuestras fuerzas intelectuales, como nuestras fuerzas físicas, se acrecientan y aumentan con el desarrollo de nuestros órganos”.⁸⁹ En la concepción de Tracy, la *Idéologie* se entiende desde el componente fisiológico, el cual lo lleva a establecer una dimensión corpórea y material de la naturaleza humana.⁹⁰ En el caso de Fernández de Agüero, sucede un caso análogo:

Por de contado el hombre puesto a la cabeza de los animales por algunas circunstancias de su organización participa de las facultades instintivas de éstos: quienes a su vez aunque privados en gran parte del artificio de los signos, que son el medio verdadero de comparar las sensaciones y de transformarlas en razonamientos, participan hasta cierto punto de las facultades intelectuales de aquel. Y todo bien mirado, tal vez se hallará que la distancia que separa al hombre de ciertas especies bajo el último punto de vista, es bien pequeña respecto de la que separa muchas de estas mismas especies las unas de las otras [...].⁹¹

A través de la incorporación del discurso tracyano Fernández de Agüero impulsa una filosofía exenta de una metafísica de tipo escolástica, que permitía relacionar las funciones corporales con las de la inteligencia. El saber fisiológico debe abordar el enfoque de nuestros pensamientos y nuestras maneras de sentir. Y en pos de ahondar en esos estudios se recomienda sin miramientos nuevas prácticas culturales. Por ejemplo, Fernández de Agüero invita a la “observación de los enfermos y la apertura de los cadáveres para presentar un cuadro de los fenómenos ordinarios de la sensibilidad con respecto de los diversos estados del cerebro”.⁹²

El planteamiento de la nueva moral toma una dirección precisa sin entrar en temáticas inalcanzables e inútiles de discusión, como el tema del alma.⁹³ Desde sus disertaciones el profesor sienta los lineamientos de una moral del hombre que debe partir de las ideas de Tracy, aunque también recomienda a sus alumnos la lectura de Holbach, que tiempo atrás había marcado una misma línea en las cuestiones morales.⁹⁴

III. El proceso de difusión de la *Idéologie* a través de la prensa

Fernández de Agüero percibía un terreno de obstáculos en la divulgación de las ideas ideologicistas. Expresa claramente que “nuestra tarea de todos modos tendrá tanto de difícil cuanto el sistema ideológico, aunque no nuevo en la sustancia, lo es ciertamente en sus formas y

mérite d’être approfondie...”, en Destutt de Tracy, *Éléments d’Idéologie. Idéologie proprement dite...*, op. cit., Préface, pp. XIII-XIV.

⁸⁹ “Il n’est pas douteux que nos forces intellectuelles, comme nos forces physiques, s’accroissent et augmentent avec le développement de nos organes”, *ibid.*, p. 5.

⁹⁰ Brain William Head, “Destutt de Tracy...”, op. cit., p. 28.

⁹¹ Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principios de Ideología. Ideología Abstractiva...*, op. cit., II, p. 64.

⁹² *Ibid.*, p. 79.

⁹³ *Ibid.*, p. 105.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 159.

aplicaciones, y en el fastuoso aparato con que hoy aparece en la república literaria”.⁹⁵ En alguna medida, prevé complicaciones. Es por esto que en algunos pasajes de su obra matiza sus afirmaciones con ciertas frases que atenúan el impacto de aquellos contenidos renovadores.⁹⁶

A partir del inicio de su curso de Ideología el 14 de marzo de 1822, comienzan a difundirse sus lecciones, que llegan a manos del rector de la Universidad, el presbítero. Antonio Sáenz, que rápidamente las calificó de doctrinas heterodoxas por alejarse del dogma. El rector emprendió acciones contra el catedrático en el Cabildo Eclesiástico. El asunto cobró mayor importancia cuando hacia 1824 se publicó el primer volumen de esas lecciones, dedicado a la lógica, donde Sáenz sometió a observación del claustro universitario el estudio de esas enseñanzas. Aunque no obtuvo el consenso necesario para su destitución, el rector decidió cerrar la cátedra el 30 de julio de ese año.⁹⁷

Este episodio fue registrado por *El Argos de Buenos Aires*, donde se encuentran las cartas intercambiadas entre los protagonistas del conflicto: Fernández de Agüero, Antonio Sáenz, a las que se suma la significativa intervención del ministro Manuel García. Cabe tener presente que durante la década de 1820 se verificó un crecimiento considerable de la prensa en estrecha articulación con el plan de reformas rivadavianas para generar un espacio de legitimación política.⁹⁸ Halperin Donghi ha sostenido que el conflicto se originó por un problema de atribuciones entre el rector y el profesor: el primero, al ser el fundador de la universidad, tendió a ampliar sus funciones y atentó contra la libertad de cátedra.⁹⁹ Sin embargo, otros historiadores han sugerido que el problema debe buscarse en el plano ideológico y político.¹⁰⁰

La carta inicial que envía Fernández de Agüero ese mismo día al gobierno muestra cómo se originó el desencuentro:

A las ocho y media de este día, y al acercarme a llenar mis obligaciones en la aula de Ideología puesta a mi cargo, me hallé con la noticia dada por el portero de la Universidad de hallarse suspendida por el Rector de ésta, quien parece había recogido desde ayer las llaves. En medio de la sorpresa contesté que si la orden no me venía por escrito, como era regular, procedería a descerrajar las puertas. Cerca de una hora pasada acaba de volver con la respuesta de que la orden escrita era de mucha importancia para fiarla a manos del portero, ni de otro cualquiera que no fuese un escribano, quien vendría a intimármela.¹⁰¹

El hecho de no darle una explicación por escrito parecería mostrar que el tema era considerado de gravedad. Pero, ¿cuáles eran los motivos de tal clausura? El propio Fernández de Agüero se sorprende ante la situación. Quizás, no de conocer que sus ideas eran catalogadas como cismá-

⁹⁵ Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principios de Ideología. Ideología elemental...*, op. cit., I, p. 135.

⁹⁶ Por tomar un ejemplo, afirma que “Más no por eso os provocamos, no, espiritualistas, a que renunciéis enteramente vuestros principios, sino a que los examineis precaviéndoos contra el extravío tan común y tan fácil de la imaginación”, en Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principios de Ideología. Ideología Abstractiva...*, op. cit., II, p. 109.

⁹⁷ AGN, Sala X, Universidad, 6-2-3.

⁹⁸ Noemí Goldman, “Libertad de imprenta, opinión pública y debate constitucional en el Río de la Plata (1810-1827)”, *Prismas, Revista de historia intelectual*, N° 4, 2000, p. 15; Jorge Myers, “Las paradojas de la opinión...”, op. cit., pp. 75-95; del mismo autor, “La cultura literaria...”, op. cit., pp. 31-48.

⁹⁹ Tulio Halperin Donghi, *Historia de la universidad...*, op. cit., p. 37.

¹⁰⁰ Jorge Zamudio Silva, “Prólogo”, en J. M. Fernández de Agüero, *Principios de Ideología. Ideología elemental...*, op. cit., I, p. 25.

¹⁰¹ *El Argos de Buenos Aires*, N° 59, 4 de agosto de 1824.

ticas y en tanto pudiera tener alguna reprobación al respecto, sino de que se hubiera tomado una medida tan tajante sin la formalidad del caso. Es por esto que ignorando los fundamentos o la autoridad en que se asentaba la clausura de su aula, notifica la situación al gobierno. Una vez recibida la misiva, Manuel José García, ministro de gobierno del gobernador Las Heras, solicitaba las justificaciones del caso al rector de la universidad, quien respondía en los siguientes términos:

Resultando comprobado por el tomo impreso que se acompaña el hecho de haber enseñado y recomendado especialmente el catedrático de Ideología, doctor don Juan Manuel Fernández de Agüero, a los alumnos de su cargo, la impía doctrina que contiene la nota y encabeza el resumen de proposiciones que ha presentado el Ministro Fiscal, se le suspende de la enseñanza y ejercicio de la cátedra [...].¹⁰²

Más allá de las cuestiones personales, resulta evidente que la razón de la medida reside en el contenido de las enseñanzas impartidas. La expresión *impía doctrina* califica al discurso tracioniano apropiado en función de modernizar las aulas universitarias. Es interesante observar que el auto del rector toma como prueba de ello el primer volumen de los *Principios* que el propio Fernández de Agüero había enviado para la publicación a pedido del gobierno. ¿Quizás por ese motivo el profesor se notificó, sabiendo de antemano que se estaría a su favor? Dejando el interrogante abierto, en esa parte de su obra se ha analizado la construcción de una lógica fundada en los valores ideologicistas, aunque con algunas reticencias. Sin embargo, el decreto del rector continúa y apunta a enfatizar las consideraciones más heterodoxas: “Pídanse informe a los efectos que hubiesen causado en los alumnos las doctrinas del referido Catedrático y recíbanse declaraciones de los que hayan asistido al año anteriormente a su asignatura de Metafísica [...]”.¹⁰³

El peligro de la difusión de concepciones “antirreligiosas” en el alumnado es visible. Por eso exhorta a una investigación para sondear el grado de asimilación de tales saberes. Aunque aún no había salido a la luz la segunda parte de los *Principios*, y en tanto Sáenz no tenía pruebas de hecho, su preocupación central reside en controlar y vigilar las cuestiones vertidas en las clases de metafísica y moral, que seguramente le habrían llegado a través de rumores o informantes. Ciertamente es que ellas sí encerraban un peligro mayor –y esto lo detecta Sáenz– porque, como se ha analizado, en estas áreas particulares sus nociones eran más radicales, cuestionadoras y reformistas con respecto a los preceptos religiosos y teológicos que en la primera parte de su obra.

Finalmente, el altercado terminó con un decreto ministerial que declaraba “al expresado Catedrático en el libre ejercicio de dichas funciones”.¹⁰⁴ El gobierno sostuvo los fueros del profesor y ordenó la reapertura de la cátedra “porque en materias de esta naturaleza nada es más peligroso que el suscitar pasiones que luego extravían la razón y depravan los sentimientos más santos con daño incalculable de la moral y de la ilustración”.¹⁰⁵ Este párrafo sugiere que la repercusión del conflicto había puesto en conocimiento del caso a otros sectores sociales que comenzaban a mover sus ímpetus a favor de uno u otro.

¹⁰² *Ibid.*

¹⁰³ *Ibid.*

¹⁰⁴ *Ibid.*

¹⁰⁵ *Ibid.*

Por ello es fundamental comprender el marco en el cual se ajustó el debate entre Antonio Sáenz y Fernández de Agüero. En este sentido, la reproducción de la disputa en la prensa indica un hecho muy singular: su itinerario y resolución se desplaza del plano estrictamente académico a un escenario amplificado de *deliberación pública*.¹⁰⁶ La incipiente formación de un espacio público crítico y deliberativo separado de la égida del Estado provincial no poseía límites definidos: “el proyecto de crear un nuevo espacio público separado del Estado se tornó limitado, desde el momento en que fueron los mismos hombres los que participaban de las funciones del gobierno y los que desde los nuevos espacios públicos se esforzaban por desarrollar un espacio crítico de reflexión”.¹⁰⁷

Desde este enfoque, pues, se entiende que no es casual la intervención en el asunto por parte del gobierno. Tampoco es azarosa la propaganda periodística a favor de Fernández de Agüero y su discurso ideologista en pos de desarticular la enseñanza escolástica. En el caso de *El Argos de Buenos Aires*, los redactores eran Santiago Wilde, Ignacio Núñez, Esteban de Luca, Felipe Senillosa, Gregorio Funes, Vicente López, todos ellos hombres próximos al círculo rivadaviano.¹⁰⁸ También en el diario *El Centinela*, cuyos redactores eran Juan Cruz Varela e Ignacio Núñez, se encuentra una gran difusión y apoyo a las reformas educativas emprendidas por el gobierno. En *La Abeja argentina*, la redacción estaba a cargo de los miembros de la Sociedad Literaria, de la cual Fernández de Agüero formaba parte. En este último caso, es muy posible que la nota editada en el número 15, aunque no firmada, haya salido de la pluma del profesor.¹⁰⁹

Así, por un lado, el proceso de difusión estaba definido dentro de los mismos grupos sociales que giraban en torno de la gestión del gobierno o que apoyaban desde la pluma sus medidas. Sin embargo, también es cierto que la expansión a través de la prensa extendió el teatro de las opiniones, y encontró en otros actores sociales determinados límites o resistencias. La reproducción pública impulsó el paso de un conflicto académico a un tipo de conflicto en que podría participar una porción ampliada de la sociedad. Así, esta controversia puede leerse en un cifrado que envuelve a “Metafísicos” contra “Ideólogos”. Las ideas de Sáenz se reflejaban en Córdoba, a través de las palabras de Castro Barros, publicadas en el *Observador Eclesiástico*, donde se calificaban las doctrinas del profesor de herejía, porque “según voz pública, enseñaba que J. C. fue un mero filósofo de Nazaret”.¹¹⁰ En 1827, el *Correo Político y Mercantil de las Provincias Unidas del Río de la Plata* también criticaba las enseñanzas del catedrático comentando que “la juventud es introducida al deísmo”.¹¹¹

¹⁰⁶ La expresión es de Marcela Ternavasio, quien explica el fenómeno de “la visibilidad de la deliberación” en la época rivadaviana. Por éste entiende “una suerte de deliberación permanente con el firme convencimiento de que por medio del debate público, lejos de generarse incertidumbre y conflicto, se crearía un clima propicio para obtener el consenso”. Véase Marcela Ternavasio, “La visibilidad del consenso. Representación en torno al sufragio en la primera mitad del siglo XIX”, en H. Sabato y A. Lettieri (comp.), *La vida política...*, op. cit., p. 62.

¹⁰⁷ Noemí Goldman, “Libertad de imprenta...”, op. cit., p. 15.

¹⁰⁸ Véase Jorge Myers, “Identidades porteñas. El discurso ilustrado en torno a la nación y el rol de la prensa: *El Argos de Buenos Aires*, 1821-1825”, en P. Alonso (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, FCE, 2004, pp. 39-63.

¹⁰⁹ *La Abeja Argentina*, N° 15, 15 de julio de 1823. Existe una nota anterior a favor de la reforma educativa en el N° 4, 15 de julio de 1822.

¹¹⁰ Reproducido en Jorge Zamudio Silva, “Prólogo”, en J. M. Fernández de Agüero, *Principios de Ideología...*, op. cit., I, p. 82.

¹¹¹ *Correo Político y Mercantil de las Provincias Unidas del Río de la Plata*, N° 39, 3 de noviembre de 1827. Repro-

Los distintos vocablos empleados permiten comprender el impacto que tuvieron los *Principios de Ideología* de Fernández de Agüero en los actores sociales más tradicionales. También, indican los sentidos que asumieron estos discursos y cómo se entendieron en ese contexto particular. *Impías, herejes, deístas o materialistas* son calificaciones que suministran un grado de interpretación en el léxico de la época. De alguna manera, estas enseñanzas representaban lo que estaba en juego: una educación basada en los principios religiosos o la perspectiva de una educación fundamentada en los saberes ideologicistas.

Considerando estos elementos, se puede afirmar que la difusión a través de la prensa de las ideas tracias, introducidas por Fernández de Agüero con el propósito de reemplazar la filosofía tradicional, movió los resortes y encendió los ánimos de ese entonces. Sin embargo, las réplicas no sólo se canalizaron a través de la opinión pública. En Buenos Aires, la participación política de los sectores denominados “populares” también reflejó la resistencia a este tipo de innovaciones.

Gabriel Di Meglio ha explorado las concepciones de la plebe porteña a través del denominado “Motín de Tagle” en 1823. Según el autor, los preceptos religiosos estaban muy presentes en la base social. Un rasgo de aquel levantamiento radicaba en la reticencia a los cambios religiosos, educacionales y políticos que había generado el grupo rivadaviano del que fuera parte Fernández de Agüero.¹¹² Los nuevos saberes no sólo encontraron resistencias dentro del mundo académico de formación más tradicional o de algunos que expresaban su disgusto a través de la prensa, sino que los ecos de tales enseñanzas también alcanzaban a las capas populares.

Más allá de determinar el grado de movilización de los sectores populares –más autónomo o más dirigido–, el levantamiento era una forma de reacción a la política reformista rivadaviana. Al respecto, es interesante indicar que Fernández de Agüero termina su *Metafísica* refiriéndose al episodio cuando señala que “La célebre asonada de la noche del 19 de marzo último arranca de nosotros este esfuerzo del sentimiento a favor de la ilustración y contra la hidra de la anarquía”.¹¹³

Luego de la disputa, la posición del profesor se consolidó a partir de dos situaciones que cambiaron la escena adversa. La primera fue la muerte de Antonio Sáenz en 1825, su principal detractor, lo que dio lugar a la elección de Valentín Gómez como segundo rector de la universidad porteña, más accesible a las nuevas nociones que su antecesor. En segundo término, el regreso de Rivadavia al país en octubre de ese mismo año produce un apoyo más directo de parte de la autoridad más influyente. Una muestra de ello es la publicación de su tan conflictiva *Metafísica* en el año de 1826. Fernández de Agüero continuó con su curso de Ideología en la universidad hasta el año siguiente. Con el advenimiento del gobierno de Dorrego, se alejará de la cátedra y para su dictado será elegido uno de sus discípulos, el doctor Diego Alcorta. Sin embargo, su alejamiento no es total, retomará la enseñanza en 1829 en la cátedra de Economía política.

ducido en Jorge Zamudio Silva, *Juan Manuel Fernández de Agüero, Principios de Ideología. Ideología oratoria o Retórica*, III, Apéndice Documental, p. 198.

¹¹² Gabriel Di Meglio, *¡Viva el bajo...*, op. cit., p. 241.

¹¹³ Juan Manuel Fernández de Agüero, *Principios de Ideología. Ideología Abstractiva...*, op. cit., II, p. 159.

Conclusiones

En este estudio de transferencia de saberes se planteó un análisis textual considerando el contexto específico de recepción. Esto nos brindó la posibilidad de entender cómo se moldeó ese vocabulario disponible y qué sentidos tuvo éste para los actores locales. Así, se trató de reconstruir el complejo entramado que rodea a los textos cuando éstos dialogan entre sí. Asimismo, se analizó al discurso ideologicista en torno a los debates más representativos de aquel entonces.

Se han presentado una serie de elementos para determinar que se buscaba producir un desplazamiento de la filosofía de corte escolástico de su lugar central en los aspectos educativos. A cambio, se proponía un fuerte discurso asentado en los principios de la ciencia moderna sensualista y fisiológica. Este desplazamiento fue su rasgo más original y, a la vez, el que determinó la naturaleza de las distintas reacciones en su contra.

De esta manera, la presencia del discurso ideologicista no sólo posee una función legitimadora del orden político, como lo ha apuntado Klaus Gallo, o de la reforma religiosa, siguiendo el análisis de Jorge Myers, sino que además posee un sentido configurador que no es más que reestructurar uno de los pilares fundamentales de la cultura colonial preexistente: la base educativa escolástica.

Son tres las características cruciales del proceso de recepción. El conocimiento estrecho entre Destutt de Tracy y Bernardino Rivadavia, producto del contacto personal y epistolar, imprimió un acercamiento mayor al pensamiento de este filósofo en detrimento de otros pares del movimiento ideologicista. Esta particular situación brinda un primer perfil del proceso de recepción de discurso traciano: la gestión rivadaviana buscó difundirlo e imponerlo “desde arriba hacia abajo”.

El segundo rasgo lo conformó el interés de Rivadavia por incorporar las ideas tracias a una materia curricular obligatoria en el marco de la Universidad de Buenos Aires. La *Idéologie* se aplicará así a todos los estudiantes. Cabe decir, pues, que el proceso de recepción estuvo institucionalizado en el marco de establecimientos educativos. En este caso, el proceso de recepción fue indirecto: la elite rivadaviana y los actores que tenían acceso a la enseñanza superior fueron conociendo el discurso traciano a través de las explicaciones y disertaciones de los profesores que fueron comentando su obra.

Por último, la recepción de las ideas tracias se articuló en relación con el plan reformista del gobierno; en tal sentido, éstas fueron funcionales al interés particular de desarticular la educación heredada de la colonia. La *Idéologie* rioplatense apuntó a dismantelar la visión escolástica, aunque la tarea no resultó del todo exitosa. Su introducción sufrió resistencias y conflictos que comenzaron en el espacio de la universidad para luego ampliarse a otros ámbitos.

Los elementos que introduce Fernández de Agüero y que rompen con la metafísica y la moral escolástica fueron: la visión sensualista de las facultades humanas; la subordinación del pensamiento religioso al conocimiento racional; la racionalización de la enseñanzas de Jesucristo; la crítica hacia la Iglesia como institución divina y como autoridad de conocimiento; la noción de una moral racionalista y fisiológica basada en el principio de la simpatía; la limitación de las prácticas de culto religioso a los fines políticos y, finalmente, la utilización de un lenguaje fisiológico que despersonalizaba la doble naturaleza del hombre de la concepción cristiana-escolástica, y que conformaba, en su reemplazo, una naturaleza humana nivelada con el mundo animal por la conexión de órganos e impresiones sensibles, desplazando el estudio del alma y

lo sobrenatural propio de la metafísica. En este sentido, se podría afirmar que los saberes ideológicos fueron más lejos que sus antecesores ilustrados. La introducción de un *corpus* científico de base fisiológica desarrolló la idea de una nueva moral desprendida de los ropajes teológicos. La posibilidad de romper con el estatismo de la concepción tomista se vinculó con la intención de crear una nueva élite dirigente orientada a los nuevos valores republicanos.

La difusión a través de la opinión pública fue muy notable durante el período que coincide con la administración rivadaviana. La introducción de los nuevos conceptos ideológicos no pasó desapercibida, ya sea en aquellos que canalizaron sus aspiraciones renovadoras, como en quienes la vieron como una amenaza a sus sistemas de creencias y la denostaron.

El proceso de difusión de la *Idéologie* tuvo diferentes vectores de expansión –la prensa, las lecciones en la Universidad de Buenos Aires, los escritos que hacen referencia a su asimilación, entre otros–. Pero además de estos canales, asumió diferentes “momentos” o ritmos en la cultura política de la época. No se aprecia una unicidad interpretativa entre los actores de la década de fines de 1810, los de 1820 y los que posteriores a 1830.

Se puede trazar, entonces, un mapeo general y establecer que a partir de 1817-1819 comenzó a re-conocerse en el escenario local. Entre 1822 y 1827 adquirió gran presencia a partir de la apropiación que realizó Fernández de Agüero, cuya función radicaba en modernizar la enseñanza filosófica en la universidad porteña. A su vez, se produjo un impacto notable al convertirse en uno de los asuntos más controversiales de la época. En ese momento, el gobierno favoreció su desarrollo porque necesitaba sus elementos discursivos. Luego de 1827, fue perdiendo continuidad y presencia para quienes buscaban fundamentar sus argumentos a partir de otras formas de pensamiento.

No obstante, su huella permaneció ligada al desarrollo del pensamiento y la actividad médica, cuestión que constituye mi actual tema de investigación doctoral. Como prueba de ello, se observó la presencia de una serie de textos que dialogan entre sí y que muestran el uso temprano de un lenguaje médico para la comprensión de cuestiones morales y metafísicas. En este lenguaje subsiste un eco de lo que Marcel Gauchet analiza en su obra *Le désenchantement du monde*: la idea de que el origen de la vida se encuentra en la materia misma y no en una fuerza exterior a ella.¹¹⁴ Así pues, no será casual que la incipiente medicina rioplatense coloque su interés en una corriente que le ofrecía, por un lado, una teoría fisiológica que conectaba las funciones de la mente con las del cuerpo y, por otro, la posibilidad de construir un campo de estudios y una profesionalización de la actividad sin la intervención eclesiástica en estas materias. □

¹¹⁴ Marcel Gauchet. *Le désenchantement du monde. Une histoire politique de la religion*, París, Gallimard, 1985.

Resumen / Abstract

La recepción de la *Idéologie* en la Universidad de Buenos Aires. El caso de Juan Manuel Fernández de Agüero (1821-1827)

Este artículo analiza un caso de apropiación del discurso ideologista, específicamente los saberes de Destutt de Tracy, a través de los textos que confeccionó Juan Manuel Fernández de Agüero en el marco de la Universidad de Buenos Aires entre 1822 y 1827. Identifica los saberes que moldearon ese discurso especialmente en lo referente a las cuestiones morales y metafísicas que planteaban un corrimiento de la formación escolástica en materia de enseñanza filosófica, mucho más evidente que el discurso ilustrado. A su vez, expone el vínculo de esta corriente con la intención reformadora del gobierno rivadaviano de formar una nueva élite dirigente orientada a los valores republicanos. Por último, considera el proceso de difusión a través de la opinión pública y las controversias generadas durante el período que coincide con la administración rivadaviana.

Palabras clave: *Idéologie*, Destutt de Tracy, Juan Manuel Fernández de Agüero, Universidad de Buenos Aires, Educación filosófica

Fecha de recepción del original: 7/7/2010

Fecha de aceptación del original: 10/3/2011

The reception of *Idéologie* at the University of Buenos Aires. The case of Juan Manuel Fernández de Agüero (1821-1827)

This article analyses the appropriation of the discourse of *Idéologie*, specifically Destutt de Tracy's ideas, by Juan Manuel Fernández de Agüero during his tenure as professor of philosophy at the University of Buenos Aires between 1822 and 1827. It identifies the patterns of knowledge that shaped that discourse, especially regarding new moral and metaphysical questions raised as a result of changes in scholastic training in the teaching of philosophy, a scholastic imprint which was more in evidence than the discourse of the Enlightenment. It also presents the connections between this school of thought and the reformist intention of Rivadavia's government to form a new ruling elite based on republican values. Finally, it examines the process whereby these ideas spread through public opinion and the controversies which took place during Rivadavia's administration.

Keywords: *Idéologie*, Destutt de Tracy, Juan Manuel Fernández de Agüero, University of Buenos Aires, Philosophical education

Tradición y reacción en el Sesquicentenario

*La escuela sevillana mendocina*¹

María Celina Fares

Universidad Nacional de Cuyo

Introducción

Las indagaciones sobre los “itinerarios del nacionalismo en el posperonismo”² en Mendoza nos permiten recuperar una serie de relaciones intelectuales y políticas que dan cuenta, no sólo de la complejidad de un período, en el que la circulación y tránsito de ideas evidencian fuertes procesos de mutación de las identidades, sino también de la especificidad del caso a observar, debido a la cristalización de posiciones que por su perdurabilidad resultaron a la postre ciertamente anacrónicas.

Si bien el retroceso del fascismo y la expansión del marxismo son de ineludible referencia para comprender el contexto en que se reacomodan las identidades políticas en tránsito,³ será la perduración de regímenes autoritarios de contenidos nacionalistas católicos, como el franquismo en España, lo que tendrá más fuerte incidencia en ciertos circuitos intelectuales mendocinos. De hecho, después de la derrota del nazismo, si bien la política imperial del franquismo⁴ centrada en la idea de unificar las dos Españas en torno a su pasado y presente parecía entrar en declive,⁵ seguiría teniendo resonancia su sustento cultural, el hispanismo, pues brin-

¹ En este trabajo presentamos aspectos parciales de una indagación que estamos realizando en el marco de nuestro proyecto de doctorado en la FFyL-secYT, UNCuyo.

² Conscientes de lo imprecisa que puede resultar esta delimitación conceptual temporal, hacemos uso de ella pues nos permite situarnos en un horizonte de debate que deja traslucir nuestras intenciones. Por un lado, la de interpelar a la utilización del término nacionalismo, que encubre una amplia gama de posiciones en que los contextos son insoslayables; en este sentido nos inspiramos en la obra de Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002. Por otro lado, con el término posperonismo pretendemos referirnos a ese amplio horizonte imaginario abierto a partir de 1955 –trabajado por María Estela Spinelli, *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”*, Buenos Aires, Biblos, 2005–, pues deja traslucir el optimismo de “los libertadores” en la proyección de sus deseos de terminar o al menos reeducar al peronismo, el cual se irá trastocando en temor, frente al creciente fantasma de su irreductibilidad y radicalización.

³ Véase Dominick LaCapra, *Historia en tránsito. Experiencia, identidad y teoría crítica*, Buenos Aires, FCE, 2006.

⁴ Véase Delgado Gómez Escalonilla, *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica 1939-1953*, Madrid, CSIC, 1998, e *Imperio de papel: acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, Madrid, CSIC, 1992. Véase también María Rosa Pardo Sanz, *¡Con Franco hacia el imperio! La política exterior en América Latina 1939-1945*, Madrid, UNED, 1995.

⁵ José Luis Abellán y Antonio Monclús, *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América*, Barcelona, Anthropos, 1989, vol. 1, p. 19.

daba argumentos al conglomerado nacionalista tanto para contener al comunismo, como para mantener su antinorteamericanismo.

Desde este panorama, nuestro trabajo pretende relevar a propósito de la celebración del Sesquicentenario de Mayo la producción historiográfica mendocina que refleja, en cierto modo, esta tendencia. Su reducida llegada a circuitos académicos nacionales e internacionales tenía como sede de sustentación las cátedras universitarias y una serie de publicaciones científicas y de divulgación, que configuraron una tradición que perduró más allá de lo que se podría prever.

Las tesis interpretativas que veían a Mayo como un momento de reafirmación de la hispanidad y negaban su sentido emancipatorio así como los recorridos biográficos de sus autores revelan no sólo la configuración del campo historiográfico local que guarda cierta especificidad con respecto al espectro nacional, sino las redes de sociabilidad intelectual, que bajo la amplia nominación de nacionalismo encubrían no pocas particularidades, al mismo tiempo que develaban las vinculaciones existentes con la escuela historiográfica sevillana, por entonces usina intelectual del franquismo y nutriente del pensamiento nacionalista, católico, conservador y autoritario.

Esperamos poder contribuir con esta indagación a los estudios sobre intelectuales, ideas e historiografía vinculados con el nacionalismo, desde un costado poco explorado como es el caso mendocino en los años sesenta, entendiendo que el relevamiento de un espacio y tiempo tan acotado intenta incursionar en una conversación que lo excede.

Breves consideraciones teóricas e historiográficas

La elección de textos académicos que circularon en la ocasión festiva tiene como intención mostrar una especie de “rareza” en el sentido foucaultiano del término, la punta de un iceberg que induce a pensar en la existencia de un sustrato más amplio, que no encuadraba plenamente en ninguna de las corrientes historiográficas que tradicionalmente se han considerado en pugna.

En efecto, la línea historiográfica que en los años treinta se había definido como revisionismo⁶ englobaba una serie de posiciones historiográficas y políticas que convergieron primero con el nacionalismo y luego en gran parte con el peronismo. Su inclusión en espacios públicos. A partir de 1943, sobre todo, sufriría un reacomodamiento durante el peronismo que desplazaría a los sectores más reaccionarios, dejando lugar a la incorporación de las segundas líneas disponibles dentro de la Nueva Escuela, que venía perdiendo su espacio privilegiado como proveedora de un relato legitimador del Estado nacional decimonónico, fundado en la erudición profesional. En este contexto, aparecería una especie de tercera posición cuya operación historiográfica, en el sentido de formas de institucionalización, prácticas y escrituras, estaría ligada a la Nueva Escuela, mientras los motivos católicos y tradicionalistas, si bien más interesados en la colonia que en el rosismo, los acercaría al revisionismo.

A partir de 1955 una nueva diáspora abriría derroteros diversos. Mientras el referente del revisionismo elitista antiperonista, Julio Irazusta, se acercaba al campo liberal conservador con su inclusión en la Academia, la línea simpatizante del peronismo se encontraría con el éxito del

⁶ El capítulo 4 de Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, da cuenta de la dificultad y complejidad que la delimitación del término implica.

gran público, al ser reconocida como la historia oficial del movimiento proscrito, catapultando a José María Rosa a la fama y abriendo puentes comunicantes con la izquierda nacional.

No tan lejos de estas últimas transformaciones, lo que se observa en el campo historiográfico mendocino son otros itinerarios, que si bien no se identificaron con el peronismo, como lo harían sus referentes Vicente Sierra o Diego L. Molinari, estuvieron más cerca del tercerismo, cuya tradición clásica humanística y espiritualista se reactivaría en contacto con el franquismo en la búsqueda de una matriz nacionalista hispanocatólica que les permitiera sostener una postura antimoderna diferenciada del nazifascismo.

En este contexto historiográfico, la elección de ciertos textos en sus contextos pretende recuperar experiencias y lenguajes que aporten sentido y significados pertinentes, aunque no unívocos, haciendo comprensibles los itinerarios intelectuales dentro de procesos sociales y elucidando posibles intencionalidades de las operaciones historiográficas.⁷

Una manera de evitar las proyecciones del historiador, que suelen acortar caminos en orden a reproducir los consensos del presente,⁸ es recuperar a través de la descripción geertziana la racionalidad entre texto y contexto,⁹ en un relato argumental que sigue una doble vía: por un lado, la argumentación intradiscursiva que busca los hilos vertebrados de las tramas explicativas del mundo, por otro lado, el cruce entre trayectorias profesionales y las dinámicas institucionales que operan como una suerte de soporte material sobre el que se teje la urdimbre argumentativa, configurándose así un campo académico en que los sujetos suelen construir vincularmente su objeto, de manera de justificarlo y justificarse.

Podríamos decir que trabajamos desde una nueva fenomenología social¹⁰ en que los autores y los textos seleccionados guardan un potencial explicativo no sólo de la formación del campo disciplinar historiográfico local, sino de imaginarios culturales que sostuvieron formas de institucionalidad alejadas de la tradición liberal democrática.

Contextos académicos: la Universidad Nacional de Cuyo y la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla

La Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo) fue creada luego de un largo período de gestación en 1939, bajo la impronta de la cosmovisión cultural y política del conservadorismo liberal mendocino, que por entonces se mostraba fuertemente receptivo a las preocupaciones que

⁷ Nuestra propuesta se inspira en Quentin Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, México, FCE, 1985, vol. 1, y *Lenguaje política e historia*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2007.

⁸ Véase Martín Jay, "Pretensiones desvergonzadas o preguntas abominables", *Prismas. Revista de Historia intelectual*, N° 11, Universidad Nacional de Buenos Aires, 2007, pp. 153-157.

⁹ Véase Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas* [1973], Barcelona, Gedisa, 2005, pp. 17-40. Allí refiere a la *descripción densa* como vía hacia una teoría interpretativa de la cultura, cuyo *quehacer etnográfico consiste en establecer relaciones, seleccionar informantes, transcribir textos, establecer genealogías, trazar mapas del área, llevar un diario...* pero lo que *define la empresa es la descripción densa*, que supone en forma sintética, poder desentrañar tras la maraña de actos de habla, los gestos y las finalidades que constituyen las estructuras de significación, es decir, hacerlos inteligibles.

¹⁰ Para la propuesta de abordajes neo fenomenológicos, como un momento superador dentro del mismo giro lingüístico y de la antigua fenomenología que negaba la posibilidad del sujeto de construir significados, véase Gabrielle Spiegel, "Comentario sobre *Una línea torcida*", *Entrepasados, Revista de Historia*, Año XVIII, N° 35, 2009, p. 30.

imbuían al nacionalismo en los años treinta.¹¹ La clase de Ricardo Rojas en el acto inaugural de la universidad constituye un gesto significativo en este sentido, pues su impronta nacionalista moderada y ecuménica parecía querer ser el signo que Edmundo Correas, el rector fundador, eligiera para dicha casa de estudios.

Con un decidido perfil humanista se fundaría al mismo tiempo la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL), en la cual coexistirían diversas tendencias, aunque el arribo y la influencia de profesores como los filósofos presbítero Juan Sepich, doctor en Teología, uno de los fundadores de los cursos de Cultura Católica y referente del hispanismo reaccionario,¹² y Guido Soaje Ramos, doctor en Derecho, discípulo de Nimio de Anquín en Córdoba y referente del nacionalismo católico tomista integrista, constituirían un núcleo de fuerte impacto en la transmisión de la filosofía escolástica española.

En cuanto a la historia, el desarrollo del campo profesional tenía sus antecedentes en los años veinte con la creación de la Junta de Historia, que iniciaría la tarea de recuperación documental y se vincularía con las corrientes del espiritualismo filosófico y el regionalismo literario.¹³ Dicha labor sería continuada por la Junta de Estudios Históricos, creada en 1934,¹⁴ desde donde un grupo de aficionados, en su mayoría abogados vinculados a la política, ingresarían en una red de relaciones que los motivaría a replicar la operación historiográfica de la Nueva Escuela.¹⁵ La formación de archivos, la difusión de publicaciones y la realización de congresos no sólo activaron la liturgia patriótica regional, sino que dieron lugar a la institucionalización del oficio.

La Junta proveería a la novel universidad y a la FFyL de recursos humanos, y fue Edmundo Correas, uno de los precursores del profesionalismo, quien convocó a Roberto Marfany como primer director del Instituto de Historia de la Facultad, y a su sucesor, el prestigioso Juan Draghi Lucero, cuya labor de articulación entre la historia y la tradición folklórica bajo formato literario constituye un insoslayable aporte para el acervo cultural de la provincia. La breve estadía del abogado e historiador platense dejó una huella deletable, pues es poco referida su presencia a pesar de su proyecto de formación de archivo, y la posterior recepción que tuvieron sus tesis sobre la reivindicación de Mayo como una acción militar y no popular.¹⁶

La impronta conservadora liberal de los orígenes de la UNCuyo sufriría un quiebre con la intervención realizada por el golpe militar de 1943 y las primeras cesantías impuestas bajo rectorado de Carlos Pithod, que impulsaría a esta casa de estudios por los caminos de un na-

¹¹ Sobre la fundación de la Universidad Nacional de Cuyo, véase Esteban Fontana, "Cómo se gestó la UNCuyo", en *Libro del Cincuentenario, UNCuyo*, Mendoza, EDIUNC, 1989, pp. 65-86; VV. AA., *UNCuyo, Creación, organización y planes de estudio*, Mendoza, 1940; VV. AA., *Memoria histórica, UNCuyo*, Mendoza, 1965; Jorge Coll, "Para la historia de la UNCuyo", *Revista de la Junta de Estudios Históricos* (RJEH), N° 7, t. II, Mendoza, 1972.

¹² Para el perfil de Sepich y Correas, véase M. C. Fares, "Diferencias y convergencias en los hispanismos mendocinos", en Patricia Orbe (coord.), "El nacionalismo argentino durante la segunda mitad del siglo XX", dossier disponible en <<http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/fares2.pdf>>.

¹³ Véase Arturo Roig, *Mendoza en sus letras y en sus ideas*, Mendoza, Ediciones Culturales, 1996.

¹⁴ El primer presidente fue César Raffo de la Reta, y Edmundo Correas el vicepresidente, quien además de rector fundador sería el decano organizador de la FFyL, sucedido por otro hombre de la Junta, Manuel Lugones.

¹⁵ La relación con Ricardo Levene abriría las puertas no sólo de la Academia Nacional de la Historia (ANH), sino también de la Universidad de La Plata y del Instituto de Historia del Derecho de la UBA, con los que se establecerían fuertes vinculaciones.

¹⁶ Para los orígenes del campo profesional en Mendoza, véase Oriana Pelagatti, "Una historia de la historia. La escritura de la historiografía en Mendoza entre los '20 y los '50", tesis de licenciatura, FFyL, UNCuyo, mimeo, gentileza de la autora.

cionalismo reaccionario e integrista. Dicha tradición se continuaría durante el peronismo bajo el rectorado de Ireneo Cruz (1948-1954),¹⁷ cuyo perfil humanista terminó por sellar la pervivencia de una matriz espiritualista e hispanista, con ciertos matices más tolerantes, aunque esto sea discutible sobre todo para la FFYL. En efecto, allí se dio cabida al menos en los primeros tiempos del peronismo a las expresiones más reaccionarias del revisionismo hispanista, como fue la intervención de G. Soaje Ramos, quien cesantó a los que se habían opuesto a la intervención del '43,¹⁸ y la presencia del historiador puntano recibido en La Plata, Otto Burgos,¹⁹ quien se hizo cargo de la dirección del Instituto de Historia durante la gestión de uno de los referentes más cercanos del crucismo, Toribio Lucero.²⁰

La afiliación obligatoria al peronismo que impuso el gobierno nacional a partir de 1952 fue un condicionamiento para la designación o el mantenimiento de los cargos que dividió las aguas entre los sectores nacionalistas y católicos en la universidad: mientras gran parte de los profesores prestaban su adhesión bajo pena de cesantía a instancias del rector Ireneo Cruz, e incluso por consejo del obispo Monseñor Alfonso María Buteler, un grupo de antiperonistas se nuclearían en torno a Guido Soaje Ramos, abriendo espacios por fuera de la universidad, como el Instituto de Estudios Humanísticos y Sociales, donde se dictaban cursos de Historia y Política Argentina en el Colegio de los Hermanos Maristas. Allí participaban E. O. Acevedo, R. Calderón Bouchet, D. Cardozo Biritos, J. Comadrán Ruiz, N. Espinosa, C. Janello, B. Martínez Vázquez, D. Pérez Guilhou, A. Pithod, F. Ruiz Sánchez y E. Zuleta Álvarez.²¹

¹⁷ Ireneo Cruz (Buenos Aires, 1903-Mendoza, 1955). Invitado por Correas para trabajar como profesor de Griego y de Historia antigua en la recientemente creada FFYL. En 1943, la intervención de la UNCuyo lo nombra rector interino del Colegio Universitario Central, en 1944 es nombrado delegado interventor en FFYL, donde lo sucede Juan R. Sepich. En 1946 es designado director de la Inspección General de Enseñanza en la UNCuyo, y en 1947 rector interventor de la UNCuyo, conforme a la ley 13.031. Se desempeñará como rector en dos gestiones sucesivas hasta 1954, destacándose por una prolífera gestión que acompañó filosóficamente la legitimación del régimen peronista. Véanse *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía*, 3 vols., Mendoza, UNCuyo, 1949.

¹⁸ A fines de 1945, Julio Cortázar, profesor de Literatura en la FFYL, participaría en la toma de la universidad en defensa de la autonomía universitaria y expresaría en una carta a su amigo Serio Sergi su decisión de irse, debido al malestar causado por la continuidad de los sectores más reaccionarios del nacionalismo que dominaban la facultad: "Porque yo no tengo estómago para aguantar la vuelta de Jesucristo a la Facultad, los Sepich y los Soaje entronizados", véase Aurora Bernárdez, "Julio Cortázar, 1937-1963", disponible en <<http://www.alphalibros.com.ar/index.php>>.

¹⁹ Otto Burgos sería luego rector interventor enviado por la gestión Ivanissevich entre 1975-1976, cuando se llevaron a cabo la mayor cantidad de cesantías de estudiantes y profesores.

²⁰ Toribio Ignacio Lucero (San Luis, 1917). Estudió en la Universidad del Litoral el profesorado de Historia. Fue inspector general de Educación en su provincia natal, profesor de Historia Moderna en la FFYL de la UNCuyo; director de la Sección de Historia de España y luego director del Instituto de Historia. Colaborador y sucesor de Ireneo Cruz como delegado interventor en la FFYL (1949-54), decano (1954-1955), vicerrector y rector de la UNCuyo (1954-1955), y vicepresidente del Congreso Nacional de Filosofía en 1949. Fundador y director del *Instituto Cuyano de Cultura Hispánica* y miembro titular del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, presidente de la Junta Arquidiecésana de Acción Católica de Mendoza. Entre sus publicaciones: "El alma del almirante", "Iluminismo y Revolución en el Río de la Plata", "Juan XXIII. La encíclica *Pacem in Terris* y el laicado".

²¹ Entrevistas a D. Pérez Guilhou, entre diciembre de 2005 y septiembre de 2008. Una versión que minimizaba el conflicto era la de E. O. Acevedo: "el peronismo [...] era mucha declamación, mucho obrerismo, mucho patrioterismo, pero en el fondo resultaba [...] la prolongación del régimen con ciertos retoques oportunistas. Mientras veíamos pasar esa película, mis amigos y yo en la facultad [...] tomábamos distancia de todos los partidos políticos tradicionales, del justicialismo peronista y naturalmente del socialismo y del comunismo. [...] veíamos que se podía ser católico, nacionalista, y revisionista y no ser peronista; o ser esto y no practicar la religión". Véase E. O. Acevedo, *Memorias de un historiador profesional. Respuestas a dos entrevistas. Estudios e investigaciones*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 2006, p. 31.

Si bien las pautas de convivencia dentro de los ámbitos educativos universitarios sufrirían a partir de 1955 la conmoción que provocó la caída del peronismo, las políticas de depuración que se implementaron en los ámbitos universitarios nacionales, de las cuales la UNCuyo no estuvo exenta,²² tuvieron su peculiaridad, ya que permanecieron en sus cargos gran parte de los cuadros que apoyaron la gestión de Ireneo Cruz, no así los sectores vinculados directamente con el partido peronista, que fueron desplazados,²³ ni los considerados “totalitarios”, tanto los de izquierda, como es el caso del conocido dirigente comunista Benito Marianetti,²⁴ como los de derecha, como por ejemplo Soaje Ramos.²⁵

En efecto, los mecanismos de depuración impuestos generaron más de una controversia y las tensiones se irían agudizando a lo largo de 1956. Activas movilizaciones y huelgas terminaron con la renuncia del rector interventor Germinal Basso y con las políticas depuradoras del vicerrector Hernán Cortez, y, con ellos, los sectores más fuertemente antiperonistas. El motivo de la discordia había sido la pretensión de implementar llamados a concursos generales, lo que provocó una fuerte reacción de los docentes, sobre todo los de los colegios secundarios dependientes de la Universidad, que salieron a defender sus posiciones laborales y las políticas del *crucismo*, término que pretendía hacer de la gestión de Ireneo Cruz una política propia, integradora y diferente de lo que había sido la política universitaria del peronismo en el resto del país.

Así, sobre todo en la FFyL, pervivieron gran parte de los planteles docentes nacionalistas, algunos de los cuales habían adscripto al peronismo para finalmente, después de 1955, despe-

²² El decreto-ley 6403/55 sancionaba un nuevo régimen para las universidades que restituía la autonomía a las mismas. El art. 32 establecía que no serían admitidos a concurso docentes aquellos que “hayan realizado actos positivos y ostensibles que prueben objetivamente la promoción de doctrinas totalitarias adversas a la dignidad del hombre libre y a la vigencia de las instituciones republicanas” y en el inciso “b” sostenía que tampoco serían admitidos quienes “en el desempeño de cargos universitarios o de funciones públicas o de cualquier otra actividad hayan realizado actos positivos ostensibles de solidaridad con la dictadura que comprometan el concepto de independencia y dignidad de la cátedra”.

²³ Haría falta una indagación más detallada de los desplazamientos en el interior de cada unidad académica, más allá de la lista que emitió la comisión designada a tal efecto, que sólo aludía a apenas más de una decena de casos. Véase Yamile Álvarez, “La UNCuyo y la Revolución Libertadora: la conflictiva intervención del Dr. Germinal Basso”, en *II Encuentro de Historia Argentina y Regional*, vol. 1, Mendoza, FFyL. La nómina de los reincorporados en 1956, que hacía referencia a los expulsados entre 1943 y 1955, era más amplia, 57 en toda la UNCuyo, de los cuales 12 eran de la FFyL. Véase Pablo Lacoste, “La UNCuyo y sus luchas en Mendoza. Historia y perspectivas”, en *Mendoza. Historia y perspectivas. Aporte para el estudio de una ciudad fundada en 1561*, Edición Especial del Diario Uno, 1997, pp. 140-141.

²⁴ Benito Marianetti (1903-1976), abogado mendocino, dirigente del Partido Comunista. En el folleto “Discriminación ideológica en la UNCuyo”, Mendoza, 1956, denuncia las prácticas del interventor de la Facultad de Ciencias Económicas, Hernán Cortés, por eliminar su nombre de la nómina de concursantes en dicha casa de estudio por sus presuntas ideas totalitarias y por haber cuestionado el golpe de Estado. Denuncia la pervivencia del *aparato corporativo fascista montado por Perón*, defendiendo al PC como un partido democrático. Marianetti había participado en la Convención Reformadora de la Constitución provincial (1948-1949), a la cual defendió, como también al gobierno peronista provincial, por haber “respetado las libertades públicas y sostenido la convivencia de un orden social y democrático”. Véase *Diario de sesiones de la H. Convención Constituyente de la provincia de Mendoza*, 25 febrero de 1949, pp. 3696 y ss.

²⁵ El Centro de Estudiantes en Humanidades de la FFyL solicitaba investigarlo por las cesantías realizadas durante su intervención en la Facultad. Aprobaba además las impugnaciones a profesores como Francisco Villamil e Hilario Velasco Quiroga, aludiendo razones de incompetencia profesional, falta de moral cívica e incluso acusaban a Martín Pérez de ser revisionista (“grupo histórico que negaba los principios democráticos de Mayo”), y a Roque Pedro Gripi “por hablar de política en sus cátedras”. Véanse las *Actas Centro de Estudiantes de Humanidades* en FFyL, en Archivo de la UNCuyo, SID, Mendoza. Soaje fue desplazado de sus cargos docentes en la UNCuyo por la intervención de Rodolfo A. E. Cucchiani Acevedo en 1957-1958, se trasladó a Buenos Aires, donde se desempeñó como profesor en la UBA, en la UCA y como investigador del CONICET.

garse de él sin grandes costos, en medio de un plantel docente más variopinto. En 1960, entre los filósofos se destacaban L. Noussan Letry y A. Roig, quienes se dedicarían a la Historia de la filosofía; J. A. Vázquez y V. Cicchitti, Historia de las religiones; A. Ruiz Díaz, a los Estudios estéticos, L. Campoy a la Sociología, N. Espinosa a Antropología filosófica y D. Pró a la Historia intelectual, incluyendo la presencia de profesores luego identificados con el progresismo como M. López y E. Ander Egg. Entre los historiadores se prolongaría la actuación de L. A. Falcionelli²⁶ en Literatura francesa e Historia moderna y contemporánea, T. Lucero, en Historia moderna, C. Massini Correas sería decano interventor en 1958. Una nueva generación de historiadores comenzaría a afirmar sus posiciones: P. Santos Martínez sería decano entre 1961 y 1965 y rector de UNCuyo entre 1976 y 1981, J. Comadrán Ruiz, en la cátedra de Historia argentina y E. O. Acevedo en la de Historia americana, E. Descotte en Historia del pensamiento y la cultura argentinos, R. Zuluaga, M. del Pino Domínguez de Álvarez en Historia argentina II o J. Scalvini en Historia moderna y contemporánea, E. Fontana, que se dedicaría a la Historia de la educación, M. Hualde de Pérez Guilhou, N. López de Hernández y N. López de Ferrari, que trabajarían en Introducción a la historia, y J. Schobinger en Prehistoria y arqueología.

Un núcleo de jóvenes historiadores nacionalistas, Enrique Zuleta Álvarez, Jorge Comadrán, Edberto Acevedo y Pedro Santos Martínez, entre otros, vinculados al revisionismo y explícitamente antiperonistas salvo el último fueron becados por el Ministerio de Asuntos Exteriores de España y por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid –continuador de la tarea del antiguo Consejo de la Hispanidad en la propagación del hispanismo–, para realizar sus estudios de posgrado y estancias de investigación en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos y en la Universidad de Sevilla y La Rábida. Allí se encontrarían con lo que fuera el proyecto imperial del franquismo, que progresivamente iría dejando su carácter político para convertirse en un proyecto cultural centrado en la idea de hispanidad, entendida como un nuevo tipo de nacionalismo de carácter supranacional que podía proyectarse a futuro en función de construir una justificación de su pasado²⁷ y que operaría como un horizonte incuestionable en la parte de la producción historiográfica cuyana.

La Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla (en adelante EEHA) había sido fundada en 1943 por el reconocido catedrático Vicente Rodríguez Casado, intelectual funcionario del franquismo y referente del catolicismo integrista,²⁸ y contaba con recursos humanos provenientes del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo y con recursos financieros provistos por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid. Nombres como el de Florentino Pérez-Embid, José Antonio Calderón Quijano, Antonio Muro Orejón, Javier Ayala, Octavio

²⁶ Alberto Falcionelli, de origen corso, estuvo en la guerra en el ejército de Mussolini, militó en el movimiento maurrasiano de *Action Française* y fue colaboracionista del gobierno de Petain. Representante de la agencia francesa Havas, se exilió en España y luego llegó a Mendoza en 1947 por intermedio del cura Sepich y fundó la *Revista de Estudios Franceses* en la FFYL de la UNCuyo. Católico tradicionalista y monárquico, era reconocido por sus discípulos como el intelectual más culto e inteligente que trajera el fascismo a Mendoza. Luego, en Buenos Aires, se insertaría en la revista *Dinámica Social*.

²⁷ Véase José Antonio Calderón Quijano, *Americanismo en Sevilla, 1900-1980*, Sevilla, EEHA, 1987, y J. L. Abellán y A. Monclús, *op. cit.*

²⁸ Vicente Rodríguez Casado (Ceuta, 1918). Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid, Catedrático en la FFYL de Sevilla y de Madrid. Director del Ministerio de Información y del Instituto Social de la Marina. Además de fundar la EEHA, organizó la Universidad de la Rábida, de la que fue decano entre 1943 y 1973, cuando fue cesanteado por decreto. Considerado uno de los hombre clave del núcleo intelectual del Opus Dei en Sevilla. Autor en la década de 1950 de varios artículos sobre Carlos III.

Gil Munilla, Giménez Fernández, Juan Manzano, formaron parte del núcleo de colaboradores que organizaron la Universidad Hispanoamericana de la Rábida en 1943, con sus famosos Cursos de Verano y el denominado Club de la Rábida, donde a partir de 1950 se socializaban los enfoques sobre Hispanoamérica, hispanidad y cristianismo. Estos historiadores también se insertaron en la FFYL de la Universidad de Sevilla, sobre todo en la Sección de Historia de América creada en 1945 en la sede del Centro de Estudios de Historia de América, que entre 1932 y 1936 había funcionado bajo la dirección de José María Ots Capdequi, especialista en Derecho indiano, el cual había abastecido con sus fondos documentales a la EEHA.

Desde entonces, esta institución se dedicaría sólo a la investigación y colaboraría en la formación de posgrado. Tal como sus crónicas señalan, la EEHA fue producto del “interés del franquismo en formar investigadores de la obra civilizadora de España en América y de fomentar el contacto científico entre las juventudes de los países iberoamericanos”.²⁹ Allí entonces acudirían desde fines de los años cuarenta un gran número de egresados de la facultad cuyana,³⁰ quienes afirmarían su identificación con el proyecto cultural de hispanidad como una alternativa a un mundo bipolar. El mito de la hispanidad calaría hondo entre los sectores conservadores y tradicionalistas ligados al catolicismo, que veían en la pervivencia del franquismo un ejemplo de orden político, cuya autoridad y jerarquía garantizaba la defensa de la religión y la tradición frente a los embates del modernismo. La Argentina sólo podía enfrentar esos peligros a través de la reconstrucción de un pasado que la filiara con los valores de la hispanidad, guiada por el nuevo rol que el franquismo asumiría como centinela del Occidente Cristiano,³¹ en defensa del cristianismo amenazado por el comunismo, lo que en un futuro no demasiado lejano implicaría asumir otro tipo de compromisos, que no fueron solamente intelectuales.

Los textos en el sesquicentenario

1960 se presentaba como un año no exento de problemas vinculados con la desilusión que tanto a los sectores nacionalistas como a los peronistas les había deparado la gestión de gobierno de Arturo Frondizi. Sin embargo, más allá de la conflictividad política, existía una especie de consenso en torno del significado de la emancipación, que por entonces refería ineludiblemente al diagnóstico de *dependentismo*. La imagen del *nuevo pacto colonial* con que la Argentina, como el resto de los países de América Latina, describía el modo de inserción en el mercado internacional, había dado lugar a la nominada *cuestión antiimperialista*, tópico nacionalista difundido desde el período de entreguerras³² que en términos políticos llegaría a alcanzar du-

²⁹ Véase Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla (EEHA), *1942-1992, Cincuenta años de americanismo en la EEHA*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Sevilla, 1993, p. 1. También Alberto Carrillo-Linares, *Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2008.

³⁰ Fueron becados para realizar sus estudios en España los filósofos N. Álvaro Espinosa, A. Bassi, L. Peña de Podestá, A. Pithod, B. Hilda Quiroga; los literatos E. Barbará, R. Borello, L. Bracelis, N. Freitas, M. Gómez de Rodríguez Brito, H. Larrañaga, C. O. Nallím, F. Sabella, M. J. Sabella, G. Videla, D. Villalobos, y pedagogos como O. Medaura, entre otros.

³¹ Véase Loris Zanatta, “De faro de la hispanidad a centinela de Occidente, La España de Franco en América Latina entre la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría”, *Anuario del IJES*, N° 23, 2008, FCH, Tandil, Universidad Nacional del Centro.

³² La cuestión antiimperialista, como ha sido señalado, reconocía una tradición que no era monopolio del revisionismo de los hermanos Irazusta, quienes denunciaron en 1934 la política imperialista británica en el Río de la Plata,

rante el frondizismo niveles de dramaticidad inéditos que impulsaban a un cambio acuciante e impostergable.³³ Mientras tanto, en materia historiográfica, historiadores como Félix Luna o Roberto Etchepareborda buscaban reducir la antinomia entre liberales y revisionistas a través de una especie de integracionismo, como condición necesaria para el desarrollo nacional.³⁴

Más allá de estas preocupaciones que buscarían hacer de Mayo de 1810 el punto de partida para una historia que aún debía consumir su emancipación, se escucharon ciertas voces que, ajenas a las preocupaciones del momento, reivindicaban la comprensión de Mayo en función de la integración con la tradición hispánica. Dos historiadores que serán los referentes de los estudios de Historia americana y argentina en la FFyL de la UNCuyo, y que hicieron sus estudios de posgrado en la escuela sevillana, se hicieron presentes en el “III Congreso Internacional de Historia de América” que se celebrara en Buenos Aires con motivo del Sesquicentenario.

Llevaban por entonces los resultados de las investigaciones que los acreditaban como historiadores profesionales, pues su actividad historiográfica contaba con un desempeño laboral institucionalizado y con una fuerte intencionalidad cientificista asociada a la indagación empírica y a la supuesta desvinculación de la política. En realidad, la confrontación se erigía para ellos en torno de lo que consideraban una versión porteña sobre Mayo de 1810, a la que consideraban más homogénea de lo que en realidad era:³⁵ la acusaban de acentuar el carácter revolucionario de los hechos vinculándolos con el ideario republicano de las revoluciones anglosajonas, y cuestionaban el liderazgo porteño, que había no sólo opacado y subordinado el proceso del interior, sino desprestigiado la tradición de España en América.

En ellos ciertamente debía pesar la tradición hispanista del movimiento novecentista, que tuviera tanto eco entre los filósofos mendocinos a través de la lectura de figuras como Coriolano Alberini y Eugenio D’ Ors y que habría contado, incluso, con la presencia del mismo Ortega y Gasset, el impulso del nacionalismo cultural de los años veinte. Pero sobre todo, en estos historiadores sería muy fuerte la recepción del revisionismo irazustiano, en el que las ideas de Ramiro de Maeztu y su *Defensa de la Hispanidad* encontrarían comprometidos propagadores.

Jorge Comadrán Ruiz³⁶ presentaba su ponencia titulada “Mendoza en 1810”. Había sido el primero en arribar a la escuela sevillana a comienzos de los años cincuenta, donde desarro-

sino que era compartida por un conglomerado heterogéneo cuya genealogía atravesaba el campo de las izquierdas y las derechas.

³³ Carlos Altamirano, “Desarrollo y desarrollistas”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 2, Universidad Nacional de Quilmes, 1998, p. 81.

³⁴ F. Devoto, y N. Pagano, *Historia...*, op. cit., p. 197.

³⁵ Existía una genealogía del pasado hispánico que se oponía a las representaciones rupturistas de Mayo, la que pretendía desplazar el protagonismo porteño recuperando el pasado hispánico, así como la consideración del ciclo revolucionario entre 1809 y 1816: desde Pedro de Angelis, Juan Manuel de Rosas, y el período de la separación de Buenos Aires. Esta versión fue en parte sostenida por Julio Irazusta, *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, Buenos Aires, Albatros, 1943, vol. 2, pp. 128-130. Véase Fabio Wasserman, *Entre Clío y la Historia, conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo, 2008.

³⁶ Jorge Fermín Comadrán Ruiz (Mendoza, 1925-2004). Egresado de FFyL de la UNCuyo en 1949, becado por el Instituto de Cultura Hispánica, entre 1950 y 1951, en la EEHA, en el Archivo General de Indias; obtuvo el Diploma de Estudios Hispanoamericanos en la Universidad de la Rábida y realizó cursos de posgrado en la Universidad de Sevilla, con figuras como O. Gil Munilla, V. Rodríguez Casado, G. Céspedes del Castillo, C. Corona Baratech. Fue director de la Biblioteca Central de la UNCuyo entre 1955 y 1962. Estuvo vinculado con el grupo de los hermanos Irazusta, con quienes sostenía una amistad. Titular de Historia Argentina de la FFyL entre 1956 y 1991, año en que fue incor-

llaría sus investigaciones sobre la Intendencia de Córdoba del Tucumán, sin que concluyeran en una tesis doctoral. Sin embargo, el influjo de ideas de la escuela sevillana se mantendría a lo largo de su vida.³⁷ Fue seguido inmediatamente por Edberto Oscar Acevedo, quien presentaría un capítulo de lo que fuera su tesis doctoral defendida en Madrid sobre “La intendencia de Salta de Tucumán en el Virreinato del Río de la Plata” antes de ser publicada con el título *La revolución de Mayo en Salta*, tema que tenía una tradición dentro del nacionalismo, pues le había permitido a Ricardo Rojas ampliar la mirada mitrista porteña y a Acevedo defender la oportunidad de la Reforma de Intendentes promovida por los Borbones.

El trabajo de Comadrán abordaba el proceso revolucionario en Mendoza cuestionando la tradición que había reducido los procesos del interior al *esquema porteño* sin atender a las configuraciones de cada región, filiándose con Vicente Sierra, Roberto Marfany, Enrique de Gandía, Enrique Corbellini, Reyna Almandos, Federico Ibaguren, Guillermo Furlong, y cuestionando los estudios sobre la revolución en Mendoza, sobre todo el de Ricardo Levene, o los que consideraba *más serios*, de Ricardo Caillet-Bois y Manuel Lugones, de la década del ‘30. De hecho, su propuesta se incluía en ese tercerismo donde confluían representantes tradicionalistas de la nueva escuela y de la galaxia revisionista, quienes compartían el diagnóstico de crisis civilizatoria y reivindicaban la necesidad de una verdadera conciencia nacional, en la que Mayo seguía siendo central, pero en una versión renovada por los seguidores de Mitre y de Levene, que ponía énfasis en la indagación sistemática de archivos y en un relato alejado del ensayo y apegado al documento.

Comadrán explicitaba su intención de superar las tradicionales antinomias entre criollos y peninsulares, de independentistas o monárquicos. Partía de los resultados de sus indagaciones sobre la dirigencia mendocina en la primera mitad del siglo XIX, donde a través del relevamiento de fuentes censales realizaba un enfoque social de las instituciones, demostrando la existencia de una “‘aristocracia’ aburguesada y oligárquica”, constituida en un “99% por criollos”. Quedaba así cuestionada la escisión entre criollos y españoles de la primera versión de la historia cuyana de Damián Hudson en *Recuerdos históricos de la Provincia de Cuyo*, aparecida gradualmente en la *Revista de Buenos Aires* entre 1863 y 1874, donde la provincia aparecía jugando un rol de subordinación al proceso inicial de la nación liderado por Buenos Aires.

El recorrido argumental pasaba por una serie de postulados que iban desde el análisis de la reacción de la oligarquía mendocina frente a los sucesos españoles y su fidelidad al monarca,

porado como miembro de la ANH. En 1960 organizó el Seminario sobre *La Revolución de Mayo en el interior* y dictó numerosas conferencias sobre el tema entre 1957 y 1963. En 1961, junto a E. O., organizan el *II Congreso de Historia de Cuyo en conmemoración de los 400 años de la fundación de la ciudad*. Director del Instituto de Historia y jefe de la Sección de Historia Argentina. Decano de FFyL, investigador principal del CONICET y director del *Centro de Estudios Interdisciplinario de Fronteras Argentinas*. Su producción en la década de 1960: “En torno al problema del indio en el Río de la Plata”, “Bibliotecas cuyanas del siglo XVIII”, “Los jesuitas en Mendoza”, “Algo más sobre la semana de Mayo”, “Nacimiento y desarrollo de los núcleos urbanos y del poblamiento de la campaña del país de Cuyo durante la época hispánica 1551-1810”, “Argentina”, “Historia política, económica, social y cultural de la provincia de Cuyo (1561-1810)”, *Evolución demográfica argentina durante el período hispánico 1535-1810*.

³⁷ La bibliografía del programa de *Historia Argentina* que dictaba en la carrera de Historia de la FFyL en el año 1959 no remitía a los historiadores sevillanos, y sólo mencionaba unos pocos nacionalistas como F. Ibaguren y E. Palacio. Predominaba en cambio la lista de historiadores platenses y vinculados con la tercera vía que ya señalamos, como R. Caillet Bois y D. L. Molinari, R. Marfany, E. de Gandía y R. Etchepareborda. Sólo tardíamente en el programa de los años setenta aparecían citados los revisionistas J. Irazusta, J. L. Busaniche, E. Barba, A. Saldías, V. Sierra, F. E. Trusso, J. Gálvez, y los sevillanos V. Rodríguez Casado y C. Corona Baratech.

la especificidad de sus deseos reformistas filiados al reformismo español, abordado a través de su trabajo sobre bibliotecas cuyanas, así como la adhesión y posterior reacción frente a los sucesos en Buenos Aires y Córdoba, hasta el afianzamiento de la Revolución y su impacto en la antigua capital de Cuyo.

La ponencia publicada se iniciaba señalando cómo el uso de los términos “patria grande y patria chica [...]” desmentían la existencia del concepto de Patria Argentina”, sobre la cual se había construido la historia nacional. Justificaba así la idea de revisar esa historia desde estudios locales que recuperaran otras perspectivas del proceso histórico de 1810. Negaba la existencia de un “proyecto de independencia unido a la capital del virreinato”, señalando que eran las motivaciones locales de larga data, como el viejo deseo de la antigua capital de Cuyo de autonomizarse de Córdoba –garantía de mayor prosperidad económica para sus élites dirigentes– las que sostuvieron los sucesos de 1810. Esta lectura estaba en consonancia con la teoría de uno de los referentes de la Escuela Sevillana, Octavio Gil Munilla, quien sostenía que “la independencia americana era algo fatal que se hubiera producido sin necesidad de que la expulsión de los jesuitas, las revoluciones francesas y norteamericanas, las ideas enciclopedistas y las presiones extranjeras contribuyesen a preparar el ambiente pues eran sobre todo los sentimientos de descentralización y del cantonismo propio de individualismo español más extremista los que tomaron énfasis en América en función de la crisis imperial que atravesaba todo el andamiaje institucional”.³⁸

Primaba la idea de crisis imperial como disparador del proceso revolucionario, que se filiaba a la crisis de autoridad manifiesta en el Motín de Aranjuez contra la política de Godoy, y no a la destitución del virrey Sobremonte a propósito de las invasiones inglesas, quien gozaba de una imagen altamente positiva en todo Cuyo por su política de fronteras cuando fuera gobernador intendente. Se unificaban los sucesos peninsulares con los americanos en un único proceso y se filiaban con el movimiento reformista que venía de la época de Carlos III y esperaba ser continuado con Fernando VII.

Era claro en este punto el influjo de Carlos Corona,³⁹ quien desde la Rábida había focalizado el proceso de cambio en el interior del sistema español, considerando al Motín de Aranjuez y no la invasión napoleónica como el inicio del fin del Antiguo Régimen y reconstruyendo durante el reinado de Carlos IV las evidencias que le permitían explicar la proclamación posterior de las fórmulas político liberales. Esta interpretación, si bien no negaba la revolución, la entendía no como una revolución de emancipación, sino como un movimiento social de ascenso de las burguesías que venía gestándose en España y en América tras la crisis derivada de la política de los ministros ilustrados y en el marco de la guerra internacional.

Los sucesos de 1808 abrirían las puertas a una guerra civil, tal como lo sostenía el fundador de la Escuela Sevillana, Vicente Rodríguez Casado, uno de los principales promotores de la tesis contraria a la corriente historiográfica que atribuía a los Borbones la decadencia de

³⁸ Octavio Gil Munilla, “Teoría de la Emancipación”, *Estudios Americanos*, vol. II, N° 7, Sevilla, 1950, p. 336. Citado por Víctor Peralta Ruiz, “El virrey Abascal y el espacio de poder en el Perú (1806-1816)”, *Revista de Indias*, vol. LXVVI, N° 236, Madrid, CSIC, 2006, p. 179.

³⁹ Carlos Corona, *Revolución y reacción en el reinado de Carlos IV*, Madrid, Rialp, 1957, cuestionaba la aplicación y generalización del término Antiguo Régimen como una creación exitosa de los hombres de la revolución para oscurecer las especificidades de la monarquía española, traspolando los valores peyorativos que despertaba la monarquía absoluta.

España, quien enfatizaba el éxito de su política reformista americana. De ahí que Comadrán negara rotundamente cualquier sospecha de inautenticidad de la jura de fidelidad al rey cautivo. Por el contrario, reconstruía la línea fidelista partiendo del movimiento carlotista, que si bien parecía no haber tenido repercusión en Mendoza, sí la tuvo en el Río de la Plata.

El análisis de los sucesos en Mendoza giraba, al igual que el de Acevedo sobre Salta, como veremos enseguida, en torno a los componentes de la dinámica institucional: cabildo, funcionarios reales y pueblo, lo que les permitía llegar a evaluaciones semejantes.

En el caso mendocino, la unanimidad con que el Cabildo abierto del 23 de junio acató la Circular de la Junta respondía a viejos intereses sociales de autonomía. La lealtad de los tres funcionarios reales al gobernador intendente de Córdoba, Gutiérrez de la Concha, interpretada por las versiones conservadoras como un símbolo contrarrevolucionario, era para Comadrán una respuesta lógica de la relación de mandos del antiguo orden en medio de la complejidad de la situación que los hizo víctimas de las circunstancias. No se trataba de una reacción contra España, sino de la fragilidad de las posiciones frente a los vaivenes del proceso, donde la movilización social no podía interpretarse como un movimiento popular, y menos aun criollo, sino sólo como la movilización de la *oligarquía burguesa* en favor del “nuevo sistema” que lo autonomizaba de Córdoba.

Edberto Oscar Acevedo⁴⁰ se destacaría como el más conocido de los referentes locales de esta línea historiográfica. Tuvo una cierta circulación nacional e internacional, dando cuenta de la red de relaciones institucionales e ideológicas que lo sostenían. Sin perder nunca el contacto con la escuela sevillana de Rodríguez Casado, que lo proveyó de múltiples oportunidades para acceder al archivo sevillano, al igual que Comadrán mantuvo una amistad con los Irazusta, aunque no compartiera con ellos su preocupación por el rosismo,⁴¹ ni escribiera sobre el

⁴⁰ Edberto Oscar Acevedo (Provincia de Buenos Aires, 1926). En 1943 egresó como maestro normal nacional en Junín y estudió en la FFYL de la UNCuyo, de la que egresó como profesor en Historia y Geografía en 1949. Recibió la influencia de A. Falcionelli y de J. R. Sepich, formó parte del grupo que seguía a G. Soaje Ramos, y absorbió las ideas revisionistas, nacionalistas e hispanistas reproducidas por sus profesores Otto Burgos, F. Villamil y M. Pérez. Luego de perder su cargo docente en San Rafael por negar su afiliación al peronismo, consiguió una beca del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, en Sevilla, entre 1951 y 1953, y realizó sus estudios en la EEHA y en las universidades de Sevilla y de la Rábida. Se doctoró en Madrid en 1953, bajo la dirección de Octavio Gil Munilla –quien en 1960 dictaría una conferencia en la UNCuyo sobre la revolución burguesa–. Trató relación académica con V. Rodríguez Casado, Calderón Quijano, A. Muro Orejón y F. Morales Padrón. Su estadía en Buenos Aires le deparó la amistad de Torre Revello, Mariluz Urquijo, R. Molina y V. Sierra, entre otros. La intervención de Ángel Lapieza Elli en la UNCuyo en 1955 lo convocó para hacerse cargo de las cátedras de Historia Americana I y II y ganó el concurso en 1958, con B. Lewin, V. Sierra –reemplazado por Massini Correas–, y G. Furlong como jurados. En 1957 fue nombrado director del Instituto de Historia, desde donde propició la publicación de la *Revista de Historia Argentina y Americana* que dirigió hasta 1994. Académico correspondiente en 1960 y miembro de número en la ANH en 1973, formó parte de la Asociación Hispanoamericana de Historia, fue encargado del Archivo Histórico de la Provincia y miembro de número de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza. En 1976 entró en la carrera de investigador del CONICET y volvió varias veces a Sevilla, donde trató relación estrecha con el pPadre Paulino Castañeda Delgado, catedrático de Historia de la Iglesia. Se jubiló en 1992 y fue designado profesor emérito, continuando sus investigaciones en el Centro de Investigaciones en Historia Americana Contemporánea (CIHAC), por él creado. Entre sus trabajos de la década de 1960, muchos de ellos publicados en Sevilla: *El ciclo histórico de la Revolución de Mayo; La Gobernación del Tucumán en el Virreinato del Río de la Plata (1776-1783); La rebelión de Tupac Amaru; Factores económicos regionales que produjeron la adhesión a la revolución; Un corresponsal y sus noticias sobre la situación rioplatense (1806-1814); El padre José Antonio Sosa, intrépido enemigo de San Martín; Informe sobre la documentación histórica relativa a Cuyo existente en el Archivo; Significación histórica del régimen de intendencias en Salta del Tucumán; La intendencia de Salta del Tucumán en el virreinato del Río de la Plata; Puerto Rico, Nueva Granada y Perú a fines del Siglo XVIII, según viajeros anónimo<; Revolución en Mendoza (Investigación sobre el período 1810-1820).*

⁴¹ Sólo Comadrán escribiría un tardío opúsculo sobre “La clase dirigente mendocina y sus relaciones con Juan Manuel de Rosas”, FFYL-UNCuyo, 1989, que dedicó a su maestro y amigo, Julio Irazusta.

vínculo dependentista británico. Sí demostraría, en cambio, mayor preocupación por los motivos reaccionarios, lo que lo vincularía con personajes como Alberto Falcionelli. La relación de Acevedo con el integrismo católico vendría a través de su amistad con el sacerdote Julio Meinvielle y con Guido Soaje Ramos, y por su admiración por el padre Leonardo Castellani, más que por una militancia religiosa explicitada, como era el caso de alguno de sus amigos filósofos, Rubén Calderón Bouchet y Dennis Cardozo Biritos.

Además –aunque con menor grado de empatía–, sostuvo su presencia en la Academia Nacional de la Historia, adhiriendo a la imagen de historiador profesional que había construido la Nueva Escuela, practicando la consigna de Juan Manzano de hacer *archivo*, *archivo*, *archivo*, en un recorrido que iba por el Archivo de Indias, pasando por los de Chile, Perú, Bolivia, México, Buenos Aires, Salta, Mendoza, San Juan y San Luis, siempre en la búsqueda de ese proyecto imperial del siglo XVIII, que se derrumbara a principios del siglo XIX. Compartía, sin embargo, uno de los postulados de la “visión decadentista de la historia argentina”, como llamara Halperin al revisionismo, la certeza de que el “fracaso del destino argentino de grandeza” se había montado a partir de una “versión mentirosa de la política y de la economía”, tesis que será reproducida a través de una serie de artículos y libros que accedieron a ediciones españolas y latinoamericanas, y que en los últimos años fueran editados por Ciudad Argentina, proyecto editorial de otro mendocino, Roberto Dromi.

El trabajo que en los años sesenta Acevedo presentaba en el III Congreso Internacional de Historia introducía una reflexión sobre su concepción del oficio de historiador y de los problemas que hacían a la constitución del campo profesional, adhiriendo a la tradición historiográfica preocupada por el rigor intelectual de la disciplina más que por su operatividad presente. Si bien el encuadre aparentemente parecía reducir la potencialidad de su propuesta, advertía sobre la necesidad de recuperar los contextos que obligaban a matizar las posiciones y a reconocer tradiciones, con lo cual habilitaba sus “modestos” resultados para ser considerados en la revisión profesionalizada de la tradición historiográfica con la que debatía. Se fijaba así en esta tercera posición entre la crítica erudita de la Nueva Escuela y la necesidad de revisar sus postulados y conclusiones.

Esto es lo que puntualiza expresamente en “sus interpretaciones aproximativas”: haber llegado a lo que denominaba un “patrón diferente al de los estudios sobre las guerras de independencia”, demostrado que los conflictos suscitados entre el gobernador intendente y el Cabildo de Salta provinieron “no de la tradicional puja entre españoles y criollos, ni de actitudes antirrevolucionarias de los funcionarios”, sino de un “conflicto de poderes en torno a quién y cómo elegiría al representante”.

La cuestión procedimental revelaba la lucha por el poder dentro de un marco que no restaba importancia a la crisis ibérica, pero esa crisis institucional estaba caracterizada por la “debilidad del régimen intendencial y del gobierno central español”, y por el “ascenso de los cabildos..., sin que jugara ninguna cuestión de principios o programación política”. Las acciones de los protagonistas, igual que en el caso mendocino, fueron desarrollándose en función de los sucesos, aunque mientras Acevedo cuestionaba la falta de idoneidad de los funcionarios peninsulares borbónicos, Comadrán buscaba comprender la dualidad a la que estaban sometidos en función del criterio de lealtad.

Acevedo afirmaba “la diferencia entre los Intendentes constructores de los primeros tiempos y los sucesores...”, como el Gobernador Intendente Isasmendi: “era un hombre débil, mal informado, dispuesto solamente a responder a estímulos externos, no parece haber estado a la

altura de los tiempos, en definitiva casi el principal responsable de los sucesos”. Seguía la tesis de V. Rodríguez Casado en su *Introducción a la Memoria de Gobierno del virrey Abascal*, donde contrastaba la capacidad de conducción del líder de la contrarrevolución en medio del declive de la autoridad virreinal, producida, no tanto por la pérdida de funciones que conllevaron las reformas borbónicas, sino por la decadencia que implicó la selección de funcionarios reales, que había priorizado mecanismos de lealtad por sobre los rasgos meritorios.⁴² Situación esta que, según Carlos Corona, reivindicador de la política centralista de los Borbones, descargaba las responsabilidades en la política de los favoritos, pues todos los virreyes nombrados por Godoy sucumbieron rápidamente frente a la crisis institucional, con la sola excepción del virrey peruano, cuyo control férreo se atribuía a su formación aristocrática.

En la explicación del proceso salteño Acevedo sumaba a la argumentación sobre la puja entre poderes el tema social, pero tratado a partir de la opinión pública entre vecinos no plebeyos, a la cual reconocía como activa e interesada por “los acontecimientos en la península”, aunque dentro de los marcos de “fidelidad a la monarquía ante el peligro exterior”. En este contexto, el “unánime asentimiento al nuevo gobierno de Buenos Aires, se entiende como un procedimiento de estricta legalidad”, que no podía impedir que la sociedad se viera afectada por los conflictos que acarreen la “desunión general... a las puertas de la revolución”. Advertía así, en esta doble lealtad a la monarquía española y al gobierno porteño, un conflicto social latente que abría camino a la posibilidad de una revolución.

Se trataba, entonces, de un proceso revolucionario disparado por la crisis imperial, que buscaba amparo dentro de la legalidad vigente y abría las puertas a las demandas burguesas expresadas tras los conflictos por el poder, las cuales no respondían a ideologías externas, sino a la tradición española de unificación de las dos Españas, identificando la misma problemática a ambos lados del Atlántico.

Estas perspectivas no fueron muy claramente divulgadas en los artículos periodísticos que aparecieron por entonces, y menos aun para la opinión pública carente de herramientas para descifrar cuál era la operación historiográfica que subyacía tras la propuesta.

Jorge Comadrán Ruiz, por ejemplo, desde *Los Andes*,⁴³ hacía una triple operación: mientras demostraba su erudición profesional poniendo en evidencia un minucioso rastreo de archivo –que no dejaba de denunciar las preocupaciones del profesional por las pérdidas documentales y las omisiones de la memoria–, convocaba a reparar a través de una pedagogía patriótica local las faltas y las omisiones de los primeros intentos de instituir prácticas celebratorias. Frente a la intención fallida de la primera conmemoración de la gesta patria, que no logró el cometido de poner el nombre de los miembros de la Primera Junta a las calles mendocinas, sugería 150 años después ponerles el nombre de los olvidados miembros del Cabildo local. En tercer lugar, restituía una imagen de la sociedad mendocina destacando la configuración social de esa pequeña “aristocracia oligárquica y burguesa” representada por lo que denominara “las tres casas reinantes”, desplazando la idea de revolución popular y dejando en un cono de sombras una explicación política que hiciera inteligible el fenómeno revolucionario. Si bien no explicitaba sus presupuestos, la repetición del implícito reafirmaba una especie de sentido

⁴² Véase Víctor Peralta Ruiz, *op. cit.*, 2006, pp. 165-194.

⁴³ J. Comadrán Ruiz, “Mendoza en 1810. Su primer homenaje a la Junta de Mayo”, *Los Andes*, 25 de mayo de 1960. En el *Tiempo de Cuyo* no escribió sobre Mayo sino sobre “Los indios y la frontera sud de Mendoza durante el virreinato”, tema también de sus investigaciones.

común que no era nuevo, y que en definitiva constituía un *leitmotiv* del revisionismo: la imagen de una clase política desligada de su responsabilidad de estar al servicio del bien común.

En contraste, con un estilo más directo propio de una personalidad vigorosa como la de Acevedo, su artículo periodístico⁴⁴ rescataba la figura de un precursor local, el mendocino José Lorenzo Güiraldes y su defensa del “derecho de insurrección y de soberanía popular”, cuya argumentación “jurídica-histórica y no ideológica” –aclaraba nuestro autor– se superponía con las motivaciones “afrancesadas o populistas, de los partidarios de la monarquía reformista” que habrían nutrido los argumentos revolucionarios.

Sin apartarse de la hipótesis de revolución social hispana de la escuela sevillana, en la que se filiaba junto con Comadrán –quien solía poner mayor énfasis en la negación del influjo del racionalismo francés–, la argumentación de Acevedo parecía estar más en consonancia con las imágenes que podía consumir un público masivo, al que le era difícil desandar el carácter revolucionario del mito de los orígenes.

Su operación interpretativa, como lo dirá después en sus *Memorias*,⁴⁵ consistía en reconocer y reclasificar posicionamientos teóricos y opciones prácticas en función de la coyuntura, admitiendo básicamente tres líneas ideológicas: frente a la influencia de la ilustración francesa y la adhesión a ideas radicales republicanas que sólo reconocía en algunos casos individuales, prefería admitir la mayor incidencia de las tradiciones populistas de los Austrias en oposición al centralismo borbónico –que si bien había hecho frente al expansionismo colonialista de sus rivales, había causado efectos no deseados con la política de los favoritos–, provocando un resurgimiento de la línea fidelista o monárquica –no absoluta sino nacional–, para finalmente desembocar en el constitucionalismo liberal que luego se expresaría en Cádiz.

En segundo lugar, enfatizaba cómo las ideas de la ilustración adquirieron matices propios dentro de la tradición española, en donde los jesuitas jugaron un papel sustancial en la difusión de ideas suarecianas y en la configuración de lo que llamarán la Ilustración católica. En tercer lugar, daba cuenta de cómo en el contexto del conflicto internacional entre Inglaterra y Francia se produjo una profunda crisis institucional que afectó la estructura del Estado, desencadenando un proceso de guerras –consideradas guerras civiles por lo menos hasta 1814– que implicaron la pérdida del territorio americano. Fijaba así su perspectiva desde la dislocación de la estructura imperial, la disolución de ese añorado Estado hispanoamericano y el ingreso de la tan denostada modernidad como un efecto no deseado de la revolución.

Para Acevedo, fue la coyuntura de la guerra lo que generó soluciones diversas frente a la crisis de la monarquía: desde el juntismo, el regentismo carlotista o la dependencia de cualquier gobierno con sede española, entendiendo que la palabra independencia sólo se explicaba en relación con Napoleón y en fidelidad a Fernando VII, por lo cual lo revolucionario fue la forma de constitución de las juntas, pero no su finalidad, que era la fidelidad al rey español.

El día del sesquicentenario, un artículo periodístico de Ignacio Toribio Lucero, una de las primeras líneas del crucismo, reflejaba el arsenal historiográfico disponible para la explicación de lo que denominaba *Los ideales de Mayo*, en una especie de síntesis ecléctica de las interpretaciones reaccionarias y tradicionalistas. Mientras apelaba a las tesis de Marius André en *El fin*

⁴⁴ E. O. Acevedo, “Otro mendocino precursor de la revolución”, en *IV Centenario de la Fundación de Mendoza*, Edición Extraordinaria del *Tiempo de Cuyo*, marzo de 1961.

⁴⁵ E. O. Acevedo, *Memorias...*, op. cit., pp. 140 y ss.

del Imperio Español en América,⁴⁶ para cuestionar la injerencia de la tradición liberal de la Revolución Francesa, recurría también a las tesis menos reaccionarias de la escuela sevillana encarnadas en la figura de Giménez Fernández,⁴⁷ quien abonaba la idea de pervivencia del populismo escolástico de la época de los Austrias, que tuvo especial incidencia en el revisionismo. Las tesis populistas redescubridoras de una tradición que se enfrentaba al autoritarismo borbónico pretendían reivindicar un cúmulo de libertades que entraban en sintonía con las propuestas de los movimientos revolucionarios y polemizaban con la descalificación que hicieran los románticos de la monarquía española, al no distinguir entre la tradición borbónica y la de los Habsburgos.

La recuperación de argumentaciones jurídicas escolásticas, así como la interpretación de los hechos revolucionarios como una pugna entre liberalismo, tradicionalismo y absolutismo, llevaban a Lucero a adscribir a las versiones del revisionista Vicente Sierra, quien identificaba al prototipo del tradicionalista, encarnado por Saavedra, como “el que se ha liberado del peso de los hechos históricos y camina hacia el porvenir dentro del estilo que le pertenece”, diferenciándose de posiciones conservadoras, que en el Río de la Plata son identificadas con el absolutismo... “incapaz de desprenderse de ellos [del peso de los hechos históricos] lo es de forjar su porvenir”.⁴⁸ Para el autor, en la revolución predominó un tradicionalismo no reaccionario que reconocía la influencia de la ilustración, a través de figuras como la de Manuel Belgrano, que no se había apartado de la religión católica, en contraste con el liberalismo jacobino de un Moreno o un Castelli, cuyas propuestas, si bien derrotadas en sus inicios, tuvieron largo aliento.

Recepciones y reflexiones finales

Esta línea interpretativa de alguna manera no pareció despertar demasiadas controversias entre los historiadores mendocinos, donde la tradición hispanista y el sentido tradicionalista y anti-modernista de Mayo parecían ser incontrastables, sin que fuera explícitamente advertido que estas interpretaciones sobre el pasado podían ser justificadoras de ciertos proyectos hispanistas, por entonces aún anacrónicamente vigentes.

Sin embargo, existieron algunas voces juveniles que intentaron introducir la polémica. Así lo testimonia una reseña de Dante O. Polimeni⁴⁹ sobre *Tradición política española e ideo-*

⁴⁶ Marius André (1868-1927). Escritor, poeta y periodista, representa la reacción fidelista contra Francia, el liberalismo y las Cortes de Cádiz; colaborador de *L'Action Française* de Charles Maurras, publicó *La Fin de l'empire espagnol d'Amérique* en 1924 –reeditado por ediciones Nueva República en Barcelona en el 2008 con la pretensión de erigirse nuevamente en la obra “que desenmascara el relato preñado de embustes y silencios que liberales, marxistas, indigenistas de antaño y progresistas de toda laya y condición han sostenido sobre el proceso de independencia de la América hispana durante el siglo XIX”–. Su versión da cuenta de la revolución como un proceso de guerras civiles, en que los españoles y americanos se levantaron contra las ideas de la enciclopedia francesa para defender la religión católica, temerosos de que los ingleses alejasen el catolicismo y los americanos cayesen en el protestantismo o el ateísmo.

⁴⁷ Véase Manuel Giménez Fernández, “Las ideas populistas en la independencia de Hispanoamérica”, *Anuario de estudios hispanoamericanos*, N° 3, 1946, p. 517. Giménez Fernández fue un jurista y político nacido en Sevilla (1896-1968). Diputado de la II República en 1933, formó parte del ala progresista de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). En su gestión como ministro de Agricultura (1934-1935), la propia CEDA se opuso a sus moderadas reformas en favor de la formación de pequeñas propiedades y fue destituido. Volvió a la docencia como profesor de Derecho Canónico de la Universidad de Sevilla en 1935; expulsado durante la guerra civil, fue rehabilitado en 1941.

⁴⁸ *Los Andes*, 25 de mayo 1960, p. 1, cuarta sección.

⁴⁹ Dante Osvaldo Polimeni (1937-1993), profesor de Filosofía recibido en la FFyL de la UNCuyo, fue consejero estu-

logía revolucionaria de mayo de Tulio Halperin Donghi, cuya primera edición de 1961 había encarado la polémica sobre las filiaciones ideológicas, afirmando cómo el conglomerado de ideas tradicionales que operaron en Mayo habría de convertirse en un arsenal interpretativo con sentidos radicalmente diferentes a los que tuviera en su origen. El cuestionamiento de Halperin se refería a la focalización que las versiones tradicionalistas hacían de los fundamentos jurídicos del orden de reemplazo, cuyo origen popular y convencional se había consensuado en función de diversas filiaciones. Proponía, en cambio, el análisis de las modalidades prácticas mediante las cuales se había efectuado el traspaso de poder.

En este sentido, los trabajos de Comadrán y Acevedo demostraban avances en la reconstrucción empírica en cuanto a las dinámicas institucionales de ciudades del interior, que divergían de la experiencia rioplatense. Sin embargo, sus motivaciones iban en otra dirección, pues su intención era reconstruir la pervivencia de la tradición hispana, menguando el carácter rupturista de la revolución, la que para ellos –como para los principales representantes, no sólo de la escuela sevillana (V. Rodríguez Casado, C. Corona, Gil Munilla), sino también del reaccionarismo francés representado por M. André– consistió en un movimiento en el interior del imperio compartido a ambos lados del Atlántico. El movimiento reflejaba demandas burguesas y autonómicas frente a la crisis producida por la decadencia borbónica y, según su lectura, derivaría, sin quererlo, en una ruptura, lo que suponía hacer caso omiso del nuevo sentido radical y revolucionario que impregnaba los inicios del nuevo orden.

Esta polémica podía parecer más que anacrónica en los años sesenta. El proyecto hispanista del nacional catolicismo que acompañó al franquismo no podía tener vigencia en un mundo que avanzaba hacia la modernización aunque fuera en forma conflictiva y asimétrica. La posibilidad de que España cumpliera con su *misión antirrevolucionaria* era la idea con la que Acevedo había vuelto en 1953 a la Argentina, sin advertir entonces, como lo admitiría en sus *Memorias*, que no había posibilidades de un *ensayo reaccionario* en un mundo dominado por los “Estados Unidos y su perniciosa influencia [...], por los partidos de extrema izquierda que se reagrupaban en todas partes, las fuerzas ocultas que prohibaban todos los vuelcos hacia una libertad [...], el cambio generacional [con el que] creían renovar ciertas estructuras y pautas morales, [e incluso el] aggiornamento de la Iglesia Católica [que parecía entrar] en ese clima de perniciosas mutaciones”.⁵⁰

Admitir que de su “ingenua e impolítica posición” sólo quedaría el hispanismo no alcanza a dar cuenta de cómo estas ideas constituyeron un enrarecido clima que permeó los programas de las cátedras universitarias de Historia americana y de Historia argentina,⁵¹ en una “universidad de frontera” como la llamara Julio Cortázar, donde el pluralismo, el diálogo y la confrontación historiográfica no fueron sus principales atributos.

La Argentina del desarrollismo corría por otros cauces, no preocupaba mayormente lo que parecía ser sólo un debate marginal en el interior de la disciplina. Tal vez porque el con-

diantil reformista entre 1960 y 1962. Ejerció la docencia en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNCuyo hasta ser cesanteado. Fue funcionario del gobierno provincial hasta 1976, cuando se exilió en Costa Rica.

⁵⁰ E. O. Acevedo, *Memorias...*, *op. cit.*, p. 74.

⁵¹ Los programas de Historia Argentina de Comadrán en 1959 se centraban en el ciclo revolucionario: focalizaban el movimiento justista y el carlotismo como reacciones hispanistas ante la crisis de la monarquía. En los setenta se extenderían hasta la caída de Rosas e incluirían las interpretaciones de R. Marfany y de D. Ramos Pérez sobre Mayo. Mientras los programas de Historia Americana I de E. O. Acevedo en 1959 incluían como bibliografía la escuela sevillana: Giménez Fernández, Konetzke, Manzano, Muro Orejón, Ots Capdequi, entre otros.

senso construido por el revisionismo en esto de entender el siglo XIX argentino a través de la imagen de una “colonia guiada por el liberalismo extranjerizante” de una “clase dirigente que carecía de sentido nacional” era demasiado fuerte para que importara la distinción entre la procedencia ideológica de las críticas, ya fueran reaccionarias o progresistas, diferencias que se harían más evidentes e, incluso, estridentes con el correr del tiempo, dejando a esta línea historiográfica convertida en un reducto antimodernista. □

Resumen / Abstract

Tradición y reacción en el sesquicentenario. La escuela sevillana mendocina

La indagación sobre el nacionalismo en el posperonismo en Mendoza nos ha permitido recuperar una serie de itinerarios intelectuales que dan cuenta de la complejidad de un período, en el que la circulación y tránsito de ideas evidencian no sólo fuertes procesos de mutación de identidades, sino también la cristalización de posiciones ciertamente anacrónicas. En este trabajo pretendemos relevar a propósito de la celebración del sesquicentenario de Mayo la producción historiográfica mendocina que circuló en espacios de divulgación, constituyéndose en una fuerte tradición que perduró en los espacios académicos locales. Más allá de explicar la incidencia que tuvieron en la refracción de otras corrientes de pensamiento, las tesis interpretativas que ven a Mayo como un momento de reafirmación de la hispanidad y que niegan su sentido emancipatorio, así como los recorridos biográficos de sus autores, revelan redes de sociabilidad intelectual que bajo la nominación de nacionalismo encubrían no pocas especificidades, al mismo tiempo que revelaban las vinculaciones existentes con la escuela historiográfica sevillana, por entonces usina intelectual del franquismo y nutriente del pensamiento nacionalista conservador y autoritario de los años sesenta.

Palabras clave: Redes intelectuales – nacionalismo-historiografía - Mayo

Fecha de recepción del original: 16/6/2010

Fecha de aceptación del original: 7/7/2010

Tradition and reaction in the sesquicentennial. The Sevillian school of Mendoza

Research on the nationalism present in post-Peronism in Mendoza has allowed us to retrieve a number of intellectual itineraries that exemplify the complexity of a period in which the circulation and traffic of ideas show not only strong identity mutation processes, but also the crystallization of undoubtedly anachronistic positions. In this article we aim to survey –in the context of the sesquicentennial of the May Revolution celebrations–, the important historical production that circulated in zones of wide diffusion, and which contributed to implant a powerful tradition that lasted for a considerable time in the local academic scene. Rather than explaining the impact that they had on the refraction of other schools of thought, interpretative theories that see May as a reaffirmation of Spanishness and a negation of its emancipatory sense –as well as their authors’ biographical trajectories– they reveal an intellectual sociability that under the rubric of nationalism, veiled many internal differences, just as they at the same time revealed strong connections with the Sevillian school of historiography, then an intellectual engine of Francoism and a buttress of the conservative, authoritarian Nationalist thought of the Nineteen-sixties.

Keywords: Intellectual networks - nationalism-historiography – May Revolution

Nacionalismo, peronismo, comunismo

*Los usos del totalitarismo en el discurso
del Partido Socialista Argentino (1946-1953)*

Ricardo Martínez Mazzola

Universidad Nacional de San Martín/CONICET

En septiembre de 1950, Alicia Moreau de Justo advertía:

no es necesario recurrir al ejemplo de Rusia para demostrar el antagonismo irreductible que existe entre el socialismo y los sistemas totalitarios. Nosotros estamos viviendo aquí una situación parecida al caso ruso. No tiene aún aquellas proporciones, pero amenaza adquirirlas con el tiempo [...].¹

La dirigente socialista planteaba una, hoy sorprendente, asociación entre el peronismo –el “aquí” del que hablaba– y el estalinismo. Tal vínculo, habitual en su discurso,² era posible por la utilización de un término, el de “totalitarismo”, que había ampliado su referencia, antes limitada a los “nazi-fascismos”, para incluir también el régimen soviético.

Sin embargo, la historiografía, que ha señalado cómo las interpretaciones socialistas acerca del naciente peronismo estuvieron fuertemente influidas por el contexto de lucha con el “totalitarismo” nazi-fascista, no ha analizado los usos del tópico “totalitario” en los años que siguieron al triunfo de Perón. Creemos que esa ausencia se explica, al menos en parte, por la subsistencia de una mirada de sentido común que afirma que las fuerzas políticas antiperonistas, y en particular los socialistas, se hallaban ancladas en la añoranza de un pasado idealizado. Suponiendo que las lecturas iniciales se habrían mantenido incólumes después de 1946, la mayoría de los investigadores tendió a concentrarse en el período 1945-1946, reconstruyendo

¹ *Nuevas Bases*, N° 7, 31 de agosto de 1950. *Nuevas Bases* fue uno de los periódicos que los socialistas editaron luego de la clausura de *La Vanguardia* en agosto de 1947. Aunque el periódico casi centenario siguió publicándose de manera clandestina, su irregularidad llevó al ps a publicar otras hojas, como *La Lucha*, *El Socialista* y, a partir de junio de 1950, *Nuevas Bases*. Sobre *Nuevas Bases*, véase Ricardo Martínez Mazzola, “Los otros rostros del peronismo: totalitarismo y rosismo. Los estilos indirectos de la crítica en el periódico ‘Nuevas Bases’”, ponencia presentada en el II Encuentro Internacional “Teoría y práctica política en América Latina. Nuevas derechas e izquierdas en el escenario regional”, organizado por el Departamento de Sociología, Facultad de Humanidades (UNMDP) y por el Instituto del Desarrollo Humano (UNGS), Mar del Plata, 2 al 5 de marzo de 2010.

² La expresión más sistemática de sus argumentos con respecto al “totalitarismo” se encuentra en Alicia Moreau de Justo, *¿Qué es un partido político?*, Buenos Aires, s/e, 1952. Aunque el discurso de las mujeres socialistas merecería un trabajo específico, podemos adelantar que similares planteos pueden encontrarse en dirigentes como Nelly Saglio, Josefina Marpons y María Luisa Berrondo.

las posturas que sus dirigentes esbozaron en esos tiempos cruciales.³ En este artículo nos proponemos dejar atrás la cisura representada por el triunfo electoral de Perón para reconstruir una de las líneas principales del discurso del Partido Socialista (ps): la representada por los distintos usos del término “totalitarismo”. Analizaremos cómo el discurso “anti-totalitario” le permitió a la dirigencia del ps no sólo condenar, por su asociación con las experiencias europeas, al régimen nacido de la revolución del ‘43 y al gobierno peronista, sino también cuestionar por su cercanía con el peronismo a los comunistas y a los miembros del ala izquierda del mismo ps. Nuestro recorrido se cierra a comienzos de los años cincuenta, momento en que los intelectuales socialistas produjeron las más densas caracterizaciones del peronismo como fenómeno “totalitario”, y justo antes de que la clave “anti-totalitaria” comenzara a ser cuestionada por la militancia socialista, en particular la juvenil.⁴

Nacionalismo

Durante la segunda mitad de los años treinta y la primera de los cuarenta se consolidó en la Argentina un fuerte movimiento antifascista⁵. Al calor de las noticias sobre el ascenso del nazismo y la guerra española, se fundaban periódicos, se redactaban manifiestos y se creaban organizaciones. Al igual que en otras latitudes, era en la lucha contra el fascismo que comenzaba a extenderse el uso del término “totalitarismo”.⁶ Sin embargo, mientras que en Europa la

³ Entre los escasos trabajos que se concentran en la historia del ps durante los primeros gobiernos de Perón pueden citarse el de Marcela García Sebastiani, *Los antiperonistas en la Argentina peronista 1945-1951*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005; Carlos Herrera, “El Partido Socialista ante el peronismo, 1950. El debate Ghioldi-González”, *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, Buenos Aires, N° 21, 2003, pp. 116-141. Pero, sin dudas, el principal antecedente de este artículo es Carlos Herrera, “¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo (1943-1956)”, en H. Camarero y C. Herrera (comps.), *El Partido Socialista en la Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 342-366. El texto de Herrera demuestra que la interpretación que acerca del peronismo propusiera el principal intelectual del ps, Américo Ghioldi, pasó de un relativamente complejo juicio inicial, que reconocía el aporte social del nuevo movimiento, a una condena absoluta. Pero el argumento con el que Herrera cierra su artículo parece cuestionar la importancia de ese cambio, y ello por postular que habría un elemento preexistente, el concepto de “totalitarismo”, que, al ser empleado como “significante vacío” para interpretar al peronismo, habría limitado toda variación colocando al ps fuera de la historia. Creemos que el juicio sólo se sostiene si se postula que Ghioldi y los socialistas dieron un sentido constante y definido al término totalitarismo. Es ese postulado el que la reconstrucción de los usos del “totalitarismo” propuesta en este artículo pone entre paréntesis.

⁴ Sobre los debates en el ps en los últimos días del gobierno peronista y durante la “Revolución Libertadora”, véase Cecilia Blanco, “La erosión de la unidad partidaria en el Partido Socialista, 1955-1958”, en H. Camarero y C. Herrera (comps.) *El Partido Socialista...*, op. cit., pp. 367-389; María Cristina Tortti, “Las divisiones del Partido Socialista y los orígenes de la nueva izquierda argentina”, en *ibid.*, pp. 391-412; María Cristina Tortti, *El “viejo” partido socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

⁵ Sobre el antifascismo en la Argentina, véase Andrés Bisso, Acción Argentina. *Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo, 2005; Andrés Bisso (comp.), *El antifascismo argentino*, Buenos Aires, cedinci Editores/Buenos Libros, 2007; Jorge Nálim, “Del antifascismo al antiperonismo: Argentina Libre,...Antinazi y el surgimiento del antiperonismo político e intelectual”, en M. García Sebastiani (ed.), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2006, pp. 77-105; Ricardo Pasolini, “*Scribere in eos qui possunt proscribere*. Consideraciones sobre intelectuales y prensa antifascista en Buenos Aires y París durante el período de entreguerras”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, Año 12, N° 12, 2008, pp. 87-108.

⁶ El término “totalitarismo” había sido acuñado en los años veinte para referirse al fascismo italiano, y en ocasiones había sido usado aprobatoriamente por los propios fascistas. Después de 1933 su uso se había extendido para asociar

denuncia era acompañada por las primeras indagaciones teóricas sobre los rasgos específicos del tipo de régimen “totalitario”, en la Argentina los usos del término se mantuvieron en el terreno declamatorio. El vocablo no adquirió un valor propio, sino que se apeló a él como un sinónimo de “fascismo”, término con el que se englobaba no sólo al régimen italiano, sino al nazismo alemán, a otras dictaduras europeas como la de Franco en España y la de Salazar en Portugal e incluso a gobiernos latinoamericanos como el de Getulio Vargas en el Brasil.

La oposición “democrática” argentina también apeló al tópico para asociar a los gobiernos “conservadores” de Agustín P. Justo y, sobre todo, de Ramón Castillo con el fascismo italiano y el nazismo alemán.⁷ La amenaza, se afirmaba, no era sólo extranjera, la infiltración externa se veía facilitada por la acción de los “fascistas criollos”.⁸ La acusación se dirigía especialmente a los círculos de militantes “nacionalistas”, subrayando que no eran verdaderamente tales sino simples imitadores de modelos extranjeros como el italiano y el alemán. Ello permitía mantener lo que Bisso ha denominado el “carácter bifronte” del antifascismo argentino: una cara subrayaba los aspectos internacionalistas, revolucionarios, antiimperialistas y anticapitalistas del combate al fascismo; la otra proclamaba “la necesidad de unir esa lucha a una tarea principalmente preservadora de la *nacionalidad* y de defensa de la civilización, la modernidad y las instituciones democráticas y liberales”.⁹ Dentro del espacio antifascista, era el PS el que más claramente se mostraría tensionado entre ambos rostros;¹⁰ sin embargo, y progresivamente, sería el segundo el que se impondría, terminando de disolver la, ya diluida, escisión constitutiva –la de ser el representante de una parte de la sociedad, la clase obrera– en un culto a la tradición liberal argentina.¹¹

La asociación entre enemigos externos e internos, entre la Guerra Mundial y el combate a los gobiernos fraudulentos, aportaba el principal fundamento para la construcción de una “Unión Democrática” que acabara con un régimen autoritario y represivo. Cuando tal cons-

al régimen italiano con el nazismo alemán. Para una historia del concepto de “totalitarismo”, véase Enzo Traverso, *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, EUDEBA, 2001; Simona Forti, *El totalitarismo: trayectoria de una idea límite*, Barcelona, Herder, 2008.

⁷ La equiparación era forzada: Justo era un militar con fuertes vínculos con el radicalismo y de posiciones anglófilas. Incluso en el caso de Castillo, el planteo era binario y simplista: como señala Nállim, desconocía que Castillo estaba lejos de ser nazi, que no estaba rodeado de “nacionalistas” y que su “neutralismo” se apoyaba en las tradiciones argentinas de política exterior. Véase Jorge Nállim, “Del antifascismo al antiperonismo...”, *op. cit.*, pp. 89-90.

⁸ Andrés Bisso, *Acción Argentina...*, *op. cit.*, distingue dos formas de movilización antifascista: la primera, más centrada en la cuestión internacional, alertaba sobre la “amenaza nazifascista”; la segunda advertía sobre el más solapado “fascismo criollo”. Sin embargo, debemos señalar que la distinción propuesta es analítica: era justamente la contaminación entre ambos peligros la que hacía posible canalizar las energías despertadas por los conflictos europeos en contra de fenómenos que, a priori, guardaban escasa relación con los sucesos del Viejo Continente.

⁹ Andrés Bisso, *El antifascismo...*, *op. cit.*, p. 55.

¹⁰ Y ello porque en las filas socialistas la tensión no era nueva sino que profundizaba las viejas disputas acerca de la “cuestión nacional”. Éstas, presentes desde la fundación del partido, no se limitaron al terreno intelectual sino que dieron lugar a varias de las rupturas que había sufrido el PS a lo largo de su historia. Véase Ricardo Martínez Mazola, “El Partido Socialista y sus interpretaciones del radicalismo argentino (1890-1930)”, tesis doctoral en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2009.

¹¹ Tal disolución se deja ver con claridad en el número especial que *La Vanguardia* editó el 1° de mayo de 1943. Si en otras ocasiones esa edición iba dedicada a dar cuenta del significado de la fecha como día de lucha, o al menos como fiesta obrera, en ese año el acento se colocaba en un aniversario coincidente: el de la sanción de la Constitución Nacional. Se afirmaba que recordar tal fecha era particularmente importante en momentos en que los principios constitucionales se hallaban amenazados “por los viejos y anacrónicos intereses que la constitución reduce, encauza o suprime, y que han resurgido a la beligerancia activa y desembozada a través de los regímenes totalitarios”. *La Vanguardia*, 1 de mayo de 1943.

trucción estaba iniciándose, un golpe militar depuso al repudiado gobierno de Castillo. No sorprendió entonces que el movimiento militar del 4 de junio fuera recibido con expectativa por parte de los partidos opositores al régimen depuesto. Sin embargo, pronto los opositores, y, en particular, los socialistas, comenzaron a manifestar su desconfianza frente a un gobierno que no parecía dispuesto a dar un rápido paso al costado y restablecer “las instituciones de la república”. Para los socialistas, uno de los rasgos más preocupantes era la presencia de intelectuales de tinte “rosista y totalitario” en importantes cargos públicos. En el mes de septiembre, *La Vanguardia* publicó un editorial en el que su director, Américo Ghioldi,¹² planteaba el triste cuadro de la Universidad de Tucumán, copada por los “nacionalistas”. Así contraponía:

A Tucumán –a Tucumán, Señor, la patria de Alberdi y Avellaneda– se han enviado rosistas convictos y confesos; en la provincia del Congreso histórico hay funcionarios que hablan de la Revolución de Mayo como la obra de unos pocos afrancesados!; en la provincia acogedora de extranjeros ilustres –Amadeo Jacques, Paul Groussac, Pablo Mantegazza, German Burmeister– gobiernan predicadores de un nacionalismo hostil [...] La estructura primaria y básica del ser argentino rechaza todo cuanto se le ofrece en forma de prepotencia, de persecución, de antilibertad y de formas totalitarias, pues en esencia y fundamentalmente, la raíz romántica del argentino significa el sentimiento incoercible de la libertad tanto como la expansiva libertad del sentimiento.¹³

Como podemos ver, lejos de una prédica abstractamente internacionalista, Ghioldi intentaba cuestionarles a los “totalitarios” el sentido de la nacionalidad. Así, a fines de 1943 –momento en que los sectores “nacionalistas” parecían ganar peso en el gobierno de la revolución–,¹⁴ el intelectual socialista cuestionaba que se motejara como “nacionalista” la imitación del culto hitlerista y mussoliniano al Estado. Argumentaba que si el nacionalismo era “un principio adherido a las leyes, tendencias y pensamientos directrices de nuestro desenvolvimiento histórico”, las doctrinas que exigían la entrega del hombre al Estado no podían ser argentinas. Esta estatolatría, subrayaba, no se fundaba en el pensamiento cristiano, ni en el enciclopedismo, la

¹² De origen humilde y sin formación universitaria –era profesor normal de Ciencias–, Ghioldi era un verdadero “intelectual de partido”. A partir de su afiliación en 1915, su inserción en el aparato del PS había sido rápida, y pronto llegó a dirigir *La Vanguardia*. Sus intervenciones –innumerables artículos en la prensa, folletos y libros– no sólo se ocupaban de las cuestiones políticas de la hora sino que, lo decisivo, proponían un profundo giro en la tradición socialista argentina: partiendo de la crítica al positivismo desarrollada por Alejandro Korn, Ghioldi proponía el abandono del modelo objetivista y economicista para fundar el socialismo en las teorías idealistas de la historia. Como señala Viana, en la obra de Korn Ghioldi buscaba una respuesta a las teorías políticas de la movilización de masas. Tal respuesta se encontraría en una “ética de los valores”, en la que “la Libertad” ocupaba el lugar central, y en un modelo de intervención política basado en el modelo de la pedagogía. Véase Juan Manuel Viana, “El giro ético en el pensamiento socialista argentino: del subjetivismo de Alejandro Korn al antipopulismo de Américo Ghioldi”, ponencia presentada en las “XII Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia”, San Carlos de Bariloche, 28 al 31 de octubre de 2009. Sobre Ghioldi véase también Javier Burdman, “Ghioldi y *La Vanguardia* ante el surgimiento del peronismo. La disputa por los trabajadores y la justicia social desde un enfoque ideológico-discursivo”, ponencia presentada en el “Primer Congreso de Estudios sobre el Peronismo: la primera década”, organizado por la Red de Estudios sobre el Peronismo, Mar del Plata, 6 y 7 de noviembre de 2008; Carlos Herrera, “¿La hipótesis...”, *op. cit.*, y Carlos Herrera, “El Partido Socialista ante...”, *op. cit.*

¹³ *La Vanguardia*, 23 de septiembre de 1943.

¹⁴ En el mes de octubre el escritor “nacionalista” Gustavo Martínez Zuviría, célebre por las novelas firmadas bajo el nombre de Hugo Wast, ocupaba el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. En diciembre el gobierno dictaba un decreto estableciendo la educación católica en las escuelas públicas.

ideología o el romanticismo. Continuando con su reconstrucción de “la evolución de las ideas argentinas”, señalaba que tal “culto al Estado” no se hallaba tampoco en el positivismo, ya fuera comtiano o spenceriano, ni en “la reciente inflexión filosófica” de resonancias kantianas encabezada por Alejandro Korn, y mucho menos en el socialismo o en el anarquismo. El recorrido se cerraba con un juicio concluyente:

No hay pues, nada argentino que explique la aberración de un nacionalismo totalitario, estatocéntrico y estatolátrico. Este es un nacionalismo simulado y de contrabando. No tiene más antecedentes que el fascismo italiano, el totalitarismo hitlerista, y el corporativismo-sindicalista de Franco. ¡Por eso el pueblo repudia semejante “nacionalismo” extraño a la substancia argentina!¹⁵

Pero en otras ocasiones, Ghioldi encontraba un antecedente nacional para los totalitarios. Postulaba la continuidad entre pasado y presente y dividía la historia argentina en dos bandos: mientras los “nacionalistas” remitían no sólo a Hitler, Mussolini y Franco, sino también a Juan Manuel de Rosas, el socialismo era heredero de la verdadera “tradición nacional”. Ésta sería la del “liberalismo histórico de la Argentina, que comienza en las jornadas seculares de la revolución; la democracia histórica, que nace en los días de Mayo santificada por el dogma de la igualdad”. Ghioldi subrayaba que las corrientes históricas creadas en la democracia y el “liberalismo fundamental” no pertenecían al pasado sino que se encontraban vivas más allá de las amenazas y la represión. Y lo proclamaba en términos sarmientinos: “La idea no muere. Las ideas no se degüellan”.¹⁶

Peronismo

Las duras críticas de *La Vanguardia* al gobierno “revolucionario” suscitaron repetidas clausuras del periódico. Las dos primeras, en julio y agosto de 1943, fueron por cinco días, las dos siguientes, en septiembre y octubre, durante quince días. Finalmente, en abril de 1944, el diario fue clausurado “por tiempo indeterminado”. Aunque el gobierno revocó la medida a fines de agosto de ese año, *La Vanguardia* sólo volvió a aparecer, como semanario, a comienzos de 1945. Mucho había cambiado en el tiempo transcurrido: José Pedro Ramírez había dejado la presidencia de la Nación en manos de Edelmiro Farrell y la vicepresidencia estaba en manos de Juan Domingo Perón, que era también el ministro de Guerra y el secretario de Trabajo y Previsión. Desde este último cargo, Perón había comenzado a llevar adelante una política social que lo acercaba a los trabajadores, sentando las bases de su liderazgo posterior. Dicha política obligaría a los socialistas a agregar, a su tradicional distinción entre dos “nacionalismos”, la diferenciación acerca de dos modos de entender la “justicia social”. En obvia referencia a la política obrera del gobierno, *La Vanguardia* explicaba:

¹⁵ *La Vanguardia*, 11 de diciembre de 1943.

¹⁶ *La Vanguardia*, 4 de enero de 1944. Sobre la ubicación del socialismo en esa “tradición nacional”, véase Ricardo Martínez Mazzola “El Partido Socialista y la tradición liberal”, *Papeles de Trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales*, N° 7, Buenos Aires (en prensa).

La justicia social no exige la presencia de dictadores. No hay socialismo a lo Hitler, a lo Mussolini o a lo Rosas... Algún día que tengamos vena nos ocuparemos de eso que llaman libertades vacías y libertades concretas, dicotomía artificial hecha por el fascismo para justificar su obrerismo y, simultáneamente, la falta de libertad. Leeremos a Mussolini y lo comentaremos, porque Italia es una enseñanza para los italianos y el mundo. Aquí hay quienes quieren repetir a Mussolini, olvidando la triste situación a que llegó. La libertad es la primera demanda, porque las conquistas obreras deben ser logradas por los propios obreros en acción libre. La historia no conoce ningún caso de gobierno para el pueblo ejercido por una minoría selecta.¹⁷

La crítica sentaba las bases de buena parte del discurso socialista posterior: el rechazo a la distinción entre libertad formal y sustancial y la prioridad de las libertades políticas sobre las conquistas sociales.

En septiembre de 1945, Ghioldi reunió muchos de los editoriales escritos en *La Vanguardia* en el libro *Palabras a la nación*. La introducción celebraba: “Fuimos arrastrados por el autoritarismo filo-fascista de la revolución; pero en ningún momento el gobierno, que coactivamente nos arrastró a todos, alcanzó a conducirnos. El instinto de la libertad y la conciencia primaria de la democracia salvaron a la Argentina”.¹⁸ El líder socialista creía hallarse al final de una contienda ganada. Sin embargo, cuando *Palabras a la nación* terminaba de imprimirse, el 16 de octubre de 1945, la movilización que regresaría a Perón al centro de la escena ya se había iniciado.

Para explicar el apoyo de masas puesto de manifiesto en la concentración del día 17, Ghioldi volvió a la historia argentina. A comienzos de 1946 publicó *Alpargatas y libros en la historia argentina*.¹⁹ El libro –transcripción de una de las conferencias dictadas a fines de 1945 en la Liga de Educación Política presidida por Alicia Moreau de Justo– se cerraba con un diálogo con *El juicio del siglo*, texto en el que Joaquín V. González afirmaba que la historia argentina estaba dominada por la “ley del odio”, por una tendencia permanente a la pasión de partido y a las querellas violentas entre las facciones políticas. Ghioldi reconocía que el odio era una fuerza actuante en la historia argentina; sin embargo, creía que existía una fuerza, la del desarrollo natural de la vida, que se le había contrapuesto, haciendo posible el progreso que la Argentina experimentara desde mediados del siglo XIX. El planteo hacía aun más urgente la pregunta por el aparente renacimiento de la “ley del odio”, que se manifestaba en la acentuación del conflicto político que en 1945 hacía hablar de la posibilidad de guerra civil. Al respecto, Ghioldi era concluyente: la dramática situación no surgía de la sociedad sino del gobierno de la revolución, que había “removido las pasiones con el criminal intento de extorcionar al país”, poniendo precio al retorno a la normalidad: o “candidatura continuista o guerra civil”. El “clima histórico” de odio, explicaba, no era simplemente el resultado de un “rebotar de viejas disposiciones nativas para el odio y la violencia” sino, principalmente, la consecuencia de la obra persistente de la quinta columna fascista que, vencida en el mundo, intentaba

¹⁷ *La Vanguardia*, 16 de enero de 1945.

¹⁸ Américo Ghioldi, *Palabras a la nación. A través de los editoriales de “La Vanguardia”*, Buenos Aires, Editorial La Vanguardia, 1945, p. 7.

¹⁹ Américo Ghioldi, *Alpargatas y libros en la historia argentina*, Buenos Aires, s/e, 1946.

trasplantarse a la Argentina. Mussolini, argumentaba, no era “ni republicano, ni católico, ni anticatólico, ni socialista, ni antisocialista; era problemista y realizador”. Y lo ilustraba:

Así predicaba la “colaboración de clases” (como si estuviera hablando en la Bolsa de comercio de Buenos Aires sobre la necesidad de la colaboración pacífica de clases), en otros momentos sostenía la necesidad de la “lucha de clases” (como si estuviera hablando desde la Secretaría de Trabajo y Previsión para los trabajadores que se propone conquistar para su causa esclavista).²⁰

Para Ghioldi el liderazgo de Perón se caracterizaba por una mezcla de formas y modelos extranjeros y por una reedición de “vicios y modos de ser criollos”. Esa combinación de tradición nacional y fuerzas internacionales se expresaba en una extraña fórmula, la de “rositotalitarismo”. El paralelo con los hombres del pasado también se daba en el propio bando: como los enemigos de Rosas, los socialistas debían enfrentar las dificultades luchando: “No nos debemos preguntar cuántos somos. Sabiéndonos poseedores de la verdad y la razón, no tenemos otra obligación moral que la de enfrentar las fuerzas del mal con todas las potencias del bien que seamos capaces de movilizar”.²¹ Fórmula doctrinaria o reconocimiento anticipado de la posible derrota, el planteo era menos político que moral. Más allá de la aparente despreocupación por los números, la hora de la cuenta pronto llegaría dándole el triunfo al candidato de la revolución.

El 24 de febrero de 1946 Juan Domingo Perón obtuvo un resonante triunfo. A medida que los datos electorales iban borrando el inicial optimismo de los opositores, éstos emprendían un largo camino de reproches e interrogaciones. Desde el ps fue Ghioldi el principal encargado de, combinando el factor internacional y las condiciones locales, dar cuenta del resultado. Por un lado, afirmaba que el país experimentaba una “ola de mito irracional”, una replica del terremoto europeo, que había llegado a la Argentina con atraso.²² Por otro lado, argumentaba que si el discurso social de la “dictadura filototalitaria” había tenido éxito era porque “la masa laboriosa tenía condiciones de receptibilidad”, que se hallaban en las pobres condiciones de vida y de trabajo del pueblo. La prédica de décadas del socialismo, lamentaba, había sido oída sólo a medias y a destiempo, por lo que había sido “la dictadura” la que, en tren de perpetuarse, había realizado parte de la obra social que las necesidades populares exigían.²³ Con el apoyo de los recursos del Estado, la dictadura había logrado hacer cuajar su mito.

Sin embargo, Ghioldi se mostraba confiado. Apelando a una astucia de la historia de confeso origen sarmientino, confiaba en que la experiencia de la “dictadura” dejaba un saldo positivo: había puesto fin a la política perezosa y había puesto la levadura para que, en el futuro y en un ambiente de libertad, se dieran nuevas condiciones “para la convivencia de la gente de trabajo y de la ciudadanía”.²⁴

Con el paso de los días el juicio se hizo más pesimista. Los socialistas anticipaban que así como la Universidad sería entregada “a los nazionalistas y clericales”, la economía caería en manos del “sector oligárquico” de los industriales, que utilizarían el control de cambios no sólo

²⁰ Américo Ghioldi, *Alpargatas y libros...*, op. cit., p. 140.

²¹ *Ibid.*, p. 147.

²² *La Vanguardia*, 12 de marzo de 1946.

²³ *Ibid.*

²⁴ *La Vanguardia*, 9 de marzo de 1946.

con fines proteccionistas sino discriminando a las firmas por razones sectoriales, geográficas y aun políticas. Desde el diario socialista Ghioldi argumentaba que esa política, de “vida cara y papel moneda barato”, contraria a los trabajadores, era la que explicaba los embates que empezaban a sufrir los “laboristas” que habían apoyado al gobierno.²⁵ Días más tarde, desde las páginas de ...*Antinazi*, Ghioldi volvía sobre el tema señalando que los ingenuos laboristas que habían creído contar con poder propio y autonomía habían sentido “el látigo” que demostraba que no se estaba ante una “dictadura de partido” sino ante una “dictadura personal”, asistida por una pequeña corte doméstica”. Y concluía:

Para los nuevos rumbos el régimen necesita aniquilar al laborismo, partido de los pobres y de los obreros, que llegó a pensar que había llegado al poder. O los dirigentes, traicionando a la masa, se acomodan y entregan al partido único de la revolución juniana, o serán tratados por los métodos expeditivos de la policía federal [...] La tendencia general de los hechos traduce una filosofía, una política y una moral bien conocida y experimentada en Alemania, Italia y España: es la filosofía política que se llama el principio del jefe (Führerprinzip).²⁶

Ante la nueva situación política, la apuesta pasaba por la afirmación de la prioridad de las tareas democráticas y, principalmente, educativas, que el ps debía desarrollar. El día en que el presidente electo debía asumir el poder, *La Vanguardia* publicaba un “número extraordinario” en el que hacía el balance de tres años de “gobierno revolucionario” y la prospección del gobierno por venir. El periódico se abría con un editorial en el que Ghioldi sostenía, con un tono pedagógico que no velaba su elitismo, que no era tan importante saber cuánto apoyo popular había conquistado el régimen gobernante como estar seguro de la propia verdad y de la auténtica corriente de progreso. Era tal confianza la que le permitía concluir:

Venceremos el ciclo de la reacción rosiautoritaria a fuerza de pensamiento libre y aptitud técnica, económica y política para asumir la responsabilidad de la cosa pública. Difundamos el modo de sentir, pensar y obrar del Socialismo argentino [...] Para esta tarea tanto como concebir la gran reforma nacional sobre bases sociales hay que emprender la gran reforma mental del pueblo.²⁷

El planteo daba cuenta de las dos líneas centrales de la prédica socialista en los años siguientes. Una apelaría a la asociación entre educación y política para clamar por la necesaria “reforma mental del pueblo”; la otra se apoyaría en la aludida “aptitud técnica, económica y política”, para cuestionar las iniciativas económicas y sociales del gobierno peronista. Para ello se apelaría a la comparación del peronismo no sólo con el fascismo y el nazismo, sino también con otro movimiento considerado “totalitario”: el estalinismo. Tal planteo era novedoso no sólo porque socialistas y comunistas habían participado juntos de la “Unión Democrática”, sino porque hasta 1945 los socialistas no habían incluido a los comunistas entre los “totalitarios”.

²⁵ *Ibid.*, 21 de mayo de 1946.

²⁶ ...*Antinazi*, 30 de mayo de 1946.

²⁷ *La Vanguardia*, 4 de junio de 1946.

Excursus: comunismo

A diferencia de lo que sucedía en Europa,²⁸ hasta fines de los años treinta los antifascistas argentinos no incluían a los comunistas en la categoría de “totalitario”, que era simplemente otro nombre con el que se hacía referencia a los “nazi-fascistas”. Esta situación comenzó a modificarse en agosto de 1939, con la firma del pacto Ribbentrop-Molotov, que establecía cláusulas de no agresión y de cooperación económica entre Alemania y la Unión Soviética.²⁹ A partir de ese punto fue posible que militantes antifascistas, como los exiliados italianos que editaban *Italia Libre*,³⁰ declararan que el objetivo de su periódico era “suministrar el ‘contraveneno democrático’ a los pobres trabajadores inmigrados, imbuidos de ideologías totalitarias –sean ellas pintadas de negro, pardo o rojo–”.³¹ Fue posible también que Raúl Damonte Taborda, promotor de la creación de una comisión investigadora de la infiltración nazi en la Argentina, afirmara, al responder a una entrevista de *Argentina Libre*,³² que los comunistas serían indagados para precisar “si tienen o no concomitancia con los otros totalitarios”.³³

Sin embargo, los dirigentes del PS, aunque mantenían desde décadas atrás una visión muy negativa del régimen soviético,³⁴ no solían incluir a los comunistas en una categoría que los asociaba con los “nazi-fascistas”. Incluso después del pacto germano soviético, las críticas a la ruptura del frente común y las denuncias del “imperialismo” soviético no hicieron referencia al “totalitarismo”. Los comunistas no eran tildados de “totalitarios” sino de “quintacolumnistas” que, en nombre del antiimperialismo, obstaculizaban la lucha contra los verdaderos totalitarios. Aunque en ocasiones el PS se señalaba las semejanzas entre nazis y comunistas, no apelaba para ello a la categoría de “totalitarismo” sino a neologismos como “comunazismo”.³⁵

²⁸ Señala Traverso que fue a mediados de los años treinta, “luego de la colectivización forzada de los campos soviéticos pero antes de los procesos de Moscú”, que algunos críticos de izquierda del estalinismo, como el trotskista Victor Serge, comenzaron a apelar para incluir al régimen soviético en la categoría de “totalitarismo”. Véase Traverso, *El totalitarismo...*, op. cit., pp. 50-52.

²⁹ Sobre los efectos del pacto Ribbentrop-Molotov en el antifascismo argentino, véase Andrés Bisso, “La comunidad antifascista dividida (1939-1941). Los partidos políticos y los diferentes grupos políticos locales ante el Pacto de no agresión entre Hitler y Stalin”, *Reflejos*, N° 9, Jerusalén, 2000-2001, pp. 88-99.

³⁰ Como señala Alejandro Blanco, *Italia libre* se publicaba semanalmente y, poniendo en evidencia sus vínculos con el PS, se imprimía en la imprenta de *La Vanguardia*. El semanario era editado por un grupo de antifascistas italianos –entre los que se contaban Giuseppe Parpagnola, José Coppola y Gino Germani– que se habían separado de la Asociación Cultural Dante Alighieri para formar la Asociación “Nuova Dante”. Véase Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y el nacimiento de la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, pp. 89-90.

³¹ *Italia Libre*, Año 1, n° 1, agosto de 1940, p. 9, citado en Andrés Bisso, *El antifascismo...*, op. cit. p. 146.

³² *Argentina Libre* era una revista que reunía a diferentes sectores del antifascismo argentino aunque los socialistas tenían un lugar preponderante. Se publicó semanalmente desde marzo de 1940 hasta julio de 1943, cuando fue clausurada por el gobierno de la revolución de junio. Luego de una breve reaparición a fines de 1945, volvió a publicarse en febrero de ese año bajo el nombre de ...*Antinazi*. Sobre *Argentina Libre*, véase Jorge Nállim, “Del antifascismo...”, op. cit.

³³ *Argentina Libre*, Año 2 n° 67, p. 1, citado en Andrés Bisso, *El antifascismo...*, op. cit., pp. 297-298.

³⁴ Desde la Revolución de Octubre, la relación con los comunistas había sido un punto de conflicto en las filas del PS. Aunque la conducción siempre logró imponer la continuidad de la línea reformista, las escisiones de quienes, inspirados en el ejemplo soviético, proponían una línea más activista y revolucionaria se sucedieron. A las rupturas de los “internacionalistas” en 1917, y de los “terceristas” en 1921, se sumó la del Partido Socialista Obrero en 1937. Esta última escisión, a la que los dirigentes del PS leyeron como prolijada por el PC, no hizo más que acentuar la ya vieja desconfianza socialista hacia los comunistas.

³⁵ *La Vanguardia*, 14 de mayo de 1941.

En junio de 1941, Alemania rompió el pacto Ribbentrop-Molotov. A partir de este momento, la Unión Soviética adquirió un papel fundamental en la alianza contra el nazismo. Los socialistas no abandonaron su larga disputa con los comunistas, pero pusieron en un segundo plano las críticas al régimen soviético.

Pero con la rendición de Alemania en mayo de 1945, y del Japón en agosto de ese año, los dirigentes del ps dieron vía libre a su vieja desconfianza hacia los comunistas. En septiembre, Ghioldi publicó *Palabras a la nación*, donde a los editoriales de *La Vanguardia* sumó un capítulo final en el que ligaba las fuerzas actuantes en su tiempo con las que habían obrado en el pasado argentino. Hacia los años treinta identificaba la consolidación de una “reacción totalitaria” que se autocalificaba de nacionalista pero que no ocultaba sus vínculos con el “nazifascismo internacional”. Pero también subrayaba que en esos años, el ps había debido enfrentar una división generada por quienes “prestigian en su seno la dictadura del proletariado y las recetas para golpes de Estado extraídas de los manuales revolucionarios europeos”.³⁶ En las últimas décadas, resumía, la ciudadanía no había acertado a concebir el sentido de la Constitución, las posibilidades de la democracia y la necesidad de proyección socialista de la vida pública, sino que “fue tras fórmulas de antiimperialismo, de corporativismo, de golpes de Estado, de totalitarismos de izquierda y derecha, de nacionalismos extranjerizantes”. El pensamiento de moda en los años treinta, concluía Ghioldi, era el de “la conquista del poder”.³⁷ la preocupación era conocer “cómo Lenin había llegado al poder en tren blindado, cuáles fueron los recursos de Mussolini para dirigir la marcha sobre Roma, de qué manera Hitler dio sus golpes de Estado en Alemania y Austria”.³⁸ La crítica socialista al “revolucionarismo” concluía así, por primera vez, en la referencia a un totalitarismo de izquierda que era equiparado con el de derecha.

Como ya dijimos, al cerrar *Palabras a la nación* Ghioldi creía hallarse al final de una contienda ganada. El 17 de octubre lo sorprendió; días después, se iniciaba la campaña electoral para los comicios que en febrero de 1946 definirían al sucesor del gobierno revolucionario. La lucha no estaba terminada, por lo que no era momento de enfrentarse a virtuales aliados como los comunistas. La crítica a éstos y su asociación con los otros totalitarismos quedó temporalmente archivada.³⁹

Sería por poco tiempo. Los débiles lazos entre los integrantes de la “Unión Democrática” no sobrevivirían a la búsqueda de responsabilidades por la derrota. Los comunistas juzgaron

³⁶ Américo Ghioldi, *Palabras a la nación...*, op. cit., p. 450.

³⁷ El planteo descalificativo hacía referencia el título de un libro de Benito Marianetti, quien había sido el principal dirigente del Partido Socialista Obrero para luego incorporarse al Partido Comunista. Benito Marianetti, *La conquista del poder*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1932.

³⁸ Américo Ghioldi, *Palabras...*, op. cit., p. 454.

³⁹ En cambio, fue el propio Perón quien en el contexto de la campaña electoral apeló al concepto de totalitarismo para cuestionar a los comunistas. En el célebre discurso del 12 de febrero de 1946, pronunciado en el acto de proclamación de su candidatura, señalaba: “No deja de ser significativo que los grupos oligárquicos disfrazados de demócratas unan sus alaridos y sus conductas a esos mismos comunistas que antes fueron (por el terror que les inspiraban) la causa de sus fervores totalitarios. Como es igualmente curioso observar el afán con que esos dirigentes comunistas proclaman su fe democrática, olvidando que la dictadura del proletariado y la práctica de la U.R.S.S. (orgullosamente exaltada por Molotov en discursos de hace pocos meses) son eminentemente totalitarias”, Juan Domingo Perón, *Obras completas*, Buenos Aires, Fundación Pro Universidad de la Producción y el Trabajo-Fundación Universidad a distancia “Hernandarias”, vol. 8, pp. 31-32. Debe subrayarse que Perón no sólo denunciaba el “totalitarismo” comunista sino también el ligado a los grupos “oligárquicos” que habrían apelado al mismo por su temor al comunismo. En una curiosa inversión de los argumentos más frecuentes, era el peronismo el que declaraba su enfrentamiento con totalitarios de derecha e izquierda.

que el excesivo énfasis en la lucha antifascista había llevado a descuidar la vigilancia de la oligarquía y el imperialismo, y la búsqueda de mejoras inmediatas por parte de los trabajadores, lo que le había dejado el camino libre a Perón.⁴⁰ Los socialistas, en cambio, reafirmaron la prioridad de la “lucha democrática” y denunciaron el giro que el Partido Comunista empezaba a esbozar respecto del movimiento triunfante. En un discurso desde los balcones de la Casa del Pueblo, Ghioldi, refiriéndose a los comunistas pero también a algunos socialistas, advertía

No pensemos que para salir de la demagogia debemos cultivar una demagogia mayor [...] No queremos ser “demagogia más 1”, ni “peronismo más 1”, seguros de que si hemos de salir de esta encrucijada histórica será por una acción levantada que fatal y necesariamente ha de ser presidida por el ideal socialista. Es cada vez más perentorio para el pueblo el deber de impregnar la vida nacional con el ideal del trabajo, que es suma de política concreta, de orientación pedagógica y de moral humana.⁴¹

Pero las críticas a los comunistas no sólo remitían a la táctica electoral o a la caracterización de los vínculos con el nuevo gobierno, sino que al incorporar, ahora definitivamente, el estalinismo a la lista de los regímenes totalitarios⁴² colocaban los cimientos para la comparación entre el peronismo y el régimen soviético.

Peronismo y comunismo: la crítica del estatismo

Desde los primeros días de gobierno peronista los socialistas se mostraron muy críticos de las políticas que éste llevaba adelante. Al carecer de representantes parlamentarios que amplificaran sus palabras, los socialistas canalizaron su oposición a través de *La Vanguardia*, periódico que en esos días alcanzó su máxima circulación, y mediante la organización de actos públicos en los que reconocidos dirigentes pronunciaban, ante el público adicto, discursos que debían mucho a la retórica que durante décadas el ps había desarrollado para las intervenciones parlamentarias. En diciembre de 1946, los dos dirigentes más experimentados del ps, Enrique Dickmann y Nicolás Repetto, tuvieron a su cargo la evaluación del “Plan Quinquenal” que Perón había presentado el 21 de octubre de ese año.⁴³

⁴⁰ Tal posición, ya esbozada en declaraciones previas, sería aprobada por el pc en su XI Congreso Nacional, el primero después del triunfo peronista, reunido en agosto de 1946. En línea con esa interpretación se decidió disolver los sindicatos controlados por el pc y fundirlos con los reconocidos por la Secretaría de Trabajo y Previsión, y se valoraron aspectos del primer “Plan Quinquenal”. Sobre las posiciones del pc argentino frente al peronismo, véase Samuel Amaral, *La renuencia de las masas: El Partido Comunista ante el peronismo, 1945-1955*, Buenos Aires, Documentos de trabajo de la Universidad del CEMA, N° 379, septiembre de 2008; Andrés Gurbanov y Sebastián Rodríguez, “La compleja relación entre el Partido Comunista y el peronismo: (1943-1955)”, ponencia presentada al “Primer Congreso de estudios sobre el Peronismo: la Primera Década”, organizado por la Red de Estudios sobre el Peronismo, Mar del Plata, 6 y 7 de noviembre de 2008.

⁴¹ Américo Ghioldi, *Dos fechas. 4 de junio-24 de febrero*, Buenos Aires, Editorial “La Vanguardia”, 1946, p. 119.

⁴² Esto hacía posible que Ghioldi comparara las medidas autoritarias del régimen de junio con las de la Gestapo y la Checa estalinista. *La Vanguardia*, 5 de marzo de 1946.

⁴³ Las conferencias fueron publicadas en el folleto del Partido Socialista, *Plan quinquenal*, Buenos Aires, Casa del Pueblo, 1947.

Dickmann inició su conferencia subrayando que los socialistas no eran enemigos de un plan por ser plan, sino que, por el contrario, toda la obra del partido había obedecido a un plan y que también había habido planes de la propia oligarquía. El desmedido énfasis del peronismo sobre su “plan”, explicaba, era puramente propagandístico y comparable al de los soviéticos:

La Rusia soviética sabe montar el escenario en forma maestra. Los rusos son maestros en este arte. Por algo son los inventores del ballet y de la pantomima y muchos de sus planes económicos son ballet y pantomima. Ellos han lanzado al mundo un plan y lo han bautizado con el nombre de quinquenal. El presidente Perón, para conquistar seguramente la simpatía comunista, llama a su plan “quinquenal”: “ya que parece ser —dijo— algo sacramental y consagrado”. Lo de sacramental será para el Vaticano y lo de consagrado para el Kremlin.⁴⁴

El viejo dirigente socialista señalaba, sin embargo, una diferencia con los planes hechos “por bolcheviques, por nazifascistas, por falangistas”: mientras éstos trataban de cuestiones económicas, el propuesto por el peronismo se ocupaba de cuestiones políticas, en particular de la concentración de funciones estatales, y sólo al final pasaba a la economía.

Por su parte, Repetto inició su intervención citando a Perón cuando, al presentar el Plan Quinquenal, había afirmado que sólo había dos alternativas: la abolición de la propiedad privada mediante la colectivización de los medios de producción, o la intervención estatal en la organización de la economía. Para Repetto la opción presidencial era clara:

Entre el comunismo y el fascismo, el jefe del nuevo régimen toma resueltamente la vía del fascismo, porque éste le permite perpetuar la existencia del capitalismo. Este hombre no vislumbra la otra posibilidad [...] el camino de la sociedad socialista. En Rusia hay socialización sin libertad; en los Estados Unidos hay libertad sin socialización y los socialistas queremos realizar en el mundo y por consiguiente también en este país, la socialización con la libertad.⁴⁵

En junio de 1948, Repetto dictó otra conferencia en la Casa del Pueblo. Aunque el tema declarado era de tipo doctrinario —“El Socialismo y el Estado”—, la polémica con el peronismo y la comparación con el fascismo, pero también con el comunismo, estuvieron presentes. El viejo dirigente declaraba que se proponía disipar la confusión que, lamentaba, existía entre “socialismo y estatismo” porque la distinción entre ambos términos era particularmente necesaria en una “época de dirigismo económico y de gobiernos más o menos totalitarios”. Repetto incluía entre los males del presente la confianza en la economía dirigida, y afirmaba que era absurdo “querer que el Estado controle y dirija la economía, que destruya la libertad económica pero que deje a los ciudadanos las otras libertades”.⁴⁶ Sus análisis cargaban las tintas sobre el caso soviético, considerando que no se trataba de socialismo sino de capitalismo de Estado o, como afirmaba citando a Trotsky, de un “Estado obrero” en el que “una nueva casta o clase burocrática de 25 millones de privilegiados ejerce el poder sobre una nación de 200 millones de habitantes”.⁴⁷ Se trataba, explicaba, de un sistema en el que la dictadura de clase no era más que la dictadura

⁴⁴ *Ibid.*, p. 8.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 18.

⁴⁶ Nicolás Repetto, *El socialismo y el Estado*, Buenos Aires, Casa del Pueblo, pp. 7-8.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 8.

de un partido de clase. Frente a ello, Repetto abogaba por la expansión del régimen cooperativo, explicando que al permitir la socialización sin estatización, éste hacía posible una socialización indefinida de las empresas económicas sin comprometer las libertades públicas ni privadas.⁴⁸

En la misma línea se manifestaba días después otro de los dirigentes históricos del ps. En una nueva conferencia en la Casa del Pueblo, Alfredo Palacios recordaba que la socialización de los medios de producción no tenía por fin aumentar el poder estatal sino fundar una sociedad más justa. Haciendo más explícita la polémica con el peronismo, el “primer diputado socialista de América” declaraba:

Es claro que no creemos que pueda conducirnos a la socialización la simple entrega de la industria al Estado, sin el control de las fuerzas sociales. Eso sólo significa aumentar el poderío de los gobiernos oligárquicos o demagógicos, determinando la desorganización y una producción inferior. Eso es “capitalismo de Estado” o “estatismo”.⁴⁹

Las conferencias de Repetto y Palacios preparaban el clima para el 36° Congreso del ps que se celebró en Mar del Plata a fines de junio.⁵⁰ En la reunión, las críticas al intervencionismo estatal fueron refrendadas en una resolución que denunciaba que el “estado-vampiro” fruto de las estatizaciones peronistas no había producido el socialismo sino un “capitalismo de Estado”. Sin ocultar la cercana referencia al peronismo, se explicaba que en todas partes la aprobación “de nuevas formas de absolutismo político-fascismo, totalitarismo pardo o rojo”⁵¹ había tendido a hacer del Estado “la suprema, si no la única realidad”. El Estado totalitario, se concluía, controlaba la economía para reforzar el aparato policial y militar, suprimía la libertad del hombre para fortalecer la libertad del gobierno, transformaba las radios y la prensa en órganos de su absolutismo, y creaba “el régimen de los comisarios de la inteligencia y de la educación y de los coroneles de la filosofía”.⁵²

La izquierda socialista

La retórica antitotalitaria no sólo era un útil recurso para cuestionar al gobierno peronista y subrayar la distancia respecto de los comunistas: también constituía un importante instrumento

⁴⁸ *Ibid.*, p. 18.

⁴⁹ Alfredo Palacios, *El Partido Socialista argentino y el presidente de la república*, Buenos Aires, Casa del Pueblo, 1948.

⁵⁰ También lo hacían ilustraciones como la que *La Vanguardia* publicaba en su edición del 8 de junio de 1948, en la que se veía a Perón que, engalanado con la “Cruz de hierro”, bajaba la cortina de una oficina pública que tenía como insignias un sable, un garrote y un candado. El comentario final no dejaba lugar a dudas: “Él también tiene su cortinita de acero...”. *La Vanguardia*, 8 de junio de 1948.

⁵¹ Las alusiones al “totalitarismo rojo” acompañaban los análisis acerca de la situación internacional. El dictamen aprobado por el Congreso se abría declarando la confianza en la posibilidad de que entre los Estados Unidos y la Unión Soviética existiera un espacio para quienes proponían reunir democracia y justicia social. Tal posición se expresaba en la consigna de agitación, aprobada por el Congreso, “Ni capitalismo americano ni comunismo totalitario; Socialismo”. Sin embargo, las posiciones adoptadas al abordar diferentes puntos de la agenda internacional no marcaban tal equidistancia: la Unión Soviética era equiparada con la España franquista y no con los Estados Unidos. Véase Partido Socialista, *El Partido Socialista y los problemas de la hora. Resoluciones votadas por el 36° Congreso Nacional celebrado en Mar del Plata el 27 y 28 de junio de 1948*, Buenos Aires, Casa del Pueblo, p. 7.

⁵² *Ibid.*, p. 11.

para acallar las críticas de quienes no coincidían con la línea adoptada por la dirección del ps. Ante quienes cuestionaban el abandono de la dimensión social de la propia prédica, opacada por la omnipresencia del discurso cívico, la respuesta oficial fue el uso de esa misma narrativa cívica para asociar a los disidentes con el peronismo y, principalmente, el comunismo.

La larga historia de tensiones y escisiones que había atravesado al ps continuó, aunque soterrada, durante los años peronistas. Como señala Herrera,⁵³ el primer foco de resistencia a la dirección partidaria se delineó hacia 1947 y tuvo como centro a la Federación Socialista jujeña y al viejo militante trotskista Esteban Rey. Los disidentes, que pedían el abandono de la línea “liberal reformista” del ps, fueron expulsados a fines de ese año. De mayor envergadura fue la fracción reunida en torno a la revista *Unidad Socialista* y encabezada por José Oriente Cavalieri, Carlos María Bravo y Alfredo López, quienes cuestionaban el carácter “burgués” de la dirección partidaria y la cerrada política de oposición al peronismo. En esos días también se había organizado el “ala izquierda del ps”, un grupo de jóvenes militantes socialistas porteños que subrayaba la necesidad de trabajar en los sindicatos en manos de los peronistas. Los disidentes llevaron sus críticas al 36° Congreso del ps. Su prédica, que no logró modificar la línea partidaria, suscitó, en cambio, la dura respuesta de Ghioldi, quien asoció los argumentos de los “izquierdistas” con los de los peronistas y comunistas.

El líder socialista afirmó que quienes sostenían que la obra del ps no era suficientemente socialista planteaban algo similar a lo sostenido por el propio Perón, que de ello había extraído la previsión de que el ps desaparecería y que sería reemplazado por el peronismo. Ghioldi consideraba que estos planteos no sólo se originaban en la presión de las afirmaciones oficiales, sino también en la influencia de “los comunistas stalinistas” y de los “comunistas trozkistas” que veían al socialismo democrático como una desnaturalización de la doctrina revolucionaria socialista. Eran esas presiones, subrayaba Ghioldi, las que originarían las propuestas de una política de “Perón más uno”, superando al peronismo en demagogia e irresponsabilidad. Así lo denunciaba:

ante el desarrollo del peronismo unos se desorientan y otros miran al tejado comunista en busca de una fórmula más izquierdizante. Quisieran unos tener el populismo peronista y explicarlo y expresarse con nomenclatura más izquierdizante arrancada de los libros comunistas. Tal sería, en mi interpretación, el origen y alcance de algunas inquietudes llamadas doctrinarias.⁵⁴

El líder socialista instaba a abandonar la preocupación por el éxito inmediato para confiar en la dialéctica histórica que haría crecer al ps, por ser la fuerza antitética al movimiento peronista. Y concluía pidiendo un “salto de fe”: los socialistas debían convencerse de que el ps estaba bien orientado y sumarse a la acción, pasando de afiliados a militantes.

La conducción partidaria logró imponer sus posiciones en el 36° Congreso. Los miembros del grupo *Unidad Socialista* serían expulsados de las filas partidarias en octubre de 1948 por mantener una reunión con Perón. La mayoría de los miembros del “ala izquierda” ingresaría al pc y el resto sería expulsado de las filas socialistas a comienzos de 1949.⁵⁵ Sin embargo,

⁵³ Carlos Herrera, “Corrientes de izquierda en el socialismo argentino, 1932-1955”, *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, Buenos Aires, abril-mayo de 2008, pp. 141-142.

⁵⁴ Américo Ghioldi, *El Partido Socialista y la actual crisis argentina*, Buenos Aires, Centro socialista de la sección 19, 1948, p. 11.

⁵⁵ Carlos Herrera, “Corrientes de izquierda...”, *op. cit.*, p. 143.

las críticas a la política seguida por el partido serían retomadas por uno de los más importantes intelectuales socialistas.

Pocas semanas después de concluido el 36° Congreso, Julio V. González⁵⁶ publicó un largo artículo en *El Socialista*. En él volvía sobre la Declaración de Principios que el ps había adoptado en 1896 para subrayar que Juan B. Justo había creado un partido de clase y no una fuerza que apelaba “en forma vaga e indiscriminada al pueblo”. Pero el centro de su argumento no pasaba por la distinción entre lo clasista y lo popular sino por el énfasis en la dimensión finalista de la propuesta socialista. Así, señalaba que la Declaración de Principios postulaba el Programa Mínimo, programa en el que tendía a concentrarse la prédica del ps, como un simple medio para poder realizar el Programa Máximo, que consistía en la sustitución de la sociedad capitalista por la socialista. El olvido del Programa Máximo, concluía González, desnaturalizaba al ps, convirtiéndolo en “un partido reformista, como tantos de la democracia liberal burguesa y no un partido revolucionario que se propone terminar con ella, para reemplazarla por la democracia económica socialista”.⁵⁷

La intervención de González se mantenía en el terreno doctrinario y no avanzaba en críticas a las prácticas del ps. Sin embargo, establecía la matriz con la que dos años después este intelectual plantearía su dura requisitoria contra la línea establecida por Ghioldi. En efecto, en 1950 González hizo público el folleto *La oportunidad del Partido Socialista. Reflexiones sobre su acción futura*,⁵⁸ en el que afirmaba que el ps debía avanzar hacia “la socialización de los medios de producción y de cambio”, única forma de salir del estancamiento que lo había convertido en un partido minoritario de oposición. La falla había sido relegar la finalidad revolucionaria por concentrarse en demasía en la fase previa de realizaciones inmediatas. Tal “Programa Mínimo”, afirmaba González, no se distinguía del de otros partidos que se lo habían apropiado. Y la apropiación había llegado a tal extremo por parte del peronismo que quedaba poco por ofrecer a los asalariados bajo el régimen del capital. La única alternativa para salir del *impasse* era retomar la prédica por la realización de su objetivo final plasmado en el “Programa Máximo” del ps. Como ya ha señalado Herrera,⁵⁹ González no discutía la caracterización del peronismo como totalitarismo, sino que cuestionaba la centralidad asignada a la cuestión democrática en desmedro de lo propiamente socialista.

Ghioldi le respondería a González, y con él a los “izquierdistas” en general, con un libro⁶⁰ en el que colocaba nuevamente el centro en la cuestión del totalitarismo, acusándolos de dejar de lado “la lucha sagrada de la hora”. Pero a la discusión puntual se le agregaba el intento de explicar las causas de la “desviación izquierdista”: la manipulación por parte de los comunistas y, sobre todo, una lectura simplista de la tradición marxista. Así, Ghioldi partía de los planteos

⁵⁶ De familia patricia, hijo de Joaquín V. González, Julio V. González había sido uno de los principales dirigentes de la Reforma Universitaria. Luego del golpe de 1930, y junto a muchos otros “reformistas”, ingresó a las filas del ps. En sus primeros años en las filas socialistas, González, a diferencia de su amigo Carlos Sánchez Viamonte, se mantuvo alejado de las grandes polémicas partidarias, centrando su actividad en la Comisión de Educación y Cultura del ps. En 1940 fue electo diputado nacional pero el golpe del ‘43 lo separó de su banca y de su cátedra en la Universidad Nacional de La Plata.

⁵⁷ *El Socialista*, 28 de septiembre de 1948.

⁵⁸ Julio V. González, *La oportunidad del Partido Socialista. Reflexiones sobre su acción futura*, Buenos Aires, s/e, 1950.

⁵⁹ Carlos Herrera, “El Partido Socialista ante...”, *op. cit.*

⁶⁰ Américo Ghioldi, *Marxismo, socialismo, izquierdismo, comunismo y la realidad argentina de hoy*, Buenos Aires, Ediciones Populares Argentinas, 1950.

“revisionistas” que habían señalado la existencia de una dualidad entre una perspectiva determinista que pensaba el desarrollo social bajo el molde de las ciencias naturales y otra que postulaba que la revolución suponía la transformación de la condición humana y la acción de hombres conscientes. Subrayaba que el contraste entre ambas visiones se había vuelto más agudo a partir de la simplificación que del pensamiento marxista habían hecho los comunistas. Éstos, argumentaba, habían hecho de la historia un proceso natural que se cumplía más allá de la voluntad de los hombres y en el que lo económico tenía un peso decisivo, por lo cual veían la lucha de clases como un proceso brutal, del mismo carácter de la selección natural entre animales, y donde la violencia tenía un papel central, en tanto la moral y la inteligencia no tenían ninguno.

El líder socialista argumentaba que la impaciencia y la disidencia de muchos jóvenes izquierdistas tenían su origen en ese tipo de lecturas economicistas del marxismo. Explicaba que si los “llamados izquierdistas” no percibían que la libertad era “el elemento dialéctico por excelencia”, si se mostraban fríos en la “defensa del patrimonio histórico de la nacionalidad, en las luchas de la libertad y la democracia”, era porque estaban dominados por una idea equivocada: “lo que importaría sería el factor económico, la libertad ha nacido con la burguesía y es un momento de la historia de la burguesía; al proletariado no le importa la libertad sino la justicia social; al pueblo obrero sólo le deben interesar los problemas de clase”.⁶¹

Ghioldi afirmaba que los miembros de la izquierda socialista, aunque militantes del ps, tenían siempre “un ojo en las palabras que surgen de Moscú” y que si todos los intentos de unidad entre socialistas y comunistas habían fracasado, era porque el socialismo democrático no tenía ningún parentesco con “el llamado socialismo totalitario o comunismo”. El comunismo no era una “una experiencia económica destinada a organizar la vida social sobre bases de justicia”, sino

la aplicación de la fuerza sobre la vida, la libertad, el pensamiento, el sentimiento de los individuos. El comunismo supone el establecimiento de una jerarquía externa a la vida individual, jerarquía groseramente materialista y coherentemente violenta... La dictadura es dictadura sin que pueda salvarla de semejante estigma ningún ropaje doctrinario, ninguna elucubración de las inteligencias que pierden contacto con la realidad.⁶²

Luego de trazar una suerte de “demonología” de los hombres de izquierda,⁶³ Ghioldi buscaba definir el perfil de la “personalidad socialista”. Para él el socialismo sería liberal o no sería, y así planteaba la misión que esta herencia liberal asignaba a los socialistas: “la de realizar el ideal de justicia social y, además, la de convertir en liberales a las masas, muy propensas a las especulaciones demagógicas de las dictaduras y totalitarismos”. Finalmente, realizaba una previsible referencia al movimiento peronista que expresaría “un sustantivo y profundo desprecio por la libertad; masas humanas han entregado, prosternadas, su independencia, su dignidad y su libertad; y los gremios obreros han formado al frente para las más graves medidas liberticidas”.⁶⁴

⁶¹ *Ibid.*, p. 30.

⁶² *Ibid.*, pp. 54-55.

⁶³ La lista de los desviados incluía no sólo a la izquierda del ps y a los comunistas sino también a los trotskistas y a todo aquel que negara la necesidad de optar entre la Unión Soviética y Occidente.

⁶⁴ Américo Ghioldi, *Marxismo...*, op. cit., p. 139.

En el mes de noviembre de 1950, tuvo lugar el 37° Congreso del ps. En él González y Ghioldi volvieron a enfrentarse y la postura del último, que colocaba en el centro la lucha contra el totalitarismo, se impuso.⁶⁵ Aunque los cuestionamientos y las escisiones continuarían, esa línea no sería cuestionada hasta después de la caída del peronismo. Antes de eso, dos de los máximos intelectuales socialistas producirían dos textos que completarían la definición del ps en clave antitotalitaria.

Las condiciones objetivas y subjetivas del totalitarismo

A mediados de los años cuarenta, el joven sociólogo italiano Gino Germani inició sus actividades en el mundo editorial argentino. Exiliado del fascismo, no sorprende que entre sus primeros proyectos se encontrara un conjunto de obras que se interrogaba por los fundamentos del fenómeno totalitario. Entre ellas se encontraba *La libertad en el Estado moderno*, de Harold Laski, para cuya edición por Editorial Abril, en 1946, el sociólogo italiano escribió un prólogo. En ese libro y en *Reflexiones sobre la revolución en nuestro tiempo*,⁶⁶ Laski, cientista político y economista pero también presidente del Partido Laborista británico, analizaba las transformaciones económicas y sociales del capitalismo posterior a la Primera Guerra y encontraba en ellas los fundamentos del totalitarismo. En 1951, y apoyándose fuertemente en los planteos de Laski, Rómulo Bogliolo, principal especialista del ps en cuestiones económicas, presentó su libro más ambicioso, *El problema de nuestra época. ¿Marchamos “fatalmente” hacia el Socialismo?*⁶⁷ A pesar del título, el libro no proponía una indagación acerca de las paradojas del determinismo y la voluntad, sino que buscaba argumentar, como antes Laski, que el liberalismo económico había encontrado su límite y que era necesario avanzar hacia una economía planificada.⁶⁸ Esa necesidad de planificación, planteaba Bogliolo siguiendo aquí también al inglés, era la que hacía necesario interrogarse sobre la compatibilidad entre libertad y dirección de la economía, lo que implicaba rechazar las formas autoritarias de planificación. El socialista se proponía demostrar que la sustitución del capitalismo individual

⁶⁵ En su discurso Ghioldi sostuvo que si González y los “izquierdistas” no se dejaban impresionar por los documentos que denunciaban los males a que acarrea el monstruoso “‘Estado-vampiro’ o Leviatán” era porque no sentían “el problema del totalitarismo y de la libertad, como los más grandes problemas humanos y sociales de la hora actual”. Era ese mismo desinterés por la cuestión del totalitarismo, argumentaba, el que llevaba a los disidentes a pedir que la prédica socialista no se ocupara tanto de la figura de Perón. Lo que no entendían, explicaba, era que el fenómeno esencial era el totalitarismo, y hablar de Perón era hablar del totalitarismo. Véase Américo Ghioldi, *Los trabajadores, el Señor Perón y el Partido Socialista, Perón es progresista o retrógrado (discurso pronunciado en el 37° Congreso del Partido Socialista)*, Buenos Aires, Ediciones Populares Argentinas, 1950.

⁶⁶ Libro publicado por Editorial Abril en 1945. Sobre los vínculos de Germani con el mundo editorial porteño véase, Alejandro Blanco *Razón y modernidad*, op. cit.

⁶⁷ Rómulo Bogliolo, *El problema de nuestra época. ¿Marchamos “fatalmente” hacia el Socialismo?*, Buenos Aires, Editorial “La Vanguardia”, 1951.

⁶⁸ Desde comienzos de los años treinta, Bogliolo había abogado por el abandono del tradicional librecambismo del ps y por la adopción de las ideas “planistas” de los laboristas ingleses y del “revisionista” belga Henri de Man. Sobre las propuestas de Bogliolo, véase Juan Carlos Portantiero, “Imágenes de la crisis: el socialismo argentino en la década de 1930”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 6, Universidad Nacional de Quilmes, 2002, pp. 231-241; Juan Carlos Portantiero, “El debate en la socialdemocracia europea y el Partido Socialista en la década de 1930”, en H. Camarero y C. Herrera (eds.), *El Partido Socialista...*, op. cit., pp. 299-320; María Cristina Tortti, “Crisis, capitalismo organizado y socialismo”, en W. Ansaldi, A. Pucciarelli y J. Villarroel, *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria (1914-1946)*, Buenos Aires, Biblos, 1999, pp. 199-222.

por el Estado totalitario no es la solución del “gran problema” de su tiempo, que era también la clave de la situación política de la Argentina. Y sintetizaba sus rasgos: la política peronista se basaba en la colaboración de clases, en la conducción de la economía por el Estado, en la organización del capital y el trabajo bajo control estatal y en la organización de la vida en una dirección facciosa.

Bogliolo preguntaba al lector si tales hechos no formaban parte de un sistema conocido. Se contestaba a sí mismo que para “los estudiosos”, las ideas eran las del totalitarismo, que, ya se llamara fascista, nazi o comunista, colocaba al Estado como “la base de su hegemonía”.⁶⁹ En la sección del libro dedicada al régimen soviético, el autor destacaba, en clara alusión al peronismo, que uno de los rasgos de todos los movimientos totalitarios había sido su “obrerismo”. Explicaba que Hitler, Mussolini y Stalin habían creado “el gobierno de la clase trabajadora”, que en realidad encubría la más inicua explotación física y moral. Haciendo explícito el paralelo con el caso argentino advertía: “conozcamos los totalitarismos foráneos para poder apreciar la tremenda realidad que algún día podría circundarnos”.⁷⁰

Pero para el economista socialista el totalitarismo no era solamente un tipo de dictadura que presentaba un falso aspecto obrerista, sino, principalmente, un intento de lograr con la fuerza estatal resultados que sólo podían ser alcanzados por el crecimiento de la conciencia. Sostenía que los totalitarios “de ambos márgenes de la senda que conduce a la Libertad” pretendían, a través del despotismo, reducir el eterno conflicto social a una posición de equilibrio: el “Estado sobre las clases”. Bogliolo afirmaba que tal pretensión era ilusoria ya que el Estado tenía siempre una función específica:

en los totalitarismos de derecha, su misión es la de mantener el sistema de propiedad actual pero [...] dándole a los “directores la facultad de manejar la vida social a su albedrío. En los de “izquierda” –que no son sino tipo ruso– el Estado es el carcerbero que [...] destruye la libertad burguesa sin producir la libertad social.⁷¹

El socialista sostenía una discusión en dos frentes: por un lado, contra la idea de mercado libre y autorregulado, por el otro, contra los intentos de llevar adelante una gestión estatal y autoritaria de la sociedad. Ambas líneas se reunían en el argumento que cerraba el libro: en la época contemporánea el individuo era parte de una gran máquina de producción y, en tal condición, el Estado era el único instrumento capaz de facilitar el progreso y de detenerlo. Bogliolo consideraba que, ya fuera por incompreensión o por atender los temores “antiestatales” de la burguesía, no se había avanzado por el camino de la planificación que hacía del Estado el instrumento democrático de desarrollo económico. La necesidad de avanzar hacia una planificación democrática –lamentaba haciendo una oblicua referencia a sus propias polémicas dentro del socialismo– había sido desoída, y las ansias de reivindicación de las masas habían sido aprovechadas “por los totalitarios o sus epígonos”.⁷² Para reconquistar la libertad perdida, afirmaba, sería necesario salir de las meras palabras y adoptar una “teoría coherente”:

⁶⁹ Rómulo Bogliolo, *El problema...*, op. cit., p. 33.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 42.

⁷¹ *Ibid.*, p. 54.

⁷² *Ibid.*, p. 414.

Los problemas económicos necesitan de un plan de conjunto para ser resueltos. Ese plan debe ser de carácter mixto, vale decir, dará al Estado siempre orientado por la voluntad popular, el poder necesario para cumplir ciertos fines, pero dejará a la acción libre de los consumidores la expresión de su capacidad y su voluntad. Ello depende de las directivas de la planificación económica y de la aplicación democrática de su programa, así como del mantenimiento de la democracia política en todos sus aspectos. De otro modo la planificación económica será un instrumento más para la opresión. El totalitarismo es eso.⁷³

En 1966, al incluir el texto en sus *Estudios sobre sociología y psicología social*,⁷⁴ Germani dio al prólogo del libro de Laski un nuevo título: “Las condiciones objetivas de la libertad”. En la compilación, el texto iba acompañado de otro —el estudio introductorio que en 1947 el sociólogo italiano había escrito para *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm—, que se titulaba “Las condiciones subjetivas de la libertad”. La misma simetría se daría en la discusión socialista acerca del totalitarismo: así como el trabajo de Laski, que buscaba las raíces económicas y sociales del totalitarismo, había tenido su traducción argentina en el trabajo de Bogliolo, sería en diálogo con la indagación del libro de Fromm que Ghioldi completaría su análisis del peronismo como fenómeno totalitario. Lo haría en el libro *La argentina tiene miedo*,⁷⁵ publicado a fines de 1953 en Montevideo, ciudad en la que se encontraba exiliado como consecuencia de su participación en la intentona golpista del general Benjamín Menéndez, en 1951.

El punto de partida era la historia argentina. Apoyado en Sarmiento, José María Ramos Mejía y Juan Agustín García, Ghioldi señalaba el gran papel que el miedo había tenido en la colonia, la anarquía, la tiranía, las levas y el fraude. Sin embargo, subrayaba que si bien los miedos constituían el “elemento vital”, las instituciones y las leyes que se levantaban para dar seguridad a la vida eran “la obra de la historia, el esfuerzo deliberado de los hombres para dominar los impulsos brutales de la existencia”. En esa clave —declaraba—, se proponía discutir con las diatribas que “los presuntos jefes del nacionalismo instintivo” dirigían a la Constitución del ‘53 por considerarla fruto de una razón abstracta que había copiado fórmulas extranjeras, aduciendo que no se avenían con las necesidades locales. A ellos les respondía que las “instituciones organizadoras de la libertad”, y la Constitución era la primera, lejos de ser meras importaciones, eran los “anticuerpos fabricados por el organismo nacional para defenderse de los pavores y terrores que entenebrecieron y paralizaron la vida argentina”.⁷⁶

Pero el argumento de Ghioldi descansaba menos en el caso argentino que en mostrar que la cuestión del miedo excedía largamente la problemática nacional. Así, afirmaba que “el miedo a la libertad” constituía el “fenómeno más pavoroso de los tiempos contemporáneos”. Señalaba que sus rasgos ya habían sido anticipados por quienes hicieron la historia del fascismo, así como por investigadores rusos, pero consideraba que el aporte decisivo era el de Erich Fromm. Señalaba, retomando conceptos del prólogo de Germani a la edición argentina, que el neopsicólogo alemán había modificado las ideas freudianas, señalando que existía correlación dinámica entre las estructuras sociales y económicas y la psicología. Esto se expresaba, señalaba Ghioldi, en la interpretación que Fromm hacía del totalitarismo:

⁷³ *Ibid.*

⁷⁴ Gino Germani, *Estudios sobre sociología y psicología social*, Buenos Aires, Paidós, 1966.

⁷⁵ Américo Ghioldi, *La Argentina tiene miedo*, Montevideo, s/e, 1953.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 56.

un problema psicológico, pero los factores psicológicos deben ser vistos como moldeados por causas socioeconómicas; es también un problema político, pero su aceptación por parte del pueblo debe ser entendida sobre una base psicológica. Si olvidamos la existencia del subconsciente nos parecerá imposible la propensión al mal, el apetito de poder, el desprecio por los débiles y la cultura que estallan con el fascismo.⁷⁷

Por el momento, el énfasis en la dimensión social de la constitución de la personalidad planteado por la neopsicología le permitía a Ghioldi confiar en que el miedo no era un absoluto, que podía ser contrarrestado por otros móviles y que la senda progresista sería retomada. Sin embargo, ya en la segunda parte del argumento citado se insinuaba una inquietante interpretación de las propuestas de Fromm: en ella el énfasis en la dimensión social en la constitución de la personalidad era dejado de lado, para subrayar que los fenómenos totalitarios suponían un constituyente psicológico que, aunque ligado a dimensiones sociales y económicas, las excedía. Años después sería esa relectura, casi una inversión del énfasis del alemán, la que colocaría al socialista en una posición pesimista y autoritaria que postulaba que para luchar contra el totalitarismo no bastaba con darse políticas correctas, ni siquiera una pedagogía iluminista que había caracterizado el pensamiento juvenil de Ghioldi. Era necesaria una reeducación radical, una “desperonización”.

Reflexiones finales

Durante los años peronistas, la conducción del PS ensayó el reemplazó del combate al fascismo, apelación ya agotada⁷⁸ pero que había dado al partido sus últimos días de gloria,⁷⁹ por la convocatoria a enfrentar el totalitarismo. Se trataba de un término más abstracto que, atendiendo al tipo de régimen político, colocaba en un segundo plano el carácter socialista o capitalista de la organización económica. La acusación de “totalitarismo” pudo así blandirse contra múltiples adversarios: los nacionalistas, los peronistas y los comunistas, pero también contra quienes dentro de las mismas filas del PS cuestionaban el reformismo de la dirección partidaria y la incorporación absoluta a la tradición liberal. En el discurso oficial del PS, el combate al totalitarismo llevó a la redefinición, a través de la calificación, de los destinatarios del discurso socialista. Así, se hablaba a los obreros “conscientes”, a la ciudadanía “democrática”, a los argentinos “que luchaban por la libertad”. Pero aunque muchos sectores de la sociedad se mostraban implacablemente antiperonistas, esa identificación no se expresaba en una tupida red del tipo de la que tiempo antes había construido el antifascismo: las apelaciones al combate al totalitarismo estuvieron lejos de mostrar la fuerza movilizadora que habían alcanzado tiempo antes en la lucha contra el fascismo. Sin embargo, aunque ineficaz para la ampliación de la convocatoria del PS, el discurso anti-totalitario sí se mostró apto para la neutralización de las

⁷⁷ *Ibid.*, pp. 82-83.

⁷⁸ Discutiendo con quienes toman al triunfo peronista como prueba de que la apelación antifascista era intrínsecamente inadecuada para la realidad argentina, Bisso considera que tal resultado se debió al desgaste que un discurso, antes poderoso, había sufrido a lo largo de más de una década de “uso constante e intenso”. Véase Andrés Bisso, *Acción Argentina...*, op. cit., p. 314.

⁷⁹ El 1° de marzo de 1942, apoyado en la prédica antifascista, aunque también en las denuncias de la implicación radical en casos de corrupción, el PS se había impuesto en los comicios legislativos de la Ciudad de Buenos Aires. Era el primer triunfo desde 1936, momento en que la Unión Cívica Radical había abandonado la política de abstención.

amenazas internas, galvanizando a los socialistas detrás del liderazgo de Ghioldi y la identidad antiperonista.

Esa unificación sería, de todos modos, efímera: hacia fines de los años cincuenta las filas del PS serían conmovidas por nuevos debates acerca de la relación con el nacionalismo, el peronismo y el comunismo. El socialismo confusamente liberal defendido por Ghioldi sufriría el embate de los jóvenes que, como muchos otros a lo largo del mundo,⁸⁰ reemplazaban el prisma del totalitarismo por el del imperialismo. Muchos jóvenes socialistas ya no verían al peronismo como un hermano menor del fascismo, el nazismo o el stalinismo, sino como un movimiento de liberación nacional del tipo de los que conmovían al resto del “Tercer Mundo”. □

Resumen / Abstract

Nacionalismo, peronismo, comunismo. Los usos del totalitarismo en el discurso del Partido Socialista argentino (1946-1953)

Este artículo explora la prensa y las producciones de los dirigentes del Partido Socialista argentino con el objeto de dar cuenta de una de las líneas principales de su prédica: la representada por los distintos usos del término “totalitarismo”. Se reconstruye cómo el uso del discurso “anti-totalitario” permitió a la dirigencia del partido no sólo condenar, por su asociación con las experiencias europeas, al régimen nacido de la revolución del ‘43 y al gobierno peronista, sino también cuestionar, por su cercanía con el peronismo, a los comunistas y a los miembros del ala izquierda del mismo Partido Socialista. El recorrido se cierra hacia comienzos de los años cincuenta, momento en que los intelectuales socialistas producen las más densas caracterizaciones del peronismo como fenómeno “totalitario”, y justo antes de que la clave “anti-totalitaria” comience a ser cuestionada por la militancia socialista, en particular la juvenil.

Palabras clave: Partido Socialista - totalitarismo - peronismo - comunismo - nacionalismo - Américo Ghioldi

Nationalism, Peronism, Communism. The uses of totalitarianism in Argentine Partido Socialista discourse (1946-1953)

This article explores the press and the publications of the leaders of the Argentine Socialist Party in an effort to account for one of the principal lines of its ideological message: the one represented by the different uses of the term “totalitarianism”. It reconstructs the way in which the “anti-totalitarian” discourse allowed the party leadership not only to condemn the regime originated in the revolution which took place in 1943 and the Peronist government which emerged from it by associating both directly with contemporary European experiences, but also to challenge the Communists and left-wing members of the Socialist Party, because of their proximity to Peronism. This ideological itinerary was all but exhausted by the beginning of the ‘50s, when socialist intellectuals produced their densest characterizations of Peronism as a “totalitarian” phenomenon and just before the “anti-totalitarian” agenda began to be challenged, by grass-roots socialist militants, and particularly by the youth sector of the party.

Keywords:

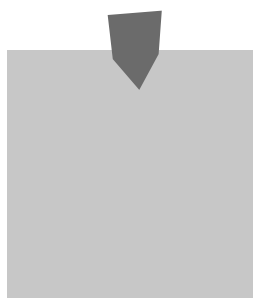
Socialist Party - Totalitarianism - Peronism - Communism - Nationalism - Américo Ghioldi

Fecha de recepción del original: 18/2/2011

Fecha de aceptación del original: 20/3/2011

⁸⁰ Traverso subraya que en los años sesenta se produce un eclipse de la cuestión del totalitarismo. Los años de Vietnam y de las luchas del Tercer Mundo por la liberación nacional no parecían dar lugar a un concepto al que se veía como una sacralización de los gobiernos del Primer Mundo, y en primer lugar del norteamericano. Véase Enzo Traverso, *El totalitarismo...*, op. cit., pp. 111-117.

Argumentos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 15 / 2011

Modelos de intervención política de los intelectuales. El caso francés¹

Gisèle Sapiro

Centre Européene de Sociologie et de Science Politique, EHESS-París 1

Si bien en la mayoría de las sociedades es posible hallar un grupo o una clase de personas que ejercen una función intelectual, como el clero, no fue sino a partir del siglo XVIII que surgió en Europa un campo intelectual relativamente autónomo.² La expansión de la educación, el desarrollo de las universidades, el ascenso del paradigma científico y la industrialización de la producción de impresos contribuyeron a la afirmación del poder simbólico de los “intelectuales” y a su aparición como categoría social hacia fines del siglo XIX.³ El adjetivo aparece ocasionalmente en los escritos de autores como Saint-Simon o Amiel, pero es durante el caso Dreyfus que el sustantivo entra en el uso común en Francia. Utilizado por primera vez peyorativamente por el bando antidreyfusard para desacreditar la legitimidad de sus oponentes para intervenir en la escena política en nombre de su especialidad, la categoría es apropiada por estos últimos y alcanza un reconocimiento internacional. El término debe a esta coyuntura su ambigüedad original: se refiere, en efecto, tanto al conjunto de los productores culturales, como a los que, de entre ellos, intervienen en el espacio público en tanto que tales. La definición política precedió a la definición profesional, que se fija en la década de 1920.⁴

El concepto de campo intelectual permite tomar por objeto la tensión entre estas dos definiciones, política y profesional. Situado en la intersección del campo político y de los campos de producción cultural específicos, el campo intelectual participa del campo de producción ideológico, “universo relativamente autónomo, donde se elaboran, en la competencia y el conflicto, los instrumentos de pensamiento del mundo social objetivamente disponibles en un

¹ Traducción de Alejandro Dujovne del artículo original en francés “Modèles d’intervention politique des intellectuels. Le cas français”, publicado en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 2009/1, N° 176-177, pp. 8-31.

² Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, México/Barcelona, Gustavo Gili, 1989; Lewis Coser, *Hombres de ideas: el punto de vista de un sociólogo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968; Roger Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995; Daniel Roche, *Les Républicains des lettres: gens de culture et Lumières au XVIII^e siècle*, París, Fayard, 1988; Didier Masseau, *L’invention de l’intellectuel dans l’Europe du XVIII^e siècle*, París, Presses Universitaires de France, 1994.

³ Christophe Charle, *El nacimiento de los “intelectuales”*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009; del mismo autor, “Les intellectuels en Europe au XIX^e siècle, essai de comparaison”, en Gisèle Sapiro (dir.), *L’espace intellectuel en Europe*, La Découverte, París, 2009.

⁴ Gisèle Sapiro, “Entre individualisme et corporatisme: les écrivains dans la première moitié du XX^e siècle”, en Steven Kaplan y Philippe Minard (dirs.), *La France malade du corporatisme?*, Belin, París, 2004, pp. 279-314.

momento del tiempo y donde se define al mismo tiempo el campo de lo pensable políticamente o, si se quiere, la problemática legítima”, como lo definió Pierre Bourdieu.⁵ En este mundo se enfrentan individuos y grupos de diferentes campos –político, sindical, mediático, académico, literario, etc.–, en una lucha por la imposición legítima del mundo social. La especificidad del modo de intervención de los intelectuales en cuanto tales se restringe a referirse a los debates específicos del campo intelectual, so pena de ser excluidos, como fue el caso de los intelectuales del clero católico a raíz de la condena del modernismo en 1907.⁶

Sin embargo, si se define por su especificidad, esta intervención tomó diversas formas, más o menos politizadas, entre el profetismo y la *expertise*. Estas formas que revisten las tomas de posición desde el punto de vista discursivo (del panfleto al diagnóstico) y de las modalidades de intervención (repertorio de la acción individual o colectiva, tales como peticiones, manifestaciones, agrupamientos, etc.), más que el contenido de las tomas de posición, serán objeto de este artículo, aunque, como veremos, ellas no son siempre independientes. Nos proponemos, a partir del caso francés, analizar los modelos de intervención política de los intelectuales y su evolución en el siglo xx, indagando, en un primer momento, los factores que los diferencian de manera ideal-típica.

Nos atendremos a los compromisos específicamente intelectuales, excluyendo otras formas de activismo militante –protestas, actividad sindical–, de las que los intelectuales, como todos, por supuesto, pueden participar, pero que no se fundan en la valoración de su capital simbólico específico, que no justifican un tratamiento distinto de otras categorías sociales, salvo para volver a examinar el tema de la tensión entre pensamiento y acción que atraviesa todos los debates sobre el compromiso de los intelectuales. La necesidad sentida por René Char de afirmar que fue en tanto poeta que tomó las armas durante la resistencia está ahí para recordarnos, además de la obsesión de los intelectuales de la época, desde los surrealistas hasta Sartre, de hacer de la literatura un arma,⁷ que los pocos intelectuales que han participado en la lucha armada no lo han hecho en cuanto tales.

Factores de diferenciación de los modos de intervención política de los intelectuales

En la estructura en quiasma del espacio social, en el sentido con el que Pierre Bourdieu la construyó en *La distinción*, los intelectuales ocupan una posición dominada dentro de las clases dominantes en tanto detentadores de un capital cultural que se ha diferenciado del capital económico con la institucionalización del sistema escolar. Si la valoración de este capital cultural es fundamental para su compromiso como intelectuales, la diversidad de formas que toman sus intervenciones políticas debe ser puesta en relación con los principios de estructuración de este espacio. Las modalidades y las formas de compromiso de los intelectuales tienden a diferenciarse con arreglo a tres factores que estructuran el campo intelectual: el capital simbólico, la autonomía respecto de la demanda política y el grado de especialización.

Primer factor: la posición que ocupa en el campo intelectual según el volumen global de capital simbólico. El capital simbólico tiene un efecto sobre la forma que asume la toma de

⁵ Pierre Bourdieu, *La distinction. Critique sociale du jugement*, París, Minuit, 1979, p. 465 [trad. esp.: *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1989].

⁶ Claude Langlois, “La naissance de l’intellectuel catholique”, en Pierre Colin (dir.), *Intellectuels chrétiens et esprit des années 1920*, París, Cerf, 1997, pp. 213-233.

⁷ Denis Hollier, *Les dépossédés*, París, Minuit, 1993.

posición. Cuanto más se ocupa una posición dominante en el campo, mayor será la tendencia a universalizar los intereses particulares bajo una forma despolitizada. El moralismo es el modo de despolitización (formal) más común. Pero hay otros, como la estetización, la teorización o el formalismo (la introducción de procedimientos de investigación, métodos cuantitativos y técnicas de modelización en las ciencias sociales han sido una manera de despolitizar). En su estudio dedicado a la obra de Heidegger, Bourdieu muestra el trabajo de eufemización al que se sometió a la ideología conservadora y al estado de ánimo *völkisch* que prevaleció en la Alemania de Weimar mediante el uso de conceptos filosóficos.⁸ De manera inversa, en sus luchas contra la visión dominante del mundo, la doxa, u “ortodoxia” cuando se trata de teoría, aquellos que ocupan una posición dominada en el campo, y por lo tanto son vistos como “herejes”, tal como el profeta weberiano contra el sacerdote,⁹ están obligados a manifestar su protesta de una manera politizada para otorgarle un atractivo universal, como lo demuestra la historia de las vanguardias, de los surrealistas a *Tel Quel* (véase más adelante). A esta oposición corresponde, por ejemplo, desde el punto de vista de los géneros, la diferencia entre el ensayo y el panfleto.¹⁰ El panfleto surrealista “Un cadáver”, que apuntaba contra tres escritores representativos del establishment literario, miembros de la Academia Francesa, es una buena ilustración:

Loti, Barrès, France. Pongamos empero una hermosa señal blanca sobre el año que acabó con estos tres hombres siniestros: el idiota, el traidor y el policía. Con France desaparece un poco del servilismo humano. Festejemos el día que entierra a la astucia, al tradicionalismo, al escepticismo y a la falta de corazón.¹¹

Las modalidades del compromiso, individual o colectivo, también son función del capital simbólico. Los intelectuales que están desprovistos de esta clase de capital están condenados a las formas de acción colectiva anónimas, como el manifiesto, la manifestación, la acción sindical (el sindicalismo intelectual) o la participación en grupos con vocación ético-política. Por contraste, el renombre confiere al intelectual una autoridad a sus tomas de posición, y su compromiso es más susceptible de tomar una forma individual o individualizada en el polo dominante, mientras que las formas colectivas, tales como la petición, muestran el capital simbólico colectivo por la acumulación de los capitales individuales.

El capital simbólico individual puede presentarse como títulos (diplomas, honores, posición académica, pertenencia a academias) –que refieren a un capital de tipo institucional–, o como renombre, capital de reconocimiento contenido en el nombre propio, como por ejemplo el de André Gide o el de Jean-Paul Sartre (que, significativamente, al rechazar el Premio Nobel de li-

⁸ Pierre Bourdieu, *La ontología política de Martin Heidegger*, Madrid, Paidós, 1991.

⁹ Max Weber, *Économie et société*, París, Plon, “Presses Pocket”, 1995, vol. 2, pp. 190-211 [trad. esp.: *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944]; véase también Pierre Bourdieu, “Una interpretación de la teoría de la religión según Max Weber”, en *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, pp. 43-63.

¹⁰ Véase Marc Angenot, *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*, París, Payot, 1982, y Philippe Olivera, “La politique lettrée en France. Les essais politiques (1919-1932)”, tesis de doctorado bajo la dirección de Christophe Charle, Université de Paris I, 2001, a publicarse en CNRS Éditions.

¹¹ “Loti, Barrès, France, marquons tout de même d’un beau signe blanc l’année qui coucha ces trois sinistres bonshommes: l’idiot, le traître et le policier. Avec France, c’est un peu de la servilité humaine qui s’en va. Que ce soit fête le jour où l’on enterre la ruse, le traditionalisme, le scepticisme et le manque de cœur”, André Breton, “Refus d’inhumation”, citado en Maurice Nadeau, *Histoire du surréalisme*, París, Seuil, 1945, p. 95.

teratura, así como cualquier otra distinción o pertenencia institucional, explicó en su carta a la academia sueca que “no es lo mismo si firmo Jean-Paul Sartre o si firmo Jean-Paul Sartre, Premio Nobel”, y agregó que “el escritor debe negarse a transformarse en institución”). Si bien algunos acumulan los dos tipos de capital, el capital simbólico asociado al nombre propio puede pesar más que aquél debido a la posición institucional, aun cuando ésta sea muy prestigiosa como en el caso de Michel Foucault y Pierre Bourdieu (ambos miembros del Collège de France). Esta distinción tiene implicaciones sobre el modo de valoración del capital simbólico (mención del título o de la función) y, articulado a la dependencia de las instituciones y a la división del trabajo de expertos, también sobre los repertorios de acción: la competencia certificada por los títulos escolares constituye el capital simbólico del experto, quien realiza su diagnóstico siguiendo procedimientos definidos, mientras que el reconocimiento fundado en el carisma predispone al profetismo.

El segundo factor diferenciador es la autonomía en relación con la demanda política externa. Desde la autonomización del campo intelectual en el siglo XIX, las organizaciones políticas, los partidos, las instituciones religiosas y las empresas tratan de capturar el poder carismático de los intelectuales para imponer una definición –por lo tanto heterónoma– de su misión social, con el fin de subordinarlos a sus propios intereses. Se acostumbra a denominar “intelectuales orgánicos”, repitiendo una expresión que Gramsci empleó de un modo un poco diferente, a aquellos que aceptan someterse a la disciplina de una institución u organización. Tales intelectuales de institución han existido siempre: los sacerdotes. En el campo intelectual (relativamente) autonomizado, la forma de dependencia más extrema a la demanda externa fue encarnada por los intelectuales que optaron por integrar el aparato ideológico de una institución o un partido, abdicando de su libertad crítica. Sin embargo, el experto que produce un diagnóstico “neutral” para la elaboración de políticas públicas (o de una organización política o de una empresa) también debe renunciar en cierta medida a ejercer su espíritu crítico para ajustarse a la demanda del Estado (o de otras organizaciones), colocándose así en una posición dominada respecto de los detentadores de capital político y económico.¹²

Por el contrario, cuanto más cuente el intelectual con un capital simbólico específico, más estará en condiciones de definir por sí mismo los términos y las formas de su compromiso, independientemente de las concepciones heterónomas del rol social del intelectual impuestas por el campo de poder o los partidos políticos que intentan capturar ese capital simbólico para su propio beneficio. Se trata de la figura del “intelectual crítico”, que tiende a universalizar los valores específicos del campo intelectual, como los dreyfusard durante el Caso Dreyfus. La distinción weberiana entre el sacerdote nombrado por una institución y el profeta independiente que obtiene su autoridad de su carisma personal es paradigmática de esta oposición.

El grado de especialización de la actividad intelectual en cuestión es el tercer factor en la estructuración del campo intelectual que determina los modos de intervención política. La unificación momentánea del campo intelectual durante el Caso Dreyfus oculta el proceso de diferenciación y de competencia de las actividades intelectuales por el monopolio de ámbitos de competencia (jurisdicción), que se aceleró en la segunda mitad del siglo XIX.¹³ La competen-

¹² Gérard Noiriel los incluye en lo que llama los “intelectuales de gobierno”, distinguiéndolos de los “intelectuales específicos”. Véase Gérard Noiriel, *Les fils maudits de la République. L'avenir des intellectuels en France*, París, Fayard, 2005.

¹³ Andrew Abbott, *The system of professions. An essay on the division of expert labor*, Chicago, The University of Chicago Press, 1988, pp. 59-60.

cia entre actividades estructurará el campo intelectual, oponiendo en particular las profesiones llamadas “útiles”, cuya *expertise* es (más o menos) conocida, a las ocupaciones creativas, por lo general excluidas de la historia de las profesiones,¹⁴ pero que –de los escritores a los músicos, pasando por los artistas (y hoy los cineastas)– encarnaron el compromiso intelectual en Francia, más que las profesiones liberales.¹⁵ Ahora bien, estos dos hechos no están relacionados. En cuanto a los escritores, la división de trabajo de *expertise* los ha despojado de una serie de actividades que ejercían (además de la política, la historia o la moral, convertido en el dominio de los historiadores y los sociólogos).¹⁶ Y, como hemos sugerido en otra parte, esta entrega puede ayudar a explicar su politización en tanto que intelectuales.¹⁷

Por otra parte, las formas y las modalidades de intervención varían entre las actividades más especializadas y organizadas en el plano profesional, como el derecho y la medicina, y aquellas que lo son menos, como la literatura. Las variaciones se observan también tanto en el modo de movilización como en la retórica de justificación de las tomas de posición. La movilización en tanto que cuerpo profesional, en el nombre de la ciencia y de una competencia socialmente reconocida en un dominio, se opone aquí al compromiso individual, del modo carismático del profeta weberiano. La acusación de usurpación acecha siempre el modo de compromiso profético. Estos dos grupos se diferencian también desde el punto de vista de la retórica de la justificación, que descansa por un lado sobre valores intelectuales generales –el humanismo clásico proporcionó durante largo tiempo las categorías éticas que fundan la *doxa* de las clases dominantes–, y, por otro lado, sobre un saber especializado.

La combinación de estos tres factores define en gran medida la distribución de los diferentes modos de intervención en el campo intelectual construido de manera ideal-típica, de acuerdo con una aproximación relacional y no-esencialista [véase tabla *infra* “Modelos de participación política de los intelectuales”]. Asimismo, es un modelo dinámico: cada tipo ideal se define históricamente por relación a otro, y están en competencia permanente. Evidencia de ello es la existencia de una terminología nativa para diferenciar entre estas figuras (“intelectuales”, “intelectuales orgánicos”, “expertos”, “intelectual específico”, “intelectual colectivo”).¹⁸ Estas categorías no son excluyentes entre sí: un mismo individuo puede haber adoptado sucesivamente diferentes posturas de acuerdo con las posiciones que ocupó; el envejecimiento social conduce, en el mejor de los casos, de posiciones dominadas a posiciones dominantes; in-

¹⁴ Christophe Charle, “Intellectuels, *Bildungsbürgertum* et professions au XIX^e siècle. Essai de bilan historiographique comparé (France, Allemagne)”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 106-107, marzo de 1995, pp. 85-95. Gisèle Sapiro, “Les professions intellectuelles, entre l’État, l’entrepreneuriat et l’industrie”, *Le Mouvement social*, 214, enero-marzo de 2006, pp. 3-24.

¹⁵ Laurence Bertrand Dorléac, *L’art de la défaite 1940-1944*, París, Seuil, 1993; Jane F. Fulcher, *The composer as intellectual. Music and ideology in France (1914-1940)*, Nueva York, Oxford University Press, 2005. Los abogados por lo tanto habían jugado un rol precursor en el siglo XVIII; véase Lucien Karpik, *Les avocats. Entre l’État, le public et le marché. XIX^e-XX^e siècle*, París, Gallimard, 1995, pp. 90-91, y Christophe Charle, “Le recrutement des avocats parisiens (1880-1914)”, en Gilles Le Béguec (ed.), *Avocats et barreaux en France, l’étape des années 1910-1930*, Nancy, Presses universitaires de Nancy, 1994, pp. 21-34; del mismo autor, “Le déclin de la République des avocats”, en Pierre Birnbaum (ed.), *La France de l’affaire Dreyfus*, París, Gallimard, 1994, pp. 56-86.

¹⁶ Gisèle Sapiro, “‘Je n’ai jamais appris à écrire’. Les conditions de formation de la vocation d’écrivain”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 168, junio de 2007, pp. 13-33.

¹⁷ Gisèle Sapiro, “Forms of politicization in the French literary field”, *Theory and Society*, 32, 2003, pp. 633-652.

¹⁸ La observación de Zygmunt Bauman acerca de las definiciones de los intelectuales en general, a saber que “se trata de autodefiniciones”, también se aplica a estas figuras particulares. Zygmunt Bauman, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

cluso pueden coexistir en ciertas circunstancias: un “intelectual específico” es susceptible de responder a demandas puntuales de asesoramiento técnico por parte del Estado. Además, dentro de cada uno de estos modelos las formas de ocupar una posición pueden ser distribuidas, en términos generales, en función de las otras posturas, como lo demuestra un examen más detenido.

Las oposiciones que subyacen a estos tipos ideales no se superponen con el tradicional clivaje izquierda-derecha. Si bien pueden coincidir en determinadas circunstancias, en tanto la propensión a ser guardián del orden social es a menudo situada en la posición del intelectual llamado de “derecha” y la impugnación a las autoridades tradicionales es más característica del intelectual llamado de “izquierda”,¹⁹ la figura profética pudo ser encarnada en los regímenes comunistas (donde estas categorías pierden además su pertinencia) por los intelectuales defensores de los valores “de derecha”, como Solzhenitsin. Y si el “experto” se pretende políticamente neutral, el fascismo y el comunismo tuvieron sus intelectuales titulados, e incluso hubo una vanguardia fascista (los futuristas italianos) tanto como una vanguardia comunista (los constructivistas rusos). La articulación de este modelo con el contenido de la toma de posición y la comparación internacional requiere por lo tanto en cada caso una reconstrucción sociohistórica de la configuración del campo de poder y de las relaciones entre campo intelectual y campo político. De modo inverso, las maneras de intervención política de los intelectuales afines o de una misma tendencia política, tanto como los de una misma religión, pueden ser distinguidos entre varios de estos tipos ideales, aunque de manera desigual, como lo hemos demostrado en el caso de escritores franceses que expresaron su atracción por el fascismo.²⁰ Veremos esto más adelante para el caso de los intelectuales católicos y comunistas. Por último, la feminización del campo intelectual después de la guerra no ha modificado radicalmente los modos de participación.²¹

Modelos de intervención política de los intelectuales				
Generalista		Especialista		
	Autonomía	Heteronomía	Autonomía	Heteronomía
Dominante	Intelectual crítico universalista	Guardián del orden moral	Intelectual crítico especializado	Especialista consultado por los dirigentes
	“Intelectual”	“Consejero del príncipe”	“Intelectual específico”	“Experto”
Dominado	Agrupaciones contestatarias (universalistas)	Intelectuales de institución o de organización (generalistas)	Agrupaciones contestatarias (especializadas)	Intelectuales de institución o de organización (especializados)
	“vanguardia”	“intelectual orgánico”	“intelectual colectivo”	“intelectuales orgánicos”

¹⁹ Gisèle Sapiro, “De l’usage des catégories de droite et de gauche dans le champ littéraire”, *Sociétés & Représentations*, 11, febrero de 2001, pp. 19-53.

²⁰ Gisèle Sapiro, “Figures d’écrivains fascistes”, en Michel Dobry (dir.), *Le mythe de l’allergie française au fascisme*, París, Albin Michel, 2003, pp. 195-236.

²¹ Acerca de las condiciones históricas de emergencia de los “intelectuales”, véase en particular Nicole Racine y Michel Trebitsch (dirs.), *Intellectuelles. Du genre en histoire des intellectuels*, París, Complexe, 2004.

El intelectual crítico universalista

La figura tradicional del intelectual profético, intelectual crítico que se compromete a título personal en causas particulares en nombre de valores universales como la libertad o la justicia, afirma su autonomía frente a la demanda política externa. Surgida en el siglo XVIII con el involucramiento de Voltaire en el caso Calas, encarnada por Zola en el caso Dreyfus y llevada a su más alto grado por Sartre luego de la Liberación, se convirtió en una especie de coronación de la carrera del gran escritor.

Herederos de los “filósofos” del siglo XVIII, esta figura paradigmática del intelectual moderno conserva muchas características del profeta tal como fue definido por Max Weber.²² Productor de representaciones colectivas y de una interpretación del mundo, por lo general acompañada de un mensaje ético-político, el intelectual crítico funda la legitimidad de sus posiciones en su capital simbólico, es decir, en su autoridad carismática sobre un público, capital a menudo ligado a su propio nombre más que a sus títulos, y por lo tanto asociado a su persona. En tanto el sacerdote es designado por la institución que le confiere su autoridad y lo remunera por sus servicios, el profeta no es nombrado por ninguna persona, habla en nombre propio, extrae su autoridad carismática de su posición después de haber conquistado el reconocimiento de su público y actúa de manera desinteresada: su profecía es gratuita. Por otra parte, toma riesgos al exponerse al oprobio y a la represión de los poderes por su mensaje herético. El desinterés y la asunción de riesgos en nombre de la conciencia fueron reivindicados por los “filósofos” del siglo XVIII como un capital moral, para desmarcarse de los eruditos de las universidades. En su artículo sobre “los hombres de letras” redactado para la Enciclopedia, Voltaire explica que la persecución afectó a casi todos los letrados aislados, aquellos que no pertenecen a instituciones como la universidad y viven retirados del mundo, letrados “encerrados en sus gabinetes”, que son sin embargo los que han “prestado el servicio más grande al más pequeño número de seres pensantes dispersos en el mundo”:

Componed odas en alabanza de monseñor Superbus Fadus, y madrigales dirigidos a su amante, y dedicad a su portero un libro de Geografía, y seréis bien recibidos; ilustrad a los hombres y seréis aniquilados. Descartes tuvo que dejar su patria, Gasendo fue calumniado, Arnauld arrasó sus días en el destierro, y todo filósofo ha sido tratado como los profetas entre los judíos.²³

Desde comienzos del siglo XIX serán los escritores quienes mejor ilustren este modelo de compromiso: al oponer a la certificación escolar su autoridad carismática con el público, su posi-

²² Además del capítulo citado de *Economía y sociedad*, nos apoyamos aquí sobre *Le Judaïsme antique*, París, Plon, 1970, reedic. “Presses Pocket”, 1998 [trad. esp.: en *Ensayos sobre sociología de la religión*, Madrid, Taurus, 1987, 3 vols.]. Véase también *On charisma and institution building. Selected papers*, ed. e introd. de S. N. Eisenstadt, Chicago, The University of Chicago Press, 1968, pp. 253-267.

²³ “Faites des odes à la louange de Monseigneur Superbus fadus, des madrigaux pour sa maîtresse, dédiez à son portier un livre de géographie, vous serez bien reçu; éclairez les hommes, vous serez écrasé. Descartes est obligé de quitter sa patrie, Gassendi est calomnié. Arnauld traîne ses jours dans l’exil; tout philosophe est traité comme les prophètes chez les Juifs.” Voltaire, “Lettres, gens de lettres ou lettré”, *Dictionnaire philosophique*, presentación de Béatrice Didier, París, Imprimerie nationale, 1994, p. 324. Sobre la construcción de un *ethos* intelectual, véase el estudio de biografías de filósofos realizado por Dinah Ribard, *Raconter, vivre, penser. Histoire de philosophes 1650-1766*, París, Vrin/EHESS, 2003. Esta representación de la posición de los “filósofos” debe ser relativizada en relación con la protección que obtuvieron por parte de la aristocracia y del poder; véase, además de las obras citadas en la nota 2, Antoine Lilti, *Le monde des salons au XVIIIe siècle*, París, Fayard, 2005.

ción de intelectuales “libres”, en comparación con los intelectuales de Estado que eran los universitarios (convertidos en funcionarios durante el Primer Imperio), los situó en una condición estructuralmente equivalente a la de los profetas weberianos frente a los sacerdotes. El profeta privilegia el carácter emocional del mensaje por sobre el racional, más cercano del demagogo o del publicista que del maestro de una escuela filosófica. Diferenciándose de los pensadores que desarrollan un sistema filosófico, encarnados luego por los utopistas como Saint-Simon y Fourier, desde el romanticismo los escritores adoptaron esta forma profética particular, con Victor Hugo a la cabeza.²⁴ Su modo de intervención individual y puntual, incluso extraordinario, que tiene lugar en períodos de crisis, también recuerda la figura profética. Lo que no excluye, para algunos, como Lamartine, la entrada en el mundo político. En esa época los campos intelectual y político se encontraban aún poco diferenciados.

Siguiendo los análisis de Christophe Charle, se pueden comparar los diferentes campos intelectuales nacionales en el siglo XIX a partir del grado de diferenciación de los campos político, literario y académico.²⁵ Muy débil en Italia, donde las posiciones de escritor, profesor y político podían combinarse, y extrema en Alemania durante la misma época. Francia ocupa una posición intermedia: no es sino en la segunda mitad del siglo XIX que la función política se especializa, con la formación de un cuerpo de funcionarios de alto rango en el Segundo Imperio y la aparición de profesionales de la política bajo el régimen de la democracia representativa instaurado por la Tercera República.²⁶

Este proceso entraña una diferenciación entre los campos intelectual y político desde el punto de vista de los valores y de los modos de funcionamiento. Si el Estado delega en ciertas profesiones intelectuales, como los médicos, un poder de *expertise* en dominios particulares, esta delegación de poder puede serles retirada y su consejo pasar a ser consultivo, con lo cual la toma de decisiones retorna nuevamente a los políticos. Pero los “intelectuales” que se afirman como categoría social hacia el fin del siglo XIX reivindican su capacidad para imponer la definición legítima de las problemáticas sociales de manera independiente de las expectativas del poder político. Su movilización durante el Caso Dreyfus aparece bajo este punto de vista como la manifestación de la lucha de competencia entre campo intelectual y campo político en el momento en que ellos se ven excluidos del juego político. Contra la “Razón de Estado” invocada por sus adversarios, un cierto número de intelectuales exigen la revisión de la sentencia dictada injustamente contra Dreyfus en nombre de la “verdad” y la “justicia”, dos valores pro-

²⁴ Paul Bénichou, *Le sacre de l'écrivain 1750-1830. Essai sur l'avènement d'un pouvoir spirituel laïque dans la France moderne*, París, Corti, 1973, reedic. por Gallimard, 1996, y *Le Temps des prophètes. Doctrines de l'âge romantique*, París, Gallimard, 1977; José Luis Díaz, *L'écrivain imaginaire, scénographies auctoriales à l'époque*, París, Champion, 2007.

²⁵ C. Charle, *Les intellectuels en Europe au XIXe siècle*, *op. cit.*

²⁶ En 1820, 24 % de los autores literarios tenían funciones en la diplomacia y la administración o se beneficiaban de cargos honoríficos; esta categoría desciende a 17 % en 1827, luego al 10 % en 1834 y al 13 % en 1841. Roger Chartier, “La génération romantique”, en R. Chartier y H.-J. Martin, *Histoire de l'édition française*, París, Fayard/Promodis, 1991, vol. 2, p. 784. Sobre la profesionalización de los hombres políticos, véase Max Weber, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1967; y especialmente para Francia, Dominique Damme, “Professionnel de la politique, un métier peu avouable”, en Michel Offerlé (dir.), *La profession politique XIXe-XXe siècles*, París, Belin, 1999, pp. 37-68, y Christophe Charle, “Les parlementaires de la Troisième République, avant-garde ou arrière-garde d'une société en mouvement?”, en Jean-Marie Mayeur, Jean-Pierre Chaline y Alain Corbin (dirs.), *Les parlementaires de la Troisième République*, París, Publications de la Sorbonne, 2003, pp. 45-63.

piamente intelectuales, que de este modo son universalizados.²⁷ La innovación radica en su modo de acción colectiva, la petición, manifestación de poder simbólico acumulado por todos los firmantes, que es el corolario de la afirmación del papel de los valores intelectuales y del saber en una sociedad democrática contra la arbitrariedad y el dogma.

Expresión de la emergencia y la estructuración de un campo intelectual, este modo de acción se generalizó durante la entreguerras, período que también asistió a la proliferación de revistas intelectuales de todo tipo que procuraban la elaboración de esquemas de análisis del mundo social. Reservando al espacio del pensamiento crítico un ámbito de autonomía protegido de los constreñimientos y las presiones externas, la revista es en efecto el lugar predilecto del profetismo intelectual. Lo que caracteriza a esta época es la naturaleza puntual, extraordinaria, de la movilización de los intelectuales en torno de acontecimientos políticos particulares, y sin relación directa con su especialidad, sobre la base de palabras de orden muy generales: libertad, justicia, cultura, civilización. Muy a menudo, el compromiso en el polo relativamente autónomo responde a la búsqueda de valores intelectuales, como la libertad, la cultura, en tanto que el campo heterónomo se moviliza en respuesta a los intelectuales críticos, reproduciendo así el caso Dreyfus, que, por otra parte, fue utilizado a menudo como modelo de referencia.²⁸

La guerra y la ocupación entrañaron una pérdida de autonomía y una sobrepolitización del campo intelectual que subsistió luego de la Liberación en relación con las cuestiones de la depuración y la Guerra Fría, hasta la Guerra de Argelia. Otorgando una significación política a las mínimas actividades intelectuales, como el acto mismo de publicar, la experiencia de los *années noires* desacredita el modelo del arte por el arte o del intelectual recluido en su torre de marfil.²⁹ Del mantenimiento de este estado de sobrepolitización de posguerra participa la hegemonía del Partido Comunista, que después de la Liberación recluta a muchos intelectuales y cuenta con figuras prestigiosas como Aragón, Éluard, Picasso, Léger, Joliot-Curie, obligando al conjunto del campo a definirse por relación con él. El éxito de Sartre en este período se debe a que define una nueva figura de intelectual comprometido, manteniendo su autonomía en relación con el Estado y los aparatos políticos (el Partido Comunista en este caso).

De este modo, Sartre inventa la figura del “intelectual total”,³⁰ comprometido en todos los frentes del pensamiento: trasciende las fronteras entre literatura y filosofía que habían estructurado el campo intelectual de preguerra –con lo cual contribuye a su unificación–, y hace al mismo tiempo del compromiso una ética profesional.³¹ En un momento en que los intelectuales colaboracionistas son castigados por sus escritos considerados como actos de traición a la patria, Sartre define la escritura como un acto, superando así la antinomia entre pensamiento y acción que había sustentado el debate sobre el compromiso de los intelectuales hasta 1940.³²

²⁷ C. Charle, *Naissance des intellectuels*, op. cit.

²⁸ Jean-François Sirinelli, *Intellectuels et passions françaises. Manifestes et pétitions au xxe siècle*, París, Fayard, 1990.

²⁹ Gisèle Sapiro, *La guerre des écrivains, 1940-1953*, París, Fayard, 1999.

³⁰ Según la expresión de Pierre Bourdieu, “El intelectual total y la ilusión de la omnipotencia del pensamiento”, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama, 1995, pp. 312-317.

³¹ Anna Boschetti, *Sartre et “Les Temps Modernes”. Une entreprise intellectuelle*, París, Minuit, 1985, y Pierre Bourdieu, “Sur le fonctionnement du champ intellectuel”, *Regards sociologiques*, 17-18, 1999, pp. 5-27.

³² Jean-Paul Sartre, “Présentation des Temps Modernes”, *Les Temps Modernes*, 1, octubre 1945, y *Qu’est-ce que la littérature?*, París, Gallimard, 1948; ambos textos fueron incluidos en *Situations, II*, traducido al español como *¿Qué es la literatura?*, Buenos Aires, Losada, 1950 (varias reedic.). Ver también *La Responsabilité de l’écrivain*, París, Verdier, 1998.

Al mismo tiempo, el autor de *El ser y la nada* trasciende la oposición entre desinterés y responsabilidad, que divide al campo literario, hasta ese momento fundado en la responsabilidad del escritor en su libertad existencial. Mediante una inversión, Sartre también asigna al escritor la responsabilidad suprema de defender la libertad en todo el mundo, de acuerdo con una definición que se diferencia de las concepciones heterónomas de la responsabilidad social o penal de los intelectuales impuestas por el Estado o por los aparatos políticos.³³ Esta responsabilidad es permanente. Ella está presente en todos sus escritos, incluyendo el más apolítico. El escritor está involucrado en el mundo contemporáneo y debe asumir esta responsabilidad cotidianamente. Esta figura del “intelectual total” es una suerte de elaboración suprema del modelo de intelectual crítico y de su papel profético en la sociedad. Sin embargo, con la Guerra Fría, cuando se profundiza la polarización del campo intelectual y fracasa su intento de crear un partido de intelectuales independiente (el Frente democrático revolucionario [*Rassemblement démocratique révolutionnaire*], que lanzó con David Rousset a fines de 1947), experiencia que marcó los límites del compromiso político de los intelectuales, Sartre se acerca al Partido Comunista, del que se convierte en compañero de ruta en 1952, sin dejar de reivindicar su autonomía y sus prerrogativas de intelectual crítico (véase más adelante).

Que los escritores hayan expresado de modo paradigmático esta figura del intelectual profético no debe impedirnos considerar el hecho de que en el Caso Dreyfus se involucraron representantes de otras categorías intelectuales, en particular los universitarios,³⁴ aunque intervinieron en tanto que académicos o profesores, y a pesar de la utilización de prácticas de *contra-expertise*, no en nombre de su competencia especializada, sino en el de valores más generales como la verdad, de la que se sienten guardianes, y de una ética profesional basada en la libertad y en la independencia de espíritu, que los preserva de entregarse a las pasiones y de la obediencia ciega a la autoridad, tal como lo formularon Émile Duclaux, director del Instituto Pasteur, y Émile Durkheim.³⁵ Al explicar que fue más en tanto hombres que en cuanto especialistas que pusieron “su razón por encima de la autoridad”, este último subraya, no obstante, la superioridad que confieren a sus hábitos profesionales en materia de juicios: “acostumbrado por la práctica del método científico a reservar su juicio hasta tanto sentirse lo suficientemente informados, es natural que cedan con menos facilidad al impulso de las masas y al prestigio de la autoridad”.³⁶

Este modelo de compromiso conoció una difusión transnacional. Obró como referencia para el filósofo pragmatista americano John Dewey cuando aceptó la presidencia de una comisión de investigación sobre los procesos de Moscú en 1936 –como lo ilustra el hecho de que tituló a una de las reuniones, en abril de 1937, “La verdad está en marcha”– compromiso que justificó en los siguientes términos:

³³ Gisèle Sapiro, “Responsibility and freedom: foundations of Sartre’s concept of intellectual engagement”, *Journal of Romance Studies*, 6(1-2), 2006, p. 31-48 y “The writer’s responsibility in France: from Flaubert to Sartre”, *French Politics, Culture and Society*, 25(1), primavera 2007, p. 1-29.

³⁴ Vincent Duclert, “L’engagement scientifique et l’intellectuel démocratique. Le sens de l’affaire Dreyfus”, *Politix*, 48, 1999, p. 71-94.

³⁵ Sobre Émile Duclaux véase Vincent Duclert, “La ligue de “l’époque héroïque”: la politique des savants”, *Le Mouvement social*, 183, abril-junio de 1998, pp. 27-60.

³⁶ “[...] accoutumés par la pratique de la méthode scientifique à réserver leur jugement tant qu’ils ne se sentent pas éclairés, il est naturel qu’ils cèdent moins facilement aux entraînements de la foule et au prestige de l’autorité [...]”, Émile Durkheim, “L’individualisme et les intellectuels”, retomados en Émile Durkheim, *La science sociale et l’action*, París, PUF, 1987, pp. 262 y 270.

[...] tenía la esperanza de que por estas investigaciones preliminares pudiera encontrarse un presidente cuya experiencia lo calificara mejor que a mí en esta difícil y delicada misión. Pero he dedicado mi vida a las tareas de educación, concebidas como las de la instrucción pública en el interés de la sociedad. Si finalmente acepté esta posición de gran responsabilidad, es porque advertí que actuar de otro modo sería contradecir la labor de mi vida.³⁷

El guardián del orden moral

Duclaux y Durkheim respondieron a los ataques de los antidreyfusards, quienes desafiaron la legitimidad de aquellos a quienes llamaban despectivamente “intelectuales”. Después de Maurice Barrès, quien sugirió que la mayoría de los firmantes de la petición en apoyo de Dreyfus no eran sino oscuros graduados que seguían a sus profesores,³⁸ el crítico Fernando Brunetière intentó socavar los fundamentos simbólicos del compromiso de los intelectuales partidarios de Dreyfus.

Éstos, escribió Brunetière, reivindicando el derecho de entrometerse en asuntos sobre los que no tienen ninguna competencia por su especialización, “no hacen más que divagar con autoridad sobre cosas de su incompetencia”. La erudición y la ciencia no se identifican con la inteligencia, e incluso pueden ser contradictorias en la medida en que el conocimiento especializado es “limitado” y por lo tanto “restringido”, por oposición a las “ideas generales”. La propia inteligencia no puede sustituir a la “experiencia”, a la “firmeza de carácter” y a “la energía de la voluntad”. La ciencia no proporciona, por lo tanto, los “títulos para gobernar a sus semejantes”. Y concluye que el cientificismo cubre en realidad “las pretensiones del individualismo”, que es un principio de anarquía.³⁹

Apuntando al compromiso universalista de los intelectuales especializados, la firme reprobación de Brunetière es característica del punto de vista de los guardianes del orden moral. Ésta se inscribe en una línea antiintelectualista que desafía la legitimidad del discurso crítico independiente y procura subordinar el pensamiento a las autoridades tradicionales —la Iglesia y el Estado— en conformidad con el segundo principio de oposición que hemos propuesto anteriormente. El concepto de responsabilidad social del escritor desarrollado por Paul Bourget en su prefacio a la obra *Disciple*, publicada en 1889, es representativo de esta idea del compromiso: la responsabilidad debe limitar la libertad crítica del intelectual, ella “limita sus derechos”, como lo explicara uno de sus comentaristas católicos.⁴⁰ La aparición de *Disciple* desató una polémica que contribuyó, antes del Affaire, a estructurar el debate en el campo intelectual:

³⁷ “[...] j’avais espéré que pour ces investigations préliminaires, un président pourrait être trouvé dont l’expérience le qualifierait mieux que moi pour cette mission difficile et délicate. Mais j’ai consacré ma vie aux tâches de l’éducation, conçues comme celles de l’instruction publique dans l’intérêt de la société. Si j’ai finalement accepté ce poste de grande responsabilité, c’est parce que je me suis rendu compte qu’agir autrement serait mentir à l’oeuvre de ma vie”. Citado por Romain Pudal, “Pour une analyse comparée de l’engagement politique des intellectuels en France et aux États-Unis lors des procès de Moscou de 1936-1938”, *Sociétés contemporaines*, 64(4), 2006, pp. 95-113.

³⁸ Fritz Ringer, *Fields of knowledge. French Academic Culture in comparative perspective 1890-1920*, Cambridge/ Nueva York/París, Cambridge University Press/Éd. de la MSH, 1992, pp. 220-221. Véase también Vincent Duclert, “Anti-intellectualisme et intellectuels pendant l’affaire Dreyfus”, *Mil neuf cent*, 15, 1997, pp. 69-83.

³⁹ Ferdinand Brunetière, “Après le procès”, *La Revue des Deux Mondes*, marzo de 1898, pp. 443, 445 y 446; véanse también pp. 442 y ss.

⁴⁰ Georges Fonsegrive, *De Taine à Péguy. L’évolution des idées dans la France contemporaine*, París, Bloud et Gay, 1917, p. 73.

frente a Anatole France, que defendía los “derechos inalienables” del pensamiento y la libertad de expresar cualquier sistema filosófico, el crítico Fernando Brunetière imponía, en *Revue des Deux Mondes*, los límites a la audacia de la especulación intelectual.⁴¹

Es contra la autonomización de la función crítica en la sociedad que éstos, que llamamos aquí guardianes del orden moral, tomaron posición durante el caso Dreyfus, defendiendo la “Razón de Estado” y a instituciones como el Ejército, a las que los valores intelectuales debían subordinarse. La actividad intelectual, para ellos una forma de preservar y reproducir el orden social, debe estar subordinada al interés nacional y de las clases dominantes. Estos “notables” obtienen con mucha frecuencia su autoridad de su cercanía a las fracciones dominantes de la clase dominante que conforman su público, y a instituciones a través de las cuales controlan el campo de la producción cultural, como la Academia Francesa. Relativamente poco dotados de capital simbólico específico, al firmar sus escritos y declaraciones hacen valer sus títulos de legitimidad institucional. Los vehículos de sus compromisos son la gran prensa, la conferencia y el ensayo. En particular, gustan del retrato del hombre político que les permite evidenciar su proximidad a las grandes figuras de la época: podemos citar, por ejemplo, *Hitler*, de Louis Bertrand (Fayard, 1936), *Mussolini et son peuple*, de René Benjamin (Plon, 1937) y, del mismo autor, *Le Maréchal et son peuple* (Plon, 1941). Frecuentadores de las reuniones oficiales y de eventos así como a los círculos de poder, intervienen a menudo como “consejeros del príncipe”, cuando no ejercen el poder directamente en tanto que ministros o diplomáticos, o incluso bajo la forma de patronazgo, en tanto que miembros del comité de honor de un partido, una asociación o una organización de caridad –forma práctica que corresponde a su postura moralizadora– a los que aportan su garantía institucional. Diez miembros de la Academia Francesa fueron de este modo parte del comité de honor de la asociación “Solidaridad del Oeste”, fundada en junio de 1938 para apoyar a la España franquista.⁴²

Como explica Bourdieu, el efecto de refracción que ejerce el campo intelectual los obliga, sin embargo, a enfrentarse a los intelectuales críticos en su propio terreno y a referirse a problemáticas específicas del campo intelectual que ellos no han definido, de las que sus estrategias discursivas más típicas guardan la marca. En efecto, éstas retraducen la posición “contradictoria de doble exclusión, asociada, en la mayoría de los casos, a una *trayectoria cruzada* que, al precio de una doble inversión, lleva las posiciones dominantes en el campo de poder al campo de producción cultural, que ocupa una posición dominada, y, más precisamente, a las posiciones temporalmente dominantes del campo de producción cultural”.⁴³

Esta clase de trayectoria cruzada puede ser ilustrada por la carrera de Henry Bordeaux, que hemos analizado en detalle en otra parte.⁴⁴ Proveniente de la burguesía provincial, nutrido de las lecturas de De Maistre, Taine, Fustel de Coulanges y Le Play, se orientó, como sus hermanos (uno de los cuales hizo carrera en el Ejército, y los otros dos siguieron la formación de ingeniero en una gran escuela, Politécnica y Minas), hacia las ocupaciones tradicionalmente

⁴¹ Thomas Loué, “Les fils de Taine entre science et morale. À propos du *Disciple* de Paul Bourget (1889)”, *Cahiers d'histoire*, N° 65, 1996, p. 55.

⁴² “Solidarité d'Occident”, *Occident*, 16, 10 de junio de 1938.

⁴³ Pierre Bourdieu, “Le champ littéraire”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 89, septiembre de 1991, p. 10 [hay traducción en español, varias ediciones].

⁴⁴ Gisèle Sapiro, “Salut littéraire et littérature du salut. Deux trajectoires de romanciers catholiques: François Mauriac et Henry Bordeaux”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, 111-112, marzo de 1996, pp. 36-58.

reservadas a la burguesía mediante la preparación de una doble licencia en Derecho y Letras. Después de una “desviación” temporal producto de la socialización en los círculos literarios de París –primera inversión–, volvió a Thonon a ayudar a su padre, a quien sucederá, adoptando la condición de notable y la visión del mundo ultraconservadora que lo llevará a desarrollar una obra literaria totalmente dedicada a la encarnación de los valores tradicionales. La misma fue coronada en 1919 –segunda inversión– por su elección en la Academia Francesa, que encarna el polo de consagración temporal del campo literario. Devenido, luego de la derrota de 1940, un ferviente propagandista de la Revolución Nacional, reclama el 12 de noviembre 1940 en *Paris-Soir* que el retrato del Mariscal sea colgado en todas partes, públicas y privadas –“Cada casa, cada hogar, por más modesto que sea, debe ser iluminado por su rostro”– antes de rendirle homenaje en una obra titulada *Images du Maréchal Pétain* (Sequana, 1941).

Esta clase de posición los conduce a desplegar dos tipos de estrategias contradictorias:

se debe luchar contra el “intelectual crítico” mediante su reducción a su más simple expresión, que los expone sin cesar a la claridad simplista del divulgador; pero, so pena de perder toda fuerza específica, también deben demostrar que son capaces de replicar como “intelectuales” a las críticas de los “intelectuales”, y que su gusto por la claridad y la simplicidad, aunque se inspira en una forma de anti-intelectualismo, es el efecto de una elección intelectual libre.⁴⁵

Propio de esta dinámica de reacción contra los intelectuales críticos que había demostrado ya la movilización antidreyfusard es la declaración “Por un partido de la inteligencia”, publicada en *Le Figaro* el 19 de julio de 1919 en respuesta a la *Déclaration d’indépendance d’esprit*, enviada por Romain Rolland a *L’Humanité*, que la publicó en su edición del 26 de junio de 1919. Con Paul Bourget, de la Academia Francesa, a la cabeza de los firmantes, la declaración fue precedida por un copete que explicaba:

Algunos intelectuales han publicado recientemente un manifiesto en el que reprochan a sus colegas haber “deshonrado, humillado, degradado el pensamiento” al ponerlo al servicio de la patria y de su justa causa. Los firmantes de la declaración que publicamos hoy, habrían dejado tales propuestas sin respuesta, como dejan a sus autores exiliarse aunque su acción no pareciera capaz de actuar como un mal y amenazar la inteligencia y la sociedad. Ellos piensan en efecto que la opinión pública, perturbada por estas tonterías, necesita ser guiada y protegida, y creen que es el papel de los escritores realmente conscientes del peligro. Contra el bolchevismo del pensamiento, contra el partido de la ignorancia, *desean organizar una defensa intelectual*.⁴⁶

Si esta forma de compromiso es más frecuente entre los intelectuales no especializados, puede coronar la carrera de un letrado que intervino hasta aquí como experto, tal como Alexis Carrel con la publicación de su libro *L’Homme, cet inconnu* para agitar la amenaza de la “degeneración” que el descenso de la tasa de natalidad representa para la “raza”.⁴⁷

⁴⁵ P. Bourdieu, “Le champ littéraire”, *op. cit.*, 1991, p. 10.

⁴⁶ Citado en J.-F. Sirinelli, *Intellectuels et passions françaises*, *op. cit.*, p. 43.

⁴⁷ Francine Muel-Dreyfus, *Vichy et l’éternel féminin. Contribution à une sociologie politique de l’ordre des corps*, París, Seuil, 1996, pp. 91-92.

El agrupamiento intelectual contestatario y la “vanguardia”

La forma colectiva que corresponde a la posición del intelectual crítico generalista, que reúne a los intelectuales menos dotados de capital simbólico, es el agrupamiento intelectual de vocación ético-política. Su arquetipo es la Liga de los Derechos Humanos, que perpetuó el compromiso dreyfusard con posterioridad al caso Dreyfus.⁴⁸ La década de 1930 vio multiplicarse estas organizaciones, como la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios y el Comité de Vigilancia de Intelectuales Antifascistas.⁴⁹

Pero son las “vanguardias” literarias y artísticas las que mejor han encarnado esta forma de compromiso colectivo. Al igual que las sectas religiosas y los grupúsculos políticos, el reagrupamiento es su modo de acumulación primitiva de capital simbólico (colectivo). Que concibe las revoluciones simbólicas en la creación como una forma de subversión del orden social, a la manera de los surrealistas o de los situacionistas, quienes a este respecto se oponen, más directamente, a los guardianes del orden moral, para quienes el pensamiento y la literatura debe ser un medio para preservar el orden social.⁵⁰ Una de las características de las vanguardias es la impugnación de las fronteras sociales entre actividades o identidades: critican la especialización de los campos de producción cultural y científico y combaten, a veces, abiertamente la división del trabajo, al igual que los situacionistas.⁵¹

A falta de capital simbólico individual (se necesita un nombre o un título para firmar una petición), las vanguardias intervienen a golpe de manifiestos (firmados con el nombre del grupo) y ruidosas manifestaciones, que son los medios de protesta de los dominados. Su inconformismo los conduce a elaborar un inventario de lugares del arte y del pensamiento de su tiempo para desmontar los fundamentos dóxicos y teorizar sus principios en texto-manifiestos, tales como los manifiestos surrealistas *Pour un nouveau roman* (Minuit, 1961), de Alain Robbe-Grillet, o incluso *Théorie d'ensemble* (Seuil, 1968), de Tel Quel, que, por otra parte, a menudo les valió ser acusados de “teoricismo terrorista”.⁵²

Su voluntad de transgresión de las normas éticas y estéticas (las primeras funcionan también como censura artística) los inclina hacia el radicalismo político. Luego de aliarse con los marxistas del grupo *Philosophies* para tomar una posición contra el colonialismo francés durante la Guerra del Rif, en 1925, dando un significado ético-político de su culto romántico del Oriente, los surrealistas optaron, por ejemplo, por el comunismo o por el trotskismo.⁵³ Pero

⁴⁸ V. Duclert, “La ligue de ‘l’époque héroïque’”, art. cit. La ligue antidreyfusarde n’a pas connu la même pérennité: voir Jean-Pierre Rioux, *Nationalisme et conservatisme: la Ligue de la patrie française, 1899-1904*, París, Beauchesne, 1977.

⁴⁹ Nicole Racine, “L’Association des écrivains et artistes révolutionnaires (AEAR). La revue *Commune* et la lutte idéologique contre le fascisme (1932-1936)”, *Le Mouvement social*, 54, enero-marzo de 1966, pp. 29-47; “Le Comité de vigilance des intellectuels antifascistes, 1934-1939. Antifascisme et pacifisme”, *Le Mouvement social*, 101, octubre-diciembre de 1977, pp. 87-113.

⁵⁰ Sobre la práctica del *détournement* en los situacionistas, véase Tom McDonough, “*The beautiful language of my century*”: *Reinventing the language of contestation in postwar France, 1945-1965*, Cambridge/Londres, MIT Press, 2007.

⁵¹ Véase Éric Brun, “L’avant-garde totale. La forme d’engagement de l’Internationale situationniste”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 176-177, 2009, pp. 32-51.

⁵² Es lo que hace Jean Paulhan en su ensayo *Les Fleurs de Tarbes, ou la terreur dans les lettres*, París, Gallimard, 1941. La acusación fue disparada también contra el grupo Tel Quel; véase Philippe Forest, *Histoire de Tel Quel, 1960-1982*, París, Seuil, 1995, p. 299.

⁵³ Maurice Nadeau, *Histoire du surréalisme*, París, Seuil, 1945, y Norbert Bandier, *Sociologie du surréalisme. 1924-1929*, París, La Dispute, 1999.

incluso cuando su estrategia subversiva los lleva a dar un sentido político a su protesta, como en el caso citado, la vanguardia se niega a sacrificar la autonomía del juicio estético. Por otra parte, este requisito de independencia del arte conduce a la mayoría de los miembros del grupo surrealista a romper con el Partido Comunista, que buscaba someter el arte a los imperativos políticos de la Revolución.

En la década de 1950, los escritores de la *Nouveau Roman* resolvieron su problema mediante la separación de la literatura de la política. Rompiendo con el modelo sartreano de compromiso, Alain Robbe-Grillet considera que el arte no puede ser un medio al servicio de una causa, incluso si ésta fuera la Revolución, no debe enseñar, ni pretender la eficacia. Sujeto a un criterio de evaluación externa (política o moral), se expone a la rutinización, a la ortodoxia. Para que sea arte, tiene que resignarse al desinterés. El *Nouveau Roman* rechaza de este modo la herencia humanista, que quiere que la literatura sea portadora de una moral positiva. Robbe-Grillet llama al retorno del “arte por el arte”, y concluye: “Vamos a recuperar para la noción de compromiso el único significado que puede tener para nosotros. En lugar de ser político, el compromiso es, para el escritor, la plena conciencia de los problemas actuales de su propia lengua”.⁵⁴ Pero si disocian el arte de la política, los nuevos escritores no renuncian a la idea sartreana de la responsabilidad del escritor: ellos firman (junto con Sartre) la “Declaración sobre el derecho de insubordinación en la guerra de Argelia”, también conocido como el “Manifiesto de los 121”.⁵⁵

En la década de 1960, el grupo Tel Quel, dirigido por Philippe Sollers, también intenta vincular herejía literaria y radicalismo político.⁵⁶ Sin embargo, ante la aceleración de la división del trabajo de *expertise* y la imposición del paradigma científico en las ciencias humanas y sociales, la separación entre la literatura y la política hecha por el *Nouveau Roman* contribuye a la declinación del modelo de compromiso profético a partir de los años 1960. La defensa del esquema de la creatividad en mayo de 1968 no es ajena al ascenso del poder tecnocrático.⁵⁷ Por último, si el compromiso de la feminista Simone de Beauvoir releva del modelo universalista, la fracción de las feministas diferencialistas se inscribe más en esta clase de intervención por su voluntad de subvertir las representaciones y por su modo de acción colectiva, mientras que las feministas materialistas desarrollan una especialización creciente que las sitúa en los dos últimos tipos ideales. Este proceso de especialización también afecta a los intelectuales de institución.

El intelectual de institución o de organización política

La principal tarea de los intelectuales de institución (religiosa en particular) o de partido es ilustrar y defender la doctrina y/o línea ideológica del espacio al que han elegido unirse, a la manera de Giovanni Gentile redactando el *Manifiesto de los intelectuales fascistas* en 1925. Deben ajus-

⁵⁴ Alain Robbe-Grillet, *Pour un nouveau roman*, Paris, Minuit, 1961, p. 39.

⁵⁵ Anne Simonin, “La littérature saisie par l’Histoire. Nouveau Roman et guerre d’Algérie aux éditions de Minuit”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 111-112, marzo de 1996, pp. 69-71.

⁵⁶ Niilo Kauppi, *Tel Quel: la constitution sociale d’une avant-garde*, Helsinki, The Finnish Society of Sciences and Letters, 1990.

⁵⁷ Boris Gobille, “Les mobilisations de l’avant-garde littéraire française en mai 1968. Capital politique, capital littéraire et conjoncture de crise”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 158, junio de 2005, pp. 30-61.

tarse constantemente a las limitaciones específicas que les son impuestas y subordinan los valores intelectuales a la disciplina militante.⁵⁸ El resultado es una tensión entre valores e intereses contradictorios (activistas vs intelectuales), que muestra los intentos de los intelectuales católicos y los de sus homólogos comunistas por adquirir una autonomía relativa dentro de la institución.

La figura del intelectual católico nace de la pérdida del monopolio del poder espiritual de la Iglesia y del proceso de secularización que llevó a la institución eclesiástica a reorientar su estrategia hacia fines del siglo XIX.⁵⁹ Además de abrir nuevos espacios para los intelectuales laicos, los cuadros del “movimiento de renacimiento literario católico” podrían ser considerados como el comienzo de una especialización temprana del papel de los intelectuales –en la medida en que se trata del compromiso a través de las obras– si no estuviesen ante todo dirigidos a combatir el avance del paradigma científico y la división del trabajo intelectual. Es en contra de la emergencia de un sindicalismo intelectual con la creación de la Confederación de Trabajadores Intelectuales (CTI), en 1919, que los intelectuales católicos lanzan un llamado a la unión de las profesiones intelectuales bajo la égida de la Iglesia. La idea de una agrupación de intelectuales es coherente con el principio de la ayuda mutua de conformidad con la caridad, y con las enseñanzas de los papas que “nos muestran el camino de la vía fecunda de la organización corporativa como la única que conduce a un orden social donde todos los derechos tienen su lugar y donde todos los intereses materiales pueden ser respetados en paz”.⁶⁰ Pero todos están de acuerdo en impugnar la concepción “materialista” y saintsimoniana del rol de los intelectuales y de su lugar en la sociedad tal como la prevé la CTI. La doble función de mediación que les fue asignada en ese momento, la de “intérpretes y salvaguardia” entre los militantes y Roma, y la del diálogo entre la Iglesia y la sociedad intelectual, se desvanecerá alrededor de 1968, después del *aggionamento* del que eran portadores y que llevó al Concilio Vaticano II.⁶¹

Si los intelectuales de institución tienen que renunciar, por lo general, a su libertad de conciencia en defensa de la causa, no constituyen sin embargo una categoría homogénea en cuanto a sus modalidades y formas de intervención. En efecto, su capacidad de afirmar su autonomía dentro de la institución varía en función de sus propiedades sociales y de su capital simbólico específico, lo que los lleva a adoptar posiciones que se aproximan a otras figuras ideal-típicas descritas aquí. De acuerdo con Hervé Serry, el movimiento de renacimiento literario católico permitió la aparición de una figura intelectual crítica en el seno de la Iglesia en la década de 1930, encarnada por Jacques Maritain, François Mauriac y Georges Bernanos. Del lado de los intelectuales comunistas, Frédérique Matonti mostró el enfrentamiento, en un período de alivio de la tensión que pesaba sobre los intelectuales, de dos posiciones, la del “consejero del príncipe” *thorézien*, encarnada de manera destacada por Roger Garaudy, quien define las *Tareas de los filósofos comunistas* según las “figuras impuestas”, y la del “filósofo rey”,

⁵⁸ El caso de los intelectuales del Partido popular francés muestra sin embargo que la renuncia a la autonomía no siempre es consecuencia de restricciones estrictas del partido. Véase Laurent Kestel, “De la conversion en politique. Genèse et institutionnalisation du Parti populaire français, 1936-1940”, tesis de doctorado, Université de Paris 1, 2006, pp. 458-472.

⁵⁹ Hervé Serry, *Naissance de l'intellectuel catholique*, París, La Découverte, 2004.

⁶⁰ François Hepp y Henri Massis, “Les intellectuels catholiques devant le syndicalisme intellectuel II”, *La Revue des jeunes*, xxiv(11), 10 junio de 1920, p. 527.

⁶¹ Denis Pelletier, *La Crise catholique. Religion, société, politique*, París, Payot, 2002, pp. 254-255. Sobre la confrontación de estos intelectuales con el marxismo luego de la Segunda Guerra Mundial, véase del mismo autor, *Économie et humanisme. De l'utopie communautaire au combat pour le tiers-monde, 1941-1966*, París, Cerf, 1996.

representada por Althusser, quien, respaldado por credenciales académicas, adopta la postura de intelectual crítico que rechaza someterse a la autoridad de la institución en materia filosófica.⁶² Esta posición es nueva: en instituciones como la Iglesia o el Partido Comunista, que buscan imponer una visión global del mundo, la filosofía fue siempre el dominio mejor protegido a través de los “guardianes del templo” designados.⁶³ Signo del debilitamiento de la institución, para los intelectuales de *La Nouvelle Critique* inaugura un nuevo papel como “consejeros del príncipe”, encargados de participar en la elaboración de la línea del PCF en el período de *aggiornamento* que se abre después del comité central de Argenteuil, sin dejar por ello de estar bajo la autoridad de la institución.

La literatura fue, por otro lado, tanto para los intelectuales católicos como para los intelectuales comunistas, un lugar en que la reivindicación de una autonomía relativa pudo hacerse escuchar en primer término. En momentos en que el zhdanovismo impone a la creación artística una limitación sin precedentes con la prescripción de un “método” y la sumisión de las obras al servicio de la causa comunista, Aragón, respaldado por el capital simbólico adquirido en la Resistencia intelectual, en la que ya había explorado los límites de la autonomía, reivindica para los escritores el derecho, en nombre de su especialidad, de rechazar la opinión del “lector de masa” o del trabajador.⁶⁴ Esta reivindicación se inscribe, tras el propio zhdanovismo, en un proceso de especialización de las actividades intelectuales dentro del PCF, que acompaña la institucionalización del Partido Comunista: el rol de los intelectuales no es servir como un respaldo simbólico a la causa del proletariado, sino poner sus competencias específicas al servicio de la transformación del mundo social, sea en la ciencia, la creación o la educación.⁶⁵ Esta concepción, que surgió en la URSS en la década de 1930 con el zhdanovismo, fue en parte producida contra el “proletkult”, introducida en Francia durante la guerra, con la Resistencia intelectual, y puesta en práctica con la Liberación a través de la organización de los intelectuales comunistas por profesiones. Frente a la tendencia “trabajadores”, que tenía la intención de someter en última instancia los productos culturales al juicio del pueblo y de sus representantes, esta organización aspira a regular y controlar el trabajo intelectual para evitar que formen un cuerpo y una fuerza de oposición en su interior.⁶⁶ Por un lado, el partido anima a los intelectuales a producir sus obras de acuerdo con el “método” del realismo socialista (de esta época data, también, el debate sobre ciencia burguesa y ciencia proletaria),⁶⁷ y, por otro lado, a colaborar con los no comunistas en la lucha en lo que respecta a su campo, como la defensa del libro francés o del cine francés contra el “imperialismo” cultural americano.

La polémica que sacude el polo radical del campo intelectual en 1955 en torno del rol de los intelectuales en el movimiento revolucionario, y más específicamente de la legitimidad del

⁶² Frédérique Matonti, *Intellectuels communistes. Essai sur l'obéissance politique. La Nouvelle Critique (1967-1980)*, París, La Découverte, 2005, pp. 76 y ss. Para el período precedente, véase Jeannine Verdès-Leroux, *Au service du Parti. Le Parti communiste, les intellectuels et la culture (1944-1956)*, París, Fayard, 1983 [“thorézien”, relativo a Maurice Thorez, primer secretario del Partido Comunista francés de 1930 a 1964. (N. de T.)].

⁶³ F. Matonti, *op. cit.*, p. 202.

⁶⁴ Louis Aragón, “Le roman et les critiques”, *La Nouvelle Critique*, 17, junio de 1950, pp. 75-90.

⁶⁵ Gisèle Sapiro, “Formes et structures de l'engagement des écrivains communistes en France de la ‘drôle de Guerre’ à la Guerre froide”, *Sociétés & Représentations*, 15, diciembre de 2002, pp. 155-176.

⁶⁶ Laurent Casanova, *Le Parti communiste, les intellectuels et la nation*, París, Éd. Sociales, 1949.

⁶⁷ Frédérique Matonti, “La colombe et les mouches. Joliot-Curie et le pacifisme des savants”, *Politix*, N° 58, 2002, pp. 109-140; Michel Pinault, *Frédéric Joliot-Curie. Le savant et la politique*, París, Odile Jacob, 2000.

intelectual comunista, es un momento de enfrentamiento abierto entre los diferentes modelos de compromiso intelectual. La función del intelectual comunista –que, como hemos señalado, se ha profesionalizado– es cuestionada desde dos ángulos. Se la critica desde los valores propios del campo intelectual debido a que ejerce su profesión renunciando a las prerrogativas que le son específicas: libertad, creatividad, iniciativa, espíritu crítico –es particularmente la posición de Sartre y de muchos intelectuales progresistas, como Luis Martin-Chauffier, veterano compañero de ruta del partido, distante ya de él en 1953:

Quién dice partido o movimiento, o cualquier otra organización que sea, la más noble en su propósito, la más escrupulosa en la elección de los medios, dice necesariamente disciplina, cohesión, táctica. Pero, ¿quién no ve que estas necesidades [...] son justo lo contrario a las reglas del espíritu que orientan tanto el pensamiento como la vida?⁶⁸

Sartre fustiga a su ex estudiante Jean Kanapa, el editor en jefe de la revista doctrinaria del Partido, *La Nouvelle Critique*, quien reacciona con la puesta en duda de los intelectuales comunistas en diversas tribunas, desde la revista anticomunista *Preuves* hasta *Temps Modernes*. El argumento de Sartre es simple: si el Partido Comunista quiere atraer a los intelectuales progresistas, debe garantizarles la preservación de su autonomía en tanto que intelectuales. Sartre intervendrá nuevamente tras la publicación en 1956 del libro de Pierre Hervé, *La révolution et les fétiches*, que le valdrá a su autor la expulsión del Partido Comunista, debido a que adopta una perspectiva crítica con términos velados, volviendo entre otras cuestiones sobre ciertos *affaires*, como el del complot de las “batas blancas”, que promovieron tendencias anti-semitas en la URSS.

Desde el ángulo de la izquierda marxista no comunista, se le reprocha lo contrario que al intelectual comunista, según la lógica militante: por mantener las prerrogativas de un intelectual en lugar de fundirse en el movimiento revolucionario, tal es en particular la posición de Dyonis Mascolo y de Pierre Naville. Con el título *Le Communisme*, Dyonis Mascolo publica un ensayo en el que cuestiona la existencia misma del intelectual comunista en nombre de la necesidad de que se integre al proletariado: se trata de la figura del intelectual revolucionario. Como parte de su polémica con Sartre, Naville ofrece un análisis más complejo, que ilustra la transición entre el modelo generalista y el modelo profesional.⁶⁹

Desde la mirada de Naville, Sartre representa la figura paradigmática del “intelectual” que se concibe como perteneciente a una clase fuera de la sociedad y perpetúa la división entre trabajo intelectual y manual, en nombre de los privilegios del “creador”: rechaza el marxismo mientras que apoya a la burocracia comunista que institucionaliza esta división del trabajo mediante la instalación de la intelectualidad como un cuerpo separado de la sociedad. No tiene ninguna función como no sea la justificación del poder en ejercicio, ya que sólo describe lo que se ha hecho en lugar de señalar lo que resta por hacer. Es la noción misma de “compromiso”, en cuyo nombre Sartre defiende el comunismo, lo que rechaza Naville. Más aun, niega que los

⁶⁸ [“Qui dit parti, ou mouvement, ou quelque organisation que ce soit, la plus noble par ses fins, la plus scrupuleuse dans le choix des moyens – dit nécessairement discipline, cohésion, tactique. Or, qui ne voit que ces nécessités [...] sont tout à l’opposé des règles de l’esprit, qui commandent à la fois à la pensée et à la vie?”], *Demain*, 12-18 de enero de 1956.

⁶⁹ Pierre Naville, *La révolution et les intellectuels*, París, Gallimard, 1975, pp. 148-214.

intelectuales tengan una misión específica. Por oposición a la figura del intelectual comprometido, Naville, devenido él mismo sociólogo del trabajo luego de haber trabajado como psicólogo de orientación laboral, fomenta al profesional que hace su trabajo –ingeniero, médico o contador–, y que, orientado en parte hacia la práctica, puede ejercer una función como experto. Esto también se aplica al creador, que para sus propias obras y en total libertad debe ejercer una función crítica en la sociedad, pero sin participar en la política. Paralelamente, preconiza la transferencia integral de las capacidades diversas de aquellos que lo deseen a las clases oprimidas, según el modelo de los intelectuales revolucionarios.⁷⁰

Caso límite del intelectual de organización, el revolucionario profesional, que se funde en el movimiento obrero renunciando a sus prerrogativas, traza las fronteras del compromiso intelectual, donde ya no se diferencia de la acción política (incluso si a menudo, en la práctica, estos revolucionarios profesionales teóricos continúan siendo teóricos más que militantes). Es, pues, en este sentido, diametralmente opuesta a la figura del experto, que se ubica en la interfaz entre la actividad profesional y el compromiso.

El especialista consultado por los dirigentes o el “experto”

Remontándose al antiguo régimen, con la aritmética política, antepasado de la estadística,⁷¹ la afirmación de la figura del experto que basa su juicio sobre un saber científico certificado se inscribe en el proceso de especialización y en la competencia en torno a la división del trabajo de *expertise*, según el análisis de Andrew Abbott. El reconocimiento de una competencia por el Estado (“jurisdicción”) implica a cambio un servicio del Estado. El experto es el que informa las decisiones de los poderes públicos y provee los fundamentos “científicos” de las políticas públicas.⁷² El diagnóstico que produce debe ser “neutro”. La neutralidad es enarbolada como signo de cientificidad, por oposición a la ideología, sospechada de someter el conocimiento a fines políticos. Este rol del experto para la elaboración de políticas públicas se institucionaliza en los Estados Unidos con la aparición de *think tanks* en relación con el desarrollo del conocimiento científico para establecer las políticas públicas en el marco del *New Deal*.⁷³

A diferencia de los Estados Unidos, donde los profesionales liberales han sido siempre “libres”, en un país centralizado como Francia la competencia de expertos se constituyó dentro de la administración misma, con la formación un cuerpo de ingenieros y de altos funcionarios, lo que limitó a las demás profesiones la posibilidad de pretender tal cargo.⁷⁴ Sin embargo, a algunas de ellas se les ha atribuido, desde el siglo XIX, la función de expertos, tales como los

⁷⁰ Gisèle Sapiro, “Pierre Naville et Jean-Paul Sartre: une controverse sur le rôle social de l’intellectuel”; Frédérique Matonti, “Naville et les intellectuels communistes”, en Françoise Blum (dir.), *Les vies de Pierre Naville*, Lille, Presses Universitaires du Septentrion, 2007, pp. 127-142 y pp. 143-155. Sobre la trayectoria de Naville, pueden verse las contribuciones en *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 176-177, 2009.

⁷¹ Alain Desrosières, *La politique des grands nombres. Histoire de la raison statistique*, París, La Découverte, 1993, reedic. en “Poche”, 2000, p. 36.

⁷² Véanse los dos dossiers que la revista *Genèses* consagró al tema de la *expertise*: N° 65, diciembre de 2006, y N° 70, enero de 2008.

⁷³ Véase Tom Medvetz “Les think tanks aux États-Unis - L’émergence d’un sous-espace de production des savoirs”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 176-177, 2009, pp. 82-93.

⁷⁴ Véase por ejemplo Odile Henry, “L’impossible professionnalisation du métier d’ingénieur-conseil (1880-1954)”, *Le mouvement social*, N° 214, enero-marzo de 2006, pp. 37-55.

psiquiatras en los tribunales o los médicos higienistas.⁷⁵ Entre las ciencias sociales, la criminología, la demografía y la estadística reivindicaron este papel desde fines del siglo XIX a través de una variedad de cuestiones consideradas como relevantes dentro de su competencia –la criminalidad, la disminución de la natalidad, el higienismo (la estadística se convertirá en una ciencia del Estado en Italia y en la URSS en particular)–.⁷⁶ La economía se impone en el período de entreguerras con el apoyo de fundaciones filantrópicas, especialmente el *Laura Spelman Rockefeller Memorial*, que tiene como objetivo establecer una red mundial de institutos de estudios de la coyuntura.⁷⁷ Las fundaciones fomentan en efecto el desarrollo de la *expertise* en las ciencias sociales, lo que va de la mano con la imposición de métodos estadísticos y la neutralidad axiológica como marcas de cientificidad.⁷⁸ La Sociedad de las Naciones contribuyó, a través de su Comisión de Cooperación Intelectual, a institucionalizar a escala internacional el recurso a “expertos desinteresados”, como lo explicó el helenista inglés Gilbert Murray al asumir la presidencia de esta comisión.⁷⁹

Si bien existía desde antes de la guerra, el modelo de experto importado desde los Estados Unidos se impuso ampliamente en Francia bajo la Quinta República con el establecimiento de una política de planificación que hizo uso de las ciencias sociales.⁸⁰ A los economistas, los urbanistas, los sociólogos se les pide estudiar la coyuntura, la renovación urbana o incluso las condiciones de la democratización del acceso a la cultura.⁸¹ La proliferación de *think tanks* en los Estados Unidos en la década de 1970 y la difusión internacional del modelo confirma su generalización, en tanto la noción de experto experimenta una fuerte expansión. El desarrollo de clubes y comités de expertos dentro de los partidos y los sindicatos, que remite a la especialización de las tareas de los intelectuales de institución mencionadas aquí, revela la legitimidad po-

⁷⁵ Robert Castel, *L'ordre psychiatrique*, París, Minuit, 1977.

⁷⁶ Laurent Mucchielli, “Criminologie, hygiénisme et eugénisme en France (1870-1914): débats médicaux sur l'élimination des criminels réputés ‘incorrigibles’”, *Revue d'histoire des sciences humaines*, N° 3, 2000, pp. 57-89; Remi Lenoir, “L'invention de la démographie et la formation de l'État”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 108, junio de 1995, pp. 36-61. Sobre la coyuntura de esta reivindicación véase Christian Topalov (dir.), *Laboratoire du nouveau siècle. La nébuleuse réformatrice et ses réseaux en France, 1880-1914*, París, ed. de la EHESS, 1999. Sobre el tema de la estadística, véase Jean-Guy Prévost, *A total science. Statistics in liberal and fascist Italy*, McGill-Queen's University Press, 2009, y Alain Blum y Martine Mespoulet, *L'Anarchie bureaucratique. Statistique et pouvoir sous Staline*, París, La Découverte, 2003.

⁷⁷ Ludovic Tournès, “L'Institut scientifique de recherches économiques et sociales et les débuts de l'*expertise* économique en France (1933-1940)”, *Genèses*, N° 65, diciembre de 2006, pp. 49-70. En la URSS, la constitución de la *expertise* económica estuvo estrechamente ligada a la colectivización y la planificación; véase Alessandro Stanziani, *L'économie en révolution*, París, Albin Michel, 1998.

⁷⁸ Donald Fisher, “The role of philanthropic foundations in the reproduction and production of hegemony: Rockefeller foundations and the social sciences”, *Sociology*, 17(2), pp. 206-233; George Steinmetz (ed.), *The politics of method in the human sciences. Positivism and its epistemological others*, Durham/Londres, Duke University Press, 2005.

⁷⁹ Gilbert Murray, “Pourquoi la coopération intellectuelle est nécessaire”, *Coopération intellectuelle*, N° 15 marzo de 1929, p. 129. Véase también Jean-Jacques Renoliet, *L'Unesco oubliée. La Société des Nations et la coopération intellectuelle (1919-1946)*, París, Publications de la Sorbonne, 1999.

⁸⁰ Michaël Pollak, “La planification des sciences sociales”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 2-3, junio de 1976, pp. 105-121, y Delphine Dulong, *Moderniser la politique. Aux origines de la V République*, París, L'Harmattan, 1997. Sobre la relación con el poder que entraña la *expertise*, véase Jacques Chevalier, “L'entrée en *expertise*”, *Politix*, N° 36, 1996, pp. 33-50.

⁸¹ Frédéric Lebaron, *La croyance économique. Les économistes entre science et politique*, París, Seuil, 2000; François Denord, *Néolibéralisme version française. Histoire d'une idéologie politique*, París, Demopolis, 2007; Isabelle Backhouse, “Expertiser la rénovation urbaine: le cas de la France dans les années 1960”, *Genèses*, 70(1), 2008, pp. 45-65; Vincent Dubois, *La politique culturelle. Genèse d'une catégorie d'intervention publique*, París, Belin, 1999.

lítica conquistada por este modelo. Por lo tanto, el recurso de la Confederación Francesa Democrática del Trabajo (CFDT) a los expertos de las ciencias sociales a partir de la década de 1960, en la década de 1980 toma una nueva forma, luego del abandono del socialismo autogestionario, a través de la relación que establece con la Fundación Saint-Simon, la cual, a mitad de camino entre *think tank* y espacio de reflexión, busca constituirse en un lugar de intercambio entre académicos (de los cuales algunos surgen de las filas del sindicato, como su secretario, Pierre Rosanvallon), expertos de la alta administración pública y representantes del mundo económico.⁸²

El intelectual crítico especializado o el “intelectual específico”

Es frente a este crecimiento del lugar de los expertos que se puede comprender la afirmación de la figura del “intelectual específico”, forma especializada del intelectual crítico teorizada por Foucault. Si bien aparece con anterioridad, se convierte en socialmente significativa durante la guerra de Argelia, sobre todo después de mayo del ‘68. Extrayendo todas las consecuencias de la división del trabajo de experto, Foucault rechaza la figura del intelectual universal que se erige en “maestro de la verdad y la justicia”,⁸³ en tanto que Bourdieu le reprocha su “ilusión de omnipotencia del pensamiento”.⁸⁴ Sin embargo, como este último, Foucault conserva la dimensión crítica, una crítica que pretende específica y no global, anclada en un saber especializado. A igual distancia de la acción política y de la neutralidad del experto, el trabajo del “intelectual específico” consiste ante todo en repensar las categorías de análisis del mundo social y redefinir las problemáticas pertinentes, contra las ideas heredadas y los esquemas de percepción rutinarios.⁸⁵ Al rechazar la instrumentalización de las ciencias sociales por el poder tecnocrático, esta concepción propicia una acción política (en la que el intelectual se involucra como ciudadano) basada en el conocimiento especializado sobre el mundo social (que ayuda a desarrollar en su ámbito de competencia), como el propio Foucault lo hizo en 1971 al fundar, junto a Jean-Marie Domenach y Pierre Vidal-Naquet, el Grupo de información sobre las prisiones, que reunía a jueces, abogados, periodistas, psicólogos.⁸⁶

Esta figura se distingue asimismo tanto del intelectual profético como del experto y del intelectual de institución. Estuvo encarnada en Francia por intelectuales como Pierre Vidal-Naquet, Gisele Halimi, Michel Foucault y Pierre Bourdieu, aunque en la práctica oscilaron entre el modelo del intelectual universal y el del “intelectual específico”. Inscritos en la línea del compromiso dreyfusard, *L’Affaire Audin* (1957), de Pierre Vidal-Naquet, que reunía las pruebas de la responsabilidad de las fuerzas armadas francesas en la desaparición del matemático comunista comprometido con el FLN, al igual que sus *Assassins de la mémoire* (1987), donde desmonta la argumentación pseudo científica de los negadores del Holocausto, pueden ser de he-

⁸² Sobre el caso de la CFDT, véase Nicolas Defaud, “‘L’adaptation’ de la CFDT. Sociologie d’une conversion politique (1970-1995)”, tesis de doctorado bajo la dirección de Dominique Damamme, Université Paris IX-Dauphine, 2006.

⁸³ Michel Foucault, “Entrevista a Michel Foucault”, en *Dits et écrits* IV, París, Gallimard, 1994, pp. 165-155.

⁸⁴ P. Bourdieu, *Las reglas del arte*, Barcelona, Anagrama, 1995, p. 312.

⁸⁵ Michel Foucault, “L’intellectuel et ses pouvoirs” (1984), en *Dits et écrits* IV, *op. cit.*, pp. 676-677.

⁸⁶ Véase Grégory Salle, “Emprisonnement et État de droit. Une relation à l’épreuve en Allemagne et en France depuis les ‘années 68’”, tesis doctoral bajo la dirección de Pierre Lascoumes, París, IEP, 2006, pp. 86-129, y *Le Groupe d’information sur les prisons: archives d’une lutte, 1970-1972*, documentos reunidos y presentados por Philippe Artières, Laurent Quérou y Michelle Zancarini-Fournel, postfacio. de Daniel Defert, París, IMEC, 2003.

cho considerados como contra-*expertise* históricas, formada de “*expertise* autoinstituida”,⁸⁷ que caracteriza el modo de intervención del “intelectual específico”. Esto también se aplica a Gisele Halimi, que reúne en un libro con un prefacio de Simone de Beauvoir las pruebas de la tortura que los paracaidistas franceses infligieron a la joven argelina, integrante del FLN, Djamilia Bou-pacha, obra que constituye según sus términos el “dossier de instrucción”,⁸⁸ o su compromiso en defensa del derecho de las mujeres a la contracepción y el aborto. Esta contra-*expertise* está al servicio de los desposeídos de los medios de expresión. Como lo explica Foucault:

Para mí, el intelectual es el tipo que está inserto no en el sistema de producción, sino en el aparato de información. Se puede hacer entender. Puede escribir en los periódicos, ofrecer su punto de vista. También participa del antiguo sistema de información. Cuenta con el saber que le da la lectura de un cierto número de libros, de los que otras personas no disponen directamente. Su papel, entonces, no es formar la conciencia de la clase trabajadora puesto que ella existe, sino permitir que esta conciencia, con este conocimiento obrero, entre al sistema de información para difundir y ayudar, en consecuencia, a otros trabajadores o personas que no son conscientes de lo que acontece.⁸⁹

Contra-*expertise* y relevo de la palabra de los dominados, tales son los modos de intervención particulares del “intelectual específico”. Pierre Bourdieu cuenta con un capital simbólico y una reputación internacional al servicio de la lucha contra el neoliberalismo y sus consecuencias sociales, multiplicando las tomas de posición públicas en favor de los “sin papeles” (1996) y el movimiento de los “desempleados” (1998), contra “la troika neo-liberal Blair-Jospin-Schröder” (“Por una izquierda de izquierda”), contra los “amos del mundo”, a favor de los movimientos en lucha contra la mundialización neoliberal en Niza en diciembre de 2000 y en Quebec en abril de 2001.⁹⁰ Es como prolongación de este compromiso que Pierre Bourdieu acuñó el término “intelectual colectivo”.

⁸⁷ Sobre este concepto, véase Dominique Damamme y Marie-Claire Lavabre, “Les historiens dans l’espace public”, *Sociétés contemporaines*, N° 39, 2000, p. 10. Sobre los diferentes modelos de compromiso de los historiadores, véase también Olivier Dumoulin, *Le rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire*, París, Albin Michel, 2003. *L’Affaire Audin* aparecido en las Éditions de Minuit en 1957; *Les Assassins de la mémoire* en La Découverte en 1987 (reedic. En 2005).

⁸⁸ Gisèle Halimi, “Simone de Beauvoir”, *L’Humanité*, 1 de enero de 2000.

⁸⁹ “Pour moi, l’intellectuel c’est le type qui est branché, non pas sur l’appareil de production, mais sur l’appareil d’information. Il peut se faire entendre. Il peut écrire dans les journaux, donner son point de vue. Il est également sur l’appareil d’information ancien. Il a le savoir que lui donne la lecture d’un certain nombre de livres, dont les autres gens ne disposent pas directement. Son rôle, alors, n’est pas de former la conscience ouvrière puisqu’elle existe, mais de permettre à cette conscience, à ce savoir ouvrier, d’entrer dans le système d’information, de se diffuser et d’aider, par conséquence, d’autres ouvriers ou des gens qui n’en sont pas de prendre conscience de ce qui se passe.” Citado por Didier Eribon, *Michel Foucault*, París, Flammarion, col. “Champs”, 1991, p. 268. Remitirse a esta obra para lo referido a los compromisos de Foucault.

⁹⁰ Estas tomas de posición fueron reunidas en Pierre Bourdieu, *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neo-liberal*, Barcelona, Anagrama, 2000; y *Contrafuegos II. Por un movimiento social europeo*, Barcelona, Anagrama, 2001; y en *Interventions. 1961-2001. Science sociale et action politique*, textos escogidos y presentados por Franck Poupeau y Thierry Discepolo, Marsella, Agone, 2002. Sobre estas intervenciones, véase David Swartz, “Le sociologue critique et l’intellectuel public”, en Louis Pinto, Gisèle Sapiro et Patrick Champagne, *Pierre Bourdieu sociologue*, París, Fayard, 2004, pp. 393-411.

La agrupación contestataria especializada o el “intelectual colectivo”

Inspirado en el concepto foucaultiano de “intelectual específico”, este modelo de compromiso extrae todas sus consecuencias de la especialización y de la división del trabajo de experto, proponiendo una forma de acción colectiva basada en el cúmulo de competencias en un dominio de conocimiento determinado. Por contraste con el individualismo característico del mundo literario, donde domina el paradigma de la singularidad, este modelo refiere al modo de funcionamiento del campo científico fundado sobre el trabajo en equipo y la acumulación de conocimientos, inaugurando un nuevo modo de intervención política colectiva sobre la base de trabajos científicos.

Ciertamente, el principio no es nuevo. Podríamos remontarnos a la Liga de los Derechos Humanos (LDH), creada en el momento del caso Dreyfus, y todavía muy activa, aunque se trata de una organización que no está reservada sólo a los intelectuales, y que oscila entre el compromiso universalista e intervenciones más específicas, se respalda sobre las competencias especializadas, con mayor frecuencia de orden jurídico (función que se desarrolló con el proceso de especialización).⁹¹ La década de 1970 vio emerger nuevos grupos fundados por intelectuales sin estarles reservados, tal como la LDH, y que se distinguen de las organizaciones de la entreguerras en el hecho de que ponen a disposición de los dominados conocimientos específicos, al tiempo que les otorgan voz: siguiendo el modelo del Grupo de información sobre las prisiones, se formó en 1972 el Grupo de información y apoyo a los inmigrantes (GISTI), especializado en la ayuda legal a los inmigrantes. El Grupo de información de asilos psiquiátricos (GIA) fue creado el mismo año en contra de los abusos y la arbitrariedad de la psiquiatría. Emerge como una extensión de una redefinición de las fronteras entre lo normal y lo patológico operado por intelectuales específicos, entre los cuales se encuentra Françoise Dolto.⁹²

Tiempo de gran movilización de los intelectuales, el movimiento social de 1995 dio lugar a la proliferación de organizaciones de vocación crítica.⁹³ Aparte del Club Merleau-Ponty, creado a fines de 1994, principalmente en torno a sociólogos, pero que no tuvo una existencia muy prolongada,⁹⁴ se halla el colectivo *Raisons d’agir* y el sello editorial del mismo nombre, fundados por Bourdieu y su equipo con el fin de prolongar el combate que había asumido como intelectual específico contra el neoliberalismo. Este compromiso fue objeto de violentos ataques tanto de parte de los guardianes de los cuerpos profesionales (cuyas formas de intervención se limitan generalmente a la *expertise*) como de los “intelectuales de gobierno”, según la categoría de Gerard Noiriel.⁹⁵

⁹¹ Éric Agrikoliansky, *La Ligue française des droits de l’homme et du citoyen depuis 1945. Sociologie d’un engagement civique*, París, L’Harmattan, 2002.

⁹² Frédérique Matonti, “Les nouvelles frontières du normal et du pathologique”, en Dominique Damamme, Boris Gobille, Frédérique Matonti y Bernard Pudal, *Mayo-junio 68*, París, Ed. de l’Atelier, 2008, pp. 158-171.

⁹³ Julien Duval, Christophe Gaubert, Frédéric Lebaron, Dominique Marchetti y Fabienne Pavis, *Le “Décembre” des intellectuels français*, París, Raisons d’agir, 1998.

⁹⁴ Gwénaél Dérian, *Le Club de réflexions sociales et politiques Merleau-Ponty. Une esquisse avortée d’un intellectuel collectif*, tesis de maestría, bajo la dirección de Gisèle Sapiro, París, EHESS, 2008.

⁹⁵ Podemos citar como ejemplo la acusación contra el “academicismo radical”, uno de cuyos argumentos principales es el de los efectos nocivos de la abstracción (la teoría) sobre el proletariado intelectual (“*lumpen-intelligentsia*”), que evoca la tradición antiintelectualista de derecha. No entraremos aquí en el detalle de la argumentación, excepto para señalar que oculta –sin duda porque contradice de manera evidente la tesis central de la ruptura de la sociología de Bourdieu respecto del mundo social– aquello que caracteriza su modo de compromiso, a saber, el hecho de poner

Otras organizaciones nacieron como resultado del movimiento de 1995, como ACRIMED (*Action-Critique-MÉDIAS*), observatorio de los medios de comunicación establecido en 1996 y que reúne a investigadores y académicos, periodistas y trabajadores de los medios, actores del movimiento social y “usuarios” de los medios; ATTAC, organización internacional (presente hoy en cincuenta países), surgió del llamado lanzado en diciembre de 1997 por el entonces director de *Le Monde Diplomatique*, Ignacio Ramonet, para el establecimiento del impuesto Tobin sobre las transacciones internacionales; la Fundación Copernic, *think tank* altermundialista creado en 1998 que cuenta con la participación de académicos y actores del movimiento social en la lucha contra el neoliberalismo. Estos casos tienen en común, por oposición al modelo de *think tanks* representados en Francia por la Fundación Saint-Simon, querer poner su *expertise* al servicio del movimiento social en lugar de reservarla exclusivamente a los dirigentes, y compartir sus conocimientos profesionales, teóricos y militantes desde una perspectiva de la crítica social. A la vez, más allá de sus dificultades para sostenerse en el tiempo, las exigencias del trabajo intelectual son a menudo incompatibles con las del trabajo militante. En efecto, se les presenta de manera permanente la cuestión de las modalidades del debate y del intercambio entre intelectuales y militantes, lo que los condena o bien a disolver su especificidad “intelectual” o bien a quedar encerrados en ella.

En conclusión, debemos recordar que si la figura del intelectual crítico universalista encarnada por el escritor ya no es la predominante en Francia, ella no ha desaparecido de la escena internacional y sigue estando representada en culturas dotadas de una fuerte tradición letrada, tal como lo ilustran los ejemplos de Günter Grass en Alemania, Noam Chomsky en los Estados Unidos, Orhan Pamuk en Turquía o David Grossman en Israel. Este fenómeno plantea la cuestión de la circulación transnacional de estos modelos, de la que hemos dado aquí unos pocos ejemplos y que ameritaría un estudio en sí mismo.⁹⁶ El llamado de Michael Burawoy a favor de una “sociología pública” se refiere por ejemplo a la tradición francesa de la intervención de los intelectuales.⁹⁷ También podría indagarse acerca de la transferencia de la función crítica hacia otras categorías, tales como los directores de cine en Francia, o los artistas en los Estados Unidos que se movilizaron contra la guerra en Irak, así como acerca de la renovación de los repertorios de acción que ello entraña.⁹⁸

El papel desempeñado por la sociología en la elaboración del modelo de “intelectual colectivo” conduce, por último, a la pregunta sobre las relaciones entre disciplinas: si bien podemos encontrar en la mayor parte de ellas diferentes modelos de intervención política, su peso

su reputación al servicio de un movimiento social sobre el que reposa el discurso. Que esta acusación polémica y claramente ideológica, orientada en su origen a una revista intelectual comprometida, fuera publicada por una revista de sociología que reivindica la neutralidad axiológica, resulta significativo de la lógica de defensa corporativa frente a los efectos subversivos de la sociología crítica.

⁹⁶ Para un examen histórico de las relaciones franco-inglesas, véase Christophe Charle, Julien Vincent y Jay Winter (eds.), *Anglo-French Attitudes. Comparisons and transfers between English and French intellectuals since the eighteenth century*, Manchester/Nueva York, Manchester University Press, 2007; sobre el período de posguerra véase Anna Boschetti, “L’espace intellectuel européen après 1945”, en G.. Sapiro (dir.), *L’espace intellectuel en Europe*, *op. cit.*

⁹⁷ Michael Burawoy, “For public sociology”, *American Sociological Review*, N° 70, febrero de 2005, pp. 4-28.

⁹⁸ Violaine Roussel, “Occupational logics and political commitment: American artists against the Irak war”, *International Political Sociology*, N° 1, 2007, pp. 373-390.

relativo varía de acuerdo con su historia y sus relaciones con el Estado.⁹⁹ En tanto la función de experto fue constitutiva de disciplinas como el derecho, la demografía, la estadística o la economía, la sociología, que ocupa en Francia una posición dominada en la jerarquía académica, fue el lugar de desarrollo de una postura de *contra-expertise* en el momento de su marginación frente al crecimiento de la *expertise* económica de la década de 1980. Un estudio de la circulación de este modelo requeriría afirmarse sobre una comparación de las tradiciones nacionales de las ciencias humanas y sociales y de la jerarquía de las disciplinas en los diferentes campos académicos nacionales.¹⁰⁰ □

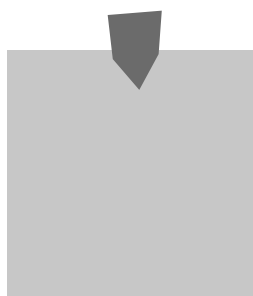
⁹⁹ Comprende a los intelectuales de institución: véase, por ejemplo, Frédérique Matonti, “Francs-tireurs ou partisans: les historiens communistes français et britanniques”, *Revue d’histoire moderne et contemporaine*, 53-4 bis, suplemento, 2006, pp. 80-87.

¹⁰⁰ Johan Heilbron, “Q u’est-ce qu’une tradition nationale en sciences sociales?”, *Revue d’histoire des sciences humaines*, 18(1), 2008, pp. 3-16.

Dossier

El siglo XIX de Tulio Halperin Donghi

Lecturas de las obras sobre el siglo XIX
de Tulio Halperin Donghi, a 60 años de su
primer libro (*El pensamiento de Echeverría*)
y a 50 años de *Tradición política española
e ideología revolucionaria de Mayo*.



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 15 / 2011

Con la excusa de conmemorar el doble aniversario de los libros *El pensamiento de Echeverría* (1951) y *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* (1961), *Prismas* convocó a un grupo de especialistas a reflexionar sobre las diversas obras en que Tulio Halperin Donghi nos ha ofrecido sus hipótesis sobre el siglo XIX. Así, Elías Palti y Noemí Goldman escriben sobre *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*; Fernando Devoto, José Rilla, Marcela Ternavasio y Gabriel Entín lo hacen sobre *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla* (1972); Gabriel Di Meglio y Beatriz Bragoni, sobre *De la revolución de independencia a la confederación rosista* (1972); Hilda Sabato, Horacio Crespo y Martín Bergel, sobre *Una nación para el desierto argentino* (1980); Alejandra Laera, Alejandro Eujanian y Roy Hora, sobre *José Hernández y sus mundos* (1985); y João Paulo Pimenta, Iván Jaksic y Mauricio Tenorio-Trillo, sobre la *Historia contemporánea de América Latina* (1969). La organización del *dossier* estuvo a cargo de Jorge Myers.

Presentación

Jorge Myers

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

En 1951, en el marco del centenario de la muerte de Esteban Echeverría, que para la oposición al régimen entonces en el gobierno debía servir como motivo para producir un homenaje alternativo al oficial que un año antes se le había brindado al general José de San Martín, uno en el cual se ofrendarían con una prodigalidad a veces excesiva elogios a ese opositor intelectual y político de la “primera tiranía” que supo ser el autor de *Las Rimas*, Tulio Halperin Donghi publicó su primer libro, *El pensamiento de Echeverría*. Al asomarse a las páginas de ese libro cuyo título tan sobriamente descriptivo eludía cualquier anticipo de análisis polémicos, los primeros lectores han debido sorprenderse ante una lectura iconoclasta, por momentos irreverente, y siempre profundamente perspicaz, que distaba mucho de acompañar el espíritu del proyectado “contra-homenaje” al adalid de Mayo, que había concitado la participación de tantas plumas prestigiosas provenientes del arco opositor al régimen vigente. El libro señalaba que las ideas de Echeverría sobre el rol de los gobiernos municipales mostraban un parecido demasiado estrecho con aquellas que en el presente solían resumirse bajo el rótulo de “democracia orgánica” y que todo el proyecto del *Dogma socialista* estaba viciado –desde el punto de vista de un liberal como Echeverría– por su profundo antilibera-

lismo: “Ya se ha visto cómo, por debajo de las opiniones de Echeverría sobre política hay otro dato mucho más hondo y esencial: su liberalismo. El liberalismo es hasta tal punto la atmósfera que envuelve el pensamiento todo de Echeverría, que éste es incapaz de advertir que ciertas conclusiones antiliberales a las que no puede menos que llegar su pensamiento son efectivamente antiliberales. Pues ocurre que dentro del sistema de ideas que hizo suyo Echeverría no hallaba lugar legítimo su liberalismo, un liberalismo que no implicaba tan sólo querer que fuesen toleradas las opiniones que disientían de la suya, sino ver como justificada y legítima esa disidencia. Pero esto último era incompatible con esa oposición entre las fuerzas del bien, que levantan el *Dogma* por bandera, y las malignas del ‘insociable y bárbaro egoísmo’”. Al hacer esto, el joven historiador que era entonces Tulio Halperin Donghi se distanciaba de los usos de Echeverría y su obra que pretendía la oposición antiperonista en aras de una lectura históricamente precisa de los contenidos efectivos de la misma. En un gesto que definiría el sentido profundo de su obra histórica dedicada al siglo XIX, su libro demostraba que había preferido elaborar una interpretación históricamente fidedigna de su objeto de estudio en vez de contribuir con un panfleto más a la ya larga tradición de utilizar la historia de

los orígenes de la República Argentina como insumo para las batallas ideológicas del siglo xx, una utilización que sacrificaba casi siempre la posibilidad de una comprensión equilibrada del siglo anterior a las polémicas políticas del momento. Ese libro, que marcó la irrupción de una voz nueva y de una mirada renovada en el campo de los estudios históricos dedicados a dilucidar nuestro complejo, tortuoso y por momentos hasta aparentemente inasible siglo xix, cumple este año 60.

Diez años más tarde, en 1961 y en diálogo con la producción histórica motivada por el Sesquicentenario de la Revolución de Mayo, Halperin publicó un libro cuya complejidad argumentativa y precisión analítica han hecho de él, con el paso de los años, un clásico de la historiografía argentina e iberoamericana: *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*. Mucho antes de que, en la estela de sendas obras de Mario Góngora y de José Carlos Chiaramonte, se popularizara el término “Ilustración católica”, Halperin había demostrado en ese libro hasta qué punto la búsqueda de doctrinas políticas (con sus lenguajes y sus vocabularios específicos) para legitimar el nuevo orden que comenzaba a perfilarse luego de la crisis de la monarquía imperial y la creación de la Primera Junta de Gobierno de Buenos Aires derivó en soluciones ideológicamente plurales y no siempre demasiado preocupadas por las contradicciones que podían surgir del uso simultáneo de fuentes tan diversas como aquellas halladas en el renacer del pensamiento escolástico español del siglo xvii o en las propuestas más radicales de la filosofía política del siglo de las luces. Tomando como punto de partida el *hecho de la revolución* y no la visión que de los lenguajes políticos ofrecía entonces la historia más tradicional y pedestre de las ideas –separados en sus respectivos compartimentos suprahistóricos– pudo reconstruir de un modo más rico en sugerencias y más matizado en cuanto a sus

conclusiones la historia de los vocabularios conceptuales para nombrar lo político que en ese momento histórico preciso se hallaban disponibles para los publicistas y los políticos encargados de construir y legitimar el nuevo orden en ciernes. Adelantado a su época y publicado en un país que ya comenzaba su largo descenso hacia la periferia del mundo, tuvo que esperar a una nueva edición publicada en los años 1980 –cuando el nuevo clima de ideas historiográficas impulsado por François-Xavier Guerra y su escuela dio lugar a lecturas que no podían sino ver en él (dijéranlo o no sus nuevos lectores) el antecedente más ilustre del nuevo modo de enfocar la historia del derrumbe del Imperio Español en las Américas– para adquirir el estatuto de una pequeña obra maestra y un hito fundamental en la elaboración de una nueva visión del siglo xix argentino y latinoamericano, que hallaría su expresión clásica once años más tarde en *Revolución y guerra*.

El ciclo de los libros publicados por Halperin que se inició con *El pensamiento de Echeverría* cumple este año 60, su primer libro de fundamental importancia para la interpretación del siglo xix, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, cumple su medio siglo, y –para que no se piense que los editores de *Prismas* nos hemos vuelto de pronto adeptos a alguna rama arcaica de la numerología– su obra más importante dedicada a ese siglo, *Revolución y Guerra*, no cumple 40, sino tan sólo 39 (que han bastado para conferirle con toda justicia el estatuto de un clásico de la disciplina histórica que se practica en nuestra lengua): es por este motivo que los editores de *Prismas* hemos pensado que el dossier de 2011 de nuestro anuario debía estar consagrado a una reflexión sobre “el siglo xix de Tulio Halperin Donghi”. El dossier ha sido organizado con la intención de que ofreciera un abordaje relativamente amplio de una obra cuya reconstrucción de nuestra visión del siglo xix ha sido tan

múltiple en sus objetos cuanto compleja en la estructura de sus análisis y argumentos. A diferencia de los dossier anteriores que ha publicado *Prismas*, se ha optado por ende, en esta ocasión, por presentar una discusión no de un único libro sino de varios, invitando a especialistas en los distintos temas que en ellos aparecen explorados a contribuir con una breve valoración historiográfica (y, si les resultara pertinente, también personal) del libro que les fuera asignado. La selección de los mismos ha sido hecha en función de la identidad fundamental de nuestra publicación, que es, claro, como su subtítulo lo indica, una revista académica dedicada al campo de la historia intelectual. Esta regla ha sido aplicada de un modo hasta cierto punto flexible, ya que si bien ciertos estudios nacidos de la pluma de Tulio Halperin Donghi, como *Guerra y finanzas*, difícilmente podrían ser forzados a incluirse dentro de este particular lecho de Procusto disciplinar, hay otros en que la historia de las ideas, de las ideologías o de los intelectuales, aunque no hayan ocupado el centro de su reflexión, no por ello han dejado de estar presentes. Es el caso de la *Historia contemporánea de América Latina*, cuya inclusión ha respondido en parte al deseo de ampliar el universo de especialistas invitados de otros países de América Latina, más allá de los límites del Río de la Plata. También es cierto que hay omisiones importantes, como ocurre casi siempre cuando existe la necesidad, por razones de espacio, de realizar una selección, sobre todo a la luz de la decisión adoptada, por razones logísticas también, de proponer tan sólo *libros* para la discusión del dossier. Ésta es la razón por la cual algunos textos importantes (y pertinentes a la temática de nuestra revista) han debido ser excluidos. El rico surtido de ensayos que compone *El espejo de la historia* ha sido dejado de lado, pues, por la propia naturaleza del libro: si bien casi todos sus capítulos interrogan, en algún momento de

su discurrir, distintos aspectos de la historia decimonónica de la Argentina y de América Latina, la variedad de temas abordados parecía exceder las posibilidades de un análisis del mismo que fuera a la vez inteligente y breve. De todos ellos el texto ausente que más ha sido sentido por los miembros de nuestro comité editorial es, por supuesto, el ensayo fundacional, tan rico en observaciones críticas, en señalamientos originales y en un escepticismo sano y fecundo, “Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica”: un texto que constituye uno de los antecedentes genealógicos inmediatos –junto con otros, como *La ciudad letrada*, de Ángel Rama– de la obra *Historia de los Intelectuales en América Latina*, como nunca ha dejado de reconocer su director, Carlos Altamirano.

Hechas estas aclaraciones, el lector encontrará en las páginas de este dossier una reflexión redactada por 17 especialistas en torno a seis de los libros más importantes que han servido de vehículo para la renovación que durante tantos años Halperin Donghi ha venido elaborando de nuestra imagen del siglo XIX rioplatense y latinoamericano. Acechado por el riesgo de verse encerrado en una serie de disputas tan estériles cuanto acartonadas o de ser lisa y llanamente –la opción durante tantos años tomada por la historiografía anglosajona– consignado “à la poubelle de l’histoire”, el trabajo de historiador de Tulio Halperin Donghi ha sabido devolverle –como ha observado más de un autor de este dossier– su intriga, su fascinación, su “élan” vital a nuestro convulsionado y dramático siglo XIX. Como hemos comprobado más de uno de los que hemos leído su obra, la sensación que se experimenta al tomar contacto con ella por primera vez se asemeja a la que se siente cuando se pasa, sin solución de continuidad, de mirar un cuadro de Prilidiano Pueyrredón o de Carlos Pellegrini a otro de Cándido López o de Juan Manuel Blanes. Aun cuando el

paisaje y sus habitantes siguen siendo los mismos, se presentan transformados ante nuestra mirada, o por la precisión mimética de Cándido López o por la maestría estética de las pinturas más maduras de Juan Manuel Blanes, que supieron captar y mostrar el hori-

zonte ausente de las pampas. Es ese paisaje transformado, complejizado, reencuadrado de nuestro siglo XIX el que este dossier propone examinar. Propone pensar el siglo XIX de Tulio Halperin Donghi, propone pensar *le travail de l'oeuvre* de Halperin. □

Halperin Donghi y la paradoja de la revolución

Elías J. Palti

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo se despliega todo a partir de la formulación inicial de una aparente paradoja: “esas ideas [las revolucionarias], que no se justifican por su historia, tienen sin embargo una historia: los principios en cuyo nombre se condena a la realidad prerrevolucionaria han surgido dentro de esa realidad misma”.¹ Halperin Donghi se propone así reconstruir cómo fue que se produjo esta torsión ideológica, cómo horizontes tradicionales de ideas pudieron haber dado lugar a aquello que constituía su misma negación: la ideología revolucionaria de Mayo.

La verdadera paradoja en este planteo radica en el hecho de que la ideología revolucionaria no sólo se pensó a sí misma como marcando un quiebre radical respecto del pasado. La negación de sus propias condiciones de posibilidad que le es intrínseca a esta ideología no tiene por qué, ni debe ser, para Halperin, aceptada llanamente, sin antes hacer pasar por la criba de la crítica histórica sus mismos presupuestos y determinaciones que le dieron origen y que ella, por su propia naturaleza en tanto que tal ideología revolu-

cionaria, no puede admitir. Como decía, no es allí donde reside la mencionada paradoja sino en otro lugar. Ésta remite al hecho aun más radical de que si bien esta ideología revolucionaria debe su origen a una tradición de ideas preexistente, si bien resulta del todo insatisfactoria, adscribir sin beneficio de inventario la propia imagen de la revolución como marcando una nueva aurora de la libertad que no le debe nada a esa tradición de ideas precedente más que obstáculos a su afirmación, que es sólo en el marco de esa tradición de ideas con la que quiso tan brutalmente romper que puede comprenderse cómo pudo aquélla articularse y volverse concebible para sus propios voceros, esto, no obstante, no significa que la articulación de la misma no haya señalado, en efecto, un quiebre violento respecto de aquélla.

Llegado a este punto, el argumento de Halperin Donghi pivota sobre su eje para dirigirse a otro blanco, que no son ya las interpretaciones historiográficas de matriz liberal. Si bien éstas, en el momento de encontrar sustento en el pasado del acontecimiento revolucionario sólo podían encontrarlo en un oscuro trasfondo mítico de nacionalidad, aquellas escuelas opuestas a la misma que buscaron trazar sus conexiones históricas más precisas con el concreto pasado colonial terminarían, inversamente, hallando continuidades ideo-

¹ Tulio Halperin Donghi, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2010, p. 25.

lógicas que, como muestra Halperin, no son menos ilusorias que aquellas otras construcciones míticas de la historiografía romántica liberal. En última instancia, unas y otras trasantan un problema menos específico a cada una de ellas que a un tipo de procedimiento intelectual que es propio de toda historia de ideas: el descomponer las formaciones ideológicas en sus componentes primitivos para luego trazar sus filiaciones intelectuales. Dicho procedimiento lleva de manera inevitable a obliterar aquello que identifica a cada una de dichas formaciones ideológicas, que no radica tanto en la naturaleza o el origen de los componentes que recogen, como en el modo en que lo van a rearticular en los diversos contextos históricos, sirviendo a propósitos y funciones ya muy diversos a los originarios. Como asegura Halperin: “si, tal como se ha visto, la originalidad de un pensamiento político reside sólo excepcionalmente en cada una de las ideas que en él se coordinan, buscar la fuente de cada una de ellas parece el camino menos fructífero (a la vez que el menos seguro) para reconstruir la historia de ese pensamiento”.²

El hallazgo de las indudables convergencias entre el discurso revolucionario de Mayo y motivos añejos en el pensamiento político hispano llevaría así a perder de vista aquello que constituía el punto de partida de esas mismas investigaciones históricas, aquello que se proponían, precisamente, explicar: el propio hecho revolucionario, el cual termina desdibujándose como tal, reduciéndose, en el mejor de los casos, a un evento “meramente político” que no alteraría datos supuestamente más esenciales e inherentes a nuestra cultura. Ambas perspectivas opuestas (tanto las “rupturistas” como las “continuistas”) resultarían así, para Halperin, igualmente insuficientes en la medida en que no alcanzarían

a penetrar esa paradoja que plantea la revolución, hasta qué punto ella atraviesa la dicotomía continuidad/ruptura. Su comprensión supone esquemas interpretativos que permitan dislocar la antinomia entre “vulcanistas” y “neptunianos”, haciendo manifiestas las graves distorsiones históricas a las que unas y otras conducen.

Las repercusiones en la historiografía contemporánea

A pesar de tratarse de un debate ya antiguo y, en gran medida, superado, la apuesta historiográfica de Halperin Donghi en el libro que tratamos adquirió una nueva relevancia en la última década y media. El motivo de las continuidades entre el pasado colonial y la realidad posrevolucionaria siguió un largo itinerario en cuyo curso se verá sucesivamente redefinida, pero cuyas estribaciones alcanzan y recorren centralmente también las interpretaciones más recientes.

En los años inmediatamente posteriores a la aparición original del texto de Halperin, las continuidades entre el pasado colonial y la realidad posrevolucionaria ya no habrán de buscarse en el plano ideológico, como intentara un Guillermo Furlong, o jurídico-institucional, a la manera de Ricardo Levene, sino que se situarán en el nivel de las estructuras sociales y económicas. No obstante, este desplazamiento de niveles no altera el fondo de la cuestión planteada por Halperin. También en el nivel económico-social cabría su señalamiento respecto de las ideas. Para lograr una comprensión propiamente histórica de ellas, decía, no bastaría con examinar

las coincidencias entre algunos aspectos del pensamiento político de la Revolución y algunos tópicos tocados por tratadistas españoles antes de 1810; es preciso colocar a la Revolución de Mayo en el lugar

² *Ibid.*, p. 35.

que le corresponde dentro de una extensa historia ideológica: la del ascenso, estagnación, renovación y caída de la fe monárquica que está en el núcleo de la historia moderna de España”.³

Caída la autoridad monárquica, perdido todo centro de poder trascendente, también las sociedades y la economía locales deberán reconfigurarse según coordenadas que ya no tendrán nada en común con las propias del Antiguo Régimen colonial.

Muy pronto, las teorías de la dependencia, de orientación marxista, reformularían de manera fundamental estas visiones “dualistas”, que percibían en la realidad latinoamericana, desde tiempos de la independencia, cuando no desde el momento de la conquista misma,⁴ la presencia de dos polos, uno tradicional y otro moderno, en constante colisión. Para éstas, en cambio, lo tradicional, en esta región periférica del capitalismo, ya no indicaría una mera persistencia colonial sino que sería el producto del propio avance del proceso de modernización. Sin embargo, esta visión más compleja de los modos en que la modernidad y la tradición se imbrican en estas tierras no llega a prosperar lo suficiente como para llevar hasta el final todas las posibles consecuencias que de esta reformulación pudieran extraerse. De hecho, pronto se verá replanteada en los términos más eclécticos, y también más simplistas, de la “hibridación” (entendida en el sentido más llano de mezcla o superposición) de motivos y realidades correspondientes a universos contrapuestos entre sí.

En los últimos años, esta perspectiva que busca enfatizar las continuidades coloniales sufre una inflexión peculiar. Los estudios lla-

mados “revisionistas” que proliferaron con motivo del Bicentenario encontrarían los fundamentos últimos de las tendencias revolucionarias que estallaron en la primera década del siglo XIX precisamente en aquellos aspectos más arcaicos de la vida y el pensamiento coloniales. Con ello retoman, de una manera que nunca se hace explícita, una añeja tradición historiográfica hispana que percibe a la historia nacional española como tensionada toda por una lucha secular entre el principio centralista castellano y las tradiciones democráticas aragonesas, antinomia de base que recurrirá hoy bajo distintas formulaciones (el principio jurisdiccional contra el principio administrativo, la justicia foral versus el absolutismo ministerial, etc.) sin apartarse en lo esencial de su matriz originaria.

Según ha señalado con particular insistencia la escuela de historia jurídica organizada en torno a la figura de Bartolomé Clavero, la persistencia de una concepción jurisdiccional del poder, expresión de arraigadas tradiciones corporativas de autogobierno comunal, la naturaleza, por ende, “composita” de la monarquía hispana, permite entender no sólo el súbito colapso sufrido por el ensamblaje imperial español, sino también el proceso de disgregación política y territorial a que éste daría inmediatamente lugar. Si ello es así, es porque lo que emergería tras el vacío de poder abierto en 1808 por las abdicaciones de Bayona no sería la nación, por entonces inexistente, sino los *pueblos* concretos del Antiguo Régimen. Luego de tres siglos de lucha, el principio jurisdiccional finalmente se impondría, por vía de una Revolución, al principio administrativo encarnado en el Estado. Nuevamente, esta perspectiva, si bien provee un remedio eficaz contra las mistificaciones de las historias nacionales de matriz romántico-liberal, sólo lo hace al precio de terminar desdibujando su propio objeto. Frente a ellas, las palabras con que Halperin cierra esta obra cobran una nueva e inesperada vigencia:

³ Tulio Halperin Donghi, *Tradición política española...*, *op. cit.*, p. 33.

⁴ Ésta es la postura, por ejemplo, de la escuela culturalista fundada por Richard Morse, escuela cuya propensión a toda clase de dislates es bien conocida.

A los que, con tanta audacia, a veces con tanta malicia (y aun malignidad) intentan renovar la imagen de nuestro surgimiento como nación sólo sería acaso oportuno recordarles un hecho demasiado evidente para que parezca necesario mencionarlo, un hecho que, por ocupar el primer plano

del panorama, es sin embargo fácil de dejar de lado: que lo que están estudiando es, en efecto, una revolución.⁵ □

⁵ Tulio Halperin Donghi, *Tradición política española...*, *op. cit.*, p. 159.

“Buenamente, una revolución”

Noemí Goldman

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Hay muchas razones para la relectura de *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* (1961). Una de éstas es la del propio recorrido propuesto por Tulio Halperin Donghi en su libro, que define como el estudio “del ascenso, estagnación, renovación y caída de la fe monárquica que está en el núcleo de la historia moderna de España” y su vinculación con la Revolución de Mayo. Otra es la de su propia escritura y su manera tan peculiar de indagar y hacer visibles las cambiantes relaciones entre las ideas y sus contextos históricos e intelectuales.

Halperin Donghi con su escritura no sólo inaugura puntos de partida para repensar la naturaleza de la ruptura producida en 1810, sino que nos ofrece con virtuosismo algunos antídotos para alejarnos de las interpretaciones anacrónicas de las realidades del pasado. Por cierto, la crítica al anacronismo constituye hoy un tópico central de la nueva historia intelectual y de los lenguajes políticos. Y aunque Halperin gusta con cierta ironía decir que hoy se llama historia de los conceptos a la clásica historia de las ideas, no es menos cierto que el recorrido por las “ideas” propuesto en este libro era ya una nueva historia de las concepciones políticas atenta a las múltiples vicisitudes de nociones, imágenes y construcciones intelectuales insertas en sus precisos contextos histórico-culturales,

y distante tanto de la definición de sistemas de ideas que se desarrollan encerrados en sí mismos, como de la búsqueda de filiaciones doctrinarias.

El Prólogo del libro es explícito en este sentido:

La lección que puede deducirse de los que antes de ella han intentado lo mismo es que no basta para lograrlo examinar las coincidencias entre algunos aspectos del pensamiento político de la Revolución y algunos tópicos tocados por tratadistas españoles antes de 1810; es preciso colocar a la Revolución de Mayo en el lugar que le corresponde dentro de una extensa historia ideológica [...].¹

Esta extensa reconstrucción no será sin embargo la de una genealogía sino la del análisis de la complejidad y la ambigüedad de las constelaciones ideológicas de la tradición política española y de la ruptura producida por la adopción del mito de la revolución por los protagonistas de Mayo de 1810. El tratamiento de esa complejidad iba así a mostrar

¹ *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires, EUDEBA, 1961, p. 19-20. En las próximas citas se menciona el número de páginas de esta misma edición.

nuevas líneas metodológicas y suscitar interrogantes que la historiografía no dejaría de transitar en los años que siguieron a la publicación del libro, y que –según veremos más adelante– cobran renovada vigencia en tiempos de conmemoración de los bicentenarios de las revoluciones y las independencias hispanoamericanas.

En efecto, al analizar la doctrina del origen pactado del poder que Francisco de Vitoria hace suya, Halperin señalaba: “La extrema variedad de las situaciones que el *pactum subiectionis* justificaba, la ambigüedad de las conclusiones que de él podían derivarse, hacían de esta noción un elemento neutro en las luchas políticas de los tiempos modernos, capaz de ser utilizado con fines en cada caso diferentes” (p. 33). No sería entonces en la fijación de su sentido ni en su coherencia interna en las que el historiador debería buscar la clave de la aceptación casi universal del *pacto de sujeción* en la tradición occidental de los siglos XVI y XVII, sino en su funcionalidad, es decir, en su capacidad de integrar una ambigua riqueza de contenidos. Estas oscilaciones serían entonces ricas en consecuencias prácticas.

La elucidación de la relación entre la tradición y la novedad o entre el cambio y la continuidad se situaba así en el centro de sus preocupaciones, a partir de una muy variada y matizada consideración de los ritmos de los procesos históricos y de las constelaciones intelectuales, y de sus inestables relaciones. Y esto era así porque examinar los procesos que se sucedían dentro de esas constelaciones intelectuales era también interrogar los que transcurrían fuera de ellas. “En efecto –nos dice Halperin–, las transformaciones de la fe monárquica de Vitoria a Solórzano no son tan solo las metamorfosis de un sistema de ideas que se desarrolla encerrado en sí mismo; son un aspecto de la historia de esa monarquía, una historia rica en vicisitudes a través de las cuales la continuidad sin embargo no se

pierde” (p. 102). Pero cuando más adelante señala que era el curso mismo de los sucesos económicos y políticos –el ciclo de las guerras revolucionarias en Europa– el que se encargaría de debilitar las bases reales de la fe en la monarquía católica, nos advierte asimismo de que esa realidad no actuó por sí sola en el lenguaje, sino que a ella se le unió un nuevo clima de ideas que coadyuvó para que esa misma fe no encuentre ya la atmósfera intelectual en la que se había desarrollado.

Analizar el pensamiento político al ras de la experiencia es para Halperin pensarlo también como estilo político sometido no sólo a nuevas exigencias ideológicas sino también al ámbito en el cual surgió y desde el cual podía ser evaluado por los propios protagonistas. En el capítulo sobre la teoría de la monarquía barroca observaba entonces: “Lo esencial del cambio consiste en una revaloración de los datos inmediatos de la experiencia, frente a construcciones teórico-rationales que se revelan incapaces de abarcarlos en toda su cambiante riqueza” (p. 76), para referirse al distanciamiento de los tratadistas políticos del siglo XVII español por la tradición especulativa previa y al surgimiento de una concepción nueva acerca de lo político.

De manera que en el diálogo con el pasado Halperin no sólo asumía una postura crítica hacia las simplificaciones historiográficas, sino que postulaba la cautela en la posición del historiador ante su objeto de estudio:

Estas curiosas posiciones, que parecen adherir a las consecuencias políticas concretas de la renovación ilustrada a fuerza de no entender sus premisas (o más bien de no entenderlas como la entendemos nosotros, pues sabemos qué vino luego y reducimos la Ilustración a dos o tres líneas conductoras), son los primeros testimonios de la existencia de un pensamiento político dotado de cierta madurez en el Río de la Plata (p. 110).

Repensar los lenguajes políticos de los actores del período en los términos más próximos a sus propios presupuestos, previsiones y exigencias políticas se presentaba sin duda como un desafío para la época en la que *Tradición política española...* era publicada y una invitación para las futuras generaciones de historiadores.

La consideración del Río de la Plata como parte de una historia más rica y compleja —la de la crisis de la unidad monárquica de España— iba a ser retomada por Halperin en una escala mayor cuando en *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850* (1985) reafirmaba que las revoluciones de independencia no precedieron sino que sucedieron al colapso de la monarquía de 1808. Escala que hoy la historiografía reconoce mejor para analizar en su unidad y al mismo tiempo en su multiplicidad los procesos de independencia.

Pero si esta comprobación tenía en el libro objeto de este comentario sólidos precedentes, éstos no debían para Halperin ser vistos en términos de causas, sino de un conjunto de condiciones ya no sólo españolas sino europeas, que llevaron “Como se dio en el Río de la Plata el descubrimiento de que la monarquía tutelar y pródiga cumplía cada vez más insuficientemente su misión, a la espera de dejar de cumplirla en absoluto, es algo que podremos indagar siguiendo en todos sus aspectos la evolución de las posiciones políticas de los economistas ilustrados de Buenos Aires” (p. 151). *La Representación de los hacendados* de Moreno representaría un hito en este sentido. Condiciones que son reorientadas hoy por las investigaciones que profundizan la perspectiva comparativa entre los imperios del espacio Atlántico en la redefinición de las relaciones imperiales en el siglo XVIII, los efectos de las guerras internacionales y el surgimiento de una literatura sobre la modernización de los mismos, así como la comparación de los procesos revolucionarios hispano, iberoamericano y angloamericano.

Ahora bien, es en la “teoría de la revolución” corolario del análisis de Halperin donde se encuentra su más perdurable legado a la renovación historiográfica de la interpretación en el plano de las concepciones políticas del hecho de Mayo, y ello por dos principales razones.

En primer lugar, porque la revolución es reubicada en el marco de las posibles salidas a la crisis de la monarquía española dentro de las cuales Halperin marca cómo y desde qué lugar se distancia de su historia previa y en cierto modo también de la que vendrá, o al menos no la anticipa en un curso de acción:

En suma, la teoría de la revolución no marca necesariamente un rumbo político; descubre una nueva fuente de legitimidad para el poder político y precisamente porque así procede rompe decididamente con las justificaciones que la tradición política española, y no sólo ella, ha venido ofreciendo para explicar el surgimiento y la validez de ese poder (p. 205).

En efecto, no se trataría aquí de evaluar la revolución en términos de resultados inmediatos ni de proyecto político, sino “como tránsito hacia una realización histórica de principios de validez no supeditada a la mudable historia, eran las que servían a los revolucionarios para entender lo que ellos mismos estaban haciendo” (p. 203).

En tal sentido, hoy consideramos con mayores matices que si bien la invasión francesa a la Península y las abdicaciones de los reyes españoles en Bayona produjeron en los protagonistas de Mayo una temprana percepción de cómo estos sucesos podían llegar a provocar no sólo una crisis de mando en el conjunto de la monarquía sino propiamente de soberanía; en el pasaje del juntismo a la búsqueda de salidas constitucionales a la crisis, las soluciones fueron más diversas para el conjunto hispanoamericano. Éstas pudieron ir desde

una combinación de la soberanía propia con la soberanía del rey (Constitución de Cundinamarca, de 1811, el Reglamento Constitucional Provisorio de Chile de 1812, la primera Constitución de Quito de 1812) pasando por la proclamación de estados libres e independencias absolutas (la Constitución Federal para los Estados de Venezuela de 1811, las proclamaciones de independencia de Caracas y de Cartagena de Indias, del 5 de julio y el 11 de noviembre de 1811, respectivamente), hasta la solución gaditana (Constitución de Cádiz de 1812), que proclamó “La soberanía reside esencialmente en la Nación y por lo mismo pertenece a esta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales”.

El mismo Río de la Plata mantuvo hasta 1813 el tutelaje de la legitimidad monárquica. Aunque Halperin ya señalaba que “Aun los que buscan encauzar a la revolución en un curso limitado y ponderan entre sus virtudes la fidelidad al cautivo monarca y el respeto de la ‘constitución social’ son ya incapaces de pensar el hecho fuera de un esquema revoluciona-

rio” (p. 199). En efecto, hoy agregaríamos que no fue menor la inicial divergencia en la interpretación de la retroversión de la soberanía entre los que la concibieron como reasunción del poder originario del pueblo en el cabildo, y los que la conceptuaron como recuperación del poder por el “pueblo” que la delegaba “inmediatamente” en la Junta. Esta segunda acepción de la retroversión, entre otras consideraciones, tampoco sería ajena a la temprana consideración de la revolución como un “mito” que funda una nueva legitimidad, según lo señalado por Halperin para caracterizar la novedad de la experiencia de 1810.

Es precisamente aquí donde la relectura de *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* ayuda a retomar el hilo histórico ante cierta tendencia de la historiografía que con motivo de la celebración de los bicentenarios tendió a subvalorar los procesos insurgentes hispanoamericanos que no se adecuaron a la experiencia gaditana.

Volver a leer a Halperin es como regresar a Borges: su obra se redescubre sin cesar. □

En torno de Revolución y guerra

Fernando J. Devoto

Universidad de Buenos Aires

En 1972 aparecía en Buenos Aires un libro, *Revolución y guerra*, en el que muchos iban a ver, en la Argentina y fuera de ella, justamente, la obra más madura producida por la historiografía argentina en el siglo XX. Su autor, Tulio Halperin Donghi, por entonces tenía 46 años y una destacada carrera como historiador en el marco de esa tradición historiográfica que tantos esfuerzos había hecho para renovar las lecturas del pasado argentino. Muy prestigiosos historiadores de diferentes contextos habían visto en él, desde mucho antes, un talento excepcional y sus mismas obras precedentes avalaban esos juicios. Éstas, por otra parte, habían seguido itinerarios y registros muy diferentes que iban desde el género de la *Ideengeschichte* (Echeverría o *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*) hasta variaciones en torno al modelo braudeliano (*Moriscos y cristianos viejos en el reino de Valencia*), desde la historia serial cuantitativa (la enjundiosa investigación que llevaba a cabo, desde los años sesenta, en torno a las series de importaciones y exportaciones argentinas) a las grandes síntesis de conjunto (*Historia contemporánea de América Latina*) o al ensayo sobre la política a él contemporánea (*Argentina en el callejón*). Heterogeneidad que reflejaba, al menos en parte, tanto las matrices historiográficas muy diferenciadas de su for-

mación como una extendida curiosidad hacia temas y problemas muy diversos.

Sobre ese trasfondo, *Revolución y guerra*, cuya larga gestación remite, al menos, al lejano 1961 (fecha de publicación del largo ensayo sobre “El Río de la Plata al comenzar el siglo XIX” que, al igual que otro algo más breve de 1966, “La revolución y la crisis de la estructura colonial en el Río de la Plata”, son incorporados, con modificaciones muy menores, en el nuevo libro), se destaca como un nuevo paso adelante de Halperin, que se diferencia en muchos planos de sus experiencias historiográficas precedentes. Nos lo advierte ya desde el prólogo al definir su obra como un libro de historia política, aunque bien podría haberlo definido como un libro de historia social de la política.

Al prepararse para emprender la difícil tarea de volver a transitar un tema que tantos en la historiografía argentina habían recorrido antes que él, Halperin cree conveniente recordar en la introducción a los dos númenes tutelares de la historiografía argentina moderna: Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. Al evocarlos, Halperin no deja de señalar la tensión que existe en ambos entre las dudas acerca del presente y del futuro argentino, con relación al cual ocupan un lugar político ya bastante marginal, y el optimismo con el que, aun con matices diferenciados, miran el pro-

ceso que historian. Más aun, sugiere Halperin, la “exorbitante” idea de un “destino misterioso” inscripto desde los más remotos orígenes como caución para el futuro argentino le parece una justificación tanto más necesaria por la fragilidad que Mitre y López perciben en el mismo presente. En cambio, nos dice Halperin, los historiadores argentinos contemporáneos se encuentran en una situación diferente: el propio presente les parece, por un lado, “menos amenazado y menos admirable”, y por el otro, a menudo, “insoportable”.

¿Debemos colocar a Halperin en ese cuadro de conjunto que él retrata? Quizá la respuesta sea menos importante que proponer desde allí otras dos reflexiones. La primera es que la larga elaboración de *Revolución y guerra* es contemporánea de una profunda crisis argentina de la que él mismo ha dado cuenta en su *Argentina en el callejón* y que está llegando, en el momento de la edición del libro, a niveles de conflictividad, que además de a la historiografía profesional están desbordando al país todo, y que el autor no podía no considerar sin preocupación. Esa misma crisis ha llevado a Halperin a seguir un largo periplo que desde la Argentina lo ha transportado primero a Inglaterra y luego a los Estados Unidos. Sin embargo, ese presente sombrío no es resuelto por Halperin a través de una reconstrucción del pasado compensatoria (a la manera que según él han hecho Mitre y López). Por el contrario, la historia que él relata, bastante desesperante en sí misma, contiene un tono distanciado pero no menos sombrío (en especial en la conclusión) que el que podría deducirse de los sucesivos presentes. Lo es también si prestamos atención a la cronología que propone. Mitre, como se sabe, había culminado su *Historia de Belgrano y de la independencia Argentina* en la crisis de 1820-1821, vista como un momento pese a todo positivo en las posibilidades que cerraba para el porvenir. López, por su parte, en su *Historia de la República Argentina*, que

escribió entre 1883 y 1893, aunque parece haber diseñado originalmente un cuadro cronológico más largo, no sólo hacia atrás sino también hacia adelante (ya que en los volúmenes iniciales se anunciaba hasta 1852), en su concreción culmina en diciembre de 1829 y muy escenográficamente: con los funerales oficiales de Dorrego organizados por Rosas. Y aunque muchas razones personales puedan aducirse para ese abrupto final, no es menos cierto que el mismo presenta un desenlace bastante lógico para la historia que narra López, en la que, más allá de las grandilocuentes efusiones patrióticas dispersas aquí y allá, el proceso revolucionario es menos un éxito que un fracaso, como el mismo prefacio lo sugiere bien. Halperin, que ha comenzado en el mismo lugar que Mitre (el virreinato), concluye sin embargo, temporalmente, más ambiguamente. Efectivamente, el grueso del relato se detiene en el momento 1820-1821 (como Mitre) pero a ello el historiador argentino agrega una indagación, sustancialmente sobre el caso de Buenos Aires, que se expande hasta mediados de la década de 1820 (capítulo IV, b) y todavía prolonga esa exploración en las conclusiones, hasta llegar (como López) hasta ese rosismo, aludido en las líneas finales, hijo legítimo de las “brutales simplificaciones” que la independencia, la guerra y la apertura económica habían impuesto al mundo rioplatense. Más cercano a Mitre en su estrategia de investigador y en su idea de la forma de hacer historia, Halperin lo estaba más de López en las conclusiones menos optimistas que se podían deducir del proceso.

La segunda reflexión posible es que si el presente influye de muchos modos en las preguntas que el historiador formula al pasado (y en los climas de sus retratos del mismo), no es menos cierto también que ese presente tan rico de complejidades bien podía proveer al autor de un conjunto de experiencias que lo orientaran a buscar (más allá de su talento y de su oficio historiográfico) esa misma com-

plejidad en el pasado argentino y que le dieran una capacidad de comprensión (*verstehen*) del mismo. Y efectivamente la primera impresión que produce el libro es la riqueza casi ilimitada de problemas y matices que contiene (y una persuasiva “comprensión” de los mismos). Lo es tanto por la estrategia elegida –atención no sólo a los matices sino a lo particular, lo individual concreto (una perspectiva más cerca del *Historismus* que del *storicismo*, si admitimos las diferencias entre ambos, en cualquier caso bastante idiográfica)–, pero también lo es porque Halperin parece en este libro haber querido decirlo todo.

Una obra de la complejidad y las ambiciones de *Revolución y guerra* presenta enormes dificultades de realización del tipo de las que tuvieron que enfrentar, por ejemplo, autores tan disímiles como Braudel en su *Méditerranée* o Namier en su *Structure of Politics*. La solución del primero fue contar tres historias (o la misma historia tres veces); la del segundo, menos feliz, fue un producto *abnorme* cuyas partes, más allá de la eficacia demostrativa, ensamblan mal entre sí según los cánones de un libro de historia. Halperin eligió vías propias para lidiar con el problema, pero ello no quita que este libro extraordinario pueda ser visto como varios libros en un libro. Pongamos dos ejemplos. Por un lado es bien visible que la primera parte (los dos primeros capítulos propuestos como marco general, que en buena medida son asimismo los más antiguos) ensamblan limitadamente con la segunda; por el otro –como argumentaremos– hay aquí también dos historias paralelas, la de Buenos Aires y la del interior, que son indagadas de diferente manera.

La primera parte (“el marco del proceso”) contiene tres dimensiones entrelazadas en el relato: la geográfica, la económica y la social. Estas dos últimas, las más extensas, son tratadas a la manera de esos años sesenta en que se hablaba de ellas como un todo o, mejor aun, se pasaba de una a otra en tanto se las

imaginaba estrechamente relacionadas. Empero, todavía en esos capítulos hay más cosas. Nótese por ejemplo las admirables páginas dedicadas a un tema en ascenso, la “piedad”, en este caso la “piedad barroca” (por ejemplo, poco después Michel Vovelle escribiría en Francia, con otra estrategia metodológica, muchas páginas sobre el mismo argumento), o aquellas no menos penetrantes dedicadas al Estado y sus finanzas.

Detengámonos en aquellas dimensiones más extensamente tratadas: la económica y la social, e intentemos, analíticamente, separarlas. Si nos detenemos primero en la historia social, un punto interesante es la deliberada ambigüedad del vocabulario que utiliza Halperin para colocar en el relato a los distintos actores sociales. Un breve inventario de los términos que emplea incluye, por un lado, “aristocracia”, “oligarquía”, “clase alta”, “clase dominante”, “sector hegemónico”, “clase señorial”, “grupo dominante”, “gente decente” (con y sin comillas), “nobles”, “sectores socialmente dominantes”, “clases altas” y, por el otro, “plebe”, “pobres”, “vaga humanidad”, “sector indigente”, “sectores bajos”, “clase baja” (en este último caso, y significativamente, Halperin sugiere que el empleo de esa expresión puede constituir un “anacronismo”). Desde luego que los términos no son homólogos ni generalmente homologados por Halperin, solamente muestran en cuán gran medida esa atención a la complejidad de una sociedad que imaginaríamos más simple obliga al historiador a multiplicar los modos de denominar a los actores sociales para enriquecer la perspectiva. Y, desde luego, a todo ello podríamos agregar los numerosos grupos socio-ocupacionales que aparecen aludidos: más allá de comerciantes de todo tipo, de clérigos, de propietarios, de labriegos, de peones, de funcionarios, hay allí también transportistas, “dueños de tropillas y majadas” e incluso “squatters”. Y todavía aun, esclavos, negros, indios, mestizos, extranjeros europeos y “cas-

tas” y “estamentos”. Todo ello refuerza aun más la riqueza del cuadro presentado que, sin embargo, trata de ser a su vez organizado en torno a distintos ejes y de no perder cohesión interpretativa y narrativa. De todos modos, la ambivalencia en el uso de los términos, en especial para denominar a los sectores altos, reflejaba otras tensiones en el mismo Halperin, como lo muestra la segunda parte: en ésta un nuevo término hace su irrupción con fuerza y se convierte en dominante en el texto (y termina incluso en el subtítulo del libro): “élite”. Término que no implicaba, desde luego, ninguna distinción ni valoración sino una perspectiva descriptiva, relativa y múltiple.

Puede señalarse más en general que eran esos mismos años aquellos en que un largo debate cruzaba la historiografía francesa y también europea en torno al vocabulario y en torno a las clasificaciones, desde aquel que enfrentaba a la tradición marxista orientada a definiciones teóricas (Vilar/Soboul) con la de Labrousse y sus discípulos (orientados, a partir de la empiria, a aplicar categorías socio-profesionales para organizarla) o a Mousnier y sus discípulos, hostiles a la noción de clase en cualquier definición propuesta (y favorables a la de órdenes) y más atentos a otras dimensiones que incluían las relaciones verticales y no solamente las horizontales. De todos esos debates, el recordado coloquio de Saint Cloud de 1965 y sus discusiones son un buen ejemplo. En cualquier caso, Halperin (sabidamente quizás) parece no querer enroscarse claramente en ninguno de esos u otros bandos más rústicos en pugna (así como tampoco participar de la correlativa discusión entre utilizar para organizar lo social el vocabulario de los contemporáneos del período u otro creado ad hoc por los historiadores). Tomando una observación de Labrousse, en relación a su polémica con Mousnier, en la que señalaba que había dos tipos ideales de historiadores, los que buscaban soluciones a los problemas y los que buscan problemas a

las soluciones, Halperin parece balancearse entre ambos quizás con una mayor propensión al segundo.

En relación con la economía, Halperin escoge una estrategia semejante a aquella con la que indaga lo social. La misma es cualitativa y narrativa. Ciertamente, existía otra posibilidad que el mismo Halperin había explorado: aquella serial cuantitativa que, entre otros, Ruggiero Romano defendía misionalmente en sus viajes a la Argentina. Sin embargo, Halperin se decanta por la primera y ningún cuadro o gráfico irrumpe en el texto (y quizás ello explica en parte por qué el artículo que publicó en 1966 sobre “La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires” haya sido utilizado muy fragmentariamente en el libro).

La opción escogida tenía, desde luego, una larga tradición en la historia económica y estaba todavía plenamente vigente en esos años: ella ganaba en matices y en riqueza lo que podía perder, en la mirada de entonces, en precisión. Más aun, ella era quizá la única disponible, como el mismo Halperin lo reconoce en el texto, dado lo engorroso y dificultoso que hubiera sido intentar reconstruir series confiables para una indagación que no se limitaba al puerto de Buenos Aires, sino que quería recuperar la variedad de situaciones existentes en un interior que, como él mismo señala, no era uno sino muchos.

El resultado fue otro riquísimo cuadro, tan atento a las diversidades que tiene en su centro algunas dimensiones de la actividad económica: comercio y en menor medida moneda (como lo era en la historiografía “annalista”). No se trata sin embargo de que se ignore aquí la producción (y en especial algunas dimensiones de la misma, como la inversión) y el consumo, sino de que lo que parece organizar la dinámica de la situación son mucho más las relaciones que las distintas áreas del virreinato primero y del país independiente después establecen con sectores externos, sean ellos otras áreas del antiguo virreinato o sepa-

radas de él (como el Alto Perú) y el mercado mundial. Desde luego que esta última dimensión, tan clave en su análisis, ya había sido señalada por otros precedentemente, pero la solución propuesta por Halperin es mucho más compleja y persuasiva que las anteriores.

La segunda parte del libro constituye el verdadero *pezzo di bravura*. En especial, la titánica tarea de dar inteligibilidad al caótico proceso abierto con la revolución, en cuyo centro de indagación está ahora la política, atendiendo al complejo juego de actores, es notable. Ella es lograda a partir de dos presupuestos conceptuales. Ante todo, que son los intereses de un grupo o de un individuo los que explican sus actitudes mucho más que sus ideas –y aun cuando éstas son introducidas, por lo demás bastante marginalmente en el texto, son reconducidas a las lógicas sociales–. La segunda es que las decisiones de los mismos son racionales y están orientadas por cálculos y estrategias, por aproximativas e inciertas que en tantas ocasiones fuesen, vinculadas a la preservación o al incremento del poder, de la posición o del patrimonio, según los casos. Desde allí es explicado el posicionamiento y las opciones concretas de los distintos actores políticos. Sólo en muy pocos momentos el historiador se siente desfallecer en ese intento (por ejemplo, cuando presenta la “devoción algo ciega” de algunos prohombres y sus hijos a la figura de Alvear, o cuando admite cuán confusas eran algunas cuestiones en torno a las razones que orientaron el comportamiento de Artigas en 1816 o, en especial, cuando, al explorar ese crítico año 1820 en Buenos Aires, debe admitir que ese juego se ha hecho “desesperadamente complejo”, lo que “hace aún menos fácil entender el sentido de cada uno de los actos que tienen esa etapa revuelta”). Aun así, el historiador no se resigna y se niega a introducir otras dimensiones no racionales en la explicación del proceso histórico, como tampoco lo hace directamente cuando alude a las fiestas

revolucionarias, a las creencias, a los mitos impulsados o a los ritos laicos celebrados.

Todavía habría que agregar dos dimensiones más que sustentan el relato de Halperin. La primera es que ese proceso adquiere su inteligibilidad al centrar su dinámica de análisis en los conflictos en el seno de las diversas elites o dentro de cada una de ellas. Ciertamente las plebes, los sectores populares o las masas, términos que son utilizados por Halperin con amplia preferencia hacia el primero, están siempre allí. La revolución y la política les han abierto la puerta. Sin embargo esa presencia amenazante es casi siempre pasiva y poco orientada a reclamar por sus intereses en forma clara o abierta. Incluso en ese caso de gran movilización, que Halperin explora con equilibrio, y que es el mundo rural de la Banda Oriental, he ahí por ejemplo ese poverío rural que parece muy poco entusiasta de aprovechar las ventajas que el célebre Reglamento artiguista les concede. Todo se trata mucho más o de plebes movilizadas bajo forma de clientelas o de autopercepciones de las clases dirigentes acerca de su peligrosidad (que de cualquier modo orientan comportamientos de esas mismas elites) que de otra cosa. Incluso en las innovadoras páginas dedicadas a las elecciones en Buenos Aires, éstas aunque revalorizadas como espacio de acción política no lo son en el sentido de un acrecentamiento del poder popular. Una historia, en suma, en la que el conflicto está omnipresente bajo tantas formas pero no bajo aquellas más obvias en esa estación historiográfica: la del conflicto social entre amplios grupos antagónicos.

La otra dimensión tiene que ver con las dos historias paralelas (Buenos Aires y el Interior) que Halperin nos presenta. Puede señalarse aquí que mientras la de Buenos Aires está mucho más organizada en el relato en torno a actores colectivos, ellos mismos surcados por múltiples facciones (por ejemplo, los políticos que han hecho “la carrera de la revolución” o las distintas elites económicas o institucio-

nales), en la lectura de esos conflictos en el interior rioplatense la mirada de Halperin es parcialmente diferente. Mucho más peso relativo tienen aquí los linajes, las familias, sus clientelas (no exentas ellas mismas de conflictos en su seno) que otros actores sociales o institucionales, con excepción de los cabildantes. Ello es inevitable dada la diferente densidad de esas sociedades con respecto a una Buenos Aires que, de todos modos y sea dicho al margen, no sin dificultad podría ser considerada una sociedad estructurada (la base demográfica puede ser aquí argumento suficiente). Sin embargo, también ello puede vincularse con el tipo de fuentes que maneja Halperin en uno y otro caso. Si para Buenos Aires puede reposar en una abundante cantidad de memorias y autobiografías combinadas con las fuentes del AGN, con la *Gaceta* y con una historiografía erudita útil, en el interior eso no ocurre, en parte porque sociedades menos complejas producen tantas menos fuentes como una literatura histórica menos abundante (el contraejemplo es la Banda Oriental), en parte porque la indagación que ha hecho el autor sobre ellas es mucho más limitada. Así, esa segunda historia depende más de, por ejemplo, algunas correspondencias como las del Deán Funes, de Facundo Quiroga o de fragmentos de la de Artigas que de otras fuentes. No necesariamente debemos lamentarnos. Esas fuentes más escasas que han sido exprimidas hasta la última gota (como le gusta señalar al mismo Halperin en referencia a su oficio de historiador) alientan una perspectiva más orientada a explorar tanto los vínculos verticales junto con los horizontales como las solidaridades que se establecen más allá de las exclusivamente económicas, políticas o profesionales (aunque a veces las contengan). De ese modo, el texto comienza a poblarse de nuevas expresiones ausentes en la primera parte, como “cliques”, “redes de relaciones”, “lazos familiares” o

“clientelas”. Finalmente, cuando todo se derrumba ¿no quedan esas redes interpersonales trabajosamente tejidas y destejidas como el tenue hilo que mantiene unidas a las provincias que emergieron en el país independiente y que posibilitará la muy lenta construcción de una elite dirigente sobre bases no sólo locales? ¿Implica esa cercanía de Halperin a una terminología tan característica del *network analysis* algún conocimiento de esa corriente (bien establecida por ejemplo en Inglaterra desde los años sesenta)? Quizás es menos importante resolver el enigma que señalar en cuán gran medida el análisis de la sociedad se ha enriquecido ulteriormente en la segunda parte.

Llegados a este punto, el comentarista debe admitir que su lectura da una imagen limitada y empobrecida de una obra tanto más rica. No ha hablado, por ejemplo, del militarismo, de la guerra ni de su resultante: esa forma criolla de la “brutalización de la política” (en la conocida expresión de Mosse) ni de tantas otras ideas fecundas que serían valiosas pistas para investigaciones posteriores. Puede todavía señalar que el libro contiene además de una riqueza de motivos una línea de argumentación persuasiva que ha suprimido todos los debates personalizados (presentes en otros trabajos precedentes). Esa riqueza, esa complejidad y a veces los pliegues del texto le permitieron a Halperin brindar una imagen renovada de un período del pasado argentino que contiene una interpretación también ella novedosa y en pugna con la exitosa literatura que en esos años hacía furor, desde distintas vertientes, revisionistas o marxistas, en la convulsionada Argentina, aunque aquéllas no se percatasen siempre de ello. En la maestría del autor tanto como en la estrategia escogida (y, por qué no, en la distancia) están algunas de las posibles claves de un libro que hoy todavía leemos como si fuera de nuestro tiempo y no de otro. □

La otra revolución

José Rilla

Universidad de la República / CLAEH / SNI

La primera tentación de lector a la que puede empujar *Revolución y guerra* es analógica. Pensado y escrito en la década de 1960 y publicado en 1972, evoca la conexión que inauguró el siglo XX en Europa, con la guerra y la revolución en su pórtico. Ambos términos son también aquí, en la *Argentina criolla* y su periferia, claves idóneas para sostener una reconstrucción histórica en la que se quebró un orden, se fraguó y malogró uno nuevo y en el que la experiencia de la guerra marcó decisivamente sus posibilidades de alcanzar estabilidad. El infatigable texto de Tulio Halperin Donghi no abandona en momento alguno esta tensión constituyente de su interpretación; la revolución es la guerra y no puede no serlo, pero la guerra ambienta un mundo que compromete a la revolución; produce y prepara recursos que no es capaz de controlar pero que culminarán por imponerle límites infranqueables y rasgos de identificación.

Si se escapa aquí hasta una analogía casi abusiva y universalista es porque pretendo tomar un aspecto demasiado parcial de esta obra, que le aporta un argumento clave para su comprensión general, pero que a la vez remite al origen de una experiencia peculiar en el seno del ciclo revolucionario. Consagrada como otredad por el mismo autor, la del artiguismo es *la otra revolución*, portadora y animadora de una disidencia más amplia del

Litoral frente a Buenos Aires. Finalmente, en su fracaso, serviría de fundamento a una trayectoria que podía ser interpretada como nacional no bien lograra poner a su servicio –décadas más tarde– los atributos del Estado para la consolidación recíproca.

Sobre lecturas

Revolución y guerra fue leído en el Uruguay en un momento de transición historiográfica. Se abandonaba lentamente la pauta clásica de la historia nacionalista; sin romper del todo con ella se ingresaba en los cánones del marxismo y el estructuralismo, se dialogaba con las construcciones conceptuales europeas y especialmente francesas, se mantenía distante relación, sólo entonada cuando mediaba sintonía con el revisionismo, con las novedades de la historiografía argentina. La empresa intelectual a la que nos invitaba Halperin –mirar las cosas desde ancha perspectiva y lejos de dilemas perezosos– quedó a mitad del camino. Se aprovechó de ella todo lo que servía para afirmar la veta más particular, capaz de consagrar una marginalidad específica y percibida como deseable hacia el pasado y hacia aquel presente. El saldo de haber quedado a medio camino ha supuesto un gravamen pesado a la hora de comprender el artiguismo,

devenido casi siempre objeto “inocente” de castigos ajenos a su propio desempeño: la conspiración de los más grandes y poderosos, la traición de los oportunistas y ambiciosos, la incomprensión generalizada... caminos todos de una victimización en la que el Uruguay parece haberse instalado cómodamente.

Con todo, la cronología más estricta no permite subrayar en demasía las distancias que más tarde se incrementaron en la interpretación de la historia. Poco después de los fastos del centenario de la muerte de Artigas, desde una erudición documentada sólidamente Juan E. Pivel Devoto había indagado en la colonia para enraizar en ella la emancipación oriental.¹ En 1961, en la que sería su obra más apoyada en fuentes primarias en su gigantesco fichero, Carlos Real de Azúa investigó en la formación de las elites (para decirlo en términos del libro de Halperin) dando cuenta de ello en una penetrante reconstrucción del patriciado y su peripecia.² Tres años más tarde, en 1964, José Pedro Barrán y Benjamín Nahum proponían una historia de las *Bases* de la revolución en la que tomaban distancia de las versiones tradicionales a partir de una mirada social, económica y geográfica de la experiencia revolucionaria.³ Las referencias de aquel tan influyente texto eran variadas: sus autores no desdeñaban, aunque lo hacían con cautela, las ideas del revisionismo histórico argentino que ya tenía cultores en el Uruguay; conocían y aprovechaban la obra de Miron Burgin⁴ y algunos trabajos previos de

Tulio Halperin –integrados más tarde a *Revolución y guerra*–⁵ que les permitían encontrar argumentos persuasivos a la hora de efectuar un balance de la política de tierras de Artigas, no carente de un afán políticamente estabilizador. Desde el marxismo y con pioneros respaldos documentales, Lucía Sala, Julio Rodríguez y Nelson de la Torre sintetizaron años de trabajo en los archivos demostrando que aquella política había tenido una entidad tan eficaz como polémica y frágil, dejando esbozada una historia que a la vez que concretamente documentada insinuaba otra posible de no haber caído sobre la Provincia Oriental la “garra de la invasión portuguesa” concretada con aquiescencia porteña.⁶ En 1966, Reyes, Bruschera y Melogno, tres profesores que conocían bien la historia colonial americana y rioplatense, trazaron la síntesis más refinada e influyente de cuantas se habían escrito hasta entonces cuando interpretaron ensayísticamente la historia colonial oriental como una articulación de tres factores que devinieron constantes categoriales de larga duración: pradera, frontera, puerto.⁷ En el corto plazo, el de las décadas de guerra y revolución, el balance tenía tintes algo simples y trágicos: “el señorío montevideano”, puerto, había derrotado al programa de la pradera y gracias a la fisura de la frontera.

Entiéndase bien: esta secuencia sucintamente evocada no remite a un consenso his-

¹ Juan E. Pivel Devoto, *Raíces coloniales de la revolución oriental*, Montevideo, Monteverde, 1952.

² Carlos Real de Azúa, *El patriciado uruguayo*, Montevideo, Asir, 1961. La segunda edición de la obra (Banda Oriental, 1981) recogió como prólogo la reseña que Tulio Halperin escribió para *Estudios de Historia Social*, Año 1, N° 1, Buenos Aires, 1965.

³ José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, *Bases económicas de la revolución artiguista*, Montevideo, Banda Oriental, 1964.

⁴ Miron Burgin, *Aspectos económicos del federalismo argentino*, Buenos Aires, Hachette, 1960.

⁵ Tulio Halperin Donghi, “La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires”, en *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, 1963, vol. 3, N° 1/2, pp. 56-110; “Revolutionary militarization in Buenos Aires 1806-1815”, en *Past&Present*, N° 40, Oxford, 1968, pp. 84-107.

⁶ Lucía Sala, Julio Rodríguez, Nelson de la Torre, *Artigas, tierra y revolución*, Montevideo, Arca, 1967; *Estructura económica-social de la colonia*, Montevideo, EPU, 1967; *La revolución agraria artiguista*, Montevideo, EPU 1969; *Después de Artigas*, Montevideo EPU, 1972.

⁷ Washington Reyes Abadie, Oscar Bruschera, Tabaré Melogno, *La Banda Oriental, pradera-frontera-puerto*, Montevideo, Banda Oriental, 1966.

toriográfico, como suele decirse hoy. Con Pivel a distancia magisterial, con el liderazgo desafiante de Petit Muñoz, los diálogos entre los demás autores eran frecuentes y fluidos, pero cada uno o cada grupo hacía su camino y estaba equidistante entre una política de la historia y un debate profesionalizante. Y aun así, algo más externo los iba acomunando: las fuentes disponibles habían incorporado a esa altura de la publicación *Revolución y guerra*, los ocho primeros volúmenes del *Archivo Artigas*,⁸ recopilación dirigida por Pivel que ya era entonces monumental y podía “competir” con la *Gaceta de Buenos Aires*, la colección de correspondencia de Artigas al Cabildo, los documentos del Museo Mitre (Archivo San Martín, Belgrano) o la más antigua y siempre citada colección de *Memorias* de Andrés Bello.

Cuando se publica *Revolución y guerra* reinaba en el Uruguay una síntesis laxa: la oriental fue una revolución empujada a su autonomía; entre ésta y la independencia moderna que con el Estado nacional tardaría medio siglo en coagularse, la diferencia era cuantitativa, de tiempo y volumen de recursos discernibles y defendibles. La autonomía provenía de la ubicación geográfica de la Banda, única zona del Virreinato capaz de vincularse con un mundo en cambio de hegemonías sin depender de Buenos Aires; provenía también de una reacción empujada contra la pasión dominante porteña afanada en preservar la supremacía política, militar y aduanera. Finalmente, la autonomía se sostenía en una peculiaridad que ha sido explorada desde entonces y cada vez mejor por la historiografía: desde el punto de vista institucional, una interpretación de “la soberanía particular de los pueblos” como clave del gobierno consensado y contractual levantado desde la ciudad

comunal que estructura territorio;⁹ desde el punto de vista sociocultural, su carácter rural, su programa de recuperación económica con base en la distribución política de la tierra, el igualitarismo social y la política pro indígena.

Revolución e ideas:

Halperin historiador elitario

Hacia comienzos de los setenta la trayectoria académica de Tulio Halperin era peculiar y descolante en una carrera rioplatense; también polémica y tocada por el desencanto respecto a las posibilidades de la Argentina. Pocos, tal vez nadie en el Uruguay, podían mostrar un itinerario tan estimulante y pleno de oportunidades, tan emparentado con una forma abierta y exigente de construir la profesión del historiador. *Imago Mundi* parece allí funcionalmente análoga a los *Annales* franceses, territorio de intercambio de saberes y disciplinas, espacio para una historia que no encontraba su reconocimiento en los ámbitos más tradicionales. Perturbado por el peronismo y sus ambiciones orgánicas, escéptico respecto de la restauración liberal y sus depuraciones, Halperin hace un periplo que le permite mirar el país y la región como extranjero: a su formación en Italia, Francia y España que marcó sus textos inaugurales, se le suma luego un cauce anglosajón que tiene sus mojoneros crecientemente estables en Oxford, Harvard y Berkeley.

Cuando escribe *Revolución y guerra*, o se va aproximado a él, puede presentarse como articulador de un nuevo relato de la Argentina, revisionista respecto de Mitre y López pero con una implícita pretensión sustitutiva, de relevo. Es cierto, la colonia virreinal no es el gran espacio del Mediterráneo en tiempos

⁸ Comisión Nacional “Archivo Artigas”, Montevideo, desde 1950.

⁹ Ana Frega, *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista*, Montevideo, Banda Oriental, 2007.

de Felipe,¹⁰ pero es desde esa impronta que Tulio Halperin pudo trazar un cuadro tan persuasivo de la región, lleno de matices, de firmeza en el rumbo descriptivo, de una anchura interpretativa en la que pueden circular y ser reinterpretados los clásicos, aun habiendo hecho un esfuerzo erudito y demoledor de cualquier esencialismo nacional. Sarmiento aparece cada tanto como fantasma en la historia que se cuenta; ello se debe a su imperio intelectual que despierta admiración, y a que es un actor relevante de la Argentina rosista cuyas claves de comprensión quedan trazadas al final de *Revolución y guerra*, tal vez como su más concreta culminación.

El estudio de ideas no es el centro del libro, salvo en lo que ellas aportan a la formación de una elite capaz de dotar de sentido y organización a los procesos. Las definiciones en ese rubro le deben mucho a textos anteriores como el de Echeverría, o, más precisamente, el que abordaba la tradición política española en relación a la revolución de Mayo.¹¹ Esta opción por cierto que distante de la historia de las ideas entendida como identificación de genealogías nos devuelve un cuadro harto complejo y provocativo en tanto que remite a un específico dinamismo de las ideas que Halperin se complacía en subrayar y que encontraría su sintonía uruguaya en Carlos Real de Azúa: las ideas revolucionarias y renovadoras cambian ellas mismas cuando se alcanza la revolución o la renovación a la que contribuyen. Y si bien es mucho lo que este enfoque “elitario” deja afuera en cuanto a la circulación y la reelaboración del pensamiento político entre sectores menos encum-

brados o selectos, ofrece en contrapartida un cuadro bien distante del esquematismo y los dilemas fáciles, de las improbables relaciones entre “causa” y “efecto”. Más que un estudio de ideas políticas, que lo es en grandes pasajes, se vuelca a una indagación de la política de las ideas donde todo es mucho más dinámico y sorprendente.

El recorrido exhaustivo y extenuante recuerda cada tanto que la guerra fue más removedora que la revolución, aunque ésta fuera la más fuerte matriz de aquélla. El doblez heterodoxo, fruto de una vasta cultura histórica que recupera con anticipación el sentido de las palabras y las nociones, culmina en un balance que poco habla de la independencia y de la nación y mucho más remite a las bases de una política “barbarizada”, hija de la violencia de la que nadie parece privarse pero en la que se va haciendo su lugar la profesión política, distinguida tempranamente de la dominación y del poder más crudos.

Sobre la otredad

No es seguro que las razones que llevan a Tulio Halperin a distinguir a la oriental como *la otra revolución* sirvan para abonar el orgullo algo nacionalista que con ella se podía interpretar en el Uruguay. En rigor, y al menos en primera instancia, la otredad caracteriza al Litoral, territorio más amplio de disidencia pertinaz y variada que se enfrenta a la ardua hegemonía de Buenos Aires y le impide la organización de su frágil proyecto a lo largo de cuatro décadas. Por más dificultades que le tendiera el artiguismo, la derrota fugaz de Buenos Aires en 1820 no puede ser atribuida a los orientales más que en una medida marginal, sobre todo si se repara en el hecho de que la guerra fue también, entonces, mucho más decisiva que la revolución: los artigueños debieron hacerla contra los portugueses y a la vez, conducidos por la obcecación temible

¹⁰ La reciente autobiografía de Halperin anima a estos paralelismos. Véase *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, pp. 219-261. Un estudio concreto y problematizador de las conexiones en Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 367-386.

¹¹ *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires, Eudeba, 1961.

del Jefe, contra los caudillos del litoral que – sobre todo con Estanislao López– estaban hallando bases genuinas para un liderazgo caudillesco competitivo.

Aun con este encuadre que nos previene de cualquier magnificación, queda por explicar otro plano de la otredad, el que refiere a los orientales *lisos y llanos* como diría más tarde Rivera, uno de los primeros, con Oribe, en abandonar a un Protector en el que ya no creían y que casi nada más que sacrificio podía ofrecerles.

La experiencia del artiguismo ofrece un cauce peculiar, original, “radicalmente nuevo”, entiende Halperin. Es rebelión rural de quienes “no tienen nada que perder” y que construyen una personería política sobre una sociedad más igualitaria que las del norte o de la capital, en la que no opera de la misma forma la resistencia de notables y es entonces posible la emergencia de dirigentes modestos y advenedizos que son levantados por “un pueblo vacío de juicio y de sentido”, como escribía la *Gaceta de Buenos Aires*. La clave territorial es más bien sociopolítica: en la campaña oriental, frontera disputada que altera las jerarquías naturales, se erigieron una autoridad, un poder, un prestigio, una legitimidad y un fervor que expresaban a otra sociedad, a la que tanto la guerra como la lucha contra un despotismo cristalizaron y politizaron muy tempranamente.

Las señas de originalidad fueron a la vez “inquietante síntoma de independencia”; o en todo caso base para un camino diverso, poco conciliable con Buenos Aires y no muy confiable con las provincias del Litoral: la emigración masiva en el éxodo de 1811 (es difícil hallar un episodio más autonomizador que ése en todo el proceso); la política favorable a las poblaciones indígenas que se alistaron masivamente (miradas las cosas en perspectiva, el propio Halperin nos muestra indicios y aplicaciones de este rumbo en la Salta de Güemes y en algunas definiciones del mismí-

simo Pueyrredón), el programa agrario de recuperación económica basado en criterios políticos de premio y castigo pero con una pauta que Halperin quiere demasiado heterodoxa cuando la ve combinar criterios igualitarios con otros más netamente productivistas para salir de la postración dejada por la guerra.

Si desde la base oriental el liderazgo artiguista fracasó al no ser capaz de articular un equilibrio social nuevo que le sirviera de defensa, o de beneficiar con eficacia a quienes hubieran podido entonces ratificar su lealtad, la invasión de Lecor en 1816 sellaría para siempre la suerte de esa alternativa. La del Litoral, *otra revolución* también para el artiguismo, podría haberse configurado como una salida a tamañas constricciones de no haber mediado la intransigencia y quizás la torpeza del Protector, al fin y al cabo algo “nominal” en el sentido en que lo acusaban sus enemigos más atrevidos. En todo caso, la reconstrucción de Halperin muestra un paisaje de adhesiones y lealtades bastante más discontinuo de lo que las versiones uruguayas han querido registrar en beneficio de la redondez de la experiencia federal presuntamente conducida por el Jefe. Todo es en cambio mucho más débil y frágil: Artigas es ajeno a Buenos Aires, pero no compensa la extrañeza con la forja de un haz de lealtades y confianzas que tal vez sólo un imposible *Blitzkrieg* podría haber facilitado. En su lugar, el calor que le brindaban las Misiones y la Mesopotamia no alcanzaba para bajar la guardia de vigilia sobre Corrientes, o sobre una Santa Fe que nunca fue resignada por Buenos Aires y que además, para desgracia de ésta, parecía encontrar al final un camino de estabilidad económica y de iniciativa propia. ¿Será ese carácter más proclamado que efectivamente coactivo del protectorado lo que lleva a nuestro autor a desdeñar el examen de la fibra republicana y federal del artiguismo?

He allí el efecto más desconcertante que *Revolución y guerra* provocó en el Uruguay

desde que fuera publicado. ¿Cómo aceptar mansamente que casi nada del proyecto institucional confederativo del artiguismo, única forma de sacarlo del pago chico, no merezca un lugar relevante en una reconstrucción tan amplia, tan total, tan matizada como la emprendida por Tulio Halperin? Obviamente no es ésta una interrogante crítica (no quiere serlo), sino que pretende captar el origen de una larga perplejidad no necesariamente justificada. El Uruguay es un resultado del fracaso de Artigas –decían los revisionistas que irritaron tanto a Halperin–; fuera de ese atajo interpretativo poco convincente, cabe pensar que “la otra revolución” pudo haber sido la base y el germen de un arreglo general confederativo que devolviera a los orientales a una faena común, cancelada definitivamente en 1828. ¿Pudo haber sido?

Releer esta obra sugiere sin embargo otros derroteros, abre los campos de la historia posible y de los “mundos plausibles”, para decirlo en términos de Geoffrey Hawthorn. Vayamos a los extremos de una más perturbadora contingencia: *la otra* pudo ser la revolución alternativa, o la de quienes ya eran *otros* en el momento de su estallido.

Al final de este recuento viene bien rescatar un pasaje del extenuado comentarista de la edición en inglés de *Revolución y guerra*, Thomas McGann, investigador en Harvard y en Texas devenido con los años especialista en la Argentina:

Halperin Donghi no escribe para principiantes. La historia es cambio, desequilibrio, ambigüedad, contingencia: vida. Él sabe esto, aprovecha esas fuerzas y las trae a la vivida realidad [...] No es un ‘clásico’ (ese status lleva tiempo) pero está cerca de ser una obra maestra.¹²

A casi cuatro décadas de su publicación, ya no es posible discutir que *Revolución y guerra* es un clásico; tal es el efecto desplegado con el tiempo por una obra maestra. □

¹² Thomas F. McGann, reseña (sin título), en *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 57, N° 2, mayo de 1977, pp. 340-342. La edición en inglés del libro de Tulio Halperin: *Politics, economics and society in Argentina in the revolutionary period* [Traducido por Richard Southern], Londres, Cambridge University Press, 1975.

Legados

Marcela Ternavasio

Universidad Nacional de Rosario / CONICET

La reflexión que sigue se estructura a partir de la noción de “legado” en una doble dirección: el legado –histórico– de la revolución y la guerra y el legado –historiográfico– de *Revolución y guerra*. El íntimo entrelazamiento que ambos exhiben en la historiografía argentina de los últimos años (en la medida en que resulta difícil si no imposible discurrir sobre el primero sin desprenderse del segundo) es una muestra elocuente del papel central que la obra aquí considerada ha tenido –y sigue teniendo– en las exploraciones sobre el temprano siglo XIX.

Tulio Halperin Donghi cierra su clásico libro con un juicio inquietante: la Argentina rosista fue la hija legítima de la revolución de 1810. Se trata de un juicio final y a la vez abierto que recupera el fascinante relato que lo precede a partir de la clave de lectura que domina su conclusión: los legados de la revolución y de la guerra. Tales legados, que el autor no hace derivar de sempiternas herencias coloniales (una matriz interpretativa que adoptó muy diversas variantes durante los siglos XIX y XX) sino del proceso abierto en mayo de 1810, revelan la dificultad para crear una “autoridad nacional” que pueda “ser efectivamente obedecida” (p. 404 de edición Siglo XXI, 2002) en los territorios que conformaron el novel virreinato del Río de la Plata.

En el gran arco trazado entre las propuestas del prólogo y las reflexiones de la conclusión

se advierte un desplazamiento que en gran parte explica esta dificultad. El uso inicial del singular para definir su objeto de estudio –“seguir las vicisitudes de *una elite política* creada, destruida y vuelta a crear por la guerra y la revolución” (p. 10, la cursiva es nuestra)– muta hacia el uso de un plural (las elites) que, aunque latente desde el primer capítulo, alcanza en el final una estilización abarcadora de los problemas desarrollados a lo largo del libro. Este desplazamiento es indicativo de la interpretación que Halperin ofrece del proceso de inestabilidad política posterior al derrumbamiento del poder central en 1820: los cambiantes equilibrios entre los dueños del poder real y los administradores del poder político en cada región y, en consecuencia, la falta de cohesión de las elites hicieron imposible la restitución de una unidad política allí donde imperaba la fragmentación.

Esos cambiantes equilibrios fueron producto, a su vez, de los legados que dejó una década de revolución y guerra; legados que son presentados en la conclusión a partir de tres conceptos fundamentales: barbarización, militarización y ruralización. Mientras el primero de estos conceptos sirve para regresar sobre uno de los temas estructurantes de la obra –el nacimiento de una nueva actividad, la política, con sus específicos instrumentos y estilos de ejercer la autoridad– y el segundo

para dar cuenta de la incidencia de un proceso –el de la guerra– y de un actor –el estamento militar– en la escena política, el tercero recoge las tensiones –sociales, económicas y políticas– inherentes al objeto de estudio de este libro liminar para la historiografía argentina.

Lo que subtiende a estos legados fue la coexistencia de una legalidad que hundía sus raíces en el orden colonial y en la nueva legalidad revolucionaria. Halperin caracteriza esta coexistencia ajustándose a una evaluación que, además de cuestionar la idea de que se trató de un enfrentamiento entre “arcaísmo cultural” y “modernismo liberal”, mira más atentamente el nuevo contexto en el que se desarrollaron las instituciones. Ese nuevo contexto, por otro lado, sólo puede ser comprendido si se toma distancia de las interpretaciones canónicas vigentes en el siglo XIX y en gran parte del XX. La evocación de los padres fundadores de la historiografía argentina citados en el prólogo está destinada a marcar esa toma de distancia al recordarnos que aquéllos presentaron el nacimiento de la nueva nación como “un destino misteriosamente inscrito desde el origen de los tiempos” y no como el desenlace de “una de las salidas alternativas al proceso abierto en 1810, alcanzada como resultado de ningún modo inevitable de una marcha histórica rica en altibajos” (p. 10).

Halperin se encarga, pues, de explorar cada una de esas alternativas y altibajos una vez producida la revolución y deja para las conclusiones la reflexión final sobre tales alternativas. En ese final, las opciones abiertas en 1820 fueron desembocando gradualmente en la creación de una “solidaridad propiamente política” con fuerza suficiente para afirmar su superioridad –primero en la provincia hegemónica y luego en el país– sobre las solidaridades preexistentes. Por eso la Argentina rosista es hija legítima de la revolución y de sus legados y por eso la frase final es inquietante. Y lo es, en realidad, porque el largo período en el que Juan Manuel de Rosas dominó la Confederación no es objeto

de este libro y porque al cerrarlo con su inminente ascenso al poder invierte la clásica mirada que por mucho tiempo observó el proceso desatado con la revolución. De los canónicos intentos por explicar lo que fue un punto de llegada –el Estado-nación– Halperin desplaza el análisis hacia el punto de partida. Interrogándose por sus más intrincados laberintos, sin por ello perder de vista el desenlace que condujo a la creación de la República Argentina, la revolución deja de estar naturalizada para exhibir sus múltiples rumbos y dilemas.

Sin duda que los legados históricos de la revolución y la guerra, tal como los presenta Halperin, son los legados historiográficos más omnipresentes de *Revolución y guerra*. Como sabemos, los grandes temas esbozados en su conclusión han sido –y siguen siendo– motivos de exploración y de debate historiográfico. Pero en esta segunda parte de mi reflexión quiero retomar algunas otras cuestiones –de las muchas sobre las que se podría discurrir– que han impactado sustancialmente –tanto como las recién mencionadas– en nuestro quehacer historiográfico.

La primera de ellas apunta a destacar el novedoso contexto en el que Halperin ubica la acción política. El actor principal del drama –la/s elite/s– es observado en sus variadas relaciones con otros actores y en un registro de análisis inscripto en el campo de la historia política. Al afirmar en la frase inicial que “éste es ante todo un libro de historia política” (p. 9), el autor inaugura un camino radicalmente nuevo respecto del pasado, tanto por la forma de dialogar con otros campos como por la modalidad de abordar *la política*. Al definirla como una “nueva actividad”, la política se despliega como un conjunto de nuevos instrumentos destinados a ganar y construir poder y como un escenario conflictivo (inescindible en ese momento de la guerra) en el que los actores juegan “un complicado juego político en demasiados tableros a la vez” (p. 404). En ese juego, los cursos que asumen las acciones

(proyectadas, ejecutadas, redefinidas, fracasadas o triunfantes) de actores colectivos e individuales absolutamente variados —que muchas veces Halperin deja hablar a través de sus propias voces— dependerán tanto de condiciones estructurales como de variables que revelan diferentes dosis de indeterminación y contingencia. Presentadas a través de una exquisita estrategia narrativa que permite exhibir en un mismo trazo las diferentes opciones y alternativas, dichas acciones van descubriendo las complicadas tramas de alianzas, disputas y conflictos desplegados en distintos escenarios.

La segunda cuestión se vincula con la periodización propuesta para analizar el proceso revolucionario rioplatense. Evitando siempre el juicio tajante y excluyente, Halperin nos llamó la atención sobre la necesidad de inscribir los sucesos de 1810 en una triple escala, a la vez espacial y temporal. La primera, ubicada en el contexto internacional de guerras generalizadas de fines del siglo XVIII, apunta a subrayar el creciente debilitamiento del vínculo colonial; la segunda, de carácter local pero derivada de la disputa interimperial que esas guerras acrecentaron, busca mostrar la incidencia de las invasiones inglesas en el Río de la Plata; la tercera, que involucra a la monarquía hispánica, destaca el impacto vertical que produjo —tanto en España como en América— la crisis de esa monarquía luego de la ocupación napoleónica y de las sucesivas acefalías de la Corona. Esta triple dimensión se sintetiza muy gráficamente en el siguiente párrafo:

En 1806, entonces, el orden español presenta, tras de una fachada todavía imponente, grietas cuya profundidad no es fácil de medir. Ese paulatino debilitamiento no justifica su brusco fin; puede decirse de él como de la unidad imperial romana que no murió de su propia muerte, que fue asesinado (pp. 135-136).

Esta periodización fue sin duda una voz disonante en aquellos años dominados por una ma-

triz interpretativa de carácter endógeno, ya sea en las versiones clásicas de historia política como en las procedentes del campo de la historia social y económica. Una voz disonante ya expresada en 1961 cuando se publicó *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*. En esta obra Halperin postuló claramente que la historia de la revolución de mayo nacida en Buenos Aires no podía sino entenderse como un episodio más dentro del derrotero de “crisis de la unidad monárquica en España” (p. 12), presupuesto éste que, como sabemos, se desplegó en todas sus dimensiones y consecuencias en *Revolución y guerra* (1972), primero, y en *Reforma y disolución de los imperios ibéricos* (1985), después.

No obstante, el giro interpretativo que implicó sustraer el proceso revolucionario local de aquellas visiones endógenas vigentes en las décadas de 1960 y 1970 tardó muchos años en ser retomado por la historiografía. Un silencio en gran parte explicable en el contexto académico argentino, sometido a las turbulencias políticas que desde mediados de los años de 1960 sumieron a las universidades y a los espacios de investigación en el más profundo oscurantismo, pero menos comprensible en el más amplio universo académico internacional dedicado a estudiar los procesos de independencia hispanoamericanos. El debate actual en torno a cuán importante fue la naturaleza de la monarquía hispánica y su crisis de 1808 para explicar el derrumbe imperial, más allá de recuperar —no siempre de manera explícita— las seminales hipótesis de Halperin, presenta a veces derivaciones que extreman los argumentos. Extremos que el autor de *Revolución y guerra* se cuida muy bien de postular al inscribir el concepto mismo de revolución en su doble valencia: como heredera del poder caído y a la vez como nuevo origen y nuevo principio de legitimación. En este sentido, la clásica e inevitable pregunta acerca de las continuidades y las rupturas es siempre respondida por Halperin de manera

matizada. Si en *Tradición política española* dicha pregunta apunta a reconstruir el difícil puente entre el pasado de la revolución y la revolución misma en el plano de las ideas, a través de la cita de Tocqueville formulada en su prólogo preanuncia el plano en el que esa misma pregunta se desplegará más tarde en *Revolución y guerra*:

En primer término, buscar la continuidad entre la revolución y el pasado prerrevolucionario suele significar dejar a un lado por un instante el problema de la ideología revolucionaria, estudiar el papel que en la concreta historia de la comunidad que la elabora cumple el movimiento revolucionario mismo, buscar si de la política que la revolución hace suya no hay antecedentes –justificados quizá por ideologías distintas y aun opuestas– en el pasado. Así comenzó a verse de modo nuevo la Revolución Francesa cuando Tocqueville descubrió en ella no la destrucción sino el coronamiento de la obra emprendida por la monarquía centralizadora y niveladora. De las concretas conclusiones de Tocqueville puede quedar muy poco en pie; queda de su obra la enseñanza de un modo nuevo de estudiar la revolución, hecho posible porque Tocqueville quiso pasar del estudio del discurso, proclamas y constituciones a la densa realidad francesa de 1789. Solo que en cuanto a la Revolución de Mayo esta reorientación del interés de los investigadores es apenas posible: para llevarla a cabo deberíamos conocer mucho mejor de lo que efectivamente la conocemos la realidad en la que la revolución va a incidir (pp.11-12).

Esa reorientación es la que finalmente encara el mismo Halperin en la obra que es objeto de esta reflexión. Y he aquí la tercera y última cuestión con la que quiero cerrar estas líneas. Al concluir el prólogo de *Revolución y guerra*

Halperin realiza una advertencia respecto de los alcances y los límites de esa reorientación. Allí señala que el “haz de problemas” que el libro busca examinar “supone avanzar sobre territorios muy desigualmente explorados por la investigación histórica previa”. Esa circunstancia, confiesa, “no deja de pesar en el presente trabajo” al reconocer que “en algunos casos no pareció posible consagrar a aspectos no siempre menores del tema una investigación lo suficientemente detallada como para suplir de modo totalmente satisfactorio esa larga negligencia” (p. 11). Tal avance, sin embargo, “sobre problemas cuya importancia no podría discutirse”, fue lo que marcó en los últimos veinticinco años la agenda de investigación sobre el período tratado.

La deuda que, en este sentido, tenemos con *Revolución y guerra* y con la obra completa de Tulio Halperin, especialmente aquellos que pertenecemos a la generación que tuvo la fortuna de comenzar su carrera profesional con el regreso de la democracia en nuestro país, es infinita. De cada página de la obra aquí considerada salieron tesis de grado y posgrado, artículos, libros, ensayos. De la fascinante lectura de este relato, hecha una y otra vez por cada uno de nosotros, surgieron y –siguen surgiendo– nuevas pistas de exploración y claves analíticas. De la revisión de cómo se estructura la obra, la narración, el uso de las fuentes, la elaboración de hipótesis y tantas otras cosas, se desprenden siempre ricas enseñanzas de cómo ejercer el oficio de historiador.

El reconocimiento unánime de esta deuda, además de ser el justo tributo hacia un maestro, es lo que convierte a *Revolución y guerra* en un libro clásico. Y aunque resulte un lugar común terminar con esta frase me es grato hacerme eco de lo dicho tantas veces en las aulas de nuestras universidades, en congresos y coloquios, y en mesas de café: se trata de un libro que nunca termina de decir lo que tiene para decir. □

Tulio Halperin Donghi y la revolución como exploración

Gabriel Entin

École des Hautes Études en Sciences Sociales

La noción de revolución constituye “el punto de partida de toda la historia de la Argentina como nación”.¹ La afirmación de Tulio Halperin Donghi de 1961 se convertiría, diez años después, en un objeto de estudio en sí mismo: la revolución de Mayo como punto de partida de una nación “que no era aún la nación”.² Concebido inicialmente como tentativa de una historia del siglo XIX argentino, *Revolución y guerra* se limita al estudio de las primeras dos décadas de ese siglo, que explicarían en gran parte las siguientes y, aun, el siglo XX. Escrito en el exterior y publicado en 1972 durante una dictadura auto-proclamada “Revolución Argentina”, el libro de Halperin representa desde entonces la principal puerta para repensar la revolución de 1810 bajo la forma de la “invención de la política”.³ En el teatro incierto de la invención, que se presenta a veces como comedia,

el historiador analiza una tragedia: la de unos hombres considerados elite dirigente de una comunidad indefinida que buscaría definiciones sobre sí misma y sobre esa comunidad en la guerra. La puerta que abre Halperin no define así sólo un período sino también una dinámica que, constituida por la tensión entre aquella búsqueda inacabada y los intentos de superarla a través de las armas, caracterizaría toda la historia de la Argentina como nación.

Distanciado de las perspectivas teleológicas de la *revolución-mito*, celebradas por las historiografías nacionalista y revisionista y por los mismos hombres del Río de la Plata revolucionario —comenzando por su primer historiador, el Deán Funes—, Halperin propone, y da sentido, a una *revolución-problema* sobre la que se articularía la nueva historia política argentina de las últimas tres décadas. Problema, en primer lugar, de legitimidad: si inicialmente la revolución encontraba en la monarquía sus fundamentos legítimos, pronto se asumirá como un nuevo orden de libertad y fuente misma de legitimidad política contra una lectura unívoca de la monarquía sintetizada en la fórmula “antiguo orden” o “tiranía”. Problema, en segundo lugar, de identificación: de una causa, de un enemigo, de un pueblo con su

¹ Tulio Halperin Donghi, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* [1961], Buenos Aires, CEAL, 1985, p. 119.

² Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla* [1972], Buenos Aires, Siglo XXI, 1994, p. 217.

³ Roy Hora y Javier Trimboli, “Entrevista a Tulio Halperin Donghi”, en *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, pp. 42, 51.

dirigencia. Problema, en tercer lugar, de un lenguaje para instalar “toda una cultura política de reemplazo”.⁴

Los problemas analizados en *Revolución y guerra* funcionan como boyas en el siempre cambiante mar de la historia, señalando rutas posibles que serían luego navegadas en la historia política del siglo XIX argentino: la ilustración en el Virreinato del Río de la Plata a fines del siglo XVIII; las transformaciones de Buenos Aires de ciudad marginal de la monarquía hispánica en ciudad comercial; luego, con la resistencia a las invasiones inglesas, en ciudad guerrera; la opinión pública, la plebe urbana, la constitución de “facciones” y líderes; el gobierno de la revolución, sus hombres, sus discursos políticos, su cultura republicana; los recursos durante el virreinato y algunos aspectos económicos de la revolución –tema que profundizaría en *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado Argentino* (1791-1850)–;⁵ el impacto de la organización de los gobiernos revolucionarios de Buenos Aires y de la guerra en las ciudades del interior; la fragmentación y la ruralización de la política a partir de 1819; las reformas rivadavianas en Buenos Aires autodenominadas liberales, y una de sus consecuencias: la consolidación del poder provincial y el ascenso de Juan Manuel de Rosas. La diversidad de temas encuentra su unidad en la propia ruta que Halperin propone explorar: la formación de una elite dirigente.

Instituida en sujeto y empresa de transformación política y social, la revolución, señala Halperin, comienza como una “aventura estrictamente personal de algunos porteños”, a la que se sumarían miembros de las

elites provinciales.⁶ ¿Cómo esta aventura, en la que “los más buscan permanecer apartados”, se asume como “experiencia total” de una sociedad?⁷ Respuesta: entendiendo la revolución como un “proceso creador”.⁸ Creación orientada por abogados, militares y eclesiásticos criollos –muchos de ellos hijos de “comerciantes-descubridores” españoles–⁹ constituidos en una elite colonial por sus estudios y solidaridades familiares.¹⁰ Desde fines del siglo XVIII, estos hombres se veían a sí mismos como legítimos dirigentes y garantes de una vida política virreinal de base local. La lucha contra los ingleses en 1806 y 1807, sostenida por milicias autoconvocadas y organizadas por el cabildo de Buenos Aires, lo confirmaría: por primera vez en Hispanoamérica, un virrey sería destituido por una ciudad.

La revolución puede ser vivida como la experiencia de toda una sociedad en la medida en que esta sociedad pertenece también a un proceso creador. En el laboratorio de 1810, la aventura personal se vuelve intempesivamente “común” ante las expectativas de “construcción de un futuro que todos ignoran y todos preparan”.¹¹ Ese futuro permite comprender la imagen que la elite se forma de sí misma en tanto guía política e intelectual de un pueblo que políticamente se afirmarí como fuente única de soberanía y que sociológicamente sería considerado como una multitud “privada [...] de luces necesarias, para dar su verdadero valor a todas las cosas”, como señalaba Mariano Moreno.¹² Junto con las expectativas, Halperin

⁴ Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra*, op. cit., p. 132.

⁵ Tulio Halperin Donghi, *Guerra y finanzas en los orígenes del estado argentino (1791-1850)* [1982], Buenos Aires, Prometeo, 2005.

⁶ Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra*, op. cit., p. 168.

⁷ *Ibid.*, p. 217; T. Halperin Donghi, *Tradición política española*, op. cit., p. 110.

⁸ Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra*, op. cit., p. 9.

⁹ *Ibid.*, p. 46.

¹⁰ *Ibid.*, p. 157.

¹¹ *Ibid.*, p. 9.

¹² “Decreto de supresión de honores” (6-12-1810), en

muestra que el proceso creador de la revolución es también inteligible a partir de las experiencias de los hombres de 1810 en aquel orden católico, jerárquico, corporativo, jurisdiccional y de castas, la monarquía.

Para Halperin, la imagen del cuerpo político que la revolución construye mantiene varias de las características del antiguo régimen. Una de ellas: la distinción como criterio de organización social. En el decreto de supresión de honores —“pequeño tratado de virtud republicana” contra los privilegios antiguos identificados en la figura de Saavedra—, Moreno puede exaltar el principio de igualdad y limitar al mismo tiempo la participación en funciones públicas a los “ciudadanos decentes”, reflejando el “delicado equilibrio social propio del viejo orden”.¹³ El nuevo sistema de libertad de la revolución, que sus propios actores denominaban “republicano”, tampoco sería contradictorio con la esclavitud, conservada aun después del decreto de libertad de vientres de 1813 bajo el argumento del respeto a la propiedad y de la incapacidad de los negros a ejercer su libertad.

En *Tradición política e ideología revolucionaria de Mayo* (1961), Halperin sugería lo que se convertiría en una de las principales hipótesis que permitiría una renovación de la historia política argentina e hispanoamericana: la importancia del estudio de la monarquía católica, de sus reformas y de su crisis para la comprensión de las revoluciones. *Revolución y guerra* puede ser leído como una segunda parte de *Tradición política*. En esta obra, Halperin da cuenta del pensamiento político del barroco español del siglo XVII: articulado sobre una cultura republicana de la monarquía católica, Halperin reconstruye

este pensamiento y señala dos características, necesarias para entender la institución de la Primera Junta sobre el principio de soberanía del pueblo, y el republicanismo de los hombres de 1810: el culto estético a las virtudes de las repúblicas antiguas y la reflexión sobre el origen y los límites al poder real, concebido como poder del pueblo en un orden natural. Dicho de otra forma: en Halperin, el momento revolucionario del Río de la Plata se vuelve inteligible en la *longue durée* de la historia de la monarquía hispánica, marcada por una dinámica política atlántica.

La exploración de aquel laberinto de derechos, de jurisdicciones y de poderes que constituía la monarquía hispánica —iniciada en su tesis doctoral de la década de 1950 sobre los moriscos y los cristianos viejos en Valencia durante el siglo XVII¹⁴ y magistralmente presentada en *Tradición política*—, le permitirá a Halperin pensar la revolución en el Río de la Plata. Pensar la revolución implica restituir las ambigüedades y las indeterminaciones de la experiencia de 1810 y de sus hombres, que los modelos ideales —de antiguo régimen y de revolución— muchas veces simplifican o esconden. Su exploración, que desafía toda pretensión de una filosofía de la historia, no busca establecer continuidades y rupturas entre la monarquía y la revolución; tampoco pretende determinar las doctrinas políticas de Mayo, ni aplicar una idea de revolución al contexto hispanoamericano. Para Halperin, la constitución de la Primera Junta constituye en sí misma una revolución, que abre un escenario impensado en el pasado: la creación de una nueva legitimidad que no sólo debe autoinstituirse, sino que también debe generalizarse desde Buenos Aires a una población

Gaceta Extraordinaria de Buenos Aires, 8-12-1810, *Gaceta de Buenos Aires (1810-1821)*, vol. I, Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática, 1910, p. 711.

¹³ Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra*, op. cit., pp. 175, 186.

¹⁴ *Un conflicto nacional. Moriscos y Cristianos viejos en Valencia*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008.

“que no quiere ni ser revolucionaria ni volver al viejo orden”.¹⁵

En *Revolución y guerra*, Halperin muestra que las ambigüedades, las incertezas y las contradicciones tienen nombre propio: Funes, Belgrano, Vieytes, Pueyrredón, Moreno, etc. Su vida estaba atravesada por sus experiencias en la monarquía, que habían defendido a través de la pluma o de la espada. Defensa que cada uno realizaba según su propia idea de monarquía y que, en casi todos, se traducía en la necesidad de modernizarla, menos a partir de la búsqueda de la mayor utilidad general de la Corona ya reformada del siglo XVIII, que del bien común de corporaciones particulares –varias de ellas consecuencia de las reformas ilustradas– que representaban. Funcionarios y letrados durante el virreinato, estos miembros de las elites locales serán los oradores, los gobernantes y los dirigentes del proceso creador de la revolución, en el que ellos mismos se crearán como americanos, revolucionarios y republicanos.

En la creación de 1810, Halperin otorga un lugar principal a la militarización. La formación de los revolucionarios como elite dirigente ya no dependerá de la supuesta superioridad cultural de sus miembros, sino de su rol como militares.¹⁶ Desde la resistencia a las invasiones inglesas en 1806 y 1807, la militarización de la política adquiere una relevancia fundamental en los principales conflictos institucionales del virreinato durante la crisis monárquica: la destitución de Sobremonte por una junta de guerra, la designación de Li-

niers como nuevo virrey, su defensa en la sublevación del 1 de enero de 1809, la constitución de la Primera Junta (integrada por nueve miembros de los cuales seis habían combatido contra los ingleses en las milicias). Esta relevancia militar en la política comunal del Río de la Plata continuaría en la revolución, que haría del letrado y del soldado un modelo de ciudadano. Más que Rousseau o los principios de la Revolución Francesa o norteamericana, es el ejército el “instrumento político por excelencia” del poder revolucionario.¹⁷

Halperin concentra en *Revolución y guerra* los nudos de una exploración historiográfica en la que crea nuevos sentidos del pasado desde un presente que lo interroga a partir de un problema constante en su obra: la Argentina. “Desaforado” proyecto de ingeniería social para construir en un desierto una nación moderna,¹⁸ la formación de la Argentina y de sus elites políticas e intelectuales abre perspectivas hispanoamericanas y atlánticas en la “interpretación halperiniana del siglo XIX”.¹⁹ Esta interpretación, que desafía continuamente a reinventar el pasado para intentar explicarlo, funciona también como un reaseguro para la comprensión del presente y del “camino sinuoso por el que nos toca avanzar sin saber adónde nos lleva”.²⁰ □

¹⁵ Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra*, op. cit., p. 238.

¹⁶ Roy Hora y Javier Trimboli, “Entrevista a Tulio Halperin Donghi”, op. cit., p. 42.

¹⁷ Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra*, op. cit., p. 234.

¹⁸ Tulio Halperin Donghi, *Son Memorias*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

¹⁹ Jorge Myers, “Tulio Halperin Donghi y la historia de la Argentina contemporánea”, en Roy Hora y Javier Trimboli (comps.), *Discutir Halperin. Siete ensayos sobre la contribución de Tulio Halperin Donghi a la historia argentina*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1997, p. 169.

²⁰ Tulio Halperin Donghi, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, p. 9.

Bases y puntos de partida para comprender el siglo XIX argentino

Gabriel Di Meglio

Universidad de Buenos Aires / CONICET

En 1972 se publicaron dos libros de Tulio Halperin Donghi destinados a ser clásicos. Uno, *Revolución y guerra*, adquirió a lo largo de los años un carácter cuasi sacro. Por lo general, quien se dispone a leerlo sabe que está en presencia de un texto mayor, sospecha o no que ha sido determinante de la forma en que el campo historiográfico argentino ha pensado en las últimas décadas el momento independentista e incluso todo el siglo XIX; su ya legendaria prosa refuerza ese lugar canónico cuando se comienza a recorrer sus páginas. Por el contrario, el aura de *De la revolución de independencia a la confederación rosista* es menos solemne, aunque también ha envejecido estupendamente y es de una profundidad semejante a la de su “hermano”. Su escritura, más ágil que la de *Revolución y guerra*, lo aleja de la resistencia que éste genera por esa razón entre algunos estudiantes jóvenes. Y, de modo más silencioso, *De la revolución...* ha sido igualmente influyente: sería difícil precisar cuántas investigaciones han partido de las variadas hipótesis planteadas a lo largo de sus capítulos, pero son muchas.

De la revolución... se plantea como una suerte de manual, una mirada completa sobre lo ocurrido entre Mayo y Caseros, al ser parte de la colección de historia argentina que el propio Halperin dirigió para Paidós. Mientras los años revolucionarios reciben

aquí, obviamente, un tratamiento menor al de *Revolución y guerra*, *De la revolución...* constituye el principal aporte halperiniano al conocimiento de la larga etapa 1820-1852 y es un texto fundamental para entenderla. Los tres capítulos finales constituyen a mi juicio la mejor explicación general sobre los rasgos y las peripecias del rosismo.

El carácter amplio de la obra no le quita complejidad, todo lo contrario: apabulla la cantidad de ideas propuestas en páginas que apenas visitadas muestran a un escritor con un estilo propio, rasgo que separa a Halperin de la búsqueda de homogeneidad y sobriedad que primó en la historiografía que años más tarde lo erigió como patriarca. El texto combina la rica tradición argentina del ensayo con el relato histórico puro y duro –la narración, siempre tan útil para un estudio diacrónico– pero muestra un especial interés, propio del momento de su redacción, en asociar la historia con las ciencias sociales (tal como aclara en el prólogo). Es posible que de esa intención provenga la estructura de la obra: tres grandes partes –la década de 1810, la de 1820 y el período de la Confederación de 1830 a 1852– dentro de las cuales se separa analíticamente a la economía de la política, aunque ésta recibe mucha más atención que aquélla. La primera parte comienza con la política y las páginas dedicadas a la economía están al final;

la segunda y la tercera, en cambio, invierten ese orden. Halperin sugiere así la primacía de la política en el momento revolucionario, y la diferenciación de la economía desde 1820 indica que ésta adquiere una lógica propia y que allí está la base de lo que vendrá: la Argentina agroexportadora, una construcción paulatina que tuvo una persistencia casi uniforme, afectada pero a largo plazo resistente a las “oscilaciones brutales que impone la política”. Ese destino económico presentado como el único posible tras el colapso colonial parece ineludible, casi fatal. La política, en cambio, tiene un juego mucho más indeterminado y no se prefigura un desenlace necesario, dado que además la obra concluye con la caída de Rosas, un momento decisivo pero no suficiente para la formación del Estado y la nación. No fuerza interpretaciones más allá, sólo especifica lo que el rosismo dejó de legado a las construcciones posteriores: una economía en ascenso y un reconocimiento internacional.

De hecho, el libro escapa a la teleología, no extraña a otras obras generales de historia argentina, donde es común que la manera en que se presenta el período posrevolucionario esté condicionada por un punto de llegada: la Argentina “exitosa” de fines del siglo XIX. De ahí que no sea infrecuente pensar las décadas posteriores a 1810 como una suerte de prehistoria de esa Argentina Moderna o una “transición”, que por definición implica una densidad menor que la de los momentos que une. Halperin mismo realizó una operación semejante en su *Historia contemporánea de América Latina*, de 1967, en la cual –en el marco del apogeo de la teoría de la dependencia– la etapa posterior al final del dominio luso-hispano en el continente era un largo puente entre el orden colonial y el “neocolonial” instaurado en las postrimerías del siglo XIX. Tal postura no guía el desarrollo de *De la revolución...*, donde Halperin incursiona a fondo en cuatro décadas agitadas para analizar sus grandes temas pero también sus pe-

queñas intrigas, aventurando hipótesis para explicar unos y otras.

Ésa es una marca de la obra: propone una causa para cada dilema. Se aleja así de otras tendencias historiográficas de la época, como la perdurable tradición “positivista”, que a la prolija descripción de documentos añadía escasísimas interpretaciones, algunos aportes de cuño marxista que procuraban brindar explicaciones de fondo para entender fenómenos variados y ciertas posiciones revisionistas pendientes de negociados y traiciones patrióticas. Por el contrario, y a tono con otras historiografías en las que seguramente se sentía más cómodo, Halperin no postula una clave explicativa única ni tampoco explicita una gran hipótesis. Hay por supuesto ideas generales que cruzan el texto: el ya comentado desarrollo económico, el peso de la militarización, un poder que se ruraliza tras la Revolución, la esquivada búsqueda de un orden que reemplace al colonial. Pero después el autor propone una respuesta puntual para cada incógnita que surge, no importa cuál sea (hasta puede animarse a solucionar enigmas de difícil comprensión, como las razones de la firma del tratado de paz por el ministro Manuel García en Río de Janeiro en 1827, introduciéndose en la lógica y en los anhelos de éste en el clima crítico del momento, con lo cual construye una explicación si no contundente, al menos más plausible que otras que se propusieron sobre ese misterio).

A casi cuarenta años de su publicación, *De la revolución...* puede leerse prácticamente como una obra actual, algo muy difícil para un libro de historia, y esto porque su papel fundante de una visión historiográfica ha hecho que mucha producción posterior lo utilice como insumo básico sin buscar un debate con él o con sus afirmaciones de mayor alcance. Las observaciones divergentes suelen proponerse como correcciones, muy raramente como desafíos a la interpretación general. La renovación historiográfica posterior a la dic-

tadura sugirió cambios y construyó un nuevo paradigma para entender el siglo XIX, pero en buena medida ese paradigma es halperiniano y este libro es parte de la trinidad que lo ha consagrado, junto con *Revolución y guerra* y *Una nación para el desierto argentino* (también un cuarto título del autor, *Guerra y finanzas*, ha tenido un peso significativo). Los avances de las últimas décadas no han invalidado las afirmaciones de Halperin en este texto. Ni el “giro campesino” para comprender las características de la región pampeana, ni el nuevo énfasis en la importancia del armado institucional posrevolucionario, ni los novedosos análisis de discursos y conceptos, ni la incorporación analítica del universo popular, ni la aparición de temas culturales y de género que no eran parte de la preocupación del autor han alterado el corazón de su argumentación. Tal vez lo que más ha cambiado es que *De la revolución...* sigue reflexionando en una nación que de algún modo está presente en 1810 (habla para 1830 de “la nación dividida”) y hoy el mundo académico comparte la mirada –en la Argentina principalmente de impronta chiaramontana– de su construcción posterior y de su inexistencia para ese momento iniciático.

¿Significa la vigencia del libro que los aportes posteriores a 1983 no han sido tan importantes como comúnmente se supone? No. *De la revolución...* ha abierto temas, no los ha cerrado; tiene mucha descendencia y puede dialogar bien con ella. Podría escribirse una versión anotada de *De la revolución...* que fuera rectificando algunos puntos, ampliando otros y agregando nuevos, y ésa sería en buena medida la historia del siglo XIX que el campo historiográfico ha realizado en las últimas tres décadas. La estructura de *De la revolución...*, el hecho de que no sea una gran explicación sino una multiplicidad de pequeñas explicaciones, le garantiza larga vida: una u otra y aun otra más pueden ser transformadas, pero eso no mina los cimientos de la obra.

Vale la pena notar que ese papel fundacional que los aportes de Halperin cumplen en la historiografía contemporánea que se ocupa del siglo XIX no se ha replicado con los textos del autor que se ocupan de la historia del siglo XX, los cuales están en una relación horizontal con otras producciones de peso. El Halperin que analiza el peronismo e incluso la primera mitad de la centuria genera más discusiones y menos impacto que el que se mueve con tanta solvencia por la historia decimonónica, donde además parece sentirse más a gusto.

Un elemento que hace unos años marcaba la edad de *De la revolución...* era la poca cantidad de notas al pie que tiene (91 en 396 páginas), diferente a la gran abundancia que se encuentra en la producción historiográfica de los años 1980 y 1990, con su necesidad de afianzar un método –que tiene como uno de sus pilares la explicitación de las fuentes y del aparato erudito con el cual se construye el texto– que la diferenciara claramente de sus antecesoras nacionales. En la actualidad, en cambio, ese rasgo de *De la revolución...* (y de buena parte de la obra de Halperin) se ha revalidado, pues el éxito de aquel método ha permitido que algunos autores actuales hayan flexibilizado un poco esa estructura, en particular en libros y especialmente cuando se busca un público que excede a los otros historiadores.

Al no evidenciar la mayoría de sus fuentes y lecturas se ha expandido entre muchos de sus lectores, y con frecuencia surge en charlas entre colegas, el mito de la intuición de Halperin como clave de su obra. Esto lo remite a la figura del artista romántico, el que crea gracias a la inspiración. Sin embargo, lo que es evidente al leer *De la revolución...* es hasta qué punto Halperin tiene un profundo conocimiento de la documentación que ha escogido: las memorias de los protagonistas, las fuentes diplomáticas, los papeles de gobierno y parte de la prensa han sido profundamente escrutados. No por eso puede negarse que sea

intuitivo, por el contrario, pero no ha basado sólo en eso su producción.

Asimismo, suele decirse que Halperin es un historiador de las elites, pero no es lo que ocurre en *De la revolución...*, donde analiza desde las elites pero está atento al resto de la sociedad, que es importante en las explicaciones. Es cierto que las elites tienen un peso decisivo en su mirada; a eso lo llevan sus preguntas, el tipo de documentos que usa –que también lo condiciona– y el hecho de ser posiblemente quien mejor ha conseguido interpretar las concepciones, las esperanzas, los temores y las frustraciones de ese grupo social en el siglo XIX. Esas elites sobre las que indaga en profundidad distan de ser solamente –como también se dice erróneamente a veces– las de Buenos Aires; en este libro todas las provincias, principalmente a través de sus elites, son contempladas en mayor o menor medida. Desde su comprensión de las elites analiza la participación popular en los distintos espacios, con lo cual ella resuena de acuerdo a lo que sucede “arriba”, está en función de lo que hacen y no hacen las clases dirigentes. Sin embargo, esto no anula la acción popular, que es central en distintas partes del texto e incluso protagonista en el decisivo “levantamiento campesino” de Buenos Aires en 1829.

Me permito concluir con una referencia personal. Como investigador y docente del período que cubre este texto –que es más viejo que yo– vuelvo continuamente a él. Si *Revolución y guerra* me marcó para pensar la época, *De la revolución...* es sin dudas el libro de historia que más veces he consultado; en una o dos ocasiones lo leí de corrido y desde entonces lo visito de modo fragmentario, referencial. Cada vez que se me ocurre una idea me detengo para ver si quizás, aunque no lo recuerde, la leí antes en este libro; cada vez que quiero penetrar en un tema sobre el cual no ha habido mucho interés en los últimos tiempos chequeo primero allí y si alguien lo ha investigado leo su trabajo para luego ver también cómo aparece en *De la revolución...* (el consejo “fíjate en Halperin” debe ser de los más vertidos hacia quienes se preocupan por el Río de la Plata decimonónico). Si quiero saber qué dice sobre, supongamos, la guerra con el Brasil y al abrir el libro “caigo” en otro período, a menudo me veo atrapado por esa parte y leo al azar al menos un par de páginas. A *De la revolución...* le debo buena parte de mi pasión por la historia del siglo XIX y por eso me cuesta considerarlo críticamente. No es sencillo analizar un libro cuando lo que surge al leerlo sigue siendo fascinación. □

Contrastes de una experiencia política común: vigencia de un relato sobre el pasado nacional

Beatriz Bragoni

CONICET / Universidad Nacional de Cuyo

1 Esta breve reflexión sobre *De la revolución de independencia a la Confederación rosista* aparece animada por un viaje de ida y vuelta. Se trata de impresiones realizadas por quien en sus estudios de grado no conoció ni al autor ni su obra, y que después de leer el libro en reiteradas oportunidades ha seleccionado algunos nudos críticos que le permitieron enlazar sus propios intereses profesionales en un contexto muy distinto al que abrigó el ensayo halperiniano en cuanto exhibió procedimientos de investigación menos sensibles a perspectivas macroexplicativas, en beneficio de líneas de investigación afirmadas la mayoría de las veces en estudios de caso.

Naturalmente, el ejercicio no resultó sencillo por las implicaciones que el texto ha tenido en la agenda de investigación abierta a partir de su circulación en los ámbitos académicos argentinos, sino además porque el registro de escritura dista de los ensayos previos en los cuales Halperin sentó una especie de cuestionario a resolver en la etapa abierta con la relocalización de un área marginal del antiguo imperio español de donde habría de emerger el nuevo país, introduciendo deslizamientos significativos en relación a las visiones canónicas de aquel tramo de la vida argentina que forjaría a futuro la nueva nación. Su singularidad reside en que se trata de una obra inscrita en la ya clásica colección de Paidós que nuestro

homenajeadó dirigió en un contexto historiográfico menos prolífero que el actual, aunque no menos vital en tanto allí se acuñaron los principales exponentes de la renovación alentada por los cultores de la “historia social y económica”. En el momento de prologar el último eslabón de esa saga de ensayos dedicados a historiar el curso dramático argentino de la última porción del siglo XX, Halperin acusó recibo del cambio de época abrigado en esa dilatada empresa intelectual. Por consiguiente, el esquema analítico de la obra resultaba correlativo a un particular momento historiográfico en el cual el recoleto aunque todavía marginal grupo de historiadores y científicos sociales se disponía a ofrecer una forma de hacer historia que tomaba igual distancia de las historiografías académicas y militantes hasta entonces dominantes en los centros de investigación histórica, y quizá lo que no era menos importante había penetrado decididamente en el sentido común de los argentinos.

He allí una clave de su riqueza y la intencionalidad si se quiere “totalizadora” que abrigaba aquel proyecto historiográfico profesional, y que guardaba sintonía con la por él muy valorada tradición braudeliana. Esa huella estructura la obra no sólo en el lugar que adquiere la geografía en el relato preferentemente político que organiza el derrotero de la experiencia histórica encapsulada entre las

invasiones inglesas y el esquema de poder en el que habría de cuajar y fenecer la Argentina rosista. Lo está también en la necesaria apelación de las dimensiones económicas y sociales las cuales, lejos de operar como comparsa o determinación de las innovaciones políticas o institucionales, contribuye a develar la manera en que las variaciones ecoambientales, productivas y demográficas prevalecientes en el fragmentado mosaico del poder del temprano siglo XIX argentino, exhibió a pesar de sus contrastes una experiencia política común. Esa apelación bifronte constituye una vertiente fecunda y, al mismo tiempo, desafiante del texto halperiniano en relación con las interpretaciones que propone, y a los supuestos no siempre explícitos sobre los que descansa el relato. A fuerza de economizar mi argumento, señalaré sólo algunos: por un lado, la pretensión de ofrecer un relato integrado de ese tramo de la vida histórica nacional asumiéndola como resultado de una violenta y sinuosa construcción política inscripta en las coordenadas de un sistema más amplio caracterizado primordialmente por el nuevo lugar que iba a encontrar el área más próspera del nuevo país en la economía mundial; por otro, la nunca ausente certeza de que cualquier restitución del desempeño del poder y de la política deberá contemplar la relativa autonomía de lo político. Finalmente, y como ya lo había insinuado en *Revolución y guerra*, la incisiva interpelación a una comunidad de historiadores inscriptos generalmente en la galaxia del revisionismo histórico.

2 Esa suerte de visión estructural que restituye el ritmo de la economía y la sociedad no altera en lo sustancial la periodización preferentemente política que organiza la obra, aunque en esto, como en otras cosas, le imprime un sello propio con el fin de mejorar la comprensión de las especificidades de un proceso histórico general, identificar continuidades y rupturas, y, quizá el más relevante en el momento de narrar una historia nacional, in-

cursionar en sus variaciones regionales. Esa sensibilidad por lo que es común y distinto al mismo tiempo, puesta al servicio de suministrar al lector las herramientas para interpretar el curso de los acontecimientos, y sus significados, no sólo organiza el relato sino que diseña un repertorio de temas y problemas que aún gravitan en nuestra historiografía.

Uno de los más perdurables, y sugestivamente actualizado entre los cultores de las historiografías de las independencias hispano-americanas, reside en la temprana caracterización de dos notas distintivas de la experiencia abierta con la ruptura revolucionaria de 1810. Al respecto, y en disonancia con los historiadores revisionistas filiados al hispanismo que habían hecho de la máscara de Fernando VII la evidencia más firme del fidelismo en los sucesos porteños, Halperin no vacila en postular que el dilema conviene entenderlo en clave de “ambigüedad”. Se trataba de un deslizamiento nada menor no sólo porque devolvía a los actores del pasado el derecho a la perplejidad y a la incertidumbre sobre lo que necesariamente no sabían, y en ocasiones sólo podían llegar a imaginar. El desplazamiento interpretativo resultaba relevante además porque al entenderlo de ese modo, y no en términos dicotómicos porque ello llevaba implícito una toma de posición frente al pasado, permitía entender mejor el ciclo político que allí se abría, que no era otro que el de un escenario cruzado por la guerra, y sujeto a una cadena de innovaciones institucionales a la que tampoco vaciló al calificarla como de “experimentación”.

Que la década revolucionaria conviene pensarla de ese modo supone considerar otros aspectos igualmente relevantes que la distingue de la etapa previa, y de la que la seguiría. Si propone esa vía interpretativa es porque 1810 supone una ruptura que si bien preserva todas las ambigüedades de la coyuntura, opera no sólo en el plano de las ideas, el discurso (o del lenguaje) sino que impacta de lleno en la irrupción de “la política como actividad” que se manifiesta en la

emergencia de nuevos perfiles sociales y profesionales que pujarán por cercenar las jerarquías del antiguo régimen, y que gravitará muy especialmente en la inclusión súbita de los sectores populares en el campo político como resultado de la militarización revolucionaria, a pesar de haber arrojado resultados muy desiguales en las jurisdicciones del ya cercenado espacio virreinal. Con todo, y advertido del carácter provisional de los ensayos institucionales surgidos a partir de 1810, la restitución halperiniana no pierde de vista las novedades que cada uno de ellos introdujo en cuanto las visualiza como evidencias firmes de la solidaridad política que cohesionaba a los poderes territoriales que concurrieron en el inestable edificio político-institucional convertido en heredero del poder vacante, y que sucumbió diez años después. En suma, en los capítulos que desarrollan el ciclo de la revolución y el dramático legado que habría de enfrentar el archipiélago de provincias que emergió del derrumbe del poder central, Halperin se hace eco de las voces de los contemporáneos, quienes no dejaron de identificar a la coalición reunida bajo el nombre de Provincias Unidas de Sud-América como una experiencia política común que habría de estructurar el pacto constitucional entre las provincias ya argentinas luego de su colapso.

3 Otra vigencia de aquella lectura halperiniana reside en el zócalo interpretativo postulado para el lapso que transcurre entre el inestable sistema político interprovincial, y la configuración de la Argentina rosista, en la cual sopesa, como lo había sugerido Juan Álvarez en su memorable *Guerras civiles argentinas*, la manera en que las fluctuaciones de la economía adquieren manifestación en el campo político. Halperin aquí no sólo reposa su argumento en un tema nunca ausente entre los historiadores argentinos con el fin de ilustrar las marcadas desigualdades que prevalecían entre las economías del interior y la prosperidad material de Buenos Aires, de la que había ofrecido

un ensayo seminal sobre la expansión ganadera; considera también que es justamente la cada vez mayor dependencia comercial de las provincias con la hermana mayor, la precariedad de sus presupuestos y la ausencia de personal especializado lo que condujo a las diminutas elites provinciales (sus gobernadores o jefes políticos) a celebrar alianzas inestables para aliviar las condiciones impuestas por el “aislamiento” político latente desde 1820.

Sobre ese liderazgo, que sólo podía poner en duda la Córdoba del gobernador Bustos, habría de descansar la frustrada empresa que imaginaron los ministeriales y sus aliados del interior de pretender fundar la “reconstrucción del poder nacional”. Al respecto, el tratamiento de la experiencia rivadaviana resulta esclarecedor sobre todo si nos ajustamos a las imágenes literarias e historiográficas más difundidas sobre la cultura política de las provincias interiores, y su no siempre bien verificada adscripción a la compleja constelación doctrinaria del federalismo. Por un lado, porque hace comprensible las motivaciones de las provincias (o de las elites locales suscriptas al Partido del Orden) para restablecer un gobierno central que era pensado en términos nacionales, y que no descansaba tan sólo en la cada vez mayor dependencia de sus producciones en el mercado porteño; por otra parte, porque permite apreciar que el federalismo en todas sus variantes no era entonces una opción firme en las provincias como lo será luego, más precisamente, cuando la represión que siguió al ingreso del ejército porteño en las situaciones provinciales entre 1838 y 1842, extermine cualquier tentativa política alternativa. A esa altura, Halperin entiende que Rosas había aprendido que ningún sistema político podía sostenerse sobre la base de la convivencia entre ligas o bloques de poder rivales, ni menos aun podría emerger de ámbitos resolutivos semejantes al frustrado congreso nacional. En su lugar, el orden político tendrá que rehacerse sobre la unidad de

Buenos Aires y el partido federal convertido entonces en instrumento de una rabiosa politización facciosa que proliferó en todo el país.

La extensión y efectividad de ese aparato político en las provincias dependerá (como antes) de las condiciones prevalecientes en los espacios locales, es decir, de la manera en que cada retazo del mapa argentino resolverá sus propios litigios de cara a la integración en un sistema político superior. Las condiciones para que Buenos Aires lidere esa problemática construcción política están a la vista no sólo en la transformación productiva, financiera y demográfica que la distinguirá del resto al dotarla de bases firmes para transitar un ciclo de prosperidad sin precedentes; el liderazgo también descansa en el edificio institucional y administrativo que ostenta en la ciudad y la campaña gracias a la atenta vigilia del Restaurador, que exhibe sin contrastes los desiguales desarrollos institucionales con las provincias del interior.

Las diferencias de grado o de forma no impiden constatar un dato que no por obvio resulta básico: en medio de geografías sociales, económicas e institucionales muy distintas, el federalismo rosista terminó convirtiéndose en instrumento de hegemonía nacional a fuerza de doblegar a eventuales competidores haciendo uso de la coacción y el “consenso pasivo” de los poderes provinciales. La política exterior ensayada por la “dictadura de Rosas” tampoco estuvo ausente de ese resultado; frente a ese tema caro a las historiografías revisionistas de izquierda o de derecha, la lectura halperiniana incita a penetrar en sus móviles y resultados sobre la base de información diplomática, sumando evidencias significativas sobre un tipo de gestión nacional que no desafió sino que contribuyó a afianzar la influencia británica en el Río de la Plata. No obstante, la extendida *pax rosista* congelada bajo el unanimismo federal estuvo lejos de representar avances significativos en la edificación de la unidad política y del Estado nacional. La centralidad de esa deuda habría

de gravitar decididamente a partir de 1846 cuando los emigrados adopten una nueva actitud frente al cambio del contexto internacional, y terminen aceptando que el orden político afirmado por Rosas debe ponerse al servicio de la *civilización*. El giro ideológico de los románticos argentinos resultó correlativo a la conflictividad abierta en el Litoral para cuando la competencia de las hegemonías reinantes en la cuenca del Plata, y la confluencia de intereses para habilitar la navegación fluvial, impacte de lleno en la fisura de la alianza que hasta la víspera había estado al servicio del poder de Rosas y del federalismo sobre el que descansaba. De tal modo, el tramo final de aquel experimento político de largo aliento pone de relieve el peso específico que las variaciones locales infligieron al liderazgo de la provincia hegemónica, frustrando, una vez más, la pretensión de hacer de ella un sustento estable y duradero del orden político nacional.

Una y otra enseñan acerca de un asunto crucial de la cultura histórica argentina; enseñan sobre todo una forma de pensar el pasado y de hacer historia, como lo señaló Halperin hace treinta años en la presentación de la colección de Paidós, “de la mejor manera posible”; y la mejor manera de hacerla antes y ahora es practicar un tipo de indagación histórica actualizada que haga suya la perspectiva del problemático presente no sólo en lo relativo al contexto en que el historiador se dispone a restituir alguna experiencia del pasado, sino también con la convicción de que el saber histórico ayuda a distinguir qué diferencia al pasado del presente que le toca vivir. En otras palabras, y como lo expresó en una entrevista relativamente reciente, contribuir a desarrollar en la Argentina una historiografía “digna”. Una aspiración lúcida y aún vigente que no está demás traer a colación en el momento de reflexionar sobre una obra de consulta imprescindible, erudita y desafiante que será difícil de remplazar en el corto y en el mediano plazo. □

La ilusión de transparencia

Hilda Sabato

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Una nación para el desierto argentino es un texto peculiar. Escrito en 1980 como prólogo a una antología de escritos producidos en la Argentina entre 1846 y 1880 y seleccionados por el propio Tulio Halperin Donghi para la colección de la Biblioteca de Ayacucho, esa introducción pronto ganó autonomía y se publicó separadamente como libro, primero por el Centro Editor de América Latina y en fecha reciente, en otra edición, por Prometeo libros. Esta operación ha facilitado la circulación del ensayo, pero a la vez ha privado a los lectores de la posibilidad de descubrir las formas a través de las cuales Halperin construye una trama argumental en buena medida urdida a partir de los escritos ausentes y sostenida por ellos. El texto no es apenas un marco que sirve para introducir la selección y darle un sentido, sino que se nutre, por así decirlo, del material presentado e incorporado de manera sustantiva en aquella trama. En consonancia con los procedimientos habituales de escritura en el campo de la historia, podríamos considerar esos documentos como las fuentes privilegiadas por Halperin en este caso. Considero, sin embargo, que son algo más y algo menos que sus fuentes. Es evidente que la interpretación que surge de este libro está apoyada en un conjunto mucho más amplio y diverso de materiales que los que aquí se incluyen. Por otra parte, la utilización de un

número acotado de documentos privilegiados da a éstos un lugar central en el entramado textual. Si ese recorte estuvo impuesto inicialmente por la índole de la colección donde se publicaría el volumen, y parecería difícil justificarlo fuera de ese contexto, la lectura de *Una nación...* muestra que alcanzó, en la pluma de Halperin, una eficacia explicativa que contribuyó decididamente al impacto historiográfico de este libro.

Sobre la repercusión de *Una nación...* no hace falta extenderse. Este ensayo construye una visión compacta del período abordado, radicalmente renovadora en relación con lo que existía hasta el momento de su publicación y tan convincente que sigue informando toda la historiografía escrita desde entonces. Como ocurre con sus estudios de otros momentos del pasado argentino, también en este caso Halperin no sólo creó un conjunto de imágenes parciales articuladas en una poderosa interpretación global, sino que al hacerlo, definió muchos de los interrogantes que todavía hoy estamos buscando responder y de las categorías con las cuales lo hacemos.

La transformación del período que la historiografía tradicional solía llamar “de la Organización Nacional” en “treinta años de discordia” marcan la distancia con un relato previo que entendía el proceso iniciado luego de la derrota de Rosas en términos lineales y

progresivos, solo interrumpido por obstáculos circunstanciales y fuerzas reaccionarias que intentaban frenar un consenso civilizatorio destinado a realizarse con éxito. Pero bajo ese título, Halperin ofrece una historia que también se desmarca de la propuesta revisionista, que caracterizó a esos años como de “enfrentamientos radicales en la definición del futuro nacional”.¹ La “discordia” la buscará, en cambio, en el terreno de la política, donde más que una confrontación de principios y proyectos de futuro, encontrará –a la caída de Rosas– un espacio de disputas por la conquista de un poder central entre actores que pronto lo descubrieron inexistente y que se propusieron a la vez construir y controlar. Si dar entidad a un nuevo Estado que se constituyera en locus principal de poder fue pronto una meta compartida por esos actores, las aspiraciones a encabezar ese proceso y recoger sus frutos alimentaron una confrontación entre diferentes grupos que sólo se aquietó con la derrota de los contendientes originales y su reorganización parcial en torno de una fuerza renovada que coronó la construcción del Estado y se identificó con él.

La historia de ese tránsito desde una Argentina sin centro a un Estado-nación consolidado constituye el núcleo de un libro que, sin embargo, cuenta también las historias de otros tránsitos que se cruzan y superponen con aquél, todas ellas dispuestas en una densa trama interpretativa: de los diagnósticos iniciales de la Nueva Generación sobre Rosas y sus presuntos legados, a los proyectos entusiastas que siguieron a su caída y todavía a las comprobaciones más tardías de que el “inventario” de esa herencia había sido demasiado optimista; de las dificultades de un Buenos Aires que sale a la “conquista del país” a los logros de un Estado nacional que termina por

conquistar a Buenos Aires y corona de esa manera su triunfo; de una vida política “facciosa” a la desaparición de las facciones y, en consecuencia, del avance agresivo de los liberales y de la recomposición exitosa de los federales a la desaparición de ambos del mapa político; de un liberalismo conservador a uno democrático y, finalmente, como anuncio de una transición futura, de la “república posible” a la “república verdadera”. Estas vetas argumentales están alimentadas por una información a la vez prolífica en su cobertura y precisa en su selección, y por una imaginación histórica que propone sentidos nuevos a viejos datos.

La eficacia explicativa de este ensayo, sin embargo, no radica tan sólo en lo que dice sino en cómo lo dice. Vuelvo así al comienzo y a la forma en que los documentos de la antología incluida en la versión original de este libro intervienen de manera decisiva en la construcción textual. Ya desde la frase inicial, Halperin recurre a las voces de los contemporáneos cuyos escritos seleccionó para introducir y estructurar sus propios argumentos. Las opiniones vertidas por aquéllos, sus diagnósticos, propuestas y críticas no le sirven sólo como insumo informativo para su análisis, sino que le proveen imágenes, fórmulas retóricas y categorías que incorpora a su escritura. Asimismo, recurre una y otra vez al contrapunto casi textual entre posiciones encontradas, lo que produce un efecto de inmediatez y transparencia respecto de los debates pasados. En esas operaciones, una identificación inicial con sus personajes queda pronto limitada por el distanciamiento irónico frente a ellos, un rasgo característico en toda su producción.

Pero ¿quiénes son sus elegidos? Como en muchos de sus textos, en éste las voces que dominan pertenecen, en su gran mayoría, a miembros de la elite letrada que a su vez integran, con mayor o menor presencia, las filas de la clase política. No es ésta, sin embargo, una historia de los letrados ni tampoco, estrictamente, una historia de las ideas, aunque

¹ Tulio Halperin Donghi, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2005 (con estudio introductorio de Roy Hora), p. 32.

aquéllos resultan las voces privilegiadas y éstas constituyen referencias indispensables para dar cuenta de un proceso que sin embargo las excede. La selección, por lo tanto, no está regida por la necesidad de cubrir alguno de esos dos campos, sino por el propósito de dar sustento a una interpretación de las transformaciones políticas e ideológicas de la Argentina de entonces. De esta manera, junto a letrados y políticos de primera línea, como Mitre, Sarmiento y Alberdi, incluye también a figuras menos conspicuas como Juan Carlos Gómez o Nicolás Calvo. Merecería explorarse –no lo intentaré aquí– el lugar que en ese conjunto ocupa José Hernández, un personaje ausente del panteón tradicional de padres de la patria pero reivindicado en el de los revisionistas como adalid del proyecto federal alternativo, a quien Halperin convierte en una voz privilegiada para seguir los cambios en la vida política del período. Entre la producción escrita por todos ellos, las referencias predominantes corresponden a intervenciones públicas, sobre todo artículos publicados en la prensa periódica y algunos discursos, aunque en la primera parte, referida a los proyectos de nación, las citas remiten a obras de mayor envergadura. En conjunto, este recorte prioriza la referencia a piezas de carácter combativo, que buscan impactar en la coyuntura, y que le sirven a Halperin para componer escenarios dinámicos, pautados por la polémica.

El historiador presenta así un texto poderoso donde el pasado parece hablar por sí mismo, a través de actores que alzan sus voces en disputas retóricas y contrapuntos verbales que a su vez son, en su mayoría, combates políticos. De esta manera, su sofisticada y compleja interpretación parece surgir de los propios protagonistas, creando una ilusión de transparencia que contribuye decisivamente a la eficacia narrativa. Quisiera, para terminar, ilustrar brevemente esa eficacia tomando como ejemplo –entre otros posibles– el impacto historiográfico alcanzado por un término

que ocupa un lugar clave en este libro y que ha pasado a formar parte del arsenal conceptual en los estudios sobre el siglo XIX. Me refiero a la palabra “facción”. El término se usaba entonces con mucha frecuencia y, en el marco de los lenguajes políticos en circulación, hacía referencia a un rasgo que se consideraba condenable: la propensión al divisionismo político. En un contexto en el cual prevalecía una visión de la nación política como unidad, las disputas entre grupos que pugnaban por llegar al poder fueron con frecuencia entendidas como artificiales, ilegítimas, peligrosas para la supervivencia de la comunidad, y, por lo tanto, fuentes de inestabilidad y desorden que había que evitar o combatir. La manifestación reiterada de esas confrontaciones no disminuía su carácter problemático para todos los actores en pugna, que solían entender sus propias intervenciones como representativas de la voluntad colectiva y unánime del “pueblo”, y reservaban para sus contrincantes la denominación peyorativa de “facción”.

En *Una nación...* Halperin retoma ese término (que ya había usado para la primera mitad del siglo XIX) y, sin advertirnos, convierte una palabra de época en categoría analítica. Si en sus escritos con frecuencia es difícil separar las voces que vienen del pasado de la suya propia, en este caso, en cambio, la palabra “facción” adquiere la autonomía y la solidez de un concepto. Refiere así a una forma particular de agrupamiento político que –según la formulación de Roy Hora en su introducción a la edición más reciente del libro– fue característico de una etapa anterior a la aparición de los partidos modernos y que se distinguía por estar “constituida en torno a liderazgos dotados de ascendiente sobre un séquito popular de variable importancia antes que a principios o programas”.²

² Tulio Halperin Donghi, *Una nación para el desierto argentino*, op. cit., p. 27.

La existencia de diferentes facciones rivales no se derivaba de clivajes socioeconómicos, sino de la dinámica política que generaba y alimentaba esas rivalidades. Esta brevísima sistematización de un concepto que Halperin nunca definió en forma explícita no da cuenta de las variaciones y los matices del mismo, pero alcanza para mostrar el estatuto de “facción” como categoría analítica. Una palabra que, en boca de los actores, tenía una carga valorativa que inducía la pregunta sobre el porqué y el cómo de esa carga y sobre las dificultades de los contemporáneos para procesar la disputa política, quedó despojada de su carácter problemático y neutralizada en un concepto que ofrece una solución: llamar *facciones* a esos grupos políticos que existían de hecho aunque no pudieran decir su nombre, y *faccioso* al tipo de rivalidad que se establecía entre ellos y daba el tono a la vida política de entonces.

Si en el texto de Halperin la naturalización de esas nociones está mediatizada por un juego de contrapuntos y distanciamientos

sucesivos, en buena parte de la historiografía actual “facción” se utiliza como categoría explicativa que en sí misma basta para dar cuenta de una forma de funcionamiento político. He allí, pues, una muestra de la eficacia de este libro, pero también de sus vetas más riesgosas: la adopción de ese término de época convertido en un concepto analítico clausura la interrogación sobre los contextos y las condiciones en que se usaba, así como sobre sus cambiantes sentidos en el marco de los lenguajes políticos en circulación.

Por cierto que éste y otros desafíos que se abren a partir de la lectura de este libro fundamental contribuyen a su atractivo, que resulta tanto de la poderosa interpretación que ofrece como de la original forma de su construcción. En la combinación de erudición e imaginación presentes y sumersión en un pasado de donde recupera voces y encuentra el eco de su propia voz, Tulio Halperin Donghi compone un cuadro de la Argentina decimonónica que se ha incorporado ya para siempre a nuestra visión histórica. □

El valor de los textos, una incitación lograda

Horacio Crespo

Universidad Nacional Autónoma de México / Universidad Nacional de San Martín

Publicado en 1980 por Biblioteca Ayacucho como estudio preliminar de un conjunto de textos de protagonistas del período transcurrido entre Caseros y la federalización de Buenos Aires, *Una nación para el desierto argentino* fue objeto de una progresiva separación respecto de esos textos, en sucesivas ediciones, alguna con ellos en versión digital adjunta –con claro carácter de “apéndice documental” subordinado– y otras ya sin los escritos que originalmente prologaba. En la más reciente, las obras originales aparecen ya sólo citadas como notas de pie de página, acentuando así su carácter de meros “documentos” de apoyo al trabajo de Halperin; también se suprimió –esto sí en todas– la cronología que los contextualizaba en eruditas ciento treinta y tres páginas de la edición original.¹ Subrayo estas referencias bibliográficas –podrían con-

siderarse nimias, o de darse alguna significación a estos cambios de presentación, justificarlos pragmáticamente por “necesidades” editoriales para mejor difusión de un escrito ya canónico–, porque remiten a una secuela historiográfica compleja: la autonomización, parcial o consumada, la “liberación” o al menos el aflojamiento de las ataduras del inicial prólogo respecto del corpus textual al que estaba, por su condición, ligado, más aun, subordinado. Singular inversión de posiciones, cambio de jerarquías textuales. Operación legítima, sin duda, autorizada por el autor y, más aun, por la consensuada consagración específica de *Una nación...* como discurso paradigmático, pero no sin consecuencias: a mi parecer, precipita el desdibujarse de una concepción del trabajo del historiador, de su relación con el material de su oficio, y también un método que está presente en un considerable segmento de la obra de Halperin –que va desde *Una nación...* a *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)*, *La república imposible (1930-1945)* y la entera serie Biblioteca del Pensamiento Argentino concebida sobre aquel modelo– y de la novedad que aportó, que trascendió la historiografía, para derramarse sobre la cultura argentina y latinoamericana. Ni más ni menos que renovar la relación con los *textos* de la historia, con su materialidad y su carácter, con la *forma* y los

¹ *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*, Selección, prólogo y cronología de Tulio Halperin Donghi, Biblioteca Ayacucho, 68, Caracas, 1980, CII + 599 pp. Luego fue reeditado en la Biblioteca del Pensamiento Argentino, Ariel, Buenos Aires, 1995; con CD documental, Emecé, Buenos Aires, 2007; sólo el prólogo: Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992; Prometeo Libros, Buenos Aires, 2009. *Tulio Halperin Donghi, Vida y muerte de la República Verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 2000; *Tulio Halperin Donghi, La república imposible (1930-1945)*, Buenos Aires, Ariel, 2004; reeditados por Emecé, con apéndice documental en CD, Buenos Aires, 2007.

tiempos de su circulación, con la naturaleza de su lectura; con la tradición en la que se insertan, con la genealogía que configuran. Sobre esto, las observaciones que siguen.

En un agudo comentario a *Vida y muerte de la República verdadera*, que puede extenderse a *Una nación...*, Luis Alberto Romero señalaba que Halperin cuenta su historia “apoyándose principalmente en las voces de sus actores –a los que convoca para decir las partes de un guión trazado por él mismo”.² En efecto, el resultado historiográfico es derivación de dos momentos específicos y, a la vez, articulados: la operación de lectura de un corpus cuyo previo recorte, constitución y sintaxis es la clave de bóveda de todo el proceso, y su presencia como elemento decisivo del conjunto. Circularidad entre textos y hermenéutica, cuya secuela es la apertura a la corroboración de la propuesta interpretativa hecha por el autor de la selección y el arco de asentimientos, disidencias y variaciones que el lector puede introducir a partir de su propia utilización del corpus. La dialogicidad virtual establecida entre autores y obras seleccionadas, el antólogo/hermeneuta y el lector crea un campo activo de participación cuyo efecto no menor es la inmediata actualización *en el presente* de los textos del corpus. No mero apoyo documental *pretérito*, mediado por el autor intérprete, sino actores dialogantes por derecho propio, inmediato, habilitados por la presencia textual en el cuerpo de la antología.

La operación no es neutra. Elección textual, organización y lectura se vinculan en el proyecto del autor. Dice Halperin en una reciente entrevista:

Y lo que no hice –se refiere puntualmente a *La república imposible*, pero es extensible a toda su labor como an-

tólogo– y eso evidentemente es muy objetable pero es inevitable, es *justificar la selección*. Mi selección está hecha con *mi* criterio, es decir, lo que me parece importante. [...] Lo que uno hace cuando trata de entender la historia es muy parecido a lo que hace cuando trata de inventar una historia, es decir, encontrar *los nexos para explicarla*.³

Los dos momentos a los que nos habíamos referido, la construcción del corpus y su hermenéutica incluida en la narrativa que los introduce, apoyada en la rica cronología cuidadosamente montada, aparecen así claramente expresados por el historiador.

La presencia de los clásicos textos del debate fundacional de la nación y del Estado argentinos –que en la versión de Halperin Donghi se funden dramáticamente en ese período, lo que en sí mismo fue una novedad, y polémica, ya que siempre se suponía una nación preexistente a la “organización nacional”– representó, en el momento de su aparición, un aire refrescante, saludable, en el ominoso ambiente de la dictadura argentina, extensivo a varios países del Cono Sur y, en general, en América Latina. 1980, fecha de la publicación original de *Una nación...*, presenció la aparición de signos de que comenzaba a buscarse una “salida” política al proceso militar. También se sentía la creciente consolidación, en sectores fundamentales de los intelectuales y la izquierda latinoamericana y argentina, de una tendencia que hacía de la vinculación estratégica del socialismo con la democracia el núcleo de su proyecto político futuro. El socialismo democrático iba erigiéndose en uno de los posibles pilares de la reconstrucción de la nación y del Estado,

² Luis Alberto Romero, <<http://foroiberoideas.cervantesvirtual.com/resenas/data/27.pdf>>.

³ Carlos Pagni, “Halperin Donghi: Memorias y confesiones”, en *ADN Cultura, La Nación*, 13 de septiembre de 2008. Las cursivas son mías, H. C.

de la mano de un creciente republicanismo con ciudadanía virtuosa, no necesariamente antagonico con aquél.

Ese ambiente, todavía un tanto difuso pero de todos modos perceptible, fue permeable a una convocatoria implícita que contenía el libro de Halperin. En principio, la revitalización de la tradición de pensamiento nacional, sepultada tras capas y capas de retórica reverencial, mala fe facciosa e inopia intelectual. Alberdi, Sarmiento, Mitre, Hernández, Fraguero, Olegario V. Andrade, Nicasio Oroño, entre otros, recrearon, de la sutil y a veces muy irónica mano de Halperin, un debate vivaz, enconado, polémico, propositivo, abierto al futuro. Habían *dicho* en voz alta, y aquel decir volvía a significar en una inmediata lectura. Un debate histórico que encontraba eco en la situación que se avizoraba en el horizonte de expectativas presentes. Después de la férrea dictadura del rosismo y la despolitización creciente de sus últimos años, tras de la violencia inaudita de la contienda civil entre facciones, Halperin mostraba que Buenos Aires y la voluntad decidida de un fogoso tribuno, Bartolomé Mitre, había reinventado la política en 1852. La analogía era tentadora: ¿podía inaugurarse otro tiempo para una política avalada por una necesaria proyectualidad renovadora, un naciente momento de refundación republicana? La prefiguración de los caminos que se recorrerían desde 1982, y particularmente en 1983, puede ser sugerente para posibles futuras especulaciones de la intrahistoria, en la senda de don Miguel de Unamuno, y allí la recepción y la urdimbre del mensaje implícito en *Una nación...* y sus textos ocuparía un lugar destacado. Los textos, su vivacidad, la polémica y el diálogo que el autor recreaba, los ponía nuevamente a la orden del día. Señalaba que la nación había sido resultado de un proyecto, de un debate, cuyos parámetros se diseñaban con claridad. Representaba el regreso a las claves del pensamiento que dieron origen a la nación, daban

la idea de que la inteligencia tenía y *hacía* sentido. “Enunciar significa producir” afirmó Mallarmé, presintiendo toda la teoría de las capacidades performativas del discurso.⁴ Se reencontraba un quehacer a la historia de las ideas, que abría cauce para un debate de la política y la sociedad actuales en un momento crucial. El último texto antologado nos revela un Sarmiento que en 1887 clama por el fortalecimiento de la ciudadanía con la naturalización de los inmigrantes y el voto responsable en el ejercicio de la democracia, como vía de remediar los males profundos de la ineficiencia y la corrupción. Un Sarmiento que planteaba todo un programa para la Argentina y los argentinos de 1980.

Halperin subrayaba, desde sus palabras iniciales, la excepcionalidad argentina en el contexto latinoamericano: “el progreso argentino es la encarnación en el cuerpo de la nación de lo que comenzó por ser un proyecto formulado en los escritos de algunos argentinos cuya única arma política era su superior clarividencia” y, por lo tanto, “He aquí a la Argentina ofreciendo aún [1938, en palabras de Pedro Henríquez Ureña, sutilmente recogidas por Halperin] un derrotero histórico ejemplar –y hoy por eso mismo excepcional– en el marco hispanoamericano”.⁵ Un envite virtual, que unía la provocación con la tentación: ¿Quién *hoy* podría –debería– recoger el guante de esa ejemplaridad, quién podría ponerse a la altura de aquellos textos convocantes, quién sostendría el diálogo sin mengua? 1980, ¿2011?

El autor señalaba que fue una etapa marcada por “acciones violentas y palabras

⁴ Epígrafe, en Jean-Pierre Faye, *Los lenguajes totalitarios*, Madrid, Taurus, 1974.

⁵ Pág. XII de la edición de Biblioteca Ayacucho. No hay espacio para tratar aquí la otra dialogicidad del texto-antología de Halperin Donghi: la establecida con el corpus de la Biblioteca Ayacucho, también ya un tanto infelizmente desplazada.

destempladas”, quizás la más violenta de la historia argentina, en las que el actor fue el naciente Estado nacional, con lo que trazaba notable distancia respecto de la línea apologética de las llamadas “presidencias históricas” de Mitre, Sarmiento y Avellaneda. Señalada por el ocaso del partido federal, ahogado por los pactos de Urquiza, por su asesinato, por el fracaso de las rebeliones de Peñaloza, Varela y López Jordán, por los paulatinos reacomodos de sus restantes referentes; también, por el apocamiento singular del mitrismo y el desfallecimiento final del autonomismo alsinista en las jornadas del ‘80. En el horizonte, el roquismo, como una amalgama de facciones erigida sobre el éxito en la construcción del Estado, sobre el nuevo ejército nacional y sobre un acuerdo más transversal y sólido: la apuesta a la toma de oportunidades que ofrecía el mercado mundial, el consenso sobre las bondades de la inmigración.

La trama historiográfica de Halperin se recortaba nítida de la académica, pero también —pese a algún guiño nunca reconocido— de la interpretación facciosa protagonizada por el revisionismo en un debate que llevaba ya más de medio siglo. Este colocarse un paso más allá de los tradicionales contendientes de la historiografía argentina fue probablemente decisivo para que a partir de *Una nación...* se afirmase un indisputado liderazgo y fuese una guía insoslayable en la renovación de su práctica en las próximas tres décadas.

Treinta años después, el futuro posible se convirtió en el pasado verdadero. El libro de Halperin, ya aliviado de esos textos poderosos que ayudaban a programar el mañana, se convirtió en un clásico de la historiografía. Ankersmit percibe, refiriéndose a la especialización de los historiadores y la sobreproducción resultante, que la historiografía tiende ahora más al análisis de las interpretaciones, que de las obras en sí; segundo efecto: debido

a su evidente “multi-interpretabilidad”, los textos originales pierden su capacidad de funcionar como árbitros del debate histórico. “El resultado paradójico de todo esto es que el texto en sí ya no tiene autoridad ninguna en una interpretación [...]. En resumen, ya no tenemos textos ni pasados, sino sólo interpretaciones de ellos”.⁶ Melancolía posmoderna, resignación ¿rendición? frente al bizantinismo de la hora. Sin embargo, la voz de Halperin sigue inquieta, inquietándonos; rememora el diagnóstico final que Sarmiento lanzara en 1883 sin eufemismos ni circunloquios, que Martínez Estrada actualizara en 1933 en *Radiografía de la pampa* coincidiendo con el balance lúcido y desangelado de Alberdi:

—Pienso que la Argentina fue realmente, como apuesta, una de las apuestas más audaces que ha habido. Porque la idea de hacer un país nuevo, no renovar una sociedad sino crear una sociedad, que en buena medida se hizo, no salió bien. No hay vuelta que darle;⁷

—Mire, es otra cara de lo mismo. La sociedad argentina es escéptica en todo, salvo sobre ella misma: es siempre la víctima inocente de calamidades en las que nunca tuvo nada que ver. Y quien se atreve a dudar de ese dogma es siempre mal recibido.⁸

Escuchar, ahora en silencio. □

⁶ Franklin R. Ankersmit, *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, pp. 316-317; 1ª ed. University of California Press, Berkeley-Los Ángeles-Oxford, 1994.

⁷ Carlos Pagni, *op. cit.*

⁸ Mariana Canavese e Ivana Costa, “Entrevista a Tulio Halperin Donghi. La serena lucidez que devuelve la distancia”, en *Revista Ñ, Clarín*, 28/5/2005.

Los intelectuales, las ideas y la realidad

Martín Bergel

Universidad Nacional de Quilmes / Universidad de Buenos Aires / CONICET

1 Si *Una nación para el desierto argentino* es uno de los textos más sugerentes y a la vez complejos de la vasta y celebrada producción historiográfica de Tulio Halperin Donghi, ello obedece a que ese escrito se estructura a partir del asedio continuo a un problema capital de la historia intelectual: el que persigue la dinámica histórica de las ideas en su entrelazo con lo que convenimos en llamar lo real. Y es que, como supo decir Oscar Terán, “la historia de las ideas es la historia de la relación entre lo que son las ideas y aquello que no son las ideas”.¹ El libro de Halperin está construido precisamente como una historia que confronta los contornos de la ambiciosa iniciativa de un conjunto de letrados –los de la Generación de 1837– por diseñar un proyecto para lo que empieza a ser Argentina, con los resultados pormenorizados de esa tentativa. Sólo que ese cotejo está lejos de llevarse a cabo de modo lineal: antes bien, ese contrapunto entre ideas y realidad se despliega en un haz de planos diversos que, por la pluralidad de enfoques que conlleva, se revela altamente productivo no solamente para evaluar la suerte de ese grupo de intelectuales, sino también para iluminar

importantes aspectos de la historia política, sobre todo, pero también social y económica, del decisivo período de organización nacional que va de mediados de siglo XIX a 1880.

En efecto: si, tal como indica Halperin, dar cuenta “del complejo entrelazamiento de ideas y acciones que subtiende esa etapa es el propósito de la presente introducción” (p. 10), es decir, del texto que da cuerpo a *Una nación para el desierto argentino*,² esa meta se descompone en su desarrollo en una miríada de direcciones que, a la vez que reconstruyen múltiples dimensiones del proceso histórico –de un modo tal que el resultado es la obtención de una versión panorámica del período–, colocan un interrogante nunca completamente despejado acerca de la eficacia de las ideas. Porque tal parece que, para servirse de la variedad de planos que la apertura de ese problema permite, Halperin lo presenta de un modo deliberadamente ambiguo. Esa ambigüedad se esboza en la exposición ini-

¹ Oscar Terán, “Modernos intensos en los veinte”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 1, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, p. 102.

² Recordemos que antes de ser editado en forma independiente el texto ofició de introducción a una antología de escritos del período publicada bajo el título de *Proyecto y construcción de una Nación (Argentina 1846-1880)* (Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980). Todas las referencias de página que se citan aquí entre paréntesis surgen en cambio de una edición posterior: Tulio Halperin Donghi, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, CEAL, 1995.

cial de lo que juzga una excepcionalidad de la Argentina. Según señala, “sólo allí *iba a parecer realizada* una aspiración muy compartida y muy constantemente frustrada en el resto de Hispanoamérica: el progreso argentino es la encarnación en el cuerpo de la nación de lo que comenzó por ser un proyecto formulado en los escritos de algunos argentinos cuya única arma política era su superior clarividencia” (pp. 7-8; cursivas mías). La incógnita queda disimuladamente planteada en esa portentosa afirmación, y a partir de allí el recorrido propuesto por Halperin se beneficia de la gama de perspectivas que surgen de esa indeterminación propia de un fenómeno que *parece*, pero que no necesariamente *es*.

Se encadenan entonces episodios de distinto calibre en los cuales las ideas, y con ellas los letrados que les dan vida, miden su fortuna en sus encuentros con lo real. En sucesivas encrucijadas históricas, se dibuja una travesía sinuosa que deja como saldo un cuadro ambivalente. Así, por caso, la Joven Generación del ‘37 conoce un primer y trágico fracaso en su pretensión de asumir una función tutora de una coalición antirrosista cuya coherencia “sólo puede hallarse en la mente de quienes suscitan y dirigen el proceso, que son desde luego los miembros de esa renovada elite letrada” (p. 15); aun así, esa derrota no impide que se refuerce en esas jóvenes figuras una “avasalladora pretensión de constituirse en guías del nuevo país”, y con ello “la noción de que la acción política, para justificarse, debe ser un esfuerzo por imponer [...] un modelo previamente definido por quienes toman a su cargo la tarea de conducción política” (pp. 17-18). Ya en ese momento, miembros de ese grupo como Alberdi, Echeverría o Vicente Fidel López se destacan por ofrecer “análisis de problemas y aspectos de la realidad nacional [...] que están destinados a alcanzar largo eco durante la segunda mitad del siglo, e incluso más allá”; aunque, morigera de inmediato Halperin, “no es siempre senci-

llo establecer hasta donde su presencia refleja una continuidad ideológica real”, en vista de que esos temas y nociones fueron “encarados por tantos y desde tan variadas perspectivas desde antes y después de 1837” (p. 17).

Son éstos apenas los primeros pliegues del texto en que se escudriña la relación entre los intelectuales y lo real-histórico. Halperin aborda luego ese vínculo desde diversas perspectivas. Lo hace por ejemplo a partir de la adopción por la generación del ‘37 del canon romántico, que comporta el pasaje de una actitud propia del legislador de la sociedad de cuño ilustrado, al político que “aun cuando propone soluciones legislativas, sabe que no está plasmando una pasiva materia sino insertándose en un campo de fuerzas con las que no puede establecer una relación puramente manipuladora y unilateral” (p. 18).³ Y lo hace, sobre todo, en la persecución de las vicisitudes de los proyectos de nación que se delinean ante la inminencia de la caída de Rosas, muy especialmente los de Alberdi y Sarmiento. Son estas dos figuras las protagonistas centrales (aunque de ningún modo únicas) del escrutinio halperiniano entre ideas y realidad. En el contrapunto que propone, el “marcado eclecticismo” sarmientino en lo político se le aparece más adecuado que “la rigidez política del modelo alberdiano” para transitar las tormentosas décadas de discordia que siguen a la batalla de Caseros (p. 55). Halperin reconoce no obstante que el programa que surge de las *Bases* de Alberdi tenía “perfecta relevancia” en la coyuntura que se abre con la caída de Ro-

³ Halperin no obstante no se detiene en un análisis pormenorizado de cómo las ideas del romanticismo conllevaron un desplazamiento de los letrados en su tratamiento de la realidad. Una brillante reconstrucción en ese sentido se la debemos a Jorge Myers en su “La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas”, en Noemí Goldman (dir.), *Nueva Historia Argentina*, tomo 3: *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

sas (p. 37). Aun así, busca relativizar la extendida opinión que otorga un papel fundacional a ese texto, a través de un señalamiento que, por contraste, detecta en Sarmiento “una imagen del nuevo camino que la Argentina debía tomar, que rivaliza en precisión y coherencia con la alberdiana, a la que supera en riqueza de perspectivas y contenidos” (p. 44). Se percibe aquí la ambivalencia antes referida, pues a pesar de sus reticencias a Halperin no se le escapa que buena parte del proyecto de Alberdi (desde su fe en las fuerzas del mercado como palanca modernizadora a su tematización de lo que llama república posible) encarnará en el cuerpo de la nación. Menos claro, nuevamente, es que ese curso se deba nítidamente a las ideas de alguien que “se ha visto siempre a sí mismo como el guía político de la nación, y comienza a columbrar el peligro de transformarse en paria dentro de ella” (p. 88). En ese sentido, una primera conclusión general del texto halperiniano, que permite pensar no solamente el caso de Alberdi, es que la suerte de las ideas puede al cabo contrastar con la de quienes las han prohiado. Tampoco Halperin invita a trazar un balance unívoco de las peripecias de Sarmiento (por quien no disimula sus preferencias). Ni siquiera le otorga la gracia del triunfo pleno en el decisivo renglón de la educación popular, que ha tenido en el sanjuanino, en discrepancia con Alberdi, a su más firme impulsor. Si esa opción ha recibido una aceptación generalizada, de un modo tal que incluso quienes le objetan aspectos puntuales no contradicen “la decisión de hacer de la educación popular uno de los objetivos centrales de cualquier acción de gobierno”, Halperin no deja de notar que Sarmiento no le concedió “en los años de 1862 a 1880 la atención que le otorgó en etapas anteriores” (pp. 110-111).

Como se ha dicho, esa mirada ambigua acerca de la eficacia de lo simbólico da acceso en *Una nación para el desierto argentino* al examen de un abanico de figuras y problemas que resulta imposible reseñar en este breve

ensayo (por mencionar algunos, recordemos que a partir de Mitre o José Hernández Halperin ofrece agudas visiones de cuestiones como la dinámica política facciosa del período o la construcción del Estado). Pero sobre el final del libro se acentúa el sesgo que otorga a las ideas un carácter fallido. En un nuevo juego de espejos, Halperin traza un balance de la suerte de los proyectos de nación forjados hacia mitad de siglo a partir de las representaciones intelectuales que acompañan al proceso que tiene un punto de llegada –y también de partida– en 1880. La resignada aceptación de una situación en la campaña que desvanece las ilusiones de quienes habían abogado por la democratización de la propiedad rural (empezando por Sarmiento) es un índice claro de que en esa coyuntura “ha pasado la hora de imaginar libremente un futuro” (p. 138). Y en la célebre referencia a la sombría observación retrospectiva que el autor del *Facundo* ofrece en 1883 –según la cual el rutilante progreso argentino era “más que el resultado de las sabias decisiones de sus gobernantes posrosistas, el del avance ciego y avasallador de un orden capitalista que se apresta a dominar todo el planeta” (p. 140)– parece cerrarse el círculo sobre el enigma que se bosquejaba al comienzo del texto. Malogradas, redundantes o superfluas, las ideas de los letrados argentinos decimonónicos no han tenido la potencia instituyente por ellos mismos imaginada. Aun así, Halperin se reserva en el último párrafo del texto un postrero matiz: la sociedad moderna que se yergue luego de 1880 es en definitiva fruto de un proyecto que “no ha fracasado por entero” (p. 148), y que en virtud de ello lega un conjunto de nuevos problemas que empiezan a ser encarados –aun sin la exultante seguridad de sus antecesores– por los intelectuales de la hora.

2 De ese final del libro dominado por un tono desencantado, en ocasiones se ha querido deducir una posición genérica de

Halperin respecto al ser de los intelectuales. En efecto, cierto ánimo desencontrado y hasta en ocasiones trágico habita muchas de sus exploraciones en la historia de las elites letradas, y ello no solamente en *Una nación para el desierto argentino*. Pero, como advirtió Carlos Altamirano, si esos exámenes no entonan un canto alabado del accionar de la *intelligentsia*, “tampoco se los puede incluir en la especie contraria, la que entabla un proceso a los intelectuales”.⁴ No hay, por caso, un sesgo antiintelectualista como el que podía ofrecer Ángel Rama en *La ciudad letrada*, un texto contemporáneo al que retiene aquí nuestra atención. Si del análisis histórico de Halperin surge un papel tanto más errático de los letrados que lo que sugiere el ensayo del crítico uruguayo (para quien a la cultura escrita le cupo un rol central en la historia latinoamericana, sólo que en inexorable connivencia con los resortes del poder), ello, a más de librarlos de la genérica condena que subtiende al texto de Rama, les reserva una posición más insegura y en definitiva modesta pero no carente de significación. Antes que de un cuestionamiento global de su función o de un diagnóstico que constata su irrelevancia, las perplejidades que soporta la figura del intelectual en Halperin surgen del atento examen de la azarosa y con frecuencia infortunada navegación de sus ideas, de un lado, y, de otro, de la insatisfacción que suele exhibir por no ver colmadas sus expectativas en cuanto al reconocimiento y la obtención de un lugar acorde a sus a veces desmesuradas aspiraciones.

Interrogado acerca de ese sino desventurado que atraviesa a los intelectuales en sus reconstrucciones históricas, Halperin traía

a colación un aserto de Hobsbawm según el cual “todas las revoluciones fracasan porque ninguna logra todo lo que se propone, y al mismo tiempo todas tienen éxito porque ninguna deja las cosas como las encontró”. De inmediato, agregaba que esa aseveración era “tan universal, y al mismo tiempo tan trivial, que no hace al problema específico de los intelectuales”.⁵ Pero dejando un momento de lado su generalidad, la frase de Hobsbawm en efecto revela un aspecto del problema que abordamos en este texto. Así como resulta difícil mensurar la estricta eficacia del excedente imaginario que liberan las revoluciones y los grandes acontecimientos políticos, tampoco es sencillo medir el impacto exacto de las ideas de los intelectuales (al menos de algunos intelectuales en ciertas circunstancias históricas). Esa dificultad para sopesar los efectos de lo simbólico, que se vincula con el malhumor que Halperin detecta usualmente en las elites letradas —que no se sienten plenamente recompensadas por su labor—, no significa que su actividad resulte anecdótica o superflua. El hecho de que, de sus trabajos iniciales de juventud (su primer texto, consagrado a Sarmiento, lo publica a los 22 años, y dos años después edita su *Echeverría*) a algunos de sus principales libros de madurez, Halperin se haya ocupado reiteradamente de los miembros de la Generación del ‘37 algo

⁴ Carlos Altamirano, “Hipótesis de lectura (sobre el tema de los intelectuales en la obra de Tulio Halperin Donghi)”, en Roy Hora y Javier Trímboli (comps.), *Discurrir Halperin. Siete ensayos sobre la contribución de Tulio Halperin Donghi a la historia argentina*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1997, p. 27.

⁵ Tulio Halperin Donghi entrevistado por Roy Hora y Javier Trímboli en *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, p. 43. Halperin además relativizaba allí la desdichada impresión que podía extraerse de la actuación de los letrados en *Una nación para el desierto argentino*: “Lo que hace interesante esa trayectoria de los intelectuales argentinos de mediados de siglo no es tanto lo que al final algunos de ellos consideran su fracaso sino la desaforada ambición que llevan a ese proyecto al comienzo y la medida en la cual han tenido éxito [...] A Sarmiento, que es constantemente presentado como un soñador golpeado por la realidad, lo vemos así porque lo vemos a través de sus desoladas reflexiones de final de vida, pero si se mira objetivamente la carrera de Sarmiento, se ve que es enormemente exitosa”.

dice acerca de la efectiva relevancia que para él supieron tener esas figuras.

3. En la introducción a un libro dedicado a pensar la labor historiográfica de Halperin, Roy Hora y Javier Trímboli subrayaban la originalidad de su modo de hacer historia y la dificultad de emparentarla con otras empresas de exploración del pasado. Según señalaban, mirada en su conjunto su obra “se hace especialmente esquiva, al no dejarse filiar sin gruesos forzamientos con la producción intelectual argentina que la antecedió o que le es coetánea”.⁶ Todavía más: se ha dicho recurrentemente que algunos rasgos (como su reducido sistema de citas, o su escritura laberíntica) dotan a su estilo historiográfico de un carácter enigmático, irreductible a sencillas descomposiciones que permitan observar qué tipo de “taller de la historia” lo subtiende. En otras palabras, no resulta fácil advertir qué operaciones realiza Halperin en su escritura de la historia. Movidos por esa curiosidad, en la entrevista antes citada Hora y Trímboli ensayaban averiguar algo del laboratorio historiográfico halperiniano. Por toda respuesta, recibían una escueta y disuasoria contestación: “yo no sé cómo trabajo, junto materiales y después escribo, como todo el mundo”.⁷

A este respecto, enfocada desde otro ángulo la cuestión central que se aborda en este texto tal vez puede echar luz sobre un aspecto de las maneras de hacer historia de Halperin. En *Una nación para el desierto argentino*, las ideas de los intelectuales no son sólo objeto de su inspección: además de eso, orientan algunas de sus hipótesis e intuiciones sobre el pasado argentino. Por señalar rápidamente dos ejemplos, la atención que supo prestar a la “red de intereses consolidados” (p. 22)

que, como trasfondo silencioso de su autoritarismo, la *pax* rosista lega como plataforma para el despliegue del progreso económico argentino, surge o al menos se alimenta de sus lecturas de Alberdi, Sarmiento, Hilario Ascasubi y Florencio Varela; del mismo modo que, para el tratamiento de las tensiones entre el Estado y los grupos terratenientes –un tema que mereció repetidas y variadas aproximaciones a lo largo de su obra– en la coyuntura específica de la Guerra del Paraguay, Halperin saca provecho de las indicaciones de Eduardo Olivera y de José Hernández.

Esta observación puede parecer obvia, desde que es común a los historiadores utilizar los testimonios de los actores históricos para reconstruir la realidad que los circunda. Pero en el caso de Halperin, y especialmente en *Una nación para el desierto argentino*, ese recurso asume ribetes singulares. De él surgen los pliegues y las bifurcaciones del texto. Una y otra vez, Halperin se desplaza de las representaciones de las figuras de las que se ocupa a su propia visión del proceso histórico. Las ideas de Sarmiento, Alberdi, Mitre o Hernández sitúan, describen, grafican, ofrecen elementos que luego son corroborados, enriquecidos o, las más de las veces, corregidos o desmentidos (más o menos sutilmente) por Halperin. Ese pasaje de registros a menudo se realiza inadvertidamente, y de allí que la escritura asuma un carácter intrincado, en el que con frecuencia no salta a primera vista quién es el sujeto que enuncia. Pero además, ese expediente se vincula con el componente irónico habitual en el retrato halperiniano de los intelectuales que fuera señalado por Carlos Altamirano.⁸ El contraste de las ideas de los letrados con el efectivo curso histórico los deja a menudo descolocados, perplejos, sujetos al examen de una mirada que ironiza sobre su fortuna y la juzga sin miramientos.

⁶ Roy Hora y Javier Trímboli, “Introducción” a *Discutir Halperin*, *op. cit.*, p. 8.

⁷ Tulio Halperin Donghi entrevistado por Roy Hora y Javier Trímboli en *Pensar la Argentina*, *op. cit.*, p. 54.

⁸ Carlos Altamirano, “Hipótesis de lectura”, *op. cit.*, p. 28.

Es posible afirmar, en definitiva, que ese uso de las figuraciones intelectuales como insumo para la reconstrucción del pasado revela una faceta recurrente del modo de historiar de Halperin. Ciertamente que en el caso de *Una nación para el desierto argentino* ese rasgo no resulta sorprendente, desde que este libro –como ya mencionamos– nació como una suerte de estudio preliminar a una antología de textos de letrados argentinos del período de la organización nacional. Pero, si se observa bien, esa modalidad es detectable en varios otros lugares de la extensa obra del autor de *Revolución y guerra*. En tal sentido, puede concluirse que aspectos sustantivos del siglo XIX de Tulio Halperin Donghi surgen de su capacidad para leer finamente, confrontadas entre sí, las representaciones intelectuales de la *intelligentsia* de esa centuria (empezando por las de los hombres de la Generación del '37).

4. Otras dimensiones de *Una nación para el desierto argentino* permiten corroborar el peso efectivo que Halperin otorga a los procesos de ideas. Mencionemos tres casos relevantes. En primer lugar, los efectos ideológicos y políticos de la recepción de las novedades que llegan con las noticias de las revoluciones europeas de 1848. El tema es mencionado una y otra vez a lo largo del texto en referencia al clima de opinión que subtiende a la inflexión conservadora de los representantes del liberalismo argentino hacia mediados de siglo. En segundo lugar, el sesgo democrático que no obstante embarga a algunos grupos enrolados en esa corriente de pensamiento dos décadas más tarde. Aun cuando constata su limitada relevancia práctica, Halperin dedica varias páginas a esos grupos, que se reclutan entre la acrecentada inmigración italiana de inspiración mazziniana y los círculos masones. Entre ellos, destaca a José Hernández y a aquellas figuras jóvenes “que no quisieran ser dejadas atrás por la marcha de las ideas en Europa y Francia” (p. 108). Final-

mente, mencionemos un rasgo que hace a la arquitectura general del texto. Frente a la visión que esgrimía que los pensadores que en las postrimerías del rosismo buscaron diseñar un futuro para la Argentina “querían todos sustancialmente lo mismo”, y que los conflictos que se sucedieron entre ellos surgieron sea de “deplorables malos entendidos”, sea de “rivalidades personales y de grupo” (p. 8), Halperin prefiere distinguir y precisar proyectos ideológicos de diferente perfil y contenido que a su juicio compitieron entre sí. Y si las batallas políticas que suceden a la caída de Rosas no se explican por esas diferencias (otras causas, y ante todo la ausencia de un centro de poder establecido e indiscutido, crean las condiciones para esos combates de casi tres décadas), esa diversidad de ideas sí talló y jugó su suerte, con resultados variables, en esas circunstancias.

Para finalizar este texto, pongamos brevemente en relación esa atención a las ideas con un rasgo de las tradiciones intelectuales y políticas que informaron al siglo en que tuvo asiento lo principal de la producción historiográfica halperiniana. Cuando Halperin publica por primera vez *Una nación para el desierto argentino* en 1980, densos procesos históricos han horadado paulatinamente en América Latina la fe de cuño ilustrado en el poder transformador de las ideas. Un ideologema se ha abierto camino, enrostrado sobre todo a las izquierdas que se reconocen en esa fe: el de la superioridad epistemológica y política de lo real en su pura desnudez; el de la concomitante impotencia de las ideas. Y aunque la historia de su incrustación en las culturas políticas del continente a lo largo del siglo XX no es lineal, sino que reconoce complejos vaivenes, pueden mencionarse algunos hitos significativos que colaboraron en su constitución. Esa historia puede partir de una de las riadas despertadas por la Revolución Mexicana (esa que, en el prisma del Octavio Paz que en *El Laberinto de la Soledad* insiste en la figura de

las ideas como máscaras, es un puro estallido de la realidad); puede detenerse en la estación aprista como laboratorio en el que apreciar privilegiadamente el tránsito que se opera desde una matriz de izquierda ilustrada, a otra que toma parcial distancia de ella; puede, en fin, considerar la herencia del peronismo, que a partir de la legitimidad extraída de su exitosa y perdurable implantación como fenómeno de masas legó un eficaz argumento descalificador de las tradiciones de izquierda y los intelectuales, en tanto cultoras de una “razón abstracta” que las ubica en recurrente posición de exterioridad respecto a la sociedad.

Son éstos sólo algunos de los nudos que hacen a la historia del ascenso de una cultura política que tiende a despreciar las ideas, y que sin duda tiñe nuestra contemporaneidad.⁹ Pero es el mismo Halperin quien nos sugiere que esa historia, cuyo desenvolvimiento solemos situar en el siglo xx, es compleja y quebradiza, y que incluso algunas de sus facetas se prefiguran en la centuria anterior. En una tesis sobre la que vuelve en más de una ocasión, Halperin ubica en el Partido de la Libertad de Mitre el nacimiento de una voluntad de representar los intereses de la nación toda que tiene como precondition el pragmatismo y el “mal humor frente a quienes proclaman

la necesidad de partidos agrupados en torno a programas” (p. 70). Se trata de una concepción destinada a tener portentoso futuro: “la deuda que con esa definición [...] tienen tantos movimientos políticos argentinos es muy grande” (p. 71), nos dice Halperin, y entre ellos se apresura a encolumnar al yrigoyenismo y al peronismo.¹⁰

Frente a esa tradición, en definitiva, el cometido de recuperar el gesto exultante del voluntarismo de las ideas de los letrados argentinos del siglo xix ha tenido y tiene un sentido que no dudamos en llamar político. Recientemente, Gonzalo Aguilar llamaba a “pensar las relaciones entre dominación y antiintelectualismo: cómo, a menudo, cuestionar la tarea intelectual significa una reafirmación del presente”.¹¹ La superior legitimidad que, por su pretendida proximidad a la realidad, reclama para sí el populismo encubre así un talante conservador: y es que en ese amor por lo real, lo real queda incuestionadamente confirmado en aquello que es.¹² □

⁹ Al respecto, en 2002 Oscar Terán remataba un ensayo señalando que “es preciso preguntarse si muchos de nuestros políticos, incluidos los de la franja progresista, no siguen adheridos a la concepción antiintelectualista –populista al fin–, convencida de que quienes están más cerca de los libros están por definición más lejos de la realidad”. Oscar Terán, “Intelectuales y política en la Argentina: una larga tradición”, en *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2006, p. 84.

¹⁰ Sobre las raíces decimonónicas de ese apego por la indefinición ideológica del radicalismo yrigoyenista y del peronismo, véase Tulio Halperin Donghi, “El lugar del peronismo en la tradición política argentina”, en Samuel Amaral y Mariano Plotkin (comps.), *Perón: del exilio al poder*, Ciudad de San Martín, Cántaro, 1993.

¹¹ Gonzalo Aguilar, “Ángel Rama y *La ciudad letrada* o la fatal exterioridad de los intelectuales”, en Liliana Weimberg (coord.), *Estrategias del pensar: ensayo y prosa de ideas en América Latina en el siglo xx*, México, UNAM, 2010, p. 254.

¹² Halperin mismo adhiere oblicuamente a esta tesis en un pasaje circunstancial de *Una nación para el desierto argentino*: “Alberdi desde 1837 ha intentado sacar lecciones permanentes del estudio de los procesos políticos que se desenvuelven ante sus ojos, y no está inmune al riesgo implícito en esa actitud; a saber, el de descubrir en la solución momentáneamente dominante el punto de llegada de la historia universal” (pp. 37-38).

Revelaciones esquivas: Halperin Donghi escribe sobre José Hernández

Alejandra Laera

Universidad de Buenos Aires / CONICET

En *José Hernández y sus mundos* Tulio Halperin Donghi toma como punto de partida lo que ha sido considerado uno de los enigmas más importantes de la cultura argentina: cómo llegó Hernández a escribir el *Martín Fierro*. Y así lo enuncia él mismo en el prólogo: “qué hizo de este periodista del montón, de este participante de segunda fila en la enmarañada vida política de su tiempo, el autor de *Martín Fierro*”. Tanto la exhumación de archivos periodísticos y la pasión por el detalle, como la exhaustividad de la investigación y la reconstrucción de la vida política de las décadas de 1860 y 1870 le otorgan al enigma una explicación que busca, aunque no se lo aclare expresamente, ser definitiva.

Se diría que Halperin triunfa como historiador allí donde la literatura viene a ser irreductible a cualquier explicación disciplinar, allí donde la historia deja de resultar suficiente para comprender la literatura. Pero si el misterio no puede disiparse del todo, después del libro de Halperin ya no es más el mismo. Para empezar, el punto de partida para leer a Hernández se transforma por completo ya que Halperin encuentra en el oportunismo una clave crítica para interpretar su trayectoria, yendo en contra de las atribuciones de espontaneidad, grandeza o genialidad del autor de *Martín Fierro* que sostenía la bibliografía previa y que a partir de acá pierden anclaje

histórico y dejan de tener sentido. Si algo no se llega a comprender todavía tras la lectura de *José Hernández y sus mundos*, si algo se mantiene en el misterio, no son ya las condiciones de posibilidad de un texto o de un libro, sino aquello que tiene la literatura del orden de la “expresión”, y uso adrede un término frecuentemente usado por Halperin. Esto no es menor tratándose del libro que, retrospectivamente, le dio el nombre a la “literatura gauchesca”. No lo es, justamente, porque en el *Martín Fierro* esa “expresión” no involucra únicamente un tema y un conjunto de ideas ruralistas, sino porque compromete la lengua y ciertas ideas sobre el uso del lenguaje. La explicación, afilada y contundente, de cómo José Hernández se convirtió en autor de *Martín Fierro* no llega a responder cómo José Hernández escribió *Martín Fierro*. Frente a los misterios con respuesta que una investigación puede resolver felizmente, parecen estar aquellos misterios cuya respuesta sólo puede ser meramente especulativa. Y Halperin, que sagazmente esquivo todo psicologismo explicativo pero también cualquier argumentación de índole literaria, no parece interesado en achicar esa distancia. *José Hernández y sus mundos* es siempre un libro de historia.

Sin embargo, pese a esa suerte de núcleo irreductible que es la gauchesca hernandiana, el libro de Halperin Donghi no sólo se ha

constituido, desde su aparición en 1985, en referencia ineludible para los estudios históricos sobre el período de la Confederación, para las investigaciones sobre la prensa de esos años y para los diversos abordajes de la vida pública en la segunda mitad del siglo XIX. También los estudios literarios han sentido, de modo diverso y no necesariamente explícito, su repercusión.

Hasta la década de 1880, la crítica literaria sobre Hernández y el *Martín Fierro* siguió, en su mayoría, tendencias bastante identificables.¹ Propias de las primeras décadas del siglo XX son las lecturas de corte más filológico, como la de Ricardo Rojas en los dos volúmenes iniciales de su *Historia de la literatura argentina* (*Los gauchescos*, 1917) y la de Leopoldo Lugones en *El payador* (1916). Buena parte de la crítica posterior es subsidiaria de estos abordajes que, vale la pena recordarlo, inauguran la consagración cultural del libro de Hernández; entre la interpretación filológica y la estilística escribieron, por mencionar sólo a los más citados, Eleuterio

Tiscornia, Carlos Alberto Leumann y Amaro Villanueva. En 1948 apareció el monumental *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, en el que Ezequiel Martínez Estrada propuso, a partir del poema, un “ensayo de interpretación de la vida argentina”. Si la aventura de emprender una lectura total es tan desproporcionada como imposible, si el ensayo termina siendo más un logro en sí mismo —¡la aventura de leerlo!— que una obra de consulta imprescindible, es precisamente por eso que su mirada, entre existencialista, sociológica y psicologizante, le sirvió a la generación siguiente, definida por *Contorno* en la década de 1950 o simpatizante de su denunciismo, para diferenciarse de la crítica literaria anterior, autocentrada en la especificidad del estilo. Cuando en los años de 1970 Noé Jitrik y Adolfo Prieto escriban sus ensayos sobre Hernández y la gauchesca, orientados por entonces, respectivamente, al textualismo y a la sociología de la cultura, la inflexión producida en la crítica sobre el *Martín Fierro* por *Muerte y transfiguración* se ha mostrado decisiva: la dimensión cultural, social y política es tan constitutiva del clásico como lo es su uso de la lengua gaucha.² En contraste con Martínez Estrada, ya a partir de los años de 1930 Borges había privilegiado la peripecia hasta el punto de leer, a modo de *boutade*, el *Martín Fierro* como si fuera una novela; pero sobre todo, arrebatándoles el clásico de las letras a los nacionalistas, encontró en el *Martín Fierro* un argumento nacional para su poética

¹ Estoy considerando la crítica hernandiana a partir de la consagración cultural definitiva del *Martín Fierro* en los años del Centenario. Por lo mismo, no tomo en cuenta acá los comentarios críticos con los que fueron recibidas las diversas ediciones de la *Ida* y la *Vuelta* en los años de 1870 y 1880, como tampoco los debates sobre la representación del gaucho y sobre la lengua a los que dio lugar. Además, quiero resaltar el carácter general de la descripción que hago de la extensísima bibliografía sobre Hernández y su libro; fundamentalmente, me detengo en, o menciono, las contribuciones más importantes o más representativas en el campo de los estudios literarios y culturales. Un panorama bastante amplio de lo más relevante de la crítica hasta fines de la década de 1970 se presenta en la antología *Martín Fierro y su crítica*, que realizaron María Teresa Gramuglio y Beatriz Sarlo (CEAL, 1980), quienes también prepararon para *Capítulo* el número correspondiente a José Hernández (CEAL, 1979). Para una bibliografía completa de *Martín Fierro*, remito a la “Bibliografía hernandiana” de Horacio Jorge Becco, que llega hasta 1972, y a la “Bibliografía, 1972-2000” de Susana Romanos y colaboradores, incluidas ambas en la edición crítica de *Martín Fierro* realizada por Élica Lois y Ángel Núñez para la Colección Archivos (Alcea xx, 2001).

² Me refiero estrictamente a “El tema del canto en el *Martín Fierro* de José Hernández”, de Noé Jitrik (*El fuego de la especie; ensayo sobre seis escritores argentinos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971) y a “La culminación de la poesía gauchesca” de Adolfo Prieto (en *Trayectoria de la literatura gauchesca*, en Horacio J. Becco (comp.), Buenos Aires, Plus Ultra, 1977, pp. 81-102). También en 1971, en la colección de divulgación de CEAL “La historia popular. Vida y milagros de nuestro pueblo”, Noé Jitrik había publicado una breve pero muy bien contextualizada biografía de José Hernández.

universal que sostuvo no sólo en sus ensayos sobre literatura gauchesca (“El escritor argentino y la tradición” de 1932, “La poesía gauchesca”, de 1957, *El Martín Fierro*, de 1953 en colaboración con Margarita Guerrero, entre otros), sino también en los dos cuentos en los que reescribió partes del libro de Hernández (“El fin”, en *Ficciones*, de 1944, e “Historia de Tadeo Isidoro Cruz”, en *El Aleph*, de 1949). Fuera de todo programa, imprevista y fugazmente, la lectura de Borges se encontraba, además, con la de Rojas en su intento por pensar a *Martín Fierro* en el marco de una literatura gauchesca que lo diferenciara de la poesía de los gauchos. Entre ambos extremos, las propuestas que ordenan diacrónicamente una serie que empieza en Bartolomé Hidalgo, sigue en Hilario Ascasubi y Estanislao del Campo y culmina en el poema de Hernández son variadísimas, y si bien el principio organizador no deja de ser literario, en casi todos los casos la preocupación mayor es identificar sus vínculos con la serie político-social: Adolfo Prieto en “La culminación de la poesía gauchesca” (1977), Jorge Rivera en *La primitiva literatura gauchesca* (1968), y más sistemáticamente Ángel Rama, en algunos artículos incorporados a *Los gauchipolíticos rioplatenses* (1976) han trabajado en esa dirección, contribuyendo con la sociología de la cultura y la historia de la literatura. A estos abordajes, es preciso sumar los aportes biográficos más importantes, ya sea planteados desde las letras, como es el caso de *Hernández: poesía y política* (1973), de Rodolfo Borello, ya sea desde la historia, como *La vuelta de José Hernández* (1959), de Fermín Chávez, o *Tiempo y vida de José Hernández* (1972), de Horacio Zorraquín Becú.

Es entonces en medio de esa abundante producción bibliográfica que Halperin Donghi escribe un libro revelador que se constituye como respuesta definitiva al misterio que liga a José Hernández con *Martín Fierro*. Descubre de una vez aquello que convierte a Her-

nández de periodista en poeta gauchesco, por un lado, y que lo lleva, por otro, de lidiar con una posición política segundona, a instalarse en el canon nacional. Doble movimiento que combina lo general con lo particular y que se explica tanto por el abandono gradual de una política facciosa hacia la década de 1870 como por la capacidad de Hernández de capitalizar el inesperado éxito literario a favor de su trayectoria pública. Halperin saca a la luz toda la producción periodística de Hernández previa a la escritura de *El gaucho Martín Fierro* en 1872; la relaciona con sus desplazamientos y actividades entre Buenos Aires, Paraná y Corrientes hasta el retorno a la capital; la lee en función de posiciones y prácticas políticas y del recorrido de ciertas ideas, y finalmente la pone en diálogo no sólo con las dos partes de su poema gauchesco, completado con *La vuelta* en 1879, sino también con todo el conjunto paratextual integrado por los sucesivos prólogos y por los comentarios de los contemporáneos. Pero ese ejercicio de revelación no es meramente discursivo sino que descubre a la vez la complejidad y los avatares de una dimensión ideológica que cuajaría efectiva y felizmente, como no había ocurrido con la actividad periodística de Hernández durante los años de 1860, en el *Martín Fierro*. Para medir el impacto de *José Hernández y sus mundos* importan menos las objeciones implícitas de Halperin al biografismo revisionista de Fermín Chávez que el modo en que usa parte de las fuentes recopiladas por Pagés Larraya bajo el nombre de *Prosas del Martín Fierro*. Y menos la condescendencia burlona hacia el libro de Martínez Estrada que la medida distancia que adopta con la biografía de Zorraquín Becú. Y si alguna deuda hay con la crítica literaria, como lo indica al agradecerles a Jitrik, Prieto y Borello en el prólogo, es ante todo generacional.

No habría que pensar en la importancia de *José Hernández y sus mundos*, de cualquier modo, sin atender al impacto de otro libro

dedicado al *Martín Fierro* y publicado apenas tres años después del libro de Halperin. Me refiero a *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, de Josefina Ludmer, que provocó un cambio sin retorno en todo abordaje a los estudios sobre Hernández, *Fierro* y la gauchesca.³ Así como en el campo de la historia la contribución de Halperin fue definitiva, así la lectura de Ludmer funcionó como un parteaguas para la crítica literaria. Dos libros apenas podrían ser más diferentes. En *Un tratado sobre la patria* la gauchesca de Hernández no se intenta comprender a través de la reconstrucción histórica sino de la teoría literaria (es allí donde Ludmer propuso su fórmula “uso letrado de la voz (del) gaucho” y definió el género para siempre). Y sin embargo, los dos llegan a la política, a la relación entre el *Martín Fierro* y la política, entre el poema, con sus ideas, su forma y su estilo, y la política de los tiempos de Hernández, la Confederación, Buenos Aires y el Estado argentino. Quiero decir: también el libro de Ludmer le da una dimensión política a la lectura teórico-crítica del género gauchesco y su texto mayor, el *Martín Fierro*. Es en ese punto donde se cruzan ambos libros, el punto donde se reenvían mutuamente al otro campo, el punto donde se deja ver, o donde nosotros

debemos ver, la necesidad de comprender la historia y la literatura al mismo tiempo.

Es cierto que Ludmer cita únicamente *José Hernández y sus mundos* a propósito de la empresa periodística del *Río de la Plata*, el diario de Hernández en el que entre agosto de 1869 y principios de 1870 publicó sus artículos ruralistas. Pero cita también *Proyecto y construcción de una nación* (1980), en cuya introducción, “Una nación para el desierto argentino”, anticipa al *José Hernández* en el planteo de la emergencia de una clase terrateniente y su vinculación con la población rural. Y sobre todo, cita *Revolución y guerra* (1972), que resulta fundamental para explicar, como lo indica el subtítulo, la “formación de una elite dirigente en la Argentina criolla”, algo que a Ludmer le interesa especialmente porque le sirve para justificar los usos del gaucho por parte de la elite letrada y liberal junto con los procesos de militarización y desmilitarización que pueden rastrearse en la propia historia de la gauchesca. Para la justificación histórica de su lectura Ludmer, en definitiva, reenvía a Halperin, “cuyos trabajos son esenciales en este tratado”. Por su parte, Halperin cita, si no el todavía inédito *El género gauchesco*, el artículo “La lengua como arma. Fundamentos del género gauchesco”, en el que se anticipan algunas hipótesis. Halperin pone a Ludmer como una de las referencias para estudiar “la relación entre la literatura gauchesca y el ciclo político rioplatense” pero no “en su trayectoria histórica”, como Rama, sino “en perspectiva teórica”. En todo caso, la relación de Halperin con Ludmer, de quien fue profesor en Rosario (cuando todavía era la Universidad del Litoral), está mediada por la relación crítica con otros integrantes de su generación, como Jitrik, a quien Ludmer también dice seguir –aunque ambos hacen lecturas textualistas muy diferentes– y en cuya cátedra de la Universidad de Buenos Aires trabajó a comienzos de la década de 1970.

³ También en 1988 se publica otro libro fundamental: *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, en el que Adolfo Prieto rastrea y analiza la configuración de redes textuales en relación con circuitos de lectura, entre ellas la que se armó alrededor de *Martín Fierro*. La propuesta de Prieto fue pionera, en los estudios literarios realizados en la Argentina, de una perspectiva de lectura que se profundizaría y ampliaría a diversos objetos culturales recién hacia el umbral del siglo XXI y hasta la actualidad. Si no me detengo en su abordaje es porque Prieto está trabajando no con la prehistoria del *Martín Fierro*, con el camino que va de José Hernández a *Martín Fierro*, que es lo que estamos considerando a partir de la postulación de Halperin en su libro, sino con el modo en que sus sentidos se transforman a partir de las lecturas, muchas veces desplazadas, que se han hecho de él.

En este marco de abordajes del *Martín Fierro*, en el que el libro de Ludmer resulta ineludible, estimar la importancia del libro de Halperin me parece fundamental porque hay en él una idea de la conexión entre la literatura y la historia que interpela directamente a los estudios literarios. ¿No está poniendo en evidencia, acaso, antes de que los estudios literarios, por la vía de la crítica cultural, lo hicieran, la necesidad al menos momentánea de salir del orden de la “expresión”, del orden textual, para entender la constitución de un texto, para evaluar sus condiciones de posibilidad?

Probablemente nadie haga hoy una lectura crítica del *Martín Fierro* sin tener en cuenta los mundos de Hernández que reveló Halperin. Sabemos ya que en esos mundos también se compone la materialidad de un texto, que las ideas ruralistas no se comprenden solamente, o a veces no se comprenden bien, atendiendo únicamente a la letra, la forma o el estilo. Halperin explica esas ideas ruralistas a la luz del oportunismo de Hernández, de su producción periodística, de su mediocridad política, y en confrontación con el ruralismo de la Sociedad Rural y con otros escritores de ideología ruralista. Y en ese sentido, la historia que cuenta no es solamente una historia que le sirve como contexto a la literatura ni tampoco que funciona como usina para justificar postulados a priori. Aun así, las lecturas del *Martín Fierro*, probablemente por el predominio del textualismo en la crítica literaria argentina, han continuado la tendencia interpretativa, como si insistieran en buscar

respuesta al porqué de su escritura, a la lógica del canto, a la relación entre la *Ida* y la *Vuelta*.

En el año 2001, y tras varios años de preparación, se conoció la edición crítica del *Martín Fierro*, que viene a reemplazar, para las lecturas especializadas, las hasta entonces obligadas de Tiscornia o de Becco. La edición, a cargo de Élidea Lois y de Ángel Núñez, redobla la apuesta del “misterio” y busca reconstruir, con las herramientas de la crítica genética, el proceso creativo que llevó a la redacción del *Martín Fierro* tal cual lo conocemos. Tal vez la lectura genética de Lois sea, entre la crítica hernandiana contemporánea, la que nos ha entregado un último e irrevocable hallazgo al comparar los manuscritos de Hernández con las sucesivas ediciones de *El gaucho Martín Fierro* y de *La vuelta de Martín Fierro*. El recorrido de la ideología ruralista de Hernández puede seguirse, ahora, en el rastreo ruralista del lenguaje. Llama la atención, en este nuevo acercamiento, que la propuesta de la crítica genética vuelva a ser tan autosuficiente como quisieron serlo la filología y la estilística: los mundos de Hernández que nos hizo conocer Halperin Donghi no aparecen en esta lectura. Y sin embargo, por más que el retorno a la letra, a la escritura y sus procesos, sea un desafío pendiente para iluminar el misterio, sin esos mundos el *Martín Fierro* pierde dimensión histórico-política, pierde la potencia que le dio sentido, que hizo posible la identificación ruralista y la empatía con el público. Sin esos mundos de José Hernández tampoco la “expresión” del *Martín Fierro* es la misma. □

La renovadora lectura de un clásico

Alejandro Eujanian

Universidad Nacional de Rosario

La publicación de *José Hernández y sus mundos* en 1985 prometía en ese momento, más por la trayectoria de su autor que por el asunto que trataba, una renovación en los modos de abordar un tema clásico tal como había sucedido con sus libros anteriores. Halperin Donghi había anticipado en el prólogo de *Revolución y guerra*, aparecido en 1972, la clave de lectura con la que debía ser abordado un texto que pretendía no ser más que un libro de historia política y que se instalaba cómodamente en una tradición que se remontaba a Bartolomé Mitre y a Vicente Fidel López, los antecedentes más prestigiosos que una historia sobre la revolución podía legítimamente reconocer. Sin embargo, al comenzar a leer ese libro se hacía evidente que, si bien no defraudaba respecto de lo que su autor prometía, era también mucho más que eso. Por su parte, el libro sobre Hernández también estaba dedicado a un tema clásico de la historia cultural argentina, sobre el cual una vastísima bibliografía auguraba cierta dificultad para justificar un nuevo trabajo, cuyo objeto fuera su obra literaria y periodística. Pero precisamente éste es uno de los rasgos que presentan los trabajos de Halperin a través de una producción que abarca temas relativos a la historia política, social, económica, cultural y de las ideas en Hispanoamérica a lo largo de más de 200 años. En sus libros, la originalidad no

deriva de la capacidad de abordar nuevos temas e iluminar regiones del pasado hasta el momento poco visitadas, sino de la todavía más difícil tarea de proponer un nuevo modo de interpretar un pasado sobre el que ya parecía haberse dicho todo. Por otra parte, tampoco se trata de abordar el asunto en cuestión con un renovado arsenal teórico ni con técnicas de investigación demasiado sofisticadas, sino que alcanza con formular las preguntas adecuadas. Pero para ello, es necesario despejar antes el terreno que ha sido alterado por las lecturas realizadas a lo largo de más de un siglo, para volver a encontrarse con las huellas que un hombre y su obra dejaron en su paso por los mundos en los que intervinieron.

A comienzos de la década de 1980, recién recuperada la democracia y cuando comenzaban a reorganizarse las instituciones sobre las cuales se construiría la historia profesional en la Argentina, esa combinación de una historia a la vez clásica y renovadora podía ser leída en un contexto diferente de aquel en el que había sido recibida la obra de Tulio Halperin Donghi entre las décadas de 1950 y 1970. En parte, porque el país comenzaba a transitar un rumbo casi inédito, que invitaba a asumir la complejidad del presente y la incertidumbre de un futuro para cuya comprensión, si la historia tenía algo que aportar, seguramente no lo haría desde una perspectiva excesivamente

simplificadora. Por otra, porque la renovación de la cual Halperin era uno de los referentes más prestigiosos se había instalado para quedarse en los principales centros académicos del país; y los historiadores que ocuparon las posiciones dominantes en esas instituciones en general se sentían como sus legítimos herederos e, incluso, orgullosos discípulos. Pero no era sólo por eso sino, sobre todo, porque esa obra seguía planteando problemas que debían ser tenidos en cuenta por cualquier intento serio de abordar la historia argentina decimonónica. Aún hoy, transcurrido un cuarto de siglo de la edición original de *José Hernández y sus mundos*, su lectura no es sólo necesaria por las cuestiones que resuelve sino por las que propone como punto de partida para cualquier indagación sobre el mundo político y cultural, la formación de la esfera pública y la prensa de la segunda mitad del siglo XIX.

De todos modos, aun cuando conservaba estos rasgos reconocibles en la obra de su autor, *José Hernández y sus mundos* presentaba también una particularidad significativa. Se trataba de un estudio global, dedicado a un hombre y su obra, cuyo único antecedente en la producción de Halperin Donghi había sido el mucho menos voluminoso libro de juventud que tituló *El pensamiento de Echeverría*, de 1951.¹ Antes y después, el interés por las ideas políticas fue una constante en su obra, pero tratadas en un contexto más coral, como en el prólogo a *Proyecto y construcción de una nación*, de 1980, en el que Hernández tenía un lugar relativamente periférico dentro

de una formación político-cultural dedicada a ofrecer alternativas para la organización nacional. Lo que distingue el libro sobre Echeverría de este consagrado a Hernández es obviamente el más fino conocimiento de aquel universo político-cultural pero, en otros aspectos, aquel joven historiador que terminaría abandonando su carrera en el derecho y el más maduro y afirmado historiador del *José Hernández y sus mundos* comparten una manera similar de hilvanar las ideas de esos hombres siempre en contacto con el contexto social y político que servía de clave para su comprensión. De ese modo lo veía Roberto Giusti en el prólogo que escribió en 1951 para *El pensamiento de Echeverría*. En ese prólogo, Giusti destacaba precisamente el carácter innovador de ese estudio a pesar de la abundante bibliografía dedicada al autor del *Dogma socialista*, que había crecido notablemente ese año con motivo del centenario de su fallecimiento. Aun así, había algo nuevo que decir para este “joven publicista” cuyo libro, según Giusti, era la expresión tempranamente madura de un autor que evadía el lugar común y la hagiografía, para recorrer un camino diverso al transitado por otros intérpretes de Echeverría, que aquí era sometido “al ácido de una crítica, no propiamente corrosiva pero sí fijadora de su exacto perfil”.

Pero sobre todo observaba ese peculiar método exegético y riguroso que, sin ser particularmente sofisticado, es sin duda singular y por eso intransferible. Su propiedad para describir el trabajo que realiza con Hernández es llamativa y muestra una continuidad tanto en el estilo y el método para explicar un pensamiento singular, como también la intención de mostrar al hombre y su obra con sus matices y contradicciones, y sin la menor pretensión de reducir sus ideas a una unidad de sentido bajo la forma de un sistema o doctrina:

[...] encadenando estrechamente las razones por nexos que sacrifican en ocasiones

¹ Tulio Halperin Donghi, *El pensamiento de Echeverría*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951. Anteriormente había publicado: “Sarmiento: Artículos críticos y literarios (1841-1842). Tomo I de las Obras Completas”, *Realidad. Revista de Ideas*, vol. 5, N° 13, Buenos Aires, enero-febrero de 1949; “Tradición y progreso en Estaban Echeverría”, *Cuadernos Americanos*, Año IX, vol. 49, N° 1, enero-febrero de 1950; “La religión y el pensamiento de Echeverría”, *Cuadernos Americanos*, Año X, vol. 56, N° 2, marzo-abril de 1951.

la elegancia de la elocución a la lógica, desmonta el pensamiento del autor del *Dogma Socialista*, lo encuadra en las filosofías europeas, a veces diferentes o contrarias en que aquél se inspiró, lo atarea al de su generación, lo contrasta con el de la unitaria, y señala sus debilidades, sus contradicciones íntimas o patentes, sus defectos de estimación y la dispersión de las tendencias en que se encarna. Si juzga innecesario rehacer por menudo la genealogía de las ideas del maestro argentino, pone en cambio el más firme empeño en trazar el itinerario de ese pensamiento, indicando en la carta su errar incierto, sus desviaciones y los escollos con que chocó en la realidad viva, al descender del cielo de las abstracciones.

Es casi inevitable la tentación de trasladar aquel juicio de Giusti al ejercicio que Tulio Halperin Donghi realiza sobre José Hernández para ofrecernos un personaje más complejo y ambiguo que el que la crítica había exaltado como autor de *El gaucho Martín Fierro*. Aquellas cuestiones que habían sido señaladas por la crítica como una discontinuidad en la obra y la vida de Hernández, se resuelven en Halperin como enigmas mucho menos justificados. La primera se refería a las conocidas diferencias entre la primera y la segunda parte del *Martín Fierro*, sobre las que Ezequiel Martínez Estrada había dejado planteada una interpretación canónica a la que resultaba necesario volver. La segunda era una pregunta que servía a Halperin de punto de partida que era preciso reformular para comenzar a abordar esos mundos que habitaba Hernández: ¿cómo ese escritor que hasta el momento parecía haber dado tan poco de sí al servicio de causas tan poco personales había logrado escribir esa obra genial? Desarmar esos enigmas, así planteados, era imprescindible para desandar el camino recorrido y volver a instalar a José Hernández en su tiempo. No más ni menos que éste es el gesto de Hal-

perin Donghi como historiador, el que le permite observar que entre la ida y la vuelta había menos una claudicación que una continuidad, y que si *El gaucho Martín Fierro* era un gran libro esto se debía simplemente al hecho de que Hernández había sido un gran poeta.

Si esa indagación llega a buen término es por el modo de ejecutar una exploración exhaustiva que progresa a través de preguntas que van abriendo surcos, cuyo principio ordenador siempre es un problema central que se sostiene inalterable y da unidad al relato y continuidad a una actuación política y a una producción periodística, literaria y parlamentaria. Ese problema central, creo ver, se organiza en torno al siguiente interrogante: ¿cuáles fueron las condiciones que hicieron de Hernández quien fue y que, al mismo tiempo, no colaboraron para que fuera mucho más que eso?

Para resolver esa pregunta, *José Hernández y sus mundos* integraba dos dimensiones de la obra de Hernández que hasta el momento habían sido abundantemente estudiadas pero que parecían conservar cierto grado de autonomía, la de su labor en la prensa periódica y la de escritor gauchesco consagrado por la publicación de un poema ejemplar. En efecto, de acuerdo a esas interpretaciones, una parte de su obra remitía a un pasado de luchas facciosas, superado por el orden impuesto a partir de 1880 por el Estado nacional consolidado. La otra ofrecía al futuro la oportunidad no desperdiciada de encontrar en ella, primero, el paradigma de la literatura nacional, para luego hallar sin escollos al genuino representante del ser nacional. Por otra parte, los contextos a partir de los cuales había sido en general interpretada una obra que se ofrecía generosa a la práctica de diversos anacronismos solían ser reducidos a una excesiva simplificación, como sucedía con el mundo de la prensa y la política en los que Hernández actuó y también con la campaña en la que su personaje había vivido sus penurias de ida y vuelta. En este segundo sentido, Tulio Halperin Donghi des-

tacaba cuestiones referidas a la diversidad de actores e intereses que habitaban ese mundo rural que Hernández, como periodista y poeta gauchesco, había estado lejos de poder o pretender reflejar de modo demasiado realista. Pero, sobre todo, tampoco como legislador se ofrecía como un representante particularmente fiel de aquellos intereses. Dos años después, en el marco de un debate sobre el problema de la mano de obra y el mercado de trabajo en la campaña bonaerense tardocolonial, esa imagen del gaucho estilizada por la literatura comenzaría a ser revisada por la historia social rioplatense.²

Ahora bien, si la figura de Hernández daba la talla para comprender a un mismo tiempo el mundo de la prensa, la política y la sociedad rural no era porque el lugar central que le cupo en cada uno de ellos fuera particularmente trascendente, sino por su relativa marginalidad, que lo convertía en una figura relevante para comprender las condiciones en las que actuó y, de acuerdo con ellas, evaluar sus expectativas y sus éxitos. Son precisamente esos contextos los que Halperin Donghi reconstruye para determinar cuál es su lugar de enunciación y, a partir de allí, comprender el sentido de sus actos. Por ello, no es casual que este libro haya logrado tan amplia circulación en los ámbitos vinculados con la historia y la crítica literaria, y los estudios sobre la prensa y la cultura política de la segunda mitad del siglo XIX. Entre otras cuestiones, se pueden observar las características de las relaciones entre esos ámbitos en los que participó y también que, aunque estos ámbitos estuvieran vinculados entre sí, el prestigio conquistado en uno de ellos no abría automáticamente las

puertas al éxito en el otro. Así, su popularidad literaria tuvo efectos políticos poco menos limitados que los que había logrado como resultado del prolongado servicio que prestó a las causas sostenidas por la prensa facciosa. Del mismo modo que una mayor autonomía respecto de esas luchas facciosas o el firme conocimiento de las reglas del oficio periodístico y de la política no lo habilitaban necesariamente como un jugador eficaz para imponerse en la arena política. Por este camino, aquel interrogante que veíamos como el articulador de la obra permite seguir a Hernández en su propio laberinto, al tiempo que pone de manifiesto una paradoja de la que Halperin nos convence que es menos un recurso retórico que la forma que mejor se adapta al personaje y, probablemente, a toda la historia argentina.

Apenas dos años después, publicaba en *El espejo de la historia* un artículo desconcertante por la poco frecuente reflexión teórica con la que introducía el análisis de un conjunto de autobiografías de escritores americanos que culminaba con una definición en la cual, con suma sencillez, describía el modo en el que debían ser analizados esos textos: “como testimonios del modo en que esos autores concibieron su inserción específica en las sociedades en las que actuaron”.³ Esa manera de abordar la historia de las ideas, sin duda transferible a *José Hernández y sus mundos*, le otorga un lugar indiscutible en cualquier historia del arte como antecedente de la nueva historia intelectual y de los intelectuales en la Argentina. □

² Nos referimos a la polémica en la que participaron Carlos Mayo, Samuel Amaral, Jorge Gelman y Juan Carlos Garavaglia. Véase “Gauchos, campesinos y fuerza de trabajo en la campaña rioplatense colonial”, *Anuario del IEHS*, Tandil, Universidad Nacional del Centro, 1987, pp. 23 y ss.

³ Tulio Halperin Donghi, “Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica”, en *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p. 53. Sobre la historia de los intelectuales en Halperin Donghi véase Carlos Altamirano, “Hipótesis de lectura (sobre el tema de los intelectuales en la obra de Tulio Halperin Donghi), en Roy Hora y Javier Trímboli (comps.), *Discutir Halperin. Siete ensayos sobre la contribución de Tulio Halperin Donghi a la historia argentina*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1997.

El momento José Hernández

Roy Hora

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

José Hernández y sus mundos es un capítulo original dentro de la reflexión sobre la historia de los intelectuales decimonónicos que Tulio Halperin Donghi ha venido cultivando a lo largo de más de medio siglo. Puesto en el contexto de su producción sobre esta temática —una de las tantas a las que se ha abocado este excepcional historiador— un primer dato se impone de inmediato. Este extenso volumen publicado en 1985 constituye el único estudio sistemático que el autor de *Una nación para el desierto argentino* ha consagrado a un integrante del mundo letrado. A primera vista, esta elección resulta llamativa por cuanto la relevancia de una figura que el propio Halperin Donghi califica como “participante de segunda fila” de la vida pública de su tiempo no guarda proporción con la que atribuye a personajes de la talla de Mitre, Sarmiento o Alberdi, a los que ha dedicado estudios sin duda incisivos pero siempre breves, amén de acotados a aspectos específicos de sus ideas o su actuación. Este diagnóstico sobre la inferioridad del creador del *Martín Fierro*, que un par de décadas antes de la aparición de *José Hernández* podría haber sido cuestionado, no enfrentaba desafíos de consideración cuando este estudio fue concebido, a fines de la década de 1970. En efecto, para entonces muchos de los que en su momento habían imaginado a Hernández como una suerte de

anti-Sarmiento (y al *Martín Fierro* como una respuesta al *Facundo*) se habían acallado o habían perdido el favor de parte considerable de su público, por lo que todo intento de volver sobre el significado de esta figura poseía un atractivo considerablemente menor que el que había alcanzado durante los años de apogeo del revisionismo histórico.

Sin embargo, basta una mirada al índice y a las abundantes notas al pie de *José Hernández* para que se ponga de relieve la primera de las razones que dan cuenta del interés de Halperin Donghi en la suerte de un personaje que siempre se movió en planos subalternos de la política y la cultura de su tiempo. Gracias al voluminoso archivo sobre la labor periodística y la vida pública de Hernández que Alejandro Losada generosamente puso a su disposición, por primera vez en largo tiempo Halperin Donghi pudo encarar una investigación apoyada sobre un amplio repertorio de fuentes primarias. En este sentido, pues, esta incursión en un género que hasta entonces no había cultivado, y al que tampoco regresaría, fue el camino a través del cual Halperin Donghi retomó un estilo de indagación en varios puntos similar al que caracterizó sus principales contribuciones de la década de 1960 —entre los que sobresale *Revolución y guerra*, publicado en 1972 pero concebido y elaborado en el decenio previo— antes de que su

radicación en el hemisferio norte lo obligase a encarar proyectos sobre la base de recursos documentales más acotados.

La riqueza de este archivo, exhibida a cada paso y citada en las notas con una intensidad poco frecuente en los trabajos de este historiador, contribuye a explicar por qué *José Hernández* se aventura a través de más líneas de indagación de las que parecen recomendables desde el punto de vista de la elegancia de la narración. Más importante, sin embargo, es recordar que la complejidad del relato y la diversidad de planos de análisis presentes en esta biografía ponen de relieve uno de los aspectos más peculiares del modo en que Halperin Donghi aborda el estudio de las elites letradas y sus creaciones textuales. A partir de una perspectiva que coloca en el foco de su atención la historia política de los letrados, y que analiza en toda su complejidad las relaciones de los integrantes de esta categoría social con la esfera del poder, el autor de *Una nación para el desierto argentino* siempre orienta sus interrogantes de modo de entender, a la vez que el pensamiento y la acción de estas figuras polifacéticas, el campo más amplio en el que se despliegan las iniciativas de estos actores.

A la luz de esta perspectiva, que entiende a la historia intelectual como un punto privilegiado para la observación de fenómenos sociales más amplios antes que como un objeto de indagación autosuficiente, es posible detectar dos tópicos que concitan la atención de Halperin Donghi: el mundo del periodismo y el de la sociedad rural bonaerense. El primero es abordado a través del análisis del *Hernández* periodista. La minuciosa exploración de una carrera en la prensa que, se afirma, no tiene nada de original ni de brillante, le sirve a Halperin para reconstruir la compleja y zigzagueante trayectoria de Hernández dentro del universo de la publicística y de la política federal. De este examen surge un Hernández ubicado en las antípodas del héroe revisionista, tanto por-

que sus escritos no se elevan sobre “la norma común del periodismo del momento” como porque este “periodista del montón” una y otra vez aparece dispuesto a poner mansamente sus talentos al servicio de causas que no son las suyas, como el apoyo de los gobernantes correntinos a la Guerra del Paraguay.

Halperin Donghi no se detiene en este punto. También muestra que una comprensión cabal tanto de la carrera como de los textos periodísticos de Hernández depende de la reconstrucción del universo de la prensa política, en tanto ésta ofrece las grandes coordenadas y el marco en el que ambos cobran sentido. El libro dedica varios capítulos a esta exploración, analizando las características de las empresas y del público lector, la relación de los periódicos con los grupos políticos que los alientan y financian, los temas en debate y los que se ubican más allá de toda disputa, las visiones que los periodistas tenían de sí mismos y de su lugar en la vida pública. Al cabo de este recorrido, la retórica periodística, tantas veces concebida por los historiadores como una mera fuente de información, emerge desnaturalizada, esto es, restituida a su condición de género discursivo específico, dotado de ciertas reglas y producido por ciertos actores en un contexto particular. De hecho, este estudio pionero sobre la prensa política de la era de la Organización Nacional contribuyó decisivamente a otorgarle vuelo intelectual y legitimidad historiográfica a un campo de estudios en desarrollo desde entonces.

El otro aspecto que me interesa considerar en el marco de este comentario, aun más alejado del mundo de los intelectuales, se refiere al estudio de la sociedad rural bonaerense y, en particular, del lugar de sus figuras más encumbradas, los grandes terratenientes, en la vida política de la campaña y de la nación toda. Halperin Donghi lo encara como parte de su exploración del mundo de *Martín Fierro*, tema que domina la segunda parte del libro. Al fundar *El Río de la Plata* en 1869,

Hernández buscó convertir a su periódico porteño en la voz de la campaña bonaerense. El análisis de la manera en que concibió esta tarea conduce a Halperin Donghi a analizar en qué puntos la visión de Hernández sobre los problemas de la sociedad rural era deudora de la que habían articulado los voceros del interés terrateniente y, más relevante, a evaluar la pertinencia misma de este conjunto de ideas para entender los rasgos básicos del orden existente en el distrito que constituía el motor de la economía argentina. Si el análisis de la prensa ofrecido por *José Hernández* ayudó a construir una nueva problemática para los estudios sobre la prensa, al encarar estas cuestiones Halperin Donghi se internó en un terreno bien transitado por la historiografía, y en el que él mismo ya había ofrecido importantes contribuciones, entre las que se destaca el ya mencionado *Revolución y guerra*. Allí Halperin Donghi concluyó que los cambios aportados por la independencia y la apertura al comercio atlántico habían resultado decisivos para la constitución de un nuevo orden social y productivo, pero también político, erigido en torno a la gran propiedad y a la élite terrateniente.

En *José Hernández*, Halperin Donghi no se limita a retomar esos argumentos de inspiración sarmientina con el propósito de fijar un marco contextual a la trayectoria de Hernández y de su alter ego *Martín Fierro*. Más bien, esta nueva incursión en el análisis del mundo rural pampeano le ofrece la ocasión para avanzar de manera decidida en la revisión de esa gran narrativa que él mismo había contribuido a establecer. Sus argumentos críticos se despliegan en dos direcciones. Por una parte, *José Hernández* toma distancia de la visión que concibe a la gran propiedad terrateniente como el eje fundamental del orden social y productivo pampeano, por cuanto afirma que la estancia debió coexistir con numerosas empresas pequeñas y medianas, cuyos titulares poseían un considerable grado de autonomía

social y productiva. En segundo lugar, Halperin Donghi enfatiza la debilidad política de la élite rural, un grupo al que atribuye escasa capacidad para acotar el margen de acción de las fuerzas partidarias que competían por el control de un Estado dotado de un considerable grado de autonomía respecto de los grupos económica y socialmente predominantes.

En este relato, pues, el actor que solía presentarse como el principal arquitecto de la sociedad decimonónica ha sido desalojado de su papel protagónico en el desarrollo histórico argentino. El abandono de esta mirada de fuerte impronta clasista no supuso sólo ni centralmente un reconocimiento de la especificidad de lo político, toda vez que Halperin Donghi siempre se había mostrado sensible a la complejidad de las mediaciones entre Estado y sociedad. Más importante, ella significó una notoria revalorización del papel del Estado como actor político y agente de cambio, un desplazamiento que constituye quizás la principal inflexión interpretativa en la obra de este singular historiador. Este giro, que comenzó a abrirse camino a fines de la década de 1970, en el curso de unos pocos años dio lugar a un notable conjunto de estudios estrechamente relacionados si no por su objeto, sí por su problemática. En efecto, *Una nación para el desierto argentino* (1980), *Guerra y finanzas en los orígenes del estado argentino* (1982) y *José Hernández y sus mundos* (1985) –las tres obras mayores de uno de los períodos más productivos de toda su trayectoria– exploran distintas dimensiones de la construcción, las características y la trayectoria del Estado, o tienen a estos fenómenos entre sus supuestos.

Habiendo situado a *José Hernández* en el marco de esta nueva problemática, vale la pena preguntarse cuál es la principal contribución de este libro al estudio del papel del Estado en el desarrollo histórico argentino. Sin duda, su mayor aporte se refiere al modo en que aborda el estudio de la relación entre

el Estado y los sectores social y económicamente predominantes, en particular los de base rural. Una exploración cuidadosa de esta temática reclama más espacio del que este breve comentario puede asignarle. Con todo, vale la pena enfatizar un aspecto de la cuestión, referida al punto de vista (y en definitiva también a las motivaciones) a partir de los cuales Halperin Donghi encara aquí este proyecto. Así como en *Una nación para el desierto argentino* el ascenso del Estado central era concebido como el elemento que otorgaba inteligibilidad a la historia política del período que corre entre Caseros y el Ochenta, en *José Hernández* este proceso es visto desde la perspectiva de su impacto sobre la vida de un individuo. En *Una nación*, Halperin Donghi había descripto a Hernández como uno de los contemporáneos que más tempranamente y con mayor perspicacia había advertido que las formas de la disputa política se estaban transformando como consecuencia de la concentración de recursos de poder en el Estado. En *José Hernández*, ese elogio ya no volverá a prodigarse. En cambio, Halperin Donghi señala una larga lista de deficiencias en la comprensión de Hernández “del proceso en marcha”, entre las cuales subraya, precisamente, su ignorancia ante “nada menos que el elemento esencial: ese avance hacia la primacía del Estado central”, convertido en esos años en “el más importante de la ecuación política argentina”. Esta ceguera es, a su juicio, la que lanza a Hernández a esa aventura insensata que es seguir a Ricardo López Jordán en su levantamiento contra el Estado central.

Se ha advertido que su identificación con esta causa sin futuro tal vez permita ver en Hernández, si no al héroe del federalismo popular querido por el revisionismo, sí en cambio algo distinto de esa figura reacia a asumir riesgos, y sólo movida por el deseo de ganarse un modesto reconocimiento entre sus contemporáneos, que nos describe Halperin Donghi a lo largo de las páginas de este li-

bro.¹ La adhesión franca a una comunidad política a la que Hernández se mostró dispuesto a acompañar incluso en su momento de ocaso y desgracia, aun si ello conllevaba un elevado costo personal, tal vez nos diga algo sobre el federalismo y, más en general, sobre el poder movilizador de las ideologías políticas decimonónicas (un tema que este libro no aborda, y que sigue reclamando atención). Compreensiblemente, éste no es el camino elegido por un historiador más inclinado a la ironía que a la empatía. Empero, la amarga decepción de Halperin Donghi ante las limitaciones de Hernández para comprender las claves de su propio tiempo no le impidió reconocerle una “misteriosa grandeza”. Y este juicio no puede desligarse del hecho de que, en su momento de mayor sufrimiento y derrota, cuando “el nuevo Leviatán” lo colocó entre sus víctimas y lo obligó a ver el mundo desde la perspectiva de los parias de la tierra, Hernández tuvo la entereza y la energía suficientes como para dar vida a ese monumento de nuestra cultura que es el *Martín Fierro*.

Hay, sin embargo, algo más. Reflexionando sobre las razones que lo llevaron a interesarse en Hernández, Halperin Donghi señaló que en el origen de su inquietud está “el descubrimiento del aspecto horrendo de la historia argentina, lo dura que puede ser la vida argentina con los que se ponen en disidencia total”.² Se advierte aquí una íntima conexión entre la suerte de Hernández y el temple con el que, durante los años de la última dictadura militar —una etapa que en el prólogo a este libro excepcional califica como “el momento más cruel de nuestra breve experien-

¹ María Teresa Gramuglio e Hilda Sabato, “De la biografía como forma de la historia”, *Punto de Vista*, Año IX, N° 26, 1987, p. 20.

² Entrevista a Tulio Halperin Donghi, en Roy Hora y Javier Trímboli, *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, p. 50.

cia histórica”—, Halperin Donghi concibió el proyecto de recrear la trayectoria del autor del *Martín Fierro*. A la luz de este paralelismo, podría decirse que si, como argumenta Halperin Donghi, las desdichas de Hernández ofrecen la cifra de las de Fierro, el horror ante el espectáculo ofrecido por el nuevo Leviatán de terror y violencia que se erigió sobre los argentinos en la segunda mitad de la década de 1970 ofrece la cifra de la mirada de Halperin Donghi sobre Hernández, y nos sugiere el segundo motivo que (sumado al señalado al

comienzo de este comentario) lo lanzó tras su huella. En este punto, pues, *José Hernández* es algo más que una prueba concluyente de la enorme productividad de la nueva perspectiva centrada en el Estado para pensar la Argentina que Halperin Donghi hizo suya en tiempos del terrorismo estatal. También se erige como el homenaje, no por indirecto menos conmovedor, de un gran historiador a los que, a veces incluso sin comprender del todo los motivos de sus desgracias, sufrieron en carne propia los rigores de esos años terribles. □

Una América Latina por sus espacios y tiempos

João Paulo Pimenta

Universidade de São Paulo

Publicada por primera vez en 1967, en italiano,¹ la *Historia contemporánea de América Latina* de Tulio Halperin Donghi conocería después amplia fortuna editorial en sucesivas traducciones, ediciones revisadas y aumentadas, constituyéndose, en las últimas cuatro décadas, en una de las síntesis de historia del continente más prestigiosas y leídas en todo el mundo. Las razones para el fenómeno son muchas, todas ellas gravitando en torno a los grandes méritos intelectuales de su autor, ampliamente reconocido, desde hace mucho, como uno de los grandes de la historiografía mundial. En mi lectura particular de ese libro, veo un motivo específico que parece haber justificado su suceso: el hecho de que, a su manera, ofrece una concepción de lo que es la *América latina*; un retrato que es, al mismo tiempo, de un lugar y de una historia.

Ahora bien, ¿esta lectura no chocaría con lo que pretende el mismo autor del libro, una vez que lo que en él encontramos contemplado son *muchos espacios y muchas historias*? De acuerdo con sus palabras de apertura,

una historia de Latinoamérica independiente: he aquí un tema problemático.

Problema es ya la unidad del objeto mismo; el extremo abigarramiento de las realidades latinoamericanas suele ser lo primero que descubre el observador extraño.²

Una unidad problemática, sin duda, pero una unidad real. ¿Qué es, entonces, esa *América Latina*, que se define –y ahora colocamos las cosas en el plural– por sus *muchos espacios y tiempos*? Si Halperin evita una definición introductoria de su objeto, responde a tal indagación a lo largo de la obra, construyendo no un resumen histórico, sino una síntesis-problema. Y es esa respuesta, amplia, pormenorizada, llena de matices y contradicciones, lo que quiero aquí destacar muy brevemente, en un doble sentido: primero, como atendimiento a demandas típicas del contexto intelectual que crearon la reflexión de Halperin; segundo, como una propuesta de carácter metodológico, que trasciende aquel contexto.

¿Cuándo comienza la historia de ese objeto problemático? La centralidad de la crisis de la Independencia resulta de su capacidad de crear estados y naciones hasta entonces

¹ Tulio Halperin Donghi, *Storia dell'America Latina* (trad. de Cesare Colombo), Turín, Einaudi, 1967.

² Utilizo aquí la primera edición española, corregida y ampliada por el autor en relación con la italiana: *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Siglo XXI, 1969, p. 7.

inexistentes, lo que conduce al surgimiento de un nuevo orden en el continente americano. Lo que entra en crisis —el orden colonial— debió, por lo tanto, ser debidamente considerado por el autor, en la medida en que el régimen “neocolonial” surgido en el siglo XIX llevaría consigo fuertes legados del anterior. La historia contada por Halperin es así, simultáneamente, la de colonizaciones y la de sus sucesivas disoluciones, entendidas éstas como las fuerzas capaces de configurar una unidad compuesta por antiguos dominios españoles y portugueses, territorios subordinados a los dictámenes de una Europa expansionista y de un capitalismo en formación.

¿Cómo aprehender tamaña variedad de situaciones, unificadas en torno a esa posición de subordinación que no es absoluta o uniforme? Emprendiendo una especie de “vuelo de águila”, Halperin sube a las alturas, desde donde contempla amplios movimientos estructurales y coyunturales —bajo inspiración braudeliana— enclavados por elementos de una historia *événementielle* que, cuidadosamente evitada por el autor como principio organizador de su narrativa y de su propia concepción de la historia, sirve admirablemente bien al análisis de la “crisis de la independencia”: un contexto acelerado, repleto de acontecimientos capaces de crear situaciones nuevas o de desestabilizar estructuras poco sólidas y que mereció atención en el segundo capítulo, el que a propósito es central en la obra. Es a partir de éste en el que no sólo el autor retomará los amplios movimientos, sino que además seguirá adelante con la convicción de haber, desde entonces, definido su objeto de análisis: una América “neocolonial” surgida de la disolución del orden anterior.

De ahí la presencia de pasajes con relación al Brasil, sin la necesidad de recurrir a la comodidad de métodos comparativos que, para ese momento, comenzaban a entrar en boga en algunos de los ambientes intelectuales frecuentados por Halperin. Pues las diferencias

entre las historias del Brasil y de las demás partes del continente se tornan más o menos proporcionales a las propias especificidades internas de cada una de ellas, incluyendo otros espacios igualmente plurales, como el Río de la Plata, México, Nueva Granada y Perú. Todo es abordado y minuciosamente caracterizado, pero la síntesis-problema que resulta de ese modo de observación, adoptado en todo el libro, debe ser concordante con la propia unidad que él busca caracterizar: multiforme, dinámica, de difícil aprehensión.

Si la historia de esa unidad es la de situaciones articuladas, no obstante irreductible a morfologías o a patrones de simultaneidad histórica o de simple proximidad geográfica, todas ellas convergen para una posición de subordinación, de dependencia de un sistema internacional que jamás reserva a la América Latina posiciones favorables. En este aspecto, Halperin produjo una obra en perfecta sintonía con las demandas intelectuales de su tiempo, en las que las inquietudes en torno al presente y el futuro de los países del continente acostumbraban evocar la historia en busca de luces, que se dejaban seducir por las apelaciones a una unidad continental histórica, geográfica, económica y cultural. No es ésta una descripción adecuada de los propósitos y de los resultados inmediatos del trabajo de Halperin; sin embargo, en parte esa concepción informa su obra, así como —creo— contribuye para comprender parte de su éxito. Tomemos, como una muestra específica (pero ejemplar), el texto de presentación de la primera edición brasileña, que, evidentemente, no debe ser atribuido al autor:

[La] *Historia de la América Latina*, por su carácter inédito, por su profundidad se tornó un clásico en el género, lectura obligatoria para todos aquellos estudiosos e interesados en los orígenes sociales, políticos, económicos y culturales del subdesarrollo en que está inmerso nuestro conti-

nente. Donghi nos ofrece con su libro una lección de historiografía, una inmersión indispensable en el pasado como condición para entender el presente y el futuro.³

Las persistentes dificultades del continente confirman a éste el carácter de una unidad, incluso una unidad histórica que, a su vez, ofrecía a los lectores de Halperin una imagen contemporánea y actual de lo que sería esa “América Latina”.

El tema de la recepción de la obra de Halperin, en el Brasil y en otros países, merece desarrollo aparte. Aquí finalizo con una observación de otra naturaleza. Desde el inicio, el autor demuestra notable seguridad en el análisis de su objeto, a pesar de reconocerlo como de difícil definición. Un buen historiador (cabe aclarar que Halperin es, repitamos, mucho más que eso) puede prescindir de ciertas definiciones introductorias, seguro de que se encargará de construirlas y fundamentarlas a lo largo de su narrativa. Halperin no sólo fue capaz de acumular un denso manantial de material histórico, sino que también lo manejó con notable sensibilidad e intuición. El “Prólogo” de su libro ya sugiere que él sabe exactamente de lo que se trata aquello que evita definir. Aquí, repitamos, el análisis de las independencias es fundamental. Si “entre los relatos políticos y patrióticos y las constantes a cuyo examen se consagran otras ciencias humanas, la historia halla difícil en Latinoamérica encontrar su terreno propio”, ese terreno se ofrece a partir de una situación creada por la “crisis de independencia”.⁴

Sobre ésta, Halperin ya venía trabajando cuando su *Historia Contemporánea de América Latina* adquirió forma definitiva, por los mismos motivos que dieron centralidad al segundo capítulo de ésta, y en clave analítica bastante semejante: pues si el entendimiento de la “crisis de independencia” – en la que los hechos fácticos de la historia corta son incapables – permite, de muchas maneras, también el de la colonización y de la contemporaneidad del continente, es pretexto para una articulación de diferentes tiempos históricos que preocupaban al autor:

es preciso admitir que, en cuanto a ciertos planos de la realidad social, la historia se mueve acaso más despacio aquí que en otras partes.⁵

Lo fáctico al servicio de lo no-fáctico; un tiempo corto denunciador de un pasado persistente y determinante de un futuro largo y todavía abierto; las independencias, acontecimientos cruciales, en sus debidas articulaciones con lo que vino antes y después de ellas. En todo eso, la *Historia contemporánea de América latina*, documento de una época, parece recobrar gran actualidad. Creo que la fuerte y pujante historiografía actual de las independencias mucho tendría que ganar con incursiones más osadas y numerosas en temas todavía tradicionalmente confinados al siglo XVIII o a la segunda mitad del siglo XIX; así como si demostrara mayor interés en la consideración de las estructuras que las envuelven, que en función de los acontecimientos se modifican en tiempos lentos. Como la propia América Latina que Tulio Halperin Donghi concibió. □

³ Tulio Halperin Donghi, *História da América Latina* (trad. de Carlos Nelson Coutinho), Río de Janeiro, Paz e Terra, 1982.

⁴ Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, op. cit., p. 9.

⁵ *Ibid.*, p. 8.

El peso de otras noches

Iván Jaksic

Stanford University / Pontificia Universidad Católica de Chile

Para quien iniciaba sus estudios de historia latinoamericana en el mundo anglosajón de la década de 1970, era inevitable encontrarse con interpretaciones culturalistas a propósito de un legado ibérico, católico y estatista, sobre unas sociedades mal preparadas –e incluso imposibilitadas– para vivir una genuina experiencia republicana, luego liberal, y finalmente democrática. También era frecuente encontrarse con descripciones sobre la total ineficacia de las instituciones políticas de la post-independencia frente al caudillismo y el militarismo, que dejaba un nulo espacio para la construcción de naciones viables. Sólo en notables excepciones era posible encontrar estudios de alguna densidad intelectual para abordar el tema del surgimiento de las naciones, pero generalmente respecto de países individuales, o de figuras históricas específicas.

Es por ello que la obra de Tulio Halperin Donghi *Historia contemporánea de América Latina* representaba un punto de referencia para quienes buscaban entender al siglo XIX en su conjunto, sin establecer fechas estrictas, como la independencia o algunos otros momentos puntuales, sino en términos de procesos entramados donde confluían fenómenos sociales, políticos, económicos, culturales e internacionales. También, para quienes era difícil aceptar que la historia del siglo XIX era un mundo hobbesiano en el que no existían

tradiciones intelectuales orientadas a la construcción nacional, lo que implicaba apreciar en su justo valor lo que se había pensado y logrado, y no sólo lo que a veces demasiado obviamente parecía ser un fracaso. Fue esta resistencia de la obra de Halperin a una especie de destino fatal, en el que la región sólo podía dar tumbo tras tumbo en una caída interminable, la que abrió nuevos caminos para el estudio de un siglo prácticamente jibarizado entre los períodos colonial y contemporáneo, que eran los que más atraían la atención de los latinoamericanistas.

¿Por qué parecía necesario recuperar ese siglo XIX al que, como pocos otros académicos, había dedicado Halperin gran parte de su obra y que había sintetizado tan notablemente en su *Historia contemporánea*? Esto es explicable al menos en parte por la oleada de dictaduras que asolaron el continente entre las décadas de 1960 y 1980. En el caso de mi país, Chile, el imperativo de volver al siglo XIX tenía un aspecto contestatario y otro de construcción. La dictadura de Augusto Pinochet había resucitado la figura de Diego Portales como la del gran constructor de la nación, el arquitecto del “estado en forma” que en versión local había popularizado Alberto Edwards en su *La fronda aristocrática*. Portales era la figura visionaria que había señalado el camino para lograr el orden y la

estabilidad. Sin embargo, para quienes padecimos los rigores de la dictadura, Portales era demasiado convenientemente un producto de la propaganda del régimen. En este sentido, el aspecto contestatario consistía en entender quién era Portales y cuáles habían sido sus aportes reales a la construcción de la nación. Una comprensión del siglo XIX, en su conjunto, resultaba indispensable. Gravitaba sobre nosotros su frase respecto a que el orden en Chile se debía a “el peso de la noche”, que él había comprendido muy bien, y que consistía en la aplicación oportuna de la fuerza sobre una población demasiado renuente a resistirla. Ante el peso de esa noche, Halperin nos ofrecía el peso de otras noches, en toda la Hispanoamérica decimonónica, y nos daba los elementos multidisciplinarios para entender su surgimiento.

Es cierto que la estructuración que Halperin hacía del siglo XIX —cuya cronología, nuevamente, no era rígida— tenía un aire dependencista. Los rótulos “Del orden colonial al neocolonial”, “El orden neocolonial” y “Agotamiento del orden neocolonial”, que encabezaban las tres grandes secciones de la obra, revelan una concepción muy afín a la teoría de la dependencia. Esto parecía contradecir los impresionantes matices que el historiador introducía en el análisis de los diferentes casos nacionales, pero en realidad era un recurso organizador que daba unidad a una gran diversidad. Y gran parte de esa unidad provenía de los males comunes que aquejaban a países muy vulnerables ante la penetración de la economía internacional, y particularmente el papel que jugó la Gran Bretaña en este proceso. Pero al analizar la vida en el interior de los países, Halperin invitaba a considerar no sólo el peso de otras noches, sino también a trazar el destino de los diferentes esfuerzos por construir un orden constitucional en Hispanoamérica. Él fue uno de los primeros en comprender que el liberalismo constitucional que eventualmente arraigó en América Latina tenía fuertes

elementos autoritarios, sin por ello dejar de ser progresista en aspectos importantes.

Esta aparente contradicción resultó ser una verdadera invitación para repensar el legado político e institucional al menos de mi país. Quizás el aspecto más interesante del período estrictamente “Portaliano”, es decir aquel que culmina con su asesinato en 1837, no era tanto el peso de aquella noche que él había impuesto, sino la manera en que sus sucesores lograron una transición desde tal momento autoritario hacia uno que encaminaba a Chile hacia un proceso estable y relativamente predecible de desarrollo político. Esto ocurrió realmente a partir de la década de 1840, cuando en Chile se logró un acuerdo entre fuerzas liberales y conservadoras para liberalizar el régimen político; siempre dentro del contexto de la Constitución de 1833, pero ampliando la participación política y abriendo los cauces del debate público. Esta reflexión sobre un capítulo anterior de transición desde el autoritarismo era más que una fantasía: era un ejercicio necesario de comprensión de cómo esa transición era posible.

Permítaseme en este punto una digresión personal que me vincula con Tulio Halperin. Terminados mis estudios en los Estados Unidos, y residiendo en Suecia, pero sobre todo sin poder volver a mi país a comienzos de la década de 1980, le escribí a Halperin para comunicarle mis deseos de trabajar en los temas que me sugerían sus escritos. Fue gracias a él que pude trasladarme a Berkeley en 1982 e iniciar una línea de investigación sobre el siglo XIX en la que tendría la oportunidad de enfocarme en ese período de transición desde el autoritarismo a la liberalización en Chile. Como bien había aprendido de la *Historia contemporánea*, ni el autoritarismo ni la liberalización eran totales. Sin embargo, en el caso de Chile, la década de 1840 era un riquísimo momento para entender el dilema que todas las naciones debieron enfrentar para conciliar la libertad con el orden.

Cuando se aproximaba el centenario de la muerte de Domingo Faustino Sarmiento (1988), organizamos en Berkeley con Tulio Halperin, Gwen Kirkpatrick y Francine Masiello una conferencia que culminaría en la edición de una obra que reunió una serie de aportes para evaluar las múltiples facetas de la vida y obra de Sarmiento. Nuestro *Sarmiento: Author of a Nation*, fue publicado por la editorial de la Universidad de California en 1994 (lamentablemente todavía no ha aparecido en castellano). Allí pude estudiar el papel que Sarmiento había jugado en el proceso de liberalización chilena gracias a sus escritos de prensa, que fueron fundamentales para expandir la esfera pública en el país. A través de la prensa se dirimieron los temas fundamentales acerca del equilibrio entre la libertad y el orden que eran partes constitutivas de la creación de una nueva cultura política. Esta perspectiva era más enriquecedora, y también más certera, pienso, que aquella que enfatizaba la dominación de los caudillos y que la historiografía anglosajona se esforzaba en sostener a todo trance.

Otro personaje central en ese período, pero escasamente estudiado —o siquiera mencionado— era el venezolano Andrés Bello, quien había sido maestro de Simón Bolívar, diplomático e intelectual exiliado en Londres por dos décadas, y arquitecto de la institucionalidad chilena del siglo XIX durante los últimos treinta y seis años de su vida (1829-1865). Halperin lo comparó con Simón Rodríguez y lo calificó como “el más moderado y sólido Andrés Bello” en su *Historia contemporánea*. Lo definió también en otros escritos como el tipo de intelectual que sin ser visible para la historiografía anglosajona, era central para su momento histórico cuando el lente se enfocaba no en las revoluciones las penurias fiscales y la debilidad del Estado sino que, comprendiéndolas, se enfocaba en la construcción de una nueva institucionalidad que incorporaba aspectos importantes de la antigua. Así,

proporcionaba una visión matizada del siglo XIX, en que las ideologías eran más complejas, y los desafíos del momento se entendían desde una variedad de perspectivas.

Al redactar mi biografía intelectual de Andrés Bello (2001) me había beneficiado por años del contacto con Tulio Halperin, así como de la lectura de sus obras. La dimensión internacional en la vida y en la obra de Bello, sus raíces intelectuales en el derecho romano, su búsqueda de los orígenes del lenguaje y su relación con las culturas nacionales, su perspectiva educacional como fundador de la Universidad de Chile y del sistema de educación pública, eran todos elementos constitutivos del surgimiento de las naciones en la Hispanoamérica decimonónica. Uno de los desafíos que hube de enfrentar fue la lapidaria y un tanto monolítica descripción, iniciada por José Victorino Lastarria y repetida hasta el presente, de Bello como un intelectual y político conservador. Pero inspirado en las reflexiones de Halperin sobre las transformaciones ideológicas del período, dicha descripción no me resultó convincente. Por el contrario, me parecía que soslayaba elementos liberales que eran centrales en su pensamiento y en su obra, como la separación de los poderes del Estado con vistas a la protección de los derechos individuales, la educación como vehículo indispensable de la ciudadanía y la igualdad jurídica en temas de propiedad, contratos y otras obligaciones. Surgió así un nuevo panorama historiográfico, el cual he explorado recientemente junto a Eduardo Posada Carbó y un grupo de colegas en el libro *Liberalismo y poder: Latinoamérica en el siglo XIX* (2011). Nuestra idea no fue tanto definir *un* liberalismo, cuanto distinguir entre diferentes liberalismos en situaciones nacionales diversas y en momentos distintos de su trayectoria histórica.

La visión polivalente, diversa y matizada del siglo XIX hispanoamericano, que se perfila ya como una superación definitiva de la

historiografía que insistía en generalizaciones con una fuerte carga de determinismo, debe mucho a la obra concisa y sugerente de Tulio Halperin. Si bien parece redactada como texto introductorio, que busca entregar una visión

coherente del siglo XIX al mismo tiempo que respetar sus rasgos distintivos de país a país, esta obra marcó un punto de inflexión en el estudio del surgimiento de las naciones hispanoamericanas. □

Un recuerdo

Mauricio Tenorio

University of Chicago / Universitat Pompeu Fabra / CIDE-MÉXICO

No era falta de inspiración o sentimiento: sin querer hablábamos la lengua de Martí, Rodó, Darío, Vasconcelos o Zea; además, ahí estaba reluciente la Revolución Cubana y el imperalismo yanqui. Violeta Parra era nuestro Bob Dylan y todo lo cantábamos de oído –la revolución, el Cóndor Pasa o esa cosa tan querida: Latinoamérica–. Pero América Latina no existía; no en castellano, no como algo más que un romántico sentimiento de pertenencia basado en una supuesta historia conjunta que nadie en México sabía o contaba. La *Historia contemporánea de América Latina*, de Tulio Halperin, fue, para mí y para varias generaciones de estudiantes mexicanos de fines los sesenta y principios de los ochenta, la única perspectiva histórica fiable de lo que era América Latina.

Escribo de memoria, no cuento con mi copia de *Historia contemporánea*, la edición de 1988 de la traducción de la versión italiana original. La atesoro con sus marcas y remarcas en los márgenes de esa edición de caja pequeña de Alianza. El uso desencuadernó mi libro, pero por un módico precio allá, por las calles de Donceles, me volvieron a poner junta toda mi América Latina. Como el libro, mi cabeza a ratos deshoja la idea de Latinoamérica y, ora para acabar de desmembrar, ora para re-unirla, vuelvo a recurrir irremediablemente a la *Historia contemporánea*.

A principios de la década de 1980, los estudiantes mexicanos éramos educados por el exilio argentino, uruguayo y chileno, que nos hablaba de historias que no conocíamos. Era más fácil conseguir literatura sobre la historia de Francia o Inglaterra que sobre la historia de la Argentina o el Brasil. Claro, todos éramos latinoamericano-fílicos, todos repetíamos al unísono las últimas palabras de Salvador Allende en Radio Magallanes y creíamos en la unidad indiscutible de Latinoamérica frente al imperialismo estadounidense. Pero en México sólo se estudiaba historia de México. En tiempos del internet, es difícil reproducir lo que significó para un estudiante mexicano poder tener, en castellano, la primera gran panorámica de la historia que uno asumía propia.

Con los años, el libro pasó de ser mi enciclopedia a ser la lista de temas a estudiar. La *Historia contemporánea* guió mis primeros pasos cuando, llegado a las bibliotecas estadounidenses, por primera vez pude acceder a la historia entera del continente. Después, he utilizado el libro en mis cursos, en español y en inglés, gracias a la excelente traducción de John C. Chasteen (publicada en 1993). Sigo utilizándolo. La de Chasteen fue algo más que una traducción; fue una excelente adaptación para lectores universitarios estadounidenses. Nada que hacer al respecto, las generaciones

twitter no están hechas para las largas y densas oraciones de don Tulio Halperin. Pero en inglés o en español, el libro ha soportado magníficamente el paso del tiempo, gracias a dos o tres ediciones revisadas y, sobre todo, a la erudición, a la dedicación al detalle de la historia política y social.

Repito, hablo de memoria y así, al aire, evoco el hilo conductor de la narrativa: el colonialismo y el neocolonialismo. Creo recordar que el propio Tulio Halperin, en alguna reedición del libro hizo referencia al *Zeitgeist* original al que perteneció el libro –las teorías de la dependencia y los momentos en que se agotaban los milagros económicos de la posguerra–. El libro también es un importante documento de la historia del pensamiento latinoamericano, si los ha habido. Si bien ya no me encuentro tan cómodo intelectualmente habitando ese orden de cosas entre colonialismo y neocolonialismo, ni niego la cruz de mi parroquia ni dejo de hacer uso del libro. Porque, por un lado, no es fácil pensar en Latinoamérica sin que nuestras mentes regresen a la *Historia contemporánea*. Por otro, a pesar de los temas superados aquí y allá a lo largo del libro, al menos dos características aún hacen de la *Historia contemporánea* una perspectiva indispensable.

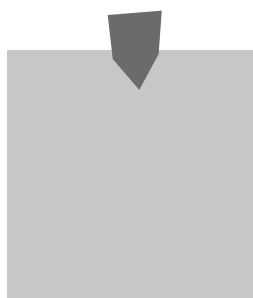
Primero, el libro hace lo que pocos han hecho en inglés, francés, portugués o español: crea la unidad “Latinoamérica” a partir no de idiosincrasias comunes o de la misma historia, sino a través de problemas históricos comunes (armados por la disciplinada y lúcida imaginación histórica del autor) y sus expresiones

locales muy específicas. Tengo para mí que la mayoría de los varios libros de texto en inglés sobre la historia de las latinas tierras, lo que hacen es narrar el cómo “latinan” las tierras, no cómo esas tierras experimentan (viven, ensayan) la Historia, con mayúscula, y cómo cada trocito de “trópico”, aunque le toquen el mismo son, lo baila diferente. En *Historia contemporánea* la especificidad de cada país es respetada dentro de un sentido más que de historia común, de contemporaneidad, la cual resulta latinoamericana y más. La *Historia contemporánea* misma, si mal no recuerdo, ubica problemas generales con ecos en América (toda) y de Europa.

Segundo, la *Historia contemporánea* hizo para los hispanohablantes lo que no existía, al menos en México: hablar al detalle, con erudición, en castellano y con pasión, del Brasil. No puedo exagerar lo importante que fue para mí la revelación: el Brasil era y no era “Latinoamérica”, y era claro que la *Historia contemporánea* avanzaba la importancia, vastedad y especificidad de la historia brasileña, tratándola con cuidado y precisión. Para México, entonces y ahora, éstas eran y son las indispensables lecciones brasileñas de la *Historia contemporánea*.

En suma, en México o en la Argentina la *Historia contemporánea* ha sido parte del sentido de la historia de una legión de lectores; somos menos, pero no pocos, los que vemos en la *Historia contemporánea* una parte no de nuestras lecturas sino de nuestra crianza como historiadores. □

Reseñas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 15 / 2011

Marc Angenot,

El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible,

Buenos Aires, Siglo XXI, 2010, 228 páginas

De un tiempo a esta parte, Carlos Altamirano ha venido promoviendo como director de la colección “Metamorfosis” en la editorial Siglo XXI una serie de autores y títulos nacionales y extranjeros que se inscriben en ámbitos como la historia intelectual, el análisis cultural y la sociología de la cultura, y que en la actualidad son de obligada lectura para todo aquel interesado en estos campos del conocimiento. Con la aparición del libro de Marc Angenot *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Altamirano retoma y continúa esta senda trazada en un intento por sobrepasar los compartimentos estancos de las disciplinas, al tiempo que alentar la lectura de un autor hasta ahora poco traducido al español.

El libro recopila una serie de trabajos que Angenot produjera a lo largo de su prolífica carrera como investigador y docente en la Universidad de McGill, en Montreal. Dividido en tres partes claramente diferenciadas, las tres están, sin embargo, bien articuladas entre sí. Una primera parte de carácter teórico –que recupera los primeros capítulos y conclusiones de su obra de 1989, *Mil huit cent quatre-vingt-neuf: un état du discours social*– es seguida por una segunda parte, donde analiza distintos corpus de fuentes vinculadas a representaciones e ideologías políticas modernas,

para finalizar con un tercer apartado en que rememora parte de su propia trayectoria intelectual en una entrevista realizada por Laurence Guellec.

Por la manera en que está estructurado el libro, su lectura no implica necesariamente un respeto estricto del orden expositivo original. Es probable que si comenzara por el final, el lector tendría un panorama más claro de quién es Angenot, cuál ha sido su recorrido y qué nudo de problemas, temas e intereses fue desplegando a lo largo de los últimos treinta años. Del mismo modo, empezar por la segunda parte quizás sea una manera eficaz de entender lo que ha intentado demostrar en sus investigaciones y de qué manera es posible acercarse a diversos materiales de la cultura desde una mirada del análisis del discurso. También es perfectamente posible la sola lectura de la primera parte, aunque exija cierta familiarización con autores y textos vinculados con el campo de la retórica, la argumentación y el análisis del discurso en general.

Una vez establecidas estas posibles coordenadas de lectura, surge casi inmediatamente una serie de interrogantes asociados con la productividad de la propuesta, en momentos en que tanto el “giro lingüístico” como el análisis semiológico parecen haber dicho todo lo que tenían que decir en relación con lo

discursivo, el lenguaje y ciertas forma de abordar textos, imágenes y representaciones. Y es precisamente en este punto, en la dilucidación de una posible respuesta a una inevitable pregunta, que las encargadas de la selección y presentación de los textos de Angenot –María Teresa Dalmasso y Norma Fatale, ambas profesoras de semiótica de la Universidad Nacional de Córdoba– asumen las ventajas y las potencialidades que ofrece una atenta lectura de su obra frente a las propuestas señaladas. A pesar de las coincidencias que pudiera tener con un semiólogo como Eliseo Verón –en cuanto a tratar a los discursos como hechos sociales, la división entre discurso y lengua, y el discurso abordado como objeto móvil–, la perspectiva de Angenot se recorta sobre una particularidad que afina en la prioridad que adquiere la presencia en el entramado sociodiscursivo de una hegemonía, o, en términos más precisos, de una regularidad y una tendencia a la homogenización *interdiscursiva* que sufre todo discurso en las sociedades contemporáneas. Entre tanto, para los historiadores y los sociólogos esta línea de trabajo tendría ciertas ventajas frente a aquéllas enunciadas por el “giro lingüístico” porque, como advierten las compiladoras, ofrece “herramientas más eficaces para el procesamiento

de sus objetos textuales que un giro lingüístico demasiado centrado en intencionalidades y en esquemas contrafácticos que soslayan el funcionamiento efectivo de la discursividad social”. De esta manera, la perspectiva de Angenot surge con aparente éxito estas dos tendencias debido a la capacidad de articulación que reviste su obra entre teoría e investigación empírica, pero sobre todo por la posibilidad que brinda un abordaje que cumple con los requisitos de variación histórica y marco sociológico esenciales para ambas disciplinas.

Central para el autor, la idea de Discurso Social es el punto de encuentro de todas sus investigaciones y constituye el nudo teórico de la primera parte del libro. En torno a la capacidad de balizar todo lo que es posible decir o pensar – mediante imágenes o escritos – en un momento dado de la sociedad, Angenot afirma que en el estudio de las ideas y las representaciones sociales el analista del discurso debe colocar en primer plano aquellas regularidades que confieren a un gobierno sociodiscursivo distintos tipos de sistemas genéricos, tópicos, encadenamientos de enunciados, formas argumentativas y de narración, las cuales a su vez condicionan una determinada división social del discurso. Conformar esta *totalidad* de la producción social de sentido – posible a partir de la reposición de revistas, diarios, folletos, panfletos, etc. – permitiría apreciar la capacidad que ese discurso social posee al atravesar similares y contradictorias enunciaciones en un múltiple proceso de cohesión

y fortalecimiento de una hegemonía sobre lo que puede ser enunciado. En cuanto a las implicaciones metodológicas de su propuesta, son inmediatas y claras: por un lado, la necesidad de apelar a un corte sincrónico del corpus elaborado, y, por el otro, la centralidad de conformar un interdiscurso que desclausure los campos discursivos constituidos y posibilite la comunicación *vis á vis* entre espacios tan diversos entre sí como la reflexión filosófica, la prensa popular, la canción del café concert o el eslogan político.

En este sentido, la primordial tarea del analista del discurso o historiador de las ideas será hallar el sustento y/o la capacidad de otorgar inteligibilidad y aceptabilidad a prácticas discursivas que señalan un límite a lo pensable y lo decible en el vasto rumor social, incluso para aquellas que se enuncian desde posiciones contestatarias. La pregnancia que la representación del arte social tuvo en las ideologías militantes – socialistas y anarquistas – hacia fines del siglo XIX en Europa es un claro ejemplo de cómo un discurso pictórico en principio contrahegemónico pudo compartir un mismo tamiz de temas, tópicos y formas de representar a la clase trabajadora, en estricta sintonía con lo que expresaban pintores vanguardistas como Ferdinand Delacroix y su mirada burguesa del mundo obrero. Según Angenot, si para los socialistas de la Segunda Internacional hombres como Delacroix y Gustave Courbet eran el precedente inmediato de un “realismo” que hallaba su matriz en la búsqueda de una

verdad cívica y alentaban un propio deseo por la militancia revolucionaria, en sus composiciones y en la de los artistas socialistas las representaciones pictóricas de la vida de los trabajadores afincaban en las demandas que el mismo campo artístico establecía, sobre la palestra de un común imaginario rural lírico, preindustrial o, como el caso de Maximilien Luce en 1889 lo evidenciaba, en la exaltación de un brumoso desorden urbano – un mundo “productivista-constructivista” –, antes que en el mundo social obrero inmediatamente circundante.

En esta segunda sección del libro, además, como parte de sus investigaciones sobre los discursos ideológicos, Angenot se adentra en una vieja problemática de la historia de las ideas referida al proceso de secularización de nociones religiosas – como *gnosis* y milenarismo – en el cuerpo discursivo de la modernidad política. Es allí donde analiza el proceso de conformación de las ideologías y los Grandes Relatos durante los siglos XIX y XX, en un intento por rebatir a pensadores como Karl Löwith y Carl Schmitt quienes observaban en el desarrollo de la conciencia histórica de la modernidad ciertas ideas que provendrían íntegramente del salvacionismo cristiano y del escenario milenarista. Según Angenot, este “paradigma genealógico” al haberse centrado en la crítica a las ideologías radicales y las grandes filosofías de la historia, antes que favorecer una apertura hacia lo novedoso de la propuesta moderna más bien ha insistido una y otra vez en

descalificarla en su totalidad, olvidando las rupturas que produjo su emergencia y las razones de su legitimidad. Para Angenot –que retoma en este punto el trabajo del filósofo alemán Hans Blumenberg, *La légitimité des temps modernes*–, la tesis de esta *persistencia* es inaceptable, entre otras cosas por “razones epistemológicas ya que supone una concepción ontológico-sustancial de la historia de las ideas”, pero también porque el desconocimiento de las modificaciones que introdujo la modernidad implica sumirse en una visión antimoderna, que niega “una experiencia y una concepción nueva del tiempo cuyo eje [ha sido] el futuro y la capacidad del hombre-en-sociedad de trabajar para lograrlo”. En este punto, la propuesta radica en retomar el análisis sobre el surgimiento de las ideas que dieron lugar a una constelación de ideologías modernas transformadoras, como el socialismo, para permitir el desplazamiento de la cuestión hacia las restricciones que imponen las condiciones sociohistóricas a toda

producción discursiva del *novum*.

Pero en esta segunda parte Angenot también explora otra de las dimensiones fundamentales de su trabajo sobre la teoría del Discurso Social, vinculada al rol de la retórica y la argumentación en la conformación de esos contextos sociales e históricos de enunciación. Recuperando los aportes que Chaïm Perelman realizara en relación a la capacidad de la retórica de constituirse en una ciencia práctica para el estudio del discurso social –y no sólo del arte de debatir–, el autor canadiense destaca la importancia que todavía tienen la argumentación, la persuasión y los tópicos en la estructuración de lo enunciable en un momento histórico y social determinado. Así, y en virtud de las tareas que antes se señalaban para historiadores y cientistas sociales, la retórica de la argumentación posibilitaría la conformación de un campo de estudios sobre la discursividad social, y en especial de las pasiones que generan los debates públicos de

ideas en un mundo contemporáneo atravesado por la caída de los Grandes Relatos y las certidumbres historicistas, pero dominado por los medios de comunicación que, ahora como siempre, han permitido que todo lo decible sea motivo de argumentación.

En definitiva, son estas precisiones teóricas y sus aplicaciones analíticas –aunque en el libro se evidencien fragmentariamente– las que revelan el carácter productivo que conlleva esta perspectiva a las variadas dimensiones que demanda toda investigación social y que merecerían una conveniente traducción y aplicación local. Y no sólo porque esto permitirá comprender aquel pasado remoto o reciente, sino también porque su influjo aportaría una claridad necesaria a la comprensión de lo que se enuncia, circula e interpreta en un momento actual colmado de discursos, ideas e ideologemas.

Martín Ribadero
UBA/UNSAM/CONICET

Gisèle Sapiro (dir.),

L'espace intellectuel en Europe. De la formation des États-nations à la mondialisation XIX^e-XXI^e siècle,
París, La Découverte, 2009, 325 páginas

¿Cómo se explica que Europa haya alcanzado un elevado nivel de evolución en su unificación económica y administrativa, pero se encuentre aún lejos de haber logrado lo mismo respecto del espacio intelectual?, más todavía, ¿cómo se entiende ese desfase teniendo en cuenta no sólo la existencia de un pasado letrado común sino también de incentivos específicos proporcionados por la Unión Europea para tal fin? Estas preguntas son el punto de partida de la obra colectiva *L'espace intellectuel en Europe. De la formation des États-nations à la mondialisation, XIX^e-XXI^e siècle*, dirigida por la socióloga francesa Gisèle Sapiro. La hipótesis general que guía el volumen, y que es abordada a través de distintos casos, escalas y estrategias de análisis, es que las principales limitaciones al desarrollo de este espacio intelectual deben buscarse en los efectos del proceso histórico de nacionalización de la vida cultural llevado a cabo por los estados-nación a lo largo de la etapa de su emergencia y consolidación, que desintegró el antiguo universo letrado continental.

L'espace Intellectuel en Europe es la producción más reciente de la Red ESSE, *Pour un Espace des Sciences Sociales Européen*, creada en 2003 y que reúne a un importante número de prestigiosos sociólogos e historiadores en su mayoría

europeos, cuyo objetivo es analizar, a partir de un trabajo sistemático de comparación de las historias y las tradiciones intelectuales nacionales, las condiciones de posibilidad de formación de un espacio europeo de investigación en ciencias sociales. Sin embargo, la clase de intereses, el enfoque adoptado y las relaciones científicas internacionales que definen tanto la red como la obra pueden comprenderse mejor a la luz de las empresas científico-políticas llevadas adelante por Pierre Bourdieu, donde ambas encuentran su origen.

Entre los numerosos artículos, intervenciones y libros a través de los cuales el sociólogo francés elaboró su aproximación teórica para el análisis de los intelectuales y sus obras,¹ la ya clásica conferencia de 1989 “Las condiciones sociales de la circulación internacional de las ideas”² tiene especial

significación en este caso. En ella subraya que para alcanzar un verdadero internacionalismo en materia de cultura, en el que la circulación y la recepción de bienes simbólicos pudiesen librarse de los constreñimientos nacionales y de los prejuicios de los que los intelectuales no están en absoluto exentos, es necesario un estudio sistemático de las condiciones sociales de esta circulación. A partir de esta afirmación destaca la necesidad de avanzar hacia un “programa de investigación científica europea sobre las relaciones científicas europeas”.³

La explicitación de este programa en ese contexto parecería haber apuntado no tanto a crear un proyecto radicalmente novedoso, sino, en todo caso, a extender las experiencias que venía desarrollando desde hacía varios años con la revista *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* y con el *Centre de Sociologie Européenne*.⁴ Efectivamente, el tipo de problemas abordados, las

¹ Esta serie de textos abarca desde la publicación del artículo “Campo intelectual y proyecto creador” en 1966 en *Les Temps Modernes*, N° 246, hasta, al menos, la magnífica obra *Las reglas del arte* en 1992. “Campo intelectual y proyecto creador”, en *Problemas del estructuralismo*, Siglo XXI Editores, México, 1967; *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1992.

² Pierre Bourdieu, “Las condiciones sociales de la circulación de las ideas”, en *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

³ Ibid., p. 161.

⁴ *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* fue creada y dirigida por Pierre Bourdieu desde 1975 hasta su muerte en 2002, mientras que el *Centre de Sociologie Européenne* estuvo bajo su dirección desde 1985 también hasta su muerte. En la actualidad, el Centro, rebautizado como *Centre Européen de Sociologie et de Science Politique* (Université Paris-Panthéon-Sorbonne, CNRS, EHESS), se encuentra encabezado por Gisèle Sapiro.

aproximaciones elegidas y la apuesta por la constitución de una red internacional de científicos, distinguían, y aún distinguen, a ambos proyectos por su manifiesta vocación en pos de la desnacionalización de la investigación social.⁵ A su vez, estas empresas científicas tuvieron un correlato de perfil más político en *Liber: revue internationale des livres*, que comienza a ser publicada en 1989, el mismo año de la conferencia aludida.⁶ Con esta revista, que buscaba trascender el espacio más acotado de los especialistas, Bourdieu pretendía dar cuerpo a una plataforma continental para enfrentar desde la intervención intelectual a la avanzada internacional del neoliberalismo, a la que identificaba como el nuevo y más preocupante desafío a la autonomía del espacio intelectual.⁷ Es pues sobre la base de estas experiencias convergentes que se erigen la

Red ESSE y el volumen colectivo aquí comentado.

L'espace intellectuel en Europe se abre con una introducción de la directora de la obra en la que despliega el programa de investigación seguido, y tras ésta, a modo de reafirmación del programa y de la perspectiva teórica asumida, se incluye una reedición de la conferencia de Pierre Bourdieu recién mencionada. El cuerpo de la obra se compone de doce contribuciones de reconocidos historiadores y sociólogos con una vasta producción en los temas tratados. Los artículos se organizan sobre tres ejes, analizados a partir de la tensión entre las tendencias hacia la afirmación nacional y la internacionalización: el espacio intelectual, la literatura y las ciencias sociales y humanas. Finalmente, el volumen se cierra con un breve anexo de carácter explícitamente normativo con una serie de principios y propuestas orientados a resguardar y fortalecer la autonomía como fundamento vertebrador del espacio intelectual.

La primera parte, “Desintegración y reintegración del espacio intelectual en Europa”, se conforma de cinco artículos que trazan un recorrido que va desde el siglo XVI hasta la década de 1960. En el primer texto, el sociólogo húngaro Victor Karady estudia el proceso de descomposición del espacio intelectual europeo medieval estructurado en torno a la Iglesia católica y al latín, que se inicia en el siglo XVI bajo el impacto convergente de la Reforma, la formación de los estados centralizados y la evolución interna de las condiciones de producción de

los distintos saberes, y se profundiza en el siglo XIX con la expansión del modelo de nacionalización cultural. La segunda mitad del siglo XIX ocupa un lugar crucial para comprender la emergencia de la figura del “intelectual” en sentido moderno, tal como lo conocemos a partir del caso Dreyfus. Este período es abordado por el historiador Christophe Charle, quien analiza los modos en que una serie de profundas transformaciones sociales y culturales generales que tuvieron lugar en Europa entre 1860 y 1910 forjaron nuevas condiciones para el despliegue de la vida intelectual. Charle demuestra las maneras en que la variación de estos fenómenos de un país a otro dio como resultado configuraciones del espacio intelectual muy distintas, caracterizadas por diferentes grados de autonomía y modos de intervención política de los intelectuales.

El período de entreguerras constituye una etapa marcada, tal como lo señala Gisèle Sapiro en el tercer capítulo, por la creación de distintos proyectos de internacionalización de los espacios intelectuales, así como de procesos de repliegue nacional que marcaron los límites de estas empresas culturales. Entre las experiencias de internacionalización de la cultura Sapiro se detiene en dos en particular, la Confederación internacional de trabajadores intelectuales y la Comisión de cooperación intelectual de la Sociedad de las Naciones (precursora de la UNESCO), que no sólo ponen de relieve el lugar central de Europa, y en

⁵ Al respecto, véase Loïc J. D. Wacquant, “Un taller sociológico en acción: *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*” (trad. de Javier Auyero), en *Trabajo y sociedad. Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, vol. V, N° 6, junio-septiembre de 2003, Santiago del Estero, Argentina.

⁶ Véase Pascale Casanova, “La revista *Liber*. Reflexiones sobre algunos usos prácticos de la noción de autonomía relativa”, en Patrick Champagne, Louis Pinto y Gisèle Sapiro (dirs.), *Pierre Bourdieu. Sociólogo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007. Los objetivos de esta publicación se extienden en el proyecto editorial *Liber-Raisons d'Agir*.

⁷ Esta preocupación y el programa político-intelectual general también pueden encontrarse explícitamente formulados en el post scriptum “Por un corporativismo de lo universal”, con el que P. Bourdieu cierra *Las reglas del arte*.

especial de Francia, en el plano político-cultural internacional, sino también las fuertes discrepancias en torno a los modos de concebir la relación entre el Estado y el espacio de la cultura, y en las maneras de organización profesional.

La recomposición del espacio intelectual europeo tras la Segunda Guerra Mundial es tratada por Anna Boschetti a partir de una doble entrada. En primer lugar, estudia de manera comparativa los grados de autonomía del campo intelectual respecto del campo político y del Estado de, por un lado, los países comprendidos dentro del bloque socialista, y, por el otro, de las democracias liberales. En segundo término, analiza los intercambios transnacionales y la circulación de modelos intelectuales, en los que sobresale la figura del intelectual crítico encarnada por Sartre. Un acontecimiento especial del período de posguerra, Mayo de 1968, es abordado por Ingrid Gilcher-Holtey en el artículo que cierra la primera parte. La autora propone y desarrolla cuatro tesis para comprender la singularidad de este fenómeno a escala europea. Si bien el texto propone una aproximación muy productiva, cabría discutir la pertinencia de restringir la atención al marco geográfico europeo tal como lo hace para comprender los orígenes de “la reorientación cognitiva de la izquierda” en Europa, pues implica dejar de lado el impacto de diferentes revoluciones y movimientos políticos y culturales que tuvieron lugar en otras zonas del mundo durante la década de 1960.

La segunda parte del libro, “La literatura en Europa: de los

estados-nación a la mundialización”, se inicia con un capítulo de Joseph Jurt en el que examina el proceso de desintegración de la “república literaria europea” a partir de la emergencia de la idea de “literatura nacional” y del lugar ocupado por ésta en la constitución de las culturas nacionales. Tras Jurt, Pascale Casanova se pregunta en su contribución cómo es posible pensar hoy la “literatura europea” en tanto corpus y objeto de análisis literario y/o histórico. De acuerdo con la autora, no se trata de extrapolar la voluntad política de unión continental para forzar la existencia de una unidad ni de contentarse con la idea de unidades nacionales irreductibles, sino de aprehender —en consonancia con la propuesta que despliega en *La república mundial de las letras*—⁸ la historia literaria de Europa, así como la de su unidad, más potencial aun que real, como resultado de las rivalidades, las luchas y las relaciones de fuerza entre literaturas nacionales.

En el artículo que cierra la segunda parte, Gisèle Sapiro ofrece un estudio de sólida base empírica acerca del lugar ocupado por Europa dentro del mercado mundial de la traducción. Si bien Europa continúa siendo, tal como lo fue tradicionalmente, el centro del sistema internacional de traducción tanto en términos de volumen como de diversidad de lo traducido, Sapiro explica que la lógica de funcionamiento se

ha alterado en las últimas décadas a raíz de los cambios estructurales que entrañó la mundialización del mercado del libro. Basándose en la perspectiva de sistema mundial,⁹ explora los modos en que los niveles económico, político y cultural estructuran, de manera asimétrica, el espacio de las traducciones, condicionando la clase de bienes que circulan.

La tercera y última parte del volumen, “Las ciencias humanas y sociales entre el nacionalismo y el internacionalismo”, es abordada por el sociólogo holandés Johan Heilbron a través de cuatro artículos que lo tienen como autor único o como co-autor. Retomando una idea que Norbert Elías había señalado ya en *El proceso de la civilización* (1939), la sección se inicia planteando la necesidad de pensar la ciencia en contra de la propia idea que la ciencia tiene de sí misma como independiente de los marcos nacionales. El autor sostiene que el surgimiento, la definición, la organización institucional y la producción de conocimientos de las ciencias sociales y las humanidades en el siglo XIX estuvieron ligados a

⁹ En el sentido propuesto por Abram de Swaan para el estudio de las lenguas, “Pour une sociologie de la société transnationale”, *Revue de synthèse*, N° 1, enero-marzo de 1998, pp. 89-111; y Johan Heilbron para el estudio de la estructura asimétrica de intercambios simbólicos en general y de traducciones en particular, “Echanges culturels transnationaux et mondialisation: quelques réflexions”, *Regards Sociologiques*, N° 22, 2001, pp. 141-154; “Towards a sociology of translation: Book translations as a cultural world-system”, *European Journal of Social Theory*, N° 2, 1999, pp. 429-444.

⁸ Pascale Casanova, *La república mundial de las letras*, Barcelona, Anagrama, 2001.

los procesos de afirmación nacional y a las rivalidades políticas y culturales entre naciones, y de modo más específico a los distintos modos de organización estatal moderna. Lo cual habría dado forma a “tradiciones nacionales” en el desarrollo de las ciencias que encontraron expresión tanto en el nivel de las conceptualizaciones como en las estrategias de investigación.

Sobre esta base, las contribuciones siguientes buscan comprender la escala transnacional de los modos de producción y circulación de estas áreas del conocimiento. Con el objeto de aprehender las lógicas de internacionalización de las ciencias sociales y sus contradicciones, el capítulo de Heilbron, Nicolas Guilhot y Laurent Jeanpierre concentra su atención en el funcionamiento de las instituciones científicas internacionales, la movilidad transnacional de universitarios (desde las estadías de estudio hasta la migración forzada) y las políticas de intercambios transnacionales seguidas por las organizaciones internacionales, los estados y las fundaciones. En el artículo “La sociologie européene existe-t-elle?”, Heilbron propone una reconstrucción histórica de la evolución de la sociología en Europa desde 1830 en adelante, estudiando la instauración de tradiciones científicas nacionales, el desarrollo de canales de comunicación entre países, los diversos reordenamientos políticos europeos, la presencia de los Estados Unidos en tanto nuevo polo dominante del saber sociológico en la posguerra y el

impacto de las políticas culturales y científicas europeas de las últimas décadas. En el último artículo del volumen, Yves Gingras y Heilbron examinan, sobre la base de un sólido análisis estadístico de la producción científica europea (expresada en el número de publicaciones en revistas especializadas), en qué medida la Unión Europea ha encontrado su correlato transnacional en el ámbito de las ciencias sociales y humanas a lo largo del período 1980-2006. El artículo comprueba que a la par de cierto crecimiento en la colaboración internacional, se puede observar, por un lado, la pregnancia de los marcos nacionales tanto a nivel de instituciones y revistas como en los temas de investigación, y, por otro, el crecimiento del inglés en la producción académica europea en general, vía el predominio científico de los Estados Unidos.

L'espace intellectuel en Europe puede ser abordado desde distintos ángulos de acuerdo con la clase de intereses del lector. En primer lugar, las numerosas referencias bibliográficas sobre las que se asientan las distintas intervenciones convierten al libro en un rico índice de la producción académica más reciente en torno a la sociología de los intelectuales en Europa. En segundo término, tanto la multiplicidad de escalas y perspectivas de análisis (estructural e histórica, sincrónica y diacrónica, cuantitativa y cualitativa, comparativa y monográfica, internalista y externalista) como

las aristas comprendidas y los materiales empíricos utilizados en los distintos capítulos ponen a disposición del estudioso un repertorio de aproximaciones y estrategias altamente estimulantes para reflexionar acerca de los modos de encarar el estudio del mundo intelectual. En tercer lugar, y tal vez el aspecto más sugerente para entablar un diálogo con los proyectos de investigación sobre los intelectuales a escala latinoamericana sea la apuesta por un programa de investigación de escala continental, que, además, en su misma formulación busca poner en discusión los presupuestos y los sesgos nacionales que subyacen a las distintas disciplinas sociales en favor de una empresa científica desnacionalizada. Por último, es preciso destacar que sin perder en ningún momento la rigurosidad analítica la obra no rehúye la intervención política, sino que, por el contrario, hace del análisis una base para proponer un programa de acción político-científico, explícitamente formulado en el anexo, que contribuya a resguardar la autonomía del trabajo intelectual como fundamento necesario de la producción en ciencias sociales y humanas. Múltiples razones que hacen de la edición de este volumen una referencia ineludible para cualquier empresa de investigación sociológica e histórica del espacio intelectual.

Alejandro Dujovne
IDES / CONICET

Esteban Buch,

El caso Schönberg: nacimiento de la vanguardia musical,

Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, 360 páginas

El caso Schönberg: nacimiento de la vanguardia musical es el sexto libro de Esteban Buch, profesor en la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París, donde dirige el Centro de Investigaciones sobre las Artes y el Lenguaje. Se trata, una vez más, del producto de un trabajo de investigación riguroso y esclarecedor.

En esta oportunidad, Buch dirige su atención a una de las más notables encrucijadas que atravesó la música en su historia. Su escenario fue Viena, la capital del imperio Austro-húngaro entre fines del siglo XIX y el estallido de la Primera Guerra Mundial. Los protagonistas fueron un grupo de compositores cuyo principal referente, Arnold Schönberg, dio el primer paso para sacar a la creación musical del sistema tonal, que había sido la *lingua franca* de Europa desde comienzos del siglo XVII. Como es sabido, este salto hacia la atonalidad provocó un cataclismo en la música culta europea, cuyas réplicas aún no han cesado.

La controversia de la música de Schönberg se debía –según sus artífices y defensores–, a la incompreensión del público. Una “incompreensión” que se fue haciendo cada vez más ruidosamente manifiesta ante cada nuevo estreno ofrecido en las más importantes salas de concierto vienesas, hasta llegar a la interrupción total, con policía dentro del recinto, en el

bautizado “Skandalkonzert” del 31 de marzo de 1913.

Buch se propone hacer una historia de la recepción de estas obras que revolucionaron el lenguaje de la música occidental. Más precisamente, se propone estudiar la “evaluación” que de esta música hizo el público vienes que asistió a ese cambio radical. Como bien señala el autor, lo ideal sería analizar las opiniones de todos los involucrados, sea en la creación, la praxis o la recepción musical. Lo cierto es que muchos de ellos no dejaron registro de sus ideas, sino a través de los actos: desde la aprobación tácita que implica incluir e interpretar una obra de Schönberg en un concierto a la reprobación explícita de un silbido.

Sólo los críticos musicales debieron dejar sentada su opinión por escrito: “estos profesionales de la opinión eran los responsables de la primera atribución pública de sentido y valor a una obra” (p. 29).

Es sabido que los críticos musicales fueron mayoritariamente adversos a la nueva música del grupo que años más tarde sería conocido como la “Segunda Escuela de Viena”. La respuesta de los compositores también fue airada. Al respecto, se había cristalizado la idea, promovida por los propios compositores y allegados, de que los críticos conformaban un grupo de

ignorantes y mediocres que no estuvieron a la altura de la historia, al no comprender la magnitud del nuevo camino musical que se había emprendido en 1908. Sobre este punto, Buch no sólo rescata las numerosas diatribas de los compositores vieneses contra los críticos, sino también los retratos-caricaturas expresionistas pintados por Schönberg mismo (debido a los problemas económicos, el músico pensó en devenir pintor en esos tiempos), que llegó a exponer en pleno auge de la controversia.

Buch se propone desnaturalizar esa idea tomando como epicentro de su trabajo analítico el importantísimo corpus de artículos publicados en los diarios vieneses durante el tiempo de estudio (554 artículos en una veintena de periódicos y revistas de todas las tendencias ideológicas) e incluso en crónicas internacionales, tanto favorables como desfavorables, de esta convulsionada experiencia musical.

La música ocupaba un lugar destacado en el espacio periodístico de la época. Y como la música de Schönberg fue interpretada en salas importantes, se entiende la profusión de textos. En estos textos Buch muestra cómo Schönberg pasa de ser reconocido en tanto joven promesa de la composición a ser considerado un “caso”, en

tanto la pregunta que se planteó fue si sus radicalizadas nuevas creaciones merecían todavía ser consideradas como música.

Un siglo más tarde, conocemos el recorrido. Su obra y su método de composición dodecafónico, prohibido por los nazis y criticado en la Rusia de Stalin, se transformó en la principal bandera de la composición de vanguardia de la guerra fría. La “grandeza” de Schönberg, como analiza Buch, está fuera de discusión, más allá de que la misma haya sido controvertida.

Por esta razón, Buch regresa a la escena inaugural para formular las preguntas que dan pie a su trabajo: “¿Cómo era el mundo cuando las obras de Schönberg no tenían valor alguno, ni positivo ni negativo, por la sencilla razón de que eran desconocidas? ¿Cuáles fueron las primeras evaluaciones de sus obras? ¿Qué valores se invocaron en su apoyo? ¿Y cómo, a continuación, las obras escritas por Schönberg se convirtieron en las obras de Schönberg?” (p. 21).

Para responder a estas preguntas conforma un corpus que no deja tema sin abordar, incluyendo las obras mismas desde la perspectiva de una historia de la recepción.

El libro comienza con un estudio sociológico de la crítica musical vienesa. Este capítulo le permite constatar que se trata de un grupo bastante más preparado en términos musicales de lo que Schönberg estaba dispuesto a reconocer. Que no necesariamente sus críticos adversos eran meramente conservadores: “para ellos nada es más triste que constatar que fulano conoce bien las reglas pero no

tiene ‘nada nuevo que decir’” (p. 43). Que no había motivos personales o raciales para el encono (varios de sus críticos habían apoyado las primeras obras, todavía tonales, del autor; entre ellos, también había personas de origen judío). Más adelante, a lo largo del libro, Buch comprobará cómo los críticos adversos revelaron incluso una mayor claridad que los críticos favorables en cuanto a lo que representaban las obras de Schönberg.

Buch muestra que como los propios compositores, los instrumentistas y el público en general, los críticos compartían el credo de la autonomía del arte. La sala de conciertos era para todos ellos un refugio sagrado, por fuera de lo cotidiano. Sin embargo, aun en un terreno tan abstracto como el de la música, la revolución alrededor de la organización de los sonidos en el tiempo fue vista como un atentado a esa separación: “ruidos de demócrata” fue una de las primeras invectivas lanzadas, en momentos en que la monarquía luchaba por no colapsar y hasta abría el juego al sufragio universal (p. 50).

El “Caso Schönberg”, en suma, lo es por su música; una música que se volvió “inadmisible” para gran parte del público y la crítica de su época. Por esta razón el trabajo, “más que en los principios, se ocupa de los efectos de la música de Schönberg en un período acotado”, según señala el autor. De todos modos, esto no obsta para que Buch profundice en este libro, desde esta perspectiva, el estudio de las obras en sí mismas.

Si en “La historia de un secreto” su investigación sobre

la *Suite Lírica* de Alban Berg se centraba en los paratextos y excluyó, explícita y conscientemente, todo análisis musical, progresivamente Buch ha intentado en sus posteriores trabajos entablar un diálogo entre recepción y obra cada vez más estrecho y profundo. En *El Caso Schönberg*, hay varias incursiones en esta tesitura porque, como reconoce el propio Buch: “no basta con analizar los textos, como hacen las versiones perezosas de la historia de la recepción. También hay que interrogar a las obras, no para proponer una nueva evaluación sobre ellas, sino para reconstruir el espacio de las percepciones sobre cuya base escribieron los críticos. Y para eso, en vez de partir de la percepción y del análisis actuales, más vale partir de la crítica, para solo después volver a la música y analizarla desde esta perspectiva” (p. 56).

Los capítulos siguientes, por lo tanto, están dedicados a estudiar lo ocurrido en los conciertos en los que se estrenaron obras de Schönberg, y, luego, las obras mismas.

El recorrido por las primeras crónicas sobre sus obras, entre 1898 y 1902, permite comprobar que las mismas son positivas y reconocen en Schönberg una joven promesa. Luego, toma como epicentro el concierto del 25 de enero de 1905, en el que la presentación del poema sinfónico *Pelléas et Mélisande* provoca la irritación y las primeras invectivas abiertas, como aquella que lo acusa de músico “secesionista” y luego, lisa y llanamente, de hacedor de *Katzenmusik*, música de gatos.

Con los estrenos en 1907 del *Primer cuarteto de cuerdas* y

la *Sinfonía de cámara*, nos encontramos con obras que todavía “juegan” dentro del sistema tonal. Buch da cuenta en este capítulo de las críticas cada vez más exasperadas, y también del esfuerzo de comprensión de Elsa Benenfeld, una de las pocas mujeres que integraban el campo y una de las críticas musicales más formadas del medio, que se había doctorado en la Universidad de Viena bajo la guía del musicólogo Guido Adler y que terminaría asesinada en 1942 en el campo de concentración nazi de Maly Trostinec (p. 34).

El liminar *Segundo cuarteto de cuerdas*, estrenado el 21 de diciembre de 1908, nos da pie para desarrollar brevemente el modo inteligente con el que Buch comienza la reconstrucción minuciosa de lo que podría ser inicialmente una anécdota periodística del escándalo para, a partir de ella, terminar interrogando su origen en la propia música.

En la función se produjeron “risas sin disimulo” y una sonora carcajada soltada desde la platea al comienzo del segundo movimiento del *Cuarteto de cuerdas N° 2*, Opus 10 (p. 173). Buch, contrasta el episodio en las diferentes crónicas como así también del propio Schönberg, para luego dirigirse a la partitura (recordemos que en esta época todavía no hay registros audiovisuales).

El segundo movimiento de la obra es un *scherzo*, forma musical que, precisamente, incluía como posibilidad el humor, la alegría (*scherzo* significa “juego” en italiano), y que suele presentarse como un remanso luego de las

complejidades habituales de los movimientos iniciales. En este movimiento hay una cita de una melodía muy popular, el *Lieber Agustin*. La inclusión de una melodía “banal” en el contexto culto y sagrado de un cuarteto de cuerdas, en la sala Bosendorfer y que, para más datos, estaba jugando en el límite de la tonalidad, lo lleva a Buch a reflexionar, desde la obra misma, sobre las posibilidades del humor en música. ¿De qué se rió el público? ¿Y por qué esa risa fue comprendida no como aprobación sino como burla por parte de Schönberg?

Agudamente, Buch señala que este pasaje “pone en escena la crisis de la tonalidad de manera que se escuche la crisis y no su solución” (p. 178). Luego va más allá y comprueba que el movimiento entero es una caricatura “en el sentido de que la tonalidad no se ignora, ni se abandona, ni se supera, sino que se la pone constantemente frente a sus límites y su alteridad”. Ahora bien, una caricatura tiene algo de discurso hostil –señala Buch–, de modo que la reacción del público también es comprensible, más allá de que no sea justificable.

Para las personas sin formación musical, estos pasajes del libro seguramente serán los más arduos de seguir porque se apoyan directamente en la lectura de partituras (incluidas en el libro). Sin embargo, hay que destacar que en todos ellos la reflexión filosófica, apoyada también en otros autores no necesariamente musicales, permite comprender el nudo de la situación. Si bien la partitura puede no ser de ayuda para ellos, sin duda la

audición directa de los fragmentos musicales bien puede salvar esta dificultad.

El siguiente capítulo incluye los conciertos que, entre 1910 y 1911, ya presentan las nuevas obras abiertamente “atonales”; pero también el estreno de los *Gurrelieder*. Este ciclo de canciones para orquesta es revelador de la voluntad de Schönberg por demostrar que su abandono de la tonalidad no era el producto de un advenedizo sino, por el contrario, el de un artista conocedor de las “viejas reglas” de la composición musical. Buch se vale para ello de la lectura del *Tratado de armonía* que Schönberg publicó por esos años. Se trata de un libro “técnico” que enseña el arte del enlace de acordes del sistema tonal que está abandonando.

El último episodio es el célebre *Skandalkonzert*, el 31 de marzo de 1913. Buch no deja ningún cabo suelto para la interpretación de lo ocurrido, incluido el análisis de las actas de un juicio que tuvo lugar como consecuencia de la agresión física del organizador del concierto dirigida hacia un crítico. En este concierto, Schönberg alterna obras propias y de sus principales discípulos, Webern y Berg, con dos referentes de la Viena modernista, como Gustav Mahler (que había muerto dos años antes, pero era ya un artista canonizado que había apoyado la causa *schönbergiana*) y su único maestro, Alexander von Zemlinsky. Se trató de un gesto de inscripción en la historia grande de la música alemana (una obsesión en la vida del autor, que cuando en 1923 presentó la sistematización de la

atonalidad a través del método de composición dodecafónico, le escribió a un alumno que con él garantizarían la supremacía de la música alemana por los próximos cien años). El intento se vio frustrado porque en el comienzo de la segunda parte la función se interrumpió debido a la batahola y el ingreso de la policía.

Sobre el final de su vida, Schönberg afirmó: “No tomen por falsa modestia lo que digo: quizás se haya llegado a un resultado, pero el mérito no es mío. Hay que atribuirlo a mis adversarios. Son ellos quienes verdaderamente me han ayudado. Gracias” (p. 298).

Las conclusiones del texto de Buch toman estos dichos para explicitar el modo en que su libro sobre Schönberg se atreve –a nuestro juicio, exitosamente– a superar la impugnación de Theodor Adorno sobre cualquier pretensión de estudiar la recepción de la obra de arte.

Buch engarza la cita de Schönberg con otras en similar dirección de Adorno, quien, por ejemplo, sostuvo: “quienes rechazan las obras de arte

auténticas revelan tener mayor intuición que quienes la defienden”.

Luego de reconocer la dificultad que impone la autoridad de Adorno, Buch se pregunta: “¿porqué privarse de escuchar a aquellos cuya lucidez y la justeza de su instinto se reconocen, aun cuando sean enemigos? ¿Y de qué manera, exactamente, hablar de la producción sin tener en cuenta la recepción? ¿Es que puede ser histórica y humanamente posible? Desde qué otro planeta deberíamos contemplar, con ese fin “las obras en sí mismas?” (p. 311).

La respuesta de Buch es clara: “Adorno también era un miembro del público” (p. 311). El discurso de Adorno, como Buch nos recuerda, “es un discurso situado; precisamente el discurso de un miembro de la escuela de Viena, como le gustaría presentarse hasta el fin de sus días” (p. 312).

El libro de Buch trabaja entonces sobre este campo anteriormente vedado de la historia de la música. Y sirve para entender que, más allá de la comprensión, Schönberg

llegó a Viena como el heredero de la “gran música” del romanticismo, que se asentaba en su afán trascendente y metafísico, pero que desde ese lugar podía permitir las analogías entre música y política.

Como dice Buch, desde una perspectiva actual es difícil creer que una obra de música instrumental de tres minutos pueda homologarse a una sociedad. Lo cierto es que la homología entre “orden tonal” y “orden social” fue en la Viena de la revolución atonal una creencia compartida, un “síntoma” del que Schönberg sería la principal figura (p. 313).

La obra musical de Arnold Schönberg, en sus “evaluaciones”, encontradas se revela como un buen ejemplo para demostrar una de las tesis defendidas con claridad por Buch: “El valor de una obra de arte nunca es definitivo: solo su importancia histórica puede serlo” (p. 21).

Martín Liut
UNQ

Philipp Blom,

Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914,
Barcelona, Anagrama, 2010, 679 páginas

¿Cómo analizar los años comprendidos entre 1900 y 1914 sin caer en el anacronismo y la ilusión retrospectiva de considerarlos una *Belle Époque* hecha añicos por el estallido de la Gran Guerra? Y, a su vez, ¿cómo estudiar esos años sin ver en ellos, teleológicamente, una mera antesala de la Primera Guerra Mundial? Tales son las directrices que guían esta ambiciosa investigación del historiador alemán Philipp Blom, formado en las universidades de Viena y Oxford. Publicado originalmente en inglés en el año 2008, galardonado con el NDR Kultur Sachbuchpreis 2010 y el Groene Waterman Prize, el libro se estructura en quince capítulos, un capítulo dedicado a cada uno de esos años, en los cuales el autor va hilvanando los acontecimientos políticos con las manifestaciones del ámbito de la cultura junto con elementos de las biografías y la vida cotidiana, para trazar una dinámica visión de conjunto del período que logra salvar cierto carácter estanco de la arquitectura del libro.

El punto de partida del primer capítulo es un análisis de la Exposición Universal de 1900. Detrás de la pompa y la espectacularidad que rodeó a esta exposición, Blom vislumbra un intento de cubrir la pérdida de confianza y las fisuras sociales que desgarraban a Francia. Pues, si hay una noción que puede imantar los

más diversos ámbitos de la vida política y cultural del *fin-de-siècle* francés es la noción de decadencia. La imagen de una nación languideciente, cuyos índices demográficos no hacían más que confirmar, está en la base del violento antisemitismo de Édouard Drumont y de la derecha nacionalista encarnada en Charles Maurras, quienes encontraron en el *affaire* Dreyfus una cabal demostración del complot judío contra Francia. Sin embargo, la sensación del fin de una época, la nostalgia y el miedo al futuro, era también un tópico recurrente en gran parte de la literatura europea del período, en la cual el esteticismo decadente de fin de siglo, fruto del aburrimiento de los hijos de la seguridad burguesa que se rebelaban contra la moral puritana, abre paso a los recelos frente al progreso y a la vida metropolitana, que conviven, como veremos, con la fascinación por la modernidad y la técnica.

El segundo capítulo, consagrado al año 1901, toma como punto de partida la muerte de la reina Victoria de Inglaterra. Con su muerte, el Imperio despidió no sólo a una persona sino a toda una época, pues, como demuestra Blom reflexionando a partir de las actitudes de su sucesor Eduardo VII, los albores del siglo marcan con diversos grados y matices el declive de la aristocracia europea iniciado

décadas atrás con la progresiva pérdida de importancia del valor de la tierra impulsada por el proceso de industrialización. En ese marco, Eduardo VII, junto con su primo Guillermo II de Alemania, son los monarcas que encarnan más claramente los nuevos comportamientos cortesanos, menos apegados a la frugalidad y en compañía de los nuevos ricos de la burguesía industrial.

El tercer capítulo, “Edipo Rey”, nos sumerge en el intrincado mosaico de minorías nacionales, lingüísticas y religiosas que conformaban el imperio Austro-Húngaro, gobernado férreamente desde 1848 por el emperador Francisco José. Frente al monopolio del poder político en manos de la autocracia, amplios sectores de la burguesía encuentran en el arte y las letras un canal de participación específico que en gran medida explica el inusitado dinamismo cultural de las ciudades del imperio y, en particular, de Viena. En el año de 1902, al cual está dedicado el capítulo, se produce un hecho anecdótico que le permite a Blom sumergirse en el análisis de esta rica y diversa vida cultural: el doctor Sigmund Freud obtiene un ascenso en la Universidad de Viena, lo que constituye todo un reconocimiento de sus métodos para tratar los problemas psicológicos. La duplicidad establecida entre la estricta fachada de la moral

pública del imperio que convive con una esfera de normas que escapan totalmente a su control –en otras palabras, la dicotomía entre el principio moral y la realidad social– está en la base de la teoría freudiana sobre la represión del individuo. Aunque el autor sostiene que diversos aspectos de esta teoría inciden también en la obra de escritores como Robert Musil y Arthur Schnitzler, en las investigaciones sobre el lenguaje de Fritz Mauthner, Ernst Mach y Ludwig Wittgenstein, como también en los nuevos lenguajes musicales de Gustav Mahler y Arnold Schönberg. El capítulo se cierra con un análisis de las innovaciones estilísticas de los arquitectos Adolf Loos y Otto Wagner que, junto a las obras de Gustav Klimt y Egon Schiele, son interpretadas como una forma de rebelión frente a los modos de representación estética heredados del imperio.

El capítulo iv, “1903: una extraña luminiscencia”, repasa los descubrimientos científicos de la primera década del siglo y cómo las innovaciones logradas por Pierre y Marie Curie, Wilhelm Conrad Röntgen, Ernest Rutherford y, sobre todo, las investigaciones del joven Einstein, “destrozaron el mundo objetivo y lo dejaron reducido a valores relativos y fuerzas invisibles, llevándose por delante a la materia y el tiempo” (p. 130), y dando paso a un cuestionamiento y a una incertidumbre sobre la realidad. Sin embargo, muchas de estas innovaciones trascendieron el reducido mundo de la academia científica y transformaron la vida cotidiana de miles de personas mediante la luz

eléctrica, el telégrafo y el automóvil. Blom señala las conexiones de estas revoluciones científicas con la filosofía y las artes del período; basta pensar en los ensayos de Henri Bergson, en las obras de los futuristas italianos y en el verdadero boom que constituyeron las novelas de ciencia ficción de H. G. Wells. Aunque en todos estos ámbitos se comprueba una progresiva modificación del talante optimista asentado en la ciencia y la tecnología, arrasado por el desvanecimiento de las certezas y la constatación de los peligros inherentes a ellas.

El nuevo papel de la prensa y la denuncia de los crímenes del imperialismo belga en el Congo son estudiados en el capítulo v, “Su Majestad y el Sr. Morel”, que le permite al autor indagar la compleja relación entre cultura e imperialismo junto a las diversas construcciones de las imagerías imperiales en Alemania, Gran Bretaña y Francia y la verdadera incidencia de los imperios en la vida cotidiana de las metrópolis. Más adelante, en el capítulo xi, en el reverso de esa trama, Blom analiza la fascinación por las culturas y los rituales africanos y asiáticos en parte de la vanguardia artística de la época.

El capítulo dedicado al año 1905 se centra en el proceso revolucionario que mantuvo en vilo al imperio ruso tras la desastrosa derrota en la guerra ruso-japonesa. Luego de la concesión de elecciones libres y generales a la Duma, se desencadenó una ola de brutal represión que incluyó varios pogroms contra la población judía. Según Blom, bajo esta

quietud impuesta por el imperio emergía lentamente una generación de jóvenes escritores y artistas rusos que expresó con desesperación fatalista su frustración. Así, mientras el mundo cortesano daba la espalda a la realidad, la cultura rusa estallaba de creatividad de la mano de Ígor Stravinski, Kandinski, Malévich y Andréi Biely.

El diez de febrero de 1906, el rey Eduardo VII de Inglaterra botaba al mar el primer *Dreadnought*, un nuevo tipo de acorazado con el que la marina real británica daba inicio a la vertiginosa carrera armamentista internacional anterior a 1914. Sin embargo, Blom toma este dato de la historia militar sólo como un pretexto para reconstruir las diversas manifestaciones del culto a la masculinidad y a la virilidad en la cultura europea de la primera década del siglo xx. Desde esta perspectiva, la carrera por los *Dreadnought* es sólo un síntoma que –junto con los duelos a primera sangre, el culto de las virtudes militares, una miríada de productos contra “el agotamiento masculino” y el desarrollo del fisicoculturismo– constituyen las manifestaciones más palpables de una incertidumbre sobre las virtudes masculinas y la masculinidad en sí misma. Dicha incertidumbre está relacionada con la progresiva visibilidad de la homosexualidad pero también con las transformaciones políticas y culturales del papel desempeñado por la mujer en la sociedad europea, analizado detalladamente en el capítulo ix, “1908: Señoras de armas tomar”.

El desarrollo en la escena europea de visiones alternativas

sobre la vida y el futuro de la sociedad es el tema estudiado en el capítulo VIII. En primer lugar, Blom se centra en las primeras manifestaciones del movimiento pacifista, articulado en torno de la baronesa Bertha von Suttner y de Alfred Nobel, como una manera alternativa de imaginar a la sociedad frente al militarismo y al culto de la masculinidad agresiva. Junto al pacifismo emergen un gran número de movimientos subversivos nucleados tras nuevos profetas y visionarios, desde Lev Tolstoi hasta Gusto Gräser, pasando por la bohemia alemana del barrio Schwabing de Munich. Estos nuevos cultos a la vida, basados en la idea de fundar una auténtica comunidad de almas libres y no sujetas a las reglas, fascinaron a artistas alemanes como Gustav Mahler y Stefan George, aunque también están en la base de otros movimientos, como el sionismo espiritual de Martin Buber y la antroposofía sistematizada por Rudolf Steiner.

El 25 de julio de 1909, el ingeniero francés Louis Blériot cruzó por primera vez el Canal de la Mancha a bordo de un minúsculo aeroplano, lo que constituyó una verdadera sensación en la época: un hecho que permite a Blom adentrarse en la “fiebre por la velocidad” y el culto a las máquinas rápidas analizadas en el capítulo X. En una sola generación la velocidad se apoderó de la vida cotidiana de las grandes metrópolis europeas, transformando las comunicaciones, las publicaciones periódicas, los transportes urbanos y la organización capitalista del trabajo. La técnica y la

velocidad transformaron también los entretenimientos urbanos: el aristocrático consumo del turf dejaba paso a los pilotos de carreras y a los ciclistas convertidos en verdaderos héroes populares. Sin embargo, en ningún ámbito de la técnica esa locura por la velocidad se hizo más patente que en el cine, cuyo desarrollo junto al consumo cultural de masas es examinado en el capítulo XII, “Palacios del Pueblo”. Luego de estudiar la influencia de este dinamismo en la literatura y en las artes plásticas del período Blom se detiene en estudiar cómo esa creciente velocidad de la vida cotidiana, de las noticias y del trabajo desencadenó una verdadera epidemia sobre telefonistas, obreros fabriles, jefes de Estado y profesores universitarios, un agotamiento nervioso que el médico norteamericano George Miller Beard denominó “neurastenia”, desatando un debate cuyas principales características se encuentran brillantemente condensadas en *La montaña mágica* de Thomas Mann.

El capítulo XIII reconstruye los principales lineamientos del pensamiento eugenésico y su influencia no sólo en los círculos académicos sino también en los políticos conservadores y socialistas. La eugenesia parecía ofrecer una solución a los temores suscitados por las cuestiones sociales que ya hemos señalado (disminución de la tasa de natalidad, el nuevo papel de la mujer, la neurastenia, la decadencia, etc.) y de allí su rápida y extensa difusión en Europa y en los Estados Unidos.

Los dos últimos capítulos del libro se adentran en los

márgenes de esa humanidad civilizada, el mundo de la locura y del crimen como amenazas a la validez y la imagen que la civilización occidental racional construía de sí misma. Pues paralelamente al fenómeno de la neurastenia, los crímenes violentos se convirtieron en una de las principales preocupaciones de la imaginación popular. Aunque es cierto que se registró un leve aumento de la violencia urbana, esa preocupación se debía en gran parte a la atención privilegiada que le otorgaban los periódicos al crimen y a la violencia. El autor plantea que a diferencia de la profusa representación de la locura en el siglo XIX su impacto en el mundo artístico de comienzos del siglo XX es más bien escaso, con excepción de la literatura científica de corte lombrosiano y, sobre todo, en una rama específica de la ficción popular: las historias de detectives, que vendían miles de ejemplares aun luego de haber aparecido por entregas en periódicos y revistas de gran tirada. Es esta fascinación por los crímenes escandalosos lo que, según Blom, explica que hacia fines julio de 1914, cuando los indicios de una posible conflagración de grandes dimensiones eran ya evidentes, la mayoría de la población de Francia se hallaba entretenida comentando los vericuetos del asesinato de Gaston Calmette, director del diario *Le Figaro*, baleado por la esposa del primer ministro Joseph Caillaux tras ventilar un asunto de faldas y amoríos extramatrimoniales.

Sin dudas, estamos ante un libro erudito y basado en un extenso trabajo de investigación que logra enhebrar con sutileza

los acontecimientos de la política con el ámbito de la cultura y la vida cotidiana. Sin embargo, la obra de Philipp Blom pierde en profundidad analítica lo que gana en extensión, y no logra escapar a una perspectiva generalizante de corte manualístico, cuyo

tono se hace más notorio por su estructura demasiado estanca y por la opción por una escritura amena no signada por las citas al pie. Aun así, y más allá de estas cuestiones, *Años de vértigo* consigue dar una visión de conjunto de esos años vertiginosos que marcaron

los sueños y las pesadillas del siglo XX, y constituye una guía útil y atractiva para adentrarse en ellos.

Emiliano Gastón Sánchez
UNTREF / CONICET

Éric Michaud,

La estética nazi. Un arte de la eternidad. La imagen y el tiempo en el nacional-socialismo, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2009, 397 páginas

Las cruces esvásticas proliferan en las librerías como en ninguna otra parte. Suelen funcionar como eficaz reclamo en las portadas de los numerosos textos de todo tipo sobre el período nazi, y la del libro de Michaud no es una excepción. Más allá del entendible interés histórico por conocer mejor un momento clave del siglo XX, parece claro que persiste algún tipo de atractivo por, al menos, algo del paisaje visual que dejó el régimen más siniestro de la historia humana, en cuya configuración se aliaron las concepciones más retrógradas con increíbles audacias modernistas.

El tema de Michaud es el recurso al arte de la ideología y la práctica nacionalsocialistas, en las que aquél jugó un papel central, como quizá no ocurrió en ninguna otra dictadura moderna. Los motivos son, acaso, conocidos; el primero de ellos fue el de las veleidades artísticas del propio Führer, miserable acuarelista en su juventud, que frustró su aspiración de convertirse en el mayor arquitecto de su época para abocarse a proyectar, en contrapartida, un Reich milenario. Los planes de construcción de una ciudad a su medida terminó compartiéndolos con Albert Speer, una extraña y muy influyente personalidad.

Al concentrar sus facultades en la modelación de un Estado

histórico, Hitler no hacía sino encarnar la metáfora, que se remonta a los griegos, del gobernante-escultor de hombres y de realidades políticas todavía informes. Más allá de la violencia que ejerció, buscó su legitimación política como salvador y en tanto genio artístico supremo (una variante, para Michaud, del derecho divino). La gravitación moderna de esta concepción incluyó, a su modo, también a la URSS. Como sostuvo Boris Groys,¹ Stalin se consideraba el artífice de una obra de arte total, el socialismo, y su tarea superaba por ello todas las realizaciones estéticas particulares, las cuales debían, por supuesto, subordinarse a ese gran objetivo creador.

Hitler se ocupaba personalmente de la orientación estética de las artes visuales, de los festivales de Bayreuth (en Wagner reconocía su único precursor) y hasta realizó, en 1932, el primer boceto para orientar a Ferdinand Porsche en el diseño del que quizá sea su legado modernista más perdurable: el *Volkswagen*, al que imaginó con la forma de un insecto, según relata Michaud, y que el lenguaje popular, en efecto, acabaría denominando escarabajo (*Käfer*). El auto del pueblo estaba pensado para que las familias alemanas poblaran

esos kilómetros de autopistas que el régimen construía en el país. Después del hundimiento del Tercer Reich, que nunca logró fabricarlo en serie, terminó siendo el modelo producido durante más tiempo, y todavía siguen apareciendo nuevas versiones. Hitler admiraba a Henry Ford porque sus productos, accesibles para los trabajadores, abolían las diferencias de clase.

El diseño industrial no ocupa en este estudio más lugar que el de esa mención ocasional. En el relato que ofrece Michaud, tampoco se atiende al cine (al cual, dada su importancia, Siegfried Kracauer le consagró un clásico trabajo,² no registrado en este libro), o a los medios de comunicación como la radio (apenas se cita una arenga del Führer a sus ingenieros: “¡Trabajad por el lanzamiento de la televisión, y trabajaréis por la victoria completa y sin retorno de la Idea nacional-socialista!”). Se incluyen, en cambio, algunos análisis de las coreográficas concentraciones de masas, hitos del régimen atentamente producidas con la colaboración de Speer, un arquitecto especializado en iluminación que más tarde fungió como cerebro logístico de la guerra (para ambos roles son

¹ Boris Groys, *Obra de arte total Stalin*, Valencia, Pre-textos, 2008.

² Siegfried Kracauer, *De Caligari a Hitler. Una historia psicológica del cine alemán*, Barcelona, Paidós, 1994.

reveladoras sus conversaciones con Gitta Sereny, nunca mencionadas aquí).³

También la teoría estética constituye en este libro un tema lateral en contraste con el interés por los usos del arte, al que se entiende de manera tradicional: pintura, escultura, aunque también fotografía, una disciplina que, en el período, superó las realizaciones de la plástica, sometida a un canon neoclásico asociada a los contemporáneos motivos del arte estalinista, con el que jamás se buscan comparaciones. En la arquitectura pública, señala Michaud, un eclecticismo estilístico se decidía según la función: neoclasicismo para los templos, vidrio y cemento para las fábricas.

El núcleo de *La estética nazi* es un análisis de la redescritión pagana en la que los nazis habrían fusionado elementos provenientes de distintas mitologías: la griega y la nórdica, pero, en primer lugar, la cristiana. La investigación se centra básicamente en el discurso de Hitler –Cristo alemán y artista de Alemania– y en el de sus adláteres y más prominentes ideólogos, todos ellos movidos por un inmenso respeto romántico a los poderes del arte, y algunos, incluso, aficionados o practicantes.

Goebbels, proveniente también de la bohemia, fue dramaturgo y escribió una novela autobiográfica (*Michael*, 1929); Göring saqueó museos y residencias impulsado por

pulsiones entre criminales y coleccionísticas, y una cantidad de profesores se pusieron al servicio de la adulteración de imágenes, del adoctrinamiento de artistas y de una reescritura de la historia del arte europeo en exclusivos términos germanizantes. El nazismo fue una cultura eminentemente visual, afirma Michaud, y confiaba más en las artes plásticas que en la fotografía o en la palabra. Los discursos de Hitler eran performáticos; en *Mein Kampf* argumentó en favor de una “demostración por la imagen” ante las masas. Es que las imágenes aceleraban pasionalmente a la multitud mientras que la oralidad y los textos introducían confusión. Por eso, un decreto de 1936 firmado por Goebbels llegó a prohibir la crítica de arte autorizando sólo “informes artísticos” que no pusieran en cuestión el impacto emocional directo.

Bajo Hitler, la concepción dominante sobre el arte era, por cierto, instrumental. Pese a toda la retórica sobre su sublimidad, heredera de una precedente religión burguesa del arte, Hitler repudiaba el arte por el arte (“judío y homosexual”) pues no servía para la formación de un “hombre nuevo” sano y nórdico. Si bien Michaud incluye consideraciones sobre el notable poeta Gottfried Benn, adicto al régimen, y el célebre escritor Ernst Jünger, demasiado aristocrático y conservador para doblegarse ante la chusma dirigente nazi, su estudio refiere principalmente cuadros y esculturas prototípicas como las de Arno Breker. Para el NSPD, estas obras debían ser, ante

todo, socialmente eficaces para la consagración y la difusión de unos ideales que ponderaran el poder redentor del trabajo y del combate viril, así como el culto a la vida doméstica y al papel reproductor de las mujeres. Las imágenes eran útiles en la medida en que exaltaban el modelo físico ario, mostraban a Alemania como la única heredera del espíritu griego y, al mismo tiempo, extendían nociones moralizadoras y racistas. En cuestiones artísticas, señala Michaud, Hitler se mantuvo formalmente fiel a las concepciones de la academia que lo había rechazado (¿cómo hubiese sido el mundo si la de Viena lo hubiera aceptado?), pero las aplicó al sueño de una nueva y superior naturaleza humana cuya consecución era una misión de alemanes. Se trataba de *realizar* el neoclasicismo en la naturaleza, no sólo en el arte, noble instrumento para un objetivo superior.

La estética nazi, asegura Michaud, se valía de un lenguaje religioso impregnado de nociones escatológicas. Hitler encarnaba el *corpus mysticum* comunitario y pretendía conducirlo a la redención nacional tras una serie de humillaciones históricas. Combinaba para ello un romanticismo ideológico reaccionario con un estilo visual epígono del neoclasicismo, si bien recargado de temas específicos basados en sueños de grandeza: la exaltación del trabajador-artista-soldado, la fijación de un canon de belleza arianizado, la adoración del Führer, la promoción del sacrificio individual por la comunidad y del amor por el paisaje patrio.

³ Gitta Sereny, *Alfred Speer. Su batalla con la verdad*, Barcelona, Ediciones B, 2004.

Los nazis rechazaban los vanguardismos por motivos desde estéticos hasta políticos y racistas. Hoy son célebres las muestras de vanguardia tituladas “Arte degenerado” (y, en vista del poder concedido al arte, también degenerante). Las hicieron circular por el país para mostrar los extremos de degradación a los que la influencia judeo-bolchevique habría arrastrado a la pura y original *Kultur* alemana. Con el fin de combatir dicha infección, casi paralelamente se inauguró una “Casa del arte alemán” en Munich (1937) –nueva Atenas, a la vez capital del “movimiento” y del arte– donde cada año (y ya desde 1933), para los festejos del “Día del arte alemán”, se organizaban grandes desfiles de carrozas alegóricas secundadas por trajes típicos o de época. Es claro que el nazismo no fue ajeno al *Kitsch* telúrico y provincial, pero este hecho no lo abarca por completo. El componente antisemita resultó, desde luego, esencial en la producción de una identidad a través del arte: Alemania fundaba *Kultur* mientras que otros pueblos se limitaban a

transmitirla, o bien, como los judíos, directamente la socavaban y por ello debían ser combatidos.

El relato de Michaud recae frecuentemente en digresiones moralistas o condenas redundantes. Sus mejores momentos son aquellos en los que busca conectar la mentalidad nazi con el espíritu alemán anterior a Hitler y con una mística vaciada en un molde cristiano, del que se copiaban rituales pero cuya autoridad espiritual se intentaba sustituir por una religión nacional. Con sus encuadres históricos no pretende dar una explicación exhaustiva de la concepción artística del nacional-socialismo; antes bien, trata de considerarla un fenómeno contextualizado y no sólo una excepción histórica súbita e inexplicable. Michaud rastrea motivos ideológicos afines en el pensamiento de derecha francés; la selección de los “más aptos”, por ejemplo, fue parte del ideario que difundía el científico emigrado a los Estados Unidos Alexis Carrel, muy popular en la época. Tanto el radical nacionalismo como la

inclinación neoclásica de la estética del Tercer Reich se hallaban también vinculados a un cierto clima de ideas vigente en la Europa del momento.

Algo más peculiar fue que Hitler se consideraba a sí mismo, ante todo, como un artista cuya alta vocación acabó postergada por atender al llamado de la salvación patriótica. Como se cuenta en la monumental biografía de Kershaw (Michaud apenas la cita, y alaba, en cambio, la de Fest), en medio de las negociaciones sobre la cuestión polaca, y antes de la invasión que desencadenaría la guerra, Hitler conversó con un funcionario británico: “Y acabó la entrevista con un comentario patético: él era por naturaleza un artista, no un político, y una vez que estuviese resuelta la cuestión polaca acabaría su vida como un artista”.⁴

José Fernández Vega
CONICET / UBA

⁴ Ian Kershaw, *Hitler. 1889-1936*, Barcelona, Península, 2000, vol. I, p. 221.

Marcel Gauchet,

L'avènement de la démocratie III. A l'épreuve des totalitarismes 1914-1974,

París, Gallimard, 2010, 661 páginas

A propósito de su trayectoria intelectual, Marcel Gauchet expresaba en una entrevista: “tengo la impresión de situarme en esa herencia de observadores de lo contemporáneo que surgen a medida que aparece la conciencia de una condición humana que cambia en el tiempo con las mismas sociedades. Sus curiosidades son múltiples por naturaleza”.¹ Estas múltiples curiosidades que han guiado el trabajo intelectual de Marcel Gauchet se han traducido en una obra diversa, rica y compleja que lo ha ubicado como uno de los principales referentes de la filosofía política francesa contemporánea.

Pensador de lo contemporáneo, el presente ha funcionado como una fuente inagotable de inspiración y cuestionamientos, aunque desde su perspectiva estos enigmas sólo alcanzan a aclararse a la luz de la historia. Entre las múltiples curiosidades, “lo político” y el fenómeno irreductible de la democracia aparecen como sus preocupaciones principales. La dificultad y complejidad de su objeto le ha permitido navegar entre la historia, la filosofía, la antropología, la sociología y el psicoanálisis, haciendo difícil poder encasillar su obra bajo un rótulo englobador.

La preocupación principal de sus trabajos sobre la irreductibilidad de la democracia reconoce como punto de partida la “paradoja actual” que exhibe el fenómeno: numerosos contemporáneos han dado cuenta del triunfo de la democracia a través de su sólida instalación en las sociedades occidentales, pero, a la vez, este triunfo se encuentra amenazado por el vacío y la impotencia. La “crisis de la democracia”, cuyos síntomas más sobresalientes estarían ligados a la pérdida de la capacidad de gobernar, la autonomización de la lógica económica y la disociación individualista, sería el disparador que ha llevado a estudiar este fenómeno en la larga duración. Una primera reflexión sobre la expansión victoriosa del hecho democrático entre 1980 y 1990 ha sido reunida en una serie de estudios compilados bajo el título de *La démocratie contre elle-même*.² Sin embargo, el objeto requería de un trabajo más minucioso y abarcador: tal el origen de *L'avènement de la démocratie*, que pretende examinar la democracia ampliando el ángulo de la mirada hacia el conjunto del devenir moderno para mensurar sus contradicciones internas y

así iluminar la oscuridad del presente. Esta obra en cuatro volúmenes se presenta como una reconstrucción histórica y una reflexión filosófica sobre la crisis de las democracias contemporáneas entendida como “crisis de crecimiento”.

La empresa que encara Marcel Gauchet en *L'avènement de la démocratie* se sitúa como la continuación del trabajo emprendido en su libro de 1985, *Le désenchantement du monde*,³ que buscaba “poner en evidencia a la vez aquello que había sido la influencia organizadora de lo religioso en la historia de las sociedades humanas, y de resaltar, y en el sentido inverso, la manera en que la originalidad occidental provenía de la salida de la religión”.⁴ El núcleo del *désenchantement* se centraba en proponer un modelo general de relaciones entre religión y política, así como de sus transformaciones. Tomando como punto de partida aquel marco de análisis, *L'avènement de la démocratie* persigue realizar un análisis de las estructuras de la sociedad autónoma, propias de las sociedades modernas. Éstas sólo llegan a ser inteligibles,

¹ Marcel Gauchet, *La condition historique*, París, Folio, 2003, p. 10.

² Marcel Gauchet, *La démocratie contre elle-même*, París, Gallimard, 2002.

³ Marcel Gauchet, *Le désenchantement du monde. Une histoire politique de la religion*, París, Gallimard, 2005.

⁴ Marcel Gauchet, *L'avènement de la démocratie I. La révolution moderne*, París, Gallimard, 2007.

desde la perspectiva de Gauchet, en contraste y en comparación con la antigua estructuración heterónoma de las sociedades de religión. La particularidad de este enfoque reside en que la trayectoria de la democracia puede ser interpretada aún bajo el binomio religión y política.

En este recorrido de largo aliento, el primer volumen de la serie, titulado *La révolution moderne* (2007), transita las múltiples revoluciones de la modernidad –la revolución religiosa del siglo XVI, la revolución científica, las revoluciones políticas de Inglaterra y Francia y la revolución industrial–, es decir, en palabras de Gauchet, la “revolución de la autonomía”. Cada una de estas revoluciones en el orden político, jurídico e histórico han resultado claves para la caracterización de la democracia de los modernos. El segundo volumen, *La crise du libéralisme* (2007), se concentró en el estudio del período 1880-1914 dando cuenta de la fundación de las democracias liberales a través de la instauración del régimen representativo y del sufragio universal. Este momento se concibe como una etapa decisiva en el proceso de salida de la religión, que abriría la vía para la emergencia de los totalitarismos y de la profundización y consolidación de la democracia.

El tercer volumen, *A l'épreuve des totalitarismes*, obra a la cual se consagran estas páginas, tiene como objetivo indagar los intentos que se configuran a modo de solución a partir de la crisis del liberalismo. Los totalitarismos se erigen en una alternativa al

prometer restituir las compactas comunidades sagradas sobre nuevas bases profanas. Los problemas traídos a colación aquí hilvanan las inquietudes de su propia experiencia: “yo pertenezco, en efecto a la generación que descubrió el totalitarismo en los años 70”, atestigua en una entrevista. Al mismo tiempo, esta problemática reconoce la huella de uno de sus principales maestros, el filósofo Claude Lefort. Lector de *Socialisme ou Barbarie* y alumno suyo en la universidad de Caen, el encuentro intelectual con Lefort resultó el “más importante de su existencia”. En sintonía con su trayectoria, Gauchet ha invertido una gran parte de su trabajo académico en revistas –desde la primera experiencia en *Textures* en la década de 1970, pasando por *Libre*, hasta llegar a ser redactor en jefe de *Le Débat* en los años de 1980. Tanto en la universidad como en esos círculos conoció en profundidad el pensamiento de Lefort, el cual colaboró para advertir “la irreductibilidad de la democracia, la centralidad de lo político, la necesidad de pensar en conjunto, desde ese punto de vista, la democracia y el totalitarismo en sus lazos y sus oposiciones”.⁵

A *l'épreuve des totalitarismes* está organizado en tres partes divididas en quince capítulos. La primera parte está consagrada a analizar los cambios que trajo aparejada la Gran Guerra, conflicto vertiginoso que resultó una sorpresa en el plano político, espiritual y social. Toda esta

experiencia generó una alteración en el campo ideológico, una nueva configuración que “consagra los extremos” (p. 12). La guerra terminó de desacreditar [desterrar?] al liberalismo del campo de lo concebible y creíble de la época, catapultando a la nación y al Estado a un primer plano y dando preeminencia al primado de lo político por sobre el de la sociedad. El mismo movimiento instaló el dominio ideológico del socialismo, que pasó a ocupar una posición ideológica preeminente; la referencia en relación con la cual se definirá cada elemento del campo ideológico.

La noción de ideología se convierte así en un elemento clave y central del argumento que despliega Gauchet y que diferencia su enfoque de la perspectiva marxista y de la de Pierre Bourdieu. Para Gauchet, “la ideología es el marco intelectual y el universo mental de las sociedades posteriores a la religión”.⁶ El discurso ideológico tiene su origen en el siglo XIX como consecuencia del giro histórico que orienta a las sociedades modernas hacia el futuro, y sirve como una especie de guía para su propio cambio.

La segunda parte del libro se encuentra dedicada a examinar el “asalto totalitario” en sus tres experiencias históricas: el bolchevismo, el fascismo y el nazismo. Su enfoque se concentra en la dinámica de estos procesos, especialmente en relación con la “historia interna de la democracia” (p. 264). La empresa de

⁵ Marcel Gauchet, *La condition...*, op. cit., p. 29.

⁶ *Ibid.*, p. 246.

Gauchet se sintetiza en modelizar la trayectoria de tres experiencias, para iluminar aquello que las aleja y que las acerca. Para comprender este vínculo de solidaridad, Gauchet articula el análisis de las “condiciones generales de posibilidad” con las “condiciones efectivas de realización”: todas ellas provienen de la coyuntura inaugurada con la crisis del liberalismo, y se comprenden como tentativas precisas de respuesta a esa crisis. Desde una perspectiva global, las experiencias totalitarias constituyen esfuerzos de reconstrucción por otros medios de la unidad religiosa, considerada como indispensable en el dominio de la comunidad humana. Este tipo de respuesta admite dos versiones de signo opuesto: una versión ultrarrevolucionaria y una versión ultranacionalista.

La respuesta a la crisis de representación se encarna en el conjunto de experiencias a través de tres canales convergentes que restablecen la unión entre el pueblo y el poder: el partido, la centralidad del líder y el canal ideológico basado en una comunidad de convicción. Y a estas convergencias palpables se agrega un argumento central en la explicación de Gauchet: el parentesco de herencia histórico que acerca a Rusia, Italia y Alemania en el marco de la historia europea. Esa afinidad se vincula con dos rasgos asociados: la importancia y el carácter de la forma imperio, y la recolocación de lo religioso. Según el filósofo, “la forma imperio no es otra cosa que la materialización política suprema de la forma religiosa.

Es sobre estos rasgos que la unión de hombres en la unión a un poder que los une a lo invisible encuentra su plena realización” (p. 289). Es esta lógica la que precisamente rompe la idea de nación al escindir la comunidad terrestre de toda garantía celestial, retornándolas sobre sus propias razones y obligándolas a buscar el fundamento de su orden en ellas mismas. Las experiencias totalitarias representan así la última manifestación de la forma imperio en Europa. “Nazismo, fascismo y bolchevismo [...] proponen semejantemente reconstruir la unidad sacral por medios profanos, cada uno por vías diferentes” (p. 514). La reminiscencia de la forma imperio es la que se encuentra en la base de las tres experiencias y la que servirá de hilo conductor de su análisis.

En el caso del bolchevismo, Gauchet busca iluminar el inconsciente imperial que guía la trayectoria desde la revolución leninista hasta la revolución estalinista: “la totalización manifiesta se acompaña de una imperialización subyacente” (p. 296). Si la ambición de la revolución es catapultar a Rusia hacia la modernidad en todos los campos, en la práctica esa vía hacia la modernización se opera a través de una reapropiación de la forma imperio (vacía de su contenido pero recuperando sus articulaciones). A diferencia de Rusia, en Italia y en Alemania el imperio aparece como una experiencia lejana que al mismo tiempo representa un ideal orientador del nacionalismo, aunque de una manera diferente en los dos

casos. Aquello que unifica las dos experiencias es que la realización de la nación pasa por su ligazón con el pasado imperial, no sólo desde el punto de vista de su potencialidad política sino también desde su centralidad espiritual.

Luego de realizar un minucioso examen de la dinámica de los totalitarismos, Gauchet se pregunta, para concluir, si podemos recurrir a una noción única para abarcar este conjunto de experiencias totalitarias en su especificidad y su diversidad. Aunque no rechaza el concepto de totalitarismo, suma los de “ideocracia” y de “religión secular” para dar cuenta de la dimensión compleja del objeto. Este enfoque permite tener en cuenta los tres elementos fundamentales que intervienen en la definición de estas tres experiencias: la política –que privilegia el modo de organización del régimen–, la ideología –el espíritu que preside su funcionamiento– y la religión –la fuente en la que se nutre–. De todos estos conceptos, el de religión secular permite identificar la especificidad de la aproximación desarrollada: “Religión secular [...] corresponde a una fase determinada del proceso de salida de la religión, en la cual, de una parte, esa salida es mirada como alcanzada porque la forma religiosa no posee más testimonios substanciales, ya que sus engranajes jerárquicos, tradicionales y comunitarios han desaparecido de la escena social, pero en la cual, sin embargo, esa forma conserva una presencia virtual en el funcionamiento social para que el propósito de

restituirle a futuro tenga un sentido” (p. 548).

Por último, la tercera parte se consagra a explorar las democracias liberales a la luz de los totalitarismos. Su principal prueba consistió en la construcción de un poder que combinara la representación de las partes –como lo había hecho el liberalismo clásico– y la encarnación del todo –como lo habían hecho los totalitarismos–. Las reformas de posguerra han aportado una respuesta sistemática a estos obstáculos derivados de las interpelaciones totalitarias y de las disfunciones o contradicciones de los regímenes liberales. La empresa reformadora se desplegó en tres grandes direcciones: la conducción de la economía, la

protección social y el funcionamiento del sistema político. Esta última es la que ha jugado un rol decisivo en la consolidación democrática al reconfigurar el mecanismo representativo. La reforma política adquiere el aspecto de una evolución gradual. Formalmente, el régimen parlamentario no ha sufrido grandes cambios; sin embargo, su funcionamiento ha mostrado un sesgo novedoso: la reinversión jerárquica que acuerda la preeminencia del Poder Ejecutivo sobre el Legislativo, y esta promoción del Ejecutivo que se acompaña de una fuerte personalización.

Sin embargo, la estabilidad democrática alcanzada en la posguerra encontrará nuevos obstáculos que la sumergirán en

una nueva crisis. El alza de los precios del petróleo resultó el fenómeno desencadenante que marcó el fin del crecimiento y de las certezas establecidas. Estos síntomas mostrarán un nuevo giro ideológico emblemático en la crisis del socialismo y la emergencia de un nuevo liberalismo, problemáticas que Marcel Gauchet trabajará en *Le nouveau monde*, el cuarto volumen que cerrará y completará este estudio sobre la democracia y brinda pistas para la comprensión de uno de los principales enigmas contemporáneos.

María Virginia Mellado
INCIHUSA-CONICET /
UNCuyo

Carlos Altamirano (dir.),
Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX,
Buenos Aires, Katz, 2010, 811 páginas

La unidad imposible: la historia de los intelectuales en América Latina¹

Comentar un libro de esta magnitud es una tarea difícil. Se trata de una obra fundamental, renovadora y llena de cuestiones, que vienen muchas veces bajo la forma de fragmentos provocadores. En cierto sentido, se podría decir que el aspecto fragmentario del libro casi mimetiza su propio objeto: la historia del pensamiento, o historia de los intelectuales en América Latina, siempre será el diseño de una búsqueda marcada por divisiones y fracturas internas y externas. Se trata de una búsqueda en varios frentes, encantada, en diferentes grados y tonos, por la frágil y poderosa fantasía de la unidad continental, expresada acaso por el título de la obra del filósofo peruano de ascendencia vasca, Antenor Orrego: *El pueblo-continente* (p. 310).

En el plano de la recepción, es necesario recordar que el reseñador es uno de los pocos que hace una lectura corrida del texto, es decir, uno de los raros lectores para quien un libro como éste no es estrictamente una fuente de consulta. Es probable que un lector académico común lea esta “Historia” con un ritmo y en un

orden dictados por sus propias urgencias y curiosidades, por lo que le resultaría difícil, en un primer momento, percibir en toda su amplitud la trama de cuestiones que anudan los distintos capítulos, cuyas recurrencias apuntan hacia temas insoslayables en la historia intelectual latinoamericana.

Agrupados en nueve núcleos, los más de treinta ensayos ocupan más de ochocientas páginas. Reducirlos a un único eje sería empobrecedor y equívoco. Aun así, no sería exagerado suponer que la tarea de los intelectuales latinoamericanos en el siglo xx (cuyo aspecto misionario es señalado por muchos de los análisis) haya girado casi invariablemente en torno de la *diferenciación*: en el plano externo, la formulación de la diferencia alude a la problemática de mirarse en el espejo, ya sea de Europa o de los Estados Unidos, que caracteriza a las discusiones americanistas aún prevalecientes en la primera mitad del siglo; en el plano interno, el trazo de la “heterogeneidad” aparece en aquello que será la percepción y la valorización de un Otro tradicionalmente no considerado por la *ciudad letrada*.

El hecho de que la expresión consagrada por Ángel Rama forme parte del título de este libro (así como del título del

volumen anterior, *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, editado por Jorge Myers y publicado en 2008 por la misma editorial) es, desde ya, un signo de la importancia atribuida a la crisis que atraviesa la conciencia intelectual cuando ella comprueba la exclusividad de su situación, al percibir que su proximidad con los productos del “espíritu” la mantiene alejada de aquellos grupos a los que no pocas veces el intelectual pretende representar, cuando no subsumir, imaginándose como un ser compuesto que mantiene y contiene al otro en sí mismo. El problema es enorme y admite soluciones de lo más variadas: desde el voluntarismo político presente en los orígenes del APRA, así como en el periplo de Haya de la Torre en su exilio, hasta el marxismo de Mariátegui, para quien el nacionalismo europeo era imperialista, mientras que el de los pueblos coloniales sería eminentemente revolucionario (p. 451). No sería casual, al fin de cuentas, que el americanismo esté marcado en ambos casos por una dimensión mitopoética que se encuentra tanto en Haya de la Torre (p. 318) como en la inspiración soreliana de Mariátegui (pp. 172-181).

La presencia del *mito* es constante pues traza un arco que va desde el “destino mesiánico” atribuido por

¹ Traducción del portugués: Ada Solari

Gabriel del Mazo (representante de la Reforma Universitaria) a “nuestra América” (p. 131) hasta, quizás, el potencial antiliberal de la inmersión de los científicos sociales en la “diversidad cultural” mexicana (p. 591), en un contexto a menudo pensado como exclusivo del período revolucionario y que sin embargo tiene raíces profundas ya en el porfiriato (pp. 422-423). En suma, el interés por el Otro coincidía plenamente con el encanto que el primitivismo había provocado en las vanguardias europeas, de las que los artistas latinoamericanos tanto habían aprendido. El caso del “vanguardismo pictórico” mexicano es ejemplar (p. 474), y podría ser pensado en comparación con otros, como el brasileño, orientado, como bien se sabe, por la inversión antropofágica de Oswald de Andrade (tópico relativamente poco presente en este libro), que no es más que una respuesta ocurrente a la conciencia culposa de una Europa destrozada y obsesionada por el Otro, que el imperialismo había rechazado y que ahora ella comenzaba a admirar.

Tampoco es casual que el horizonte mítico sea uno de los telones de fondo del compromiso entre el intelectual y el pueblo, y ello hace pensar en la importancia que tendría – por ejemplo, para la “nueva izquierda” argentina– la pérdida de la “organicidad”, que por su parte hace pensar en la eterna, nunca terminada, crisis del peronismo. Ahora bien, al menos para esa izquierda resignificada el peso del mito tal vez se desvanezca ante los dilemas de imaginarse libre de la tutela del partido al mismo

tiempo en que se reinventa el canon y se da un salto crítico único en América Latina, como puede sugerir la experiencia de *Contorno* (pp. 400-401). Se trata, en fin, de una posibilidad abierta por los años sesenta, cuando la idea misma de “organicidad”, que hace del intelectual y del pueblo uno solo, a veces encontraba sus límites (como en las inquietudes planteadas por el cine de Glauber Rocha en el Brasil), y a veces se veía reafirmada por la imagen – finalmente mítica– de Jean-Paul Sartre en su *tour* por la revolución en los trópicos.

La onda de liberación de la izquierda europea (aquella que haría el 68) podría ser considerada, en clave polémica, como una máquina que funciona en dos tiempos: los mitos son destruidos en casa para ser recreados en el patio ajeno. El *boom* tal vez sea, al menos en parte, un producto de ese fenómeno, cuyos engranajes editoriales vemos en el análisis detallado de las conexiones europeas, en especial las catalanas, de sus autores (pp. 714-715). Es en todo caso significativa y sarcástica la descripción que hace José Donoso de una *soirée* en la casa de Carmen Balcells: “reclinada sobre los pulposos cojines de un diván, se relamía revolviendo los ingredientes de este sabroso guiso literario [...] parecía tener en sus manos las cuerdas que nos hacían bailar a todos como marionetas y nos contemplaba quizá con admiración, quizá con hambre, quizá con una mezcla de ambas cosas, como contemplaba a los peces danzando en sus peceras” (p. 728). A pesar del gusto amargo que el retratista

imprime a la escena, el hecho es que la producción literaria de la periferia puede ser un guiso exquisito para el paladar del centro. Pero el postulado de un centro y de una periferia separados y estancos tampoco resiste incólume si recordamos, de acuerdo con lo que este libro nos ofrece y enseña, que las ciencias sociales en el continente estuvieron marcadas por el esfuerzo de inversión de esas categorías, y que tal vez los científicos sociales, más que los escritores, tengan condiciones para resistir el canto de sirena del discurso telúrico, que suele embrujar a tantos escritores y que marca tan profundamente la percepción del espacio americano antes de la institucionalización de las ciencias sociales –desde el *ariélismo*, en sus primeros frentes, hasta una ligera resignificación del legado de Rodó, como en el caso en que Próspero es llamado a abrazar la “democracia social”, de acuerdo con lo que se lee en los números iniciales de la revista mexicana *Cuadernos Americanos* (p. 254).

Pero el mito, o antes el encuentro mítico con ese Otro del que el intelectual desesperadamente depende, nunca deja de asombrar. Algunas veces hay entrega total, otras hay una resistencia poderosa, más fuerte que todo. Para el segundo caso, piénsese en el silencio de Pedro Henríquez Ureña sobre aquello a lo que modernamente se llamaría la diáspora (p. 71); en cuanto al primer caso, de entrega absoluta, piénsese en la figura torturada de Arguedas, ese patético “indio de corbata” recordado y homenajeado por

Luis Millones (p. 461). Arguedas, cuya obra es aún tan conmovedora, y cuya mezcla lingüística es una especie de reacción del sujeto que se ve pronto a sucumbir, cercado por un océano de indios: “Toda la sierra sur y del centro, con excepción de algunas ciudades es de habla quechua total” (p. 459). Así, la agonía de Arguedas, que significativamente terminaría suicidándose, podría ser leída, dentro de un arco más largo (y tomando ciertas libertades contextuales y cronológicas), como una respuesta desesperada e impotente al violento simplismo cientificista de Justo Sierra, cuando, en el contexto prerrevolucionario mexicano, sugería que “el problema social para la raza indígena es un problema de nutrición y educación [...] que coman más carne y menos chile, que aprendan los resultados útiles y prácticos de la ciencia, y los indios se transformarán: he aquí toda la cuestión” (p. 422).

Tal vez, en efecto, resida allí toda la cuestión y todo el problema: la idea de que ese sujeto, que se antepone como un blanco a las políticas públicas, sea un objeto a veces impenetrable y opaco. Desde una perspectiva ilustrada, bastaba con educarlo y darle de comer. Desde la perspectiva de un Arguedas o de un Mariátegui, sin dejar de considerar las diferencias entre ellos, antes habría que escucharlo. Y el deseo de escucharlo desencadena fuertes fantasías de aproximación que, dependiendo de las inclinaciones políticas del intelectual, resultan en una poderosa erótica de la cercanía,

cuyo punto más alto, en esta historia de los intelectuales en América Latina, tal vez sea la sintomática apelación de Nicolás Guillén en el primer Congreso de Escritores de Cuba: era necesario “tocar con nuestras manos la piel sudorosa de los trabajadores de las minas” (p. 288).

En 1961, mucho antes del caso Padilla, y cuando la revista uruguaya *Marcha* todavía era un puerto seguro para la conciencia crítica latinoamericana, el propio discurso de Rama contenía aún las simientes martinianas que sugerían el apostolado continental que, a su turno, reaparecería insistentemente en el discurso revolucionario: “La siesta subtropical parece haber terminado. Nuevas fuerzas la están agitando. Latinoamérica entra en escena. Las transformaciones sociales, políticas o económicas que acechan, inminentes a Nuestra América son simultáneas con las que corresponden al orden de la cultura” (p. 292). Hay ahí, en un grado de radicalismo casi virgen, todo un programa crítico latinoamericano, que tiene en el diálogo entre Rama y Antonio Candido uno de sus momentos tal vez más interesantes, siempre que recordemos sumar a aquella ilustre dupla, como bien hace Gonzalo Aguilar, la figura de un tercero: Antonio Cornejo Polar. Es significativo, en todo caso, que ahí aparezca la importancia de la academia norteamericana para los estudios latinoamericanos, que serán los responsables de poner en escena la crisis de la “literatura”, rebajándola a un espacio muchas veces secundario (pp. 708-709), en el

que todavía hoy ella existe, y resiste.

Es de destacar, finalmente, la reflexión de Mirta Varela sobre “intelectuales y medios de comunicación”, que gira en torno del momento crítico en que los medios –en especial lo que aún se llama “cultura de masas”– se ponen bajo sospecha y se convierten en objeto de análisis, respondiendo a la insuperable provocación de Jesús Martín-Barbero, de que “lo popular nos interpela desde lo masivo” (p. 777). La cuestión está viva, y más presente que nunca: ¿qué hace el intelectual ante la confusión total de las esferas de lo público y de lo privado, ahora que el mundo *online* surge como el oráculo en el que su estimada función parece estar siendo redimensionada? O, tal vez, más que simplemente redimensionada, su función esté simplemente siendo dejada de lado, como se lee en la última –quizá profética– oración de este libro: “Su carácter libertario consiste en que en internet los movimientos políticos y sociales no necesitarían de los intelectuales para florecer” (p. 780).

Se trata de una crisis, en todo caso, ya configurada en la propia condición del intelectual. Es lo que encontrábamos, en la “Introducción general” de la obra, en las observaciones de su director, para quien “el uso de la noción de elite intelectual [...] no se emplea para juzgar una orientación ideológica aristocratizante –hay elites populistas y desde la tercera década del siglo xx el populismo es una de las tradiciones intelectuales fuertes en América Latina– sino para indicar un lugar en el

diferenciado espacio de la cultura” (vol. I, p. 14). En qué medida esa “diferenciación” se rediseña a partir de la instantaneidad apremiante en la sociedad digitalizada es una cuestión abierta, que late en el horizonte de esta fundamental empresa intelectual que es la *Historia de los intelectuales en América Latina*.

Por último, no se le escapará al lector que este libro se estructura en torno, especialmente, de México, Argentina y Brasil, aun cuando las discusiones indigenistas a propósito del Perú aparezcan reiteradamente, así como la cuestión fundamental del exilio de los intelectuales (sobre todo, la llegada de los republicanos españoles a Hispanoamérica y la formación de “redes” en, y desde, el exilio), y aunque se sienta también la presencia esporádica del Uruguay y de Chile. Con todo, supongo que cada lector “nacional” notará los silencios que, según cuáles sean sus propias preferencias y referencias, le parecerán más o menos serios. Pero, como sugerí al comienzo de esta reseña, la fragmentación es un trazo inevitable en una obra como ésta –trazo además señalado y asumido desde el volumen anterior, en la ya referida “Introducción general” (vol. I, pp. 9-27).

Ahora bien, tal vez haya, en efecto, una zona muy tímidamente representada en este volumen: el Caribe. Con excepción de Cuba, que aparece como un núcleo insoslayable gracias a la importancia de la

Revolución para la imaginación de los intelectuales, y con la excepción también de un capítulo dedicado al dominicano Pedro Henríquez Ureña (él mismo un caribeño que vivió un largo período en el exilio, fuera de las islas), el Caribe es una zona subrepresentada, aunque lo mismo tal vez pueda decirse sobre el área no mexicana de América Central. Surge entonces una pregunta final, provocación con la cual me gustaría terminar el recorrido por este impresionante libro: ¿qué hacer con el concepto de América Latina cuando se avanza por una región como el Caribe?

Aun cuando nos atengamos exclusivamente a ese viejo concepto imperialista francés que, desde el siglo XIX, permite postular la existencia de una América “latina”, ¿no sería necesario, en una investigación de la historia de sus intelectuales, incluir el Caribe francés? (Para no hablar de aquello que, en el Caribe, escapa a la zona de influencia de las lenguas románicas.) ¿Qué ocurre con la unidad imaginaria del “continente” cuando se hace entrar una geografía cuya insularidad es capaz de lanzar un reto letal sobre nuestras más caras fantasías latinoamericanistas? Además, ¿cómo comprender el arielismo sin ese viraje fundamental de las lecturas calibánicas que vienen de la antipsiquiatría y desembocan en Fanon y en Césaire?

Ese “viraje” del arielismo al calibanismo, cuyo puerto de

llegada en el siglo XX suele ser la obra de Richard Morse –uno de los intelectuales que quedaron fuera del libro y que haría una buena pareja con otro latinoamericanista que sí está incluido, Albert Hirschman–, es un momento fundamental en la crisis de la representación de la propia figura del intelectual. Se trata del grande y ya perenne cuestionamiento de la figura de Rodó, que Carlos Altamirano justamente considera tal vez como el único intelectual latinoamericano capaz de ejercer el papel de uno de aquellos “simbolizadores privilegiados” que fueron los grandes intelectuales franceses, sin los cuales nuestra propia concepción del “intelectual” no sería la misma (p. 10).

De hecho, Rodó tiene una función ejemplar, como la estatua de su Ariel. La diferencia es que parte importante de la labor intelectual, desde entonces, se ha orientado a minar las bases de su elitismo, aunque procure, al mismo tiempo, evitar que las vigas que sostienen al intelectual en su lugar destacado sean totalmente corroídas. En esa tarea inestable, en parte autodestructiva, en parte autocelebratoria, nos situamos los que aún nos llamamos, con un sentimiento que está entre la terquedad y el orgullo, intelectuales latinoamericanos.

Pedro Meira Monteiro
Universidad de Princeton

Alejandra Mailhe (comp.),

Pensar al otro/pensar la nación. Intelectuales y cultura popular en Argentina y América Latina,

La Plata, Ediciones Al Margen, 2010, 328 páginas

Desde el sugerente título, el libro da muestras del interés por plantearse un tema que implica necesariamente un cuestionamiento de la identidad que actúa en dos vías que, lejos de ser independientes, se entrecruzan hasta confundirse. Al intentar responder la cuestión identitaria del quiénes somos se ha llegado a una reflexión sobre la otredad y el papel que juega en la construcción de las naciones independientes. Valga el recuerdo de la Carta de Jamaica escrita por Simón Bolívar al calor de los movimientos independientes para pensar en la dificultad de separar esta dualidad. Así, la reiteración de la pregunta a través del tiempo generó una tradición en la ensayística regional que animó a diversos personajes a formular nuevas respuestas.

Como se ha señalado en otros trabajos, los intelectuales se posicionaron desde el lugar de los salvaguardas de la Nación (país/continente), al intervenir en lo social desde una crítica de ideas en un intento por resolver lo que se entendía por ésta. En la búsqueda de la delimitación de sus contornos y sentidos, reflexionaron sobre la alteridad dentro de la Nación (entendida por algunos sólo como un país y por otros como toda América Latina). Aunque las formas con que estos mecanismos se ponen en juego son diversas, mantienen un factor común, por el cual se traslada al plano de la identidad la metáfora del espejo

(planteada por Morse), en la que el anverso y el reverso suelen trasponerse siguiendo las necesidades del observador.

Por ello no es casual encontrar al comienzo del libro una cita al uruguayo José E. Rodó, utilizada para finalizar su conocido libro *–Ariel–*, donde se evoca a la muchedumbre cual rebaño humano que pasa indiferente, oscura, sin mirar al cielo para ver cómo descende de lo alto el movimiento de las manos de un sembrador. La metáfora transmite las contradicciones de aquella voz paternalista y magisterial en la que se ubicaron los intelectuales en un intento por elevar la conciencia del pueblo, en una búsqueda por acercarse a las elites letradas (democráticas) a los grupos marginales.

Centrado en las “alteridades sociales múltiples”, grupo en el que se incluyen negros, indígenas, mestizos, mulatos y blancos (unidos por la marginalidad y la pobreza), el libro se propone analizar la mirada de algunos intelectuales latinoamericanos del siglo xx que manifestaron interés por redefinir el valor de las culturas populares: Manuel Ugarte, Bernardo Kordon, Carlos Astrada, Luis Juan Guerrero, Rodolfo Agoglia, Ezequiel Martínez Estrada, Héctor Agosti, Amaro Villanueva (Argentina), Francisco García Calderón, Luis Valcárcel (Perú), Manuel Oliveira Lima y Roger Bastide (Brasil).

Este corpus de autores sirve

para realizar un doble movimiento de interpretación. En el primero, el dilema se encuentra entre la imagen del yo (elite cultural) a través del otro (marginal). La evaluación de las culturas populares implica para las elites intelectuales el deseo de incluirlas en la Nación, y para ello, como para todo acto de saber, se requiere “aprender” esa otredad social. Sin embargo, la imagen que se refleja en ese juego de espejo no es –tan sólo– la de la diferencia, sino también una recuperación de su propia representación. En este punto surgen gran número de interrogantes al intentar definir las operaciones que se despliegan en esta creación de la cultura popular como fundamento de identidad (regional/nacional/continental). Como atinadamente se señala, esta articulación debe ser contrapuesta con otros dualismos claves –tan reutilizados en el pensamiento latinoamericano– como el de civilización/barbarie y, con ello, replantearse la filiación de los discursos del siglo xx con aquellos anteriores a los que aparentemente se había superado.

El segundo movimiento de interpretación lo encontramos en la preocupación por encontrar las filiaciones, los diálogos y las polémicas de estos intelectuales dentro de la esfera específica de la cultura en cada contexto nacional, como lo son los diversos discursos populistas y las distintas experiencias

protopopulistas que intentaron llevarlos a la práctica. Al situarse dentro del campo intelectual, la dinámica de autolegitimación se realiza entre productores culturales para dar cuenta de su papel principalmente como mediadores políticos y profesionales de las ciencias sociales. Atravesado por tensiones políticas y culturales, debe prestar atención a los contextos socioculturales y políticos diversos, para entender las modulaciones que adquiere la ideología del mestizaje (racial y/o cultural). En este punto adquieren relevancia las filiaciones que trazan de una u otra forma los intelectuales con sus contemporáneos y la tradición decimonónica, así como la definición del campo disciplinar como tarea propia del intelectual respecto al campo político.

Para dar respuesta a estos interrogantes la antología reúne a diez investigadores provenientes de la sociología, la literatura, la historia y la filosofía, reunidos con el fin de estudiar algunos jalones de la historia de las ideas del siglo xx a través de nuevas fuentes documentales o de reinterpretaciones sobre otras ya conocidas. Tomando la práctica de la Historia Intelectual para analizar la riqueza de los discursos sin perder de vista el itinerario de los autores, se atiende a dos ideas clave de Raymond Williams: la de la coexistencia de significados, valores y prácticas dominantes, residuales y emergentes que ayudan a pensar el sentido que adquiere la tradición, así como los ideologemas como puntos de articulación entre representación individual e ideología colectiva,

útil para entender el imaginario de las clases dirigentes hacia los sectores populares.

Dividido en cinco partes que conjugan un orden temporal y temático, el libro abarca el itinerario intelectual que transcurre entre el positivismo de principios del siglo xx y la tradición discursiva de la década de 1960, enfocándose en tres periodos: entre comienzos del siglo xx y la década de 1910, las décadas de 1920 y 1930 y las de 1940 a 1960. Esto implica ir del ensayismo que transcurre entre el espiritualismo arielista al positivismo hegemónico, para transformarse en la siguiente década en el nuevo vínculo orgánico del intelectual con los sectores populares y terminar con la irrupción de nuevas experiencias políticas y culturales populistas.

La primera parte se compone de dos ensayos teóricos que buscan mostrar la ambivalencia que puede encontrarse en algunos ensayistas del Perú y la Argentina durante la transición entre el positivismo y el culturalismo en las primeras décadas del siglo xx. Margarita Merbilháa abre el debate al contrastar los ensayos del argentino Manuel Ugarte y el peruano Francisco García Calderón, partiendo de que ambos retoman la tradición del discurso de la identidad americana (heredado de José Martí) desde una matriz cientificista, inspirados en la antropología leboniana de las razas, para estudiar problemas de las sociedades hispanoamericanas contemporáneas. En ambos distingue la autora una segunda fuente de interpretación, la del espiritualismo que criticaba al positivismo en el caso de García

Calderón, y la del socialismo reformista en el caso de Ugarte.

Martín Castilla, por su parte, analiza la concepción del indígena del peruano Luis Valcárcel en la obra *Tempestad en los Andes*, buscando continuidad y rupturas entre sus representaciones y las de su contemporáneo, el peruano José Carlos Mariátegui. Así, el análisis transcurre entre aquellos aspectos compartidos de reivindicación social, racial y cultural del indio y las tensiones que aparecen en el discurso de Valcárcel, como la ambivalencia entre el deseo y el rechazo de una revolución socialista indígena. Para Castilla, esto es comprensible a partir de la reutilización de algunos mecanismos heredados de la tradición intelectual que estigmatizaba la alteridad como una fuerza irracional.

Los ensayos que componen la segunda parte del libro, a cargo de Kátia Gerbad Baggio y Adrián Celentano, se detiene en los desplazamientos –físicos y simbólicos– que implican los viajes de intelectuales, donde se entrecruza la alteridad del otro social-nacional y, simultáneamente, se despliegan estrategias para legitimarse como mediadores culturales. El primero se dedica al viaje del diplomático brasileño Manuel Oliveira Lima a la Argentina a fines de la década de 1910, estudiando cómo se constituyó su sociabilidad intelectual y las percepciones de este intelectual de la relación entre las Américas, y de qué manera estos elementos ayudan a entender su visión sobre la Argentina en el marco del imaginario modernizador de la generación del 80. En cambio, el segundo ensayo analiza la

producción cultural del brasileñista argentino Bernardo Kordon tras su viaje por el Brasil, donde tomó contacto con las obras de antropólogos que acentuaron su humanismo. Sumergiéndose en la exótica alteridad de la cultura negra, los sucesivos emprendimientos culturales e incluso su visión sobre la cultura popular en la Argentina.

En la tercera parte del desarrollo, las interpretaciones recaen en los intelectuales-filósofos argentinos Carlos Astrada, Luis Juan Guerrero y Rodolfo Agoglia, quienes desde distintas perspectivas adhirieron al populismo sin abandonar el campo disciplinar que legitimaba su expresión. En relación con el primero, Donnantuoni Moratto analiza su propuesta humanista puesta al servicio de su explicación de *El mito gaucho*, obra en la que se refleja una reflexión teórica que intenta explicar cómo influye en el hombre argentino la relación temporal entre mito, pampa y destino nacional. Pasando a la reflexión estética y al modo en que el filósofo busca responder por el sentido del arte, Luis Ignacio García estudia la forma en que Guerrero introduce mediaciones en su interpretación para elogiar la “pasión democratizadora de las masas” como el sujeto por excelencia. Para finalizar esta sección, Adrián Ércoli aborda el concepto de cultura nacional en la obra del filósofo Agoglia, el cual se encuentra en diálogo con la perspectiva de Astrada y con sus propias preocupaciones por el nacionalismo y el latinoamericanismo.

Continuando con esta preocupación intelectual por lo popular nacional/continental, la

cuarta parte del libro aborda la tradición discursiva sobre la cultura popular en Martínez Estrada y el comunismo argentino. Compuesta de tres artículos, los dos primeros redactados respectivamente por Hernán Pas y Alejandra Mailhe, se dedican al análisis de Martínez Estrada. Desde distintas perspectivas, ambos convergen en detectar dentro de las continuidades y rupturas del pensamiento del intelectual argentino el significado que fueron adquiriendo las culturas populares, el mestizaje y la relación del intelectual con estos como valores contruidos a partir de una permanente conflictividad. A su vez, Adriana Petra señala otra problemática relación con la alteridad, esta vez encauzada en los intelectuales comunistas argentinos –específicamente en Héctor Agosti y Amaro Villanueva–, en busca de establecer qué papel ocupó, y cómo fue justificada, la literatura gauchesca como expresión de lo nacional en el espacio cultural comunista.

Por último, el trabajo realizado por la compiladora sobre Roger Bastide en el Brasil abre una nueva puerta para pensar la construcción histórica de una disciplina como la antropología. Aunque no se plantea como una conclusión general del libro, encontramos en ella una reflexión teórica que remite a las preguntas iniciales que guiaron el trabajo colectivo, como las que apuntan a la “desarticulación del etnocentrismo letrado”, la posición del intelectual como mediador y productor teórico de la cultura y la impronta de estos mecanismos –entre otros– en la emergencia de las ciencias

sociales como campo específico diferenciado del político.

Resta entonces hacer algunas observaciones en relación con algunas de las posibilidades planteadas. Si bien algunos trabajos se inscriben en el marco regional latinoamericano, sería conveniente cuestionarse si las alteridades integradas al Estado/nación se articularon con un modelo de identidad continental, o si, por el contrario, su papel como agente legitimador en el interior de cada país las hizo irreconciliables pues esto significaría un doble proceso de integración de la otredad.

Otra opción abierta a futuros estudios se encontraría al ampliar la mirada austral para contrastar con otras, igualmente americanas, que permitieran observar semejanzas y diferencias a las encontradas. Esto permitiría por ejemplo profundizar la idea planteada por la compiladora en la introducción, en relación con la búsqueda por consolidar genealogías prehispánicas legítimas en el Perú y en México, países donde las tensiones fueron resignificadas continuamente en torno a la cultura popular como parte indispensable de la identidad nacional.

Por todo esto, podemos afirmar que el libro es innovador pues reúne interpretaciones que participan de un debate abierto a nuevos estudios que atraviesan varios campos disciplinares que preocupan por igual a investigadores y a estudiantes de la historia cultural e intelectual latinoamericana.

Alexandra Pita González
Universidad de Colima

Víctor Peralta Ruiz,
La independencia y la cultura política peruana (1808-1821),
Lima, Instituto de Estudios Peruanos –IEP–/Fundación M. J. Bustamante De la Fuente,
2010, 385 páginas

El año próximo España celebrará el bicentenario de la Constitución de Cádiz, primer ensayo liberal para crear una monarquía parlamentaria sobre los principios de la soberanía popular y la representación política. El espontáneo movimiento de creación de juntas autonomistas en la península y en diferentes regiones de Hispanoamérica que estalló en 1808 ante la prisión en Bayona de Fernando VII por parte del invasor Bonaparte fue el primer paso de esta revolución política. Las juntas americanas, aunque leales al rey cautivo, fueron reprimidas por no subordinarse a las juntas peninsulares y al Consejo de Regencia –creado frente a la disolución de la Junta Central–. La junta de Buenos Aires resistió invicta esta arremetida y en consecuencia quedó excluida de la experiencia constitucionalista gaditana. Sin embargo, la capital del virreinato peruano optó, en buena medida a causa del control ejercido por el virrey Fernando de Abascal, por acatar los gobiernos peninsulares sin titubeos. Eso redundó no sólo en el envío de diputados americanos a las juntas y Cortes en la península, sino que también significó, desde el momento mismo inaugurado por la crisis de 1808, la gestación en el Perú de una cultura política completamente nueva acorde con los valores del liberalismo

hispánico, que en los años posteriores engazará perfectamente con los principios republicanos que terminarán por imponerse al calor de la guerra de independencia (1821-1824). Ésta es la tesis que desarrolla Víctor Peralta en su reciente libro. Por ello (no lo dice Peralta sino que lo aventuramos nosotros) podría pensarse sin riesgo de desatino que el Perú, así como otras áreas americanas que vivieron este proceso, tiene motivos para sumarse a los festejos conmemorativos de la Constitución de Cádiz.

Por lo pronto, el campo historiográfico tiene motivos para celebrar la aparición de este excelente libro de Víctor Peralta, historiador peruano de reconocida trayectoria afincado en Madrid, donde se desempeña como investigador del CSIC. La mayoría de los capítulos del libro han sido publicados previamente a lo largo de los últimos seis años en diversas obras colectivas y revistas especializadas. Por primera vez son reunidos y publicados en el Perú gracias al Instituto de Estudios Peruanos, en colaboración con la Fundación Manuel J. Bustamante de la Fuente. Lo primero a celebrar es la brillante articulación de los capítulos, de lo que resulta una obra orgánica que supone un gran trabajo de reelaboración previa. Nos referimos no sólo a la organización temática –que

luego comentaré–, sino también al estilo y a la organización formal del texto, caracterizado por una gran armonía en la distribución de las partes y por la incorporación en cada capítulo de una introducción y una límpida conclusión. En una prosa que fluye de principio a fin, el entramado de los argumentos se muestra por completo eficaz. En cuanto al tema, tal como señala el mismo autor, este volumen profundiza cuestiones que abordó previamente en su libro *En defensa de la autoridad. Política y cultura bajo el gobierno del virrey Abascal (1806-1816)*, publicado en Madrid en 2002.¹ Su nuevo libro amplía aspectos culturales y políticos vinculados con la recepción del liberalismo hispánico en el Perú, hace hincapié en el contexto internacional y extiende su cronología hasta 1821, en plena guerra de independencia.

Como es sabido, Perú fue el último bastión realista en Sudamérica. José de San Martín entró en Lima con su ejército en 1821, pero los realistas, conducidos por el virrey La Serna, se replegaron en la sierra, desde donde continuaron la guerra cosechando

¹ Víctor Peralta Ruiz, *En defensa de la autoridad. Política y cultura bajo el gobierno del virrey Abascal (1806-1816)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002.

importantes victorias hasta su derrota final por Simón Bolívar en 1824 sobre las pampas de Ayacucho. En la década de 1970 se delinearon dos corrientes historiográficas. El núcleo de historiadores agrupados en la Comisión Nacional por el Sesquicentenario de la Independencia del Perú proyectó una imagen nacionalista de la independencia, dando pruebas de que en diferentes zonas del Perú, sin excluir la capital virreinal, hubo deseos y acciones proindependentistas. Si no hubo héroes autóctonos de la talla de San Martín y Bolívar, al menos hubo “precursores” y patriotas valientes. Esta corriente fue contestada por otra de matriz marxista que sostiene que la independencia peruana, lejos de ser “concebida”, fue “concedida” por los ejércitos extranjeros de San Martín y Bolívar, es decir, un proceso que impuso desde afuera un sistema que iba en contra de los intereses locales de los sectores dominantes peninsulares y criollos. Este debate “tan peruano” abona discusiones (fértils y estériles) hasta el día de hoy. El libro de Víctor Peralta pretende ir más allá de él, pues su propuesta no es la de demostrar si hubo o no hubo patriotas en Lima dispuestos a la independencia (sobre todo porque la opción separatista no fue la que orientó la creación de juntas en los dominios americanos), sino la de examinar mediante la prensa, folletos, bandos, decretos, juicios, casos policiales, memorias, crónicas y correspondencia el paso de una cultura política absolutista a

otra liberal. Es decir que reúne evidencias heterogéneas de un profundo cambio, en muy pocos años, en los lenguajes, los valores, las representaciones y las prácticas políticas,² disparado por el estallido de la crisis de 1808. Por todo esto el libro se inscribe más bien en los estudios revisionistas del liberalismo hispánico y su impacto en América, entre los que se destacan como impulsores los trabajos de Jaime E. Rodríguez y Manuel Chust. Esta línea, a la vez, se integra dentro de una corriente historiográfica más general que logró instalarse desde hace dos décadas gracias en parte a la popularidad que consiguieron las obras de François-Xavier Guerra, Antonio Annino y el primero de los historiadores mencionados. Esta corriente privilegió el análisis de la ciudadanía, la modernidad política, la opinión pública, los procesos electorales, la representación y los nuevos hábitos de lectura política.

Además de contar con introducción y conclusiones generales, los capítulos del libro, definidos temáticamente, están distribuidos en cuatro partes que respetan la sucesión cronológica en esta época tan convulsa. En momentos de cambio profundo, la narración no debe descuidar el día a día.

² El autor se apoya en la definición de cultura política de Lynn Hunt, *Politics, culture, and class in the French Revolution*, Berkeley/Los Ángeles, University of California Press, 1984, pp. 12-13, la cual refiere a un conjunto de valores, expectativas y prácticas simbólicas que modelan las intenciones colectivas en relación con un sistema político a partir del lenguaje, el imaginario y otras formas de representación.

Así, la primera parte se ocupa del fatídico año 1808 y sus repercusiones en América. Propone un fino análisis de la eclosión de las juntas peninsulares, su dinámica conflictiva y la relación con el juntismo americano. El segundo capítulo de esta parte se concentra en los casos de los llamados afrancesados, es decir, aquellos que se diferenciaron de liberales y absolutistas aceptando la dinastía de Bonaparte. Apela al recurso de la biografía para focalizar en el caso del ministro Miguel José de Azanza, quien fuera virrey de Nueva España (1798-1800), y del consejero Benito de la Mata Linares, otro peninsular que se había destacado en el Perú como ministro del visitador general José Antonio de Areche debido a las cruentas penas que impartió a los rebeldes liderados por Tupac Amaru II y por ser el ministro impulsor de la consecuente campaña en contra de la nobleza cuzqueña y las expresiones culturales incaístas. Ambos creyeron ver en José I un antídoto para el desorden (mental, moral, ético, jurídico y político) que traía el juntismo y apostaron a él, sin suerte en la península y mucho menos en América, para continuar el proyecto del despotismo ilustrado. Este contexto “internacional” deja paso en el libro a una segunda parte abocada al análisis de los acontecimientos que tuvieron lugar entre 1808 y 1810 en el Perú. El tercer capítulo conecta el reformismo borbónico y el proyecto ilustrado experimentado en el virreinato con la reacción fidelista en 1808. La jura al rey cautivo dio inicio a una propaganda fidelista

alimentada por el virrey Abascal a través de la prensa, las diversiones públicas, las rogativas religiosas y la política de donativos. Estas expresiones se presentaban como el comportamiento deseado de las “urbes ilustradas”. En el capítulo cuarto, Peralta se opone a la idea predominante según la cual el fidelismo de la elite criolla peruana fue oportunista y acomodaticio. Al contrario, se explica por el miedo, alimentado por Abascal, a que el autonomismo desencadenara un terremoto político. De este modo, el virrey consiguió oponer el fidelismo peruano hacia el autonomismo peninsular contra el autonomismo hispanoamericano. En el lapso que duró el gobierno de la Junta Central, Abascal tuvo que lidiar con dos factores externos: las pretensiones carlotistas y las juntas de Chuquisaca, La Paz y Quito. Simultáneamente, en el interior del virreinato se produjeron, por un lado, la primera experiencia electoral – aunque participaban solo los cabildantes y las definía un sorteo – para enviar representantes peruanos a la Junta, y, por otro lado, tertulias políticas limeñas que Abascal reprimió acusándolas de “sediciosas”. Así, Peralta da pruebas de la presencia entonces de, según su expresión, una “oralidad contestataria”. Por ello, el capítulo quinto no sólo profundiza su examen de la propaganda fidelista, sino que muestra cómo circularon en Lima en el marco de esa misma retórica los nuevos conceptos liberales antidespóticos que excedieron el control del virrey. No sólo se impugnó el despotismo y la arbitrariedad de

Napoleón, como quería Abascal, sino también el despotismo de Carlos IV y, en especial, el del ex ministro Godoy. La situación era tensa, pues el absolutista Abascal había sido nombrado por el ministro odiado. Concluye el autor que el bienio 1808-1809 “fue uno de los momentos más ricos e innovadores en la evolución del lenguaje político dentro del virreinato” (p. 60). La tercera parte del libro se circunscribe al gobierno de Abascal durante la época de las Cortes de Cádiz. El sexto capítulo continúa el examen de la lexicografía política y la formación de la opinión pública a partir de la prensa y las redes de comunicación. Matiza la idea de François-Xavier Guerra sobre los obstáculos que en América, a excepción de Nueva España, impidieron el surgimiento de la discusión pública moderna, es decir, lo que Guerra llamó el discurso de la “unanimitad”, que caracterizó tanto a los regímenes leales a la Regencia como a las juntas autonomistas. Peralta sostiene que esta realidad (ciertamente, en el Perú recién en 1821 surge un debate doctrinario entre dos periódicos fuera del marco de la “unanimitad”) no debe impedirnos analizar el paso de una prensa ilustrada a una liberal. La divulgación de la cultura antiautoritaria, según Peralta, se relaciona con la recepción de impresos antinapoleónicos, política impulsada por el propio virrey (1808-1809), como también con el decreto de libertad de imprenta que expidieron las Cortes en noviembre de 1810 y, como tercer factor, con la influencia de los autonomismos presentes en vastas zonas del

continente. Esto llenó de incertidumbres al discurso virreinal. En el capítulo séptimo el autor examina cinco momentos que alimentaron la incertidumbre y que fueron, según él, claves en la confección del discurso antiautoritario en el Perú. Uno de ellos es la circulación del *Diario Secreto de Lima*, escrito en forma clandestina y publicado en Buenos Aires por el abogado bogotano con residencia en Lima Fernando López Aldana; un segundo momento es el debate que originaron en 1811 y 1812 sobre la libertad de imprenta unos oficios “criollistas” emitidos por el brigadier limeño Manuel Villalta; un tercer momento aparece en 1812 con un nuevo debate sobre la libertad de imprenta suscitado a raíz del recorte de este derecho por parte del virrey; otra instancia se produce a fines de 1812 en Cuzco a causa las elecciones a los cabildos constitucionales y, por último, el conflicto abierto en 1813 entre el virrey y el diputado por Arequipa en las Cortes, Mariano Rivero, quien solicitó en las sesiones que se removiera a Abascal de su cargo por despótico. Peralta ve un hilo conductor liberal que culmina en 1816 con la redacción por parte del aristócrata limeño José de la Riva Agüero de su manifiesto a favor de la revolución americana.³ No obstante, la revolución política

³ José Mariano de la Riva Agüero y Sánchez Boquete, *Manifestación histórica y política de la Revolución de la América y más especialmente de la parte que corresponde al Perú, y Río de la Plata*, Buenos Aires, Imprenta de los Expósitos, 1818, 184 páginas.

no sucede únicamente en el plano del lenguaje, por ello el capítulo octavo se adentra en el experimento representativo en los ayuntamientos constitucionales y las diputaciones provinciales que supuso la aplicación de la constitución de Cádiz en América e involucró a la gran mayoría de la población del virreinato, elite y plebeya, indios y criollos. Estas prácticas sobre las que todavía hay mucho por investigar ponen de relieve, además de un nuevo concepto de representación y redefinición política de la ciudadanía, nuevas dinámicas de negociación entre los poderes locales. Esta revolución política,

sin embargo, se frenó súbitamente en 1814 con la restauración del absolutismo, medida que alimentó el fuego para la ruptura política, al punto que ni siquiera el restablecimiento de la constitución doceañista en 1820 (trienio liberal 1820-1823) podrá apagarlo. La cuarta parte del libro recorre este período signado por el gobierno del virrey Joaquín de la Pezuela, quien, al igual que su precedente, fue poco simpatizante del liberalismo. No obstante, Peralta demuestra que a pesar de que la cultura política del segundo liberalismo en el Perú además de breve es muy poco conocida, hay indicios

para concluir que ella no fue insignificante. Como cierre de este recorrido, el último capítulo retoma la biografía para ejemplificar en el caso del abogado limeño Manuel Lorenzo de Vidaurre (1773-1848) la evolución del lenguaje y de los valores políticos desde los discursos antidespóticos que catalizó 1808 hasta llegar a la aceptación entre resignada y promisoría, frente a los constantes recortes al liberalismo, de la opción independentista republicana.

Pablo Ortemberg
UBA / CONICET

María Inés de Torres,

¿La nación tiene cara de mujer? Mujeres y nación en el imaginario letrado del siglo XIX,
Montevideo, Arca, 1995, 140 páginas

(nueva edición en prensa por la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes)

María Inés de Torres,

La guerra de las palabras: escritura y política en el Río de la Plata,
Montevideo, Banda Oriental, 2008, 152 páginas

Recorridos indiciarios

De cómo la nación tiene cara de mujer

No es fortuito que en los albores del XXI se realicen análisis en torno a la figura de la mujer dentro de los textos fundacionales de una nación en construcción. Éstos son consecuencia, en parte, de la incorporación a las Ciencias Humanas y Sociales de perspectivas tales como los estudios de género, los poscoloniales, aquellos que se dedicaron y se dedican a la subalternidad, a la diversidad, a las cuestiones del *Otro* y de los *Otros*, a los trabajos en torno a la identidad/alteridad. También se debe admitir que los movimientos feministas de Occidente (tanto de Europa y Norteamérica como los de Latinoamérica) y la militancia por el reconocimiento de los derechos de la mujer han advertido sobre la ausencia en el tratamiento histórico de la mujer (sea en su práctica concreta y “real”, sea en su representación y exclusión en la letra escrita: en las leyes, en la literatura, etc.). Todas estas “elecciones” para estudiar nuestras historias no hicieron ni más ni menos que disolver con ácido una concepción hegemónica que sostenía que para la creación de una

identidad nacional se debía tender a la desaparición de las identidades regionales, étnicas, sexuales, sectoriales, como paso indispensable en la construcción de la nación; y a disolver también los postulados de las lecturas canonizadas acerca de la formación del ciudadano.

Fundar una nación es entonces una necesidad –en principio de las elites– porque dará base al Estado moderno. La idea de nación (concepto que De Torres problematiza teóricamente a partir de las premisas de Benedict Anderson y su clásico *Comunidades imaginadas*) es llevada a cabo por los actores característicamente urbanos, cuya actividad consistía en el ejercicio de los lenguajes simbólicos de la cultura, “la ciudad letrada”. Uno de sus primeros (y sugestivos) señalamientos en torno a la idea de nación es que imaginarla también implicaría hacer un “mapa de los géneros”, cartografiarlos. En esta geografía, se calibran los conceptos de *nación* y *género* sin perder de vista la historia en la que estas dos nociones interactúan. En tal sentido, la intención es la de historizar, pero desde una perspectiva cultural, lo que le permite hacer la aclaración de que cada

cultura tiene sus versiones de qué es lo masculino y qué es lo femenino, y de cuáles son sus relaciones o superposiciones, sus jerarquizaciones o dependencias; de cuáles son sus espacios y qué lugar ocupan en el lugar mayor de la nación. Hablar de “género” aquí será tener en cuenta que este concepto forma parte de las tantas construcciones culturales modernas, pero que tiene su origen en –o gira en torno a– una diferencia biológica sexual. Por tanto, aquellas diferencias sexuales dependerán del espacio de las creencias, las expectativas o los papeles atribuidos por una cultura determinada (De Torres, 1995: 32). En una palabra, es un *producto cultural*.¹ Por lo tanto, el tema del *género* no puede caer solamente, al decir de la autora, en una historia de la vida privada, sino que también *forma parte del estudio de la esfera pública*; a la inversa, el concepto *nación*, que a veces el sentido común parece vincular directamente con el ámbito público, *depende primeramente de un sentimiento que opera en los fueros íntimos, interiores, privados*.

¹ A diferencia del término “sexo”, que alude a una mera diferencia biológica (*op. cit.*).

Aclarado este punto, la reflexión gira alrededor de esas retóricas que relacionan “género” y “patria” en un recorrido a través de los distintos imaginarios sobre la “nación”. Por tanto, uno de los logros de este trabajo es demostrar las retóricas en disputa por el derecho a representar y construir este *sistema verbo-simbólico*.

Tanto en *¿La nación tiene cara de mujer?* como en *La guerra de las palabras* la preocupación general versa sobre la construcción del espacio público rioplatense, la acuñación simbólica del Estado nacional uruguayo y la escritura literaria como discurso histórico social por ser un ámbito de (re)presentación política en tiempos poscoloniales (principios del siglo XIX). Estas aristas se encuentran atravesadas por la problemática de un mundo moderno en ciernes, y por fronteras a veces difusas, imperceptibles; otras, nítidas e ineludibles que al cabo hicieron posible la diferenciación de países. Precisamente una primera frontera difusa es aquella que no permitiría vislumbrar la diferencia entre la Argentina y el Uruguay, por lo menos –tal como lo aclara la autora– hasta la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870) donde la Argentina, el Uruguay y el Brasil lucharon y vencieron a Paraguay.

Así, la pregunta altamente pertinente de *cómo lograr articular un imaginario nacional uruguayo autónomo, en un contexto como el del siglo XIX, en el que las tradiciones culturales a ambas márgenes del Plata están tan*

fuertemente unidas (De Torres, 2008: 81) se convierte en el interrogante de cabecera de ambas obras.

En el capítulo 1 de *¿La nación tiene cara de mujer?...* se dedica a indagar los orígenes de la patria o la nación como familia (ampliaremos a continuación al respecto); en el capítulo 2, a la experiencia y la práctica de una mujer, de excepción para su tiempo, en el ámbito público: se trata de Petrona Rosende de la Sierra, única voz femenina de *El Parnaso Oriental*; en el capítulo 3 analiza el caso de las figuras de la mujer como protagonistas de la sátira “La Malambrunada o La conjuración de las viejas contra las jóvenes”, de Acuña de Figueroa (su segunda versión fue publicada en *El Parnaso Oriental* en 1837, compuesta por dos cantos épicos), obra criticada por su transgresión, entre otras cuestiones, al colocar “a las viejas” bajo el grito de “gozar o morir”.

Los capítulos 4 y 5 están emparentados con el primero, en particular por aquellas premisas o postulados que construyen un *paisaje* de la relación entre la figura de la mujer y la creación de la nación (en el Río de la Plata) y que están asentados en ejemplos discursivo-literarios de las primeras décadas del 1800. Este paisaje tiene la particularidad de constituirse en “metáfora de una cierta identidad colectiva” en un momento dado; el capítulo 6 analiza la figura de la prostituta (o no-familia) en algunos escritos de la época, y el 7 se detiene en la *segunda mitad* del siglo XIX, donde observa un desplazamiento (aunque no eliminación) de la

retórica de la familia/nación analizada en los primeros capítulos.

En general, el análisis tiene como constelación reflexiva no sólo los espacios del afuera y del adentro de la patria (el de sus inclusiones y exclusiones), sino también el de lo público y lo privado, de lo femenino y de lo masculino en la *nación*.² Este último concepto es, la mayoría de las veces, puesto en relación con el de *familia*. Así como se puede simbolizar a la nación a través de una geografía (sea rural, urbana, etc.), también se la puede figurar desde una perspectiva de género. Entonces, De Torres nota que a la nación se la puede ver “como un hombre, como una mujer, como la unión de ambos (una familia, una pareja)” (1995: 14).

Otra cuestión que aborda esta investigación es acerca de las condiciones económicas de la época con el fin de mostrar cómo se creó la República bajo una cultura masculina, concluyendo que “la posibilidad por parte de las mujeres de ocupar lugares públicos de poder era obviamente escasa” (*ibid.*: 15). Economía y cultura serían piezas fundamentales de la estructura de la nación emergente. Además, en aquella época –en particular entre 1835 y 1840– hubo un quiebre generacional: por un lado, hombres defensores de la tradición hispánica; por otro, una corriente “renovadora” de los primeros románticos más

² A modo informativo, la autora se dedicó a analizar, entre otras, las siguientes publicaciones: *El Parnaso Oriental*, *El Universal* y *el Estandarte Nacional*.

vinculados a la cultura francesa.

Estos últimos son llamados “la generación de *El Iniciador*” –cuyo equivalente es la “generación de la Revista *La Moda*”, editada en Buenos Aires–. Nuevamente, en lo cultural, una frontera difusa. Es este grupo, el “patriarcado letrado”, el encargado de producir el “sistema verbo-simbólico” en el *período primero de la modernización*. Para la autora, el nacimiento del Estado moderno uruguayo es llevado a cabo por el gobierno de Latorre en la década de 1870. Pero “también es un momento culminante en la consolidación de los contenidos ideacionales y los mitos fundacionales relativos al Estado, es decir, en el proceso de construcción discursiva de la nación” (*op. cit.*: 19). Desde luego, las imágenes de nación que el patriciado propone no son unívocas, sino que hay distintos proyectos nacionales que se superponen y disputan entre sí.

La guerra, la escritura y el Río de la Plata

El objetivo general de este ensayo es el análisis de un conjunto de prácticas culturales vinculadas a la palabra escrita en el Río de la Plata durante el siglo XIX, con especial atención en los actores e instituciones involucrados en este complejo y contradictorio proceso.

Una de las hipótesis centrales de este trabajo es que “[L]a acuñación simbólica del estado nacional uruguayo significó un enorme esfuerzo de construcción de una ‘diferencia’. [...] Si los

discursos nacionalistas que sirvieron como co-relato a la fundación de los estados modernos tuvieron siempre como elemento clave un relato teleológico que fundamentaba la existencia de un nuevo estado a través de un designio cuasi providencial, basado en un principio de ‘identidad’ esencialista, ¿cómo se lograba ‘naturalizar’ una identidad ‘original’ o ‘propia’ para la Banda Oriental cuando culturalmente nuestra historia había estado ligada desde sus orígenes a las provincias argentinas?” (De Torres, 2008: 14-15).

El libro consta de cuatro partes: “Escritura, oralidad e intelectuales orgánicos”, donde se revisan, de manera comparativa, la relación que Artigas y Sarmiento tenían con respecto a la escritura; “Estado, intelectuales y modernización: la patria como límites o la construcción de una diferencia”, interesante apartado por su problematización en torno a las palabras *patria*, *república* y *nación* en la literatura de la revolución y en la posterior a ella. Aquí nuevamente las fronteras difusas ocupan el centro del análisis, ya que confronta al discurso legalmente constituido, la “fuerza de ley” –aquel que declara a Uruguay como país independiente y separado de la Argentina desde 1828– con el discurso literario, poético, que no reconoce a la nación por los límites de los países, sino por la idea de región. El discurso legal de la separación colisiona con el discurso literario del “otro”, que no es precisamente el argentino, ni el uruguayo u oriental, sino la colonia, o

Brasil o Portugal; en la tercera parte, “Escritura, escuela y ciudadanía”, hace especial énfasis en el proyecto de democratización de la escuela de José Pedro Varela; y por último, “La ciudad como escenario”, donde se trabaja la inmigración en relación al *habitus* de la época y el conventillo como espacio de acción.

Las fronteras difusas

Este tipo de frontera es ilustrativa del modo en que la elite concibió la construcción de la nación. Las raíces de las actuales repúblicas independientes de la Argentina y la Oriental del Uruguay, en los textos decimonónicos revisados por la autora, tienen una misma o parecida historia en común. La ciudad-puerto (en Buenos Aires) marcó la economía del Estado emergente, y la existencia de la campaña y los caudillos, la eterna pelea ciudad *versus* campo, la cultura letrada *versus* la popular; todo ello en ambas repúblicas, planteaba momentos de tensión e inestabilidad alrededor del año 1830. Formalmente, tanto de un lado como del otro del Río de la Plata quedaban excluidos de los derechos políticos un gran contingente de personas entre las cuales estaban las mujeres, los pobres y domésticos, los extranjeros/inmigrantes y los analfabetos. Ninguno era ciudadano ni para la letra constitucional ni para la cultura letrada. Uno de los datos comparativos que aporta De Torres es que, a diferencia de la Argentina, donde existían mujeres de “importancia dentro

de la cultura literaria” mediando el siglo XIX, en el Uruguay sólo puede contarse un único y solitario caso registrado por “la historia oficial”: Petrona Rosende.

En segundo lugar, si bien la independencia formal del Uruguay se inicia con la Convención Preliminar de Paz de 1828, el tejido cultural nacional *continúa* siendo “difuso” ya que las *relaciones con el territorio argentino seguían apareciendo indisolubles*. La autora decide abandonar, entonces, la búsqueda de una “cultura uruguaya autónoma” e independiente de la rioplatense, aunque el *canon* (de cada uno de los actuales países) no suele enfatizarlo. Casi con un espíritu regionalista, se critican de manera general los proyectos de una nacionalidad particular, que olvidan la perspectiva de conjunto (De Torres, 2008: 17). Las fronteras formales no constituían (ni para hombres ni para mujeres) un límite para habitar de un lado o del otro de la orilla.

Otra de las fronteras borrosas es aquella que se vincula con los “elementos” de la esfera privada pero que tienen incidencia en la pública. El “sistema verbo-simbólico” creado por la elite letrada “patriótica” ha hecho que una *familia* se emparentara con la *nación* en una metáfora poderosa y organizadora de los espacios y de los géneros. Aquella comparación, la de la nación como una gran familia patriarcal, ordenaba o colocaba en su lugar lo que no debía tener un límite difuso: el “verdadero” hombre y la “verdadera” mujer. Dicha comparación sucedía principalmente en la poesía patriótica, que pregona que

“un verdadero hombre debe defender a la patria porque ella es como una mujer indefensa cuya honra ha sido mancillada y esto debe ser castigado” (*op. cit.*: 20).

Por último, un elemento de esta época que, intrínsecamente, posee fronteras difíciles de determinar a la hora de analizarlo es el romanticismo, por ser un movimiento proteico, teórica y estéticamente complejo, “de fronteras difusas y cambiantes, con una demarcación temporal controvertida e incierta”,³ lo que implica hacer un esfuerzo por, al menos, clarificar este movimiento dentro del territorio del Río de la Plata. Es decir, el romanticismo aparece como un problema en una doble dimensión: como objeto de análisis cultural y político, y como colectivo de identificación susceptible de ser asignado a una práctica o ideario generacionales. El romanticismo rioplatense —entendido por De Torres— se encuentra dentro de dicho sistema creado por la clase letrada masculina: “La mujer no puede ser asociada [...] más que con el sufrimiento, y esto porque no se la puede visualizar con una vida independiente, donde haya algo más importante que la ausencia-presencia del varón” (*ibid.*: 37).

Pero también hay una segunda asociación: la función de dar homenaje a los varones,

a modo de recompensa, por ser éstos valientes, corajudos, etc. En conclusión, las imágenes se refieren a dependencia, sufrimiento, homenaje a los varones y maternidad.

A partir de esta caracterización, se efectúa una comparación entre el *discurso nacional* y el *discurso amoroso*: si volvemos a retomar uno de los supuestos de la investigación de De Torres —que la creación del marco jurídico y geográfico de una naciente nación no es el acontecimiento decisivo— podemos percibir entonces que a la constitución de una nación se la puede obedecer pero no por eso se la quiere, se la desea. Y quizás esté allí la respuesta a por qué Benedict Anderson afirma que la nación es un “artefacto cultural” cuya definición es la de ser una *comunidad imaginada*. Para que sea *comunidad*, esto es, una relación de fraternidad, solidaridad horizontal (a pesar de las desigualdades sociales), debe haber un dispositivo que no sea netamente racional. Además, para que sea *imaginada* por todos los miembros que la componen, debe haber alguna voluntad de percibir(se) como parte de un mismo grupo, y esto nos habla de la puesta de límites (simbólicos, subjetivos, en principio), por lo tanto productora de la diferencia con respecto a otra nación.

Pero la autora, en lugar de continuar con la línea argumental de Anderson, considera otro discurso como antesala al nacional y que, además, es característico de occidente: “el discurso amoroso”. No ahondaremos aquí en el origen o la aparición

³ Jorge Myers, “Los universos culturales del Romanticismo”, en G. Batticuore, G. Klaus y J. Myers (comps.), *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba, 2005, p. 27.

de dicho discurso, porque quisiéramos llegar rápidamente al objetivo de su función: tal como sucede con el discurso nacional, el amoroso también tiende a “convertirse en un dispositivo de disciplinamiento”. Pero esta similitud tiene su asimetría allí donde se muestra que el discurso nacional “se alimenta” del discurso amoroso. El uno, para disciplinar y legitimar el nacionalismo a través del sentimiento (el ejemplo más claro es el *patriotismo* que se presenta como una fuerza que “emana” o debiera emanar naturalmente del corazón de todo ser humano, si no se es un apátrida o antipatriota). El otro, el amoroso, para regular las relaciones entre los sexos. En ambos casos, la *fidelidad* es el punto capital: “sólo se tiene una patria, la de origen, y sólo se ama a una persona”, por eso el *Otro*, el tercero, siempre es presentado como un obstáculo o amenaza.⁴ Todo esto permite percibir que el vínculo entre ambos discursos produce una forma concreta, un tipo de “discurso sobre el género”, es decir, sobre lo masculino y lo femenino. Lo interesante de esta perspectiva es que constatamos que dicho análisis puede aplicarse parcial o totalmente a los discursos de otros países de Latinoamérica y, por qué no, del resto del mundo occidental.⁵

⁴ De Torres abunda en ejemplos del siglo XIX rioplatense, todas sus afirmaciones están apoyadas y demostradas con párrafos de los discursos literarios de la época en cuestión, en los que por cuestiones de espacio aquí no abundaremos.

⁵ Véase, como ejemplo, el trabajo de Tomás Pérez Vejo, “La invención de

Se explica, de este modo, por qué buena parte de la narrativa patriótica está compuesta por historias de amor —con ciertos rasgos de erotismo— que luego se convertirán en historias de amor frustradas o fracasadas.

El amor (o, mejor, el desencuentro amoroso) parecería ser una de las características más visibles del romanticismo rioplatense. María Inés de Torres toma la hipótesis de Viola Klein para realizar una comparación entre Europa y las nacientes repúblicas americanas. Según Klein, el interés del siglo XIX europeo por la mujer como objeto de preocupación científica (y artística) tenía como causa, principalmente, la alteración que significó la “Revolución Industrial” en la vida familiar. Bien se sabe que en el amanecer de las repúblicas americanas no hubo un acontecimiento de tales características; por tanto, en el momento en que se estaba diseñando el “mapa de la nueva nación en el Río de la Plata” *la ideología patriarcal aparece como un fuerte elemento civilizador*: La mujer “bárbara”,

una nación: la imagen de México en la prensa ilustrada de la primera mitad del siglo XIX (1830-1855)”, en L. Suárez de la Torre (coord. gral.), *Empresa y cultura en tinta y papel: 1800-1860*, México, Instituto Mora/Instituto de Investigaciones Bibliográficas UNAM, 2001, donde se pregunta cómo se logra que a lo constituido de manera formal-institucional se lo quiera (y defienda) de manera afectiva, casi irracionalmente. Al igual que De Torres, Pérez Vejo compartiría la idea de que “el proceso de nacimiento de una nación, la creación de un marco jurídico y geográfico más o menos estable no es el episodio decisivo, quizás ni siquiera el más importante” (p. 395).

no sometida todavía a las “leyes del decoro” y las buenas costumbres, es vista como una amenaza al orden que otorgara la familia. Dicho orden, repetimos, es considerado como la piedra angular del Estado/nación. Por tanto, la misión de la mujer “disciplinada” debe ser la de formar a los nuevos ciudadanos, la de “imbuirlos” en el espíritu nacional a través de lo doméstico, *sin interferir en la vida pública*.

Si bien la retórica del romanticismo americano retoma de la literatura europea el tema de la mujer, allí está puesto el énfasis en su sometimiento, mientras que en nuestra región la figura femenina alcanza su máximo apogeo a través de la *idealización*, esto es, instalándola (junto a “la naturaleza”) en un lugar privilegiado o central en el repertorio literario del sector letrado (*op. cit.*: 75). No obstante, la autora quiere remarcar que la crítica literaria canónica de fines del siglo XIX y parte del XX se dedicó a *invisibilizar* la figura de la mujer, a pesar de que ella está ocupando el lugar de la innovación dentro del romanticismo. El motivo que la autora encuentra es que, probablemente, tenga que ver con la difícil tarea de colocar “la perspectiva de género” en el análisis de los discursos por parte de quienes se dedicaron y se dedican a ello.

En conclusión, la política y la ficción, en ambas obras de María Inés de Torres, se enlazarían produciendo una “cinta de Moebius” por su indisolubilidad. Al parecer, “nacionalismo y erotismo comparten una misma retórica”

en el sector principal de la producción literaria del siglo XIX. A pesar que el nacionalismo debía suceder en el ámbito “real”, el de la política, y el erotismo sólo en los relatos literarios, y escondido en los fueros íntimos; la imagen privilegiada por el discurso del romanticismo liberal es su *concepción de la historia de la patria como una historia difícil de amor*, aunque inevitable para vislumbrar un destino. Es una visión, casi siempre, pesimista: ninguna de las narraciones de amor tienen un final feliz, sobre todo para los personajes femeninos. A su vez, fomentan el maniqueísmo de aquella

estética romántica: el enfrentamiento civilización-barbarie, donde es posible interpretar que uno debe exterminar al otro, esto es, no hay posibilidad de convivencia. Pero nos interrogamos por, si acaso, ¿es civilización y barbarie o civilización o barbarie?⁶

⁶ Para Oscar Terán, civilización y barbarie conforman muchas veces dos estructuras fuertemente diferenciadas y aun polarizadas en forma dicotómica y excluyente. Pero en otros momentos, como cuando se habla de Rosas, lo civilizado y lo bárbaro aparecen entrelazados, mezclados, hibridados (Oscar Terán, *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 69).

Estas retóricas ideológicas que retroalimentan el universo simbólico son “dos caras del mismo proyecto *civilizador*”. Ocuparse de la mujer es sólo el modo de garantizar el orden de la ideología patriarcal. Por lo tanto, se desexualiza a la “mujer civilizada”, mientras que a aquellas mujeres que ponen en peligro su plan de nación, se les atribuye actitudes salvajes que terminan por confundir su sexo.

Nathalie Goldwaser
CONICET / UBA /
IFEA-UMIFRE 17 /
CNRS-MAEE

Gustavo Sorá,

Brasilianas. José Olympio e a gênese do mercado editorial brasileiro,
San Pablo, Edusp/ComArte, 2010, 488 páginas

No es por cierto nada original constatar que, en las últimas décadas, el libro y todo el circuito de relaciones que él comprende se han vuelto objeto de la atención y la reflexión sistemáticas de historiadores y científicos sociales.¹ Con los trabajos realizados por autores de renombre internacional, como Roger Chartier y Robert Darnton, y otros de alcance más puntual pero no menos competentes y rigurosos, se ha afirmado un verdadero programa de investigaciones, que se materializa de las más diversas maneras (memorias, biografías, estudios de caso, balances generales).

Este “descubrimiento” del libro como algo más que un mero soporte de informaciones e ideas se relaciona, sin lugar a duda, con el surgimiento de nuevos problemas, nuevos objetos y nuevos abordajes de la historia, de acuerdo con la célebre afirmación de Pierre Nora y Jacques Le Goff. Ahora bien, su reconocimiento y su afirmación como objeto de estudio no han sido gratuitos; en efecto, como ya lo ha señalado Darnton en un texto hoy clásico, los libros –objetos multi-dimensionales y multifacéticos– “no respetan límites, ya sean lingüísticos o nacionales”, ni “se limitan a relatar la historia: ellos la hacen”.²

Estas consideraciones rápidas y superficiales son, no obstante, relevantes para delimitar el espacio intelectual en el que se sitúa *Brasilianas. José Olympio e a gênese do mercado editorial brasileiro*, trabajo del antropólogo argentino Gustavo Sorá, que se publica ahora como libro, doce años después de ser presentado como tesis de doctorado en Antropología Social en la Universidad Federal de Río de Janeiro.

Fundamentado en los análisis de Chartier sobre los libros y la cultura escrita, así como en los de Bourdieu acerca de los campos intelectual y literario y la “economía de los bienes simbólicos”, Sorá parte del camino abierto por Laurence Hallegue con su pionero *O livro no Brasil* (1985) para estudiar la figura articuladora de la transformación de un texto en libro: el editor. En este caso, no de cualquier editor, sino de José Olympio Pereira Filho (1902-1990), creador de una marca que, desde la primera mitad del siglo xx, “formó el canon de una cultura escrita auténticamente brasileña”, como se destaca ya en el primer párrafo de la introducción (p. 11).

La elección no podría ser entonces más significativa, y

tampoco podría serlo el título del trabajo. En la precisa definición de Sorá, “brasileña” es, más que una palabra, una idea, que “alude a una biblioteca real o metafórica sobre el país, en la que un lector extranjero, por ejemplo, puede de un vistazo tener toda la cultura nacional a su alcance” (p. 28). Al vincularla con el nombre de José Olympio, Sorá acentúa la importancia de este editor y de su sello para la “configuración de la cultura nacional impresa en un momento central respecto de la sedimentación de representaciones modales sobre ‘el país real’” (p. 29). Un momento que es en efecto central porque está marcado por el nacionalismo político, la modernización económica, la expansión del sistema de educación pública y la creación de universidades, entre otros factores estructurales que, casi siempre articulados por el Estado, llevaron entonces a los intelectuales nativos a reflexionar, escribir y debatir acerca de la “verdadera” identidad nacional brasileña.

Con ese marco general, los siete capítulos del libro componen un amplio y rico panorama de la historia de la edición en el Brasil entre las décadas de 1920 y 1950. Sin dejarse seducir por la “ilusión biográfica”, Sorá reconstruye con maestría, tanto en la forma (la división interna de los capítulos, el uso de recuadros

¹ Traducción del portugués: Ada Solari.

² Robert Darnton, “O que é a história

dos livros?”, en *O beijo de Lamourette*, San Pablo, Companhia das Letras, 1990, pp. 130-131.

informativos, fotografías, ilustraciones, cuadros) como en el contenido (la temporalidad múltiple y no lineal, el diálogo con la bibliografía, las interpretaciones de la rica y variada documentación analizada, la presentación de datos estadísticos), una trama que pone en escena los agentes, las fuerzas, los intereses, las demandas, las vicisitudes, tanto públicas como privadas, que atravesaban el movimiento editorial en el país. Al hacerlo, expone minuciosamente ante el lector la profunda transformación que tuvo lugar durante el período, y que sintetiza con la constatación de que “hasta comienzos de 1930, la edición era una práctica de impresores y libreros. A fines de esa década, pasó a ser una actividad que requería dedicación exclusiva y diferenciación de funciones, lo que así dio lugar al surgimiento de una nueva forma de poder en la regulación de la producción y la circulación de la palabra impresa en libros” (p. 30).

La reconstrucción de la trayectoria personal y profesional del editor funciona, pues, como punto de partida para que el autor ilumine el carácter en absoluto natural, ni conscientemente orientado, de aquello que considera como la génesis del mercado editorial brasileño. La columna vertebral que sostiene el libro se inicia en la sección de libros de la Casa Garraux, el principal *magasin* de la ciudad de San Pablo a comienzos del siglo xx, donde José Olympio trabajó desde 1918 hasta 1931; allí profundizó sus contactos con una clientela selecta y desarrolló aquello que sería una de sus características más

notables: el “arte de la amistad”, es decir, el cultivo hábil de las relaciones personales y de los beneficios que pueden obtenerse por medio de ellas, con sus necesarias retribuciones. No casualmente su primer gran salto profesional se produjo en abril de 1931, cuando, con la ayuda de varios de los amigos que había conocido en la Casa Garraux, pudo reunir una gran suma de dinero para comprar la mayor biblioteca particular del estado de San Pablo, la del bibliófilo Alfredo Pujol, que había fallecido un año antes.

De ese precioso acervo, repleto de obras raras, nació la Librería José Olympio, que, una vez abierta al público, pasó a promover un interesante espectáculo: según la bella imagen de Sorá, “a cada venta de volúmenes de Pujol, caía un ladrillo del *ancien ordre des livres brésiliens*” (pp. 74-75). Casi al mismo tiempo, se lanzó a la edición, una actividad que se potenció a partir de 1933 cuando entró en contacto con el escritor Humberto de Campos. Como describe Sorá, Campos, a pesar de ser muy estimado por sus crónicas, cuentos y poesías sentimentalistas, publicaba sus obras en una insignificante editorial de Río de Janeiro y con tiradas muy pequeñas en relación con su popularidad. Gracias a su percepción del potencial comercial de esos libros y de su bien cuidada relación personal con el autor, José Olympio logró adquirir todos los títulos de Campos, que, reunidos bajo la forma de *Obras completas* en 1934, le permitieron afinar “un motor comercial que le permitiría evolucionar, diversificar los lanzamientos y arriesgar con

nuevos valores y géneros inéditos” (p. 93).

Ese motor arrancó, en efecto, con la mudanza de la librería y la editorial a la capital del país, en 1934. Aun cuando Sorá observe que el traslado no representó “una toma de conciencia o una visión de que ‘las cosas pasaban por Río de Janeiro’, cuna de las revoluciones proféticas para los que comenzaban a ‘descubrir el verdadero Brasil’” (p. 141), es innegable el peso que la ciudad empezaba a tener en la construcción de un mercado de bienes simbólicos efectivamente nacional; por lo tanto, es difícil pensar que José Olympio no haya tenido otras motivaciones además de las impuestas por los límites de la actividad editorial en San Pablo, donde imperaba la Companhia Editora Nacional de Octalles Marcondes Ferreira y Monteiro Lobato. Tanto es así que él mismo reconoce que, para otros actores importantes que participaban de aquel contexto, como los llamados “escritores del Nordeste” (José Lins do Rego, Jorge Amado, Raquel de Queirós, Graciliano Ramos), “el público era la palabra de orden y Río de Janeiro, la ciudad” (p. 150): la ciudad donde los círculos intelectuales, la crítica y los editores, muy imbricados entre sí, configuraban un sistema de autorreferencia que, dado que brindaba una gran proyección a aquellos que formaban parte de él, funcionaba como un poderoso polo de atracción.

De todos modos, no hay una contradicción entre ese reconocimiento y el esfuerzo de desmi(s)tificación del “editor visionario” que Sorá lleva a cabo, pues, como reitera de

manera constante, fueron las “codeterminaciones estructurales” las que le permitieron a José Olympio “hacerse un nombre”. Si tanto el editor como muchos nuevos autores se vieron atraídos por el lugar central que ocupaba Río de Janeiro, las posibilidades y las oportunidades no estaban abiertas a todos, sino que era necesario crearlas y afirmarlas. Como se expone muy bien en el libro, quienes emigraban a Río de Janeiro se encontraban con un mundo “ya poblado de agentes con posiciones y estrategias rivales” (p. 141). Así, del mismo modo en que lo había hecho con Humberto de Campos, José Olympio procuró acercarse precisamente a aquellos autores provenientes del Nordeste que, si bien gozaban de reconocimiento, eran aún periféricos en la geografía de la edición carioca. Tras conquistar en primer lugar a José Lins do Rego, poco a poco el editor logró reunir a todos sus principales nombres, quienes, así como había ocurrido con Campos, le brindaron una nueva y decisiva plataforma de acción.

Gustavo Sorá lleva a cabo una refinada lectura de dos tipos de documentos fundamentales en la vida de la editorial –los propios libros que publicaba y los catálogos que los difundían– y así demuestra con claridad el modo en que aquella plataforma se impuso. De acuerdo con su análisis, la creación de colecciones fue una estrategia editorial muy exitosa, en particular en el caso de tres de ellas, lanzadas a mediados de la década de 1930: la serie dedicada al “Ciclo de la Caña de Azúcar”, que contaba con cuatro novelas de José Lins do

Rego; la de las “Novelas de Bahía”, compuesta por otras cuatro novelas, de Jorge Amado; y la “Colección Documentos Brasileños”, que, bajo la dirección del sociólogo Gilberto Freyre e inspirada en la “Colección Brasileira” de la rival Companhia Editora Nacional (pero de la que buscaba diferenciarse),³ contenía trabajos dedicados a “descubrir el Brasil a los brasileños”, sobre todo de autores contemporáneos que, como el mismo Freyre, adoptasen métodos y criterios científicos. Cada una a su modo, las tres colecciones “abonaron el terreno para la imposición del Nordeste como categoría condensadora de los mensajes constitutivos de la identidad nacional, en la literatura y en el pensamiento nacional” (p. 197), y, por extensión, también para una forma de reconocimiento específico de la editorial como difusora de la *cultura brasileira*.

Junto a la organización y la clasificación de autores y obras en las respectivas colecciones, Sorá muestra cómo los aspectos materiales de las publicaciones también fueron cruciales respecto de la prefiguración de su recepción, así como de la construcción de la imagen pública de la Livraria José Olympio Editora. Con el trabajo artístico del pintor

Tomás Santa Rosa, también oriundo del Nordeste, las tapas de los libros que publicaba adquirieron un patrón y un estilo sumamente simbólicos y expresivos, en sí mismos, del “contenido” con el que se iba a encontrar el lector. Sobrio, minimalista y delicado, ese “estilo visual, inaugurado con las colecciones de autor”, significó “la llegada a una matriz multiplicadora de mensajes de ‘brasileñidad’”, como afirma Sorá (p. 188). Por lo tanto, la creación de una identidad visual no solo incidió en la construcción de una identidad editorial, sino que también colaboró decisivamente para eso, amplificando la dimensión “nacional” presente en ella.

Según Sorá, los catálogos completan ese proceso, ya que la distribución de los autores y los títulos a través de sus páginas puede ser reveladora de las apuestas, tendencias, tensiones, disputas, relaciones de fuerza y jerarquías que atraviesan el mercado editorial en diferentes momentos. Como afirma el autor, en ellos “ningún elemento está, para el editor y en un tiempo determinado, abandonado a la casualidad o desprovisto de sentido” (p. 270), lo que permite verlos como un “documento de identidad” de los editores. En el caso de José Olympio, el examen de los catálogos publicados entre 1936 y 1940 permitió observar un intenso intercambio de posiciones y, por consiguiente, de significados entre los libros publicados a lo largo del período. Tomando el centro del catálogo como lugar de reunión de los “pilares del prestigio cultural del sello”, Sorá muestra

³ Como dice Sorá, la colección de la Companhia Editora Nacional adquirió tanta relevancia que sobre ella “se basó la acumulación de un capital de reconocimiento cultural de la editorial”; más aun, “la Brasileira se convirtió en un modelo y rápidamente impuso un estilo de colecciones con ensayos de interpretación del Brasil, explotado hasta hoy por casi todas las editoriales con pretensiones culturales” (p. 163).

cómo, año a año, aparecieron nuevas segmentaciones en géneros, categorías y colecciones, al mismo tiempo en que se definían sus autores y obras más respetables, hasta constatar que, a partir de 1940, “se observa un umbral de definición de la estructura elemental del catálogo, sobre la cual se basó la consagración del sello y de sus autores” (p. 273).

Paralelamente al estudio de la economía interna de la editorial, Sorá también se ocupa de la expansión del mercado editorial y del movimiento de los otros sellos importantes de aquella época, así como de las acciones de los agentes del mundo del libro y del Estado para delimitar, por medio de aproximaciones y contrastes, los significados de la consagración de José Olympio y de su editorial. Es en especial significativa, en ese sentido, su

observación de que, a fines de la década de 1930, las tres principales editoriales del Brasil ya estaban identificadas con nichos muy bien definidos, aun cuando publicasen cualquier tipo de libros: la Companhia Editora Nacional con las obras didácticas, la Livraria do Globo con la literatura extranjera y la “JO”, por cierto, con la literatura nacional. Ahora bien, tanto o más elocuente es la descripción de la conmemoración de los 50 años de José Olympio, realizada en la sede de la editorial y que contó con la presencia de funcionarios, escritores, políticos y hasta del presidente Getúlio Vargas, quien estuvo a cargo de descubrir “una placa de bronce con las firmas de toda la comunidad de los autores de la casa, un mapa de la alta política y de la cultura nacional” (p. 426). Como muy

acertadamente percibió Sorá, no podría haber un episodio más simbólico del lugar al que por entonces habían llegado el editor, la editorial y el libro en el Brasil.

Para concluir, es importante destacar que estos comentarios sólo dan una pálida idea de los aspectos centrales de *Brasilianas*. Así pues, como todo libro abre infinitas posibilidades de lectura, les corresponderá a sus lectores descubrir el gran y fértil campo de inquietudes y de investigaciones abierto por Sorá, ya sea para la historia de la edición, como para la historia intelectual. Con toda seguridad, ellos no se decepcionarán.

Fábio Franzini
Universidade Federal
de São Paulo

Alejandro Crispiani,
Objetos para transformar el mundo. Trayectorias del arte concreto-invencción,
Argentina y Chile, 1940-1970,
Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes/ Prometeo 3010, Ediciones ARQ,
2011, 432 páginas

En los últimos diez años, hemos asistido a una gran cantidad de exposiciones que han revisado, recuperado y actualizado el legado del arte concreto argentino y latinoamericano. Exposiciones en los museos más importantes de la ciudad, de artistas en particular (Lozza, Maldonado, Prati), han reabierto la lectura de un movimiento que comenzó hace más de cincuenta años pero que todavía nos interroga y estimula. Sin duda, vivimos en una época obsesionada por la revisión del pasado que al revisarlo, de alguna manera, lo reifica. Como si en esas exposiciones más que explorar el modo en que esos repertorios siguen actuando en el presente, se tratara de exhibir algo maravilloso pero ya muerto. Como las mariposas que nos miran con sus colores, clavadas en un telgopor detrás de un vidrio. En el caso particular del concretismo, su combinación de entusiasmo científico y pasión inventiva lleva al espectador que se ampara en el presente a percibir una rara mezcla de ingenuidad y seriedad que hace que la admiración no esté nunca exenta de ironía. Esas exposiciones, entonces, a la vez que muestran la fuerza de una supervivencia, parece que se propusieran también clausurar esas obras, enviándolas al infierno de las buenas intenciones. No se trata, aclaro,

del fácil expediente de la museificación, ya que está muy lejos de mí pensar en el museo como en un cementerio. Más bien, la museificación no es otra cosa que la posibilidad (o una de las posibilidades, en la actualidad una de las más privilegiadas) de permanencia y pervivencia del arte del pasado. El fenómeno al que me refiero, más bien, no es el de la museificación sino el de la momificación, que hace que el retorno de esas obras sólo pueda darse en tanto muertas, en tanto certificados del pasado (precisamente cuando el arte tiene entre sus principales rasgos alterar nuestra vivencia del tiempo).

La crítica viene, en buena medida, a ejercer una mediación en relación con estos rescates y revisiones. Sabemos que estas muestras vienen acompañadas por catálogos, reseñas periodísticas, conferencias, debates y que en todos estos discursos aparecen las herramientas para acercarse y comprender estas obras. Al auge documental se le suma –a veces– un discurso crítico que sostiene la investigación rigurosa en los archivos para poner en relación esas prácticas artísticas (las del concretismo) con la intervención en el presente, en diálogo con el giro que se percibe en algunos artistas de reactualizar las obras de ese período. En este sentido, las tesis académicas han

cumplido un papel fundamental que traslada a las obras de la momificación a la museificación, y de ahí al debate crítico. Dentro de este panorama, *Objetos para transformar el mundo. Trayectorias del arte concreto-invencción, Argentina y Chile, 1940-1970*, de Alejandro Crispiani, tiene la virtud, en principio, de trazar un recorrido muy novedoso investigando las ramificaciones del arte concreto en la Argentina y en Chile y de dar cuenta, con una investigación muy rigurosa y exhaustiva, no sólo del surgimiento de los movimientos en la Argentina de los años cuarenta sino también de los avatares de la Escuela de Arquitectura de Valparaíso y el Grupo de Diseño liderado por Gui Bonsiepe en los años del gobierno de Salvador Allende. De toda la crítica que he leído sobre el tema, es una de las que más pone de relieve los vínculos con el Partido Comunista y con el pensamiento marxista. Y esto es interesante porque profundiza todavía más el problema de la contemporaneidad del arte concreto-invencción. Si la supuesta ingenuidad de estas obras y de los manifiestos del concretismo se acentúa cuando sabemos que varios de sus integrantes estuvieron afiliados al Partido Comunista y polemizaron con la hegemonía

del realismo social en el partido, Crispiani nos enfrenta a las suposiciones que implica este juicio y nos lleva a preguntarnos sobre este cambio que es, en sus planteos, la pregunta sobre cómo habitar el mundo. La cuestión comunista, entonces, adquiere un carácter contemporáneo: ¿en qué modifica la presencia de un objeto pensado artísticamente el modo de relacionarnos con lo real?

Para todos estos síntomas de imposibilidad de concebir en esas obras una intervención fecunda en el presente existe un término que la crítica ha utilizado para arrojar a esas obras hacia un pasado incomunicable: este término es *utopía*, y Alejandro Crispiani tiene la virtud de desmontarlo y cuestionarlo, de señalar su naturaleza “excesiva e insuficiente” (p. 28). Porque ¿qué quiere decir utópico en la valoración del concretismo? ¿Que se trata de unos delirantes que no confrontaron la omnipotencia de la historia con la viabilidad de sus intenciones? ¿Que el fracaso ha sido el signo final de su empresa estética y renovadora como el de tantos otros movimientos de vanguardia? ¿Que la ambición de sus aspiraciones debe ser medida con la mirada de pragmatismo político de nuestro presente? De ningún modo la abstracción del concepto de utopía permite *mirar* lo que nos rodea y las transformaciones que el arte concreto-invencción ha realizado y todavía puede realizar. No por sus tipos sino por sus prototipos, para tomar la distinción del concretista brasileño Décio Pignatari. No porque alguien vuelva a hacer

las obras de un Maldonado o de un Lozza (aunque en esta reificación del pasado no hay quien no haya dejado de intentarlo), sino porque todavía las consideramos *obras*. Es decir, no obras de arte (porque siempre en estos casos se pone el acento en el arte), sino *obras* como aquello que opera, abre, trabaja el orden de lo sensible. Y si nos centramos en esta cuestión de lo sensible, de nuestro trato con los objetos en tanto materiales de uso, en nuestra relación con el espacio y con la invención, pocos movimientos siguen siendo tan enigmáticos y productivos como el concretismo. ¿Por qué? Porque ellos supieron articular el impulso constructivo con la práctica, con los materiales y su resistencia. Etimológicamente, invención deriva de *in-venire* e indica *encuentro*, el encuentro provocado –no fortuito– del proyecto y lo contingente. “El arte concreto –según palabras de Maldonado que cita Crispiani– es práctica. La conciencia proviene del mundo pero también opera sobre él, *INVENTA*” (p. 111).

En este sentido, me parece que el autor pone el acento justo en aquello que nos puede guiar en la construcción de esos acontecimientos: los objetos, los objetos entendidos en el sentido más concreto, material y tangible posible. Como se dice al comienzo del libro: “No hay casi producto humano material que, aunque solo sea en una medida ínfima e indeterminable, no contribuya a la transformación de la realidad” (p. 19). La afirmación es contundente en su rechazo a ver ese pasado bajo el prisma exclusivo de la utopía. O sea que transformar no se mide en

términos de totalidad sino de entorno, no de Historia sino de vida cotidiana, no de Arte sino en el borde mismo de lo útil y lo que no lo es. Es que la visión de Crispiani es un corte de los fenómenos en los que se revela su historicidad: en su valoración del grupo de Bonsiepe en el Chile de Salvador Allende, el libro *Objetos para transformar el mundo* señala que la racionalidad que está en juego no es formal ni técnica, sino política. En estos discernimientos, la racionalidad no es un concepto fijo y definido, sino que se metamorfosea y se redefine en cada encrucijada de presente. Ésa es la racionalidad que está en juego y no una supuesta entelequia que se mantendría ajena a la práctica y al devenir.

El libro en su conjunto modula esta plasticidad histórica y atraviesa desde el marxismo humanista de los primeros tiempos del concretismo a la impronta heideggeriana de *Amereida*, haciendo además un recorrido documental muy sólido y original. Tal vez el acento en la política sea uno de los grandes aciertos del libro, ya que es un tema permanente en relación con el concretismo y es una historia que todavía no se ha escrito, porque no se trata solamente de acceder a los escritos artísticos sino también a las bóvedas de archivo del Partido Comunista. Pero hasta que esa investigación aparezca, Crispiani presenta un buen mapa para comenzar el recorrido, tanto desde el punto de vista de los datos como del de las ideas. Con sus personajes previsible (Aníbal Ponce, Rodolfo Ghioldi, Héctor

Agosti, Rodolfo Mondolfo, Córdova Iturburu) y sus proposiciones para entender el comunismo de los concretos: por haber concebido el arte en su “estricta materialidad”, por su ética (que denominaron comunista) de relación con la actividad artística, por la exclusión de cualquier contenido idealista, por la discusión con la idea orteguiana del arte moderno como deshumanización, por la apropiación de los avances del arte burgués, pero sobre todo por el modo en que las dos categorías clave (práctica e invención) dialogan con el marxismo y el humanismo. Imposible no ver en el título un eco de la afirmación marxista de que el mundo ya ha sido muchas veces interpretado y que ahora se trataba de transformarlo. Porque la transformación es el proceso de la práctica, del ensayo, de la invención, que es la interacción privilegiada que produce conocimiento.

Me interesa también subrayar que en esta discusión con las autoridades del Partido Comunista, los artistas del arte concreto-inventiva están planteando otra noción de

Latinoamérica, y éste es uno de los más notables aportes del libro. Así como otras investigaciones analizan el itinerario argentino-brasileño del concretismo –pienso en el futuro libro de Marita García–, Crispiani lo hace con la Argentina y Chile. Su recorrido muestra una “Latinoamérica” alternativa a la más habitual de Pablo Neruda. La figura de nexo es Vicente Huidobro. Y otra, tal vez más previsible en el ámbito de las artes plásticas: Joaquín Torres-García. Pero acá se producen verdaderos rescates (como la introducción del arte concreto en 1933 por Huidobro en Chile) y, sobre todo, en el excepcional capítulo sobre la primera exposición de arte concreto en Valparaíso en 1952, con la presencia de los artistas argentinos Girola, Hlito, Iommi, Maldonado. Es un latinoamericanismo muy diferente de los hegemónicos, ya sea el representado por Diego Rivera, Pablo Neruda y su valoración izquierdista de la vida, sea el representado por Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa y sus representaciones narrativas épicas o maravillosas. Ambas figuras de Latinoamérica

inclinadas hacia el mural, su distancia representativa y su capacidad colectiva, y basadas en la idea de una identidad ya dada, en la que la práctica está predeterminada de antemano. Lo latinoamericano que aparece en el libro de Crispiani, en cambio, deja abierto su sentido: más que de latinoamericano habría que hablar, en este caso, como hizo Haroldo de Campos, de *transamericano*, errante y sin casa, una idea que sigue de cerca sus propias prácticas y su capacidad inventiva en un mundo universal. Como lo muestra el caso de la Ciudad Abierta, no es una identidad sino un transe, una travesía, “el ámbito de lo inédito, de lo que siempre está por conocerse”, según se lee en el libro. Es un latinoamericanismo o una dimensión transamericana más difícil de reconstruir, más evanescente, del desierto y de la errancia: hay que agradecerle a *Objetos para transformar el mundo* que se haya emprendido esa travesía, esa tarea, esa historia.

Gonzalo Aguilar
UBA / CONICET

Graciela Silvestri

El lugar común. Una historia de las figuras de paisaje en el Río de la Plata

Buenos Aires, Edhasa, 2011, 412 páginas

Graciela Silvestri interroga al paisaje estético, que es a la vez moral, científico, técnico, social y político. A través de una sofisticada bibliografía inglesa y norteamericana, articula temas e hipótesis que tienen la particularidad de ofrecer lo nuevo y al mismo tiempo ratificar la permanente interlocución que esa novedad establece con lo ya existente. Su proyecto intelectual consiste en estudiar las formas en que se construyó la identidad de la nación argentina, privilegiando las imágenes que representaron en distinto formato y con propósitos particulares el territorio físico argentino. La primera operación de Silvestri es pues, de acuerdo con este propósito, revisar el carácter “meramente ilustrativo” que el mundo de las imágenes del paisaje en el Río de la Plata ha tenido hasta hace pocos años. El paisaje, en tanto figura, en la concepción de Auerbach, permite concebir las imágenes como algo que se percibe pero también que se fabrica e involucra habilidades técnicas, sentimientos, eficacia, belleza, poesía y retórica. Munida de estos y otros recursos, Silvestri se adentra en “el país de todos los paisajes y todos los climas”. Estudiará mapas y paisajes para pensar identidad, radicación, nación o patria. Someterá la trama del paisaje –que reúne poder y representación– a una meticulosidad quirúrgica y arborescente, porque éste no se

puede estudiar con la misma sucesión con la que se estudian, por ejemplo, los acontecimientos. Silvestri sabe enseñar que el paisaje tiene otras elocuciones, vinculadas a tempos y cadencias que son y no son naturales, técnicos, políticos. Así es que analiza el gusto: un clima de sensibilidad. En su *Ensayo sobre el gusto*, Montesquieu escribe: “Es bueno conocer el origen de los placeres, de los que el gusto viene a ser la medida, el conocimiento de los placeres naturales y adquiridos habrá de servirnos para rectificar nuestro gusto natural y nuestro gusto adquirido. Es preciso partir del estado en el que se encuentra nuestro ser, y averiguar cuáles son sus placeres, para llegar a medirlos, y a veces incluso a sentirlos”. Con esta última apreciación casi irónica del filósofo francés, podemos pensar la clave del riguroso trabajo de Silvestri: un estudio que, de pluma por momentos escéptica, permite pensar el lugar común en las figuras de paisaje como un espacio que cifra el sentido dominante para defenderlo pero también para denunciarlo.

El Río de la Plata se presenta como una zona dominada por la cultura textual por sobre la icónica, lo que no impide que sobre ambas se pueda pensar lo bello, lo pintoresco y lo sublime. En esta última categoría es donde Silvestri se detiene para pensar

la llanura, el gran paisaje nacional: la pampa y sus versiones arcaicas, nacionalistas, modernistas, vanguardistas, y para pensar también, por agregación, la ciudad y su arquitectura.

Las Cataratas del Iguazú y el lago Nahuel Huapi, por separarse de las formas de construcción del paisaje pampeano, interesan a la autora, pues resultan una versión clásica de lo sublime para representar la patria, así como también la representan la Patagonia y la Antártida.

En capítulo I insiste Silvestri en el predominio de las palabras y en la ausencia de imágenes del siglo XVI rioplatense ¿Qué es la belleza natural y en qué términos se habla de ella en los siglos XVIII o XXI? La autora estudia las estampas de Emeric Essex Vidal y de Ferdinando Brambilla, las vistas de Carlos Pellegrini, los dibujos de Rugendas. En ellos, ciencia, topografía, arte representan un entramado polémico y productivo que deviene en las estupendas páginas sobre Humboldt y su ciclópica obra. En el mundo de la conquista se relacionan arte y ciencia, por eso conviven anteojos, cronómetros, escalas y microscopios con una cajita de pinturas que, en clave humboldtiana, nos hace notar Silvestri, remiten al “tratamiento estético de los sujetos de la historia natural”. El análisis se enriquece con la

referencia a Woodbine Parish y su cartografía española sobre el Río de la Plata en la segunda mitad del siglo XVIII. La cartografía va resultando así una misión patriótica porque potencia la nación moderna y el carácter de un pueblo. Resulta particularmente útil la consideración de que esos mapas configuran una cartografía de mar sin mayores precisiones terrestres, cuyo correlato está, ya avanzado el siglo XIX, en la tarea de los agrimensores que detallaron el modo como debía medirse la tierra después de la Conquista del Desierto y propusieron áreas cuadradas subdivididas en fracciones, sin tener en cuenta lomas calcáreas, rastrilladas, lagunas, caminos indios. Errores y problemas que se desprenden de esta idea explican que los terrenos de la patria pueden ser ordenados, pero no pueden ser aún conocidos. El trabajo de los ingenieros (aquellos sujetos para quienes conocer tiene sentido sólo si se va a transformar) incorporados al Ejército muestra limitaciones importantes y al mismo tiempo increíbles soluciones que parecen calcadadas de una novela de Julio Verne, tales como el empleo de globos aerostáticos para observar las líneas enemigas en la Guerra del Paraguay.

El rol del Ejército merecería un capítulo aparte porque siendo el espacio de desarrollo de saberes científicos y técnicos, al mismo tiempo rechazó y fue refractario a las novedades modernizadoras en

pos de un patriotismo de los cuerpos hidalgos y de sempiternos sentimientos de heroicidad.

En el capítulo II, Silvestri analiza la categoría de lo pintoresco o su versión traducida como “color local”. Sarmiento es trabajado abundantemente en una síntesis útil. Lo pintoresco como útil, lo pintoresco como una categoría que habilita la ensoñación tecnológica y modernizadora, la pampa húmeda como un espacio arcádico para los ingleses y la pampa “en sede literaria”, en el decir de la investigadora, a saber: la pampa con gaucho, le permiten analizar el paisaje pampeano en el canon literario nacional. El trabajo de Silvestri se vuelve particularmente apasionante cuando describe álbumes de postales de principios de siglo XX, reproducciones litográficas, paisajes urbanos y naturales, europeos y sudamericanos que remiten al hobby de la colección postal, aunque resultan, como es de esperar, un repertorio vetusto en relación con las nacientes vanguardias que inmediatamente después se van a disparar con la figuración abstracta.

En el capítulo III, trabaja Silvestri la categoría de lo sublime e indaga en la representación modernista de la pampa. *Big sloth*, geologías, sonoridades metafísicas, imaginarios fabulosos escenifican un pasado remoto en Güiraldes y Lugones, pero también en Stuart Pennington y en Hudson, el ecologista *avant*

la lettre. Al mismo tiempo, la ciudad consolida una arquitectura de lo sublime pampeano, vista a través del monóculo. En este capítulo resulta fascinante la descripción de la arquitectura de Amancio Williams y su proyección espiritualizadora-futurista. Más adelante, la referencia a la geografía como disciplina nos recuerda la necesidad de una reflexión conceptual y sustantiva sobre las profesiones en la Argentina y sobre su despliegue institucional.

La obra de investigación de Silvestri también puede leerse en otras de sus páginas: *El umbral de la metrópolis* (1993), junto con Jorge Liernur, *El paisaje en el arte y las ciencias humanas* (1994), y *El paisaje como cifra de armonía* (2001), ambos con Fernando Aliata, así como en *El color del río. Historia cultural del paisaje del Riachuelo* (2003). Sin embargo, *El lugar común. Una historia de las figuras de paisaje en el Río de la Plata* continúa y expande las indagaciones anteriores y es, a la vez, un manual de sorpresas, porque al analizar una tópica de formas estereotipadas, temas consagrados, enunciaciones convencionales, Graciela Silvestri nos recuerda que allí hay argumentos sobre nuestra vida, sobre la vida del mundo, sobre *el cuerpo de la patria*, sobre lo sucedido.

Claudia Torre
UDESA

Marina Rieznik,

Los cielos del sur. Los observatorios astronómicos de Córdoba y de La Plata, 1870-1920, Rosario, Prohistoria, 2011, 220 páginas

En este libro, basado en su tesis doctoral, Marina Rieznik estudia las actividades astronómicas que tuvieron lugar en los observatorios de Córdoba y de La Plata entre las décadas de 1870 y 1910, período en el que predominó la astronometría, rama de la astronomía centrada en la determinación y el registro de la posición de las estrellas que adquirió gran importancia a lo largo del siglo XIX debido a su utilidad para el sistema de producción capitalista en expansión.

El trabajo constituye un aporte destacado sobre un tema que hasta el momento había recibido escasa atención por parte de estudios académicos, y también resulta relevante en el marco de las investigaciones que en los últimos quince años concentraron sus esfuerzos en analizar el establecimiento y desarrollo de ciertas disciplinas, especialidades y áreas de investigación en el país, considerando cuestiones como los procesos de creación institucional, las características de las carreras profesionales de los investigadores y la articulación de las prácticas científicas locales tanto con instancias disciplinares internacionales como con entramados sociales de composición heterogénea, que incluyen entre otros a políticos, funcionarios, comerciantes y empresarios. En esta investigación en particular, el

marco interpretativo que articula los diferentes capítulos sostiene que las actividades de los astrónomos que actuaron en el país en esos años sólo pueden ser comprendidas a partir de su pertenencia a ciertas redes internacionales de trabajo astronómico –expresión que Rieznik utiliza para referirse a colectivos transnacionales de investigadores organizados de manera jerárquica que comparten una serie de objetivos, métodos e instrumentos– que definían desde observatorios situados en países como Alemania y Francia los fenómenos que resultaba relevante estudiar y los modos de hacerlo. Inclusive, los miembros de la elite política que en diferentes momentos promovieron o facilitaron la creación de espacios institucionales vinculados con la astronomía aparecen en esta perspectiva como mediadores de esas redes con escasas posibilidades de incidir sobre los destinos efectivos de los observatorios que fueron contruidos y sostenidos con fondos públicos.

Dividido en dos partes, el libro da cuenta en los primeros tres capítulos de la fundación, organización y funcionamiento inicial del Observatorio de Córdoba, y luego se concentra en el Observatorio de La Plata, prestando atención allí también a las relaciones conflictivas que mantuvieron las autoridades de

ambas instituciones como resultado de su participación en diferentes redes internacionales de trabajo astronómico.

El primer capítulo reconstruye la creación del Observatorio de Córdoba y las primeras tareas encaradas por el personal contratado. Luego de recordar el acontecimiento que, se supone, motivó el proyecto de Sarmiento para crear un observatorio en el país –una propuesta que le formulara el astrónomo estadounidense Benjamin Gould mientras se encontraba en los Estados Unidos, en el año 1865–, Rieznik analiza los debates parlamentarios que culminaron en 1870 con la sanción de la ley por la cual se creó el Observatorio de Córdoba. Esto le permite mostrar, como algunos estudios recientes lo hicieran para otras disciplinas, que el impulso a las actividades científicas encontró resistencias entre algunos legisladores que sólo pudieron ser doblegadas mediante la apelación a una utilidad adicional de la institución proyectada, en este caso una hipotética función docente de los astrónomos que posteriormente no se concretó.

Luego, tras repasar la forma en que se gestionó la contratación de Gould como director y de sus cuatro asistentes –todos ellos ciudadanos estadounidenses egresados de escuelas técnicas sin formación específica en astronomía–, se da paso al

análisis de las actividades astronómicas desarrolladas en el Observatorio de Córdoba. Como fuera señalado, la clave interpretativa propuesta otorga gran importancia al modo en que las prácticas locales se articulaban con ciertas redes internacionales de trabajo astronómico, algo que es observado en este caso en relación con la selección de los temas de estudio, los procesos de entrenamiento, los modos de organización del trabajo y la adquisición de equipamiento. Así, Rieznik comienza mostrando cómo, a mediados de la década de 1860, el cielo austral se convirtió en un objeto científico significativo a raíz de una transformación que experimentó la astronomía internacional por impulso de la *Astronomische Gesellschaft* (sociedad científica de origen alemán), consistente en los esfuerzos para obtener catálogos completos de la cúpula celeste bajo criterios de trabajo unificados. De esta manera, restituye sentido al interés de Gould –que había forjado su compromiso con las prácticas astronómicas promovidas desde Alemania a partir de su formación inicial en la Facultad de Ciencias de Gotinga, junto al reconocido astrónomo Friedrich Argelander– por trasladarse al hemisferio sur para elaborar catálogos del cielo austral, tarea a la que se dedicó hasta su regreso a los Estados Unidos en 1885, y que luego fue continuada por John Thome, el más avezado de sus discípulos.

El segundo capítulo continúa este análisis, ahora centrando la mirada en los esfuerzos realizados en el observatorio cordobés para ajustar las

capacidades del personal y la organización de la producción intelectual a los criterios establecidos por la *Astronomische Gesellschaft* para estandarizar la confección de los catálogos. En este marco, Rieznik observa el entrenamiento que Gould ofreció a sus asistentes con el objetivo de generar las destrezas necesarias para dar un uso efectivo a los conocimientos adquiridos mediante la lectura de los protocolos establecidos por Argelander, algo que implicaba, por ejemplo, estar capacitado para distinguir correctamente la magnitud de una estrella a partir de su brillo. Este entrenamiento, al igual que la organización de la producción de los catálogos –que implicaba entre otras cosas distribuir zonas de observación entre los asistentes y establecer criterios para saldar registros diferentes de una misma estrella–, buscaba atenuar los efectos de la “ecuación personal”, un tema muy debatido en esa época por los astrónomos, consistente en la carga subjetiva presente en los registros realizados (por ejemplo, por las dificultades para coordinar los sentidos de la vista y la audición, o de la vista y el aparato muscular) a la que se consideraba imposible de erradicar pero pasible de ser incorporada a los resultados de una manera controlada.

El tercer capítulo cierra la primera parte del libro con un análisis de los trabajos realizados a partir de 1872, cuando, una vez concluida la construcción del edificio, se avanzó en la elaboración de catálogos con los instrumentos adquiridos en los Estados Unidos, entre los que se

incluían un círculo meridiano, algunos telescopios, cronógrafos y fotómetros. Al respecto, Rieznik estudia las dificultades asociadas con el entrenamiento para utilizar adecuadamente los nuevos equipos e indica que, lejos de resolver el problema de la ecuación personal, la misma introducción de los instrumentos se constituyó en objeto de investigación. Los investigadores locales, así, al igual que sus colegas en otras partes, incorporaban a sus temas de estudio la comparación de los diferentes métodos disponibles.

El cuarto capítulo abre la segunda parte del libro y opera como una suerte de enlace con el análisis de la creación del Observatorio de La Plata, las actividades que se desarrollaron allí y las disputas entre las autoridades de los dos observatorios. En efecto, este capítulo, que gira en torno al modo en que en 1882 se realizó en el país la observación del *tránsito de Venus*, fenómeno que acontece aproximadamente una vez por siglo en dos episodios separados por ocho años y que consiste en la interposición de ese planeta entre la Tierra y el Sol –algo que permitía medir la distancia existente entre estos cuerpos y de esa manera establecer la escala del sistema planetario, aunque ya entonces la utilidad del método era cuestionada por la existencia de alternativas que algunos astrónomos consideraban superiores–, marca también la aparición de un actor que tuvo un papel destacado en las prácticas astronómicas locales de la época y cuya actividad se articuló con una red de trabajo alternativa a la alemana: se trata

de Francis Beuf, ex oficial de la Marina francesa y director del Observatorio de Tolón, que se encontraba en el país desde 1880 al frente de la reorganización de la Escuela Naval. Beuf, llamado a participar de la observación del tránsito de Venus por parte de Amédée Mouchez, director del *Bureau des Longitudes* de Francia y, desde 1878, del Observatorio de París –hecho que, según Rieznik, marcó el regreso del *Bureau des Longitudes* a los primeros planos de la escena astronómica francesa tras un largo período de marginación–, se convertiría a partir de ese momento en el representante local de la red de trabajo liderada por Mouchez desde Francia. Este último asunto da tema a los capítulos cinco y seis, el primero de ellos dedicado a analizar la creación y organización del Observatorio de la Plata, y el segundo a las disputas entre las autoridades de los observatorios locales a propósito de la participación en *La carte du ciel*, un ambicioso proyecto astronómico diseñado y coordinado por el *Bureau des Longitudes* que consistía en la elaboración de catálogos estelares sobre la base de la obtención de placas fotográficas.

La organización de la misión oficial para la observación del tránsito de Venus, con la compra de instrumental que implicó, sirvió como plataforma para la fundación ese mismo año de un observatorio provincial en la ciudad de La Plata, que sería inaugurado en 1885 bajo la dirección de Beuf. Frente a los pocos relatos que existen sobre el tema, especialmente los de José Babini –que según Rieznik descalifican la producción

científica realizada en el Observatorio de La Plata a partir de tomar como cierto el punto de vista interesado de Gould y sus continuadores–, en el libro se argumenta que la organización de esta institución y las tareas realizadas, a pesar de no seguir los parámetros por los que se guiaba el observatorio cordobés, distaban de ser nulas si se las aprecia bajo el prisma de su pertenencia a la red de trabajo que tenía centro en Francia. Así, Rieznik muestra la afinidad entre la organización del observatorio platense y su homólogo parisino, que implicaba un estilo de trabajo proclive a la incorporación de tareas astronómicas y otras más técnicas vinculadas con el conjunto de disciplinas agrupadas bajo el paraguas de las ciencias de la Tierra (hidrografía, geodesia, topografía), que se valían de los catálogos ya construidos para la prosecución de objetivos estrechamente vinculados con las necesidades del Estado en construcción, como por ejemplo la instalación de un servicio meteorológico o la determinación de las longitudes en el país –en ese caso un tema que no sólo revestía interés práctico sino que también constituía un aspecto clave de la astronomía en esos años–.

Esta similitud con el estilo de trabajo promovido por los astrónomos franceses, postula Rieznik, también se manifestó en otros aspectos. Por un lado, en el reclutamiento del personal. A diferencia de lo que ocurrió en Córdoba, no se contrató personal extranjero sino que se establecieron vínculos con actores de otras instituciones locales –como la

Facultad de Ingeniería de Buenos Aires y la Escuela Naval– que ligaban la astronomía con las mencionadas ciencias de la Tierra. Y, por otro lado, en las características del *Anuario del Observatorio de La Plata*, publicación oficial de la institución, que por su diagramación y contenidos presentaba notables similitudes con el *Annuaire du Bureau des Longitudes*.

En cualquier caso, a pesar de esta nueva interpretación que Rieznik propone, lo cierto es que la diferencia de estilos sería utilizada desde Córdoba –primero por Gould y luego por Thome– para impugnar las actividades realizadas en el observatorio platense en un marco en el que los actores que encarnaban en el país esas redes internacionales de trabajo astronómico alternativas se disputaban los escasos recursos locales. Esto se manifestaría con mayor fuerza a raíz del proyecto de *La carte du ciel*, luego de que Mouchez invitara a Beuf al Primer Congreso Astrofotográfico que se realizó en París en 1897 para establecer los criterios a seguir y lo designara como el representante argentino del proyecto. En este marco, inicialmente las autoridades del observatorio cordobés cuestionaron con severidad la utilidad de este proyecto –señalaban aspectos metodológicos y hasta la dudosa profesionalidad de esos “militares devenidos astrónomos”–, pero luego modificaron esa posición conforme a negociaciones que permitieron su incorporación. Esto le permite a Rieznik postular que, en realidad, por detrás de los argumentos sobre

objetivos y métodos se escondían una vez más las disputas entre las diferentes redes internacionales por la organización y la administración de los recursos humanos y materiales disponibles en el país.

El libro, si se omite un apéndice que analiza la creación en 1935 de la Escuela Superior de Ciencias Astronómicas y Conexas bajo la esfera del Observatorio de La Plata, culmina con un capítulo sobre el deterioro que sufrió la institución platense a fines del siglo XIX y su posterior nacionalización e incorporación a la Universidad Nacional de La Plata.

A modo de cierre, se puede señalar que la investigación de Rieznik realiza contribuciones en diferentes planos. En una mirada restringida, centrada en la historia de la astronomía en el país, cubre un vacío sobre una cuestión que, salvo escasas excepciones, sólo había sido abordada por las típicas visiones laudatorias que los propios científicos suelen ofrecer de sus actividades. También, por su carácter

pionero, abre numerosos interrogantes que deberán ser materia de nuevas investigaciones. Desde una perspectiva más amplia, preocupada por el curso que siguieron las actividades científicas en el país, brinda nuevas evidencias sobre el modo en que se dio el vínculo entre construcción del Estado nacional e impulso de la ciencia –y, a la inversa, por el lugar de las actividades científicas en esta construcción–, el papel de la elite política y de la sociedad civil en estos procesos, y las características que adquirieron el establecimiento y el desarrollo de ciertas disciplinas y especialidades en el país. Sobre este último punto, resulta interesante preguntarse si el papel que ocuparon las redes internacionales de trabajo científico en el desarrollo de las prácticas astronómicas locales puede ser extendido a otros campos disciplinares. Al respecto, Rieznik muestra similitudes con los viajeros naturalistas de fines del siglo XVIII –estudiados por Podgorny y Schäffner–, que actuaban

conforme a los protocolos de trabajo establecidos por sociedades científicas europeas para la recolección de plantas, animales y minerales, asegurándose de esa manera una masa de datos uniformes. En ambos casos, se trataba de áreas de conocimiento con centros muy consolidados que necesitaban extender sus redes para poder acceder al fenómeno estudiado. Cabe pensar, y algunos estudios permiten sugerirlo, que en dominios en los que este acceso no resultaba una condición necesaria para la producción de conocimiento (por caso, ciertas ramas de la física, la química y la biología) la articulación entre actividades locales y redes internacionales revistió formas completamente distintas. Con ello, la especificidad disciplinar aparecería como un aspecto clave para la comprensión de la relación entre las prácticas locales y las internacionales.

José D. Buschini
CIMECS-IdIHCS-UNLP /
CONICET

Alejandra Laera (dir.),

El brote de los géneros, vol. 3 de la Historia crítica de la literatura argentina,
dirigida por Noé Jitrik,

Buenos Aires, Emecé, 2010, 627 páginas

Una mirada transversal sobre la literatura argentina

En el prólogo al tercer volumen de la *Historia crítica de la literatura argentina*, “*El brote de los géneros*”, su directora, Alejandra Laera, establece una serie de postulados que articulan el tomo. Por un lado, propone entender la historia de la literatura argentina como un proceso y, en este contexto, la década del ‘80, el punto de partida del volumen, como una etapa sin límites precisos que de hecho se amplía aquí hacia la década de 1890 o hacia el período entre-siglos; por otro lado, asumir una perspectiva cultural sobre el campo literario, es decir, no focalizar únicamente en la producción textual sino ampliar la perspectiva hacia las múltiples prácticas que esa producción involucra. Ambos postulados apuntan a crear una *imagen de multiplicidad y heterogeneidad ligada al campo literario-cultural argentino*, sostenida a lo largo de todo el libro. Esta postura busca, entonces, romper con ciertas concepciones homogeneizadoras –y por tanto fácilmente asequibles– que han sido puestas en funcionamiento a la hora de abordar el período del ‘80 en la Argentina: ya sea que pensemos en la clásica noción de “generación” aplicada a los escritores del ‘80, o en expresiones más abiertas como “coalición cultural y literaria” (Ludmer), ya sea que pensemos

en una unificadora selección de los objetos de estudio correspondientes a esta década. Así, el volumen, en franca sintonía con la expresión *mirada transversal* que acuña su directora, es organizado de acuerdo con categorías que –como ella misma explica– “posibilitan una lectura que intenta mostrar la doble dimensión política y cultural de los fenómenos de orden literario que atraviesan las últimas décadas del siglo XIX” (p. 10): géneros, autores, instituciones, saberes y debates.

En este sentido, el libro no sólo trabaja escritores como Mansilla, Cané, Wilde, Cambaceres, Hudson, Groussac, Gutiérrez; y géneros como el memorialismo, la autobiografía, el relato de viaje, las crónicas, la prensa y la novela, sino que también entabla desafíos. Propone, por ejemplo, volver a los textos de González, Estrada y Martínez con el objeto de reconsiderar las hipótesis que hacen de la Argentina de 1880 y 1890 un período lineal y débil de constitución de programas de legitimación cultural; por eso el novedoso artículo de Fernando Degiovanni, que aborda los primeros intentos de canonización de la literatura argentina, los que, de acuerdo con su visión, apuntaron a la constitución de un canon que “debía operar como fuente de consolidación de la competencia moral y discursiva de las minorías del poder y del

saber” (p. 193). Asimismo, le otorga un lugar a la red de alianzas entre escritores, marcadas por lazos intelectuales, sociales y familiares (Fernández Bravo); a la cuestión de la lectura, “pieza decisiva en la ideología del progreso”, como la define Prieto, y de la enseñanza en este período (Batticuore); a las lecturas sobre Rosas y sus gobiernos que se llevaron a cabo durante las últimas décadas del siglo XIX (Cattaruzza y Eujanian); al engranaje entre producción discursiva y hechos históricos, políticos y económicos entre 1880 y 1900 (Rocchi). Alejandra Laera pone en escena un amplio abanico de textualidades, problemáticas y debates en red, del que ofreceré aquí tan sólo un bosquejo.

Laera elige abrir el volumen con el artículo sobre la prensa periódica y la elección de ese comienzo responde al rol que ésta tuvo en los años ‘80 como “principal administradora de los bienes culturales” y también como “pivote de un mercado incipiente en el cual las novelas populares y las novelas de la alta cultura se ponen en circulación” (p. 97). Como señala Claudia Roman, los diversos géneros, estilos y registros “se modelaron en los roces que suponía la inclusión de la literatura en el periódico” (p. 36). A este texto, le sigue el artículo de Andrea Pagni sobre los relatos de viaje a Europa.

Pagni realiza un rastreo de las obras y constata la heterogeneidad de la producción y de la recepción del relato de viaje a principios de 1880. Esta característica se relaciona también con una “demanda vinculada con la emergencia de nuevos campos de lectura” (p. 43). Reparo en estos dos primeros artículos porque considero que en ellos se ponen en juego ciertas cuestiones clave que recorren *El brote de los géneros*. Entre ellas, y para usar las palabras de Graciela Batticuore, el trípode central para abordar los procesos culturales del ‘80: lectura, público y mercado; trípode que se completa al tener en cuenta el rol de la prensa en la producción literario-cultural de este período.

Aunque hay otros modos, por cierto diversos, abordaré en esta ocasión dos ejes genéricos que están presentes en el libro y en diversos artículos: la novela y el relato de viaje. En cuanto al primero, sabemos que el ‘80 es el período de emergencia del género, lo que se explica de acuerdo con los procesos de industrialización y modernización de la prensa. Laera plantea que “en la Argentina del último cuarto del siglo XIX, la novela se vinculó por sus temas y por las formas literarias elegidas con lo que Williams y Moretti llamaron, respectivamente, ‘cambio social’ y ‘conflicto social’” (p. 116). Ante esto, es claro que la migración (Villanueva), la cuestión obrera, la relación entre enfermedad, crimen y cuestión social (Ansolabehere), o la problemática económica (Bibbó) serán realidades o situaciones propicias para la creación de proyectos de escritura de novelas.

En esta línea entra la problemática del bandidaje, trabajada aquí por Juan Pablo Dabove, quien plantea precisamente que la literatura fue en el siglo XIX el lugar donde se puso en discusión la productividad del bandido como tropo cultural. Dabove trabaja los gauchos de las novelas de Gutiérrez y, fiel a la lógica que se buscó imprimirle a este volumen, lee una y otra vez a contrapelo. De este modo, no sólo señala en qué medida la descripción que se ofrece de Moreira está desprovista de ciertos atributos cruciales ligados a la raza y a la historia, sino que también se detiene en el tipo de pampa que construye Gutiérrez, casi exclusivamente pastora. Dabove observa ese proceso de despojamiento representacional que termina haciendo del gaucho una mera “función narrativa”, definida por su posición ante la ley. Esta especie de lectura corrosiva es la que le permite afirmar que si Moreira se lee al revés el efecto que provoca cambia, es la que propone desviar el foco y mirar “desde la perspectiva de los paisanos que no peleaban por lujo, de los que nunca se beneficiaron de sus turbios compromisos [...], desde la del personaje abyecto de la novela, el Cuerudo” (p. 316). Leer al revés desprovee de heroicidad a Moreira, pero no solamente: también, y en especial, pone el énfasis en la compleja red de posiciones del sujeto, de los sujetos, de las alianzas, en la imposibilidad de entender estas novelas, estos personajes, estos procesos en función de una identidad o de un solo conflicto.

Así como Dabove se detiene en la representación de una pampa particular en el marco de

novelas que supuestamente escenifican el llamado salto modernizador, Fabio Espósito también analiza el rol del campo en las novelas de Cambaceres. Abordado desde una perspectiva urbana, como lo muestra *Sin rumbo*, Espósito nos guía hacia el tipo de estancia que elige Cambaceres. Esta vez el escenario ha cambiado, el nuevo mundo rural posee ovejas, inmigrantes, mujeres, armas de fuego y ya no desierto, frontera y cuchillos. Es precisamente debido a tal cambio que surgen los conflictos entre gauchos y patrones, relación conflictiva que se halla ausente en la tradición gauchesca, para la cual la estancia y los trabajos rurales son el paraíso perdido. Estos contrapuntos de tradiciones y de géneros son posibles gracias a las miradas transversales que ejercitan los autores, por eso Espósito puede decir que la novela de Cambaceres “transforma la alianza política entre gauchos y patrones de la gauchesca en una relación económica” (p. 288).

Los virajes se dan también en la ciudad, donde la economía perdura como promotora de transformaciones que se leen también en la ficción. Federico Bibbó trabaja las narraciones de la década de 1890 y analiza cómo las novelas de estos años no sólo convierten la crisis en el núcleo de sus tramas, sino que, “con un imperativo ético antimercantilista de la sociedad, proyectan sobre este fenómeno una visión orgánica del destino nacional” (p. 540). En este marco se crea una imagen de la ciudad relacionada con el naturalismo en boga y, por tanto, con los efectos

perturbadores que provoca el dinero. Las transformaciones sociales y urbanas, resultado de la expansión económica, generan una mirada extrañada, lo que se redimensiona al poner en juego las nuevas subjetividades. Como bien señala Bibbó, “la heterogeneidad (de clase y racial) anunciada en las novelas del ‘80 a través de la figura del advenedizo se transforma aquí con la introducción del ideologema de la mezcla” (p. 544). Claramente, este ideologema afecta la propia construcción de los textos; quizás también por eso éstas sean “novelas de la crisis”.

En una época de profunda modernización, de alta productividad, hay escritores que eligen la pérdida, no la padecen. Es el caso de Hudson. Fermín Rodríguez crea un texto sobre un escritor que convierte “lo que ya no existe o está en vías de extinción en mito de fundación de una poética” (p. 327). Hudson opta por la “perspectiva del ocio”, practicada en su viaje a la pampa, la cual supone “una crítica muda de las visiones de progreso” (p. 328). Frente a la ciudad como “foco infeccioso de antinaturalidad”, la llanura desierta y monótona que deja que los sentidos trabajen “en y con el vacío”. Una poética de lo improductivo recorre el viaje que escribe Hudson, un viaje acicateado por desvíos necesarios para la construcción de una identidad en proceso. En Hudson “la verdad de la experiencia se dice bajo el disfraz de una novela, no en el registro gris y desnudo del viaje científico, comercial o turístico” (p. 332). Si para él “no hay una percepción objetiva del mundo

compartida por todos, sino mundos posibles que coexisten, realidades paralelas entreverándose”, como sostiene Rodríguez, sólo la ficción es posible. La novela le permite viajar hacia el pasado pero también potenciar intensidades que la no ficción coartaría. Esta poética del vacío conforma lo que podríamos llamar una estética del devenir azaroso, producto del rodeo, del viaje y de la memoria que recuerda.

Pero el viaje no sólo se lee en clave novelística. Son varios los artículos que lo abordan en su especificidad. Mariano Siskind trabaja la narrativa de Groussac y señala que “sus relatos de viaje entretejen la construcción estética y sociocultural del espacio por el que viaja, y la reflexión sobre el género y sobre su propia subjetividad de viajero y escritor” (p. 377). Siskind repara en las interesantes “zonas ambiguas y contradictorias del viajero” en las que se detiene la escritura de Groussac; zonas marcadas por una mirada en permanente tensión entre la perspectiva sociológica y la impresión subjetiva.

Cristina Iglesia, por su parte, se detiene en los relatos de viaje de Wilde y sostiene que para él estos textos “no sólo no suplantán la experiencia sino que obturan y prácticamente impiden el placer del conocimiento personal del viajero futuro” (p. 250). De ahí que el de Wilde no sea un relato de viaje tradicional. En él no hay ni sensaciones de la mirada ni peso de la cultura del que mira. Su estrategia es, como describe la autora, construir un “lenguaje de rematador”, seco, despojado, con el que se propone inventariar la cultura

europea. Si, como plantea Graciela Silvestri en el exhaustivo artículo sobre la retórica del viaje a fin de siglo, lo pintoresco “permitiría articular ‘la verdad de un lugar’ con una modalidad de observación”, entonces, para retomar la lectura de Iglesia, las crónicas de Wilde sugerirían que a fines de los ‘80 un nuevo concepto de belleza se perfila.

El viaje bello, moderno, el viaje del turista burgués, el del viajero culto, el viaje pintoresco, el viaje que es regreso, el viaje por la patria, el viaje internacional. La escritura del viaje es, por definición, *reveladora*, de la patria, del yo, del nosotros, de una clase, de un tiempo. Este libro crea una suerte de retórica del movimiento, ya pensemos en Wilde y su figura de “autor en fuga” (Iglesia), ya pensemos en López, Cané o Groussac (Pagni, Pastormerlo, Siskind), ya nos detengamos en Zeballos, en Mansilla o en Ebelot (Torre, Silvestri, Contreras, Gasparini), ya reparemos en el viaje al pasado, en esa literatura de evocación que surge en los ‘80 y que declara que ahora sí existe “un pasado acumulado para interpelar” (Fontana).

Dice Fermín Rodríguez que, desde su cama, Hudson experimenta “el viaje quieto de la escritura”. *El brote de los géneros* nos permite vivenciar una experiencia similar y descubrir, una y otra vez, mediante su lectura las variadas imágenes que conforman el viaje escrito de la Argentina de fin de siglo XIX.

Loreley El Jaber
UBA / CONICET

Fabiola Orquera (ed. y coord.),
Ese ardiente Jardín de la República. Formación y desarticulación de un “campo” cultural: Tucumán, 1880-1975,
 Córdoba, Alción Editora, 2010, 452 páginas

Campeño, cuando tenga la tierra
 sucederá en el mundo
 el corazón de mi mundo,
 desde atrás, de todo el olvido
 secaré con mis lágrimas
 todo el horror de la lástima
 y por fin te veré, campeño,
 campeño, campeño, campeño,
 dueño de mirar la noche
 en que nos acostamos
 para hacer los hijos.

Ariel Petrocelli-Daniel Toro

Era una tarde gris de 2001 y en algún punto del paisaje jujeño Mercedes Sosa enfrentaba un público entre heterogéneo e indiferente. Varias banderas andinas flameaban en la discreta multitud, y era sencillo distinguir en ella a viejos seguidores de escuchas ocasionales. Ésa fue la escena en que la artista interpretó *Cuando tenga la tierra*, canción algo relegada de su repertorio en los años noventa y cuyo público fundamental (el más presto a reconocerla emotiva y enfáticamente) pareció haber ido adelgazándose desde el día después del retorno democrático, con su breve primavera de recitales populares y reencuentros. El tema fue empuñado allí nuevamente por esa voz formidable, en una suerte de arcaísmo arriesgado del que, sin duda, muy pocos más hubieran podido salir honrosamente. El recitado, con su repetición no menos

arriesgada, fue *in crescendo*, y así mientras un primer “campeño” concitó la adhesión de los incondicionales, el cuarto logró despertar lo que hasta ahí parecía inmovible. Emotiva por demás para quien pueda leerla, la escena patentiza también un final de ciclo muy anterior: sin duda, un ciclo de radicalización política seguido por una derrota inmensa que el norte argentino –y Tucumán especialmente– conocieron demasiado bien; pero también, y esto es lo fundamental aquí, un ciclo en el que fue posible que una *formación* provinciana arraigada en la tradición folklórica declarara su voluntad renovadora y diera lugar tanto a una sensible sofisticación poética y musical cuanto a la emergencia de un público nuevo. Y eso en parte fue o en parte favoreció el *nuevo cancionero*, con su vocación americana y universal, su apertura a diversos géneros y estilos y su rechazo de un folklorismo de “tarjeta postal”, al que responsabilizaba de querer hacer “del cancionero popular nativo un solemne cadáver” (tal como lo expresara en su *manifiesto* el mendocino Armando Tejada Gómez).

Entre aquellos años sesenta/setenta y 2001, sin duda, mediaba una distancia difícil de obliterar o reparar (pese al prometedor bienio 1984/1985 y como vendría a confirmar luego de aquella fecha el

protagonismo diverso de algunos de sus antiguos adherentes); y esto no sólo porque el mundo había cambiado frente a la fijeza de una poesía y una melodía sino porque también un público lo había hecho –o había muerto– con él. Y si éste es, al menos, un comienzo posible para esta reseña es porque una de las grandes virtudes de *Ese ardiente Jardín de la República* es el permitir rozar algo de aquel mundo perdido, con sus grandes músicos y poetas norteros, sus tensiones estéticas y políticas y sus episodios altos y terribles. Y esto no es poco.

Ese ardiente Jardín de la República reúne un significativo conjunto de artículos consagrados a Tucumán, sin duda una de las realidades urbanas, provinciales y regionales más densas e interesantes de nuestro país. Su tema fundamental es la cultura tucumana, considerada a lo largo de un siglo que se inicia con el auge azucarero de fines del XIX y transcurre marcado por los avatares de esa agroindustria. Dado que esta vinculación es subrayada como una de las notas más relevantes y explicativas del proceso tucumano, algo que ocurre también con el momento abierto por el Operativo Independencia en 1975, no sorprende que el libro integre algunos textos de historia económico-social y política que

complementan a los demás.¹ En su mayor número, sin embargo, los artículos abordan variadas dimensiones de la vida cultural tucumana: asociaciones y formaciones artísticas o literarias (de la Sociedad Sarmiento al grupo La Carpa), instituciones medulares en el despliegue cultural de la provincia (la Universidad, muy especialmente) o figuras de extremo interés (Manuel Castilla, Gerardo Vallejo o Mercedes Sosa).² De esta manera, transitando de las formas productivas a las representaciones territoriales, de la literatura al cine, el folklore o el teatro, el libro devuelve una imagen muy comprensiva de uno de los laboratorios sociales más interesantes del país.³ Y, aunque no esté en el centro de su propuesta, ciertamente permite vislumbrar no sólo el desigual protagonismo de cada

uno de esos órdenes en diversos momentos de la vida cultural tucumana sino también las diferentes encrucijadas territoriales que jugaron en ellos: o sea, por un lado, advertir aquellos momentos en que la fisonomía de una ciudad o una región fue indisociable del vínculo con Buenos Aires, Bolivia, Córdoba o los países europeos que proveyeron, al menos, la generación de un *exilio* y una *fuga* a su universidad; por otro lado, reconocer en el diverso alcance de cada una de las experiencias y cuestiones consideradas el cambiante lugar de Tucumán dentro de mapas (comunidades y circuitos) más vastos. Este lugar se juega a veces en el equilibrio entre campo y ciudad a escala provincial, a veces en la capacidad tucumana de proponer y consolidar un polo regional NOA, a veces en su denodada lucha por reencontrar un lugar urbano en el concierto nacional. Algo de eso se lee en el revés de la feliz entrevista a Juan Falú realizada por Orquera, en la cual, consultado sobre la comprensión capitalina, porteña, de la historia tucumana, señala: “No se entiende nada. Primero, que no se conoce el brillo de otrora. Y lo que se conoce más es el Tucumán que vota a Bussi. O el de los niños hambrientos. Entonces, no se entiende nada. Y nosotros tampoco podemos dar respuestas claras a esto. Y sobre todo, *no se entiende que la de Tucumán fue la caída más abrupta de todas*. Porque una cosa es una provincia que ya era empobrecida, y que se empobrezca más, que tenga más desocupados, como pasó en los ’90, o que acuse el cierre de las industrias que Martínez

de Hoz inició, y otra cosa es una provincia que tenía la universidad a la par de las mejores de América, orquesta sinfónica a la par de las mejores, una industria de peso, como la azucarera, a full, los talleres ferroviarios más grandes, una gran producción literaria, poética, y que en esa provincia pase lo que pasó...” (pp. 442-443, cursivas mías).

Sin duda, el carácter panorámico del libro es uno de sus mayores aciertos, no sólo porque viene a ubicarse en un cuadro historiográfico (el de la historia cultural) muy adensado en torno de la escena de Buenos Aires y necesitado de avances regionales sino, también, porque esa panorámica busca responder a una media de calidad que no siempre es sencillo garantizar en obras colectivas. Es significativa también la convivencia de artículos que tematizan figuras, motivos y productos culturales ligados tanto al mundo de la “alta cultura” cuanto al de la cultura popular, o situados en su intersección. Esta apertura, en parte favorecida por el protagonismo de la cuestión folklórica, tiene la marcada ventaja de expandir el universo de interés en términos sociales, formales y territoriales, al tiempo que reponer un tipo de diálogo muy complejo y significativo en buena parte de nuestro país entre sustratos temporales, sociedades y culturas muy diversas. Señaladas a grandes rasgos las razones que hacen de la aparición de *Ese ardiente Jardín de la República* un hecho a celebrar, apuntaré a continuación algunas de las inquietudes alentadas por sus

¹ Los textos de María Celia Bravo-Daniel Campi y Emilio Crenzel.

² Sobre la Sociedad Sarmiento, véase el artículo de Marcela Vignoli; sobre la revista *Cántico*, Castilla y el grupo La Carpa, el de Soledad Martínez Zuccardi; sobre la Universidad Nacional de Tucumán, el de Liliana Vanella; sobre el cine de Gerardo Vallejo, el de Mariano Mestman; sobre Mercedes Sosa, el Nuevo Cancionero y el folklore musical de las décadas de 1960 y 1970, los de Illa Carrillo-Rodríguez y Ricardo Kaliman. Al final del libro se reproducen también un texto de David Lagmanovich, otros de Gaspar Risco Fernández y una entrevista a Juan Falú.

³ Sobre la ambigüedad del significante *Tucumán*, véase el texto de Fabiola Orquera; sobre el impacto de los nuevos medios en la cultura de elite, el de Oscar Chamosa; sobre la fase recopiladora del folklore, el de Diego Chein. Ana María Risco analiza la Página Literaria de *La Gaceta* y Alejandra Wyngaard y Mauricio Tossi la plástica y el teatro en los años sesenta, respectivamente.

sucesivas lecturas y que hacen al libro en tanto unidad organizada en torno a ciertas claves de interpretación general.

La primera inquietud hace a un punto que el libro sortea bien aunque acaso merecería una consideración particular. Se trata de las posibilidades y riesgos de las historias *locales*, tensadas entre la legítima voluntad de hablar de espacios habitualmente poco o mal tratados y la tentación de efectuar una apología de lo local o regional frente a décadas de desatención o incompreensión. El dilema es antiguo y (dejando de lado la acumulación indiferente de textos sobre *casos*, que es un modo de eludirlo), según se resuelva, puede conducir de la justa corrección epistemológica a la reválida localista; reválida que suele adoptar el discurso de la excepcionalidad. En este sentido, y pese a considerar que lo último se salva bien, la propuesta unitaria del libro iría más allá con sólo señalar todos aquellos elementos que hacen de Tucumán una arena singular dentro de una *serie* de ciudades, provincias o regiones sometidas a situaciones al menos análogas; esa consideración *normal-excepcional* es lo que permitiría pensar comparativamente al menos Santiago del Estero, Salta y Córdoba, ciudades todas que vivieron momentos de centralidad regional, desarticulación y relocalización dentro de circuitos y comunidades más vastos y merced a instituciones (se trate de obispos, sistemas económicos o universidades), formaciones y procesos de acumulación y despojo

específicos. En este punto, la sugerente respuesta de Juan Falú puede ser leída a contrapelo: la de Tucumán fue la peor *caída* de todas en un momento preciso, datable, que sucedió a otras caídas similares. Más aun: esos auges y caídas sólo pueden leerse en forma relacional, no sólo porque la centralidad o subalternidad de Tucumán se definió respecto de otros espacios sino porque claramente su fisonomía cultural a lo largo de un siglo estuvo marcada por la heteronomía; es decir, por la actividad febril de un tucumano universitario de Buenos Aires como Juan B. Terán, un boliviano como Ricardo Jaimes Freyre, un salteño como Manuel Castilla, un italiano como Rodolfo Mondolfo o un cordobés como Alberto Burnichón.

La segunda cuestión tiene que ver con el modo en que los dos buenos artículos de Bravo-Campi y Crenzel se insertan en el proyecto general, abriendo y cerrando la serie, fijando los bordes temporales pero también ofreciendo una suerte de telón de fondo secular en lo económico, político y social. Está fuera de discusión el elevado protagonismo e interés de las cuestiones allí tratadas. Sin embargo, lo que resulta inquietante del modo en que esos textos se integran son especialmente dos cuestiones: por un lado, cuál es el tipo de *contextos* que cuentan a la hora de analizar un fenómeno de la vida cultural, es decir, en qué grado y merced a qué tipo de operaciones resulta posible restituir la trama de condiciones necesarias (y sólo ellas) de un determinado estilo, grupo,

revista, etc.⁴ Porque aunque resulte claro que hay eventos y procesos de gran capacidad estructurante, también lo es que normalmente estos sólo condicionan en forma parcial (y merced a su concurrencia con otros) la ocurrencia de cualquier hecho de cultura. La cuestión no está resuelta, pero parece importante volver a ubicarla en el horizonte, en parte para advertir las dosis de autonomía relativa de los mundos culturales y en parte (e inversamente) para complejizar el vínculo entre cultura y sociedad. Por otro lado, deslindes de ese tipo serán, confío, los que ayudarán a avanzar en un tipo de periodización específica a la historia cultural, capaz de recuperar sus propios *tempos* para, también, poner mejor de relieve sus coincidencias y desacoples (sus asincronías) con los tiempos de la política y la economía.

Finalmente, la tercera inquietud tiene que ver con la adopción de la noción de *campo cultural* como articuladora del conjunto de trabajos; un concepto que la introducción propone ejercitar de manera laxa, pero varios artículos intentan sujetar a la propuesta bourdiana, al igual que la noción de *capital simbólico*. La cuestión inquietante no es conceptual, puesto que Pierre Bourdieu ha demostrado holgadamente cuán iluminadoras pueden ser ambas

⁴ Puesto que las dos primeras inquietudes han sido tratadas en colaboración en otro sitio, me permito remitir a Ana Clarisa Agüero y Diego García, "Introducción" a *Culturas Interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Al Margen, 2011.

nociones cuando permiten reconocer un tipo de fenómenos precisamente caracterizados por su organización relacional (un conjunto de instituciones, asociaciones, formaciones en torno de las cuales se genera un tipo específico de capital, se definen ciertas posiciones, se estructuran las trayectorias posibles y se libran ciertas batallas). La inquietud es, en cierto modo, histórica, porque lo difícil es que la noción designe en sus diversas acepciones fenómenos del mismo orden. En tal sentido, mientras una acepción laxa del término permitiría circunscribir un conjunto amplio de fenómenos que van desde el sentido común a la literatura o el cine, cuando lo que interesa es el campo cultural bourdiano no sólo el universo se restringe sensiblemente a ciertas zonas de la producción simbólica sino que ciertamente aparece otro tipo de problema: que muchas de las zonas culturales que interesan sólo pueden ser reconocidas como tales merced a un *métier* específico en torno del cual, en ciertos momentos, no existen estrictos “sistemas predeterminados de posiciones”, y acaso no lo harían nunca. ¿Qué tipo de

campo cultural puede elaborarse, por ejemplo, en torno a una asociación como la Sociedad Sarmiento, crucial pero sin competidores? Sin duda, sólo uno pensado en términos muy laxos, algo decididamente diferente de lo que puede ocurrir una vez que ha aparecido la Universidad, un conjunto de formaciones y revistas, etc. A la vez, la coexistencia de esas diversas acepciones entraña otras cuestiones. Cuando Crenzel señala que el Operativo Independencia apuntó a mucho más que un foco militar rural porque su responsable inicial advertía que el peligro era lo extendido de ciertas nociones (sobre el mundo, el orden, el poder o la vida), activa una acepción antropológica de cultura. Esto, sin embargo, no equivale a decir que aquella aberración militar hubiera tenido por objetivo fundamental “[desactivar] el capital simbólico y el potencial creativo del campo cultural precedente” (“A modo de Prólogo”, p. 7), porque aunque destruyera sus instituciones, sus formaciones o llanamente la vida de sus integrantes simplemente no lo hacía merced a una especificidad de

campo (y aquí, tal vez, ni bourdiano ni de otro tipo) sino de su potencial traducción política, leída dentro de una tradición varias veces secular del pensamiento reaccionario.

Para concluir, los motivos que recomiendan la lectura de *Ese ardiente Jardín de la República* son de dos tipos. El primero, por la amplitud de su contribución, es que ofrece un significativo conjunto de trabajos cifrados en un largo siglo y en una gran variedad de dimensiones de la cultura tucumana; algo que, a más de ser temprano respecto de otras escenas provinciales, ofrece un corpus cierto a partir del cual avanzar en la dilucidación de las inquietudes señaladas, tanto por la vía comparativa cuanto por la del análisis de los contactos con otros espacios. El segundo, apuntado al comienzo, que varios de sus artículos permiten recuperar algo más que evoluciones de artes y materias, eventos o procesos; permiten acceder a un clima, a una época, irremediablemente perdidos.

Ana Clarisa Agüero
UNC

Susana V. García,

Enseñanza científica y cultura académica. La Universidad de La Plata y las ciencias naturales (1900-1930),

Rosario, Prohistoria ediciones, 2011, 314 páginas

Publicado por Prohistoria ediciones, el trabajo de Susana García titulado *Enseñanza científica y cultura académica. La Universidad de La Plata y las ciencias naturales (1900-1930)* focaliza en las primeras tres décadas de vida de esta casa de estudios y, en especial, en la cristalización de una cultura científica para la ciudad. Como señala la autora, el texto está basado en su tesis doctoral, defendida a inicios de 2004 en la Facultad de Ciencias naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata.

La autora aborda un período paradójico en la historia de la ciencia argentina. En efecto, en los trabajos realizados en materia de historia de las instituciones científicas, tales años suelen quedar en un segundo plano, tras delimitaciones a esta altura clásicas, como son las últimas décadas del siglo XIX o, por otro lado, los estudios con eje en las décadas posteriores a 1930. Aquí, los primeros años de la Universidad de La Plata dan pie a un recorte temporal que permite ver un momento especial de las instituciones científicas locales, momento de transición entre la escena de fragilidad institucional de mediados a fines de siglo XIX – tema, por lo demás, abordado en forma recurrente por la autora para las dos primeras décadas de su trabajo– y el momento de la cristalización de

una comunidad científica más nítida, a mediados del siglo XX. Son los años en que cobra vida uno de los procesos más referidos –o afamados– de dicha historia, como es la reforma del 1918, cuyos primeros pasos en el contexto platense son rastreados al promediar el texto.

El libro consta de seis capítulos, introducción y conclusiones; en los tres primeros se aborda el análisis de la creación de la Universidad de La Plata. Para ello, la autora presenta el problema de la “cuestión universitaria” a fines de siglo XIX y principios del XX –capítulo 1– como el contexto en que se inscribe la fundación de la Universidad. Tal preocupación queda incorporada a una problemática de mayor amplitud, como son las representaciones en torno al papel de la universidad en la Argentina de fines de siglo XIX. Afloran en el trabajo de Susana García preocupaciones que giraron en el medio ideológico local finisecular, y en especial en el grupo social que mayormente consumía los servicios de las tres casas de estudio –Córdoba, UBA y la flamante Universidad de La Plata– a saber, las elites sociales y culturales: ¿qué papel deben ocupar las universidades en el momento del Centenario? ¿Cómo impulsar la inscripción de un programa experimental y, en especial, como sacar a la

universidad de su papel de productora de egresados profesionales? ¿Cómo reforzar su papel moral y su papel de formadora de pensamiento crítico y científico?

Los primeros años de vida de la Universidad y en especial los problemas que ella tiene que abordar son presentados en el capítulo 2; en él se detallan las resistencias que tuvieron que abordar los directivos y los profesores de las primeras facultades de la casa de estudios, entre las que destacan el rechazo a convalidar los títulos emitidos como títulos oficiales, como también la difícil tarea de radicar un cuerpo docente en la ciudad que pudiera vencer el problema del desplazamiento desde la ciudad de Buenos Aires –lugar de residencia mayoritario de los primeros cuerpos docentes– y, más aun, que pudieran desarrollar grupos de investigación con vocación experimental. Pero la Universidad no quedaba resumida a su cuerpo docente; Susana García presenta con fluidez y claridad la llegada de un actor difícil de opacar como es el estudiantado universitario, aglutinado en clubes asociativos y centros de estudiantes. Dicho actor tendrá un papel central tanto en las protestas políticas y en el reclamo por mejoras en la vida universitaria, como en la cristalización de una cultura científica para la ciudad.

Precisamente, al calor de esas transformaciones –que van desde los primeros levantamientos estudiantiles del siglo XX ocurridos entre 1904/1905 y 1919– cristalizan en la vida de la institución procesos en danza desde mediados de siglo XIX. La Universidad de La Plata se posicionó como la “República de las Ciencias” de la flamante ciudad, en forma análoga a como sucediera en otros contextos, como es el caso de las historias de las ciencias nacionales en Europa desde el siglo XVII (Burke, 2000). La autora muestra con precisión una dialéctica que afectó a las autoridades de la casa de estudios, inmersas en aquellos debates sobre el papel de la flamante Universidad. En efecto, si ella se había planteado la necesidad de superar las limitaciones de las dos universidades existentes en territorio nacional, tal intento de superación se vio afectado por un problema común a varias instituciones –y no sólo científicas– de la época, como era la cristalización de un elite que conduciría los destinos de la nueva casa de estudios. La república de las ciencias platense –al igual que la denostada república de las ciencias de la UBA– se transformó con el correr de los años en una república de notables.

En el capítulo 3 se aborda la tarea educativa de la Universidad y la cristalización de una cultura científica. En tal sentido, la autora rescata los debates y las percepciones en torno a las mejores formas de trabajo con los estudiantes, en especial los debates sobre la obligatoriedad de la asistencia a las cátedras. Junto al carácter

obligatorio de las clases, también se discutió con intensidad el papel de formación de las habilidades de los estudiantes en materia de investigación. En tal sentido, de capital importancia en el trabajo de la autora es la mención a las contrataciones de profesores e investigadores alemanes y, en estrecha relación con ello, la adopción del tipo de seminario común en las casas de estudio alemanas de fines de siglo XIX como uno de los mecanismos privilegiados por los directivos de la Universidad platense para dar vida a la concepción de investigación y acción. Tales intentos dividían las opiniones de los alumnos y las del personal docente; mientras estos últimos buscaron cristalizar tal estilo formativo, eran los alumnos quienes denunciaban el carácter “germanófilo” de tales esfuerzos. Este punto no es menor en la historia de las ciencias argentinas: acaso esta afirmación de Susana García confronta con la ferviente adhesión de algunos grupos estudiantiles de la UBA – en especial de los alumnos de la carrera de medicina de fines de siglo XIX –, quienes sostenían una devota admiración por las universidades alemanas y “el seminario” como instancia formativa, además de por los “cursos libres”, como mecanismo de fomento de la competencia académica. En pocas palabras, los alumnos de la Universidad de La Plata daban cuenta de una respuesta original sobre la supuesta bondad inherente al tipo de entrenamiento alemán, presente en algunas instituciones científicas locales de la época.

En los tres capítulos restantes se abordan problemas relacionados en forma estrecha con la cristalización de una cultura experimental en la nueva capital provincial, como consecuencia directa de la fundación de la Universidad. Entre ellos cabe destacar la incorporación de los distintos institutos experimentales, en especial la incorporación del Instituto del Museo y la Facultad de Ciencias Naturales y el observatorio astronómico. El antiguo Museo de la ciudad fundado por el Poder Ejecutivo provincial a partir de las iniciativas de Francisco Pascacio Moreno en 1884 fue incorporado a la vida universitaria en 1906, bajo la dirección del arqueólogo y lingüista Samuel Lafone Quevedo y la vicedirección de Herrero Ducloux. Como señala la autora, el Museo cobijaría distintas actividades, entre las que destacan la enseñanza impartida a las distintas carreras cursadas, la organización de expediciones, la recolección y catalogación de material. Ciertamente, una tarea no menor del Museo fue la inscripción en redes editoriales a partir de la publicación de diversos materiales, entre los que destaca la edición de una revista del museo.

Tema de gran interés en el análisis realizado por García es el que se puede apreciar en el sexto –y último– capítulo: los debates y las estrategias desatados en el seno de la Universidad –y en especial de sus conducciones– respecto de la importancia de asegurar la cristalización de una cultura experimental, en especial de cara al problema de formar un cuerpo de docentes (y

estudiantes) interesados en ella. Para ello se creó una “Sección Pedagógica” en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales para la formación pedagógica de los futuros docentes, cuyo funcionamiento efectivo comienza en 1906, a cargo de Víctor Mercante. El ex docente de la escuela Normal de Paraná se hizo cargo de un espacio que contó con recursos para publicaciones, instrumental, locales y laboratorios. Punto de capital importancia de tal espacio fueron sus intentos (y luchas) para implementar la formación científica del profesorado de enseñanza secundaria. Este último era un título de inspiración alemana, en que el aspirante a profesor cursaba las materias de su orientación en la correspondiente facultad en ciencias. Tales intento no tardaron en desatar conflictos con las respectivas facultades, en especial por los debates desatados en torno al perfil que deberían tener los programas de estudio de dicho profesorado. Más allá de tales polémicas, la

existencia de la sección y de los debates muestra que la casa de estudios platense debatió problemas de época, entre ellos cómo asegurar el vínculo entre vida universitaria y formación en docencia.

Por varios motivos es bienvenida la presente edición del libro de Susana García; acaso cuenta entre ellos el hecho de que aborda una institución científica distinta a las clásicas universidades argentinas de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Simétrica importancia posee el hecho de que abre una agenda de problemas poco transitada hasta el momento, como es la cristalización de instituciones científicas y tecnológicas en un territorio –la provincia de Buenos Aires– atravesado por fuertes transformaciones desde 1880. Por último, no es menor el hecho de que aborde el complejo problema de la consolidación de una cultura científica y más aun experimental, en estrecha relación con la difícil –a veces urgida– cristalización de

instituciones científicas durante el período. Quien haya tenido posibilidad de realizar investigaciones empíricas sobre problemas similares en el período sabe que ése es un problema capital y que suele resultar difícil (y complejo) presentar evidencia empírica sobre tal tema, escapando a la tentación de reproducir discursos de actores clave en forma acrítica, tomadas estas voces (y percepciones) como una traducción directa de la vida histórica en cuestión. El texto de Susana García da pasos sustanciales en pos de investigar y establecer realidades históricas concretas en materia de historia de las instituciones científicas argentinas, aportando procesos y contextos de cristalización de una cultura experimental en la ciudad de La Plata en los años señalados.

Pablo Andrés Souza
Escuela de Humanidades,
UNSAM

Olga Echeverría,

Las voces del miedo: los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo xx,

Rosario, Prohistoria Ediciones, 2009, 284 páginas

Desde diferentes perspectivas, el problema de la formación de la tradición política e intelectual del nacionalismo argentino ha sido revisitado con notable frecuencia en los últimos años por la historiografía. En esa línea de estudios dedicados a explorar el sinuoso derrotero ideológico de la derecha en la Argentina, Olga Echeverría propone una indagación intensiva sobre un conjunto de intelectuales de manifiesta vocación autoritaria y antiliberal entre los inicios del siglo xx y fines de la década de 1930, operando en un doble desplazamiento teórico-metodológico respecto de las investigaciones precedentes: en primer lugar, Echeverría entiende que la especificidad del fenómeno analizado precisa de un recorte temporal ajustado a las dinámicas propias de “un determinado grupo de escritores [que] expresó una voluntad autoritaria que buscaba respuestas contundentes a sus incertidumbres, angustias y frustraciones [...]” (p. 11), sin proyectar allí los orígenes del peronismo o de otras variantes del nacionalismo, lo cual llevaría “a perder de vista la dimensión específica de esa identidad autoritaria [...]” (p. 23); en segundo lugar, la principal atención que reciben las figuras seleccionadas, visible tanto en las pormenorizadas reconstrucciones de las respectivas trayectorias sociales como también a partir del

cuidado prestado a la lógica de funcionamiento grupal, pretende insertar las prácticas de sociabilidad intelectual y política en marcos referenciales que den cuenta de las contradicciones y las contingencias propias de un conjunto de agentes de inestable grado de cohesión interna.

La opción de Echeverría por concentrarse en la “cuestión intelectual” para explicar las derivas de la construcción de una “identidad autoritaria” que aglutinaría a un grupo de escritores y pensadores de variable visibilidad en el espacio público implica un recorte sobre el universo de análisis que la propia autora fundamenta tanto a partir de las figuras seleccionadas como de la cronología propuesta. En primer lugar, el interés por dicho grupo, cuyos imprecisos límites Echeverría se encarga de evidenciar a lo largo del libro, radica en las variadas formas de sus desplazamientos en el campo intelectual argentino, desde tempranas posiciones cercanas a la más fuerte tradición liberal en el giro de siglo hasta ocupar, primero, la vanguardia del pensamiento antidemocrático a lo largo de la década de los veinte y, tras desilusionarse con la experiencia del uriburismo, revisar su postura respecto del radicalismo y de los sectores populares, avanzada la década de 1930. Producto del desencanto con un escenario político y social

estimado nefasto para el país, los interrogantes a las más inmediatas incertidumbres de ese colectivo intelectual de corte autoritario encontraron su respuesta en el combate contra el sufragio universal y en la difamación del liberalismo, solución menos fundamentalista y más contingente de lo que los analistas han precisado hasta el momento. Leopoldo Lugones, Carlos Ibarguren, Manuel Gálvez, Julio y Rodolfo Irazusta, Ernesto Palacio o Gustavo Franceschi son presentados por Echeverría, entonces, como interlocutores de debates políticos e intelectuales de diversa trascendencia cuyos horizontes antiliberales serán igualmente su marca primordial.

Los primeros cuatro capítulos del libro se articulan en torno a las diversas torsiones del pensamiento autoritario entre el “momento del centenario” y el golpe de Estado de 1930. *La experiencia trastocada*, tal el nombre de esta sección, no es otra que la vivida por un grupo de intelectuales frente a una democracia que no colmará ni sus expectativas respecto de una cultura política que exaspera las moralidades de base verticalistas que éstos asumen, ni sus ansiedades ante esa misma tradición liberal que, aunque deslegitimada, persiste como horizonte. Lugones, figura aglutinante de los sectores nacionalistas, volcado definitivamente a posiciones autoritarias una vez iniciada la

Gran Guerra y comprobada la inexorable “crisis de Occidente”, sería la figura más expectable entre quienes, como él, reclamaban una solución militar al supuesto “desborde democrático” y contra el cual no dudará en reconvertir su primera épica, relato de la epopeya nacional heredero del proyecto aún liberal del Centenario,¹ en una apología de los regímenes autoritarios. Para Echeverría, esa inclinación poética de Lugones no ocultaría su voluntad de constituirse en portavoz de un conjunto de escritores enemigos del pensamiento liberal pero, a su vez, acceder a una posición social que su capital cultural legítima tanto más que sus humildes orígenes familiares.

En contraposición a la suerte de Lugones, Echeverría presenta a la prototípica figura de Carlos Ibarguren, rescatando su menos conocida participación en los ámbitos académicos porteños de inicios de la década de 1910 y su acercamiento al reformismo social de Indalecio Gómez. La frustrada apuesta de Ibarguren por insertarse en los círculos de la elite política nacional a través de su compromiso activo en la organización de una alianza del conservadurismo con Lisandro De la Torre revela, en el análisis de Echeverría, la inoperancia que la democracia de masas aguardaba para las expectativas de ese vástago de una familia patricia salteña, cuyo antiguo linaje entiende como suficiente para legitimar sus ataques contra los defensores de una política de nuevo cuño. Así, Ibarguren,

nostálgico representante de ese mundo que la conflagración mundial venía a derrumbar, no dudará en activar sus redes familiares de contacto para renovar sus aspiraciones a integrar ese selecto grupo dirigente de la nación que, como lo pregonaba Lugones, debía reemplazar a los “internacionalistas plutocráticos” (pp. 91-93).

Como colofón de ambas entradas biográficas, Echeverría conjuga la dispar suerte de Lugones e Ibarguren a lo largo de la década de 1930 en una sutil organización que ilumina, de manera productiva, un campo intelectual que, ante la tormenta del mundo que se avecinaba, cobrará una inusitada inestabilidad.² La necesidad de una “reconstrucción antidemocrática” del país será, en términos de los intelectuales autoritarios, la bandera que levantarán contra una tradición liberal esquiva a desfallecer por completo ante los ensayos corporativistas que, sin embargo, tendrían un alcance más bien magro. Echeverría señala, con acierto, que las posiciones ocupadas y las representaciones que dichos escritores y pensadores contribuyeron a difundir en el espacio social tuvieron escaso impacto pese a su inicial potencia, dado que, si bien muchos de estos actores ocuparon lugares dominantes en el medio cultural nacional, la efímera experiencia del uriburismo no guardó la reciprocidad esperada ante los

“hombres de ideas”, quienes, como Lugones o Ibarguren, anhelaban conducir dicha reconversión hacia una solución cercana al fascismo. Luego de un pormenorizado análisis de la perspectiva “lugoniana” respecto de la soberanía popular, la autora se detiene en los veinte años que separan a *La literatura y la Gran Guerra* de *La inquietud de esta hora*, los cuales son recuperados para presentar la imagen de un Ibarguren cuyas contradicciones teóricas respecto de la solución al “caos social y la corrupción política”, se entremezclaban con una lenta maduración del rol que les cabía a las organizaciones paraestatales para combatir al liberalismo, a partir de las exploraciones que, desde los tempranos años veinte, dedicó a la interpretación del régimen rosista (pp. 183-191).

Echeverría completa el cuadro de los promotores del pensamiento autoritario en la Argentina mediante la reconstrucción de las variables intervenciones que los intelectuales católicos realizaron en la arena pública, desde posiciones tan dispares como las de Manuel Gálvez o Juan E. Carulla. Como acepta la autora, “[...] el paraguas del catolicismo fue sumamente amplio y permitió que se guarnecieran diferentes individualidades y grupos intelectuales de diferentes formaciones y aspiraciones” (p. 101), y es precisamente esa heterogeneidad la que lleva a Echeverría a optar por concentrarse en dos empresas culturales como *La Nueva República* y *Criterio*, fenómenos que ilustran las conflictivas relaciones entre una jerarquía eclesiástica celosa de

¹ María Teresa Gramuglio, “La primera épica de Lugones”, *Prismas. Revista de Historia intelectual*, N° 1, 1997.

² Tulio Halperin Donghi, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 33-45.

ciertos espacios que pretende bajo su exclusivo control y las demandas de un laicado cada vez más activo. Los “maurraianos argentinos” encontraron en el proyecto editorial de la Iglesia católica un nicho desde el cual construyeron una más que estimable posición en el espacio cultural de fines de los veinte, pero cuya cadencia estaba, según Echeverría, menos anclada en un proyecto consolidado y autonómico que en los intempestivos ritmos de la agitada coyuntura política (p. 114). La primera etapa de *Criterio*, bajo la dirección de Dell’Oro Maini, retomaría la línea del tomismo elitista de los Cursos de Cultura Católica para fundamentar sus posiciones antiliberales y antimodernas, en línea con “el creciente esfuerzo de la Iglesia por constituirse en un actor político autónomo” (p. 126). Ante esa posición, los “neo-republicanos” no vacilaron en ofrecer la alternativa de un nuevo orden para la política argentina, donde la unidad entre Iglesia y Estado, sería la “garantía de la civilización” (p. 144). La disciplina moral de la religión sumada a la fuerza del aparato estatal supondría la combinación necesaria para derrotar a esos enemigos que, desde las páginas de *La Nueva República*, Rodolfo Irazusta llamaba a eliminar.

El fracaso de las expectativas que los miembros de *La Nueva República* y de *Criterio* habían depositado en el proyecto uriburista es analizado por Echeverría en los dos capítulos que cierran el libro. En el primer caso, la frustración ocasionada por el rápido declive del proyecto corporativista abrirá nuevos caminos para Irazusta y

Palacio, que, lejos de asumirse dogmáticos respecto de sus principios, operaron una readecuación no menos veloz de sus apuestas políticas frente al descalabro de un régimen que, diagnosticaban, había perdido el rumbo de la “verdadera revolución”, de la cual se autoasumían sus legítimos custodios. Echeverría plantea aquí que, entre la visible ruptura de los hermanos Irazusta con el uriburismo y la publicación de *La Argentina y el Imperialismo Británico* en 1934, la reconsideración del pueblo como actor político fundamental estaría asociada a un giro producto de las propias vicisitudes del país, que demostraban a los neorrepblicanos que su elitismo hermético era, cuanto menos, anacrónico. La crítica a los políticos profesionales y a la elite económica argentina en clave de relación colonial acercó a los propios hermanos Irazusta y a Palacio a reconsiderar un vínculo con el radicalismo. Contrariamente, la posición de *Criterio* será mucho más orgánica respecto de la voluntad de la Iglesia católica de renunciar a organizar un partido político confesional y conseguir anudar proyectos con los futuros gobernantes. Esa propia labilidad con que *Criterio* apoyó la presidencia de Justo sería una marca indeleble de su posición política, más aun cuando Franceschi declare que un gobierno de base popular pero bajo el control paternalista y autoritario del gobierno era la salida más decorosa al problema de la democracia (p. 246). El proyecto de la nación católica, afirma Echeverría, se construyó en la correlación de fuerzas que con base en la religión el propio

autoritarismo propuso ante la amenaza de la izquierda pero, al mismo tiempo, ante el crecimiento de un nacionalismo popular que a mediados de la década de 1930 no se presentaba tan beneficioso a la mirada de Franceschi.

Como desprendimiento de una tesis de doctorado dirigida por Susana Bianchi, *Las voces del miedo* funda su principal aporte en ofrecer una lúcida reflexión sobre los vaivenes políticos y las variantes ideológicas de un grupo de intelectuales cuyo eje de articulación, sostendrá Echeverría, debe buscarse en su común inclinación antidemocrática. El esfuerzo dispuesto en este libro por pensar a estas figuras como parte de un colectivo en constante redefinición y menos como individuos atomizados aparece a la vez como un recurso tan sugerente como de compleja ejecución, especialmente cuando los derroteros de los biografiados y su producción intelectual es tan voluminosa como heterogénea. No huelga señalar la ausencia de un apartado bibliográfico en el libro, tan útil para los lectores avezados como para quienes busquen profundizar en algún apartado en especial. Igualmente, *Las voces del miedo* cumple satisfactoria y sobradamente el principal objetivo que se propone: con una organización ágil y un fuerte trabajo documental, arrojar luz sobre una zona de la investigación histórica que aún aguarda renovadas preguntas.

Ezequiel Grisendi
UNC / CONICET

Patricio Fontana,
Arlt va al cine,
Buenos Aires, Librería, 2009, 144 páginas

Gonzalo Aguilar y Emiliano Jelicié,
Borges va al cine,
Buenos Aires, Librería, 2010, 184 páginas

Arlt y Borges en el biógrafo

Arlt y Borges han sido leídos como dos modos diferentes, a veces antagónicos –depende de quién y cómo los mire– de entender la literatura.

Contemporáneos (Borges nace en 1899; Arlt, en 1900), en su nombre se resumen dos líneas poderosas que dominan, cada cual a su manera, nuestra literatura del siglo XX. Borges, descendiente de una familia tradicional argentina, pero con una abuela inglesa, se cría en una casa cuya nutrida biblioteca se transforma en su principal lugar de juegos infantiles; desde pequeño domina el inglés tan bien como el español; luego, ya más grande, escribe cuentos complejos y perfectos, que suelen conformar su trama a partir de un problema filosófico, teológico o literario. Arlt, hijo de inmigrantes pobres que manejan el castellano con dificultad, a duras penas logra transitar por el colegio primario; desde joven frecuenta las calles de la ciudad y ensaya varios oficios, entre ellos el violento oficio de escritor, en el que se destaca como pocos. Diferencias vitales, apenas esbozadas aquí, que parecen explicar esos dos modos diversos de concebir la práctica literaria.

Sin embargo, y más allá de la mayor o menor distancia en

que los coloquemos, hay un lugar donde se los puede imaginar juntos: el cine. O, en todo caso, separados apenas por algunas butacas, pero disfrutando por igual de la magia del “biógrafo”, sobre todo si el director de la película es Joseph von Stenberg, y el actor protagonista, Emil Jannings. Eso es lo que, entre otras cosas, nos enseñan *Arlt va al cine* (2009) y *Borges va al cine* (2010), los dos primeros volúmenes de una colección, dirigida por Gonzalo Aguilar, que promete nuevos trabajos sobre la aventura de ir al cine a la que se entregaron escritores y artistas como Homero Manzi, Manuel Puig, Horacio Quiroga, Victoria Ocampo o Charly García.

La colección (inspirada en *Kafka va al cine* –1996–, de Hanns Zischler) se propone, como lo explica el propio Aguilar, “arrojar una nueva luz sobre algunos escritores y artistas argentinos a través de cómo se vincularon con el mundo del cine. Las salas de cine que frecuentaron, los films que inspiraron sus historias, los actores que admiraban y sus participaciones en proyectos cinematográficos como guionistas, actores o colaboradores”.

Arlt va al cine, escrito por Patricio Fontana, inaugura la

serie de la mejor manera. Se trata de un trabajo riguroso e inteligente, que procura analizar la relación entre Arlt y el cine desde diversos aspectos. Por un lado, rastrea las marcas del cine en la literatura de Arlt, desde su primera y fundamental novela, *El juguete rabioso* (1926), hasta la última, *El amor brujo* (1932), y pasando por esa porción fundamental de su obra que conforman sus *Aguafuertes*. Lo interesante de la búsqueda es que no se limita a un exhaustivo rastreo, porque lo que Fontana descubre le permite, a su vez, ensayar una nueva lectura de una obra cuya indagación ya parecía agotada, especialmente en relación con sus textos más conocidos. Así, por ejemplo, en una mirada desatenta a ciertos detalles, el nombre de Lyda Borelli (una vieja actriz de cine mudo mencionada en *El juguete rabioso*) podría ser tomado como un simple dato de época que ayuda a contextualizar históricamente la acción de la novela. En cambio, para Fontana la mención de *la Borelli* se transforma en un dato fundamental que permite entender, entre otras cosas, la relación de Arlt con los diferentes productos de la industria cultural masiva y, en especial, su obsesiva preocupación por los efectos de

esos productos en sus consumidores.

La crítica ha señalado con abundancia y sagacidad la relación de la literatura de Arlt con la novela por entregas, relación que ya aparece trabajada en *El juguete rabioso* (como bien lo ha detectado Ricardo Piglia al analizar el *bovarismo* de su protagonista, Silvio Astier). Lo que hace Fontana –a partir de la figura de Lyda Borelli y del análisis de lo que es capaz de provocar en algunos personajes de la historia– es mostrar que ese interés de Arlt no se limita al folletín sino que también involucra otro formato análogo pero diferente, más moderno y, tal vez, poderoso, como el cine.

Esto es particularmente visible a partir de otra estrella del cinematógrafo: Rodolfo Valentino. Fontana muestra cómo Valentino y su impactante poder subyugador sobre la platea femenina genera en Arlt una reflexión sobre el cine y su capacidad de modelar imaginarios y conductas. Arlt mismo es un ejemplo de los alcances de ese poder, como lo demuestran algunas fotografías –reproducidas en el libro– en las que imita el gesto del astro ítaloamericano immortalizado en sus películas. Pero, más allá de este detalle fotográfico, lo que Fontana descubre y analiza es el fascinante vínculo entre política, moral, clases populares y mundo femenino sobre el que Arlt escribe, incitado, de algún modo, por el influjo del cine. Los besos que muestra la pantalla “naturalizan lo que la sociedad sanciona como pecado”; para Arlt el cine puede oponerse a la represión de las pasiones, y su función iluminadora, despertar más

conciencias que cualquier tratado o manifiesto revolucionario. Valentino –desafía– puede hacer más por la lucha de clases que el propio Carlos Marx.

Pero lo que Arlt *va al cine* también descubre es la materialidad misma del cinematógrafo, de todo lo que implica el hecho de *ir a ver* una película. Por el libro desfilan las salas del centro y las de los barrios, las aristocráticas y las “baratieris”. Cuando Arlt escribe sobre cine su mirada no se fija únicamente en la película, sino que se desplaza a un conjunto de detalles que van más allá de la pantalla –el diferente estado de las salas, las características del público, sus diversas reacciones, el abrigo que el biógrafo les ofrece a los desocupados– que también tienen que ver con el hecho de *ir al cine*. Fontana trabaja para reconstruir minuciosamente el contexto que permite darle un sentido más exacto a esa mirada.

Borges va al cine continúa, en sus aspectos fundamentales, el camino trazado por el libro de Fontana, que es, en realidad, el que anima la colección: es evidente aquí también el intento de recuperar la materialidad del hecho cinematográfico que atraviesa la vida del escritor, así como la voluntad de leer su obra desde la mirada sesgada y novedosa que el cine ofrece. En este sentido, puede decirse que Aguilar y Jelicié (los autores del libro) ejecutan un fino y minucioso ejercicio de crítica literaria, propiciado inicialmente por el cine, pero, al mismo tiempo, muy atento al campo específico de lo literario. Los acercamientos a “Emma Zunnz” y a “La intrusa” son un ejemplo notable de ese trabajo,

que desmenuza los avatares de su adaptación al cine, pero que también implica una novedosa lectura de los cuentos.

Ahora bien, más allá del objetivo general en común perceptible en ambos libros, el caso particular de Borges plantea algunas cuestiones que apenas aparecen vislumbradas –o ni siquiera eso– en Arlt. La primera tiene que ver con que ya existe un trabajo –clásico a esta altura– dedicado a *Borges y el cine*, que es como se titula el ensayo escrito algunas décadas atrás por Edgardo Cozarinsky. Los autores de *Borges va al cine* tienen que lidiar con este antecedente prestigioso, al que reconocen como ineludible referencia, para avanzar sobre sus pasos. Por ejemplo, en la atención puesta a la escritura de Borges como crítico de cine, y a la relación que se establece entre ciertas concepciones suyas sobre el lenguaje cinematográfico y sus hipótesis sobre el arte de la narración, desarrolladas en algunos ensayos clave o puestas directamente en práctica en sus cuentos.

Otra cuestión casi ausente en Arlt es la del escritor como parte de la industria cinematográfica. Porque si en vida de Arlt esa relación no pasó de un eventual y fallido intento (y todas las adaptaciones de sus historias al cine fueron posteriores a su muerte), en Borges, en cambio, se trató de un vínculo duradero, por momentos intenso y problemático. La indagación sobre esa zona es uno de los grandes hallazgos del libro de Aguilar y Jelicié, como lo ejemplifica el capítulo dedicado a analizar la experiencia de

Invasión (1969), película de Hugo Santiago, con argumento de Borges y Bioy Casares. Porque allí Borges ensaya casi todas las formas posibles que tiene un escritor de participar en la realización de un film. Desde el pacto inicial establecido con el director, que limitaba su aporte –junto con el de Bioy– a la entrega de un argumento, a su posterior y creciente compromiso con el proceso creativo de la película. Aquí Aguilar y Jelicí nos muestran la “entrega absoluta” de Borges a las necesidades de la filmación, que implica una escritura en permanente cambio, atenta no sólo a las sugerencias del director sino también a las reglas específicas del lenguaje cinematográfico. Lo notable es que ese *work in progress*, al que Borges se somete voluntaria y gozosamente, se asemeja bastante a su propio método compositivo a la hora de escribir cuentos.

Más allá del caso particular de *Invasión*, lo que Aguilar y Jelicí señalan muy bien es la frecuente insatisfacción de Borges con las versiones cinematográficas de sus historias. Las razones de esa insatisfacción son varias, y lo interesante de este trabajo es que muestra que no responde sólo a motivos estéticos, sino también morales. Se sabe que hay muchos Borges, algunos, a esta altura, ya bastante conocidos: el joven poeta criollista, el maduro

hacedor de cuentos, el Borges ciego, el humorista, el reaccionario, el conversador, el Borges hijo de mamá, el fracasado con las mujeres. Ahora, Aguilar y Jelicí nos muestran un nuevo Borges, inesperado: el *Borges mojigato*, que aparece en toda su dimensión por efecto del cine.

En una crítica suya a la película *El hombre y la bestia* (1941), de Víctor Fleming, basada en la célebre novela de R. L. Stevenson *Dr. Jekyll & Mr. Hyde*, Borges no sólo reflexiona sobre el arte de la adaptación y sus dificultades, sino que además sentencia, indignado con la pacata moral de Hollywood, que “la ética no abarca los hechos sexuales, si no los contaminan la traición, la codicia, o la vanidad”. Varios años después, en 1981, luego de presenciar la versión filmica de Carlos Hugo Christensen sobre su cuento “La intrusa”, se indigna ante la forma en que el director ha hecho explícita una relación de índole sexual que, según Borges, la historia ni siquiera insinúa, y llega a ponderar los beneficios de la censura que el gobierno militar de entonces rápidamente pone en práctica. Aguilar y Jelicí se meten en la polémica de la mejor manera: su análisis en detalle del cuento, el cotejo con la versión cinematográfica y la reconstrucción de las polémicas que supo provocar permiten pensar que tal vez las excesivas libertades que se habría tomado

Christensen no son tales, o no son tantas. Un modo, en definitiva, de analizar la relación más general entre cine, literatura y censura que *Borges va al cine* no desaprovecha.

Ambos libros terminan del mismo modo: un breve punto y aparte donde se informa, respectivamente, de la muerte de Arlt y de la de Borges, es decir, la muerte del escritor que va –o que ha ido– al cine. La coincidencia no parece casual y corrobora una idea ya presente desde el título: la importancia de las personas y de su experiencia de ir al cine, sólo interrumpida, en este caso, por la muerte. Pero, además, esta coincidencia final confirma la coherencia de una colección que, más allá de –y junto con– los sesgos individuales que necesariamente aporta cada autor, logra ir imponiendo un estilo propio (incluso en un texto escrito en forma conjunta como el dedicado a Borges). Un estilo que, sin abandonar el rigor de la mirada académica, busca salir del estrecho circuito de la lectura de especialistas. La calidad de la edición y el despliegue generoso de imágenes son un atractivo más para acercarse a estos libros y esperar con ansia las entregas de los capítulos sobre otras idas al cine que están por venir.

Pablo Ansolabehere
UBA / UDESA

Omar Acha,

Historia crítica de la historiografía argentina, vol. 1: *Las izquierdas en el siglo xx*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009, 383 páginas

En su *Historia crítica de la historiografía argentina* Omar Acha se propone trazar un mapa del campo historiográfico en el que se articulen las diferentes zonas, o diferentes maneras de interpretar el pasado, que han dado forma a la imaginación histórica argentina. *Las izquierdas en el siglo xx* es el primer volumen de un plan de obra que incluye también *Las historias hegemónicas y los revisionismos (1858-2010)*, y *La nueva historia en Argentina y América Latina*. En este primer volumen se aborda un objeto de estudio vasto y por momentos difícil de aprehender. Vasto, en tanto que la cultura de izquierda ha sido caudalosamente letrada, y por eso debe destacarse que el autor maneja un corpus bibliográfico de fuentes que no se restringe a las obras historiográficas, sino que también incluye otras producciones intelectuales referidas al pasado, tales como el ensayo de interpretación nacional, biografías, memorias, obras cercanas a la literatura, etc., que fueron significativas en la conformación de la imaginación histórica local. A esto se añade la dificultad de la extensa periodización abordada: desde los orígenes de cada una de las tradiciones de izquierda hasta su actualidad.

Asimismo, la historiografía de izquierdas es un objeto de estudio difícil de aprehender pues estos textos sobre el pasado tenían el objetivo explícito de funcionar como

herramientas argumentales de posicionamientos políticos. Y por lo tanto, a la hora de analizar tópicos como la Revolución de Mayo, el fenómeno del caudillismo, las montoneras, la definición sobre el carácter feudal o capitalista de la economía argentina, etc., fueron inevitables las tensiones o los virajes argumentativos. En tanto que la indagación histórica fue una vía para la comprensión política y para establecer las consecuentes prácticas que posibilitarían la transformación de esa sociedad, las diferentes coyunturas políticas alteraron los posicionamientos respecto de algunos temas y tradiciones intelectuales. La relación “dramática” entre historia y deseo político, esa encrucijada entre pasado y futuro, resulta una dimensión fundamental para comprender la especificidad de la historiografía de izquierdas. Dimensión que cruza y tensiona a las seis corrientes ideológicas analizadas por Acha.

A lo largo de sus ocho capítulos el libro indaga sobre la relación de las tradiciones políticas de izquierda con los relatos historiográficos que ellas produjeron: socialismo, anarquismo, comunismo, izquierda nacional, trotskismo y peronismo de izquierda. Además, dos sujetos merecieron capítulos aparte: José Ingenieros y Osvaldo Bayer. El autor buscó recorrer las distintas zonas de las izquierdas, con sus discusiones y coincidencias,

usando como hilo conductor las nociones de *nación* y *progreso*. El libro comienza por el socialismo, donde Juan B. Justo y Germán Avé Lallemand introdujeron las primeras apreciaciones históricas, en las que adoptaron una postura sobre el progreso vinculada al evolucionismo positivista, con una consecuente mirada despectiva a las culturas consideradas atrasadas. En relación con el tópico de la nación, el autor distingue dos líneas interpretativas que se expresaron igualmente a través del periódico *La Vanguardia*: la línea cosmopolita de Justo y Nicolás Repetto, y una línea más cercana a las preocupaciones por lo nacional de Manuel Ugarte, Alfredo Palacios y Antonio de Tomaso. Para este último grupo no existía incompatibilidad entre internacionalismo y “sano sentimiento de nacionalidad” (p. 37), por lo que el autor considera que debe descartarse que el cosmopolitismo y el antipatriotismo fueran las marcas ideológicas del socialismo. A partir de 1930 con Jacinto Oddone la historia nacional comenzó a ser un insumo para el pensamiento y la acción socialista. Pero fue José Luis Romero quien construyó una perspectiva histórica socialista sólida, que impugnó la vigencia de la dicotomía sarmientina de civilización y barbarie y el economicismo alberdiano, separándose de Américo Ghioldi, cuyo análisis

histórico se redujo a la ideología (p. 54). Por su vinculación con el Club de Cultura Socialista, los últimos textos de José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Oscar Terán son analizados como parte de esta tradición socialista, si bien establecen con ésta una relación laxa. En el caso de Aricó y Portantiero, observa Acha que la formulación del concepto de “movilidad social de una sociedad en modernización” los condujo a una licuación de los conflictos de clase como eje de cambio (p. 66). El autor concluye señalando que en la actualidad la tradición historiográfica socialista se refugia en el sistema universitario a través de “una historia de los intelectuales a veces articulada con la historia social” (p. 67).

Un capítulo aparte se dedica a la figura de Ingenieros, quien si bien se alejó tempranamente del Partido Socialista, fue el primer acuñador de un relato histórico en la izquierda argentina. Su obra histórica se embebió de concepciones biologicistas, evolucionistas y economicistas, otorgándole a la acción de las elites ilustradas el rol de motor del progreso. El progreso se produciría por medio de un cambio gradual, y serían las elites ilustradas y no los caudillos retrógrados y las masas las que impondrían las ideas emancipadoras por sobre las reaccionarias. Si bien en sus últimos años, luego de la Revolución Rusa, se produjo un cambio en las posiciones y en las acciones de Ingenieros, que se manifestó en una cantidad de textos y proyectos intelectuales destinados a la juventud, la matriz central de su pensamiento fue elitista y defensora de un progreso evolutivo. Además de

Ingenieros, y contrastando en sus ejes argumentativos centrales, la otra figura que ocupa un capítulo aparte es Bayer (cap. 8), quien formuló una historiografía “vindicadora” de los oprimidos. A raíz del análisis de sus libros *Severino Di Giovanni* y *La Patagonia rebelde* se problematiza el tópico de la violencia en la política (tópico que no es analizado en profundidad en el resto de los capítulos). Bayer resalta dentro del marco de la cultura anarquista, en la que por lo general la historia ocupó un lugar marginal. Los textos anarquistas sobre el pasado permanecieron en el plano de las intuiciones, no hubo una posición homogénea en relación con la temática de la nación y su concepción del progreso estuvo marcada por una mirada negativa y antihistoricista. Predominó la idea de que la historia debía ser vivida y no escrita, el pasado fue percibido como un espacio oscuro, una sucesión de ignominias. Y si bien la producción historiográfica se redujo a memorias e historias del propio movimiento, Acha considera que de esta tradición volátil debe rescatarse su esfuerzo por entender la historia “desde abajo”, y que tiene cierta vigencia en la actualidad, como una suerte de “guerrilla historiadora” (p. 128).

En contraste con el anarquismo, Acha observa que en el comunismo sí se produjo una “historia oficial”, o una mirada hegemónica sobre la historia que estuvo en concordancia con la línea de la dirigencia partidaria, y que si bien existieron también historiografías disidentes sólo conformaron líneas secundarias. De allí que la principal dificultad de la historia oficial comunista

fuera la de dar cuenta de las mutaciones generadas por los cambios de línea política, pues fue en esta corriente de la izquierda donde se puso de manifiesto de manera más evidente la tensión entre los desarrollos de los intelectuales y las restricciones impuestas por las estrategias políticas. Los primeros esbozos de una historia comunista surgieron en disputa con la visión histórica socialista de Justo y fue Rodolfo Ghioldi quien se encargó de brindar las directrices ideológicas. Cuando se adoptó la línea de frentes populares antifascistas, fue Aníbal Ponce quien, retomando argumentos de Ingenieros, brindó un relato histórico alineado con las posiciones liberales. Acha se detiene en el análisis de la mirada histórica de Rodolfo Puiggrós en el momento de la revista *Argumentos*, que fue un tiempo de relativa autonomía. Luego de la expulsión de Puiggrós y Astesano en 1946, el lugar de autoridad en tareas históricas volvió a recaer en Rodolfo Ghioldi; fue entonces cuando Leonardo Paso comenzó a ocupar lugares en la producción de relatos históricos de divulgación (hecho que, de acuerdo con el testimonio del propio Paso en entrevista del autor en 2001, se relacionaría con la influencia del dirigente Vittorio Codovilla). Acha centra el análisis en los distintos manuales de historia que publicó el PCA y también en la figura de Paso, en quien ve al mayor exponente de una historia comunista luego de 1955 (p. 179). La historiografía de Paso careció de tensiones en relación con la dirigencia partidaria, así como careció, entre otras cosas, de análisis de fuentes documentales. Las alternativas

(p. 185) mencionadas por Acha –León Pomer, Julio Novayo, Héctor P. Agosti y Rubens Iscaro– si bien aportaron elementos novedosos compartieron una cualidad ideológica con el socialismo: la concepción de progreso histórico, en este caso defendiendo la versión estalinista del “etapismo”. Sugiere el autor que más allá de la línea Ghioldi-Paso existieron tendencias diferentes que hablarían de cierta pluralidad de voces, pero no profundiza en ellas ya que no las considera representativas de la tradición de pensamiento analizada.

La figura representativa de la historiografía trotskista fue Milcíades Peña. También él concibió el discurso histórico como un instrumento de intervención política, y sus confrontaciones historiográficas con Nahuel Moreno se relacionaron con el posicionamiento político frente al peronismo, tal como se observa en el análisis historiográfico de Peña en relación con las montoneras, supeditado a las divergencias en torno a la estrategia del “entrismo”. Peña representa para Acha a aquel que ensayó la versión más consistente y sofisticada de un análisis de clases (p. 283), quien tendió un puente con los vencidos de la historia y es en él en quien se revelarían “las promesas del estudio marxista de la historia [...] situándolo a pesar de él en el faro de la Historia” (p. 284).

El mapa que va trazando Acha encuentra algunas dificultades cuando se dispone a delinear zonas de frontera: es allí donde se producen las mayores tensiones argumentales. Al definir las especificidades de las seis tradiciones de izquierda

hay hombres que se cruzan y se resisten a la clasificación, acontecimientos que producen saltos, idas y vueltas. Esto ocurre, por ejemplo, cuando se trata de distinguir entre las últimas dos vertientes del pensamiento de izquierda en la Argentina: la izquierda nacional y el peronismo de izquierda. De acuerdo con el autor, la izquierda nacional (Rodolfo Puiggrós y Jorge Abelardo Ramos) encontró su especificidad en la forma de vincularse con el peronismo: su apoyo al peronismo no anuló la necesidad de constituir un partido independiente que preservara el horizonte de estrategia socialista. En cambio, para el peronismo de izquierda, cuyo origen se fija en 1955, “toda exterioridad al peronismo implica una adhesión objetiva al antiperonismo” (p. 208). Esta diferencia política habría producido insistentes efectos interpretativos en los escritos históricos, en especial al analizar el tópico del caudillismo y su vínculo con las masas: la izquierda nacional consideró que eran las masas el fundamento de la acción del caudillo, mientras que el peronismo de izquierda otorgó un rol prominente al caudillo. El apoyo crítico, “desde afuera”, de la izquierda nacional se diferenció –siempre en la argumentación de Acha– de la izquierda peronista (representada por las figuras de John William Cooke, Juan José Hernández Arregui, Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde), que se caracterizó por ser la única tradición de izquierda “originariamente local” (p. 303), pues el estatus del marxismo en esta tradición fue el de un “arma ideológica

contra la derecha” o un “utensilio” (p. 303), conservando la soberanía del peronismo. La insistencia en clasificar a los autores hace perder de vista las problemáticas comunes que los ocupaban, especialmente porque luego de 1955 ese adentro y afuera del peronismo resulta más difuso, y el esquema se vuelve forzado.

Más allá de eso, debe destacarse que el libro logra analizar las ideas, los debates y a su vez los contextos y las condiciones de producción de los textos analizados, y da cuenta de las principales problemáticas de la historiografía de izquierdas, de la relación entre militancia e investigación histórica y del tema de los márgenes de autonomía de los autores respecto de sus filiaciones políticas. Pese a sus dificultades y limitaciones, la historiografía de izquierdas produjo efectos interpretativos significativos, que marcaron una agenda de temas que permitió delinear importantes debates en la Argentina del siglo xx. Acha enfrenta con éxito el desafío de aportar una base desde la cual conformar una historiografía nueva y cuestionadora, que permitirá repensar los problemas de la práctica historiográfica profesionalizada actual. Y en este sentido, uno de los mayores méritos del libro es que ilumina zonas inexploradas, pone de relieve la centralidad de ciertos debates originados en el seno de las tradiciones de izquierda y de esa manera sugiere una multiplicidad de líneas de investigación futuras.

Laura Prado Acosta
CONICET/UNQ

No es tarea fácil reseñar un libro colectivo de casi seiscientas páginas de extensión y que incluye dieciocho capítulos sobre temas de características y relevancia tan diversas como el pensamiento y la inserción universitaria de Alejandro Korn y Coroliano Alberini, por un lado, y los proyectos de investigación llevados a cabo por los profesores de educación física de la Universidad de la Plata, por otro. El objetivo del volumen, tal como lo indican los compiladores en su introducción, es reflexionar sobre el desarrollo de las profesiones desde una mirada ubicada en la convergencia de un análisis sobre la “génesis, organización, dinámica de las agencias estatales y sociabilidad de sus funcionarios” y sobre los “actores de las instituciones de enseñanza media, terciaria y universitaria” donde se forman y reproducen las “profesiones liberales” (p. 13). El volumen se ubica así dentro de una renovación que ha tenido lugar recientemente en los estudios sobre el Estado y sus elites en la Argentina. Analiza esta nueva mirada sobre el Estado desde una perspectiva interdisciplinaria y focaliza en los vínculos entre el desarrollo del mismo y el de distintos saberes y profesiones.¹ El

presente libro, que incluye contribuciones de sociólogos, antropólogos, historiadores, comunicadores sociales y otros científicos sociales, es un buen ejemplo de esta nueva tendencia. La variedad de las temáticas abordadas y de las metodologías utilizadas constituye su mérito principal.

Esta nueva mirada sobre el Estado, los saberes y las profesiones abre una serie de perspectivas que enriquecen formas de análisis más tradicionales basadas en paradigmas de naturaleza por lo general más abarcadora que explicativa. Así, frente a conceptualizaciones que veían en el Estado a una agencia más o menos monolítica, una especie de bloque uniforme que

se constituyó y modernizó de una vez y para siempre, o que era entendido como un mero epifenómeno de las relaciones sociales de dominación, los nuevos estudios sobre el Estado y sus elites lo muestran como una entidad plástica, en permanente proceso de constitución y modernización, proceso que, por otro lado, dista mucho de ser lineal. El Estado que emerge de esta mirada renovadora es además fragmentario, y estos fragmentos no siempre responden a una lógica homogénea. Por otro lado, el foco en la constitución de distintas elites y burocracia estatales ofrece una imagen más “porosa” del Estado, en el que las fronteras entre el mismo y la sociedad civil son más bien difusas y, al mismo tiempo, permite acercarse a las distintas lógicas de su funcionamiento. Concomitantemente, y esto se ve con claridad en el volumen que estoy reseñando, la institucionalización de ciertos saberes (que en muchos casos se constituyen en verdaderos “saberes de Estado”) se vincula estrechamente con los avatares del Estado. Puede hablarse de la existencia de un vínculo mutuamente constitutivo entre el desarrollo de algunas profesiones y formas de conocimiento, su institucionalización, sus mecanismos de producción y reproducción, y el Estado. El volumen centra su atención en

Un estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (desde 1880 a la actualidad), Buenos Aires, UNGS/Prometeo, 2010; Germán Soprano, “Del Estado en singular al Estado en plural. Contribución para una historia social de las agencias estatales en la Argentina”, *Cuestiones de sociología*, N° 4, Universidad Nacional de La Plata, 2007. Véase también Federico Neiburg y Mariano Plotkin (eds.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004. Sobre la primera mitad del siglo XIX, véanse los trabajos de Juan Carlos Garavaglia, “La apoteosis del Leviathan: el estado en Buenos Aires durante la primera mitad del XIX”, y “El despliegue del estado en Buenos Aires de Rosas a Mitre”, ambos en *Construir el estado, inventar la nación. El Río de la Plata, siglos XVIII-XIX*, Buenos Aires, Prometeo, 2007, entre otros.

¹ Véase, por ejemplo, Ernesto Bohoslavsky y Germán Soprano (eds.),

el papel de distintas instituciones formadoras de profesionales, tales como las escuelas comerciales, las universidades y las academias policiales y militares, en la formación de elites profesionales y estatales.

El libro abre con una introducción conceptual a cargo de los compiladores en la que se plantean las bases teóricas y metodológicas que informan los capítulos siguientes. En esta introducción, luego de reseñar los aportes teóricos considerados más relevantes, Frederic, Graciano y Soprano enfatizan los vínculos existentes entre la conformación de burocracias estatales y el desarrollo de instituciones de formación profesional. Sin embargo, los autores ofrecen algunas generalizaciones que a mi juicio se aplicarían a países como México, Chile o el Brasil, pero que requerirían la introducción de matices para el caso argentino. Así, por ejemplo, nos encontramos con afirmaciones tales como “[...] fue, sin dudas, más decisivo para el desenvolvimiento universitario del país la expansión burocrática del Estado nacional y la generación por parte de éste de nuevas competencias técnicas de acción social y económica, los que condicionaron con su propia agenda de intereses, la matriz de construcción y desarrollo de esos sistemas disciplinares de formación de especialistas y de producción de saberes en las universidades” (p. 25). No hay duda de que la expansión de las funciones estatales a partir de las últimas décadas del siglo XIX requirió de personal “experto” que en

buena medida se formaba en universidades y en otras instituciones educativas. Sin embargo, la universidad también se desarrolló con una lógica y con intereses propios del campo universitario que no siempre coincidieron con los del Estado. De hecho, intentos específicos de formar personal para cubrir puestos en la burocracia estatal, tales como cónsules, agregados comerciales, etc., no pudieron ser implementados en parte por la oposición originada dentro de las propias universidades. Lo mismo ocurrió con la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires (la primera de este tipo en América Latina) que, luego de años de idas y vueltas, fue finalmente creada en 1913, pero no llegó a cumplir (al menos hasta décadas más tarde) con las funciones que se le habían asignado originalmente en ese sentido. De la misma manera, si bien es cierto, como indican los autores, que en las décadas de 1960 y 1970 el Estado profundizó su rol en la definición de las políticas de educación superior y universitarias (p. 29), el lugar simbólico que estas instituciones ocuparon como fuente de identidades fue cambiando dramáticamente en esos años. De hecho, es difícil hablar de “la universidad”, aunque centremos nuestra atención en una sola de ellas. No es lo mismo identificarse con la “universidad de la edad de oro” (1957-1966) que hacerlo con la de 1966, y menos aun con la de 1973 o la de 1976. En la Argentina, el campo universitario ha estado profundamente contaminado por el campo político.

El libro está dividido en tres partes. La primera, “Políticas estatales, universidad y profesiones”, consta de ocho capítulos que abordan un amplio abanico de temáticas, algunas de ellas muy poco tratadas por la literatura. Los dos trabajos firmados por Germán Soprano, uno sobre el surgimiento de un grupo de ingenieros de tendencia izquierdista que desplazaron su mirada hacia el conocimiento social realizando importantes intervenciones en la esfera pública, y el segundo sobre la investigación universitaria en ciencias naturales durante el primer peronismo, son originales en su formulación. El primero sigue la trayectoria de un grupo de ingenieros que ocuparon simultáneamente el lugar de técnicos, poseedores de saberes específicos, y el de “intelectuales” preocupados por cuestiones más amplias de la sociedad y la política. El segundo cuestiona el conocimiento que ha devenido “sentido común” acerca de las relaciones entre el peronismo y la universidad durante los primeros dos gobiernos de Perón. Una línea semejante sigue María Victoria Cañete en su artículo sobre el desarrollo de las ciencias del Mar entre 1946 y 1966. Particularmente original y bien lograda me pareció la última de las contribuciones que componen esta sección: “La formación universitaria, las empresas y los centros de diseño. Intercambio de ideas e influencias entre las décadas de 1950 y 1960”, de Javier de Ponti. Se trata de una investigación que combina exitosamente un análisis de trayectorias individuales, una mirada transnacional y un

estudio institucional de distintas organizaciones estatales, universitarias y privadas. En este sentido, este artículo captura y condensa muy bien el espíritu que los compiladores quisieron darle al volumen.

La segunda parte, “Profesiones armadas: policías y militares”, está compuesta de cinco capítulos que abordan temas vinculados a la formación de personal militar y policial desde un enfoque más etnográfico que histórico. Particularmente iluminadores me resultaron los trabajos de Sabrina Calandrón sobre la constitución de la idea de feminidad dentro de la profesión policial, y el trabajo colectivo de Sabina Frederic, Germán Soprano, Analía Bracamonte, Alejo Levoratti y Marina Martínez Acosta sobre lo que podría caracterizarse como “currículum informal” en la transmisión de saberes y valores en los institutos de formación militar, trabajo que podría leerse de manera complementaria con el libro de Máximo Badaró sobre el Colegio Militar de la Nación con el que los autores dialogan constantemente.² Los textos que componen esta sección del libro, y en particular los dos mencionados, más otro de Agustina Ugoldini sobre la “artesanidad” en la formación policial de la Provincia de Santa Fe, muestran las

complejidades de la formación de las profesiones armadas, ya sea policiales o militares, y, a su vez, las importantes diferencias existentes entre ellas. En ambos casos y a pesar de los esfuerzos más o menos exitosos llevados a cabo por las autoridades políticas en los últimos años para adecuar la formación de los cuadros armados a los requerimientos de una democracia consolidada, lo cierto es que más allá de los cambios curriculares oficiales ha sobrevivido un “currículum oculto” que fundamenta las bases de una subcultura “policial” o “militar” con sus sistemas de jerarquías e identidades propias. Por otro lado, y aunque muy adecuadamente los compiladores colocan estas profesiones dentro de aquellas que representan “saberes de Estado”, se trata de saberes y profesiones muy particulares. Específicamente, en el caso de las Fuerzas Armadas se trata de formar profesionales que casi con certeza jamás podrán realizar la actividad para la que son entrenados (la guerra).

Finalmente, la tercera parte, “Configuraciones académicas y profesionales universitarias”, es la más débil del volumen, en parte debido a que los temas que tratan sus cinco contribuciones son demasiado específicos y restringidos a una sola institución (la Universidad Nacional de la Plata), lo que dificulta la elaboración de conclusiones más generales. Además del trabajo ya mencionado sobre los

profesores de educación física a cargo de Alejo Levoratti y Paula Macario, esta parte se compone de cuatro capítulos más sobre temas que van desde la formación de los economistas hasta el perfil académico de los ingenieros agrónomos, pasando por los programas de mejoras para las facultades de ingeniería. Mención aparte merece el último trabajo incluido en esta sección (y en el libro) sobre la inserción y el perfil profesional de las médicas del sistema de salud pública de La Plata. Este texto retoma el problema del género en el desarrollo de profesiones, ya presente en el capítulo sobre mujeres policías, mostrando la riqueza que un análisis de las cuestiones de género podría aportar a los temas abordados por este libro. Es de lamentar la ausencia de más capítulos que incluyan esta problemática.

En suma, *El Estado argentino y las profesiones liberales, académicas y armadas* es un libro útil, que refleja bien la renovación temática y metodológica de los estudios sobre el Estado y sus elites. Sin embargo, en su propia fortaleza está la semilla de su debilidad. La gran variedad de temas tratados, que tornan imposible siquiera mencionarlos a todos, y la ausencia de una conclusión general por parte de los compiladores, le quitan unidad y coherencia.

Mariano Plotkin
IDES / CONICET

² Máximo Badaró, *Militares o ciudadanos: la formación de los oficiales del Ejército Argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

Diego Hurtado de Mendoza,
La ciencia argentina. Un proyecto inconcluso: 1930-2000,
Buenos Aires, Edhasa, 2010, 256 páginas

La ciencia argentina. Un proyecto inconcluso: 1930-2000 presenta, según indica su autor, un panorama de la historia de las principales instituciones argentinas dedicadas a la investigación científica y al desarrollo tecnológico. Hurtado define un proceso histórico de siete décadas signado por la creación de la Asociación Argentina para el Progreso de la Ciencia (1933) y de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (1996). Con respecto al “proyecto inconcluso” cabe preguntarse si se refiere al proyecto “inconcluso” del conocimiento científico o al proyecto “inconcluso” de la política científica. En este sentido, el autor no da pistas tan contundentes, pero sí adelanta una hipótesis/conclusión, quizá la tesis fuerte de su investigación: “la debilidad crucial del sistema científico-tecnológico argentino es política e institucional”. ¿Si el proyecto de la ciencia quedó inconcluso es porque fue débil el sistema político e institucional que, a su vez, dejó inconcluso un proyecto de país desarrollado, que hubiera podido serlo gracias al desarrollo tecnológico y científico?

El libro alude entonces a la historia política de la ciencia argentina como un proyecto inconcluso. ¿Inconcluso significa fracaso, o significa algo que puede retomarse y concluirse? La vinculación de pasado, presente y futuro emerge como

la suma temporal de una historia que aporta descripción de procesos y claves de interpretación de experiencias anteriores para pensar el presente y proyectar el futuro. Entre la “lógica de lo apropiado” y la “lógica instrumental o estratégica”, categorías que Hurtado toma de Offe, el proyecto político presente pone un “ojo atrás” y otro “ojo adelante”. Hurtado subraya la necesidad de conocer la historia de las instituciones científicas para formular políticas actuales en ciencia y tecnología, pero al mismo tiempo reconoce que su libro viene a llenar un vacío historiográfico y a concientizar respecto de la importancia de realizar trabajos empíricos que repiensen e investiguen sobre ciertos mitos instalados: fuga de cerebros, desarrollo, industrialización, premios Nobel.

El libro se compone de cuatro capítulos, una Introducción y una “Síntesis y reflexiones finales”. En la Introducción, bajo el título “Sobre diagnósticos y modas académicas”, Hurtado plantea sus hipótesis fundamentales, los objetivos generales y las perspectivas de análisis, discutiendo entre diagnósticos, estados de la cuestión y marcos teóricos. Ubica la ciencia argentina en su entramado histórico cultural sin perder la referencia del contexto internacional, ya que sostiene que las políticas públicas locales son el resultado de

combinaciones heterogéneas de copia o trasplante de casos exitosos ocurridos en los países centrales (Alemania, los Estados Unidos o el Japón), o, en las últimas décadas, de Finlandia, Israel o Irlanda. La aplicación de estos modelos ahistóricos, como producto de la “afasia política”, pone al descubierto la ausencia de una política integrada entre los distintos sectores del complejo científico-tecnológico, el sector productivo y el sistema educativo. Conocer el diagnóstico no resuelve por sí solo el problema. La intervención política actual debe basarse en el conocimiento de la historia y del funcionamiento institucional y en los intereses, las ideologías y las expectativas de cada uno de sus actores para comprender los obstáculos que trabaron o impidieron la realización de determinados proyectos en el pasado. En la “Síntesis y reflexiones finales” se presentan algunas conclusiones y líneas futuras de investigación que vendrían a cubrir esta carencia de estudios de historia institucional de la ciencia.

Los capítulos refieren a ejes temáticos: 1. Una comunidad científica incipiente; 2. La ciencia como política pública; 3. Ciencia en tiempos de autoritarismos; 4. Retorno a la democracia y recuperación de las instituciones. Parecería que de manera intencional y estratégica el autor hubiera omitido en cada uno de estos

ejes temáticos su referencia temporal, quizá para señalar que las continuidades de la historia política de la ciencia superan a las rupturas del proceso político institucional. Entre 1930 y 1982 la alternancia entre gobiernos civiles y gobiernos de facto marca la cronología de la historia política. En la historia de políticas públicas de la ciencia se señalan tres períodos con un fuerte quiebre en 1966. Así, entre 1930 y 1955 aparece cierta continuidad entre la política de industrialización por sustitución de importaciones y la política pública planificada del desarrollo técnico y científico de los dos planes quinquenales. Entre 1955 y 1966 desaparece la política planificada, y entre 1966 y 1990 se ensayan algunas políticas con resultados escasos. La comunidad científica organizada desde 1934 en la AAPC muestra una continuidad en su ideología y en su accionar hasta fines de 1950. Entre la ideología de los militares industrialistas que aparecen en los treinta y apoyan el desarrollo energético para la defensa de la soberanía nacional, todavía puede alinearse entre 1976 y 1983 Castro Madero.

Las ideas centrales desarrolladas en el libro y resumidas en “Síntesis y reflexiones finales” revelan una participación activa y predominante del Estado argentino en la promoción de actividades de investigación y desarrollo, sin negar las excepciones de instituciones creadas en el sector privado, especialmente institutos biomédicos como INVAP, Biosidus.

El libro aborda el origen de la comunidad científica nucleada en la AAPC (médicos y

químicos en su mayoría) y en la AFA (físicos y matemáticos), y a los militares industrialistas desde 1930. La comunidad científica logró organizarse en la AAPC desde 1934 y crecer en visibilidad pública y en conquista de respuestas a sus demandas hasta los años sesenta, asociada estrechamente a la figura de Houssay.

Considera que el primer gobierno peronista continúa y profundiza la industrialización con el apoyo de algunos científicos y la fuerte oposición de la AAPC. Gaviola incursiona en la física experimental y desde 1945 se interesa en la energía nuclear. Pero quedará a medio camino entre los médicos y los militares industrialistas, ya que disiente con el gobierno de Perón respecto de que esta área nuclear sea de jurisdicción militar. Isnardi y Galloni coinciden en la importancia del desarrollo nuclear como oportunidad histórica para el país. La política científica del peronismo, resumida en la expresión “ciencia para el pueblo”, incluía la ciencia en la planificación económica. Los dos planes quinquenales ilustran esta práctica política cuyos resultados arrojaron en verdad un desarrollo más técnico que científico. Las razones de esta situación se deben a que la ciencia básica siguió siendo un baluarte de la AAPC y el desarrollo técnico fue asumido por el Estado planificador. La confrontación “ciencia-Estado”, si bien no fue un rasgo específico de la historia argentina, sí adquiere en el país la virulencia manifestada en la tensión peronismo-antiperonismo, que se convirtió en una lucha ideológica entre el sector hegemónico de la

comunidad científica y el Estado más los políticos, militares, gestores y sector minoritario de científicos industrialistas que bregaban por la apropiación de la legitimidad del conocimiento. El derrocamiento del peronismo en 1955 distiende este clima antagónico y crea las condiciones para que se imponga la ideología de la AAPC con la creación del CONICET en 1958, dominando las carreras biomédicas, y permitiendo que los físicos (Gaviola, en particular) demanden que la CNEA pase a manos civiles. La institución de energía atómica será el primer caso de continuidad de institucionalización y gestión entre 1955 y 1973 dependiente de la Presidencia de la Nación. Las instituciones más importantes en el área de investigación pública actuaron por fuera de las universidades, INTA (1956), INTI (1957). En 1958, la CNEA, en manos civiles, pone en marcha el primer reactor nuclear de investigación de América Latina. El grupo de Jorge Sabato desarrolla los elementos combustibles de este reactor y su *know-how* que, vendido a una empresa alemana, será la primera exportación de tecnología nuclear.

Desde la caída de Frondizi, y especialmente desde el golpe de Onganía, se refuerza la política exterior de alineamiento con los Estados Unidos, al asumir la doctrina de la seguridad nacional y la lucha contra el comunismo: la lucha contra el enemigo interno, la intervención de las universidades, la noche de los bastones largos son muestras de que la política en ciencia y

tecnología cambiaba drásticamente su rumbo y su concepción respecto de la que se había sostenido con el peronismo.

A fines de los sesenta, el conglomerado de instituciones de ciencia y tecnología presentaba una aparente coherencia, pero encerraba una fuerte debilidad: las que se dedicaban a la investigación y al desarrollo estaban fuera de la universidad y la universidad que se dedicaba a la ciencia básica estaba desconectada del sector productivo y de defensa. A esto se agrega que el CONICET, que debía haberse vinculado a las universidades, mostró en su seno dos tendencias ideológicas antagónicas que reproducían el quiebre interno de la comunidad científica: ciencia básica versus ciencia aplicada; ciencia universalista versus desarrollo económico social; libertad de investigación versus ciencia planificada.

La devastación final del sistema y la profundización de esta persecución ideológica vendrán con la dictadura de 1976. Nuevamente, los sectores espacial y nuclear sobreviven y son reimpulsados con fines industrialistas. Paradójicamente, esta política convive con la política desindustrializadora de Martínez de Hoz. El CONICET fue reorganizado y se montó sobre él una intervención administrativa dudosa y fraudulenta que jugó a favor del sector privado la transferencia de fondos públicos. El INTI y el INTA padecieron las consecuencias del terrorismo de Estado: persecuciones, desapariciones, recorte presupuestario y desregulación de importaciones que favoreció el ingreso de tecnología en

competencia con el desarrollo nacional.

En la reconstrucción del sistema científico tecnológico desde la vuelta de la democracia opera el mito de la edad de oro de la ciencia argentina: desde 1983 la ciencia intenta filiarse al desarrollismo de la universidad de 1958-1966. Pero al mismo tiempo se reconoce la necesidad de integrar industrias, universidades, áreas energéticas y desarrollo. La biotecnología, la electrónica, la aftosa y la enfermedad de Chagas aparecen entre las áreas prioritarias de la investigación, pero en verdad se heredan del gobierno militar anterior. La energía nuclear pasó a manos civiles. El INTA se orienta hacia la industrialización del campo. El balance de este período es relativamente exitoso respecto de sus objetivos iniciales dado el desfavorable contexto internacional que se tornaba hacia el neoconservadurismo y los problemas internos hiperinflacionarios.

La época menemista, en pleno contexto de globalización neoliberal, planteará una política exterior no confrontativa y en alianza con los Estados Unidos. Internamente, esto se tradujo en apertura económica, desregulación de mercados económicos y financieros, privatizaciones y apertura al capital internacional. El sector científico, además de sufrir las consecuencias del achique y ajuste del Estado, debió sobreponerse a la novedad de la política de patentes y de la propiedad intelectual, problema para el que nuestra legislación no había previsto aún respuestas. Consecuentemente,

la producción local de conocimientos científicos corría serios riesgos.

En el marco de una política exterior bautizada como “realismo periférico”, la CNEA fue desmantelada, mientras que la empresa de tecnología INVAP seguía exportando tecnología nuclear a países periféricos. En el área espacial se cancela el proyecto de misil Condor II y se crea la CONAE con el fin de pasar el área espacial a manos civiles. Esta iniciativa se incluirá en el plan “Argentina en el Espacio, 1995-2006” en colaboración con la NASA y el INVAP. Un proceso rescatable de este período es la continuidad en la colaboración nuclear entre la Argentina y el Brasil, desde 1985, con antecedentes incluso en los años sesenta.

Finalmente, la creación de la Agencia de Promoción Científica y Tecnológica en 1996 es presentada como el producto de un proceso conflictivo entre la SECYT y el CONICET. Hurtado llega a la conclusión que ya adelantó como hipótesis en la “Introducción”: las debilidades del proceso de institucionalización de las actividades de ciencia y tecnología entre 1930-2000 tienen su raíz en la condición de país semiperiférico, en tanto posee los recursos suficientes para influir en algún sector del mercado mundial de commodities, pero insuficientes como para jugar un papel de liderazgo en el sistema mundial. El libro intenta avalar la idea de que la debilidad científico-tecnológica puede entenderse como parte de una determinación estructural de dependencia cultural y económica.

Subyace en algunos pasajes del libro de Hurtado el pensamiento latinoamericano en ciencia y tecnología: Sabato es el más citado, Varsavsky apenas y Herrera en ninguna ocasión. Sin embargo, en la conclusión que acabamos de comentar resuenan las ideas de los tres: la debilidad científico-tecnológica se explica por la desarticulación entre los sectores científicos, tecnológicos, políticos y empresarios (Sabato), la integración subordinada de segmentos institucionales emergentes a nodos institucionales de países avanzados (Herrera), la dependencia tecnológica y científica como parte de la dependencia cultural y económica (Varsavsky).

Este libro representa un gran aporte para la historia de la ciencia argentina, no sólo porque llena un vacío historiográfico, como sostiene Hurtado (evidencia innegable), sino también porque representa un buen punto de partida para insistir en líneas de investigación aquí iniciadas (que pueden profundizarse o continuarse), pero fundamentalmente porque es un libro de historia de la ciencia argentina incluido en una colección de temas del siglo xx dirigida por un historiador, Juan Suriano. La coincidencia de estos hechos es poco común y por lo tanto digna de destacarse y celebrarse. El libro de Hurtado es valioso por su trabajo documental y bibliográfico, por la combinación de fuentes escritas y orales, por las preguntas que guían su investigación, porque practica una forma de hacer historia de la ciencia desde la Historia

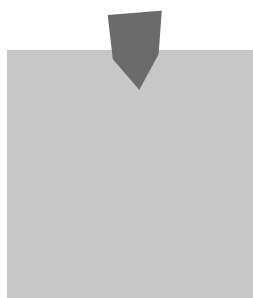
contribuyendo a su historiografía y a la legitimación de esta área de estudios. Parte de un diagnóstico y define un problema: la debilidad del sistema científico-tecnológico. Indaga diacrónica y sincrónicamente, combina la dinámica del contexto local con el internacional (dándole protagonismo al primero sin perder referencia del segundo). Más que abusar del uso foráneo de marcos teóricos inapropiados (valga como ejemplo su reflexión sobre el constructivismo anglosajón en historia de la ciencia) apela a un trabajo empírico que recopila abundante información para presentar un ameno relato en los cuatro capítulos, cuyas claves interpretativas deben buscarse fundamentalmente en la “Introducción” y en las “Reflexiones finales”. Allí se deja entrever un marco teórico o algunas herramientas conceptuales para investigar la historia política de la ciencia argentina. La lógica de la ciencia y la lógica de la historia convergen en las preguntas y en los problemas del historiador de la ciencia: la ciencia como una práctica y como una ideología, inserta en su proceso político e histórico, articulando diacronías y sincronías, comprendiendo la simultaneidad de los procesos científicos y culturales (locales e internacionales) en la concreción y realización de sus propias duraciones y ritmos históricos de la historia argentina. Por eso qué ciencia/tecnología se busca, a quién beneficia y quién la financia son preguntas que los historiadores de la ciencia debemos plantearnos para entender los intereses internos y externos de la comunidad científica y de la sociedad en su

dinámica política, desnaturalizar las imágenes de la ciencia como conocimiento universal y neutral y considerar a la ciencia y a la tecnología como prácticas asociadas a intereses y valores propios de una cosmovisión histórico-cultural. No es la ciencia, no es la industria, no es el agro, no es la energía, sino la articulación de estos elementos en una política diseñada para un modelo de país culturalmente sostenido.

La ciencia argentina es un proyecto inconcluso entre 1930 y 2000: un sistema de ciencia y tecnología no integrado ni racionalmente organizado impide que el conocimiento se desarrolle con fines, utilidad y aplicación a las necesidades sociales del país. La debilidad de la ciencia inconclusa (¿ruptura, postergación, resistencia silenciosa?) se explica por la dependencia cultural. La discontinuidad de la historia argentina asociada a una refundación cultural e ideológica, que miraba al futuro negando la herencia del pasado (o que mirando a los países desarrollados negaba la realidad local) denotan además de una “afasia política”, como sostiene Hurtado, una “afasia cultural”. La ruptura que cada gobierno civil o militar intentó refundar negó la continuidad de un pasado que, de todos modos, siguió presente, vivo, a veces silencioso, pero resistiendo. Como un efecto de arrastre que, aunque se omita en el discurso, se escabulle en el devenir y en la dinámica de los tiempos históricos.

Sandra Sauro
UBA

Fichas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 15 / 2011

La sección Fichas se propone relevar del modo más exhaustivo posible la producción bibliográfica en el campo de la historia intelectual. Guía de novedades editoriales del último año, se intentará abrir crecientemente a la producción editorial de los diversos países latinoamericanos, por lo general de tan difícil acceso. Así, esta sección se suma como complemento y, al mismo tiempo, base de alimentación de la sección Reseñas, ya que de las fichas sale una parte de los libros a ser reseñados en los próximos números.

Las fichas son realizadas por Martín Bergel (M. B.) y Ricardo Martínez Mazzola (R. M. M.), que han contado en este número con la colaboración de Ana Clarisa Agüero (A. A.), Silvina Cormick (S. C.) y Laura Ehrlich (L. E.).

Quentin Skinner,
Hobbes y la libertad republicana,
Buenos Aires, Universidad de
Quilmes/Prometeo, 192 páginas

Aunque más célebre por sus intervenciones en clave teórica y metodológica, Quentin Skinner ha dedicado buena parte de su vida al estudio de los escritos de Thomas Hobbes. Es en esa línea de indagación que se inscribe el presente libro, nacido como “derivación” de un curso que este famoso profesor de Cambridge dictara en la Universidad de Oxford en 2002-2003. El autor señala que aunque el título del seminario era “libertad, representación y revolución, 1603-1651”, para el libro había decidido concentrarse en las cuestiones relativas a la libertad.

Skinner comienza su recorrido retomando los argumentos de su *Reason and rhetoric in the philosophy of Hobbes* y subrayando la formación humanista y retórica del joven Hobbes. Recuerda a continuación que es en el marco de una sociedad inglesa en camino a la guerra civil que Hobbes, quien estaba ya cuestionando esa formación en pos de una perspectiva científica de matriz físico-matemática, pasa a centrar su reflexión en el terreno político. Así, señala que de los tres elementos que pensaba abordar –cuerpo, hombre, ciudadano– es el tercero el que ocupa el lugar central en *The elements of Law, Natural and Politique* y en *De Cive*. Siguiendo lo planteado en sus textos teóricos y metodológicos, analiza esos textos como intervenciones producidas en una situación

política e intelectual muy precisamente fechada, y es en referencia a tal situación que busca dar cuenta de los modos en que son pensados conceptos como libertad natural o pacto.

Es también en esa clave que Skinner propone leer *Leviathan*. El punto de partida es la polémica que Hobbes mantenía con sus adversarios, y en particular con los “escritores demócratas”, enamorados de las historias y la filosofía de griegos y romanos, quienes afirmaban que el hombre no podía ser libre sino en un “estado libre”, lo que excluía a las monarquías. A ellos respondería extendiendo tanto la noción de “hombre libre” –la que remite a todo aquel que no encuentre obstáculos físicos para su acción–, como la de “estado libre” –en la que se incluyen aun las monarquías absolutas–. Sería tal ampliación la que, paradójicamente, permitiría leer al *Leviathan* como una obra conciliadora, en la que Hobbes no sólo justificaba a los antiguos monárquicos que se habían sometido a la triunfante República sino – como dejan ver las imágenes que acompañan la cuidada edición castellana– tornaba manifiesta su distancia con aquellos que seguían resistiendo en nombre del derecho divino de los reyes. En realidad, concluye Skinner, esos gestos conciliadores eran consistentes con la operación emprendida por Hobbes: partir de las premisas de sus adversarios demócratas para, a través de la redefinición del concepto de libertad, extraer de ellas conclusiones diferentes.

R. M. M.

Carl E. Schorske,
La Viena de fin de siglo. Política y cultura,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2011,
376 páginas

Siglo XXI ha concretado una nueva edición de un texto fundamental de la historia cultural contemporánea: *La Viena de fin de siglo*, de Carl Schorske, cuya primera versión en español (*Viena fin-de-siècle. Política y cultura*, Gustavo Gili, 1981) llevaba varios años agotada a pesar de su enorme impacto.

Marcada por el deseo de evaluar la génesis de una *conciencia cultural moderna* volcada de espaldas a la historia, la investigación que el libro expone tuvo lugar entre las décadas de 1950 y 1960, contrariando en su voluntad unitaria tanto el proceso de especialización de las ciencias sociales norteamericanas que era su primer contexto intelectual cuanto la retracción histórica que lo gobernaba. Haciendo de la Viena finisecular su unidad de análisis (razón de la especial trascendencia del libro para la historia cultural urbana), Schorske considera conjuntamente una serie de desarrollos culturales de muy diverso tipo, grados de codificación y publicidad. La arquitectura y el urbanismo vieneses (capítulo 2) son evaluados así simultáneamente con el psicoanálisis (capítulo 4), la pintura (capítulos 5 y 7), la música (capítulo 7), la política (capítulo 3) o la literatura (capítulos 1 y 6); territorios todos habitados por grandes personajes (de A. Schnitzler a O. Kokoschka, de

S. Freud a C. Sitte, G. Klimt o A. Schoenberg) y cuya profunda innovación finisecular enraizaría en la crisis del corto ciclo liberal y la cultura a la vez racionalista e historicista en que esos personajes se habían formado. Puesto que se propone que esta crisis constituyó la matriz de una profunda transformación, operada dentro de una élite muy integrada y una cultura peculiarmente tensada entre provincianismo y cosmopolitismo, política y “reorganización del yo” articulan transversalmente el recorrido por esas diversas parcelas culturales, exponiendo la ordenación liberal de la *Ringstrasse* y sus contestaciones, la fuga al mundo del inconsciente o la “explosión” expresionista. El cuadro de conjunto es vívido y fascinante, al tiempo que Schorske avanza con paso seguro sobre las complejidades formales involucradas en cada una de aquellas artes. Las figuras de “urdimbre” y “trama” propuestas por el autor condensan así tanto una hipótesis de método cuanto un esfuerzo historiográfico preciso: considerar la evolución particular de las distintas ramas de la actividad cultural (mirada diacrónica pero avisada sobre sus requisitos formales) y evaluar su convivencia histórica en un momento dado como modo de sustraer de la sincronía “patrones culturales unificadores”.

A. A.

Eric Hobsbawm,
*Cómo cambiar el mundo,
Marx y el marxismo 1840-2011*,
Buenos Aires, Crítica, 2011,
490 páginas

Desde hace décadas, y paralelamente a sus más conocidos trabajos de historia social, Eric Hobsbawm ha venido publicando una serie de trabajos acerca de la obra de Marx y la historia del marxismo. *Cómo cambiar el mundo...* reúne dieciséis de esos trabajos, entre ellos seis de los capítulos que Hobsbawm escribiera para la monumental *Storia del marxismo* que editó la editorial Einaudi.

Dejando ver que su empresa intelectual tiene también mucho de apuesta política, la compilación se abre con un breve artículo titulado “Marx hoy”, orientado a subrayar que, más allá del fracaso de muchas de las construcciones políticas emprendidas por los marxistas, las preguntas de Marx mantienen su vigencia. Esa introducción en clave política abre la primera parte del libro, titulada *Marx y Engels*, en la que se combinan trabajos dedicados a analizar algunas dimensiones de la obra de estos autores, con los prólogos que Hobsbawm escribiera para ediciones inglesas – del *Manifiesto Comunista*, de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, de los *Grundrisse* y de *Formaciones económicas precapitalistas* –, y con un artículo dedicado a dar cuenta de las “vicisitudes”, en particular del desigual ritmo de publicación, de las obras de Marx y Engels.

La segunda parte del libro, titulada *Marxismo*, se propone

reconstruir los caminos del marxismo entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XXI. El ambicioso recorrido presenta una organización cronológica que, sin embargo, es interrumpida por dos textos – los únicos referidos a un autor con nombre y apellido – dedicados a Antonio Gramsci y a la recepción de la obra gramsciana en el pensamiento marxista posterior. Hobsbawm parece así destacar que esa obra, producida en la “era del antifascismo”, abre algunos de los caminos del marxismo de posguerra, destacando en particular su productividad en la renovación de la historiografía y de los estudios sobre la cultura popular. Antes de cerrar el libro Hobsbawm da cuenta de un momento oscuro, los años que van de 1983 al 2000, momento al que, jugando con la terminología económica, denomina de “recesión” del marxismo, una recesión que, considera, parece alcanzarlo no sólo en el nivel político sino también en el intelectual. Y sin embargo, parece celebrar el viejo militante en el artículo que cierra la compilación, el nuevo siglo, que se abre con una profunda crisis del capitalismo, parece operar como una invitación a volver a abordar la obra de Marx, su principal crítico.

R. M. M.

Michel Winock,
El siglo de los intelectuales,
Barcelona, Edhasa, 2010,
1056 páginas

El siglo de los intelectuales, de Michel Winock, no pretende ser un estudio de historia de las ideas ni de las producciones culturales aun cuando ambas dimensiones estén presentes en la obra. Su objetivo reside, en cambio, en reconstruir la historia de los intelectuales a partir de los combates políticos que enfrentaron a los hombres de letras y definieron sus posicionamientos en el campo intelectual. Centrada geográficamente en la Francia del siglo xx, la obra busca responder, a su vez, a preguntas más generales acerca de qué es un intelectual, cuál es su misión y, en particular, cuál es su situación en nuestra sociedad contemporánea. Si ha dejado de ser ya el oráculo de la sociedad, ¿tiene aún algún papel que cumplir?

La revisión de la historia de los intelectuales *franceses* –sólo a ellos refiere el trabajo– y sus embates se halla organizada en torno a tres figuras centrales que son para el historiador representativas de tres momentos específicos de esa genealogía que se propone narrar: Maurice Barrés, André Gide y Jean-Paul Sartre. Cada uno de ellos despertó pasiones entre sus contemporáneos y ejerció su influencia por generaciones. “Los años Barrés” abarcan desde el caso Dreyfus hasta la Gran Guerra, “los años Gide” cubren el período de entreguerras y “los años Sartre” comienzan con la Liberación y concluyen con el “fin del mito revolucionario”.

A través de estos tres estadios y sobre la base de una minuciosa recomposición de las distintas batallas en las que los hombres de letras franceses se implicaron a lo largo del siglo xx, Winock hilvana un relato acerca de la progresiva polarización que experimentó ese campo intelectual, en el que las oposiciones políticas se impusieron ya no sólo sobre las afinidades y los vínculos personales sino también sobre los criterios literarios. Su análisis sobre los enfrentamientos del campo literario y el posicionamiento de los intelectuales recupera los aportes realizados por Pierre Bourdieu en la materia, pero, al mismo tiempo, busca diferenciar su propuesta al apostar por la contingencia y la dimensión subjetiva como claves explicativas del compromiso de los intelectuales. Éste es para el autor “fruto de una pluralidad de causas en que pueden coexistir, en la misma persona, lo sublime y la vanidad, el valor y la codicia, la necesidad de creer y la voluntad de poder”. Esta premisa subtiende a la totalidad de la obra y otorga significación al lugar que en ella ocupa la biografía como punto de partida para ubicar los embates y la toma de posición de los intelectuales.

La reciente traducción de *El siglo de los intelectuales* se une a la ya realizada de *Las voces de la libertad: intelectuales y compromiso en la Francia del siglo xix* para ofrecer al público de lengua castellana dos obras centrales de este historiador francés.

S. C.

Fermín Rodríguez,
Un desierto para la nación.
La escritura del vacío,
Buenos Aires, Eterna Cadencia,
2010, 416 páginas

En *Un desierto para la nación* Fermín Rodríguez se propone releer los “libros del desierto”: un conjunto de textos que forjaron la imagen de la pampa como el espacio vacío que, como señalara Halperin Donghi, a la vez obliga a empezar de cero y habilita todos los proyectos constructivos.

En la primera parte del recorrido, Rodríguez da cuenta de cómo se construyó esa imagen de vacío. Luego del punto cero señalado por la llegada de Solís, el autor analiza los relatos de Humboldt o Darwin, en busca de aquello que encontraron en la llanura: el alemán la fuerza catastrófica del espacio, el inglés la lenta y persistente eficacia del tiempo. A los naturalistas extranjeros sigue una figura excéntrica –Hudson, naturalista y escritor, extranjero y argentino– y a ellos, dos argentinos, el “perito” Moreno y Ameghino, creador de la más ambiciosa ficción de origen: la que situaba el origen del hombre en la pampa argentina. Pero no sólo los científicos fueron creadores de ficciones; Rodríguez da cuenta de las imágenes acuñadas por “viajeros comerciales” como Bond Head, D’Orbigny o Mc Cann, enfrentados a la difícil tarea de dar cuenta de la monótona y confusa experiencia de la pampa. Si el texto está punteado por *desvíos* que reconstruyen los ecos del siglo xix en la literatura

contemporánea, y en particular en la de Aira y Saer, aquí el *desvío* conecta con Verne y *Los hijos del capitán Grant*, una novela en la que la confusión y el vacío de la pampa ocupan un lugar central. Luego de los apartados ligados a distintos nombres, la primera parte se cierra con interludio que remite al baqueano, aquél capaz de encontrar sentido y guiarse en ese lugar en que los otros sólo encuentran vacío y confusión.

La segunda parte del libro reconstruye los esfuerzos por poblar el desierto que se había postulado. A Echeverría –el de *La Cautiva*, que no el del *Dogma*– lo siguen Rosas, que lleva a la ciudad el gobierno de la estancia, y Sarmiento, que busca detener la fuerza del nomadismo de la campaña, figuras a las que Rodríguez hace dialogar con Jackson Turner y su “teoría de la frontera”. Este *desvío* abre el giro final del libro: luego de un capítulo que describe la vida en esa frontera –y en el que Hernández se cruza con Gamerro y Agamben, y Mansilla con Saer y Aira– el recorrido se cierra con las campañas que conquistarán el desierto: la defensiva pergeñada por Alsina y narrada por Ébélot, y la “solución final” encabezada por Roca y cantada por Zeballos. Las tierras ganadas al gaucho, explica el Epílogo, se transforman en “campo argentino”, un campo que a la vez sufre una especulación inmobiliaria y una “inflación interpretativa” que lo sacraliza como lugar de lo puro, de lo argentino.

R. M. M.

Paula Alonso,
Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX, Buenos Aires, Edhasa, 2010, 390 páginas

El Partido Autonomista Nacional (PAN) ocupó el lugar central en la política argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Sin embargo, esta fuerza ha recibido escasa atención por parte de la historiografía, al punto que puede decirse que el de Alonso es el primer libro dedicado específicamente a abordarlo. A lo largo de un arco temporal que va de fines de los años 1970 a comienzos de los de 1990, la autora analiza el proceso en el que –ya fuera a través de mecanismos institucionales, ya a través de contactos informales– los dirigentes del PAN, y en particular su líder Julio A. Roca, fueron articulando una estrecha red que ligaba a diferentes elites provinciales.

Pero el trabajo de Alonso no se limita a reconstruir la trama de acuerdos que daba al PAN su predominio, sino que bucea también –y de allí la segunda parte del título– en los lenguajes políticos con los que su poder era legitimado. En diálogo con *Entre la revolución y las urnas...*, libro que dedicara al primer radicalismo, Alonso muestra cómo las páginas del órgano del roquismo, *La Tribuna Nacional*, presentaban al ‘80, momento de triunfo del PAN, como el umbral de una era de progreso, primero económico, y luego político y moral. Analiza

también las respuestas que recibió este discurso por parte de la oposición: desde el mitrismo expresado en *La Nación* se discutía tanto la interpretación de la historia como la primacía que se daba a lo económico sobre lo institucional; desde el autonomismo de *El Nacional* se denunciaba que el Estado nacional sojuzgaba a las provincias. Las críticas no hicieron mella en un Roca que mantuvo el control del poder político y colocó a Miguel Juárez Celman como sucesor, un sucesor que pronto intentó construir su propia base de sustentación. Manteniendo el equilibrio entre la historia política y la historia intelectual, Alonso reconstruye tanto las operaciones con que Juárez Celman fue desplazando a sus adversarios, como el discurso con que, a través del diario *Sud-América*, buscó legitimar su liderazgo.

Como es sabido, la apuesta de Juárez fue derrotada en el ‘90, pero antes de consolidar su poder en el PAN, Roca tuvo que enfrentar otra amenaza, la de los modernistas encabezados por Roque Sáenz Peña y el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Julio Costa. El trabajo de Alonso se cierra reconstruyendo cómo esas disputas se plasmaron en el terreno de las legitimaciones, arena en la que a *El Nacional*, devenido órgano modernista, se contraponían *La Nación* y el roquista *Tribuna*.

R. M. M.

Ana Clarisa Agüero
y Diego García (eds.),
*Culturas interiores. Córdoba
en la geografía nacional
e internacional de la cultura*,
La Plata, Al Margen, 2010,
256 páginas

Resulta poco frecuente en el actual panorama de las humanidades en la Argentina la publicación de textos que, como el que ahora editan Ana Clarisa Agüero y Diego García, asuman un carácter de verdadera intervención dentro de los modos de ejercitar la disciplina o la subdisciplina en la que se inscriben. En efecto, los autores buscan en este libro no solamente “trazar una nueva cartografía de la historia de la cultura de Córdoba” –como señala Gustavo Sorá en el prólogo–, sino proponer un nuevo enfoque para el estudio de las culturas urbanas regionales (o a priori periféricas respecto de los polos de mayor desarrollo). De allí que el corazón del volumen se encuentre en el penetrante texto de introducción de carácter programático a cargo de los editores. En él, por un lado, se desmontan críticamente los supuestos que informaron la historiografía de los intelectuales, la cultura y las artes en Córdoba: el acento localista que ha orientado las aproximaciones a experiencias pensadas como singularidades culturales autogeneradas (o, en su reverso complementario, fecundadas enteramente desde el exterior); la dáda modernidad/tradición que, esencializada y reductora, por extensión ha servido para reenviar a uno de los dos campos (por lo general al

segundo), sin beneficio de reposición de contextos, a las circunstancias y actores concretos que concurren en todo hecho cultural puntual. Y, por otro lado, se delinea una propuesta alternativa que, retomando creativamente la preocupación por la dimensión espacial del acontecer histórico promovido por autores de varias tradiciones disciplinares, y muy subrayadamente por Fernand Braudel, coloca en su centro la perspectiva de la circulación y los contactos culturales. El resto del libro ofrece nueve contribuciones que se ubican, con mayor o menor énfasis, al abrigo de este enfoque. Así, por caso, Ezequiel Grisendi reconstruye el contexto institucional y los recursos y las redes nacionales e internacionales que permitieron a Enrique Martínez Paz impulsar un primer desarrollo de la sociología en Córdoba a comienzos del siglo XX; o, de un modo similar, Diego García descompone los diversos materiales locales, nacionales e internacionales que confluyeron y dieron tonalidad distintiva a la renovación historiográfica cordobesa de las décadas de 1950 y 1960. De conjunto, si los diversos episodios que son examinados ponen de manifiesto la efectiva riqueza de la historia cultural de Córdoba, ello se debe, antes que a cualquier propensión natural a las artes o al pensamiento, a su lugar de posta y cruce de procesos económicos, sociales y por fin culturales, y a la regurgitación de un imaginario sobre esa riqueza que movilizó nuevos recursos y propició renovados contactos.

M. B.

Pablo Vallejo,
*Bernardo Canal Feijóo
en la historia del psicoanálisis
en Argentina*,
Tucumán, Universidad
Nacional de Tucumán, 2010,
280 páginas

El libro de Pablo Vallejo, que recoge el resultado de su tesis de doctorado, reconstruye un nudo de la historia intelectual argentina que permanecía desatendido. A partir de un examen de las obras dedicadas por Bernardo Canal Feijóo al folklore y a las leyendas populares de su Santiago del Estero natal, el objeto de esta investigación es echar luz sobre un capítulo de la recepción de las ideas de Freud en la Argentina. Se trata del uso laxo y creativo que Canal Feijóo hizo de textos del padre del psicoanálisis enfocados a problemas culturales, fundamentalmente *Tótem y Tabú*, en sus indagaciones de la cultura popular regional. Para hacerlo, Vallejo reconstruye las diversas dimensiones de la trama híbrida que concurren en ese fenómeno de recepción: la biografía intelectual de Canal Feijóo y las posibles fuentes y conexiones que subtienden sus lecturas del dispositivo freudiano, en contacto con los espacios y las figuras que lo visitaron en la Argentina del período; algunos debates internacionales, fundamentalmente franceses, que se desarrollaron a propósito de la avanzada psicoanalítica sobre terreno sociocultural; y, como prolongación de ello, las discusiones en torno al freudismo en el campo de la antropología. Ése es el marco intelectual en el que tiene lugar

la intervención de Canal Feijóo, que en su estudios de tema folklórico –en especial en el dedicado a inspeccionar la llamada leyenda del Kakuy– inaugura una zona de relaciones entre antropología y psicoanálisis que revela una poco conocida vía de recepción de Freud en la Argentina. Esa puesta en contacto entre ambas disciplinas supuso una serie de problemas teóricos que reciben la consideración de Vallejo, y que se derivan principalmente de la tensión entre los predicados universales del discurso psicoanalítico y la atención a las especificidades culturales promovida por la antropología. En definitiva, a partir del caso sobre el que se concentra, este estudio ofrece una contribución a áreas de la historia intelectual y cultural que se encuentran actualmente en desarrollo, de la historia de la conformación y la institucionalización de las disciplinas humanísticas y sociales a las nuevas miradas sobre intelectuales y culturas regionales en procesos de modernización.

M. B.

Flavia Fiorucci,
Intelectuales y peronismo. 1945-1955,
Buenos Aires, Biblos, 2011,
226 páginas

El tema del divorcio entre los intelectuales y el peronismo en la década posterior al '45, ha devenido un tópico del imaginario público e historiográfico. Fiorucci propone trascenderlo a partir de una mirada más sistemática y menos mitológica de esa relación. Su enfoque incorpora, en ese sentido, la “voz del Estado”, es decir, la de la burocracia encargada de definir la política cultural oficial. En ésta, el texto descubre, en vez de una homogénea vocación represiva, el carácter contradictorio, discontinuo y, por lo demás, escasamente eficaz de la gestión peronista hacia el mundo de los intelectuales. A un primer período de intentos de cooptación mezclados con avances sobre la autonomía del “campo”, cuando se crea la Subsecretaría de Cultura, le sigue una segunda fase de mayor censura y represión sobre la vida cultural y sus actores. Otra clave interpretativa en este plano apunta a que la propuesta de democratización cultural del peronismo tenía poco de “nacional y popular”, en el sentido romántico de la expresión. Por el contrario, la propuesta de una “cultura metropolitana para el pueblo” –nombre con el que Fiorucci sintetiza el proyecto democratizador peronista en el área– respetaba las jerarquías culturales establecidas, privilegiaba la cultura urbana como foco de ilustración del interior y comprometía,

fundamentalmente, el más liberal de los proyectos: educar al soberano.

Otra de las tesis fuertes del libro es la que postula que entre el momento de gran *compromiso* público de los escritores en los años treinta y cuarenta, y la ulterior politización del intelectual durante la década larga de 1960, el período peronista aparece como un *impasse*, un momento de ralentización, en el que al contrario de lo afirmado por los intelectuales antiperonistas después del '55, en lugar de una oposición heroica primaron, entonces, las medias palabras, la resistencia silenciosa y la ausencia de pronunciamientos públicos contra el peronismo, en aras de la supervivencia institucional. Las prácticas y las representaciones de los intelectuales son reconstruidas a través del seguimiento de las dos asociaciones de escritores en que quedó dividido ese “campo”, la SADE, de los antiperonistas, y la ADEA, que agrupaba a los simpatizantes del nuevo gobierno. También se recurre al estudio de un conjunto de revistas culturales para relevar, en el caso de *Sur*, *Expresión*, *Realidad*, *Liberalis*, *Imago Mundi* y *Contorno*, las “lecturas en clave” que los intelectuales antiperonistas construyeron del peronismo *en el mismo momento* de su desarrollo. En el caso de *Hechos e Ideas*, la publicación es analizada, en tanto proyecto cultural del “nacionalismo popular”, para auscultar la representación que de su papel en el peronismo tenían sus intelectuales, más relevante por cierto de lo que el poder les deparó.

L. E.

Vera Carnovale,
*Los Combatientes. Historia del
PRT-ERP*,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2011,
320 páginas

Dentro del abigarrado campo de investigación que en los últimos años ha acometido el examen del pasado argentino reciente, y dentro de él de las organizaciones guerrilleras de los años '60 y '70, el estudio de Vera Carnovale sobre la historia del PRT-ERP está llamado a ocupar un lugar de relieve. Fruto de una prolongada pesquisa de más de una década que se asienta tanto en una puntillosa revisión de la documentación partidaria como en un extenso trabajo de historia oral –una técnica en la que la autora, puntal en la construcción del archivo de entrevistas en torno al terrorismo de Estado del proyecto Memoria Abierta, es especialista–, este libro se distingue de aproximaciones anteriores a la principal guerrilla marxista argentina por desplegar una batería de recursos dirigidos a reconstruir en profundidad la cultura política que la informó. Carnovale desanda así una pluralidad de planos: desde las tradiciones ideológicas de distintas familias de las izquierdas que convergen en la fundación del PRT en 1965, a los debates que tres años después signan la escisión entre quienes siguen a Nahuel Moreno y quienes, profundizando una orientación que privilegia la lucha armada, prefieren el liderazgo de Mario Roberto Santucho y fundan en 1970 el ERP; de las figuras del enemigo que la organización desarrolla

en el seno de un horizonte político de “guerra popular” – empresarios y representantes de la burguesía, pero sobre todo miembros de las fuerzas armadas y grupos represivos–, a la economía de prácticas de “ajusticiamiento” que se adoptan frente a ellas; del abanico de creencias que concurría en la construcción de militantes dispuestos a dar la vida por la causa revolucionaria, al universo moral que, desgranado en diversas facetas de la vida cotidiana, los anudaba a una férrea disciplina partidaria que vigilaba toda recaída “pequeño-burguesa”. De conjunto, de esa reconstrucción de ideas, prácticas e imaginarios se obtiene una imagen de la experiencia perretista que permite una comprensión densa tanto del universo de sentido en el que tuvo lugar como del tipo de subjetividad política que prohió. Y todo ello, al servicio de una hipótesis que el texto demuestra consistentemente: que la lógica militarista que se inoculó progresivamente en el PRT-ERP hasta su aniquilación en el período 1975-1977 no fue una desviación –como se ha argumentado usualmente en algunas revisiones recientes de las experiencias guerrilleras–, sino una consecuencia inherente a su cultura política.

M. B.

Humberto Cucchetti,
*Combatientes de Perón,
herederos de Cristo. Peronismo,
religión secular y
organizaciones de cuadros*,
Buenos Aires, Prometeo, 2010,
436 páginas

El libro de Cucchetti propone abordar a un conjunto de organizaciones que, a pesar de su importante papel histórico, ha sido dejado de lado por la historiografía y las ciencias sociales. La primera novedad del tema abordado está en su circunscripción: lo que el autor propone no es una historia de “Guardia de Hierro” sin más, sino la reconstrucción de las trayectorias políticas e intelectuales de una serie de militantes que formaron la Organización Única del Trasvasamiento Generacional (OUTG), prohijada por “Guardia de Hierro”.

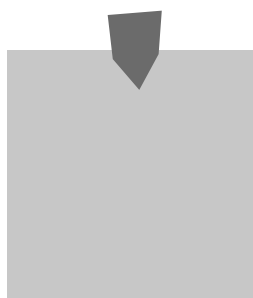
El autor analiza a estos actores con categorías de sociología de la religión, por considerar que la organización brindaba un espacio de religión secular; a la vez que relacionándolos menos con una historia de las derechas o del nacionalismo que con los abordajes sobre el “militantismo” de los sesenta y setenta. Así, en el capítulo 2, específicamente dedicado a “Guardia de Hierro”, se subraya su vinculación con la resistencia peronista e incluso las semejanzas con ciertos discursos marxistas. El trabajo muestra que a partir de ese origen compartido el grupo inicial de “Guardia de Hierro”, reunido en torno a la figura mítica del “Gallego” Álvarez, iría produciendo un proceso de diferenciación, adoptando

posiciones –como el rechazo a la idea de “vanguardia” y de la “lucha armada”– que eran antitéticas a las de la izquierda peronista. Por otro lado, el autor deja ver que, más allá de estas diferencias, la OUTG –nacida de la confluencia de “Guardia de Hierro” con el Frente Estudiantil Nacional (FEN)– debió hacer frente, lo mismo que sus adversarios Montoneros, al problema del lugar que una “organización de cuadros” podía ocupar en un movimiento como el peronista. La respuesta intelectual que daría a tal dilema –ser instrumentos al servicio de Perón– se traduciría en la sorpresiva disolución de la organización a la muerte del líder.

Y, sin embargo, señala Cucchetti, la red de vínculos y relaciones siguió existiendo, y con ella la creencia en la subsistencia subterránea de “Guardia de Hierro”, creencia que hace necesario reconstruir las posturas adoptadas por los antiguos miembros. El autor analiza así el vínculo con el masserismo –al que considera sostenido en una común crítica de la “democracia liberal” en nombre de la “social”–, y también el derrotero de sus miembros en democracia, contraponiendo las dificultades del núcleo fiel a Álvarez con la carrera política exitosa de muchos cuadros formados en la organización. El recorrido se cierra con el intento de comprender el último giro del núcleo “guardián”: la transferencia de la fidelidad del peronismo al catolicismo.

R. M. M.

Obituarios



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 15 / 2011

David Viñas (1927-2011)

David Viñas nació en la ciudad de Buenos Aires el 28 de julio de 1927. Estudió, como suelen decir las solapas de varios de sus libros más recientes, “con curas y militares”. Sus relatos acerca de su padre yrigoyenista, de su experiencia como monaguillo católico y de su deseo de iniciar la carrera militar –contados en múltiples reportajes y documentales– parecen ser el escenario contra el cual Viñas comenzará a construir, ya tempranamente, su propia historia. Antagonista de estos hechos de su infancia y juventud, ingresa en la esfera pública como un escritor, en la década de 1950.

Su producción de ficción, rápidamente, lo coloca entre los escritores más admirados y respetados de Buenos Aires. Nombro la ciudad de Buenos Aires porque me parece que no puede escindirse del relato de su vida, de la descripción de su historia. El Viñas inicial, nacido en la esquina de Talcahuano y Corrientes, el de la calle Viamonte, entre San Martín y Reconquista, de la década de 1950, el Viñas profesor de la Facultad de Filosofía y Letras en la década de 1980, en Marcelo T. de Alvear y Uruburu, o en la sede de 25 de Mayo, el habitué de la calle Corrientes y del bar La Paz hasta sus últimos días: Viñas y la ciudad de Buenos Aires parecen una dupla inexpugnable.

A partir de la década de 1950, Viñas publica novelas: *Cayó sobre su rostro* (1955), *Los años despiadados* (1956), *Un dios cotidiano* (1957), *Los dueños de la tierra* (1959), *Dar la cara* (1962), *Las malas costumbres* (1963), *Hombres de a caballo* (1967), *Cosas concretas* (1969) y *Jauría* (1971). Todos estos libros, de alguna manera, han sido leídos como una saga balzaciana que tensa la biografía privada y la historia política argentina. Lo que acompaña en esos años su trabajo de escritor es su protagonismo en una de las re-

vistas más cautivantes de la cultura argentina: *Contorno*. Junto a otros jóvenes intelectuales que participaron de ese proyecto cultural de diez números, publicados entre 1953 y 1959, Viñas expone sus hipótesis y lecturas junto con su hermano Ismael Viñas, su esposa Adelaida Gigli, así como con Juan José Sebreli, Noé Jitrik, Adolfo Prieto, Rodolfo Kusch, Oscar Masotta, F. J. Solero, Regina Gibaja, León Rozitchner, Ramón Alcalde y Tulio Halperin Donghi. La crítica al liberalismo, verdadero pivote del grupo, fue definitiva y contundente pero no más que la confianza, la fascinación y el compromiso con que Viñas la establece a través de, en y por la literatura argentina.

El conjunto de su escritura de ficción y sus ensayos para *Contorno* van tramando la que va a ser, sin lugar a duda, la obra más acabada del intelectual escritor: *Literatura argentina y realidad política*, publicada por Jorge Álvarez en 1964. Es allí, sobre todo, donde Viñas irrumpe como un látigo: desconoce despiadadamente los aportes de la crítica inmanente que lo había precedido y propone nuevas lecturas de los autores más representativos de la literatura argentina. Sacrilego, agresivo, vengativo e incisivo –así le gustaba verse y posicionarse siempre–, proponía una nueva manera de leer, una nueva manera de pensar los clásicos, una nueva manera de problematizar aquello que aparecía como –él lo mostraba así–: inerte. El método y el arsenal conceptual sofisticado con que Viñas leía los textos literarios dándoles un significado social, cultural y político iba acompañado de otro elemento que articulaba su pensamiento: la escritura. Una prosa potente, enfática, ingeniosa, detallista, anclada en la metafísica de la materia, nos permitió a los lectores de ese libro remover viejos estándares de construcción de la

crítica literaria argentina: leer de nuevo, leer de otra manera a los mismos, leer a otros.

Durante la última dictadura militar –ese rayo de fuego que se clava en toda biografía intelectual argentina del último tercio del siglo xx–, Viñas se exilia en España, Estados Unidos, Alemania y Dinamarca. Enseña y estudia, pero, a excepción de la novela *Cuerpo a cuerpo*, de 1979, nada de esa producción se construye como algo nuevo. La dictadura le deja el saldo de ese gran vacío intelectual y la herida más atroz: la muerte de dos hijos: María Adelaida Viñas y Lorenzo Ismael Viñas, secuestrados y desaparecidos.

En algunos ejemplares de la Biblioteca del Instituto de Literatura Argentina pueden reconocerse sus subrayados en las páginas de los libros que leía. También están en algunos ejemplares de la colección Quesada de la Biblioteca del Instituto Iberoamericano de Berlín: guiones, tildados varios en los márgenes, anotaciones, signos de puntuación diversos, todos en birome. El vigor de esas marcas, el trazo impúdico, contundente, de ese lector parece querer borrar al intelectual exiliado, lejos de su ciudad, despojado de todo.

En 1983, Viñas regresa a la Argentina. Un conmovedor relato de Beatriz Sarlo lo muestra aterrizando en Ezeiza sin un peso. Viñas –cuenta Sarlo– vivió unas semanas en la oficina de la revista *Punto de Vista* y, por escalera, subió ocho pisos la cama que alguien le había prestado, mientras gritaba: “¡Allá vamos, como un Cristo!”. Tenía entonces más de cincuenta años. En la década de 1980 Viñas se hace cargo de la cátedra de Literatura argentina de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y lo nombran además Director del Instituto de Literatura Argentina “Ricardo Rojas”. El fruto de sus lecturas de exilio puede leerse en otro de sus ensayos más logrados: *Indios, ejército y frontera*, publicado por Siglo XXI en 1984.

El aporte de Viñas a la dramaturgia no es menor, no sólo como ensayista, donde destaca

su lectura de Gregorio de Laferrere que enmarcó como un fenómeno titulado “la crisis de la ciudad liberal”, “Grotesco, inmigración y fracaso” (1967) y *Teatro rioplatense* (1984), sino también como autor. Destacan *Lisandro, Dorrego, Tupac Amaru*. Su lectura de la práctica del viaje (con su tipología archi-citada en monografías, artículos y ponencias de congresos) como dispensadora de identidad y constructora de subjetividades (que se lee en *Literatura argentina y realidad política* pero también en *De Sarmiento a Dios* de 1998), se adelanta en mucho a los Estudios culturales, que determinan gran parte de la producción de quienes lo preceden. En los últimos años, Viñas volvió a publicar novelas: *Prontuario* (1993), *Claudia conversa* (1995) y *Tartabul* (2006).

Viñas fue un intelectual del siglo xx, y podría haberlo sido también, a su modo, del siglo xix. Su prosa, absorbida, imitada –casi hasta al plagio– por la producción académica fue al mismo tiempo reacia a la academización.

La literatura argentina –escribía– se va justificando como la historia de un proyecto nacional, es decir, es el proceso que puede rastrearse a lo largo de un circuito pero que solo se verifica con nitidez en los momentos culminantes caracterizados por la densificación de un dato fundamental. ¿Pero cómo se reconocen esas emergencias? Por varios datos: por el pasaje de la cultura entendida como eternidad a la convicción de que es historia, por el tránsito de los escritores que interpretan a la literatura como tautología a los que se sienten sujetos de la historia. En forma similar, los mayores logros se definen por el desplazamiento del miedo hacia la responsabilidad cuando los escritores dejan de ser literatos para considerarse autores.

Los que fuimos sus alumnos en la década de 1980, en las aulas de Filosofía y Letras, nunca olvidaremos sus clases, que nos atravesaron

como un trueno, en una universidad y un país que comenzaban su largo y complejo proceso de normalización democrática.

Viñas murió el jueves 10 de marzo de 2011. En esos días la ciudad se había puesto lluviosa y esquiva. Todos nosotros decidimos ir a la Biblioteca Nacional, el sábado a las cinco de la tarde, a un homenaje que operativamente organizaron Horacio González y María Pía López porque la familia había tomado la decisión de no hacer un velatorio. Éramos muchos o tal vez pocos, no podría precisarlo. Éramos quizá los suficientes. De modo que en

lugar de un féretro y palmas de flores, había una estupenda foto de Viñas proyectada en *powerpoint* en la pantalla del auditorio de la Biblioteca y desfilaron allí alumnos, profesores, amigos y enemigos, escritores, editores, funcionarios, actrices, militantes, admiradores y lectores, quienes improvisaban palabras de despedida, por turno, en el escenario.

Aristóteles decía que los hombres no temen morir, temen no ser recordados.

Con David Viñas eso no va a suceder.

Claudia Torre

Objetivos de la revista

La revista *Prismas* se publica en forma ininterrumpida desde 1997 con el propósito de contribuir a la conformación de un foco de elaboración disciplinar en historia intelectual. En función de ello, la revista difunde la producción de investigadores cuyo objeto de estudio lo constituyen ideas y lenguajes ideológicos, obras de pensamiento y producciones simbólicas, o bien que utilizan metodologías que atienden a los procedimientos analíticos de la historia intelectual. Asimismo, en diferentes secciones se busca difundir debates teóricos sobre la disciplina o textos clásicos de la misma, y dar cuenta de la producción más reciente.

La edición en papel de *Prismas* es de frecuencia anual; la edición on line es de frecuencia semestral (cada número en papel de *Prismas* se desdobra en dos on line).

Presentación de trabajos para la sección “Artículos”

La sección “Artículos” se compone con trabajos inéditos enviados a la revista para su publicación. La evaluación de los mismos sigue los siguientes pasos: en primera instancia deben ser aprobados por el Comité de Dirección de Prismas –exclusivamente en términos de su pertinencia temática y formal–; en segunda instancia, son considerados de modo anónimo por pares expertos designados ad hoc por la Secretaría de Redacción. Cada artículo es evaluado por dos pares; puede ser aprobado, aprobado con recomendaciones de cambios, o rechazado. En caso de que haya un desacuerdo radical entre las dos evaluaciones de pares, se procederá a la selección de una tercera evaluación. Cuando el proceso de evaluación ha concluido, se procede a informar a los autores del resultado del mismo.

Los artículos deben observar las siguientes instrucciones:

- No exceder los 70.000 caracteres con espacios.
- Deben ir acompañados de un resumen en castellano y en inglés de no más de 200 palabras; de entre tres y cinco palabras clave; y de las referencias institucionales del autor, con la dirección postal, teléfono y dirección de correo electrónico.
- Las notas al pie deben estar numeradas correlativamente. Cuando se cita bibliografía, el orden a seguir es el siguiente: Nombres y apellidos del/los autor/es (en minúscula), título de la obra destacado en bastardilla –en el caso de artículos, el título del artículo irá entre comillas, y el del libro o revista, en bastardilla–, volumen, número, etc., lugar de edición, editorial, fecha de publicación y número de páginas cuando se trate de una cita textual. No deben usarse ni negritas ni palabras completas en mayúscula.

Presentación de trabajos para la sección “Lecturas”

La sección “Lecturas” se compone de trabajos que abordan el análisis de un conjunto de dos o más textos capaces de iluminar una problemática pertinente a la historia intelectual. No deben exceder los 35.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en el punto anterior. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por el Consejo de Dirección.

Presentación de trabajos para la sección “Reseñas”

La sección “Reseñas” se compone de análisis bibliográficos de libros recientemente aparecidos, vinculados con temas de historia intelectual en una acepción amplia del término (historia cultural, de las ideas, de las mentalidades, historiografía, historia de la ciencia, sociología de la cultura, etc.). Los trabajos deben estar encabezados con los datos completos del libro analizado, en el siguiente orden: Autor, Título, Ciudad de edición, Editorial, año, cantidad de páginas. No deben exceder los 15.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en los puntos anteriores. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por los editores.